

Potthast / Carreras (eds.)  
**Entre la familia, la sociedad y el Estado.**  
**Niños y jóvenes en América Latina**  
**(siglos XIX-XX)**



# BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Publicaciones del Instituto Ibero-Americano  
Fundación Patrimonio Cultural Prusiano

Vol. 103

BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Barbara Potthast / Sandra Carreras (eds.)

**Entre la familia, la sociedad  
y el Estado**

Niños y jóvenes en América Latina (siglos XIX-XX)

IBEROAMERICANA · VERVUERT · 2005

**Bibliographic information published by Die Deutsche Bibliothek**

Die Deutsche Bibliothek lists this publication in the Deutsche  
Nationalbibliografie; detailed bibliographic data is available in the Internet at  
<http://dnb.ddb.de>

© Iberoamericana 2005  
Amor de Dios 1 - E-28014 Madrid  
Tel. +34 91 429 35 22  
Fax +34 91 429 53 97

© Vervuert Verlag 2005  
Wielandstr. 40 - D-60318 Frankfurt/Main  
Tel. +49 69 597 46 17  
Fax +49 69 597 87 43  
[info@iberoamericanalibros.com](mailto:info@iberoamericanalibros.com)  
[www.ibero-americana.net](http://www.ibero-americana.net)

ISSN 0067-8015  
ISBN 84-8489-209-3  
ISBN 3-86527-218-5

Reservados todos los derechos

Diseño de la cubierta: Michael Ackermann

Ilustración de la cubierta: *La educación en Brasil - entre realidad y tema electoral*

© Tim Neufert 1998

Composición: Anneliese Seibt, Instituto Ibero-Americano

Este libro está impreso íntegramente en papel ecológico blanqueado sin cloro

Impreso en Alemania

## Índice

<i>Barbara Potthast/Sandra Carreras</i> Introducción. Niños y jóvenes entre la familia, la sociedad y el Estado.....	7
<i>Ivette Pérez Vega</i> El tráfico de niños esclavos en el sur de Puerto Rico: Ponce (1815-1830) .....	25
<i>Eugenia Roldán Vera</i> El niño enseñante: infancia, aula y Estado en el método de enseñanza mutua en Hispanoamérica independiente .....	51
<i>Barbara Potthast</i> Niños soldados y niñas famélicas en la Guerra del Paraguay .....	89
<i>Carmen Ramos Escandón</i> Entre la ley y el cariño. Normatividad jurídica y disputas familiares sobre la patria potestad en México (1873-1896) .....	115
<i>Sandra Carreras</i> “Hay que salvar en la cuna el porvenir de la patria en peligro...” Infancia y cuestión social en Argentina (1870-1920) .....	143
<i>Eugenia Rodríguez Sáenz</i> ¿Víctimas inocentes o codelincuentes? Crimen juvenil y abuso sexual en Costa Rica en los siglos XIX y XX .....	173
<i>Eugenia Scarzanella</i> La infancia latinoamericana y la Sociedad de las Naciones: derechos, salud y bienestar .....	203

*Silke Hensel*

Los jóvenes mexicano-americanos como  
“problema social” a mediados del siglo XX ..... 233

*Estela Schindel*

El sesgo generacional del terrorismo de Estado:  
niños y jóvenes bajo la dictadura argentina (1976-1983) ..... 255

*Alejandra Torres*

Visibilizar, acompañar, crear lazos en el libro  
fotográfico *El Niño. Niños de la calle*,  
*Ciudad de México* ..... 289

*Horst Nitschack*

*Cidade de Deus* de Paulo Lins y *La virgen de los*  
*sicarios* de Fernando Vallejo: el adolescente como  
sujeto absoluto ..... 311

*Peter Peetz*

Las “maras”: el pandillismo juvenil en Honduras,  
El Salvador y Guatemala ..... 333

*Ruth Stanley*

Los niños ante la ley: juventud y justicia penal en  
América Latina ..... 373

Autoras y autores ..... 399

**Barbara Potthast/Sandra Carreras**

## **Introducción. Niños y jóvenes entre la familia, la sociedad y el Estado**

América Latina es un continente eminentemente joven, donde casi la mitad de la población tiene menos de 18 años. Mientras que en la “vieja Europa” crece la preocupación por la disminución de las tasas de natalidad y las consecuencias socio-económicas que esto provoca, en los países menos desarrollados lo que llama la atención son más bien los niños que viven en la pobreza y los muchos jóvenes y adolescentes sin perspectivas de encontrar trabajo y alcanzar una posición respetada en la sociedad. En los últimos años se observa también un creciente interés por la infancia y la juventud en los campos de la investigación científica, la política y la asistencia social, que se concentra sobre todo en el problema del abandono y de los menores criminales. Existe, por lo tanto, una abundante bibliografía sobre la situación actual de los niños de la calle o niños delincuentes en los diferentes países y sobre el trabajo infantil.<sup>1</sup>

Sin embargo, faltan aún estudios generales sobre la infancia y la juventud en América Latina. Las investigaciones sobre los siglos pasados son aún más escasas. Lo poco que sabemos proviene sobre todo de los estudios sobre la familia y la vida privada. Existen algunas compilaciones sobre estos temas en perspectiva histórica, en las que se tratan aspectos vinculados con la infancia y en menor grado con la juventud, pero en estos trabajos los niños y los jóvenes no interesan mucho en cuanto sujetos, sino sólo en la medida en que representan un aporte o un problema para las madres, las familias o la sociedad en general.<sup>2</sup> En el caso de la historia, el tema del niño y del adolescente aparece solamente al margen y sobre todo en estudios dedicados a la

---

1 Véanse entre otros Bartell/O'Donnell (2001); García Méndez/Bianchi (1991); García Méndez/Salazar (1999); Post (2001).

2 Véanse por ejemplo Castro Carvajal (1996); Devoto/Madero (1999); Cicerchia (1998/2001); Gonzalbo (1991); Gonzalbo/Rabell (1994); Novais (1997/98).

educación o la beneficencia.<sup>3</sup> No se cuenta aún con una obra de síntesis dedicada exclusivamente al tema para el caso de América Latina, como las que existen, por ejemplo, para Europa o Estados Unidos, aunque sí hay algunos trabajos de ese tipo para el caso de Brasil.<sup>4</sup> Las compilaciones que pueden considerarse como un primer paso hacia una visión general son todavía escasas. Como escribió el editor de una de ellas: “Children are as scarce in contemporary writing about Latin America as women were three or four decades ago” (Hecht 2002: 243).

La preocupación por los jóvenes derivada de su importancia para el futuro de la nación no es nueva y se expresó de variadas formas en diversas coyunturas históricas. En el caso de América Latina, durante la época colonial se destacan en ese sentido el siglo XVI, cuando los niños indígenas eran el objeto predilecto de la misión cristiana, y el siglo XVIII, cuando la Corona comenzó a preocuparse por el número crecido de niños expósitos.<sup>5</sup> Pero fue sobre todo alrededor de 1900 cuando se manifestó un fuerte interés por este tema. El *fin de siècle*, una época de profundas transformaciones, estuvo marcado en muchos países latinoamericanos por graves desajustes sociales, en respuesta a los cuales se establecieron programas de asistencia y bienestar social, así como reformas educacionales y jurídicas que se dirigían y/o afectaban especialmente a los niños y los jóvenes.

Pero el enfoque de hace cien años difiere del actual: mientras que entonces se veía a los niños exclusivamente como “menores”, y por lo tanto necesitados de protección y educación, ahora se repara también en su capacidad de acción para afrontar situaciones difíciles y se alzan voces que hacen hincapié en su carácter de personas independientes con derechos propios. Esto revela que las nociones de infancia y juventud están cambiando. Ya sabemos que estas categorías son construcciones culturales sometidas a un cambio constante y variable según las culturas y épocas. Precisamente por esto, un análisis de tales nociones nos ofrece también información acerca de las sociedades a las que se refiere y nos revela problemas que las perspectivas tradicio-

---

3 Véanse Arrom (2000); Ávila Espinosa (1994); Vázquez (1975); Vaughan (1982); Szuchman (1990).

4 Freitas (1997); Marcílio (1998a).

5 Estas cuestiones han sido tratadas por Lavrin (1991); Marcílio (1994); González (2002) y Premo (2002).



nales no permitían ver, como por ejemplo la existencia de conflictos generacionales y de poder dentro de la familia o problemas de identidad individual o colectiva.

Las relaciones entre el Estado y la familia en América Latina siempre han estado caracterizadas por cierta tensión entre la patria potestad, que regía la familia desde la época colonial, y la pretensión del Estado de ejercer el monopolio en asuntos judiciales y en cuanto al uso de la violencia. No obstante, el fortalecimiento del Estado y la diversificación de sus funciones llevaron a una paulatina perforación de la frontera entre la autonomía familiar y las políticas sociales. Incluso hoy en día, la cuestión de dónde termina la esfera privada protegida contra cualquier interferencia de las autoridades estatales y dónde empiezan las relaciones familiares es un asunto de gran importancia social y estatal, lo cual se pone en evidencia no sólo en los debates sobre la penalización de la violación dentro del matrimonio, sino también en casos en que los padres niegan un tratamiento médico a sus hijos por razones culturales o religiosas: ¿puede o debe el Estado intervenir para salvar la vida del niño o debe respetar las convicciones éticas de los padres?

Durante la época colonial, la autonomía familiar y sobre todo la autoridad paterna eran consideradas primordiales e intocables. Solamente los casos de violencia grave provocaban reacciones estatales; el resto era considerado como un asunto privado o un problema religioso. En el siglo XIX, con la fundación de las repúblicas y la separación entre la Iglesia y el Estado, éste se vio forzado a reconsiderar algunas posiciones referentes a instituciones como el matrimonio, el divorcio o los nacimientos dentro y fuera del matrimonio. El positivismo científico, las reformas educativas —que en parte también fueron una consecuencia de la secularización— y las nuevas perspectivas sobre los problemas de salud elaboradas por los higienistas y la eugenesia, fueron todos factores que provocaron un cambio profundo en la relación entre la familia y el Estado. Políticos, médicos e higienistas descubrieron no sólo la importante función de las madres para el bienestar social, sino que poco a poco comenzaron a ver también un objeto de preocupación social y estatal en los niños y los jóvenes. A partir de entonces, el Estado intervino cada vez más en asuntos que hasta ese momento habían sido considerados de naturaleza estrictamente familiar.

Pero también el romanticismo y los cambios sociales del siglo XIX contribuyeron a difundir una nueva noción de la infancia y la juventud, las cuales dejaron de ser concebidas como meras etapas previas a la vida adulta para adquirir peso propio. En la línea inaugurada por Rousseau y que marcó la evolución del pensamiento europeo sobre la infancia en los siglos XIX y XX, los niños aparecían como seres inocentes, todavía no contaminados por ambiciones y prejuicios sociales. En América Latina, sin embargo, las investigaciones disponibles muestran que la influencia de Rousseau no se hizo sentir en el modo de pensar e imaginar la infancia hasta casi finales del siglo XIX.<sup>6</sup>

Fue también en esta época, más o menos, cuando la niñez y la juventud fueron reconocidas en América Latina como una fase propia en el desarrollo de los seres humanos. Los testimonios de las épocas anteriores transmiten la sensación de que a la infancia –“propia y rigurosamente [...] la primera edad del hombre, mientras no habla, aunque algunos la extienden hasta la juventud”, como consigna el Diccionario de la Lengua Castellana publicado por la Real Academia Española en 1734– no se le adjudicaba otro sentido que el de preparación para la vida adulta. Si bien el vocablo “niños de pecho” se aplicaba sólo a los que eran amantados, que seguramente no superarían los dos años de edad, el uso de las demás expresiones vinculadas a la niñez era ambiguo. “Párvulo” se refería, según el Diccionario, al “niño inocente” y metafóricamente a quien “sabe poco y es fácil de engañar”, y en la práctica se aplicaba a niños de hasta nueve años aproximadamente. De acuerdo con *Las Siete Partidas*, los niños menores de diez años y medio no podían ser castigados por los tribunales, pues se consideraba que carecían de malicia. Los autores de crímenes que tenían entre diez años y medio y diecisiete sí debían responder ante los tribunales pero no se les aplicaban los mismos castigos que a los mayores, pues esta etapa era vista como un estado intermedio en el cual las personas comenzaban a distinguir lo bueno de lo malo pero aún no eran del todo conscientes de la moralidad de sus actos. Los jóvenes de diecisiete a veinticinco años eran todavía menores y por eso se les adjudicaba un defensor especial ante la corte, pero la pena que se establecía en caso

---

6 Molloy (1996); véase también Roldán Vera en este volumen.

de probarse su culpabilidad no difería de la que merecían los mayores (Premo 2002: 116-119).

En la práctica, las fronteras establecidas en la época colonial entre las edades eran aún más fluctuantes. Existen documentos del Río de la Plata en los que se designa como “muchachos” a varones de cinco o seis años de edad, y como “jóvenes” a los de nueve o diez, a pesar de que el Diccionario consideraba que la “edad de joven” comenzaba a los catorce años y llegaba a los veinte. Las sentencias de las causas criminales desarrolladas ante el Cabildo de Lima en el siglo XVIII demuestran que el significado otorgado a la edad, la que por lo demás no siempre podía determinarse con exactitud, dependía menos de lo que establecía la legislación española que de una combinación compleja de factores, entre los cuales sobresalían el sexo de los individuos y la posición que ocupaban en la jerarquía socio-racial. Así era posible que un joven indígena gozara de los beneficios de una “doble minoridad”, un esclavo negro fuera devuelto a su amo para que éste lo castigase, un “casta” sentenciado a cumplir durante años trabajos no remunerados para la Corona y un “español” colocado en un hogar de la ciudad.<sup>7</sup>

En el último tercio del siglo XIX, la terminología se hizo más precisa, tanto en los códigos legales como en el uso cotidiano. Sólo los “mayores de edad” podían disponer sobre sí mismos y el “niño” pasó a ser visto como un ser diferente de los adultos, con derechos y deberes propios, al que se le vedaban determinadas esferas de la vida social y se le adjudicaban otras con exclusividad, como la escuela y los juegos. También la “adolescencia”, o más precisamente el despertar sexual asociado con ella, mereció a partir de entonces una atención y una vigilancia especiales.<sup>8</sup>

La visión rousseauiana de la infancia inocente contrasta con la visión estatal articulada en documentos oficiales y en el discurso público desde finales del siglo XIX, centrada en la figura del niño problemático. Tanto las leyes nacionales como las convenciones internacionales sobre el tema y las concepciones que las fundan tratan sobre todo de los niños y jóvenes delincuentes, abandonados y/o enfermos, a los que ubican casi exclusivamente en las clases populares. Los niños

---

7 Cfr. Moreno (2004: 66-75) y Premo (2002).

8 Al respecto véase por ejemplo Barrán (1990: 187-206).

inocentes, felices y bien cuidados física y mentalmente no parecen provocar la intervención estatal o social, ni el interés de los investigadores. Llama la atención que tanto en otras épocas históricas como en la actualidad, casi todos los estudios se dedican a menores “problemáticos”, sobre todo de las clases inferiores o grupos marginados, mientras que los hijos de la elite, que presumiblemente serán los dirigentes futuros, permanecen desapercibidos (Hecht 2002: 244-247).

Por eso y pese a todos los cambios no puede negarse que en las legislaciones modernas perviven prejuicios tradicionales acerca de los niños y los jóvenes, y que sigue vigente la idea de la familia como entidad armónica y corporativa en la que el Estado sólo puede intervenir en casos graves y excepcionales que ponen en peligro el orden social. Sin embargo, la legislación y sobre todo la praxis social evidencian que la finalidad de estas intervenciones suele ser menos la protección del joven o del niño que la del honor familiar o de las prerrogativas estatales.

En vistas de esta situación, este libro se propone indagar en las relaciones entre la familia, la sociedad y el Estado establecidas en América Latina a partir de la fundación de los Estados independientes y los cambios por los que atravesaron hasta hoy. No nos hemos propuesto abordar el tema de la niñez y juventud desde la perspectiva del origen y la transformación de dichos conceptos, sino en su intersección con cuestiones políticas y culturales específicas.

En primer término se trata un fenómeno especialmente triste de la historia de los niños que continuaba vigente en los países latinoamericanos a comienzos del siglo XIX y que aún hoy subsiste en otras regiones del mundo: la esclavitud infantil. Si bien el tráfico de niños esclavos era por cierto de menor volumen que el de adultos, en algunos aspectos era más cruel. Como nos recuerda **Ivette Pérez Vega**, muchos niños esclavos eran adquiridos precisamente porque era más fácil desarraigarlos de su cultura africana y assimilarlos al sistema esclavista. Eran también más fáciles de explotar, sobre todo si eran vendidos sin sus madres, porque su desprotección y, por ende, la posibilidad de control por parte de los esclavistas eran totales. Por eso, se compraban niños no solamente como una inversión en su futura capacidad de trabajo sino también para satisfacer placeres y lujos personales en la casa. Pérez Vega indaga la lógica de la compra-venta en África y América, la vida de estos esclavos menores y las posibilida-

des que tenían de alcanzar la libertad. En la época de transición, es decir después de que en 1808 se prohibiera el tráfico de esclavos en Estados Unidos y en varias naciones europeas pero no en los países ibéricos y latinoamericanos, el número de niños vendidos aumentó. Entre 1819 y 1830, el porcentaje de introducción legal de esclavos menores de edad en Ponce, Puerto Rico, era de un 10%, sin contar los niños esclavos criollos ya existentes en la isla, es decir que en esa época, probablemente un cuarto o más de los esclavos que vivían en la isla y en otras regiones esclavistas de América Latina eran menores de edad.

Si bien en Latinoamérica la independencia de las metrópolis no condujo inmediatamente a la abolición de la esclavitud ni de la estructura social establecida, la quiebra del orden colonial desembocó en una reforma de las relaciones políticas y, en menor medida, de las sociales. Muchos Estados latinoamericanos buscaron implementar un nuevo sistema de educación escolar, ya que el antiguo estaba fuertemente ligado a la Iglesia Católica y era considerado por muchos como incompatible con los nuevos ideales de libertad republicana. Además, la incipiente modernización e industrialización demandaban la inclusión de círculos más amplios de la sociedad en el sistema escolar. El método lancasteriano de enseñanza mutua parecía el instrumento más idóneo para este fin y fue adoptado por casi todos los países latinoamericanos durante la primera mitad del siglo XIX, aunque con intensidad y duración variable. **Eugenia Roldán Vera** muestra que este método fue elegido no sólo porque permitía la enseñanza masiva sin grandes recursos, sino porque además podía transmitir el nuevo ideal ciudadano de derechos y deberes a cada individuo y, por consiguiente, parecía excelente para el entrenamiento de las nuevas generaciones en la vida política representativa. Por otro lado, según la opinión de algunos críticos contemporáneos, el hecho de que el niño enseñante ocupara un puesto de autoridad ponía en peligro la jerarquía social y política. Desde la perspectiva actual, no obstante, irrita la mecanización y reglamentación detallada de este método de aprendizaje que reforzaba estructuras de jerarquía y obediencia.

Esta visión de los niños y adolescentes como materia prima de la cual surgirían nuevos ciudadanos moldeados exclusivamente en el ámbito escolar contrasta notablemente con la variedad de tareas que muchos de ellos asumieron voluntaria u obligadamente en distintas oca-

siones y sobre todo en situaciones críticas. Un ejemplo muy destacado es el de los niños-soldados, otro fenómeno que sigue registrándose en distintas partes del mundo, y que aquí es estudiado por **Barbara Potthast** en el contexto de la Guerra de la Triple Alianza. Si bien la presencia de mujeres y niños de todas las edades no era nada extraordinario en los campamentos militares del siglo XIX, el estallido de la guerra conllevó un reclutamiento masivo de jóvenes y niños para servir en el ejército paraguayo. También los menores que permanecieron entre la población civil sufrieron graves trastornos por la guerra. Dado que los hombres fueron movilizados, las mujeres y los niños debieron hacerse cargo de la producción agrícola en medio de penurias cada vez mayores. Al terminar la guerra, las calles de Asunción estaban llenas de niños extraviados y de mujeres con criaturas famélicas, quienes además tenían que soportar las arbitrariedades de las tropas de ocupación. Los testimonios contemporáneos acerca del valor demostrado por estos niños están teñidos, de una u otra forma, por un discurso político sobre el carácter del pueblo paraguayo y el gobierno de López. Por otra parte, tampoco resulta completamente satisfactoria una lectura que subraye exclusivamente su carácter de víctimas inocentes. El problema reside precisamente en cómo dar cuenta de sus acciones y actitudes en medio de las terribles circunstancias en las que les tocó vivir sin negar por eso su condición de actores conscientes.

También en tiempos de paz, la organización política de las repúblicas americanas estuvo estrechamente entrelazada con el reordenamiento de las relaciones familiares y afectó, por lo tanto, la situación de los menores de ambos sexos. En el marco del enfrentamiento entre el Estado liberal emergente y la Iglesia Católica por el control de la sociedad civil, **Carmen Ramos Escandón** analiza la creciente injerencia del poder público en el ámbito privado por excelencia: la familia. Esto se expresó, entre otras cosas, en las disposiciones de los códigos civiles sancionados en México en la segunda mitad del siglo XIX. En ellos se establece y refuerza una jerarquía familiar basada en las diferencias de género y de edad, que se pone en evidencia especialmente en las estipulaciones sobre la patria potestad, es decir el derecho del padre a controlar a los hijos legítimos y legitimados, administrar sus propiedades e incluso castigarlos. La legislación civil “liberal” les impuso a los hijos sometidos a la patria potestad limitaciones a sus derechos similares a las que padecían las mujeres casadas,

quienes no podían disponer de sus propios bienes sin autorización del marido. Una novedad considerada entonces muy positiva fue que, fallecido el marido, la patria potestad recaería en la madre. Sin embargo, su ejercicio por parte de las mujeres quedaba limitado por el hecho de que el padre podía nombrar en su testamento a uno o más consultores varones cuya opinión prevalecería sobre la voluntad de la viuda en caso de conflicto, como demuestran también diferentes sentencias que aseguraron el poder del padre sobre sus hijos más allá de la muerte. Con la introducción de los códigos civiles, el sacerdote dejó de tener la última palabra para dirimir los conflictos familiares, en tanto que el Estado, avanzando sobre el espacio privado a través de la legislación y su capacidad coercitiva, sometió a la potestad paterna a las mujeres, los niños y los jóvenes.

Las épocas de modernización socio-económica son, muchas veces, momentos de crisis sociales. En los años finales del siglo XIX, los cambios estructurales y sus consecuencias sociales llevaron a grupos políticos y sociales a preocuparse por las generaciones futuras. Los niños abandonados o trabajadores en las calles fueron vistos hace un siglo como un indicador inequívoco de la crisis económica y de la destrucción de las familias tradicionales, y considerados por eso como un peligro social. Sobre todo en las grandes ciudades que experimentaban un crecimiento acelerado, los niños (y sus madres) empezaron a preocupar seriamente al Estado y a las elites dirigentes y a ocupar un lugar importante en la política y el discurso público. **Sandra Carreras** muestra cómo entre 1870 y 1920 las altas tasas de abandono y mortalidad infantil alarmaron en Argentina a médicos, higienistas y políticos. Estos grupos intentaron, en consonancia con las teorías científicas de la época, remediar tal situación mediante leyes protectoras para niños y madres, así como a través de programas e instituciones de educación y beneficencia. No obstante, las leyes protectoras tardaron bastante en promulgarse, tenían un alcance geográfico y ocupacional limitado y no se aplicaron consecuentemente. Además, todas estas actividades perseguían objetivos ajenos a las madres y los niños en sí: la consolidación del Estado y del poder de los grupos interesados. Los funcionarios estatales, predominantemente masculinos, rivalizaban con grupos privados de beneficencia, predominantemente femeninos, por el control de las instituciones u órganos decisivos en asuntos de familia y educación. Así, la preocupación por los niños jugaba un rol

importante en el proceso de institucionalización estatal y de disciplinamiento social, pero a diferencia de otros grupos como las mujeres o los trabajadores, ellos no podían articular sus intereses y permanecían en la posición de meros objetos por su situación de minoridad.

El rol ambivalente adjudicado a los niños y jóvenes, es decir el de víctimas inocentes de crímenes y amoralidad por un lado y, por otro, el de una amenaza para el futuro de la sociedad derivada precisamente de su supuesta corrupción como resultado de su exposición a tales fenómenos nocivos, se vislumbra en todos los discursos políticos y sociales, así como en la práctica de las instituciones que debían decidir sobre el destino de los niños y los jóvenes. **Eugenia Rodríguez Sáenz** analiza esta ambivalencia trazando los cambios en la visión que las sociedades tenían de los jóvenes, manifestados en las leyes y los códigos penales. Haciendo hincapié en la perspectiva de género, describe la “invención” de los estereotipos de la delincuencia juvenil, sobre todo la femenina, observando los casos de abuso sexual tanto en su dimensión cuantitativa como cualitativa desde principios del siglo XIX hasta comienzos del XX. Las actas judiciales sobre crímenes de abuso sexual muestran como la noción “romántica” de la niñez suponía una inocencia general de los niños y niñas. Por esto, eran considerados siempre víctimas, aunque su exposición al crimen hubiera corrompido su inocencia. A partir de los doce años, con la sexualidad ya desarrollada, esta exposición convertía a las niñas en un peligro social, ya que se temía que pudieran contaminar a otros jóvenes, por lo cual pasaban a ser consideradas co-delincuentes. Como contrapartida del niño inocente nació la imagen del joven delincuente. Según los códigos de honor diferentes para los dos sexos, se trataba del ladrón en el caso de los varones y de la prostituta en el de las mujeres.

La cuestión de los niños afectados por la guerra y la violencia, el estatus jurídico de los menores y sus condiciones de vida y de salud no sólo preocuparon a los gobiernos, sino que a partir de la década de 1920 fueron también tema en los foros internacionales. Como nuestra **Eugenia Scarzanella**, tanto el Comité de Protección a la Infancia y el Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones como el Instituto Interamericano de Protección a la Infancia sentaron en el periodo de entreguerras las bases sobre las cuales a partir de 1946 se edificaría el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). La labor de la primera de estas instituciones se concentró sobre todo en la discu-



sión y documentación de la situación de los niños marginales. La médica uruguaya Paulina Luisi intentó colocar en la agenda de ese organismo temas relevantes desde una perspectiva latinoamericana y feminista. Por otra parte, la actividad del Comité de Higiene con respecto a cuestiones relevantes para América Latina fue más destacada y se expresó en un estudio internacional sobre la mortalidad infantil, en el cual participaron Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, y en una investigación sobre la alimentación popular en Chile. Finalmente, el Instituto Interamericano de Protección a la Infancia nació para ocuparse exclusivamente de los niños americanos. Desde una perspectiva continental, inició un estudio sobre la situación de los niños indígenas, el cual puso de manifiesto tanto los límites de la modernidad de América Latina como los prejuicios raciales de los expertos encargados de proporcionar los datos para su elaboración.

Como ya sucediera a fines del siglo XIX, también a lo largo del XX, la transformación de las estructuras socio-económicas tuvo efectos en las relaciones familiares. Lejos de desaparecer, las deficiencias e inseguridades de educación e integración económica y social de jóvenes y adolescentes siguen generando problemas para los cuales no es fácil encontrar soluciones satisfactorias. Mientras que los niños han sido considerados generalmente un objeto inocente digno de protección, los jóvenes, en cambio, suelen ser vistos como un problema social. Tanto más si pertenecen a un grupo con un trasfondo cultural diferente de la sociedad hegemónica, ya sea por pobreza, ya sea por provenir de una familia migrante, o por las dos cosas. En estos casos, casi siempre se adscribe a estos jóvenes una inclinación al crimen y/o se criminalizan sus acciones. **Silke Hensel** analiza este fenómeno en cuanto al caso de las pandillas de jóvenes mexicano-americanos a mediados del siglo XX y a la discusión que se desarrolló después de un crimen que se les adjudicó. En su trabajo muestra cómo en la visión estadounidense confluían percepciones sobre la cultura mexicana en general, sobre la resistencia de los migrantes a la asimilación cultural y sobre las diferencias intergeneracionales. A los mexicano-americanos también les preocupaba el problema, pero las soluciones que proponían eran otras, tanto para los padres como para los jóvenes, quienes empezaron a crear organizaciones sociales propias. Así, el debate sobre control de la juventud generó una rivalidad sobre el discurso cultural y el poder definitorio dentro de la sociedad esta-

dounidense en los años cuarenta –un proceso parecido al que vimos en la Argentina a principios del siglo, con la diferencia de que en este caso los jóvenes intentaban reaccionar y hacerse oír, si bien se trataba de una reacción dentro del sistema político-social establecido–.

De mucho mayor alcance fueron los reclamos que los jóvenes politizados expresaban en las décadas del sesenta y del setenta en varios países latinoamericanos y sobre todo en el Cono Sur. Y tanto más brutal fue la represión a la que fueron sometidos por la dictadura militar en Argentina. La desaparición forzada, la tortura, el asesinato y la sustracción de identidad de niños nacidos en cautiverio representan la culminación de las violaciones de los derechos humanos cometidas por ese régimen. Sin embargo, como expone **Estela Schindel**, esos crímenes fueron manifestaciones extremas pero no las únicas de una estrategia represiva de mucho mayor alcance, que tenía por objeto remodelar completamente la sociedad utilizando a niños y adolescentes como materia prima para ello. De esa estrategia formaron parte una serie de prácticas autoritarias desarrolladas en las escuelas, otros ámbitos públicos y hasta en los hogares. Pero la despolitización forzada, la persecución y la censura de las prácticas culturales autónomas, la escenificación de la juventud gimnasta en el marco del Campeonato Mundial de Fútbol (1978) y la representación estereotipada de la familia no pudieron evitar el surgimiento de nuevas formas de expresión y la construcción de una identidad colectiva propia por parte de los adolescentes a través, por ejemplo, de la resignificación de las peregrinaciones religiosas o la expansión del movimiento rock. Tanto los niños sustraídos que aún no han podido ser recuperados por sus familiares como los hijos de desaparecidos, que han constituido una organización propia, son hoy adultos. Ambos grupos condensan las secuelas del terrorismo de Estado y la capacidad de la sociedad argentina para sobreponerse al mismo, pero también las dificultades que quedan todavía por sortear para lograrlo.

Los menores desprotegidos de las grandes ciudades, que ya hacia 1900 eran percibidos con tanto recelo por las elites, siguen poblando hoy las calles de las metrópolis latinoamericanas y presentando un enigma para los habitantes que, acostumbrados al paisaje urbano, no parecen reparar en ellos. Frente a esta situación, **Alejandra Torres** destaca el libro fotográfico de Kent Klich y Elena Poniatowska como aporte a la visualización de la situación de los niños de la calle en la

ciudad de México. Allí se registran, con ojos de extranjero, historias que transcurren a cielo abierto y que en cada imagen interpelan a los espectadores/lectores. El fotógrafo se compromete con las vidas de los pequeños habitantes de la urbe y muestra su vulnerabilidad –las cicatrices, la droga, el sida– y su necesidad de contacto físico, aunque sea con los animales. Los textos de la escritora, quien acompañó al fotógrafo en su recorrido, se concentran en el abandono, la soledad y el desamparo. Las palabras completan las imágenes, introduciendo datos e informaciones, reflexiones propias de la autora y también la voz de los propios protagonistas. Por medio de esta obra, el sufrimiento de estos niños se vuelve visible y audible para el resto de la sociedad. Pero como ésta no parece ser capaz de dar una solución al problema, los niños están condenados a permanecer a la intemperie, intentando vivir según sus propias reglas.

A principios del siglo XXI el objeto predominantemente del discurso público sobre los menores en América Latina son los niños y jóvenes delincuentes, visualizados casi siempre como parte de los estratos pobres. La violencia juvenil, sus posibles causas y sus contradictorios sistemas de valor y relación social no preocupan solamente a políticos, sociólogos y padres, sino que además son un tema de interés intelectual y cultural. Esto se manifiesta en dos novelas recientes que, adaptadas como películas, llegaron tener éxito mundial: *La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo y *Cidade de Deus* de Paulo Lins. **Horst Nitschack** analiza ambos textos y su adaptación filmada en el contexto del género del *Bildungsroman* de las literaturas europeas y americanas. Propia de este género es la caracterización del adolescente como representante de las contradicciones fundamentales de la condición humana o de los antagonismos sociales y sus consecuencias. Pero los protagonistas de hoy ya no son los jóvenes burgueses del *Bildungsroman* europeo sino que, en correspondencia con el desarrollo socio-económico de América Latina en las últimas décadas, pertenecen a las familias pobres de las grandes ciudades. La miseria y la violencia son, por consiguiente, el tema principal de los conflictos juveniles. Los jóvenes protagonistas son representados aquí como sujeto heroico y de gran autonomía personal, no obstante su pobreza e inclusión en la cultura de violencia que los rodea. Nitschack afirma que en estas novelas los jóvenes son representados como sujetos absolutos porque esa es la única manera que les permite afirmarse en este mun-

do de extrema hostilidad sin caer en el rol de la víctima o de una subordinación humillante. Las novelas muestran el mundo alternativo, hacen comprensible la cultura de estos jóvenes y denuncian la condición humana dentro de las grandes ciudades modernas en general. Con sus puestas en escena de actos de violencia y su estilo hiperbólico, estos textos desafían la racionalidad de discursos científicos (antropológicos o sociológicos) y morales sobre la violencia urbana y la implicación de los adolescentes en ella. Pero tampoco ofrecen ninguna solución, o solamente una solución negativa: la del pacto con esta violencia para poder actuar.

Planteadas en estos términos, la visión que ofrecen estas ficciones no parece diferir de la situación real de muchos jóvenes marginados de fines del siglo XX, que ya no aceptan los valores y normas de la sociedad que los excluye y optan por formar un mundo propio. Tal es el caso de las “maras” centroamericanas analizadas por **Peter Peetz**. Las raíces de estas pandillas están en los grupos de jóvenes que migraron hacia Estados Unidos, lo que ha llevado a algunos analistas a considerarlos como un fenómeno (re-)importado, relegando la marginalización socio-económica de muchos jóvenes en las sociedades centroamericanas a un segundo plano. El problema de los orígenes de la delincuencia juvenil –¿resultado de la pobreza y falta de perspectivas o consecuencia de la falta de formación?– sigue en el centro de la discusión y los argumentos a favor de una posición u otra sólo han variado gradualmente a lo largo del tiempo. Pero más que esta cuestión, lo que hoy convoca a la reflexión es la ambivalencia, por no decir contradicción, de la ética que han desarrollado estas pandillas. Delincuencia, violencia y crueldad hacia fuera contrastan con la solidaridad y el rígido código de honor y jerarquía dentro del grupo. Cada grupo elabora además sus propios símbolos culturales que, en clara oposición a la estética hegemónica, intensifican la identidad comunitaria y el sentido de pertenencia de los miembros. Como afirma Peetz, las maras llenan el vacío que dejaron las familias, la sociedad y el Estado en cuanto sistemas de solidaridad, integración social y oportunidades de autorrealización. Tanto más preocupante resulta entonces la tendencia de los gobiernos centroamericanos a enfrentar el problema mediante la aplicación de leyes represivas que en varios casos contradicen la legislación internacional en materia de derechos humanos.

Esta cuestión que, si bien reconoce antecedentes más lejanos, no se convirtió en tema importante de la política internacional hasta la segunda mitad del siglo XX, es analizada por **Ruth Stanley** con respecto a la aplicación en varios países latinoamericanos de las disposiciones contenidas en la Convención sobre los Derechos del Niño (1989). Abandonando la perspectiva tradicional que veía en la infancia un objeto de asistencia y tutela y distanciándose del paradigma que asimilaba la criminalidad a la pobreza, la Convención consagra la protección integral de niños y jóvenes reconociendo al mismo tiempo que son sujetos de derecho. Pese a ello, quienes se ven involucrados en la realidad del sistema penal suelen no ser reconocidos en cuanto sujetos de derecho ni gozan de la protección especial que les corresponde por su edad. Si bien la Convención fue ratificada por todos los países latinoamericanos, muchos de ellos no han adecuado a ella su legislación, en tanto que en otros que sí lo hicieron, la nueva normativa no es más que letra muerta, de modo que, como muestran los casos de Argentina, Brasil y Venezuela, el sistema tutelar permanece vigente. A ello se agrega que los menores reclusos, que provienen en su gran mayoría de los estratos socioeconómicos más bajos, suelen ser sometidos a malos tratos y no reciben la educación que debería capacitarlos para integrarse en la sociedad y en mercado de trabajo luego de su internación. Si bien las prácticas penales discriminatorias no son exclusivas de los países latinoamericanos, en ellos la debilidad del Estado de derecho hace que la diferencia siempre existente entre la ley y la práctica sea mayor que en otros casos, en tanto que la profunda desigualdad social favorece la persistencia de comportamientos autoritarios y violentos. En ese contexto, el trato dado a los menores pobres por el aparato coercitivo no es percibido en su dimensión de violación de los derechos humanos sino como un problema de seguridad pública. Precisamente por eso, el esfuerzo que representa la Convención no es en vano: las normas internacionales pueden servir como punto de partida y tópico de reflexión que estimule la toma de conciencia en las diferentes sociedades.

Como se desprende de este breve panorama, las contribuciones reunidas en este volumen provienen de diferentes disciplinas: historia, sociología, ciencias políticas, crítica literaria y estudios culturales. Tal elección ha sido consciente y responde al convencimiento de que la cuestión de los niños y los jóvenes está situada “entre” la familia, la

sociedad y el Estado, y que, por lo tanto, no es exclusiva de una única área de conocimiento. Sólo una perspectiva multidisciplinaria que destaque los cambios y las continuidades de su evolución desde la fundación de los Estados independientes hasta el día de hoy permitirá dotarla de la visibilidad que merece tanto en el ámbito social como en la reflexión académica.

### Bibliografía

- Arrom, Silvia (2000): *Containing the poor: The México City Poor House, 1774-1871*. Durham/London: Duke University Press.
- (1994): “La niñez en México e Hispanoamérica: rutas de exploración”. En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 41-72.
- Ávila Espinosa, Felipe Arturo (1994): “Los niños abandonados en la Casa de Niños Expósitos en la ciudad de México, 1767-1821”. En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 265-310.
- Barrán, José Pedro (1990): *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Tomo 2: El disciplinamiento (1860-1920)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- Barrantes, Osvaldo et al. (1997): “Liberalismo, políticas sociales y abandono infantil en Costa Rica (1890-1930)”. En: Rodríguez Sáenz, Eugenia (ed.): *Entre Silencios y Voces. Género e Historia en América Central (1750-1990)*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica, pp. 79-112.
- Bartell, Ernest/O'Donnell, Alejandro (2001) (ed.): *The Child in Latin America*. Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press.
- Cardozo, Ruth C. L. (1984): “Creating Kinship: The Fostering of Children in Favela Families in Brazil”. En: Smith, Raymond T. (ed.): *Kinship Ideology and Practice in Latin America*. Chapel Hill: University of North Carolina Press, pp. 196-203.
- Castro Carvajal, Beatriz (ed.) (1996): *Historia de la vida cotidiana en Colombia*. Santa Fe de Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Cicerchia, Ricardo (1997): “Minors, Gender, and Family: The Discourses in the Court System of Traditional Buenos Aires.” En: *The History of the Family*, vol. 2, n° 3, pp. 331-346.
- (1998/2001): *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Ed. Troquel (2 vols.)
- Dean, Carolyn (2002): “Sketches of Childhood: Children in Colonial Andean Art and Society”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 3-20.
- Devoto, Fernando/Madero, Marta (eds.) (1999): *Historia da la vida privada en Argentina*. Buenos Aires/Madrid: Taurus (3 vols.).

- Freitas, Maracos Cezar de et al. (eds.) (1997): *História social de infância do Brasil*. São Paulo: Cortez.
- García Méndez, Emilio/Bianchi, María Del Carmen (1991) (eds.): *Ser niño en América Latina. De las necesidades a los derechos*. Buenos Aires: UNICRI/Editorial Galerna.
- García Méndez, Emilio/Salazar, María Cristina (1999) (eds.): *Nuevas perspectivas para erradicar el trabajo infantil en América Latina. Seminario regional post-Oslo*. Santafé de Bogotá: UNICEF/Tercer Mundo.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.) (1994): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México.
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar et al. (ed.) (1991): *Familias Novohispanas. Siglos XVI al XIX*. México D.F.: El Colegio de México.
- González, Ondina E. (2002): "Down and Out in Havana: Foundlings in Eighteenth-Century Cuba". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 102-113.
- Grosman, Cecilia P. (1994): "Los derechos del niño en la familia". En: Wainerman, Catalina H. (ed.): *Vivir en familia*. Buenos Aires: Losada, pp. 73-114.
- Guy, Donna J. (2002): "The State, the Family, and Marginal Children in Latin America". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 139-164.
- Hecht, Tobias (2002): "Children and Contemporary Latin America". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 242-250.
- Lavrin, Asunción (1991): "La niñez en México e Hispanoamérica: rutas de exploración". En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 41-72.
- Lipsett-Rivera, Sonya (2002): "Model Children and Models for Children in Early Mexico". En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 21-51.
- (ed.) (1998): "Children in the History of Latin America". Special Issue of the *Journal of Family History. Studies in Family, Kindship and Demographie*, 23, p. 3.
- Malvido Miranda, Elsa (1980): "El abandono de los hijos, una forma de control de tamaño de la familia y del trabajo indígena, Tula 1683-1730". En: *Historia Mexicana*, 29, 4, pp. 521-61.
- Marcílio, Maria Luiza (1993): "A Irmandade da Santa Casa de Misericórdia e a assistência a criança abandonada na história do Brasil". En: Marcílio, Maria Luiza (ed.): *Familia, mulher, sexualidade e Igreja na história do Brasil*. São Paulo: Edições Loyola, pp. 149-156.
- (1994): "Abandonados y expósitos en la historia de Brasil. Un proyecto interdisciplinario de investigación". En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 311-326.
- (1998a): *História social da criança abandonada*. São Paulo: Hucitec.

- (1998b): “A etnodemografia da criança abandonada na História do Brasil: séculos 18 e 19”. En: *Latin American Population History Bulletin*, 28, pp. 2-11.
- Mesquita Samara, Eni de (1997): “O papel do agregado na região de Itu, 1798-1830”. En: *Coleção Museu Paulista* (Serie de Historia), 6, pp. 1-105.
- Molloy, Sylvia (1996): *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Moreno, José Luis (2004): *Historia de la familia en el Río de la Plata*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Muñoz, Cecilia/Pachón, Ximena (1995): “Las niñas a principios de siglo”. En: Velásquez Toro, Magdalena: *Las mujeres en la historia de Colombia*. Bogotá: Consejería Presidencial para la Política Social / Editorial Norma, vol. 2, pp. 424-453.
- Novais, Fernando A. (ed.) (1997/98): *História da vida privada no Brasil*. São Paulo: Editora Schwarcz, Companhia de Letras (4 vols.).
- Peterson, Anna L./Almere Read, Kay (2002): “Victims, Heroes, Enemies: Children in Central American Wars”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 215-231.
- Post, David (2001): *Children's Work, Schooling, and Welfare in Latin America*. Boulder, Colorado: Westview Press.
- Premo, Bianca (2002): “Minor Offenses: Youth, Crime, and Law in Eighteenth-Century Lima”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 114-138.
- Rizzini, Irene (2002): “The Child-Saving Movement in Brazil: Ideology in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Wisconsin: University of Wisconsin Press, pp. 165-180.
- Salinas Meza, René (1991): “Orphans and Family Disintegration in Chile: The Mortality of Abandoned Children, 1750-1930”. En: *Journal of Family History*, 16, 3, pp. 315-329.
- Scarzanella, Eugenia (2001): “Proteger a las mujeres y los niños. El internacionalismo humanitario de la Sociedad de las Naciones y las delegadas sudamericanas”. En: Potthast, Barbara/Scarzanella, Eugenia (eds.): *Mujeres y naciones en América Latina*. Frankfurt/Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, pp. 205-222.
- Szuchman, Mark (1990): “Childhood Education and Politics in Nineteenth Century Argentina: The Case of Buenos Aires”. En: *Hispanic American Historical Review*, 70, 1, pp. 109-138.
- Vaughan, Mary K. (1982): *The State, Education, and Social Class in México, 1880-1920*. Dekalb: Northern Illinois University Press.
- Vázquez, Josefina (1975): *Racionalismo y educación en México*. México D.F.: El Colegio de México.



Ivette Pérez Vega

## **El tráfico de niños esclavos en el sur de Puerto Rico: Ponce (1815-1830)**

A principios del siglo XIX, la fiebre del azúcar y los esclavos sacudió al mundo y provocó el interés de los emigrantes de todas partes de América y Europa por ir a Puerto Rico y Cuba. Estas colonias españolas en el Caribe fueron favorecidas por el decaimiento de las producciones azucareras francesas e inglesas y la abolición del tráfico esclavista de África con Estados Unidos y los países europeos en 1808.

Puerto Rico se convirtió en refugio y asilo de los españoles expatriados y extranjeros provenientes de las posesiones americanas sublevadas, lo que aseguraría por largo tiempo el dominio sobre la isla, y también un lugar de domicilio para peninsulares afectados por la condición económica en que se encontraba España luego de la entrada de Napoleón en el país. Pasada la guerra de la Independencia, España quedó sumida en una crisis de desempleo que perjudicaba sobre todo a Cataluña, centro industrial de la península. De esta forma, España resolvió gran parte de su problema incentivando a estas poblaciones a alojarse en Puerto Rico, lugar seguro, con poca población y virgen para la explotación económica. Además, España deseaba romper con su política de exclusivismo en la isla.

Puerto Rico estaba rodeado por la muralla exclusivista que España erigió alrededor de sus dominios americanos. La isla se constituyó en un “conejillo de Indias” para la validez y eficiencia de las prácticas monopolísticas españolas (Morales Carrión 1952: 2). Su posición en el cruce de las rutas imperiales de abastecimiento la expuso a inevitables contactos con pueblos no hispánicos, lo que incidió en la doctrina exclusivista de España. Pronto se desarrolló una lucha entre una teoría para beneficio de la monarquía y una realidad social de intereses y necesidades propias de la colonia. Esta lucha perduró hasta alcanzar su culminación en las postrimerías del Imperio Español en América.

La Cédula de Gracias decretada por la Corona el 10 de agosto de 1815 con el propósito de poblar Puerto Rico marcó el punto culminan-

te de la decadencia del exclusivismo real, tanto en la teoría como en la práctica (Morales Carrión 1952).

La llegada de emigrantes a Puerto Rico, en especial a Ponce, tanto de Europa como de América, atraídos por las beneficiosas concesiones conferidas por la Corona española a través de la Cédula de Gracias,<sup>1</sup> fue el instrumento principal que permitió la introducción de un gran número de esclavos y su desenfrenado comercio de compra y venta en la isla, pues relajó las restricciones existentes sobre la entrada de emigrantes y de esclavos por el temor a la abolición de la trata.<sup>2</sup>

La Cédula de Gracias promulgada para el desarrollo general de Puerto Rico tuvo como propósitos principales promover el bienestar de la isla, remunerar los servicios y la lealtad de sus habitantes, fomentar su población, agricultura y comercio, y ordenar la administración del país. La estipulación de poblar Puerto Rico fue acompañada de una política agraria para promover el comercio con la extracción de sus frutos y producciones.

La Cédula de Gracias estuvo en vigencia durante 15 años, en los cuales las dádivas destinadas a atraer a los inmigrantes fueron aprovechadas con urgencia. Asimismo, confirmó y aseguró algunas medidas que ya estaban en vigencia en la isla: la entrada de extranjeros, el comercio de esclavos libre de impuestos y el comercio con países neutrales y colonias amigas. En realidad, la Cédula formalizó y amplió un desarrollo económico que ya había comenzado antes.

De los 33 artículos que contiene, 13 se refieren al fomento de la colonización extranjera ofreciendo concesiones favorables y beneficiosas, ya que eran los extranjeros quienes podían aportar el capital para el desarrollo del país. Se les requirió adquirir tierras al domiciliarse con el propósito de que se dedicaran a lo más urgente del país: la agricultura, si bien este requisito no aparece en la Cédula. Por otra parte, se les prohibió dedicarse al comercio tradicional y poseer embarcaciones, lo cual sólo estaba permitido a los españoles. Sin embargo, no se les prohibió comerciar y controlar totalmente el mercado de

---

1 Ver "Real Cédula de Gracias y Reglamento para la aplicación de la Cédula de Gracias del 10 de agosto de 1815" en Coll y Toste (1914: 297-307). Véase también el análisis de la Cédula de Gracias por Gutiérrez del Arroyo (1953).

2 Sobre la compra y venta de esclavos en San Juan y Naguabo véanse Carbonell Fernández (1977) y Vázquez Arce (1976).

esclavos. Eran los extranjeros los que tenían el dinero para dicho comercio.

La apertura del puerto de Ponce desde 1812 fue el mecanismo que facilitó la llegada directa de gente libre y esclava<sup>3</sup>, principalmente, desde St. Thomas a la región sureña. La segunda fase de la trata en Ponce se extendió entre 1815 y 1835 (Scarano 1984) coincidiendo con las grandes importaciones de esclavos en Cuba (1816-1820) por la presunción de que la trata fuera a terminar en 1820 (Moreno Fraginals 1978: tomo I, 264-265). De 1816 a 1820 no hubo importaciones autorizadas por el gobierno. El tratado anglo-español de 1817 prohibió el comercio de esclavos en los territorios españoles, pero el gobierno local no le prestó atención y la trata continuó, de modo que en 1820 las importaciones se incrementaron en Ponce, particularmente las de bozales, como también los precios. Con la renovación de la trata, que tuvo su apogeo entre 1820 y 1830, Ponce se convirtió en corto tiempo en el principal sitio de tenencia y tráfico de esclavos procedentes de África en Puerto Rico.

Una investigación anterior sobre la introducción y venta de esclavos en Ponce entre 1815 a 1830 nos demuestra que las leyes del gobierno local en cuanto a la importación y el mercado de negros eran muy arbitrarias y laxas (Pérez Vega 1992: 61-76, 765-766). Cualquiera que quería, introducía y vendía negros, ya fuese pagando impuestos o sin pagarlos. En 1824 el gobierno concedió por primera vez a los hacendados de Ponce permisos para importar negros como fuerza laboral. Los años de 1824 a 1830 se caracterizaron por la intensidad del tráfico esclavista. Hubo entonces una gran expansión de las transacciones tanto legales como ilegales, con o sin autorización del gobierno, y se realizaron muchas ventas legalizadas y muchas sin protocolizar porque se efectuaban al contado. La mayoría de los esclavos eran introducidos por extranjeros no naturalizados establecidos en Ponce.<sup>4</sup>

La mayor parte de los esclavistas eran extranjeros y llegaron a ser dueños de las principales haciendas de Ponce, como por ejemplo José M. Tristany, Fernando Overman, Guillermo Voigt y Juan D. Wedstein. También eran partícipes de sociedades mercantiles establecidas

---

3 Sobre el estado de los negros en Puerto Rico véase Flinter (1976).

4 Sobre los extranjeros puede verse Cifre de Loubriel (1962).

en Ponce que tenían socios en St. Thomas o en Martinica y eran subsidiarias de importantes firmas europeas establecidas en esos lugares. Estos esclavistas procedían principalmente de Cuba, St. Thomas y Martinica, donde el comercio de negros procedentes de África se desarrollaba en grandes dimensiones. Algunas sociedades mercantiles de inmigrantes de Venezuela y de la Península se dedicaron también a comerciar con esclavos aunque en menor grado.

La mayoría de las piezas de Indias importadas entre 1824 y 1830 eran enviadas desde las islas vecinas –Guadalupe, Martinica, Trinidad, Curaçao y St. Thomas– consignadas a comerciantes de Ponce, en embarcaciones de diferentes matrículas. Muchos cargamentos no indicaban la cantidad que traían. Los permisos concedidos para introducir esclavos desde 1824 fueron otorgados exclusivamente a labradores inmigrantes pero utilizados por los interesados en la trata. Dichos permisos fueron aprovechados en su totalidad, pues no era de esperar que los adjudicatarios desperdiciaran tan provechosa oportunidad.

Impresiona la gran cantidad de niños que dichos comerciantes vendieron en 1825 ante notario en Ponce: 153 niños. Es decir que la cantidad de niños introducidos en un año superaba el 10% de los esclavos ingresados a Ponce y Puerto Rico. Entre 1825 y 1830 tres sociedades esclavistas (Tristany; Atkinson & Rogers; y Overman, Voigt & Proust) vendieron 403 niños recién importados. Estas cifras se refieren a las ventas legales o notariadas pero se estima que la cantidad de esclavos que se importaban en forma ilegal para no pagar impuestos era mayor que la de los que entraban legalmente. De 1820 a 1828 entraron en Puerto Rico 1.250 esclavos por año. En los seis años que median entre 1824 y 1830 se constató la introducción de 3.600 esclavos (600 por año) por ocho comerciantes de sociedades mercantiles, principalmente extranjeros. Fueron vendidos en unos 800.000 pesos, es decir a 225 pesos por esclavo. Ponce recibió por lo menos la mitad de los esclavos que se importaban en Puerto Rico, comprobándose así la importancia de esa localidad como principal consumidor y mercado de esclavos durante esa época (Pérez Vega 1992).

Según lo establecido en los estudios de Philip D. Curtin (1975a) y Herbert Klein (1978; 1986) tan sólo un 10% del total de los negros que vinieron a América eran niños, con excepción del caso de Cuba, que recibió un 20% en la segunda mitad del siglo XIX. ¿A qué se debe ese interés por los niños? La razón principal era que en cualquier mer-

cado los niños eran más baratos, aunque más difíciles de conseguir que los adultos, hombres o mujeres. Además los niños eran más fáciles de desprender de sus raíces familiares y culturales, lo que facilitaba su adaptación al país en un ambiente paternalista. Era más fácil educar a los niños en el sistema de hacienda que a los adultos, lo que redundaba en mayores beneficios para la empresa. Además, los niños ocupaban menos espacio en la embarcación que los traía, pero pagaban igual que los adultos. Los capitanes de barcos no los querían porque un niño de 10 a 12 años consumía más de un galón de agua, es decir más que un adulto, y el agua era un artículo muy caro y apreciado en un barco. Además es probable que los niños tuvieran menos resistencia para soportar el viaje tortuoso, en el que también muchos adultos morían. Los niños eran gravemente afectados por las deficientes condiciones de salud y por las enfermedades de la época: diarrea, catarros, fiebre, tos ferina, varicelas, sarampión.<sup>5</sup>

El número de negros adultos disponibles había mermado también en las islas vecinas debido al tratado anglo-español del 1817, ya que muchos habían sido libertados, de modo que la gran demanda obligaba a adquirir niños. Los llamados “negrillos” era lo único aprovechable en ese momento, con el aliciente de que, en pocos años, serían adultos. ¿Acaso los niños eran vislumbrados como el último recurso de supervivencia para las haciendas? Un esclavo con vida productiva larga aumentaba la rentabilidad del negocio.

Anteriormente, en 1765, había en la isla unos 1.598 niños esclavos menores de 10 años de edad. Al comienzo del siglo XIX, los niños se vendieron también a altos precios. Ya en 1816 un niño de 8 años fue vendido por 150 pesos, uno de 12 por 225, y otro de 15 por 250. Era conveniente comprar un niño aunque fuese a un precio alto, ya que en poco tiempo, a los 18 años, tendría un valor de no menos de 350 pesos. Pero algunos hacendados creían que mantener a los niños hasta que fuesen adultos era muy costoso y también muy alta la responsabilidad que quería imponer el Estado, y por eso no los querían.

---

5 Para un excelente análisis comparativo sobre la esclavitud véase Patterson (1982a).

### **1. La esclavitud en África**

Dado que los niños y las mujeres eran altamente apreciados en la sociedad africana, hasta principios del siglo XIX no se traficaba con ellos en la costa de África. No hay duda de que la mayoría de las mujeres y los niños esclavizados eran mantenidos en sus comunidades, en tanto que los hombres eran vendidos para América. La predominancia de hombres esclavos en este mercado trasatlántico resultaba claramente de la preferencia por reservar las mujeres y niños para utilizarlos en África. Las mujeres asegurarían la reproducción de los esclavos y los niños, una vez adultos, también lo harían y podrían ser vendidos allí a precios mayores (Eldredge/Morton 1994).

La captura por grupos de labradores africanos de mujeres y niños de otras aldeas para esclavizarlos, regalarlos como objetos o venderlos era común. La práctica de tomar niños como prisioneros de guerra, los cuales podrían ser cambiados o vendidos, no era considerada por la sociedad africana como esclavitud. Pero la existencia de estas prácticas hizo a estas sociedades vulnerables y las predispuso a entrar en el comercio trasatlántico de esclavos con los europeos. A los capturadores de esclavos les interesaban más los niños porque eran más fáciles de obtener y trasladar de un lugar a otro, y también más fáciles de controlar y guardar sin que se escaparan. También les interesaban los niños de más edad, lo suficientemente fuertes como para ser útiles en las fincas (Inikori/Stanley 1992). Los niños tomados como prisioneros de guerra eran cambiados frecuentemente por ganado y ovejas. Un niño tenía el valor equivalente a seis bueyes. En África, muchos de los huérfanos eran mantenidos como aprendices o en esclavitud doméstica hasta los 25 años. Las familias con necesidad y algunos hombres que deseaban castigar a sus hijos y también a sus concubinas, los daban a prestamistas para que los tuvieran como esclavos (Conrad 1983: 31). La esclavitud de niños se expandió en el sur de África como parte de su economía doméstica y de exportación, ya que su comercio era legal. El comercio abierto de niños se hizo así una práctica común.

En América hubo una gran demanda de esclavos domésticos adiestrados, de modo que en África no sólo se estableció un floreciente mercado de marfil de elefantes para la exportación, sino también de

niños, desde los 3 años de edad, que se conoció como el “comercio de marfil negro” (Alpers 1975).

En el período entre la abolición y la emancipación de la esclavitud en las colonias americanas (1808-1834), miles de esclavos fueron vendidos en el Sur de África, entre ellos un gran número de niños con sus madres (Patterson 1967; 1982a: 148-171). Los negreros compraban todos los esclavos que había disponibles sin importarles sexo, edad o condición física, incluyendo mujeres embarazadas, niños pequeños, “esclavos malos” y niños enfermos (Shell 1994). Cuando un niño era esclavizado, se le ponía una cadena al cuello, en la mano derecha o en ambos lugares y se le marcaban en la piel las iniciales del dueño para que pudiese ser identificado en caso de que huyera (Conrad 1983).

Durante el viaje en barco hacia América, los niños se pasaban la mayor parte del tiempo desnudos en la proa, ya que era costumbre mantener a todos los esclavos desnudos. A veces, los niños mayores saltaban del barco porque tenían mucho miedo de ser “engordados y comidos” o por la desesperación de no saber a dónde eran llevados ni cuál sería su destino. Todos los niños presentaban un espectáculo de miseria y hambre. Se veían niños recién nacidos que trataban inútilmente de extraer leche de los pechos de sus madres. Otros de 5 ó 6 años que se desmayaban de hambre o robaban lo que pudieran encontrar para comer y agua para satisfacer su necesidad. Por lo general, las niñas de más edad estaban tan asustadas que permanecían inmóviles en espera de lo peor (Conrad 1983: 33, 38-39).

## **2. La vida en Puerto Rico**

Cuando los esclavos llegaban a su destino en Puerto Rico, eran marcados con el carimbo (instrumento de plata calentado para ese fin) en la parte derecha del pecho con la marca o consigna del rey de España y en la izquierda con la del nuevo dueño que lo adquiría. Esto se hacía en el momento en que el comprador pagaba los impuestos al gobierno (Díaz Soler 1974: 21-22). En corto tiempo los “negrillos” se convirtieron en América y en Ponce en una mercancía cara, difícil de conseguir, exclusiva de los grandes comerciantes o negreros locales, es decir, fuera del alcance de otros pueblos de la isla.

Los niños eran capturados como en un juego salvaje [como en una cacería de animales] traídos a los puertos, vendidos; vinieron a ser como los niños de circunstancias diabólicas, como salvajes, como animales que no esperaban nada, con mucho miedo porque se sentían oprimidos por sus dueños [...],

decía Charles Walker, abogado de Nueva York, visitante y amigo del esclavista Arthur Rogers de Ponce (Walker 1965: 37-50).

Los esclavos eran divididos en lotes, por sexo y edad. Los niños iban aparte, desnudos igual que los adultos, para que el comprador pudiera ver la calidad de la mercancía. Por lo general, los vendedores, luego de ponerlos en una tarima para que el público los pudiera apreciar bien, los anunciaban en alta voz describiendo sus cualidades más destacadas (fuertes, inteligentes, cariñosas, bonitas o delicadas según los casos) con el propósito de hacerlos atractivos al comprador (Turnbull 1840).

Las ventas no sólo representaban una amenaza psicológica sino que también eran un hecho económico y físico que expresaba el estatus del esclavo como una mercancía o propiedad. Era algo visible y humillante. Todo el pueblo estaba presente ya que constituía una de las actividades más importantes y visitadas del lugar. El acto unía el poder del comerciante, que vendía y compraba, y el miedo y la indefensión del esclavo.

Al ser adquirido y llevado a su nuevo hogar, el niño se encontraba con su nueva realidad: un lenguaje, nombre, religión, dueño, vivienda y cultura diferentes. La nueva familia, la cultura doméstica, el paternalismo, la religión católica y los símbolos de poder de la hacienda, servían de herramientas efectivas para intimidar e imponer la obediencia y el poder sobre el niño. Todo esto lo transformaba en una persona dócil, preparada para su primera función como sirviente doméstico: cuidar o estar con los niños blancos de la casa grande. La soledad de la hacienda y la casa grande en el contexto rural ayudaba a su transformación, ya que siempre estaba en contacto con la misma gente, sin recibir influencias exteriores. El control directo que ejercía el ambiente de la casa ayudaba a que se desprendiera de su cultura africana, lo cual a su vez contribuía a que no se escapara y huyera de la plantación. Los niños de 10 años en adelante tenían más oportunidad de estar en contacto con más personas ya que por lo general eran envia-



dos al campo a trabajar junto con los otros esclavos y trabajadores libres.

Generalmente, el niño esclavo estaba bajo cargo y responsabilidad de una esclava doméstica que lo supervisaba y lo tenía como su hijo. Esto ayudaba al hacendado a tener un control absoluto sobre el niño a través de la esclava, dándole a la misma vez protección al niño de la brutalidad del mundo exterior. Los niños vivían en una relación especial con los centros de autoridad, lo cual implicaba más paternalismo, dependencia y claustrofobia que los que caracterizaban la relación de los trabajadores esclavos del campo con el hacendado o su capataz inmediato. Los niños vivían en un mundo donde todo a su alrededor les indicaba su condición de esclavitud: los otros esclavos, la casa grande, su amo, los hijos o niños del hacendado, signos todos de poder que les recordaban su inferioridad y paradójicamente le daban seguridad.<sup>6</sup> Las relaciones entre los amos y los niños en la zona urbana, incluyendo la portuaria, eran más débiles que en la hacienda o área rural, ya que era más difícil controlar sus movimientos y evitar que entrasen en contacto con extraños.

Usualmente, los niños eran controlados por violencia física o por manipulación o engaño. Sin lugar a duda en la casa grande se daba una forma de explotación y abuso de la que nadie hablaba: violaciones, homosexualidad y posiblemente bestialidad contra niños. Éstos eran utilizados por sus amos (hombres y mujeres) como instrumentos de lujo y vanidad. Eran preferidos como objetos de placer porque podían ser fácilmente manipulados y controlados por el miedo (Coggeshall 1858: 525s.). Se les engañaba con facilidad por medio de objetos llamativos o atractivos para que cedieran a los deseos de los poderosos. A los dueños les agradaba ser complacidos por niños, que les proveían esas caricias o “mimos” que les hacían sentirse satisfechos (Díaz Soler 1974: 149). Si, al contrario, el niño no accedía a sus peticiones o hacía algo que no complacía al amo, era severamente castigado y hasta podía ser vendido. La amenaza de ser vendido e ir a un nuevo lugar desconocido los aterrorizaba.

¿Habría diferencia entre la vida que llevaban los niños en África cuando eran capturados por los propios africanos para trabajar en las

---

6 Patterson (1982b); Baralt (1982). Sobre la familia esclava en Estados Unidos véase Gutman/Sutch (1976).

fincas o como sirvientes, y la que llevaban en América como esclavos? Dado que se trataba de una vida en la esclavitud tanto en África como en América, la mayor diferencia estribaría en cómo los trataban y en el medio cultural donde vivían. Las atrocidades o penalidades a que estaban expuestos entonces los niños y eran aceptadas abiertamente por las sociedades tanto en África como en América y en Europa no son imaginables para la gente hoy día. La trata de niños fue un negocio sin escrúpulos e infame que constituyó una de las empresas más lucrativas de la época.

Cuando los niños esclavos no eran alimentados adecuadamente en la hacienda ocurrían en la casa grande frecuentes robos de alimentos, por lo cual los niños era castigados con el foete y encerrados por lo general en un cuarto oscuro por largo tiempo sin agua ni alimento. El robo de alimentos era la falta que los niños cometían más comúnmente. Así decía Juan Manzano, recordando que a los 12 años había sido encerrado en una carbonera de la hacienda por 24 horas:

Lo que sufrí por el hambre, sed y miedo [...], en un lugar apestoso al lado de un basurero, un lugar húmedo donde las ratas caminaban sobre mi [...] Siempre flaco, débil, exhausto, hambriento [...] comiendo todo lo que encontraba, por lo que me consideraban un glotón [...] Mis faltas: no escuchar cuando me llamaban o hablaban u olvidando las órdenes o mensajes que me daban [...] Cuando me llamaban temblaba [...] Siempre con el miedo de ser vendido [...] Tuve una vida penosa [...] Cuando mi ama murió pasé a otra familia que me trataba mal (Manzano 1975: 20).

A veces la única alternativa de liberación para el niño mayor era la desertión, la que representaba una forma de oposición o repudio a su condición de esclavitud. Algunos lograban escapar hacia el campo, pocos iban a la ciudad donde podían ser identificados fácilmente y devueltos a su lugar de procedencia. Algunos iban a la zona del puerto para tratar de embarcarse, añorando regresar a su lugar de origen, África.

A temprana edad los niños desarrollaban el gusto por las mismas formas de recreación de los esclavos adultos: la bebida, el juego (cartas, gallos), la música africana (entonando cánticos y tocando instrumentos como el bongó) y el baile, durante los fines de semana, tanto en la casa grande como en los lugares de trabajo. La producción y consumo de ron o aguardiente en la hacienda era más asequible que el agua, aún para los niños, es decir que desde muy temprano estuvieron expuestos al alcohol (Díaz Soler 1974).

Las principales labores que hacían los niños de 6 a 14 años dentro del ámbito doméstico eran ayudar en la cocina, lavar ropa y hacer mandados. En el campo cuidaban de los animales, limpiaban las zanjas, trabajaban con la azada en la tierra, desyerbaban las siembras, cubrían de tierra los sembradíos tanto con la azada como con las manos, recogían la caña desechada, recogían café y estiraban con sus manos las hojas de tabaco. Eran preferidos para estas dos últimas labores por el tamaño pequeño y delicado de sus manos. También solían empujar con un palo a los bueyes que molían la caña para que caminaran con más rapidez. A los menores de 6 a 12 años se les llamaba “mulecos” o “muleques”, y a los de hasta 18 años, “mulecones”. En la época de la zafra tanto los niños como las mujeres trabajaban hasta los domingos (Díaz Soler 1974: 152; Moreno Friginals 1978: 94).

Durante la época estudiada hubo un gran aumento de niños esclavos en Ponce debido a las uniones entre esclavos. Pero también hubo numerosas muertes de recién nacidos porque las mujeres embarazadas estaban obligadas a trabajar y, por lo general, tenían una alimentación y cuidado inadecuados, lo que solía causar abortos. A muchos dueños no les interesaban los recién nacidos y pensaban que no había razón para mantenerlos pues sólo serían completamente útiles 16 años más tarde. Por ese motivo, por el desprecio que sufrían los niños esclavos, muchas mujeres esclavas no querían tener hijos y si estaban embarazadas, abortaban. Los niños esclavos representaban para los hacendados un gasto no compensable, ya que tenían que facilitarles una esclava que los cuidara durante los primeros cinco años por lo menos, mientras sus madres trabajaban en otras tareas de la hacienda. El dueño era responsable de alimentarlos, vestirlos y cuidarlos, y no podía liberarlos para eludir esa responsabilidad. Sin embargo podían ser vendidos sin la madre, incluso los recién nacidos.

Era una creencia generalizada entre los hacendados y los blancos que los esclavos eran vagos y poco inteligentes por naturaleza, por lo que se asumía que para lo único que servían era para trabajar en el campo o en las tareas domésticas y que había que enseñarles a trabajar desde temprano para que, si algún día eran liberados, no fueran mendigos viciosos. Se pensaba que un niño necesitaba unos cincuenta años para alcanzar la civilización. Para eso debía recibir educación religiosa católica de un amo, ser bautizado al año de su llegada y cultivado en el amor al trabajo para transformarse así en un ser indus-

so y útil a la sociedad. Del mismo modo se consideraba adecuado encerrarlo en un lugar oscuro o de corrección cuando cometía una ofensa (Flinter 1976: 38, 59, 68).

La vestimenta de los niños era muy sencilla. De los 3 a los 6 años de edad se los vestía con un traje de algodón, que era igual para ambos sexos. Entre los 6 y los 13 años usaban pantalones y faldas, y a partir de los 14, se vestían como adultos: blusa o camisa, falda o pantalón, sombrero, pañuelo al cuello y una pieza de tela pesada sobre el cuerpo para protegerse. Dormían en hamacas y sus comidas se componían de plátanos, ñames y pescado; la leche era sólo para los recién nacidos hasta un año de edad.<sup>7</sup>

De acuerdo con la ley española, tenían que trabajar en las labores propias para su edad, sexo y fuerza física. Las mujeres no debían trabajar junto a los varones (Flinter 1976: 37-38; Díaz Soler 1974: 152). Pero por lo general, los reglamentos relacionados con el cuidado y bienestar de los esclavos no se cumplían en la hacienda y los esclavos desconocían las leyes que les concernían.

### **3. Venta y manumisión**

Antes de 1826 los recién nacidos podían ser vendidos solos. El Reglamento de Esclavos establecido ese año protegía a los niños menores de 3 años, no permitiendo que fueran vendidos sin su madre. No obstante, este reglamento no se cumplió, y los niños menores de esa edad continuaron vendiéndose en Ponce sin sus madres. De acuerdo con la ley, los niños tampoco podían ser libertados solos antes de ser mayores de edad (Díaz Soler 1974: 154).

Por lo general, los niños que eran manumitidos o libertados lo eran porque sus madres eran concubinas de los amos. Otra forma de lograr la libertad del niño era a través de la coartación: la madre o el padre pagaba por su libertad, lo que usualmente le llevaba años. A veces los niños obtenían la libertad de su amo, a la hora de su muerte o a través de su testamento, principalmente como una recompensa. Si el esclavo era hijo de su amo, esa verdad casi nunca se mencionaba en el testamento. La mayor parte de los niños nunca sabían quién era su padre.

---

7 Ver Flinter (1976: 38, 48-50, 53-59, 68-73).

En Puerto Rico, muchos niños fueron vendidos junto a sus madres, pero muchos también sin ellas.

Comúnmente, la venta de una hacienda incluía todos los esclavos, conteniendo en ocasiones hasta la concubina del amo y sus hijos. Por ejemplo, cuando el hacendado alemán Fernando Overman vendió la mitad de su hacienda *La Constancia* en 1818 tenía sólo 24 esclavos, incluyendo su esclava-concubina Juana María y su niña recién nacida María Teresa. Ambas fueron incluidas en la venta, y si su socio alemán Voigt quería enajenarlas, podía hacerlo. Por lo general, el valor de los esclavos era más alto que el de la hacienda sin ellos.<sup>8</sup>

La historia de la esclava María Teresa o Teresa de Jesús es muy interesante porque llegó a ser una niña liberta “privilegiada” que fue favorecida por su padre Overman, quien declaró en su testamento que ella era su hija. En 1824, la niña Teresa, a los 4 años de edad, fue manumitida o libertada por Overman un año antes de que lo fuera su madre, con la condición de que permaneciera con ésta en la hacienda hasta que fuese adulta, de 25 años, pero con todos los privilegios de una liberta (Pérez Vega 1987/88: 397-402). Las condiciones de vida continuarían siendo las mismas para la niña pero con la promesa de completa libertad veintiún años más tarde.

Teresa de Jesús creció junto a su madre, la esclava Juana María, en la casa de Overman y Voigt en *La Constancia*. Los testamentos, tanto de Overman como de la madre, demuestran que, una vez libertada, la niña recibió un buen trato de su padre aunque también revelan que ella nunca demostró tenerle ningún afecto según él confesó: “Le hago esa gracia [la libertad] a pesar de no haberme mostrado ella la menor inclinación o afecto”.<sup>9</sup>

En 1826, teniendo seis años de edad, la niña fue enviada por su padre a Wells, en el estado de Maine cerca de la ciudad de Boston, Estados Unidos, bajo la custodia del capitán John White, amigo de Overman, para ser entregada a Madame María Morell Dow, quien se encargaría de proporcionarle educación. Aunque en los Estados Unidos todavía existía la esclavitud, el tráfico de esclavos con África había sido abolido en 1807. Fueron pocos los niños nacidos esclavos, y menos las niñas, cuyo padre se interesó en darles educación. Tam-

---

8 AGPR, PNP, fs. 150-153, 213 (1820).

9 AGPR, PNP, fs. 198-202 (1824).

bién era exíguo el número de niñas libres que recibieron una educación similar, y menos fuera de la isla. En ese tiempo no había en Puerto Rico una institución de enseñanza en la cual pudiese recibir educación una niña, a menos que fuese en su hogar, pues las mujeres no recibían todavía educación formal. Teresa de Jesús fue una excepción entre los casos investigados.

Posiblemente, la niña, hija de mulata y blanco, parecía de raza blanca y podía ser considerada como tal en Maine. Quizás por esa razón, Overman la envió a ese lugar donde no la conocían para que no fuera discriminada. Luego de cuatro años, en 1830, la niña regresó a su hogar a los diez años de edad porque Overman no estaba satisfecho con la educación que le estaban ofreciendo. Posiblemente Madame Morell no la estuviera tratando de la forma que él esperaba, es decir como una niña libre. Entonces, Overman dio un poder especial al capitán de barco Jonathan Perkins para que la reclamase a la señora Morell, “con quien arreglará este negocio amistosamente pagándole el salario estipulado” y la trajera a Ponce.<sup>10</sup> Temiendo Overman por la libertad de la niña entregó al capitán los documentos legales pertinentes para acreditar ante los jueces, si fuera necesario, la libertad de Teresa de Jesús, con el fin de que pudiera regresar sin problemas. No obstante, la madre declaró en dichos documentos que la niña regresaría a la casa porque Overman estaba enfermo y la madre quería verla.

#### 4. El mercado en Ponce

A partir de 1819 comenzaron las grandes importaciones de niños a Ponce. El comerciante de esclavos Armando Sebastián Bailleache recibió de la isla de Guadalupe 125 negrillos de 11 a 15 años de edad, a los que vendió por 200 pesos cada uno.<sup>11</sup> A principios del año siguiente, Bailleache recibió 25 niños más. ¿Por qué había tantos niños disponibles en las islas caribeñas si también abundaban los adultos en el mercado? Posiblemente procedían del excedente de esclavos de las islas francesas o de Brasil, donde arribaban frecuentemente grandes cargamentos de África. Los traficantes de esclavos estaban en la cúspide de su prosperidad. El comercio de niños esclavos en Puerto Rico se intensificó pues no recibieron protección de parte del gobierno, de

---

10 AGPR, PNP, fs. 322v-324 (1828).

11 AGPR, PNP, fs. 94v-100 (1824).

modo que todos los que querían, podían importar “negrillos”. Si bien el precio de los niños en el mercado era más estable que el de los adultos, variaba según su edad y sexo. Por lo general, en las compraventas no se hacía mención a su desarrollo físico y, al parecer, sólo importaba el sexo y el precio. Posiblemente se pensaba que con una adecuada alimentación se podría mejorar su constitución física y obtener un valor más alto con su reventa. En algunas circunstancias el precio variaba y se vendían a un valor menor, posiblemente por ser de sexo femenino. En 1821, por ejemplo, Tristany vendió una niña de 8 años por menos de 100 pesos, es decir a un precio menor que el de las ventas que realizó en 1819.<sup>12</sup> Posiblemente estaría saldando una deuda con la niña, ya que se acostumbraba a pagar cualquier acreencia o deuda con esclavos en sustitución de la moneda. Dos años después, en 1823, Tristany vendió 28 niños de 6 a 12 años de edad, en su mayoría varones. Los de doce años eran los más apreciados porque podían ser empleados en labores más duras. Si cada niño tenía un valor de 200 pesos, Tristany debe de haber obtenido un ingreso de 5.600 pesos. Los vendió a personas de las más importantes de Ponce: los hacendados Fernando Overman, Joaquín Vargas y Pedro Gautier, el médico Domingo Arévalo, los sacerdotes José Antonio Córdova y Dionisio de Meneses.<sup>13</sup>

Los religiosos católicos les dieron a los niños esclavos la posibilidad de relacionarse socialmente con personas libres y una nueva esperanza de adquirir su libertad, al vivir con ellos en un ambiente más seguro y relajado, aunque bajo estricta disciplina. Por lo general, los niños vivían con los religiosos en el pueblo, en contacto con gente libre, y se suponía que en esas circunstancias eran tratados mejor que en la hacienda o bajo el control de otros grupos de la elite. Pero muchos niños comprados por los clérigos fueron revendidos. En el año 1824 el presbítero Dionisio de Meneses vendió a precio barato (70 pesos) un negrito de 5 ó 6 años que había adquirido junto con su madre dos años antes, en 1822, en tanto que a la madre la cambió por otra esclava.<sup>14</sup> Los religiosos, igual que cualquier persona libre, po-

---

12 AGPR, PNP, fs. 111-113 (1823).

13 AGPR, PNP, fs. 42v, 55, 67 (1822); 75, 112 (1823).

14 AGPR, PNP, fs. 173 (1824); 209 (1822).

dían poseer esclavos y consideraban a los niños y a cualquier esclavo como una mercancía y no como seres humanos.

La compra y venta de esclavos era el negocio más redituable de la época, del cual participaban todos los que podían hacerlo. El irlandés Robert Archbald, uno de los principales hacendados de Ponce, compró a Atkinson & Rogers unos niños, sin especificar la cantidad o sexo pero los revendió pasado un año.<sup>15</sup> El sacerdote José Joaquín de Sistiaga, del pueblo de Barranquitas, compró 26 esclavos, 14 eran niños de edad y sexo desconocido, pagando 5.284 pesos por todos ellos.<sup>16</sup> ¿Por qué Sistiaga compró tantos niños? Es posible que lo hiciera con el propósito de protegerlos, ofreciéndoles una vida mejor dentro de la esclavitud, como sirvientes, con la intención de darles la libertad más tarde. Esta clase de servidumbre de niños, hasta los 25 años, principalmente en el área doméstica, estaba muy extendida en el sur de África. O quizás, la intención de Sistiaga era darles la libertad a esa edad, ya que por ley, los esclavos no podían comprar su libertad por sí mismos hasta que no fuesen adultos. Lo cierto es que los niños que permanecían bajo un religioso también tendrían una larga vida en la esclavitud, por lo menos hasta los 25 años, si bien con la expectativa de que serían mejor tratados que en otro lugar y finalmente libertados.

Otros clérigos no fueron tan humanitarios como Sistiaga. El hacendado más rico de Ponce, el presbítero José Gutiérrez del Arroyo, deán de la Catedral de San Juan, mantuvo siempre más de cien esclavos en su gran hacienda *Quemado* y unos 13 como domésticos en su residencia en San Juan, entre ellos varios niños. El clérigo casi nunca les daba la libertad a sus negros y, cuando lo hizo, fue con la condición de que tuviera efecto sólo después de su fallecimiento o del de su sobrina-heredera, quien recibiría todos sus esclavos (Pérez Vega 1985). Esto significa que los niños no se salvaron de la esclavitud ni aún siendo propiedad de los religiosos.

El comercio de niños esclavos alcanzó a todos los grupos y clases sociales, desde los religiosos hasta los ex-esclavos o libertos. Por ejemplo, la liberta Juana María, ex-esclava de Overman, cuando obtuvo medios económicos suficientes, dos años después de obtener su libertad, en 1826, ya contaba con dos niñas esclavas de su propiedad,

---

15 AGPR, PNP, fs. 69-69v (1826); 126 (1827).

16 AGPR, PNP, fs. 253-254 (1825).



Mariana y Mimi. Ese año también compró al negrero Tristany unas esclavas entre las que se encontraban dos niñas procedentes de África: Margarita de 11 años y Ana María de 14. Por la primera pagó 250 pesos y por la segunda 300, pero al año vendió la segunda perdiendo 20 pesos. Al parecer estaba pagando una deuda con la niña. Al poco tiempo compró a Monserrate, de 13 años, por 260 pesos (Pérez Vega 1987/88).

¿Por qué una liberta quería esclavos? ¿Para qué una mujer quería tantas esclavas si no tenía tierra que cultivar? ¿Era que el poseer esclavos le daba estatus social? Esto nos demuestra nuevamente la mentalidad de la persona libre, aún de los libertos: si se tenía dinero había que adquirir esclavos para lo que fuese. Juana María estaba actuando como una mujer libre con dinero. Al emanciparla, Overman le adjudicó en su testamento una manutención de 200 pesos anuales como heredera legataria de por vida y dispuso que viviera junto con su hija en la hacienda mientras él estuviera con vida. Además le había legado por testamento dos casas en St. Thomas y dos billetes de 42 acciones de naturaleza desconocida, inscritos en el Banco de Filadelfia. Juana María era la única mujer entre las identificadas en una investigación anterior (Pérez Vega 1987/88) que poseía acciones que parecían ser de una compañía. Todo esto demuestra que Overman quería asegurarse de que a su muerte Juana María y la niña quedarían protegidas económicamente.

El año de 1825 fue de grandes ganancias para los comerciantes esclavistas de la región. Tristany introdujo 345 esclavos en Ponce y vendió 21 niños de ambos sexos, entre los que había una niña de 5 años.<sup>17</sup> Los compradores pagaron entre 120 y 260 pesos por niños de 5 a 13 años de edad. El mismo traficante vendió también diez niños bozales por 1.200 pesos.<sup>18</sup> Los bozales eran los preferidos por los compradores, pues se los consideraba como los más capacitados para el trabajo y los menos violentos entre los grupos africanos, igual que los de Mozambique por ser tranquilos (Klein 1986: 145-147). Estos niños habían sido dados a Tristany como un pagaré para saldar una deuda con un comerciante de St. Thomas.

---

17 AGPR, PNP, fs. 247, 248 (1825).

18 AGPR, PNP, fs. 16v-18 (1825).

El comercio de esclavos resultaba tan lucrativo que ciertas personas en tránsito se quedaban en el pueblo por un tiempo para vender los esclavos que introducían a su llegada. Así procedió en 1825 el profesor de idiomas italiano Miguel Saliva, procedente de St. Thomas, quien introdujo 129 esclavos en Ponce y los vendió en 38.515 pesos. Entre ellos vendió a crédito dos niños de edad desconocida procedentes de Cuba, uno en 170 pesos y el otro en 195. El año siguiente vendió seis niños de sexo no especificado a 150 pesos cada uno.<sup>19</sup> Observamos que en el mercado había niños de diferentes precios, y que éstos variaban sobre todo según su edad, sexo y su procedencia, y también de acuerdo con la cantidad que se adquiría.

En 1825 los negreros norteamericanos James Atkinson, procedente de Cuba, y Arthur Rogers, de St. Thomas, recibieron mil negros en dos meses, a los que despacharon rápidamente. Vendieron 132 niños ante notario en Ponce y para otros pueblos en la isla.<sup>20</sup> Rogers era de Rhode Island, donde hasta 1807 había estado establecido el principal comercio internacional de esclavos de América del Norte con África, que estaba conectado con el comercio del Caribe (Coughtry 1981; Jones 1986).

Si comparamos los mil esclavos que introdujeron Atkinson & Rogers en 1825 en Ponce con los 529 que introdujeron otros tres esclavistas de Ponce durante ese tiempo, vemos que los primeros vendieron 132 niños y los segundos 21. Constatamos 1.529 esclavos vendidos ante notario en ese año, incluidos 153 niños, en tanto que en el lapso de cinco años, entre 1826 y 1830, tres sociedades esclavistas (Wedstein; Duprel & Proust; Overman, Voigt & Proust) vendieron en total 1.228 esclavos, de ellos 250 niños. En 1830 se vendieron 60 esclavos de ambos sexos, niños de hasta 14 años y jóvenes de hasta 19, por 12.000 pesos.<sup>21</sup> Un esclavo de 19 años estaba en la edad óptima para el trabajo de hacienda, en la que ya había adquirido un alto valor. Si la mayoría de los niños eran comprados en grupos con esclavos adultos, el precio individual de los niños bajaba considerablemente.

Sobre el tema de la liberación o manumisión de los esclavos por sus amos, hay situaciones llamativas. En 1823, el médico de Ponce

---

19 AGPR, PNP, fs. 148, 149 (1825).

20 Sobre la esclavitud en Estados Unidos véase Genovese/Roll (1974).

21 AGPR, PNP, fs. 231, 232, 256v-266v (1830); 16-18, 35 (1830).

Domingo Arévalo, inmigrante de Venezuela, libertó a la niña de 5 años María Concepción con la condición de que tendría la libertad cuando su esposa muriese. Dicha señora no se encontraba enferma, así que no se sabía cuándo la niña iba a adquirir la libertad. Dos años después, Francisca, la madre de la niña, iba a ser vendida por Arévalo, y se opuso a que su hija permaneciera con los amos. Declaró su oposición en un documento judicial representado por el alcalde del pueblo y solicitó que la niña fuese vendida al alcalde en 160 pesos.<sup>22</sup> En estos casos en que se determinaba judicialmente que los niños no iban a estar cuidados y protegidos propiamente por sus dueños, el gobierno los protegía dándolos a la persona que la Corte juzgara que pudiese tenerlos en mejores condiciones (Flinter 1976: 38).

Este caso es muy similar al de Eduvigis, de dos años, de San Juan. En 1826 se estipuló que adquiriría la libertad, junto a su hermano/hermana por nacer, cuando su amo o su esposa muriesen, pero con la condición de que para entonces ya fueran adultos, es decir que tuvieran 25 años.<sup>23</sup> Entonces, Eduvigis tendría que esperar 23 años para su libertad y el niño por nacer 25, y la madre nunca sería libertada. Esto sucedió en el año de la proclamación del Reglamento de Esclavos de 1826, pero ni la niña ni el feto recibieron protección del gobierno, ya que la disposición se aplicaba a los niños que fuesen libertados siendo todavía menores, los cuales debían ser libertados junto a su madre. De esta forma, el niño permanecía con el amo hasta llegar a adulto y la madre permanecía en la esclavitud.

En 1829 el comerciante catalán Ventura Fornaguera compró en Ponce a María de la O, una criatura de 13 meses, por 50 pesos. La madre había sido vendida anteriormente. Antes del año, la niña fue revendida por 100 pesos a la misma persona que había comprado a la madre.<sup>24</sup> En menos de un año Fornaguera dobló su ganancia en la venta y, a la vez, realizó junto con el comprador un acto de humanidad reuniendo a la niña con la madre. Este es uno de los casos que indican que se infringía la ley de 1826 sobre la protección de los esclavos permitiéndose de hecho la venta y separación de su madre de niños menores de tres años.

---

22 AGPR, PNP, fs. 247-248 (1825).

23 AGPR, PSJ, f. 466 (1826).

24 AGPR, PNP, fs. 253V-254v (1829); 152-153 (1830).

Para 1830 los niños esclavos habían aumentado considerablemente de valor, especialmente las niñas. Rosa, criolla de 14 años, y Elisa, de 16, fueron vendidas por 300 pesos cada una,<sup>25</sup> en tanto que Gerónimo de 15, procedente de África, fue vendido al acaudalado hacendado de Islas Canarias Gregorio de Medina por 250 pesos.<sup>26</sup> El mismo día fue revendido a otro hacendado por 275 pesos, con una ganancia de 25. Se suponía que los criollos eran más baratos que los de África, ya que muchas personas preferían a estos últimos porque creían que los africanos eran más efectivos en el trabajo de la tierra y que, al no conocer el idioma ni la isla, podrían ser controlados mejor y no tendrían las “malas costumbres” de los criollos.

## 5. La evolución del tráfico

En 1830 el censo del gobierno informó que Puerto Rico había recibido 12.500 esclavos entre 1820 y 1830, es decir en diez años, a un promedio de 1.250 por año. Entre 1819 y 1830 Ponce recibió unos 6.000 esclavos de forma legal; seguramente, serían más los que llegaban de forma ilegal para evadir los impuestos. Entre éstos estarían los que el esclavista guardaba para su propio provecho y no declaraba al gobierno. Estimo que en diez años llegaron a Ponce más de 600 niños de forma legal, es decir alrededor del 10% del total de esclavos ingresados a la región. Este censo nada indica sobre los niños que ya para entonces vivían en las haciendas o en la zona urbana.

No puede decirse que durante el periodo estudiado hubiera escasez de niños esclavos, ni tampoco de adultos, en la región de Ponce. En realidad hubo allí una abundancia de niños en comparación con otros lugares de América donde, como en Cuba, había gran cantidad de esclavos utilizados en la producción del azúcar. El tráfico de Puerto Rico y Cuba con África continuó después de 1840, como también continuó en otros lugares del Caribe, en especial Martinica y Guadalupe.

Probablemente, la gran demanda de “buenos” esclavos por Cuba obligaba a los esclavistas a traer “negrillos” a Puerto Rico. Hubo una gran demanda de ellos en la isla. Los negrillos serían los más explotados ya que tendrían una vida más larga, y en algunos años estarían

---

25 AGPR, PNP, fs. 209-209v, 239-239v (1830).

26 AGPR, PNP, fs. 221v-222v (1830).

rindiendo el trabajo de un adulto con un valor alto en el mercado. Su valor aumentaba proporcionalmente más rápido que el de los adultos. Cuanto más larga fuera la vida del esclavo, tanto mayor sería la ganancia del hacendado, quien tendría además una vida de mayor comodidad en la casa grande disponiendo también de niños como sirvientes, que también llevaban a cabo otros trabajos domésticos.

Desde la abolición del tráfico de esclavos de África con los Estados Unidos y con muchos países europeos en 1808, los esclavistas trataron de maximizar las ganancias aunque fuera de forma ilegal. Por eso hubo un aumento de traficantes y esclavos en el mercado de Cuba y Puerto Rico. Los traficantes de los lugares donde se había prohibido la trata se trasladaron al Caribe para continuar allí su negocio y, temiendo que la abolición fuera a extenderse pronto a las colonias españolas, trataron de obtener mayores precios de las ventas. Entre 1817 y 1843 las exportaciones de África procedían principalmente del norte del Congo, Angola y Mozambique. La mayoría de los esclavos llegados a Puerto Rico y Cuba eran de Mozambique.

El negocio de obtener negros de África obligó a los traficantes a recorrer las partes más profundas del interior del país. En la costa de África no hubo un descenso de la cantidad de esclavos entre la abolición y los periodos de emancipación en diferentes lugares del mundo (1808-1834). Más bien hubo un aumento de los niños esclavos y de los llamados “sirvientes domésticos” (jóvenes de hasta 25 años). En 1833 la población esclava menor de 18 años de Ciudad del Cabo (Sudáfrica) rondaba el 35%; entre 1833 y 1839 fueron enviados de Inglaterra 700 delincuentes de 14 años o menos para ser empleados como sirvientes domésticos urbanos en Ciudad del Cabo (Bank 1991; Bradlow 1984). Igual que en años anteriores, no había escasez de mujeres capturadas en los reinos africanos, ya que la mayoría eran retenidas en África y utilizadas para la reproducción.

Si la región tenía un exceso significativo de niños, los involucrados en dicho negocio tuvieron que pensar cómo disponer de ellos con las mayores ganancias, y la solución más lucrativa era el comercio transatlántico (Eltis 1987). Aunque, había una gran demanda para emplearlos en toda clase de trabajos rurales y urbanos (principalmente como sirvientes domésticos) en la costa africana, también existía una gran demanda en el Caribe y Brasil.

Los niños estuvieron disponibles en África para ser vendidos al mercado de América en todo momento. En 1830 llegó a Brasil una embarcación proveniente de África con un cargamento de niños (Russell-Wood 1982: 117; Ramos 1978 y 1979). ¿Cuántos serían? No menos de 300, que es la cifra correspondiente a un cargamento de esclavos adultos. Muchos de los barcos de África, principalmente de la costa este, que se dirigían a Brasil iban luego al Caribe a vender allí el excedente (Curtin 1975b: 238). Para esta época, la población de niños menores de 15 años era alta en Brasil, especialmente en la parte minera, y debe de haber superado el 22,5% del total de esclavos, nivel que había alcanzado ya a principios del siglo (Russell-Wood 1982). Si había una población tan numerosa de niños esclavos en Brasil, seguramente los negreros llevarían al Caribe un gran número de niños para la venta, por lo tanto, muchos llegarían a Puerto Rico.

La caída del comercio esclavista se inició en 1834. Francia concedió a Inglaterra el poder de vigilar los mares para evitar el tráfico de negros, lo que trajo una mayor escasez de éstos en las islas vecinas y, por lo tanto, su encarecimiento. A ello se agregó que entre 1833 y 1834 Inglaterra decretó la abolición de la esclavitud en sus colonias, poniendo fin a la posibilidad de continuar con el tráfico entre éstas y Puerto Rico. En 1835 se acordó el segundo tratado anglo-español, que le otorgaba a Inglaterra el derecho de registrar los barcos que circulaban entre Europa y América dificultando la entrada de negros a Puerto Rico. Se había resuelto que la trata desde África cesaría en 1840 pero eso no se produjo porque España y Portugal se opusieron a aceptar las demandas de Inglaterra sobre la abolición. La esclavitud se mantuvo por muchos años en Puerto Rico, inclusive la de niños, hasta 1873.

## Bibliografía

### Archivos

AGPR, PNP: Archivo Histórico de Puerto Rico, Protocolos Notariales de Ponce.

AGPR, PSJ: Archivo Histórico de Puerto Rico, Protocolos Notariales de San Juan.

### Bibliografía

- Alpers, Edward A. (1975): *Ivory and Slaves; Changing Patterns of International Trade in East Central Africa to the Later Nineteenth Century*. Berkeley: University of California Press.
- Bank, Andrew (1991): *The Decline of Urban Slavery at the Cape, 1806 to 1843*. Cape Town: University of Cape Town Printing Office.
- Baralt, Guillermo A. (1982): *Esclavos Rebeldes*. Río Piedras: Ediciones Huracán.
- Bradlow, Edna (1984): "The Children's Friends Society at the Cape of Good Hope". En: *Victorian Studies*, 27, pp. 157-177.
- Carbonell Fernández, Rubén (1977): *La compra-venta de esclavos en San Juan, 1817-1873*. Tesis de Maestría. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- Cifre de Loubriel, Estela (1962): *Catálogo de extranjeros residentes en Puerto Rico en el siglo XIX*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- Coggeshall, George (1858): *Thirty-six Voyages to Various Parts of the World Made Between 1799 and 1841*. New York: El autor.
- Coll y Toste, Cayetano (1914): "La propiedad territorial en Puerto Rico. Su desenvolvimiento histórico". En: *Boletín Histórico de Puerto Rico*, 1, 5-6, pp. 239-310.
- Conrad, Robert Edgar (1983): *Childrens of God's Fire: A Document History of Black Slavery in Brazil*. New Jersey: Princeton University Press.
- Coughtry, Jay (1981): *The Notorious Triangle: Rhode Island and the African Slave Trade, 1700-1807*. Philadelphia: Temple University Press.
- Curtin, Philip D. (1975a): *The Atlantic Slave Trade: A Census*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- (1975b): *Economic Change in Precolonial Africa: Senegambia in the Era of the Slave Trade*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Díaz Soler, Luis (1974): *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. Río Piedras: Editorial Universitaria, Universidad de Puerto Rico.
- Eldredge, Elizabeth A./Morton, Fred (1994): *Slavery in South Africa: Captive Labor in the Dutch Frontier*. Boulder/Oxford: Westview Press/Pietermaritzburg: University of Natal Press.
- Eltis, David (1987): *Economic Growth and the Ending of the Transatlantic Trade*. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Flinter, Jorge D. (1976): *Examen del estado actual de los esclavos de la isla de Puerto Rico bajo el Gobierno Español*. San Juan: Instituto de Cultura Puertorriqueña.

- Genovese, Eugene D./Roll, Jordan (1974): *The World the Slaves Made*. New York: Pantheon Books.
- Gutiérrez del Arroyo, Isabel (1953): *El reformismo ilustrado en Puerto Rico*. México D.F.: El Colegio de México.
- Gutman, Herbert/Sutch, Richard (1976). "The Slave Family". En: David, Paul A./Gutman, Herbert G./Sutch, Richard (eds.): *Reckoning with Slavery: A Critical Study in the Quantitative History of American Slavery*. New York: Oxford University Press, pp. 327-345.
- Inikori, Joseph E./Engerman, Stanley L. (eds.) (1992): *The Atlantic Slave Trade: Effects on Economics, Societies and Peoples in Africa, the Americas, and Europe*. Durham/London: Duke University Press.
- Jones, Rhet (1986): "Plantation Slavery in the Narragansett Country". En: *Plantation Society in the Americas*, 11, 2, pp.157-170.
- Klein, Herbert S. (1978): *The Middle Passage: Comparative Studies in the Atlantic Slave Trade*. New Jersey: Princeton University Press.
- (1986): *African Slavery in Latin America and the Caribbean*. New York: Oxford University Press.
- Manzano, Juan Francisco (1975): *Autobiografía de un esclavo*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Morales Carrión, Arturo: (1952): *Puerto Rico and the Non-Hispanic Caribbean: A Study in the Decline of Spanish Exclusivism*. Río Piedras: Universidad de Puerto Rico.
- Moreno Friginals, Manuel (1978): *El ingenio*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales (3 vols.).
- Patterson, Orlando (1967): *The Sociology of Slavery: An Analysis of the Origins, Development and Structure of Negro Slave Society in Jamaica*. London: McGibbon & Kee.
- (1982a): *Slavery and Social Death. A Comparative Study*. Cambridge/London: Harvard University Press.
- (1982b): *Slavery and Sexuality*. Cambridge/London: Harvard University Press.
- Pérez Vega, Ivette (1985): *El cielo y la tierra en sus manos: los grandes hacendados de Ponce, 1816-1830*. San Juan: Ediciones Huracán.
- (1987/88): "Juana María Escobales, liberta 'liberada'". En: *Homines*, 11, 1-2, pp. 397-410.
- (1992): "Las grandes introducciones y ventas de esclavos en Ponce, 1816-1830". En: Alegría, Ricardo (ed.): *Primer Congreso Internacional de Historia Económica y Social de la Cuenca del Caribe, 1763-1898*. San Juan: Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, pp. 61-76.
- Ramos, Donald (1978): "City and Country: The Family in Minas Gerais, 1804-1838". En: *Journal of Family History*, III, 4, pp. 361-375.
- (1979): "Vila Rica!: Profile of a Colonial Brazilian Urban Center". En: *The Americas*, XXXV, 4, pp. 495-526.
- Russell-Wood, Anthony John (1982): *The Black Man in Slavery and Freedom in Colonial Brazil*. London: Macmillan.



- Scarano, Francisco (1984): *The Plantation Economy of Ponce 1800-1811*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- Shell, Robert C. H. (1994): *Children of Bondage. A Social History of the Slave Society at the Cape of Good Hope*. Hanover: Wesleyan University Press/London: University Press of New England.
- Turnbull, David (1840): *Travels in the West. Cuba: with Notices of Porto Rico and the Slave Trade*. London: Longman.
- Vázquez Arce, María Consuelo (1976): "La compra-venta de esclavos y cartas de libertad de Naguabo durante el siglo XIX". En: *Anales de Investigación Histórica*, L, pp. 42-79.
- Walker, Charles (1965): "Charles Walker's Letters from Puerto Rico, 1835-1837. Annotated and with an Introduction by Kenneth Scott". En: *Caribbean Studies*, L, 5, pp. 37-50.



**Eugenia Roldán Vera**

**El niño enseñante: infancia, aula y Estado  
en el método de enseñanza mutua  
en Hispanoamérica independiente \***

La misión de un gobernante liberal [...] es cuidar de todos los hombres en la infancia [...] de todos, sin excepción, para que cuiden de sí mismos después y cuiden de sus gobiernos.

Simón Rodríguez: “Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana” ([1849]: 291).

El discurso educativo en los países hispanoamericanos a comienzos de su vida independiente estaba marcado por la doble preocupación condensada en la cita del legendario tutor de Simón Bolívar: la necesidad del gobierno de educar a los individuos –alfabetizarlos, instruirlos en sus derechos y obligaciones, capacitarlos para votar y ser votados– para que éstos, convertidos en ciudadanos conscientes, participativos y respetuosos de la ley, confirieran con sus votos y sus actos legitimidad y estabilidad a los nuevos gobiernos. El cambio de estatus de colonias a países independientes, y de monarquías a repúblicas (o a monarquías parlamentarias en algunos momentos iniciales) transformó radicalmente los fundamentos de la autoridad del nuevo Estado –basada ya no más en un tipo de derecho divino sino en un conjunto de principios diseñados por la “voluntad popular” a través de mecanismos de representación– e hizo evidente la necesidad de construir la “ciudadanía” en un sentido moderno. Este nuevo “contrato” político entre los ciudadanos y el Estado –descrito en los “catecismos políticos” que los niños aprendían de memoria en las escuelas– fue la justificación más

---

\* Este texto fue preparado en el curso de una estancia de investigación postdoctoral en Berlín (2002-2004), financiada por la Fundación Alexander von Humboldt. Agradezco a ésta y al Centro de Educación Comparada de la Universidad Humboldt, así como al Instituto Ibero-Americano de Berlín, las facilidades otorgadas para la realización de mi trabajo.

ampliamente invocada por los grupos dominantes para el establecimiento de medidas destinadas a la instrucción de la generalidad de la población. Si bien el ideal de la educación masiva no comenzaría a llevarse a la práctica sino hasta la última parte del siglo XIX (y en algunos países no antes de mediados del XX), los postulados básicos del proyecto “ciudadanizador” datan de los primeros años de vida independiente.

En los orígenes de este proyecto, el mecanismo considerado más atractivo para conseguir una instrucción elemental rápida y a bajo costo fue el método de enseñanza mutua o lancasteriano. Desde 1816 se conocían en Hispanoamérica las aplicaciones de este método en países como Inglaterra (donde tuvo su origen), Francia y España, y a partir de 1818 comenzaron a multiplicarse las escuelas lancasterianas –nuevas o sustituyendo a las existentes– desde el Río de la Plata hasta la ciudad de México. En países como Perú, Chile, Uruguay, la confederación de la Gran Colombia (Colombia, Venezuela y Ecuador), Argentina, Guatemala y México, el método llegó a ser declarado oficial para todas las escuelas públicas del país (caso de Gran Colombia y de Perú) o de cierta parte de él en algún momento dado. El apogeo del método tuvo lugar entre 1822 y 1845 –aplicado a una porción de las escuelas elementales públicas y privadas–, aunque en el caso de México subsistió (con modificaciones considerables) hasta el año 1890.<sup>1</sup>

---

1 En Chile el decreto del 22 de noviembre de 1821 obligó a todos los maestros de Santiago a aprender el método mutuo en la Escuela Central lancasteriana (caso contrario, podrían perder sus trabajos). En la Gran Colombia, el decreto del 26 de enero de 1822 mandaba la creación de una escuela normal lancasteriana en Bogotá, Caracas y Quito, y en el plan del 3 de octubre de 1826 se establecía que en un plazo de catorce meses, todas las escuelas elementales del país (existentes o de nueva creación) deberían emplear el método mutuo. En Perú, por decreto del 6 de junio de 1822, todas las escuelas de Lima deberían convertirse al sistema mutuo en un lapso de seis meses, y en un decreto del 31 de enero de 1825 se ordenaba el establecimiento de una escuela normal lancasteriana en cada departamento del país. En Argentina, el método mutuo fue declarado oficial para las escuelas de Buenos Aires en 1825. En México, el decreto del 16 de abril de 1833 declaró oficial el método mutuo para todas las escuelas públicas del Distrito Federal, y la ley del 26 de octubre de 1843 puso a la Compañía Lancasteriana de la ciudad de México a cargo de la Dirección de Instrucción Primaria de todo el país (cargo que ocupó hasta el 6 de octubre de 1845). En Guatemala el Estatuto de Instrucción Primaria del 31 de agosto de 1835 mandaba que para 1838 todas las escuelas primarias de Guatemala deberían ser lancasterianas.

El rasgo definitorio de estas escuelas era el hecho de que los alumnos adelantados se ocupaban de enseñar a sus compañeros menos avanzados, divididos en grupos pequeños de acuerdo a su nivel de aprendizaje. Esto hacía a las escuelas mutuas especialmente económicas, pues un solo maestro podía hacerse cargo de un grupo muy numeroso y además los niños avanzaban de una clase a otra de acuerdo a los tiempos de su progreso individual. La enseñanza ocurría en una manera perfectamente sistematizada y ordenada, gracias a una serie de reglas cuasi-militares que programaban y controlaban todo lo que sucedía en el aula, y el sistema era aplicable tanto a escuelas de niños como de niñas.

En la historia de la educación, la noción de que el niño pueda desempeñar funciones de enseñanza es altamente novedosa e implica una cierta ruptura con concepciones pedagógicas verticales. Este aspecto del método mutuo, controvertido en los distintos países donde se puso en práctica, tuvo en las naciones hispanoamericanas recién independizadas una significación peculiar. En este trabajo analizaré las formas en que el niño “enseñante” fue definido en el discurso sobre la enseñanza mutua, situándolo en el contexto de la nueva relación entre el individuo y el Estado. Sostengo que el tipo de autoridad conferida al niño en el sistema mutuo tenía una correspondencia con el proyecto político de legitimación del nuevo régimen en el orden postcolonial.

### 1. El aula lancasteriana

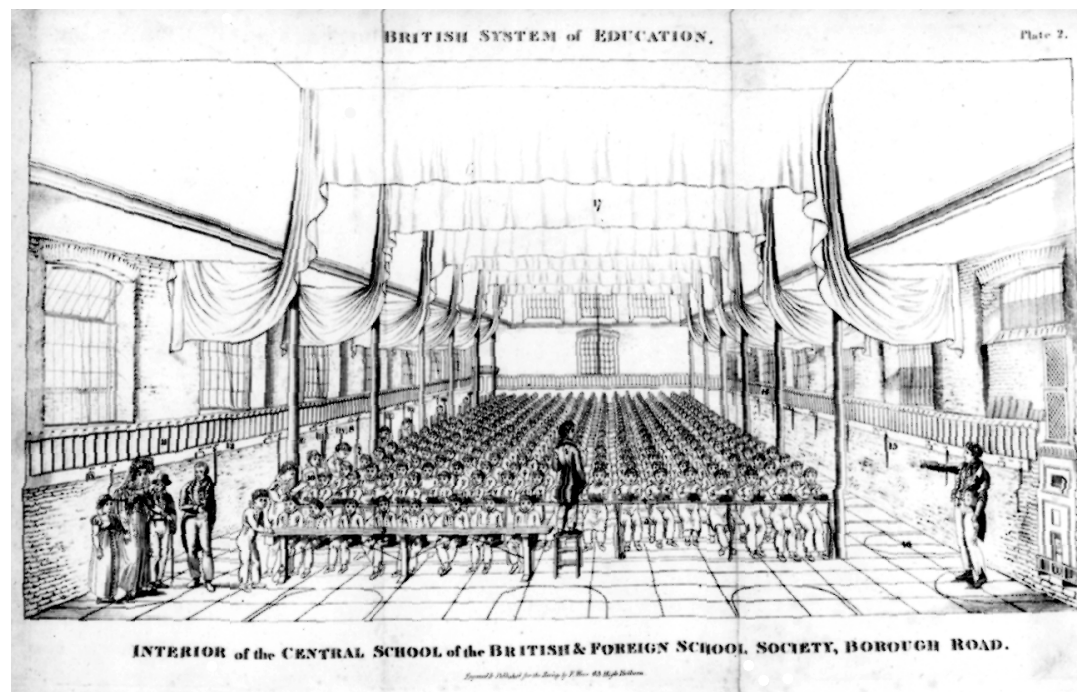
Los manuales y artículos periodísticos sobre el método mutuo publicados en Hispanoamérica seguían bastante fielmente la estructura original del mismo propuesta –separadamente y con algunas diferencias– por los ingleses Andrew Bell y Joseph Lancaster.<sup>2</sup> Las características básicas del método eran las siguientes: dentro de una espaciosa sala de forma rectangular, un número grande de alumnos (teóricamente desde 100 hasta 1.000) era dividido en pequeños grupos –“clases”–

---

2 Aunque algunas versiones españolas de los textos sobre el sistema mutuo eran traducciones directas de un manual publicado por la British and Foreign School Society en 1816, basado en los textos de Joseph Lancaster (1816), la mayoría de los manuales hispanoamericanos eran o bien traducciones de obras francesas (sobre todo de Laborde 1816) o bien reediciones de traducciones del francés al castellano hechas en España. Para una genealogía de los manuales de enseñanza mutua hispanoamericanos véase Roldán Vera (2005b).

de 10 niños de similar nivel de aprendizaje; había unas 8 ó 10 “clases” de cada materia, aunque en grupos muy numerosos podían formarse dos o más grupos de la misma clase. Cada grupo estaba a cargo de un “monitor” o “instructor”, que era un alumno más avanzado en esa materia específica –en otra materia sería simplemente alumno– y generalmente pertenecía a la clase inmediatamente superior. Siguiendo las órdenes y el ritmo marcado por un monitor general (de escritura, lectura o aritmética), los monitores de cada clase dictaban a los alumnos a su cargo los ejercicios a realizar, en tanto que uno o dos alumnos de la misma clase lo asistían en la inspección de las tareas (fig. 1). Las lecciones eran cortas, graduales y memorísticas; los niños avanzaban o retrocedían constantemente dentro de su clase según su adelantamiento, ascendían a una clase superior, y en un momento dado podían llegar a ser monitores. Además, los alumnos se desplazaban de lugar físico constantemente –sentados a la mesa para las clases de escritura y aritmética, de pie en semicírculos frente a la pared para la clase de lectura–, y todos sus movimientos, desde la entrada al salón y el acto de sentarse hasta la operación de tomar la pizarra para escribir, eran regulados por comandos de estilo militar. El estímulo para sobresalir, el temor a ser degradado y la existencia de un elaborado sistema de premios y castigos regulaban la conducta del niño y lo incitaban a superarse. Además, un conjunto detallado de registros –de asistencia, de aprovechamiento diario, de premios y de castigos, así como de datos de su procedencia familiar– contribuían al control individual de cada alumno.

Por encima de los tres monitores generales de lectura, escritura y aritmética, se encontraba el monitor general de orden quien, de pie sobre la plataforma que dominaba el salón, se encargaba de cuidar el orden y la disciplina de todo el grupo. Estos cuatro monitores, los más altos en la escala de las jerarquías, no tenían propiamente funciones de enseñanza, y en algunas escuelas recibían un salario. Finalmente, el maestro observaba y controlaba todo desde un punto estratégico del salón, proporcionaba el plan a los monitores generales, instruía brevemente a los monitores de clase antes del inicio de la jornada y supervisaba que la enseñanza transcurriera adecuadamente. Sin embargo, la existencia de la jerarquizada red de monitores y de los meca-



**Fig. 1:** Interior de una escuela lancasteriana (representación ideal). La figura prominente, a la derecha de la imagen, la ocupa el monitor de orden, quien indica algo al monitor general de clase (presumiblemente de escritura) ubicado al centro, parado sobre un banco. A la cabeza de cada una de las mesas se encuentra el monitor de cada grupo. A la izquierda, donde estaría la entrada del salón, el maestro recibe a una dama aristocrática, posiblemente donadora, quien visita la escuela junto con sus hijos (tomado de Lancaster 1816). Reproducido con autorización de la British Library; R.B.23.b.211 Plate 2.

nismos de competencia y vigilancia de los niños entre sí, implicaba una “difusión” y una “delegación” de la autoridad a todo lo largo y ancho del salón de clase (Lancaster 1816).

De acuerdo con esta descripción de los principios del método mutuo, al niño le era conferida una autoridad inusitada al permitirle cumplir funciones de enseñanza, inspección o asistencia en el proceso de aprendizaje. Al mismo tiempo, y en aparente contradicción, los movimientos, las conductas y hasta los pensamientos de los niños aparecían como algo programable y regulable por la misma maquinaria del método, cuya pretendida capacidad de control sobre el individuo tampoco tenía precedente en la historia de la educación. Esta paradoja ha sido interpretada por Michel Foucault, en su análisis sobre la escuela mutua, como el mecanismo típico de la conformación de la sociedad disciplinaria a comienzos de la era moderna: la imposición de técnicas de control de sociedades de masa a partir de un sistema de relaciones de poder que funcionan vertical y horizontalmente en varias direcciones, garantizando el control del cuerpo individual. Se trata de un nuevo tipo de estructura de relaciones de poder que abarca todas las esferas de la vida. De acuerdo con ello, en la escuela mutua el ejercicio del poder es, para Foucault, “múltiple, automático y anónimo”:

porque si bien es cierto que la vigilancia reposa sobre individuos, su funcionamiento es el de un sistema de relaciones de arriba abajo, pero también hasta cierto punto de abajo arriba y lateralmente. Este sistema hace que “resista” el conjunto, y lo atraviesa íntegramente por efectos de poder que se apoyan unos sobre otros: vigilantes perpetuamente vigilados. El poder en la vigilancia jerarquizada de las disciplinas no se tiene como se tiene una cosa, no se transfiere como una propiedad; funciona como una maquinaria. Y si es cierto que su organización piramidal le da un “jefe”, es el aparato entero el que produce “poder” y distribuye los individuos en ese campo permanente y continuo (Foucault 2003: 182).

Al iluminar procesos de producción de técnicas de disciplinamiento y de la historia de las subjetividades, la interpretación foucaultiana del método mutuo contribuye a explicar la amplia difusión del mismo en una variedad de contextos. Sin embargo, esta pregnante interpretación ha tendido a pasar por alto la significación cultural del método en cada sitio: el porqué de su atractivo en algunos lugares o de su rechazo en otros, la diversa comprensión de sus objetivos y las enormes variaciones —pese a las pretensiones de estandarización del método— en las virtudes o defectos atribuidos a sus mecanismos. En lo que sigue me



ocupo de la especificidad histórica de la apropiación del método en la región hispanoamericana (considerada más en función de las similitudes culturales entre los distintos países que en sus diferencias regionales), apropiación que está relacionada con una concepción autóctona de las relaciones entre el niño, la familia y el Estado.

Las relaciones entre infancia, familia y Estado en los países hispanoamericanos se encontraban, a principios de la era independiente, en una situación coyuntural. Eran tiempos de conformación de una nueva cultura política, de redefinición de roles individuales y colectivos, y de la percepción de una necesidad de modificar las costumbres de la sociedad para ajustarla al nuevo orden. Ante el ideal de la educación como fuente de la transformación de las costumbres, el método lancasteriano fue apropiado con la esperanza de que brindara a los alumnos conocimientos básicos que los pusieran en disposición de desempeñar oficios útiles y de enfrentar la vida de una manera más “racional”. A su vez, al método se le atribuyeron características formativas: resultaba atractivo por aquello que aprendían los niños al participar de un sistema que penetraba en cada uno de los instantes del tiempo escolar.

Concebida en el marco de estas relaciones, la paradoja del método mutuo que confiere al niño cierta autoridad en la función de enseñanza a la vez que lo programa y controla por todos los costados, adquiere en Hispanoamérica independiente un significado particular y fundamentalmente distinto al que tuvo, por ejemplo, en países industrializados o en las colonias inglesas. A continuación analizo en detalle los dos elementos básicos de esta paradoja –el niño bajo control y el niño con autoridad– en el contexto de las nuevas relaciones entre familia, Estado e infancia planteadas por el orden postcolonial y republicano.

## **2. El niño bajo control**

En las escuelas tradicionales, la mayoría de las cuales funcionaban con el método individual, los niños pasaban la mayor parte del tiempo escolar fuera del control del maestro. Éste se ocupaba principalmente de tomar la lección y corregir individualmente a un alumno por vez (como ocurría en la enseñanza privada tutorial), mientras que el resto de los estudiantes se dedicaba a cualquier otra cosa según su propio arbitrio (en “desorden”). En las escuelas mutuas, por el contrario, to-

das las actividades y movimientos de los alumnos estaban prescritos de antemano y se realizaban en forma controlada. Consideremos, por ejemplo, las tareas previstas para las escuelas lancasterianas de niñas de la ciudad de Lima entre las 3 y las 4:40 de la tarde:

A las 3 h. en punto. Las monitoras de lectura haran deletrear a sus clases las palabras mas dificultosas de la lección.

A las 3 h. y 10 m. La monitora jeneral dara a la primera niña de cada division de lectura, un billete de premio y pasaran inmediatamente a las clases de escribir.

A las 3 h. y 20 m. La monitora jeneral leera las reglas para escribir.

A las 3 h. y 23 m. Las monitoras puestas al lado derecho de las bancas, dictaran seis palabras, que escribiran todas las niñas, excepto la monitora jeneral, que cuidara del buen orden de la escuela.

A las 3 h. y 28 m. La monitora jeneral ejercitara las niñas, haciéndoles mostrar sus pizarras, despues de lo cual las monitoras de la izquierda llevaran sus pizarras para que las examine la maestra, mientras tanto las monitoras de la derecha inspeccionaran las pizarras de las niñas.

A las 3 h. y 34 m. Las niñas ponen sus pizarras sobre los atriles, las limpian y ponen las manos atrás.

A las 3 h. y 35 m. Las monitoras de la izquierda de las bancas, dictan seis palabras, que escriben todas las niñas, y de esta manera continúan escribiendo de dictado hasta—

A las 4 h. y 40 m. La monitora jeneral lee la lista de las niñas aplicadas y desaplicadas y las premia y castiga según lo merezcan (*Manual para el método...* 1827: 8-9).

Para cumplir un horario de actividades tan estricto era indispensable que existiera un reloj en el aula lancasteriana. Teóricamente (aunque este no era siempre el caso en Hispanoamérica) debía ser un reloj de péndulo visible a todos, y a partir del cual los monitores generales organizaran la secuencia del dictado de las tareas a los monitores de clase para que éstos instruyeran a sus respectivos grupos. Además, el toque de una campanilla y los comandos del monitor general de orden regulaban todos los movimientos grupales e individuales. Antonio García Cubas, ex-alumno de la escuela lancasteriana del Padre Zapata, en la ciudad de México, relata la secuencia de movimientos desde la entrada de los niños al salón hasta que estaban sentados en las bancas:

A las ocho de la mañana acudíamos los muchachos á la escuela y antes de entrar en la sala de clases, formábamos en un largo y estrecho corredor, en donde el que hacía el oficio de inspector general, pasaba la revista de aseo [...] Terminada la inspección nos dirigíamos en formación y al compás lento de la campanilla, á la sala, en la que nos distribuíamos, por

clases, en las mesas [...] Los instructores de clases [...] hallábanse instalados en sus lugares, de pie, sobre el extremo derecho de sus respectivas bancas y al lado del telégrafo [...] A la voz del inspector, los alumnos daban su frente á las mesas, quitábanse los sombreros, echábanse á las espaldas sujetándolos por medio de un cordón y se arrodillaban para elevar sus preces al Ser Supremo [...] [Mediante los toques de la campanilla,] todos los niños simultáneamente pasaban la pierna derecha entre la banca y la mesa correspondiente; luego la izquierda, en seguida se sentaban y, por último, ponían sus manos, primero en las rodillas y luego en las mesas (García Cubas 1905: 404).

Todo debía ocurrir con el mayor orden y de acuerdo a procedimientos establecidos. En lo posible debían evitarse las acciones que sacaran al niño de la mirada del maestro y de la colectividad. Según el mismo García Cubas, en su escuela “ninguna necesidad, ni aún la de tomar agua, permitía á dos niños salir de la sala simultáneamente”. En caso de que alguien tuviera necesidad de salir debía hacerlo conforme a las reglas:

[...] con ese fin existía la seña, que tal era el nombre de un trozo pequeño de madera que por medio de una correa pendía de un clavo en la pared. Siempre que un niño, por algún motivo, tenía precisión de salir de la sala, bastábale descolgar la seña, acercarse á la mesa del preceptor, y presentarle en alto el palo aquel (García Cubas 1905: 406).

Las razones empleadas para justificar semejante ordenamiento de las tareas y los movimientos de los alumnos iban más allá de la necesidad pragmática de controlar grupos escolares muy numerosos. En opinión de Lancaster, los continuos cambios de tareas y el desplazamiento físico dentro del salón estaban de acuerdo con la “disposición natural del niño”, siempre inquieto y deseoso de cambiar de actividad, y era necesario dar una sistematización a esos cambios (Lancaster 1821: 11). En cuanto a la “disposición natural de la niña”, había opiniones diversas. Para las damas de la Sociedad de Beneficencia de Buenos Aires, encargada de la organización de escuelas femeninas, las niñas no eran exactamente iguales a los niños: las mujeres, “aun en la infancia, son por naturaleza más sedentarias que el hombre, y así se ve que una niña puede muy bien estar un par de horas sentada ante sus muñecas, mientras que no habrá juguete alguno que pueda detener el mismo tiempo a un varón voluntariamente”. De ahí que, ante la disyuntiva de elegir el texto de Lancaster o el de la francesa Mme. Quignon (reformado del de Lancaster específicamente para niñas) como manual para sus escuelas, la Sociedad de Beneficencia optara por el segundo, pues

éste asignaba una mayor duración a las tareas para adecuarlas a la naturaleza femenina (Sociedad de Beneficencia 1923: 43-44). La “naturaleza” propia de la niña también requería un ligero cambio en el mobiliario y arreglo de las escuelas femeninas (que por lo demás eran exactamente iguales a las masculinas): entre las sillas y las bancas debía existir un mayor espacio para permitir las labores de costura. Esta era la única materia que diferenciaba a las escuelas de ambos sexos (Lancaster 1816: 34).

El uso de comandos específicos para cada actividad también tenía una justificación educativa peculiar: se los consideraba fundamentales para la formación de hábitos. El *Manual del sistema de enseñanza mutua* publicado en Bogotá en 1826 listaba las “voces de mando” de los monitores que regían la clase de lectura:

TOMEN PIZARRAS.— Tomar rectas las pizarras con la mano izquierda, y los colgaderos con la derecha. Y colgar las pizarras de los clavos o tornillos.

MANOS ABAJO.— Colocan sus manos sobre sus costados.

ATENCION.— El monitor jeneral hace un movimiento con su mano, a la derecha o izquierda, y entonces los niños se vuelven a continuacion, y colocan una mano sobre la mesa que tienen delante, y la otra sobre la que tienen detras.

LEVANTENSE.— Se levantan de sus asientos, y continúan en la direccion en que el monitor jeneral los ha puesto.

FRENTE.— Se vuelven hacia el monitor-jeneral con sus manos atras.

ATENCION.— El monitor-jeneral hace entonces una señal, para volver a algunos niños a la derecha y otros a la izquierda, segun la direccion en que estan situados sus puestos de lectura (*Manual del sistema...* 1826: 80-81).

Según Lancaster, los innumerables comandos a que estaban expuestos los niños constantemente constituían estímulos para su atención. Por su naturaleza “activa”, el niño requería la mayor cantidad posible de elementos que mantuvieran su mente fija en alguna cosa a cada momento. La idea era que la atención, al ser “estimulada a diario, [...] se vuelve habitual”. Por ejemplo, cuando la práctica repetitiva de la inspección de las manos llega a ser “anticipada por el pupilo”, “promueve higiene habitual”. De esa manera, gracias a la repetición, los comandos militares y el desplazamiento continuo dentro del salón de clases, los niños “aprenden con placer a obedecer” y “la obediencia se vuelve implícita” (Lancaster 1821: 9-11).

El principio de que los estímulos externos a la atención llegarían a formar conductas internas era también la base de la idea de la adquisición de conocimientos en el aula del método mutuo. Esta adquisición ocurriría de una manera “insensible”, a partir de la memorización de secciones pequeñas de conocimiento a las que gradualmente se iba añadiendo más y más, sin nunca pasar a una lección más avanzada sin haber repetido perfectamente la anterior. Así, como explicaba el maestro del Gimnasio Argentino (lancasteriano) de Buenos Aires: “la imaginación de los niños no se agobia con la perspectiva de una masa enorme de datos enteramente extraños: su paciencia no se agota con una tarea monótona y pesada; en fin su razón no se confunde bajo el peso de especies ininteligibles y oscuras”.<sup>3</sup>

Ahora bien, esa forma de inculcación de hábitos y de adquisición de conocimientos por estímulo y repetición estaba basada en una comprensión específica de la naturaleza del niño. Ésta se basaba en la concepción lockeana predominante que veía al niño como una “tabula rasa”, un ser que venía al mundo sin ningún tipo de conocimientos previos ni una conducta preestablecida, por lo que el acto de aprender consistía simplemente en “llenar” progresivamente ese vacío.<sup>4</sup> Como he señalado en otro lugar, el método mutuo era apreciado por la forma “activa”, gradual y secuencial en que facilitaba ese “llenado”.<sup>5</sup> Esta interpretación, que descartaba cualquier especificidad en las habilidades cognitivas del niño (el niño no era esencialmente distinto del adulto en su forma de aprender), tenía la implicación de considerarlo como un ser extremadamente influenciable, tanto para bien como para mal. En la comprensión específicamente hispanoamericana de tales conceptos, el tema de la influenciabilidad del niño cobró una gran importancia en un momento en que se intentaba reformar y extender la edu-

---

3 *Crónica política y literaria de Buenos Aires*, 9 de junio de 1827.

4 Aunque algunos de los autores que escribieron a favor del método mutuo citaban directamente la obra de John Locke *An Essay Concerning Human Understanding* (1690), la mayoría hacía referencia en este tema a la *Lógica* de Étienne Bonnot de Condillac. Esta parece haber sido una obra ampliamente difundida en Hispanoamérica durante las primeras tres décadas del siglo XIX. Véase, por ejemplo, Parada (1998).

5 Para un estudio más detallado sobre el mecanismo mental de adquisición de conocimientos en las escuelas lancasterianas, véase Roldán Vera (2005a). Sobre la forma de aprender en el método mutuo y su relación con el género catequístico, véase Roldán Vera (2001).

cación elemental. La educación se ofrecía como un medio renovador de la sociedad porque era capaz de desviar al niño de las malas influencias que lo rodeaban y encauzarlo por el buen camino. Así lo expresaba en México el profesor Andrés González Millán, director de una de las primeras escuelas lancasterianas de ese país:

El hombre nace en la ignorancia; pero no en los errores. Estos son todos adquiridos: siendo naturalmente curiosos los niños y su razón imperfecta, es por lo ordinario la infancia, la época de la fatal adquisición de aquellos. Si procuramos que los oídos de los niños estuviesen cerrados para el error, la verdad hallaría el campo libre y se introduciría sin trabajo (González Millán 1820: 4-5).

Para González Millán, el objetivo de la educación elemental no era el mero aprendizaje de “máximas estudiadas y afectadas esterioridades”; consistía más bien “en evitar las ocasiones de que nazcan y se desembuelvan las inclinaciones viciosas” (7-8). Más aún, en opinión del mismo maestro, esa “fatal adquisición de errores” por parte de los niños provenía en buena medida de sus propias familias:

Si por causa de la ignorancia de los padres, y de la superstición de las madres, las preocupaciones, los errores, las falsas máximas de la moral y de la Religión, las ideas erradas del bien y del mal se comunican y pasan á los hijos. Si el imperio del error y del vicio se extiende y se sostiene con la ayuda de las lecciones perniciosas que se reciben en la infancia mas que por cualquiera otro medio ¿porqué no podremos fundar y estender el imperio de la verdad y de la virtud con el socorro de lecciones é instrucciones opuestas á aquellos errores y preocupaciones? ¿Porqué á estos errores, á estas preocupaciones, y á estos falsos principios de moral de que está cargada la memoria de los niños, no substituiremos los mas simples principios de justicia, de beneficencia y de virtud social? (5).

La conclusión de González Millán, en su afán por inculcar en los niños los “verdaderos” principios en contra de la influencia “perniciosa” de sus familias y la sociedad en general, es de esperarse: “Una educación arreglada por el gobierno será la sola que podrá lograr tan noble fin” (5).

Tenemos aquí la justificación del discurso liberal acerca de la necesidad no sólo de extender la educación elemental, sino de ponerla a cargo del Estado y en lo posible alejada de la influencia de la familia.<sup>6</sup>

---

6 En la argumentación hispanoamericana a favor del método mutuo se encuentran también algunos principios rousseaunianos sobre la naturaleza esencialmente “buena” del niño (como en Chousal 1825). Sin embargo, tanto la concepción lockeana como la rousseauniana llevaban a la misma justificación del método

Esta no era una argumentación del todo novedosa (y de hecho González Millán la presentaba aún antes de la consumación de la independencia mexicana), pues ya desde la segunda mitad del siglo XVIII la administración española había intentado poner en práctica una serie de reformas que pusieran la educación bajo un mayor control del Estado.<sup>7</sup> Lo notable en el período independiente es que no sólo se reforzó esa idea bajo un enfoque político democratizador, sino que el método mutuo se planteó como el mecanismo que podría lograr la uniformidad y homogeneización en la educación elemental (López/Narodowsky 1999). Al ser un método que prometía una conducción tan controladora de la naturaleza influenciable del niño, y al constituir una forma “natural” de imprimir en su conducta una serie de hábitos positivos por el estímulo y la repetición constantes, resultaba indudablemente una opción muy atractiva para la construcción de las bases de un nuevo orden. Los hábitos, definidos por Simón Rodríguez como las “obligaciones impuestas a la voluntad por la educación”, formarían la base de las costumbres de una sociedad nueva (Rodríguez [1845] 1990a: 281). Gracias a esa reforma de las costumbres, “al cabo de 10 años [...] habría una nueva generación, que haría frente a la que quedase” (Rodríguez [1849] 1990b: 276).

Ahora bien, alejar a los niños de la influencia nociva de la sociedad a través de una educación dirigida por el Estado que formara hábitos y costumbres nuevas era una cosa; otra distinta era lograr orientar la lealtad de la nueva generación hacia el Estado mismo, lograr el respeto a sus instituciones y la obediencia a su ley. Parte del gran reto de los ideólogos del proyecto educativo liberal de las décadas de 1810-1830 consistía en encontrar la manera de socavar las fidelidades tradicionales corporativas –a la Iglesia, a la familia, al gremio, a la casta– para introducir una dimensión individualizada de la ciudadanía

---

lancasteriano: ya sea que su naturaleza sea por nacimiento buena o ya sea que esté desprovista de todo bien y mal, el niño es altamente susceptible a las influencias perniciosas de la sociedad, y sólo una educación dirigida por el Estado puede conducirlo firme y adecuadamente por el camino del bien. Véase Roldán Vera (2005a).

- 7 El énfasis de González Millán en una educación dirigida por el Estado también se explica por ser un texto publicado en el contexto de la restauración de la Constitución de Cádiz, constitución que en materia educativa también ponía la instrucción de primeras letras bajo control estatal (básicamente a través de las autoridades municipales).

y un vínculo directo del individuo con el Estado. Para ello, el método de enseñanza mutua también parecía ofrecer ventajas, o al menos así fue considerado por muchos en los primeros años de su implementación.

Una de las formas en que se intentó lograr canalizar esta nueva noción de la lealtad del ciudadano hacia el Estado fue la incorporación –por leyes muy similares promulgadas en prácticamente todas las ex-colonias españolas– del “catecismo político” al *curriculum* de las escuelas de primeras letras. Se trataba de que los niños memorizaran una serie de preceptos, presentados en forma interrogativa semejante a la del catecismo religioso, sobre la nueva conformación política del país, los derechos y las obligaciones del ciudadano, y las virtudes morales y cívicas esperadas de cada individuo. Como he demostrado en otra parte, el estilo de preguntas y respuestas de estos manuales se consideraba especialmente apropiado para el método de enseñanza mutua; esto era por la estructura gradual de los catecismos y por la posibilidad de ser aprendidos progresivamente en las clases de lectura con la participación “activa” de todos los niños en el ejercicio de preguntar y responderse mutuamente (Roldán Vera 1999). Pero más allá de esta indoctrinación directa de preceptos cívicos facilitada por las técnicas de aprendizaje lancasterianas, para sus más optimistas propagadores había aspectos propios del método mutuo que contribuirían a generar esa lealtad del individuo hacia el Estado: el funcionamiento del aula lancasteriana constituía para los niños una fuente de aprendizaje de los principios en que se fundaba la autoridad en un régimen representativo y democrático. En efecto, algunos llegaron a ver en el mecanismo de repartición de funciones de autoridad del método mutuo un entrenamiento para los niños en las formas de gobierno y participación ciudadana en el nuevo orden republicano; el método constituía así una forma racional de enseñanza de los fundamentos de “obediencia activa” propia de la modernidad en el imaginario político. Sin embargo, ese mismo mecanismo de difusión de la autoridad significó para otros –sobre todo en décadas posteriores– la principal desventaja del método en la formación de costumbres ciudadanas. Analicemos este fenómeno.



### 3. El ejercicio de la autoridad

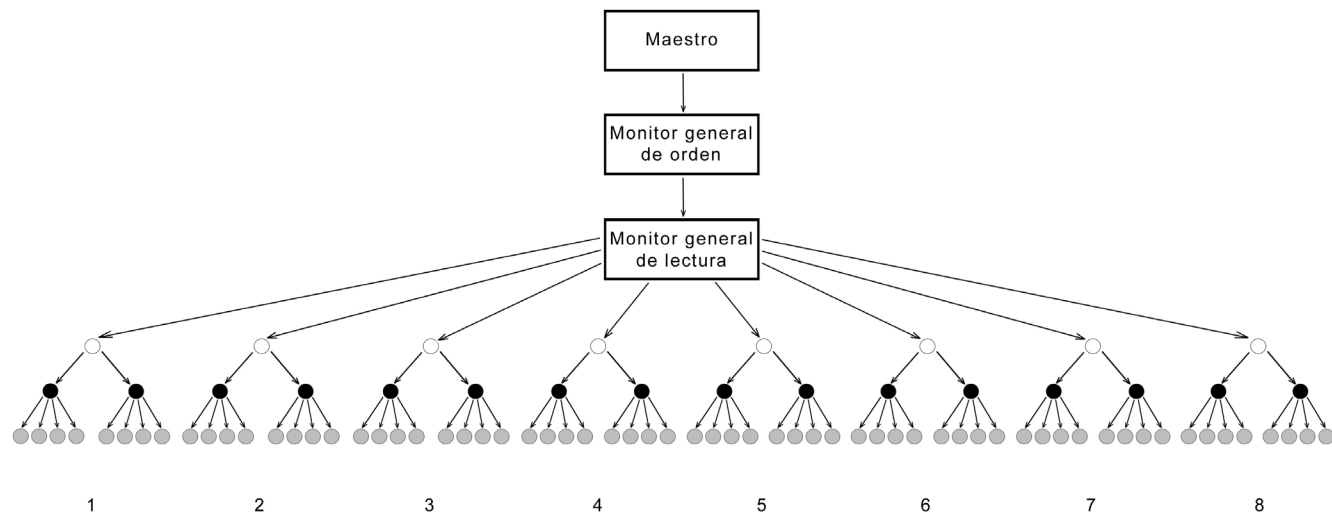
El que los niños tuvieran funciones de asistencia dentro del salón de clase no era algo absolutamente nuevo del método mutuo, al menos para las naciones hispanoamericanas. Durante el período colonial, las escuelas dirigidas por los jesuitas (entre ellas algunas de primeras letras) habían empleado un sistema organizado de “decuriones”, que eran alumnos con cargos de responsabilidad en el aula.<sup>8</sup> Y posiblemente se conocían intentos similares en otras escuelas en situaciones en que un maestro no daba abasto con un grupo numeroso y recurría a la ayuda de alumnos avanzados. Las tareas de los ayudantes en todos estos casos eran, sin embargo, bastante más limitadas que lo que proponía el método mutuo; sus funciones eran o bien de inspección de tareas o de control del orden, pero no propiamente de enseñanza. De cualquier forma, estos antecedentes contribuyen a explicar por qué el sistema de delegación de autoridad del método mutuo no resultó tan extraño o reprochable en Hispanoamérica como en otras partes del mundo. De hecho, en algunas descripciones del sistema lancasteriano el término empleado para designar a los monitores es, justamente, el de decuriones.<sup>9</sup>

Al ingresar a una escuela lancasteriana, el nuevo alumno se encontraba con una organización jerárquica de roles altamente sistematizada y no excluyente. En ella, todos los presentes en el aula cumplían una u otra función, ya fuese en la dirección, conservación del orden, dictado, inspección o supervisión, cuando no estaban ocupados simplemente en tareas de aprendizaje “activo”, como las denominaba Lancaster. El maestro no tenía, como en el método individual o en la instrucción privada, una autoridad absoluta, sino que la escuela se regía por el principio ya mencionado de “difusión de autoridad” (Lancaster 1821: 9). El maestro preparaba –siguiendo su manual– la secuencia de las órdenes cotidianas y las proporcionaba a los monitores generales. Éstos las iban gritando a voz en cuello para que las escucharan y ejecutaran los monitores de clase, situados a la cabeza de sus grupos de

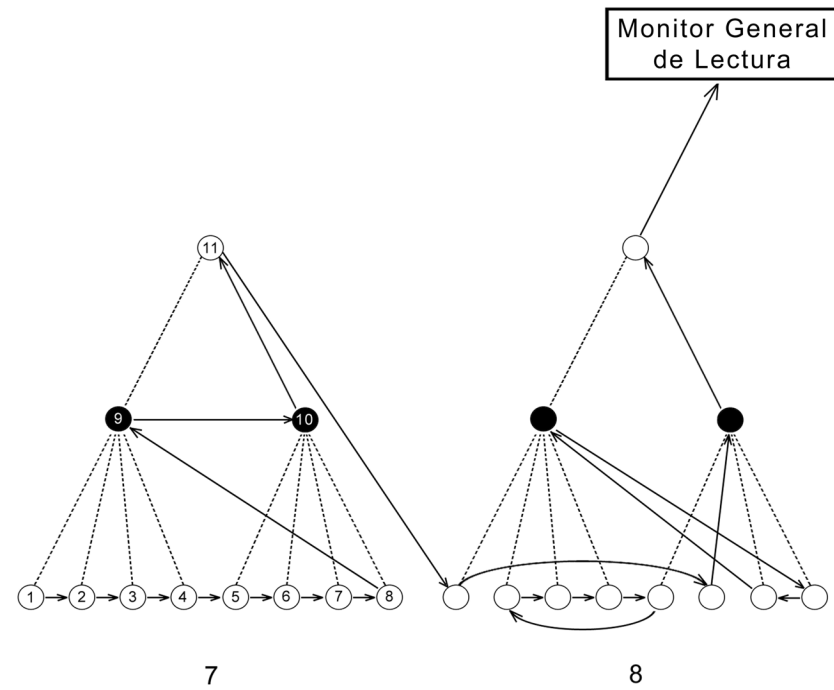
---

8 El sistema de decuriones aparece ya mencionado en la *Ratio Studiorum* (1599), el manual para la enseñanza de los jesuitas en sus colegios y seminarios. También aparece en forma más detallada en el manual de Ortiz (1696), el cual fue citado por algunos españoles como el precursor del método de enseñanza mutua.

9 Esto era más común en las descripciones mexicanas, por ejemplo las de Lucas Alamán (1822) y Guillermo Prieto (1992: 58).



**Fig. 2:** Esquema de la difusión de autoridad en el aula lancasteriana. Representación de la clase de lectura: el monitor general de lectura dicta los comandos que son seguidos por los monitores de clase (○), quienes a su vez los dictan a los 10 alumnos de su grupo (●) y son ayudados por dos asistentes (●) en la inspección de los ejercicios. En esta representación, el salón está dividido en 8 grupos correspondientes a una clase o nivel de aprendizaje; en la práctica podía haber más de un grupo de cada clase.



**Fig. 3:** Representación de la movilidad interna en dos grupos de alumnos en el aula lancasteriana. A la izquierda la movilidad se representa con flechas del avance progresivo ideal de los alumnos: un niño avanzaría gradualmente de la posición 1 a la posición 8 dentro de su grupo, luego sería ayudante y eventualmente podría convertirse en monitor de su clase. A la derecha se muestra un grupo con líneas de movilidad no progresivas, una representación posiblemente más ajustada a la realidad.

diez alumnos, ya fuera a la orilla de las mesas o en los semicírculos pegados a la pared. Acto seguido, los monitores de clase (brevemente preparados por el maestro al inicio del día) comenzaban a dictar la serie de tareas a sus compañeros y a inspeccionar una por una, en ocasiones asistidos por uno o dos ayudantes que también eran alumnos comunes. Entre tanto, el monitor general de orden controlaba que todo ocurriera en forma sincronizada y de acuerdo al plan, y el maestro supervisaba el proceso de aprendizaje. Mientras que en las clases de escritura y aritmética los alumnos trabajaban en las mesas y en silencio, en la clase de lectura (que incluía la de religión y catecismo político, y en algunas escuelas geografía) lo hacían de pie, en semicírculos y respondiendo en voz alta a las preguntas de los monitores de clase.

Dentro de esta estructura, la autoridad estaba, en palabras de Lancaster, “difundida sistemáticamente a lo largo de la escuela”, además de que era “delegada fácilmente y transferida [de un monitor] a otro” (Lancaster 1821: 9-10). En la fig. 2 se muestra un esquema simplificado de la difusión de autoridad de un aula lancasteriana: se trata de una pirámide de base ancha, en cuya cúspide se encuentra el maestro, seguido del monitor general de orden y los tres monitores generales de lectura, escritura y aritmética. Debajo de éstos se encuentran los monitores de clase (propiamente de enseñanza), seguidos de sus ayudantes, y finalmente los alumnos regulares constituyen el nivel más bajo. La pirámide es bastante más ancha que alta y el espacio entre los distintos niveles es relativamente pequeño; así, aunque mediada por varios niveles jerárquicos, la distancia total que separa a los alumnos del maestro no es demasiado grande.

La estructura geométrica piramidal da a primera vista una idea de estabilidad. La autoridad del maestro no depende, como en los sistemas tradicionales, de su capacidad individual para controlar a un grupo de muchachos dispersos, sino que desciende de manera escalonada y se va multiplicando a medida que llega a la base gracias a las funciones de los monitores. Una estructura semejante parecería reducir significativamente la incertidumbre inherente a la recién introducida enseñanza de grupos numerosos, donde la situación comunicativa es mucho más compleja y abierta que en la enseñanza individual. Sin embargo, si contemplamos más de cerca los niveles inferiores de la pirámide (fig. 3), nos percatamos de que su conformación no es estática, sino que hay una movilidad continua de lugares y roles de los dis-

tintos alumnos. Los alumnos cambian de posición constantemente dentro de su grupo según su desempeño (avanzando o retrocediendo), pueden llegar a ser ayudantes y también monitores (mediante el elaborado sistema de vales o billetes al mérito), ya sea de una clase más atrasada o de la suya propia. Los que son monitores en una materia pueden además ser alumnos regulares en otra y viceversa, y la movilidad no necesariamente ocurre gradualmente sino que un alumno puede avanzar o retroceder varios lugares a la vez de acuerdo con su aplicación. Conforme se avanza hacia la parte superior de la pirámide, la movilidad es menor pero existe: los monitores de clase avanzados pueden, eventualmente, llegar a monitores generales y a monitores de orden, y, si hay una articulación más amplia del sistema educativo, uno de los monitores más avanzados puede incluso llegar a convertirse en maestro de otra escuela lancasteriana.

¿Cuáles son las implicaciones de una estructura semejante? Si bien la forma piramidal garantiza la conservación de las jerarquías, la movilidad de las capas inferiores parece atentar contra la estabilidad de las superiores. Existe una tensión fundamental en la distribución de la autoridad: mientras los niños adquieren muchas más responsabilidades dentro del salón de clase, la autoridad del maestro se ve francamente disminuida. Esto hace necesarios otros mecanismos para el reforzamiento del rol del maestro y el confinamiento de los alumnos. En el contexto político-cultural de las naciones americanas recién independizadas, esta tensión tuvo repercusiones significativas.

### *3.1 La disminuida autoridad del maestro*

La figura del maestro en el método de enseñanza mutua aparece francamente rebajada comparada con su papel en el método individual o en el posterior método frontal. Esto ocurre principalmente por el sistema de delegación de roles de enseñanza en los alumnos, pero también se acentúa por otros dos rasgos característicos del método: a) la noción de que el éxito del sistema depende de la aplicación de las reglas del método al pie de la letra y no de la capacidad del maestro para transmitir saberes, y b) la falta de necesidad de que el maestro tenga demasiados conocimientos. La cartilla publicada por la Compañía Lancasteriana de México en 1824 establecía claramente (siguiendo a Joseph Lancaster) lo poco que se esperaba del maestro lancasteriano:

Como en estas escuelas primarias solo se enseña á leer y escribir, la aritmética y la costura, no se requiere mas de los maestros y maestras sino que tengan un conocimiento perfecto en estos ramos de instrucción; y tales son las grandes ventajas de este sistema, que con pocos conocimientos que tenga el maestro ó maestra poseyendo las cualidades susodichas, puede muy bien dirigir una escuela, siempre que siga al pie de la letra lo prescrito para la organizacion de ella (Compañía Lancasteriana 1854: 75).

En efecto, según el principio de multiplicación del método, teóricamente los maestros podían salir del grupo de niños más avanzados de una escuela lancasteriana. Los maestros no requerían demasiados conocimientos porque el curriculum de la escuela era básico y porque su papel estaba tan delimitado por el método y tan prescrito en las cartillas del mismo como el de los monitores o los alumnos regulares.

La idea de que el maestro no tenía un rol tan importante siempre y cuando el método se aplicara al pie de la letra llevó en algún caso extremo a pensar que el maestro podía ser prescindible. Esto ocurrió en la ciudad colombiana de Neiva (el único caso del que tengo noticia) donde, ante la vacante del maestro titular de la escuela lancasteriana, la sociedad auxiliar de la educación primaria local procuró que el establecimiento siguiera funcionando a cargo de los monitores. El intento fue infructuoso, pues pronto los padres de familia dejaron de enviar a sus hijos a la escuela y ésta tuvo que ser cerrada. En su “Exposición” a dicha sociedad en 1838, José María Galaviz explicaba que el fracaso se debió a

las falsas ideas que se formaron los padres de familia de que adelantarian muy poco sus hijos con la turnabilidad de maestros, sin advertir a que siendo Lancasteriano el método y capaces de practicarlo y sostenerlo esos gratuitos conceptos, poco o nada debían influir, esta variación en la enseñanza (Báez Osorio 1993: 395).

Ante la pérdida en la presencia de la figura del maestro, el discurso acerca del método lancasteriano intentó compensar la disminución en la exigencia de conocimientos o de habilidades didácticas del dirigente de la clase con una mayor exigencia de cualidades morales:

Los que se dedican á ser maestros y maestras de escuelas, no solo deben tener una conducta irrepreensible respecto de la moral, sino que tambien deben de estar impuestos á fondo en los justos principios de nuestra santa religión; en todas sus acciones deben dar pruebas de un gran respeto á la veracidad: en su trato deben ser francos y afables, y tener un dominio absoluto sobre sus pasiones (Compañía Lancasteriana 1854: 73-74).

El maestro no debía ser un mero transmisor de conocimientos, sino una persona cuyo carácter “firme”, “benévolo” y “bondadoso” pudiera “mejorar y rectificar los sentimientos morales del niño, aumentar sus conocimientos, é inclinarlos y aficionarlos a la virtud y á la veracidad”. De esa manera, más que el director del proceso de aprendizaje escolar, el maestro sería para los niños “su amigo, su guía, su bienhechor y su padre” (74-75).<sup>10</sup> De hecho, en repetidas ocasiones el maestro de una escuela mutua buscaba presentarse como “amigo”– aunque rara vez como “padre”– de sus alumnos. Chousal, en el prospecto de su escuela en la ciudad de México, suavizaba las nociones de vigilancia y examen constante del método advirtiéndole que

en este establecimiento no ven los jóvenes, ni en mí ni en mis auxiliares, un censor de sus acciones, un argos que espía sus movimientos; hallan sí, unos amigos que los dirigen, unos compañeros á quienes no tienen necesidad de encubrirles nada (Chousal 1825: 5).

También son comunes las expresiones de la escuela lancasteriana como una “familia”: como tal definía, por ejemplo, Joseph Lancaster su internado en Caracas. Y su yerno Richard Lancaster Jones, radicado en Guadalajara (México), ofrecía en 1827 al ayuntamiento de Guanajuato y a la sociedad lancasteriana de Veracruz que le enviaran uno o dos jóvenes que él recibiría en su familia por el tiempo que fuese necesario para instruirlo en los principios del método.<sup>11</sup> Todas estas descripciones muestran un grado de acercamiento fundamental entre maestro y alumnos, al menos en el nivel de definición de los principios del método.

Aunque la organización de la actividad escolar en una escuela lancasteriana permitía de hecho muy poco contacto del maestro con los alumnos, el tipo de correctivos que el maestro podía operar en los pupilos tenía lugar sobre todo en los actos de asignación de premios (billetes otorgados en ceremonias semanales que después de un tiempo se canjeaban por libros, juguetes o dinero) y en la ejecución de castigos. Sin embargo, también en esto el maestro se encontraba hasta cierto punto restringido. Tanto los manuales del método como prácti-

10 Siguiendo a Bell, en un fragmento de su manual dirigido a los maestros: “[the pupils should] consider you as their friend, their benefactor, their guide and their parent” (Bell 1805: 45).

11 Richard Lancaster Jones a Joseph M. Dunam, Guadalajara, 23 mayo 1827. Joseph Lancaster Papers (American Antiquarian Society) 2/4.

camente todos los reglamentos de las sociedades lancasterianas prohibían los castigos físicos directos, esto es, los tan acostumbrados azotes. En vez de ello, los castigos, aunque no dejaban de ser físicos, debían “tener alguna tendencia con la moral” para que tuvieran más impacto en “los tiernos ánimos” de los niños. El manual de la Compañía Lancasteriana de México recomendaba los siguientes, presentados en orden ascendente de acuerdo con la gravedad de la falta:

1.º La extinción de los billetes de premio: 2.º la detención en la escuela después de los trabajos. 3.º la manifestación en público de sus faltas: 4.º la imposición de targetas á los delincuentes: 5.º hincarlos de rodillas: 6.º hacerlos lavar en público: 7.º hacerlos que tengan las manos estando hincados, unos pesos por algún tiempo: 8.º la corma: 9.º el taragallos: 10.º el saco: 11.º la caravana: 12.º el cepo: 13.º el calabozo: 14.º la espulsión secreta: 15.º la pública y solemne de la escuela: última, la espulsión de ella” (Compañía Lancasteriana 1854: 65).<sup>12</sup>

Estos castigos coincidían en buena medida con los acostumbrados correctivos de las escuelas en el mundo hispánico; lo notable era la ausencia de “la vara” y “la palmeta”, típicas del resto de las escuelas. Lancaster y Bell, quienes también describieron un jerarquizado repertorio de castigos, sostenían sin embargo que éstos no debían tener tanta importancia en la vida escolar. El estímulo a sobresalir, el miedo a ser degradado, los constantes registros de la conducta y la vigilancia constante por parte de los monitores superiores y los mismos compañeros debían contribuir a desincentivar las malas conductas en los niños. Así, aunque los castigos fueran necesarios para algunas ofensas, en realidad se pretendía que el método impidiera la misma perpetración de las faltas. De esa manera se buscaba que la disciplina se desarrollara desde el interior de los alumnos y que la obediencia a sus superiores fuera “implícita”.

En ese sentido, y al impedir las excesivas manifestaciones de poder del maestro sobre los alumnos, la autoridad del maestro estaría

---

12 La “corma” consistía en “sujetar en un pie, ó en los dos, planchas pesadas de madera para hacer andar al niño con excesivo trabajo”; el “taragallos” era “otra plancha pesada de madera que sustentaban los niños sobre los hombros, y que al menor movimiento se deslizaba sobre el cuello, causando molestia suma”; el “saco”, el castigo para las faltas graves, consistía en “meter en aquél al delincuente y suspenderlo por medio de unos cordeles del techo de la escuela”, y la “caravana” era el castigo para un grupo de varios alumnos, poniéndoles un yugo de madera del que tiraban todos los de la escuela (García Cubas 1905: 406).



basada, según Lancaster, no en su poder correccional, sino precisamente en el hecho de ser un “amigo” de los niños:

Mientras más se evite el castigo en la escuela, más felicidad existirá entre los alumnos. Esta felicidad es una preparación para que los niños entren con placer a cualquier estudio que corresponda a su propio bien. Cuando los niños consideran al maestro como un *tirano*, como alguien cuyo dominio y autoridad se centra en su poder para corregir, se encuentran oponiéndose a un interés contrario al suyo mismo; pero cuando los niños ven al maestro como *amigo*, lo quieren y obedecen con placer (Lancaster 1821: 11).<sup>13</sup>

Así los maestros, de acuerdo con el manual colombiano de 1826, debían “gobernar por amor, mas bien que por temor”, y de esa manera podrían “convencer las inteligencias de sus alumnos de la *razonabilidad* de cada cosa que de ellos desean” (*Manual del sistema...* 1826: 83).

Con todo, y a pesar de esa delimitación de sus roles en la teoría, la realidad es que los maestros de escuelas lancasterianas usaban y abusaban de los castigos físicos directos a los alumnos, ya fuese para reafirmar su posición de autoridad disminuida por el método mismo o por una larga tradición pedagógica difícil de subvertir. De ello dan cuenta numerosas fuentes. Por citar sólo un caso, el maestro de la escuela lancasteriana de Valladolid, en México, se hizo famoso por su “genio violento” y por una forma de castigar según la cual “estiraba a los niños del pelo con tal fuerza que a varios dejó señalados”. Aunque la sociedad lancasteriana local lo instó a reprimir ese comportamiento, el maestro fue incapaz de dominar sus pasiones, y eventualmente fue suspendido.<sup>14</sup> Por otra parte, lo que los niños del aula lancasteriana entendían por “disciplina” tenía menos que ver con el autocontrol interno y la “obediencia implícita” esgrimida por Bell y Lancaster, que con el instrumento hecho de cuerdas que se empleaba para azotar a los que se portaban mal. “La sola presencia de la disciplina”, relata

---

13 Mi traducción de: “The more punishment is superseeded in school, the more happiness will exist among the scholars. This happiness is a preparation for the children to enter with delight into every study appertaining to their own good. When children consider their teacher as a *tyrant*; as one whose dominion and authority centres in the power to correct, they feel themselves opposed to an opposing interest; but when they see him as a *friend*, they love and obbey with pleasure” (Lancaster 1821: 11).

14 Véase *Águila mejicana*, 26 de julio de 1825.

García Cubas, “arrancaba al muchacho desaforados gritos que ponían en conmoción toda la escuela. A cada disciplinazo acrecían los chillidos, que se vertían en sollozos al terminar la azotaina” (García Cubas 1905: 406). En algunas escuelas, el lugar de la disciplina lo ocupaba la palmeta, utensilio de madera para golpear a los niños en las manos, cuya terrorífica presencia sobre el escritorio del profesor la hacía propiamente “el símbolo de la autoridad escolar” (ibídem: 405). Es de notar que en estas descripciones la autoridad aparece desplazada de la figura del maestro hacia los objetos mismos con que se infligía el castigo, lo cual da una idea de la limitada presencia de la imagen del maestro si éste no se encontraba acompañado de sus herramientas de tormento.

El intento por abolir los castigos corporales directos tenía en Hispanoamérica, además, resonancias políticas particulares. El mismo manual mexicano sostenía que esa abolición ayudaría a “desterrar” “la desvergüenza incorregible observada por tantos años como un efecto casi indispensable del azote, de la disciplina de la palmeta”. Los castigos corporales habían contribuido a generar en los niños un “temor servil canonizado por las rancias preocupaciones de tres siglos” y era necesario “nivelar la conducta de un niño en quien el vicio y la inmoralidad han echado profundas raíces con una energía impotente que lo haga entrar en sus deberes”. El autor de la cartilla marcaba así una distancia con respecto a la educación en la época colonial, que para él como para la mayoría de los defensores del método lancasteriano había estado al servicio de la manutención de la población en la ignorancia para reforzar su sometimiento político. Al mismo tiempo, expresaba su convicción de que “solo en un nuevo plantel como el de las escuelas de enseñanza mútua” se podría comenzar a superar ese “temor servil”, y así “irse corrigiendo poco á poco defectos tan perniciosos” (Compañía Lancasteriana 1854: 64). ¿Cómo podía la escuela lancasteriana fomentar un tipo de conductas que no condujeran al sometimiento servil? Por medio de la inculcación de una serie de valores y hábitos de corte liberal, con las cuales el niño desarrollaría una mayor responsabilidad de sí mismo.

### 3.2 *La autoridad del niño (y el temor a su abuso)*

Los inusitados cargos de responsabilidad que se concedían a los alumnos dentro del método de enseñanza mutua descansaban sobre dos premisas básicas: por una parte, el que sus funciones estarían perfectamente prescritas y limitadas y en ellas pocas veces tendría que intervenir su criterio; por la otra, la noción de que el método mismo proveía los mecanismos para que el niño formase ciertos hábitos que le ayudaran a gobernarse a sí mismo en todas sus tareas.

Si en el método lancasteriano el niño podía enseñar, ello era porque sus funciones estaban preestablecidas de antemano y no tenía mucho margen de maniobra individual. Las tareas de los monitores de clase se remitían a repetir lo que el monitor general ordenaba, a dictar lo que prescribía el manual, a inspeccionar y a corregir las tareas de su grupo (con apego al manual), y para ello sólo bastaba que tuvieran un conocimiento ligeramente superior al de la clase a su cargo (aunque los monitores de la primera clase tenían que pertenecer a otra por lo menos dos niveles más avanzada). En ese sentido, su actuación estaba tan delimitada como la del maestro, con la diferencia de que éste podía utilizar su criterio en caso de controversia (en virtud de sus superiores cualidades morales) mientras que aquéllos no. De todas formas, se esperaba que el ejercicio del método lancasteriano mismo inculcara en los niños una forma responsable de conducirse. Como vimos anteriormente, esto ocurriría debido al principio básico de que los constantes estímulos externos que normaban la vida escolar habrían de transformarse en hábitos internos de orden y disciplina. Esta noción de que lo externo podía ser internalizado e incorporado a la conducta no encontró, curiosamente, resistencia alguna en Hispanoamérica independiente —a diferencia de otros contextos como el de los estados alemanes— (Caruso 2005). Al contrario, dicha característica del método fue incluso investida de valores liberales, en particular con respecto a los mecanismos de individualización del niño dentro del aula lancasteriana que lo habrían de disponer para comportarse de una forma deseable en la sociedad.

El método lancasteriano era presentado en Hispanoamérica como el más adecuado para “hacer conocer á los niños sus deberes para con Dios, para consigo mismos y para con los demas hombres” (Zavala 1827: 7), y de esa manera disponerlos a ser “buenos hijos, buenos

esposos y, por último, buenos ciudadanos”,<sup>15</sup> o bien simplemente “buenos cristianos y buenos ciudadanos al mismo tiempo” (Codorniu y Ferreras 1823: 31). En esa virtud “ciudadanizadora” atribuida al método había una especial expectativa puesta en el mecanismo de la meritocracia, esto es, la noción de que el niño avanzaba y retrocedía en el salón de clase –en niveles de conocimientos y de puestos de autoridad– sólo en función de sus méritos individuales. Los manuales hispanoamericanos hacían especial énfasis en el carácter exclusivamente individual de esa movilidad dentro del salón de clases, como se observa en esta descripción del método publicada en *El Fanal de Venezuela* en 1820-1821:

Luego que un niño ha adquirido un rango alto en su clase y que sabe sostenerla algún tiempo debe tener el derecho de elegir, entre quedarse de instructor en la misma clase o ascender a ser el último en la que siga. Si toma este último partido y progresa en la otra clase se mantendrá en ella y de no, se le obligará a volver a la inferior. Lo mismo debe ejecutarse con cuantos por distracción, olvido o rudeza atrasan en sus clases, y no hay especie de esfuerzos que los niños no hagan para evitar este humillamiento. Ellos saben, por otra parte, que todo depende de sí mismos; que no hay el recurso de la protección, pues aunque alguno hubiese sido ascendido por favor a otra clase superior, sería en ella tan inferior que no podría mantenerse sin pasar mil bochornos.<sup>16</sup>

De acuerdo con esta caracterización, el niño en el método lancasteriano aprendía a hacerse responsable de sí mismo y desarrollaba conductas libres de toda afiliación grupal o del “favor” de otros. Además, el sistema de premios constituía un estímulo externo constante que, al ser interiorizado –como un “resorte moral”– (Alamán 1822), habría de resultar en una forma de conducirse en sociedad que respondiera al desempeño individual y no a la pertenencia a cierto grupo o a la capa-

15 Frase final de la oración rezada al inicio de cada jornada en las escuelas lancasterianas de la ciudad de México, que completa decía: “¡Dios Omnipotente! Dignate echar una mirada de protección sobre este Establecimiento, derramando tu divina luz sobre todos nosotros, á fin de que aprovechándonos de la instrucción que vamos á recibir, seamos buenos hijos, buenos esposos y, por último, buenos ciudadanos. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” (cit. en García Cubas, 1905: 404). Bell había escrito que su escuela pretendía formar “good scholars, good men, and good Christians”, sin mencionar el término “ciudadanos” (Bell 1805: 18).

16 Cit. en Fernández Heras (1984: 67). El texto original del francés Laborde (1816), del cual este artículo fue traducido, empleaba un lenguaje en el que se enfatizaba menos la independencia del niño en su capacidad de decidir su movilidad.

cidad para ganarse el favor de otros. Estas apreciaciones, como he señalado en otra parte para el caso de México (Roldán Vera 1999), no pueden dejar de ser asociadas con la voluntad de los reformistas liberales de la década de 1820 por minar el tradicional espíritu corporativo que regulaba las relaciones sociales, políticas y económicas durante el período colonial. Al socavar su sentido de pertenencia y lealtad del individuo a corporaciones tales como la Iglesia, el ejército, los gremios, los grupos raciales o los círculos de nobleza, se pretendía que los nuevos ciudadanos transfirieran su fidelidad hacia el Estado de forma más directa, cosa que se consideraba por demás necesaria para apuntalar la legitimidad de los gobiernos en el nuevo orden.

Es en ese mismo sentido, aunado a un fuerte propósito utilitarista, que la educación de las mujeres en escuelas lancasterianas aparecía para algunos líderes como algo especialmente deseable y posible. Si el método mutuo podía hacer que los individuos fueran menos dependientes de sus afiliaciones gremiales y estamentales, también podía convertir a las mujeres en seres “independientes” de una situación familiar desfavorable y volverlas económicamente productivas. La fundación de la Sociedad de Beneficencia en Buenos Aires en 1823 es un ejemplo de esa intención. Destinada a organizar la educación pública femenina a partir de la creación y supervisión de escuelas lancasterianas, la Sociedad debía contribuir a fomentar las “cualidades industriales” de la mujer (combinación de sus cualidades “morales” e “intelectuales”) para que con su trabajo pudiera contribuir a la generación de riqueza pública. En el discurso de instalación de la sociedad, Bernardino Rivadavia señalaba que en virtud de que “a la mujer le es más fácil que al hombre cultivar su razón y adornar su inteligencia”, debía proporcionársele una educación que le permitiera vivir “de su trabajo propio”, y dejar a los hombres dedicarse “exclusivamente a los trabajos análogos a la fuerza de su sexo, es decir, a todos aquellos que demandan empresa y conquista”. De esa forma, las mujeres

llevarían, al unirse con el hombre, un capital exclusivamente suyo, y un hábito de industria capaz de aumentarlo, que serían precisamente los que, constituyéndolas independientes, las elevarían al rango de verdaderas compañeras, siéndoles tanto más honrosa esta independencia, cuanto era conquistada por ellas mismas (*Sociedad de Beneficencia* 1923: 43-44).

El catálogo de virtudes liberales a que se asociaba al método mutuo no terminaba ahí. La movilidad de los niños en el aula según su aplica-

ción y desempeño resonaba en el discurso de la igualdad social y política en una sociedad democrática representativa. Desde el principio, la creación de escuelas lancasterianas en los países hispanoamericanos estuvo vinculada a una idea de igualdad social hasta entonces poco común en las escuelas existentes. Además de que el método se consideraba igualmente adecuado para niños pobres (escuelas parcialmente financiadas por los gobiernos locales) como para niños ricos (escuelas particulares), en muchas escuelas se procuraba que hubiera una mezcla de ambos grupos, como lo reflejan sus colegiaturas diferenciadas. Por ejemplo, las escuelas de la Compañía Lancasteriana de México cobraban una colegiatura relativamente elevada pero aceptaban también a niños pobres becados, aunque durante varios períodos fueron gratuitas; las escuelas de la Sociedad de Beneficencia en Buenos Aires no cobraban, y la escuela de Carlos Bello en Caracas cobraba sólo a los hijos de familias acomodadas. Esta última escuela fue encomiada por la igualdad que en ella se procuraba entre los hijos de los ricos y los de los pobres que a ella asistían. Según daba cuenta el periódico *El Venezolano* del 31 de mayo de 1823, en el acto de inauguración de la escuela “los niños se hicieron notables por su compostura [...] y también por el aseo y sencillez del vestido que consiste en chaqueta y pantalón blanco de lienzo y sombrero de cogollo de palma del país; dando este bello ejemplo de modestia republicana hasta los niños de padres pudientes, y entre otros el hijo de uno de nuestros generales que era conducido por la mano de su benemérito padre en este sencillo atavío” (Fernández Heras 1984: 64-65).

Para otros, el que los niños pudieran ocupar puestos de autoridad y que éstos fueran cambiantes resultaba el entrenamiento ideal para su participación ciudadana en una sociedad republicana. En México una serie de artículos periodísticos describían el método como “el más adaptable para formar las costumbres republicanas”, por su “analogía con nuestras preciosas instituciones” (*El Sol*, 27 de junio de 1826). En especial el mecanismo de rotación de monitores era considerado una “imagen” del sistema republicano:

Cada monitor consagra una hora nada mas para instruccion de la clase que tiene á su cargo y despues vuelve á la suya como simple alumno. ¡Imagen asombrosa del sistema republicano, donde el ciudadano mas benemerito despues de haber consagrado un corto número de años al servicio del público, en la calidad de primer jefe de estado, o en otro puesto, vuelve á confundirse con la masa general de sus conciudadanos, sin mas

distincion que la que hayan merecido sus esfuerzos en pro del bien de la comunidad! [...] Y asi como los primeros magistrados de una república usan, durante sus funciones un distintivo, que le hace conocer y respetar de los demas ciudadanos, asi el monitor usara durante su hora de representacion alguna medalla o dije que le dé á conocer a los demás. De este modo se acostumbra á los niños á que entreguen á otros y se despojen de un distintivo que se debe únicamente al mérito y aplicacion (*El Sol*, 27 de junio de 1826).

Ante tan entusiastas comentarios sobre las virtudes del método mutuo en la formación de ciudadanos participativos, meritocráticos y responsables de sus actos, cabe preguntarse por el tipo de resistencias o críticas a un método que parecía revolucionar las estructuras educativas existentes y en particular las responsabilidades del niño en el aula.

En realidad, las críticas al método mutuo fueron más bien escasas en los primeros tiempos y sólo a partir de la década de 1840 se empezaron a hacer sentir de manera más importante. Las críticas iniciales se referían a problemas contingentes de las escuelas mismas tales como la insuficiencia de los materiales adecuados para el correcto funcionamiento del método, lo inadecuado de las aulas disponibles, la ubicación de las escuelas, o la abundancia de maestros charlatanes que decían conocer el método aunque no era así. En algunos lugares existía la aprehensión de que el sistema fuera “anti-católico” por ser de invención inglesa (aunque en ninguna escuela lancasteriana se dejó de enseñar el catecismo católico), y otros temían que se enseñara a los niños por medio de comandos militares con el fin de obligarlos luego a ser soldados.<sup>17</sup> Sólo Andrés Bello y Simón Rodríguez criticaron el abuso de la memorización en el método (que por lo demás era común a todos los modelos educativos de la época), pero así y todo lo recomendaron o estuvieron a cargo de su implementación.<sup>18</sup>

A diferencia de otros lugares donde el método fue aplicado, en los primeros tiempos de introducción del sistema en Hispanoamérica a

---

17 Tanck (1999: 237-238); *El Publicista Mercantil de Montevideo*, 20 de febrero de 1824 (cit. en Sosa 1954: 165-166).

18 Véase Andrés Bello a Antonio J. de Irisarri, 11 de septiembre de 1820. En: *Revista nacional de cultura* (Caracas) (1947: 65, pp. 84-85); y Rodríguez (1845: 268-277). Andrés Bello le envió en 1822 un manual lancasteriano a su hermano Carlos para que implementara el método en la escuela que iba a abrir en Caracas, y Simón Rodríguez estuvo a cargo de la Dirección de Instrucción Pública en Bolivia en 1825, época en que por orden de Simón Bolívar el método mutuo se hizo oficial.

muy pocos le parecía reproable que los niños ocuparan cargos de enseñanza dentro del salón de clase. Fue principalmente en décadas posteriores cuando las críticas se dirigieron contra este principio del método mutuo, si bien en los países donde su introducción estuvo asociada a proyectos de reforma liberal más radical en la década de 1820, el ataque se hizo sentir desde entonces. En el Buenos Aires del período rivadaviano y en la Gran Colombia de Santander el método mutuo se oficializó como parte de un programa general que pretendía la uniformidad, centralización y control estatal del sistema educativo y que en general fue bastante fuerte y efectivo, y estuvo acompañado de tendencias secularizadoras importantes —o al menos de cierta reducción del poder de la Iglesia en la educación—. En esos lugares la crítica al método mutuo entró dentro del paquete general de críticas a las reformas liberales, y de hecho su corta existencia estuvo determinada en buena medida por eso, mientras que en países como México el sistema tuvo una vida mucho más larga gracias a que sus patrocinadores eran de tendencias políticas diversas y no se le asoció con un proyecto partidario definido. Entre esas críticas predomina la que afirmaba que el método lancasteriano llevaría a los niños a ejercitarse en el abuso de la autoridad y a convertirse en pequeños déspotas.

La *Gaceta de Colombia* reconocía en febrero de 1827 que una crítica a las reformas educativas del vicepresidente Santander, que incluían la oficialización del método lancasteriano para las escuelas elementales con exclusión de cualquier otro, en un lapso de tiempo, era que dichas reformas estaban generando ciertas conductas inadecuadas en los alumnos. Los opositores al Plan de Estudios de 1826 afirmaban que

la petulancia é insubordinación de algunos estudiantes [...] están dando á sus padres y familia el pesar de adiestrarse en la desobediencia é irrespeto á las leyes y a sus superiores, en vez de adquirir aquellas virtudes que forman el corazon y hacen ciudadanos obedientes, moderados, respetuosos y dóciles (*Gaceta de Colombia*, 25 de febrero de 1827).

Aunque el artículo no precisaba si tales críticas se referían a las reformas en la educación elemental o en la superior, sin duda revelaban una aprehensión a que las nuevas ideas educativas provocaran más insubordinación que sumisión a las leyes y a la autoridad. Con todo, el autor del artículo de la *Gaceta de Colombia* intentaba tranquilizar a sus lectores con argumentos del mismo discurso liberal en que estaba



cimentado el plan. Tras indicar que las actitudes de insubordinación de los estudiantes podían deberse a “la ignorancia propia de su edad” o a “consejos de interés personal”, señalaba que, a fin de cuentas, “la firmeza de las autoridades y la severidad de la ley corregirán” esas actitudes inapropiadas de algunos (*Gaceta de Colombia*, 25 de febrero de 1827). Por otra parte, en opinión de Szuchman, en Argentina la política educativa rosista de los primeros años de la década de 1830 intentaba, aparentemente, restaurar el sentido de deferencia de los niños hacia la autoridad establecida, que se consideraba perdida durante los años de aplicación indiscriminada de políticas liberales individualistas (Szuchman 1988: 141-142).

Estas críticas sugieren el temor de que el mecanismo de difusión de autoridad dentro del aula tuviera en realidad los resultados opuestos a los que los más ardientes defensores del método le auguraban: en lugar de enseñar a los niños a ser responsables de sí mismos, conocedores y respetuosos de la ley, participativos y auto-disciplinados, tal mecanismo podía generar en ellos actitudes de prepotencia para con sus compañeros y desobediencia a la autoridad superior. Críticas hechas a casi un siglo de distancia en México (donde el método fue abolido oficialmente sólo en 1890) empleaban argumentos similares:

Los partidarios de la enseñanza mutua creyeron haber encontrado en ella un medio para propagar la fraternidad entre los hombres ¡Qué espectáculo tan mas tierno que el de los niños que se comunican los unos á los otros lo poco que saben! El Evangelio ha dicho: amaos los unos á los otros y nosotros agregamos: instruios los unos á los otros. Todo esto es muy bello pero desgraciadamente la verdad no corresponde á tan hermosos ideales. Los monitores vestidos del mando en una edad precoz, se enorgullecían, se volvían déspotas para con sus compañeros de escuela y hasta con los miembros de su familia. Como no entendían el espíritu de lo que tienen que enseñar, se pegaban á la letra, debilitaban en los niños todo sentimiento de independencia de carácter, exigiendo una obediencia ciega. El lujo de premios que se empleaba, en vez de despertar en los niños una noble emulación, solo originaba la codicia en unos, produciendo el complejo embotamiento en otros (Parrodi 1905: 33).

En la lógica positivista del cambio de siglo, los niños eran incapaces de enseñarse unos a otros. La posibilidad de que el niño ocupara cargos de autoridad dentro del salón de clase había sido completamente reemplazada por la noción de una autoridad central, y frontal encarnada en el maestro. Lo que había fallado en el método mutuo, según este

discurso era que en él faltaba “el factor más importante: la dirección de un maestro cariñoso y verdadero psicólogo” (ibídem: 33).

#### 4. Conclusión

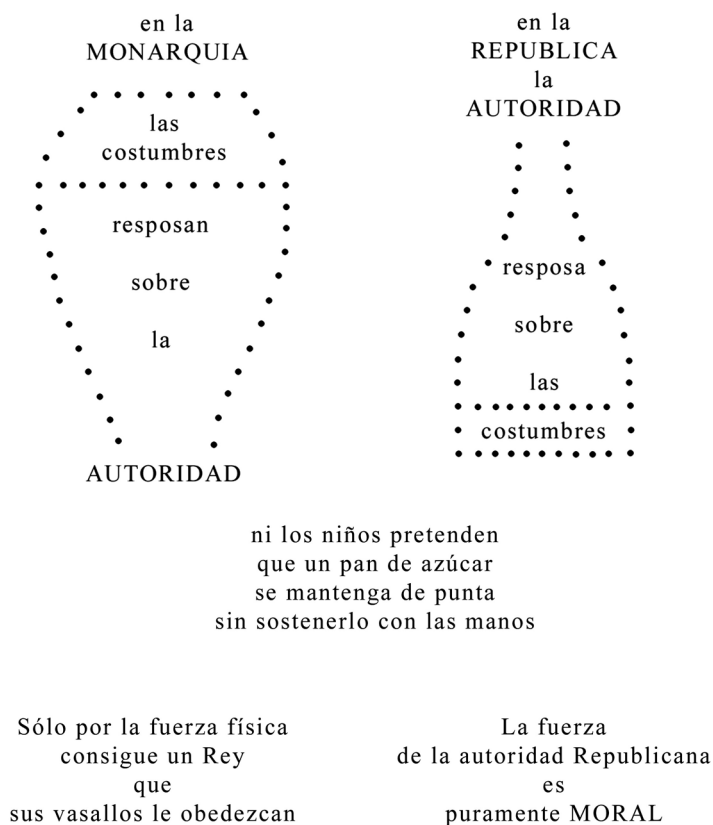
En este trabajo he argumentado que el método mutuo fue apropiado en Hispanoamérica independiente como un sistema transformador para una sociedad nueva, asociado al proyecto ciudadanizador del nuevo orden. En él, el niño y el maestro ocupaban posiciones radicalmente distintas a lo que se conocía hasta entonces, y a ellas les fueron adjudicados valores sociales y políticos propios del entusiasmo liberal de los primeros años de vida independiente. El control de los movimientos y de los pensamientos del niño en el sistema mutuo fue vinculado a la intención de lograr una influencia más directa del Estado sobre el individuo y alejarlo de la influencia de la familia, mientras que la movilidad del niño fue entendida por muchos como una forma de educarlo en la democracia participativa, meritatoria y anticorporativa del nuevo orden republicano, para de esa manera construir los principios de la legitimidad de la recientemente creada autoridad política.

Pero el método mutuo no constituía únicamente un mecanismo de formación de ciudadanos. Como he sugerido a lo largo de mi análisis, el método mismo era percibido y descrito como una representación del orden político que se aspiraba construir. De ahí que el tema de la autoridad en el aula lancasteriana resultara tan importante. Y ¿dónde residía a fin de cuentas la autoridad en el método mutuo? Como hemos visto, el principio de difusión de autoridad entre los distintos monitores y ayudantes y la noción de que los alumnos podían hacerse responsables por sí mismos sin necesidad de castigos físicos directos implicaba una necesaria reducción de la autoridad del maestro. Esto fue interpretado por alguno de los más optimistas defensores del método como una forma de reducir el “servilismo” (de raigambre colonial) en la sociedad, al minar la noción de una autoridad suprema (léase rey de España) a la que se le debía obedecer ciegamente. Sin embargo, tampoco se puede decir que los niños “enseñantes” tuvieran una autoridad efectiva en el salón de clases, puesto que todas sus funciones se encontraban prescritas de antemano y no estaban autorizados a utilizar su criterio en los procesos de enseñanza, inspección y control del orden que se les asignaban.

En realidad, la autoridad residía en el sistema mutuo mismo, en sus mecanismos controladores y disciplinarios de todos los participantes en el proceso de enseñanza, en su capacidad para producir conductas y subjetividades. Ahora bien, esta noción indudablemente foucaultiana de la autoridad estuvo en Hispanoamérica explícitamente asociada a una revolución fundamental en la noción de autoridad política, una revolución iniciada en los últimos años del imperio español pero que cobró gran ímpetu después de la independencia y cuyo proceso de asimilación tomó todo el siglo XIX. Esta revolución, sin la cual es imposible explicar el entusiasmo con que fue apropiado el método mutuo, aparece magistralmente visualizada en la representación que de ella elaboró el mismo educador –y tipógrafo– Simón Rodríguez (fig. 4).

Basado en los principios clásicos de Montesquieu, Simón Rodríguez elabora una representación de la autoridad en un sistema monárquico en forma de un cono de piloncillo (pan de remolacha), que es casi una pirámide invertida, mientras que la autoridad en un sistema republicano la hace con forma de botella de cuello angosto y base ancha. Lo que está en juego en estas representaciones es una noción de estabilidad –“ni los niños pretenden que un pan de azúcar se mantenga de punta sin mantenerlo con las manos”– y el elemento que garantiza tal estabilidad lo constituyen “las costumbres”.

Si aceptamos que el método lancasteriano llegó a Hispanoamérica en un momento en que con gran ahínco se perseguía la “reforma de las costumbres” de la sociedad, no es difícil entender por qué la estructura piramidal de difusión y delegación de la autoridad resultaba tan atractiva para los líderes políticos y los formadores de opinión de la época. En una monarquía, un rey –como un maestro tradicional– consigue sólo por la fuerza física que sus vasallos o sus alumnos– le obedezcan; en una república –como en un aula lancasteriana– la fuerza de la autoridad es puramente moral –interna, implícita– y se fundamenta en las costumbres. El sistema republicano –o el lancasteriano– disminuye la concentración de autoridad y a la vez produce las conductas necesarias para que se creen las costumbres adecuadas que mantengan el orden, y la movilidad de las capas inferiores aparece como el mecanismo fundamental de producción de esas conductas.



**Fig. 4:** Representación esquemática de “la diferencia que más distingue a la Monarquía de la República y que debe tomarse por característica” (Rodríguez [1849] 1990b: 283).

Pero en todo esto hay una tensión latente fundamental: ¿cómo lograr que se mantenga el orden y el respeto a la ley y a la autoridad recientemente constituida en un sistema de funciones rotativo y en el que todos tienen, teóricamente, participación en roles de gobierno? Esa tensión, intrínseca al fenómeno global de la modernidad, marcó el desarrollo de las instituciones hispanoamericanas a lo largo del siglo XIX, y constituye parte de la explicación del desarrollo de la escuela lancasteriana en la región. El temor a que los niños enseñantes en el método mutuo abusaran de su autoridad y se convirtieran en “peque-

ños déspotas” fue una de las primeras señales de esa tensión. De ahí que, tras el período de entusiasta acogida del método por su capacidad social transformadora, los líderes políticos y educadores habrían de volcarse a modelos educativos que reforzaran una noción de autoridad vertical y centralizada en el maestro. En el progresivamente dominante método frontal o simultáneo, el niño sería considerado incapaz de ocupar cargos de enseñanza y el maestro recuperaría su posición central.<sup>19</sup> El reforzamiento de la figura del maestro representaría así el esfuerzo del Estado por consolidar su autoridad y, desde esa posición, proceder a la reforma de las costumbres. Así y no al revés, como espezanzadoramente había prometido alguna vez el método lancasteriano.

### Bibliografía

- Aisenstein, Angela (2003): “La educación del cuerpo infantil en la escuela urbana poscolonial: el caso de la ciudad de Buenos Aires. 1817-1828”. En: *Lecturas: educación física y deportes. Revista virtual*. En: <<http://www.efdeportes.com/efd15/colonia.htm>> (Septiembre 2003).
- Alamán, Lucas (1822): “Instrucción para el establecimiento de escuelas, según los principios de la enseñanza mutua, presentada a la Excm. Diputación Provincial de México”. En: *La Sabatina Universal*, 28 de septiembre, 5 y 12 de octubre 1822.
- Báez Osorio, Myriam (1993): “La escuela lancasteriana en Colombia”. En: *Revista de Ciencias de la Educación*, 155, pp. 381-397.
- Bell, Andrew (1805): *An Experiment on Education, Made at the Male Asylum at Egmore, Near Madras. Suggesting a System by which a School or Family May Teach itself under the Superintendence of the Master or Parent*. London: Cadell and Davies.
- Caruso, Marcelo (2005): “Locating Educational Authority: Teaching Monitors, Educational Meanings and the Import of Pedagogical Models. Spain and the German States in the 19th Century”. En: Phillips, David/Ochs, Kimberley (eds.): *Historical Studies on Educational Borrowing*. Oxford: Oxford University Press (en prensa).
- Chousal, Luis Octaviano (1825): *Prospecto ó sucinta idea de los estatutos y sistema de la enseñanza mutua que con arreglo a nuestras costumbres, religion y gobierno siguen los alumnos de ambos sexos del establecimiento de educación del*

---

19 Incluso en México el método, que permaneció vigente hasta fines del siglo XIX, fue transformando el rol concedido a los alumnos dentro del aula. Desde la década de 1850 los reglamentos de las escuelas lancasterianas asentaban que su método sería el “mutuo y simultáneo”, y se recomendaba que los monitores siguieran cumpliendo funciones de inspección y supervisión, pero no propiamente de enseñanza.

- ciudadano Luis Octaviano Chousal, en la capital de la Federacion. México D.F.: Imp. a cargo de Martín Rivera.
- Codorniu y Ferreras, Manuel (1823): *Discurso inaugural que en la abertura de las escuelas mutuas de la Filantropia, establecidas por la Compañía Lancasteriana de México en el que fue convento de extinguidos betlehemitas, dijo el ciudadano Manuel Codorniu y Ferreras, presidente actual y socio fundador de la misma, en el día 16 de noviembre de 1823, tercero de la independencia y segundo de la libertad*. México D.F.: Imp. a cargo de Martín Rivera.
- Compañía Lancasteriana (1854): *Sistema de enseñanza mutua para las escuelas de primeras letras de la República Mexicana*. México: Ignacio Cumplido. [Reimp. facsim. de *Sistema de enseñanza mutua* (1824). México D.F.: Martín Rivera].
- Dussel, Inés/Caruso, Marcelo (1999): *La invención del aula. Una genealogía de las formas de enseñar*. Buenos Aires: Santillana.
- Fernández Heras, Rafael (1984): *Sumario sobre la escuela caraqueña de Joseph Lancaster (1824-1827)*. Caracas: Arte.
- Foucault, Michel (2003): *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*. México D.F.: Siglo XXI.
- García Cubas, Antonio (1905): *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas anteriores al actual orden social*. México D.F.: Porrúa [Ed. facsim., 1986].
- Gonzalbo Aizpuru, Pilar (1990): *Historia de la educación en la época colonial: los criollos y la vida urbana*. México D.F.: El Colegio de México.
- González Millán, Andres (1820): *Educacion pública, único y seguro medio de la prosperidad del Estado. Dedicado al Exmo. Ayuntamiento Constitucional de esta N.C. de Méjico, por A.G.M., profesor de primera educación para todos los domimios de S.M.C. y director de la escuela lancasteriana ó enseñanza mutua*. México D.F.: Mariano Ontiveros.
- Hamilton, David (1989): *Towards a History of Schooling*. London/New York/Philadelphia: The Falmer Press.
- Hogan, David (1989): "The Market Revolution and Disciplinary Power: Joseph Lancaster and the Psychology of the Early Classroom System". En: *History of Education Quarterly*, 29, pp. 381-417.
- Laborde, Alexandre Louis Joseph de (1816): *Plan d'éducation pour les enfants pauvres, d'après les deux Méthodes combinées du docteur Bell et de M. Lancaster*. Paris: Chez L. Colas, Imprimeur-Librairie de la Société.
- Lancaster, Joseph (1816): *Manual of the System of Teaching Reading, Writing, Arithmetic, and Needle-Work in the Elementary Schools of the British and Foreign School Society*. London: British and Foreign School Society.
- (1821): *The Lancasterian System of Education, with Improvements*. Baltimore: Ogden Niles.
- López, Claudia/Narodowsky, Mariano (1999): "El mejor de los métodos posibles: la introducción del método lancasteriano en Iberoamérica en el temprano siglo XIX". En: Camara Bastos, Maria Helena/Mendes de Raria Filho, Luciano (eds.): *A escola elementar no século XIX: o método monitorial / mútuo*. Paso Fundo: Universidade de Paso Fundo, pp. 45-72.

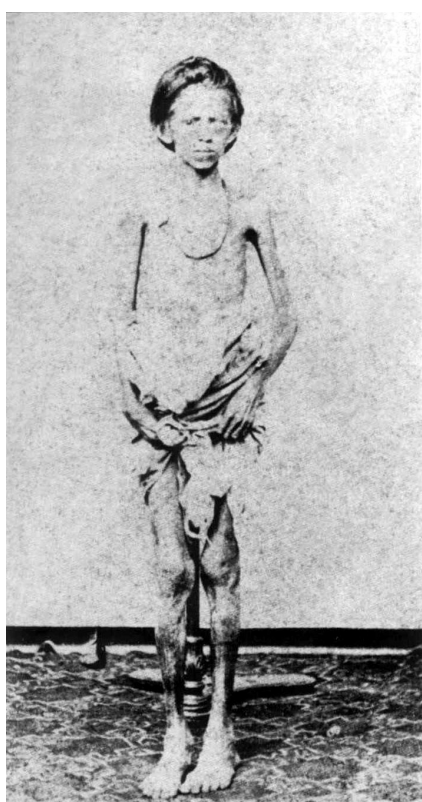
- Manual del sistema de enseñanza mutua aplicado a las escuelas primarias de los niños* (1826). Bogotá: S. Fox.
- Manual para el método de enseñar la costura en las escuelas lancasterianas de niñas de la República del Perú, adoptado del que se usa en las escuelas elementales de Inglaterra* (1827). Lima: Imprenta de la Instrucción Primaria por Juan Ross.
- Narodowski, Mariano (1995): *Infancia y poder. La conformación de la pedagogía moderna*. Buenos Aires: Santillana.
- Ortiz, Lorenzo (1696): *El Maestro de escribir, la theorica, y la practica para aprender y para enseñar este utilissimo arte*. Venecia: s.e.
- Parada, Alejandro (1998): *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia: una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas.
- Parrodi, Lucía (1905): *Metodología General*. [Apuntes de clase de la Escuela Nacional de Maestros]. México D.F..
- Petrat, Gerhardt (1979): *Schulunterricht. Seine Sozialgeschichte in Deutschland von 1750 bis 1850*. München: Ehrenwirth.
- Prieto, Guillermo (1992): *Memorias de mis tiempos*. México D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes [1ª ed. 1906].
- Querrien, Anne (1979): *Trabajos elementales sobre la escuela primaria*. Madrid: La Piqueta.
- Rodríguez, Simón ([1845] 1990a): "Consejos de amigo dados al colegio de Latacunga". En: Rodríguez Ortiz, O. (ed.): *Sociedades americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 260-277.
- ([1849] 1990b): "Extracto sucinto de mi obra sobre la educación republicana". En: Rodríguez Ortiz, O. (ed.): *Sociedades americanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, pp. 278-306.
- Roldán Vera, Eugenia (1999): "The Monitorial System of Education and Civic Culture in Early Independent Mexico". En: *Paedagogica Historica*, 35, pp. 297-331.
- (2001): "Reading in Questions and Answers: The Catechism as an Educational Genre in Early Independent Spanish America". En: *Book History*, 4, pp. 17-48.
- (2005a): "Order in the Classroom: Notes on the Appropriation of the Monitorial School System in Latin America". En: *Paedagogica Historica* (en prensa).
- (2005b): "Internacionalización pedagógica y comunicación en perspectiva histórica: la introducción del método de enseñanza mutua en Hispanoamérica independiente". En: Caruso, Marcelo/Tenorth, Heinz-Elmar (eds.): *Internacionalización: semántica y sistemas educativos en perspectiva comparada*. Barcelona: Pomares (en prensa).
- Sociedad de Beneficencia de la capital: su origen y desenvolvimiento, 1823-1923. Parte general* (1923), vol. 1. Buenos Aires: Talleres Gráficos del Asilo de Huérfanos.
- Sosa, Jesualdo (1954): *La escuela lancasteriana: Ensayo histórico-pedagógico de la escuela uruguaya durante la dominación luso-brasileña (1817-1825)*. Montevideo: Revista Histórica.

- Szuchman, Mark D. (1988): *Order, Family, and Community in Buenos Aires, 1810-1860*. Stanford: Stanford University Press.
- Tanck, Dorothy (1999): *La educación ilustrada (1786-1836): Educación primaria en la ciudad de México*. México D.F.: El Colegio de México.
- Zavala, Lorenzo de (1827): *Exposición documentada de la instalación y estado actual del colegio y escuelas lancasterianas del instituto literario del estado libre y soberano de México, en San Agustín de las Cuevas*. San Agustín de las Cuevas: Imprenta del Gobierno del Estado libre de México, á cargo del ciudadano Juan Matute y Gonzalez.



Barbara Potthast

## Niños soldados y niñas famélicas en la Guerra del Paraguay



**Fig. 1:** Niño paraguayo después de la guerra.<sup>1</sup>

Lamento decir que más de la mitad del ejército paraguayo estaba compuesto de niños de diez a catorce años de edad. Esta circunstancia hizo la batalla del 21 y los días que siguieron peculiarmente horribles y descorazonantes. Estos pequeños en la mayoría de los casos desnudos regresaban arrastrándose en grandes números desgarrados, destrozados en todas las formas concebibles. Parecía no haber lugar para ellos hacia donde ir e iban deambulando sin ayuda hacia el Cuartel General sin lágrimas ni gemidos. No puedo concebir algo más horrible que esta matanza de inocentes por hombres grandes vestidos de soldados, armados con todos los mortales dispositivos de la guerra moderna, y menciono esto acá precisamente porque lo he visto, porque creo que justificaría la inmediata intervención de naciones civilizadas con el propósito de poner un fin de la guerra.<sup>2</sup>

Oh! a guerra, sobretudo a guerra do Paraguai! Quanta criança de dez anos, e menos ainda, morta quer de bala, quer lanceada junto à trincheira que percorri a cavalo, contendo a custo as lágrimas.<sup>3</sup>

- 
- 1    Fotógrafo no identificado: *Carte de visite*, ca. 1868. Museo Histórico Nacional, Argentina.
  - 2    Martin McMahon al Secretario de Estado William H. Seward, Piribebuy, 31 de enero de 1869, despacho número 13, en: Davis (1985: 160).
  - 3    Visconde de Taunay, *Recordações de guerra e de viagem* (São Paulo: Weiszflog, 1920, p. 48), cit. según Doratioto (2002: 409).

La Guerra del Paraguay, o Guerra de la Triple Alianza (1864/5-1870) tiene la triste fama de haber sido una de las más sangrientas de América Latina: Brasil, Argentina y Uruguay tardaron cinco años en vencer al país vecino, que perdió con ella más de la mitad de la población y gran parte de su territorio al tiempo que su peculiar sistema político, económico y social terminó por hundirse. Quienes más sufrieron las consecuencias en la última fase del conflicto y durante la posguerra fueron las mujeres y los niños. Sobre sus hombros habían cargado primero prácticamente toda la producción y la manutención de las tropas, y cuando ya no quedaban suficientes hombres para la defensa del país, los jóvenes y los niños fueron reclutados para el ejército. Este papel activo de las mujeres y los niños llamó ya la atención a los observadores contemporáneos, provocando también una polémica historiográfica sobre el carácter de esta guerra y el gobierno del presidente Francisco Solano López.<sup>4</sup>

Si el análisis de la función activa y pasiva de los menores en una guerra y de su percepción de la misma presenta serias dificultades en la actualidad, mucho más problemático resulta si se trata de épocas pasadas. Tal vez por esa misma razón, la guerra del Paraguay, con un grado de violencia que afectó directamente a toda la población, puede ser un buen ejemplo –aunque extremo– para aproximarse a una historia de los menores en un contexto de guerra. En ese sentido vale la pena detenerse en dos aspectos: uno, la participación directa de niños y jóvenes en los combates, es decir el de los niños soldados; el otro, la repercusión que tuvo la lucha para los niños que no participaban directamente pero que sufrían sus consecuencias a causa de la destrucción de campos y viviendas y del desplazamiento de familias enteras. En este último caso nos referiremos ejemplarmente a las muchachas jóvenes, ya que a finales de la guerra casi todos los varones jóvenes habían sido reclutados.

---

4 En este artículo nos restringimos a discutir la visión de los contemporáneos. La historiografía sobre la guerra es todavía bastante partidaria y complicada, de manera que no cabe en el contexto que aquí interesa. Véase Rodríguez Alcalá (s.a.). Para una discusión sobre el rol de las mujeres véase Potthast (2001) y Potthast (en prensa).

### 1. Los niños en los campamentos y los ejércitos

Antes de analizar la vida de los menores combatientes hay que recordar que los niños no habían sido ajenos a la vida de los campamentos del siglo XIX. El aprovisionamiento y la limpieza de las tropas estaban en primer lugar en manos de las mujeres que las acompañaban y que a su vez tenían consigo niños de todas las edades, un fenómeno normalmente no digno de mención en los informes de la época, pero sí visible en muchas imágenes. Como podemos ver en las ilustraciones, muchos niños de las clases populares crecían ya en un ambiente de guerra y disciplina militar.



Fig. 2: Mujeres en el campamento paraguayo.

Los padres, si disponían de los medios, vestían a los varones con uniformes y los preparaban para una vida de soldados. Cuando tenían alrededor de diez años, algunos de ellos empezaban a asumir funciones militares, como el tambor de un regimiento que se ve en la fotografía.

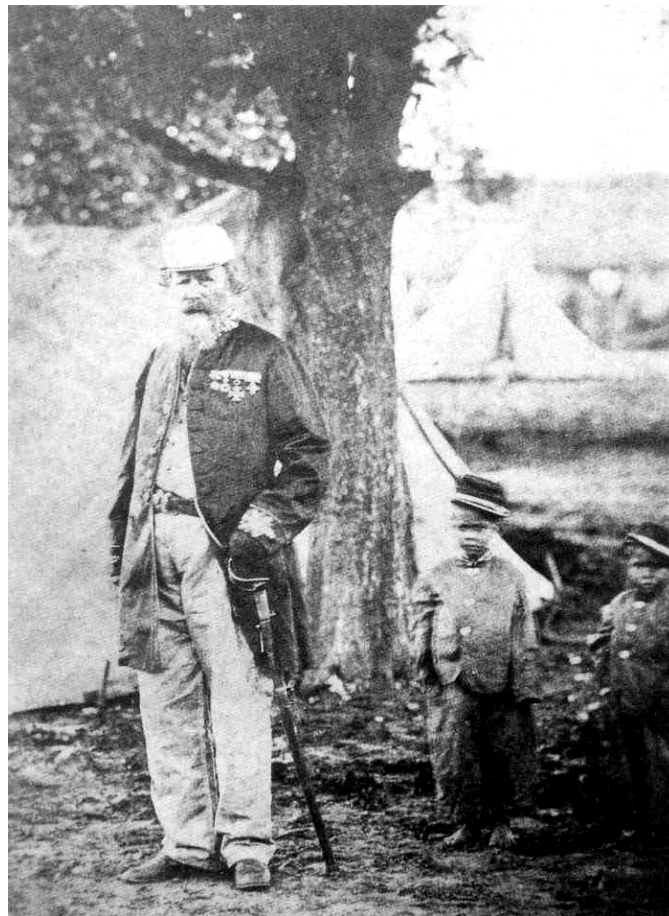


**Fig. 3:** Tambor del 1° de Infantería.<sup>6</sup>

---

6 Federico Artigue: *Tambor del 1° de Infantería. Carte de visite*. Museo de Luján.

Podemos suponer que los jóvenes realizaban estas tareas con gran orgullo y que –como sus padres– las veían como el primer paso de una carrera militar. Vivir en los campamentos y jugar a ser soldado, no obstante, era otra cosa que tener que luchar en una guerra, como poco después les tocó en suerte a miles de jóvenes y niños cuando estalló la contienda.



**Fig. 4:** Militar con niños en la guerra del Paraguay.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Fotógrafo no identificado: Albúmina, ca. 1868. Biblioteca Nacional, Río de Janeiro.

### *1.1 Los niños soldados paraguayos*

La correspondencia del cónsul francés, Emile Laurent-Cochelet, nos muestra muy bien la dinámica cruel de la incorporación de jóvenes y niños en el ejército paraguayo a partir de 1865:

Se publicó el 28 de mayo, en la campaña, una nueva orden llamando bajo las armas al resto de los habitantes aptos de 14 años para arriba. Ya se habían reclutado todos los hombres de 15 a 60 años, y yo vi un regimiento enteramente compuesto de adolescentes. Qué puede esperarse de semejantes soldados, incapaces de resistir las fatigas de una campaña!<sup>8</sup>

Se presionó todavía más [que a los de Misiones, B.P.] a los distritos cercanos de la capital para obtener cantidades numerosas de jóvenes de 13 a 16 años, que los reclutamientos precedentes habían dejado de lado.<sup>9</sup>

En Asunción, se continúa enviando al Ejército sucesivamente todos los funcionarios de Estado, únicos hombres aptos restantes, los oficiales del puerto, los médicos militares de plaza, controladores y empleados de la Aduana. [...] Se asegura que además de los heridos y mutilados, se recluta para el servicio militar hasta los niños de 7 años, para hacer de conductores de ganado y de chasques!<sup>10</sup>

Se continúa reclutando activamente. Todos los niños que han crecido desde la última leva, todos los viejos inválidos que se han restablecido a medias, incluso los leprosos, son puestos bajo bandera. Se ven partir hacia Humaitá compañías de niños que apenas pueden sostener el peso de los fusiles, y cuyos oficiales sobrepasan de una cabeza.<sup>11</sup>

Si la situación ya era penosa en 1867, es decir antes de la caída del baluarte de Humaitá y de la entrada de los aliados en territorio paraguayo, después fue simplemente horrible. En agosto de 1868, cuando era obvio que ya no se podía resistir mucho más tiempo, López ordenó la evacuación del territorio sureño y se retiró con la población y el resto de las tropas hasta más allá del río Pikysyry. Le quedaban unos 10.000 soldados, la mayoría ancianos y niños, que tenían que fortificar Angostura, un puesto sobre el río Paraguay. Los paraguayos se mantuvieron en esta zona hasta finales del año. A partir del 21 de diciembre de 1868 se libró allí una batalla feroz que dejó pocos combatientes

8 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 31.5.1865, cit. según Rivarola (1988: 122).

9 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 26.2.1865, cit. según Rivarola (1988: 130).

10 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción, 12.11.1866, cit. según Rivarola (1988: 133) (destacado en el original).

11 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys al Marquis de Moustier, 31.5.1867, cit. según Rivarola (1988: 133s.).

paraguayos sin heridas. El 24 de diciembre Francisco Solano López escribió su testamento, pero cuando se enteró de que existía una brecha en el cerco, escapó con unos pocos, dirigiéndose hacia el noreste “dispuesto a crear de la nada un nuevo ejército y a proseguir la guerra hasta el final” (Cardozo 1987: 245). El resto de las tropas paraguayas, atrincheradas en Angostura, se rindió. Poco antes, un observador argentino había escrito: “Ya se puede dar por concluida aquí no mas la guerra porque ya no tiene gente con que seguir por mas días la defensa, son muchachos, viejos y hasta enfermos que pueden pararse [a los que] se hace hacer fuego”.<sup>12</sup>

A fines del año 1868 los aliados ocuparon Asunción, la capital paraguaya, y sin encontrar a nadie saquearon la ciudad, creyendo muy cerca el final de la guerra. López, mientras tanto, había trasladado lo que quedaba del gobierno y del pueblo paraguayo hacia Luque y después a Piribebuy, donde estableció un nuevo cuartel general en Azcurrea, un lugar estratégico en las cercanías. De alguna manera logró montar un nuevo ejército, compuesto en gran parte de niños, jóvenes, heridos y ancianos, pero también de prisioneros que habían escapado de los aliados. La esperanza de alcanzar una solución por medios diplomáticos hizo que, durante un tiempo, la violencia se redujera. La expectativa de un fin inminente de la guerra resultó sin embargo errónea, sobre todo por la negativa de López a rendirse incondicionalmente. Las paraguayas volvieron a cultivar la tierra, aunque la zona ya no producía lo suficiente para alimentar a todos, y se estima que 100.000 mujeres y niños murieron de hambre en el medio año que antecedió a la toma de Piribebuy (Versen 1872: 155). No obstante, López logró montar una fábrica de armas y entrenar a nuevos reclutas, niños de edad cada vez menor.

A mediados del año, los combates se reanudaron, y el triste colmo de las acciones militares de esta guerra atroz se produjo en agosto de 1869 cuando los aliados, cuya fuerza militar numérica era muy superior a la de los paraguayos, asaltaron y tomaron Piribebuy. López decidió huir con el resto de las tropas. Para cubrir la retirada, dejó un ejército de unos 3.000 a 6.000 hombres, muchos de ellos niños soldados, disfrazados con barbas para que el enemigo no se diera cuenta de

---

12 José Esdrillo a Coronel Álvaro J. de Alzogaray, 21.12.1868, Archivo General de la Nación, Buenos Aires, Sala X, Guerra del Paraguay, 43-10-7.

su edad, que tuvieron que enfrentarse con 20.000 soldados aliados. Estos niños se dejaron matar por el Mariscal en una batalla de ocho horas en los campos de Acosta Ñú (Rubio Ñú o Ñu Guazú, hoy Barreiro Grande). Al final sumaban más de 2.000 los soldados paraguayos muertos y 1.200 los prisioneros, mientras que los aliados no tuvieron más que 26 muertos y 259 heridos.<sup>13</sup>

A diferença entre o número de mortos paraguaios e aliados demonstra que Campo Grande/Acosta-Ñu foi um banho de sangue. Este foi iniciado por Solano López, ao enviar ao combate adolescentes, disfarçados de adultos, despreparados e com armas obsoletas, e continuado pelos soldados brasileiros embrutecidos por anos de guerra, cansados de um inimigo que não se rendia, não recuava, se mantinha em combate mesmo quando a morte era certa (Doratioto 2002: 418).

Lo que quedaba del pueblo paraguayo y su ejército se trasladó cada vez más al nordeste, huyendo de las tropas aliadas. Hambre, fatiga, heridas y enfermedades acompañaron a esta “legión de espectros” (Cardozo 1987: 253), que además tenía que sufrir las represiones cada vez más crueles e irracionales, por no decir paranoicas, del presidente. El fin de la guerra se precipitó cuando López fue alcanzado y muerto por las tropas brasileñas el primero de marzo de 1870.

### *1.2 Los niños paraguayos: ¿“ardientes patriotas” o “presidarios a las galeras”?*

Tanto observadores directos como analistas posteriores se han preguntado cómo fue posible que la resistencia paraguaya se mantuviera tanto tiempo si el ejército se componía sobre todo de niños y jóvenes poco expertos en asuntos militares. Los menores casi no tenían la fuerza física necesaria para empuñar fusiles, menos aún cuando empezaron a escasear los alimentos y se propagaron las epidemias. Además no había tiempo para adiestrarlos propiamente. No obstante, todos los observadores, también los más críticos a López, han insistido en el valor y el coraje de los paraguayos en la lucha, inclusive los de los niños soldados.

Este heroísmo, a su vez, está en el centro de la polémica sobre la guerra y el carácter del régimen de López. ¿Por qué soportaron estos hombres, mujeres, jóvenes y niños tantos sufrimientos, muertes y

13 Doratioto (2002: 415-419); Cardozo (1967-1982: XII, 320-323); Chiavenato (1989: 178s.).



crueldades, habiéndoles sido posible pasarse al lado de los aliados, que habían instalado un gobierno paraguayo provisorio en Asunción? Las respuestas varían según la posición política de los observadores. El cónsul francés, Emile Laurent-Cochelet, sostenía que la mayoría de los reclutas obedecía más bien por miedo que por patriotismo, y describe un grupo de reclutas de la manera siguiente:

El diario oficial habla mucho del entusiasmo de los reclutas, pero aparte de algunos que han buscado en el abuso de [bebidas] espirituosas el olvido de sus angustias, uno se figuraría más bien, al ver el aspecto abatido de éstos desgraciados (muchos de los cuales son seguidos por mujeres en llanto) presidiarios a la galera que ardientes patriotas volando a defender su patria.<sup>14</sup>

Su colega norteamericano, el general Martin McMahon, veterano de la guerra civil estadounidense y único diplomático extranjero que quedaba con el gobierno paraguayo después de la evacuación de Asunción, afirmaba que las mujeres y los niños soportaban las calamidades de la guerra por patriotismo. En el interrogatorio sobre la guerra ante el congreso norteamericano, McMahon aseguró que “[n]o cabe dudas de que hay niños de diez y once años en el Ejército y los he visto luchando con tanto heroísmo y coraje que me sorprendieron” (McMahon ([1869] 1985a: 306). Y también agregó:

Se veían niños de escasos años arrastrarse a retaguardia con sus miembros destrozados o con espantosas heridas de bala en sus pequeños y semidesnudos cuerpos. No se quejaban ni lloraban, no pedían ayuda ni la presencia de un médico. Cuando sentían próxima la llegada de la muerte se echaban para morir, tan silenciosamente como habían sufrido. Muchos de estos niños tenían sus madres en el campamento de las mujeres [...] cuyos pensamientos no estaban con sus hijos moribundos [...] sino en la causa de la nación (McMahon [1870] 1985c: 387-391).

Esta última cita proviene de un artículo publicado en *Harper's New Monthly Magazine* que el diplomático escribió después de regresar a Estados Unidos para conmover al público norteamericano y contradecir la imagen de un Paraguay incivilizado con un presidente despótico y cruel. McMahon relató varios episodios de niños soldados que de repente se vieron enfrentados con el cuerpo muerto de su padre o de un hermano mayor, único familiar y protector que les había quedado,

---

14 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 26.2.1865, cit. según Rivarola (1988: 130).

y que no obstante no reaccionaban con lágrimas y llantos (ibídem: 407-411). Después continuaba:

Tal vez se alegue que las familias paraguayas podrían haber escapado al hambre y a la muerte pasándose a los aliados. Muchas de ellas se entregaron así a la misericordia de sus enemigos y miles fueron traídas a Asunción con las huestes aliadas, para descubrir que hay horrores aún más crueles que el hambre, y desgracias peores que la muerte (ibídem: 425s.).<sup>15</sup>

Hay que analizar este párrafo de McMahon en el contexto de la polémica sobre la guerra y tener presente el fin de este artículo. Lo que el norteamericano omitió decir es que no era nada fácil desobedecer o desertar. Cuando todavía era posible, la vigilancia de las tropas de López era bastante eficaz, incluso con respecto a la población civil, y las deserciones eran castigadas severamente. Además, López practicaba una corresponsabilidad familiar, es decir, si un miembro de la familia desertaba o manifestaba su oposición a la política del presidente, sus familiares también sufrían represalias. López humillaba sobre todo a personas de las clases dirigentes, que cada vez más se distanciaban de su política, pero la práctica no se restringía a esta clase. Laurent-Cochelet cuenta, después de saber de varias deserciones y enterarse que dos sobrinos del ministro de finanzas y del tesorero general habían desertado, lo siguiente:

Las familias de dos de esos desertores [...] compuestas de sus madres y hermanas, fueron deportadas a lejos e inhóspitos distritos, y todos sus bienes confiscados.

Lo que es más asombroso, es que tres de esos desertores no tienen más de 11 o 12 años. Estaban como ordenanzas de un oficial polaco [...] Se atribuye la deserción de esos niños al justificado temor [que tendrían] de que se les hiciera responsable, como se acostumbra aquí, de las deserciones de los hermanos mayores de dos de ellos, quienes se habían pasado recientemente al enemigo.<sup>16</sup>

Un testigo muy perspicaz y bien informado sobre la vida en los campamentos durante la guerra fue el mayor prusiano Max von Versen, que permaneció en ellos arrestado por López hasta 1869, es decir casi hasta el final. Él había padecido personalmente las represalias de Ló-

15 Véase además: Despacho McMahon al Secretario de Estado, Hamilton Fish, Buenos Aires 19.7.1869, en Davis (1985: 197).

16 Laurent-Cochelet al Marquis de Moustier, Asunción 5.10.1866, cit. según Riva-rola (1988: 138).

pez en los campamentos, en los que convivió con los presos, niños y jóvenes paraguayos. Versen atribuye el heroísmo de éstos no al “honor nacional” sino “a un fanatismo creado artificialmente por López” o al miedo a la venganza y malos tratos por parte de los enemigos, en buena medida exagerados por la propaganda de López.<sup>17</sup> McMahon también había aludido a este temor a los soldados de la Alianza, sobre todo los brasileños, en la cita arriba mencionada.

Ese miedo no era del todo infundado, como muestran las memorias de oficiales brasileños, aunque a algunos de ellos les daba pena tener que combatir contra adolescentes. Cuenta Dionisio de Cerqueira el siguiente incidente de la batalla de Piribebuy:

Em poucos instantes, as nossa forças galgavam as trincheiras, invadiam o terrapleno e investiam, aos bandos, contra os paraguaios que se retiravam em debandada, mas ainda pelejando. Fez-me frente, com uma lança, um rapazinho que parecia forte; aparei o golpe, respondi e passei adiante. Logo depôs, um soldadinho paraguaio, que não podia ter mais de doze annos, corria, todo ensanguentado, para o meu lado, acossado por um soldado nosso que o perseguia e já o ia alcançar, quando ele se abraçou comigo, implorando que o salvasse. Mal tive tempo de conter o seu perseguidor. Nesse momento, passava por mi, a trote largo, o distinto camarada capitão Pedra, que gritou: – Mata. – Não – disse eu. – É um prisioneiro, uma pobre criança e hei de defendê-lo. – Queres brigar por um paraguaio? – Porque não? É meu dever e farias o mesmo (Cerqueira 1910: 326).

El estoicismo de los jóvenes que McMahon interpretaba como patriotismo, se convierte en el juicio de otro brasileño en cansancio y fatalismo:

Parece-me ainda estar vendo como as lanças se abaixavam fulgurantes, vertiginosas, atirando alto no ar, como que simplesovelos de algodão, os corpos que iam ferindo e que, no geral, caíam agachados acorados e mais que isto, enrolados sobre si mesmos. Não poucos infantes [paraguaios] buscavam defender-se com a espingarda, mas era resistência momentânea; alguns atiravam fora a arma e ocultando o rosto entre os braços abaixavam a cabeça e esticavam o pescoço à espera do golpe das pesadas espadas, apressados em dar tudo por acabado e buscando na morte pronta solução a tantas desgraças e tão seguidos sofrimentos.<sup>18</sup>

17 Versen (1872: 125). Cfr. Potthast (1996: 265s.; 2001: 83-86; y en prensa).

18 Visconde de Taunay, *Recordações de guerra e de viagem* (São Paulo: Weiszflog, 1920, p. 48), cit. según Doratioto (2002: 416).

Aparte de provocarles lástima y mala conciencia, el hecho de tener que combatir contra niños restaba valor y honor a los soldados aliados:

O campo [de Acosta Ñu, B. P.] ficou cheio de mortos e ferios do inimigo, entre os quaes causavam-nos grande pena, pelo avultado número, os soldadinhos, cobertos de sangue, com as perninhas quebradas, não tendo alguns ainda atingido a puberdade. [...] Como eram valentes para o fogo os pobres meninos! Que luta terrível aquela entre a piedade cristã e o dever militar! *Os nossos soldados diziam que não dava gosto brigar com tanta criança* (Cerqueira 1910: 340, destacado en el original).

Desgraciadamente no existen fuentes paraguayas sobre los niños soldados que no sean propagandísticas. Salta a la vista, no obstante, que aparentemente no se veía la necesidad de justificar el hecho de hacer pelear y matarse a tantos jóvenes. Dentro de la propaganda nacionalista parecía natural incluir a toda la población en la lucha por “la causa nacional”. Lo que llama la atención es que en el Paraguay de entonces aparentemente no existía un concepto de niñez o adolescencia como una etapa especial de la vida. Los textos hablan de niños o criaturas entre la población civil, o de soldados y paraguayos, sin fijarse en la edad de los combatientes. Quizás el reclutamiento de personas de edad cada vez menor se veía como una mera extensión del concepto del ciudadano paraguayo. Si al principio habían sido hombres adultos, luego fueron más jóvenes o incluso niños que no habían llegado a la pubertad. Este silencio sobre los niños soldados caracteriza también los recuerdos de los oficiales paraguayos, como por ejemplo los de J. C. Centurión, y algunos análisis tempranos de la posguerra. Una excepción es la mencionada batalla de Acosta Ñu, conmemorada más tarde por los revisionistas paraguayos como prueba, por un lado, del heroísmo pero también, por otro, del apoyo –implícito o directo– al presidente y su guerra.<sup>19</sup>

Todo análisis de la actitud de los observadores, ya sean extranjeros o nacionales, sobre los niños combatientes resulta sin embargo problemático, pues también sus alusiones a los niños están insertadas y tienen una función en otro discurso político sobre el carácter del pueblo paraguayo y su presidente Francisco Solano López.

---

19 Cfr. Doratioto (2002: 409); Rodríguez Alcalá (s.a.).

## 2. Los niños “civiles”

### 2.1 *Trabajos y peligros en la guerra*

En febrero de 1866 López dispuso la movilización total de los hombres para el servicio militar, pero ya dos años antes, al comienzo de la guerra, el cónsul francés había observado que:

[e]l reclutamiento se realizó ya con un tal rigor que en muchos distritos no se dejó ningún hombre apto. Se enroló incluso personas inaptas para el servicio militar. En una palabra, no se dejó para las necesidades de la agricultura sino a los viejos, las mujeres y a los niños, y eso en un momento en el que la magnífica cosecha de tabaco demandaba todos los brazos.<sup>20</sup>

Los niños paraguayos, como todos los que crecieron en el mundo rural del siglo XIX, estaban acostumbrados a participar en las tareas domésticas y agrícolas de la familia desde temprana edad, y gran parte de los varones trabajaba en empleos asalariados en los yerbales o el transporte (Potthast 1996: 116s.). Durante la guerra, la falta de brazos y la necesidad de sostener un mayor número de soldados, hizo necesaria una incorporación cada vez mayor de los niños a la producción agrícola. A fines del año 1865, el gobierno paraguayo se vio obligado por primera vez a ordenar a los jueces de paz y comandantes militares de las distintas localidades que dedicaran todas sus actividades y energías a conseguir que la población trabajara lo más posible, incluso en las noches de luna. A las mujeres y niños debía hacérseles saber que:

por poco que sea el descanso que estas disposiciones [sobre intensificación de los trabajos agrícolas, B. P.] imponen, nunca podrán igualar a las fatigas y vigiliass de nuestros hermanos en el teatro de la guerra al frente del enemigo, con peligro próximo de la vida, mientras que por acá suspendidas las faenas se recoge cada uno su hogar y duerme tranquilo.<sup>21</sup>

Estas fatigas aumentaron cuando se ordenó la evacuación de los territorios, primero al sur del río Pikysyry, luego también de Asunción y

20 Laurent-Cochelet a Drouyn de L'Huys, Asunción 5.3.1864, cit. según Rivarola (1988: 128).

21 Sánchez a los Comandantes Militares y a los Jueces de Paz, 18.7.1866, Archivo Nacional, Asunción (en adelante ANA), Sección Histórica (en adelante SH), vol. 351; Sánchez a los Comandantes Militares y a los Jueces de Paz, 2.3.1867, cit. según Cardozo (1967-1982: IV, pp. 11-13). Cfr. también la Orden del 19.11.1865, Cardozo (1967-1982: IV, p. 120 y III, p. 164; Thompson (1910-1911: II, p. 24); y Sánchez al Comandante de Laureles, 15.2. y 22.3.1866, ANA-SH, vol. 351.

sus alrededores. Las familias, que consistían en su mayoría en mujeres con hijas y niños muy pequeños, debían a menudo desalojar sus casas dentro de las 24 horas, asignándoseles un nuevo lugar de residencia, al que tenían que trasladarse.<sup>22</sup> Con estas medidas se pretendía enviar a la población hacia aquellas regiones que tenían todavía capacidad de admisión y necesitaban mano de obra para la agricultura.<sup>23</sup> El miedo, el cansancio y las privaciones acompañaban a los pequeños en estos traslados rápidos, a veces improvisados, en los que sufrían también al abandonar sus casas, sus animales y sus camaradas de juego y trabajo. Además, las madres tenían incluso menos tiempo que antes para consolar a sus hijos, ya que la presión del trabajo aumentaba cada vez más.

A partir de la segunda mitad de 1867 la situación se volvió muy difícil. Artículos de primera necesidad como la sal tenían que ser sustituidos por hierbas. La calidad de la yerba mate y la carne disminuyó, lo cual devino un factor agravante, en vista de las numerosas enfermedades diarreicas y de las epidemias de viruela. Las epidemias afectaban tanto a los soldados como a las mujeres y los niños, sobre quienes ya recaía la carga principal del abastecimiento, pero éstos últimos no tenían un servicio médico como el que había en el ejército. El juez de paz de Guazú-cuá, por ejemplo, informó de que existían problemas de

---

22 La orden de evacuación del 22.2.1868 de la ciudad de Asunción, ANA-SH, vol. 355.

23 Decreto del 5.4.1868, ANA, Colección Rio Branco (en adelante CRB), N° 4937. Como efectivamente el objetivo no se cumplía en la forma deseada, el gobierno emitió otro decreto, el 1.9.1869. Cfr. también el oficio que acompaña al traslado (bajo custodia) de 900 mujeres y sus hijos de Pikysry y 640 de Villeta al otro lado de la Cordillera, para que pudieran cultivar allí los campos, 18.12.1868, en: Masterman (1870: 368s.), así como Cardozo (1967-1982: XII, pp. 220-222 y p. 347).

Además la vigilancia sirvió también para el control de las epidemias, como surge de un escrito de José Antonio Basaral a Caminos del 4.2.1869, en el cual informa de que preparaba la llegada de 815 personas (408 mujeres con 407 miembros de familia, es decir niños) en Hiati y 640 personas en Itapé (311 mujeres con 329 hijos), entre las que se habían dado algunos casos de cólera, los cuales habían sido sometidos a aislamiento riguroso, de modo que la situación ya estaba bajo control. ANA-CRB 4944.

escorbuto, sobre todo, en aquellos que justamente se habían curado de la viruela.<sup>24</sup>

Las mujeres y las criaturas que vivían en los campamentos gozaban ocasionalmente de alguna ayuda de los médicos militares y, por lo menos hasta cierto momento, de mejor comida, pero tenían que vivir en medio de escenas de guerra. Los niños veían a los soldados que volvían heridos de los combates y escuchaban sus gritos o los de los prisioneros torturados. Además tenían que cuidarse de las granadas y balas que atravesaban también las partes del campamento donde se encontraban las chozas de la población civil. Todo eso traía peligros adicionales porque, dado que no todas las balas y granadas de los aliados estallaban y el ejército paraguayo pagaba por cada granada recolectada con una ración de maíz, mujeres, niños y soldados se arrojaban sobre las granadas, que a veces explotaban con atraso, hiriendo a los recolectores (Versen 1872: 153-155).

Con el transcurso de la guerra y el retroceso de las tropas paraguayas, era cada vez más difícil distinguir a las mujeres que marchaban voluntariamente con el ejército para cuidar a los hombres de su familia, ya fueran maridos, hijos o hermanos, de los evacuados en contra de su voluntad. Cuando la capital se trasladó a Piribebuy y el cuartel general a los alrededores de la ciudad de Azcurra, la agricultura de esta zona quedó totalmente en manos de las mujeres y sus hijos menores. Había dos tipos de mujeres, las llamadas “residentas”, a las que se les había designado otro lugar de residencia por evacuación de su lugar de origen, y las llamadas “destinadas”. Las últimas estaban acusadas de delitos de traición o eran simplemente parientes de un “traidor”. Por esta causa se las enviaba a pueblos especialmente inaccesibles e insalubres, en donde se las obligaba a cultivar la tierra y cosechar frutos silvestres. Huelga recalcar que, en esos lugares, estas mujeres estaban rigurosamente vigiladas y que se las separaba de conocidas o amigas, y a menudo también de miembros de la familia. La suerte de estas “destinadas” y la de las que acompañaban al ejército, las “residentas”, y sus respectivos hijos, se igualó sin embargo hacia

---

24 ANA-SH 351; Thompson (1910-1911: I, p. 209; II, p. 24); Centurión (1987: II, p. 265); Rivarola (1988: 120-125 y 158-162); Versen (1872: 156-159, 198, 216); Masterman (1870: 88s., 119, 158).

finales de la guerra: pasaban hambre y enfermedades y una gran parte de ellas murió como consecuencia de todo eso.

## 2.2 *Silvia*

Las que seguramente más sufrieron, no obstante, fueron las hijas de las mujeres “destinadas” que fueron separadas de sus madres a muy tierna edad y bajo tales circunstancias. Aparte de algunas descripciones generales disponemos de las memorias de dos niñas de la élite paraguaya, que nos dan una impresión de los sufrimientos de estas criaturas. La primera, Silvia Cordal Gill, había nacido en 1862, es decir que tenía dos años cuando estalló el conflicto y siete u ocho años cuando terminó la guerra. La otra, Encarnación Bedoya, era más bien una amiga y pariente lejana de la madre de Silvia. Había nacido en 1845, es decir que durante la guerra tenía poco más de veinte años. Como los caminos de las dos se cruzaron y los recuerdos de Encarnación, por ser ya mayor, son más explícitos, los combinamos con los de Silvia, que muchos años después relató su vida a sus hijos y nietos.

Si hablamos en este caso sobre todo de mujeres jóvenes y niñas es porque, en esta fase de la guerra, los varones eran reclutados para el ejército, con excepciones como la de un sobrino adolescente de Silvia que sobrevivió a la guerra “porque su madre lo tenía vestido de mujer siempre” (Quevedo/Peña Villamil 1987: 21).

Silvia Cordal provenía de una familia de la elite paraguaya. Su padre había caído cautivo de los argentinos en 1866, gravemente herido, y por ello fue tildado de desertor en el Paraguay. A consecuencia, su esposa Carmen Gill de Cordal se había visto obligada a renegar públicamente de él.<sup>25</sup> El padre de Silvia falleció después en el cautiverio. Con la evacuación de Asunción a finales de 1868, la familia tuvo que desocupar su casa. Silvia, que era la mayor de las tres hijas pequeñas de Carmen Gill, contaba en ese momento seis años. La familia se trasladó a Itauguá, después a Piribebuy, donde su madre fue presa por una denuncia. La hija pequeña lo recuerda como un acto de envidia por el hecho de que su madre todavía tenía alguna fortuna (ibídem: 15).

---

25 Washburn (1871: II, pp. 169-719). El distanciamiento público que firmó Carmen Gill sólo con su nombre de soltera se encuentra en *El Semanario* del 28.7.1866. Está también reproducido en el anexo de documentos de Quevedo/Peña Villamil (1987: 137s.). Cfr. también Masterman (1870: 108s.).



Encarnación Bedoya relata el asunto con más detalle. Ella también se encontraba en Piribebuy y, a causa de las limitadas posibilidades de habitación, se alojaba junto con Carmen Gill de Cordal, que vivía en la casa de una mujer humilde, que a su vez ocupaba el cuarto contiguo con su hija. Para ese entonces, la dueña de la casa enfermó y, a pesar de los cuidados de Carmen, falleció. Poco tiempo después, Carmen Gill y Encarnación Bedoya fueron apresadas, sin saber primero por qué. Sólo más tarde entendieron la causa. Durante la segunda mitad de 1868, por una supuesta conspiración enemiga, López había mandado encadenar, torturar y, por último, fusilar a su hermano Benigno, al obispo de Asunción Manuel Antonio Palacios y a otros destacados paraguayos, algunos de ellos también parientes suyos. Estos acontecimientos, que aparentemente se discutían todavía entre la población, hicieron que la joven muchacha de la casa preguntara a Carmen, si ella creía que el obispo Palacios podía haber estado implicado en la rebelión contra López, a pesar de que éste lo había hecho obispo. Según Encarnación se trataba de una pregunta capciosa, que Carmen había intentado eludir respondiendo que el obispo era finalmente una persona ajena, y que parecía imposible que los propios hermanos hubieran complotado en contra del presidente. La muchacha, cuya edad ignoramos, habría contado esta conversación con Carmen a su padre natural, y éste habría denunciado a Carmen Gill, que terminó siendo desterrada a Santa Rosa del Curuguaty mientras sus hijas pequeñas quedaron en Piribebuy.<sup>26</sup> Encarnación Bedoya fue acusada de no haber denunciado esas observaciones hostiles al Estado, ya que la muchacha habría afirmado que ella también había estado presente en la conversación. Las dos mujeres finalmente fueron destinadas a Espadín, un campo para “traidoras” en una zona totalmente inhóspita de la sierra.

¿Pero qué se hizo en este momento de Silvia y sus hermanas? Las tres quedaron al cuidado de una esclava.<sup>27</sup> Después de algunos meses en la casa de un matrimonio viejo, con la caída de Piribebuy, la criada recogió a las niñas y siguió camino con ellas junto a todas las otras

---

26 Memorias de Encarnación Bedoya, versión II, archivo privado de María Teresa Garay Aceval de Critto, Buenos Aires. Otra versión, menos detallada, de las memorias, está publicada en Rodríguez Alcalá (1991).

27 Existían todavía algunos esclavos en Paraguay, aunque desde el 1 de enero de 1843 estaba en vigencia la ley de la “libertad de vientres”.

“residentas”. En esta caravana se encontraban también dos tías de las niñas, institutrices de los hijos de José Falcón, el nuevo ministro de Relaciones Exteriores de López, con quien ellas estaban igualmente emparentadas. Al principio, las tías no las reconocieron, pero cuando Silvia se dirigió a ellas, las recogieron para cuidarlas. La esclava que hasta entonces se había ocupado de las niñas fue despedida. Acostumbradas ya desde Piribebuy al consumo de naranjas agrias, las niñas recibieron por primera vez después de mucho tiempo un plato a base de harina y durmieron en las protegidas carretas de las tías. Pero la tranquilidad no duró mucho tiempo porque cuando, al día siguiente, López se enteró de que habían recogido a dos “criaturas traidoras”,<sup>28</sup> ordenó de vuelta la entrega inmediata de las niñas y que éstas prosiguieran su camino en la caravana igual que las demás:

[Q]uando que todos se iban, quedamos solitas las tres. [...] y yo hesa mañana le pedia a Dios que nos diése de comer y que yo le prometia que cuando encontrace que comer no despreciaria nada, a heso de medio día paso una mujer con una canasta de naranjas y havian sido dulces y esta mujer nos dio una naranja, y saven mi hijos quien hera esta, Carlota Decoud de Calsenas prima hermana de mi padre y como no tuvo corazón esta para recogernos, pues, mis hijos, se fue nomas havandonandonos otra ves, despues de la vuelta mi santa madre le reprochava y ella contesto que ci no nos recogio fue para que no la comprometieramos. A las ocho de la noche volvia la esclava que mis tias la havian alcanzado y le contaron lo que havia pasado. [...] esa misma noche al pedir posada en una casa encontramos entre ellas a la madre y la hija de la esclava por suerte de ese encuentro pues desde ese día la esclava tenia con quien dejarnos para ella poder salir a vuscarnos que comer, se hiva de madrugada al monte y al caer la tarde volvia con un atado de naranjas agrias y yo de día recogia guesos en cantidad y hacia fuego y los guesos los ponía al juego y cuando ya estaban bien quemados los sacava y los pisava y esto comia la madre de la esclava y las cuatro criaturas hasta que volvia Dolores, [...] haci anduvimos hasta llegar a Igatimi que ce le murio primero la hija a Dolores (Quevedo/Peña Villamil 1987: 16s.).

Poco después le siguió una hermana de Silvia. La caravana se dirigió más al norte, y un día antes del arribo a Espadín, a donde estaba “destinada” la madre, la otra hermana pequeña de Silvia sucumbió al cansancio y el hambre. Ella lo relata de la forma siguiente:

Al caer la tarde estavamos sentada en la cumbre ya de un cerro cuando mi hermana Clementina le dice: Lolo [...] saves que yo no voy a ver a mamá y mañana cuando lleguen hella que ciempre tiene la alacena llena

28 Así se las llamaba; cfr. Decoud (1925: 193).

de chipa biscochuelos y roesquetas Uds. comeran, acuerdecen de mi yo que tanto quiero comer, adios nos dijo y se acosto cerró los ojos y ce quedó dormida pero para ciempre, cuando Lolo ce acerco y la alzo ya estava muerta, yo hera una chica pero tenia un corazon viejo, pues viendola muerta a la ultima hermana desde el dia siguiente ya no pude mover hamanci toda inchada (ibidem: 18).

La esclava y la única sobreviviente de las tres hijas encontraron a la madre en el campo de Espadín. Aquí, la situación era desesperante, aunque Silvia parece no haberlo sentido por la felicidad de volver a estar junto a su madre. Un bosque en el que crecían naranjas agrias se había agotado pronto, de manera que las mujeres procedieron a sacrificar los últimos caballos y mulas, y finalmente algunas se alimentaron de sapos, lagartos, víboras y animales similares, mientras el resto intentaba cocinar una sopa mas o menos comible con pedazos de cocotero, restos de cuero y algunas plantas.<sup>29</sup> Un cierto alivio trajeron los indios que llegaron un día al campamento. Quienes todavía poseían joyas, ropas, dinero u otras mercaderías las trocaban por víveres y carne. La madre de Silvia tenía todavía joyas y otras cosas con las cuales se podían adquirir víveres y logró curar a la niña.<sup>30</sup>

Más tarde, junto con un grupo de mujeres “destinadas”, Silvia y su madre intentaron fugarse con la ayuda de los indios, pero no todo el

29 Cfr. los recuerdos de tres mujeres ancianas a quienes un siglo después de la guerra se les preguntó acerca de sus vivencias. Si las declaraciones de sus edades son correctas, tenían en aquel entonces más o menos la misma edad que Silvia. Ellas recordaban principalmente que se intentaba preparar platos de comida a base de todas las plantas que uno se pueda imaginar. Las tres mujeres entrevistadas narraron incluso que se prestaban mutuamente los huesos que debían dar un poco de gusto a sus sopas. En medida creciente, también las pieles de los vacunos y los cueros se destinaban a este fin. Entrevistas a Claudia Samudio, de alrededor de 115 años, María Concepción Candado, de alrededor de 109 años, y Benita González, de alrededor de 117 años, en *La Tribuna*, 1.3.1970.

30 Con respecto al arribo de las primeras mujeres fugitivas el 14 de diciembre, el *Diario do Exercito* del Visconde de Taunay relata lo siguiente: “Chegaram a Curuguaty 80 e tantas mulheres e crianças escapadas do terrível desterro de Espadim, junto á inhospita margem do Igatey. Entre ellas se notam pessoas das primeiras familias de Assumpço, taes como as senhoras Cespedes de Cespedes, Urdapilleta [...], todas vestidas de modo a demonstrar uma passada representação social e presente e extrema desgarcha. Nos dedos de algumas ainda brilham anneis de diamantes, restos de bens que desapareceram ás mãos de Lopez e ultimamente nas dos indios Caiguás que lhes vendiam por preço despropositado os mais singulares alimentos, por exemplo: sapos e rás a 2 e 3 patacoes, caesinhos a 50 e afinal asnos magros e feridos a 1.000” (Taunay 1926: 138s.)

grupo logró pasar al lado de los aliados. Silvia, su madre y otras fueron interceptadas por los soldados de López, quienes las forzaron a permanecer junto al resto del ejército. Apparently Silvia pasaba a veces a donde estaban las tropas y el “gobierno”, tal vez en busca de comida. En una de estas ocasiones encontró allí a la compañera del Presidente, Elisa Lynch, que le comentó que al día siguiente, con ocasión del año nuevo de 1870, podía pedir perdón en nombre de su hijo Pancho:

Pero llevo el día siguiente después del Tedeum salía el Mariscal. [...] y a la primera que le tocaba hablar fue a mí y en mi pobre cabeza, lo que pude arreglar del discurso aquel que me enseñaron que ya no recordaba nada y salí dándole el título de vice presidente, quiere Ud. perdonar a mi mamá y a mí, este pedido mío le causó mucha gracia y como volviera a insistirle me contestó que si hija Ud. y su mamá quedan perdonadas, ya después me examinaba que falta yo había tenido pero como cabeza de chica todo se me pasó, para la tarde lo que más saqué fue de aquel perdón un gran indigestión porque después del perdón nos dio una comida a medio día, cuando llegué al caer la tarde y le conté a mi mamá me dijo a mí porque le has ido a contar que yo vivía y lo mismo dijo la señora que me lleva (Quevedo/Peña Villamil 1987: 19s.).

Pero ya no era tiempo para perdones ni represalias nuevas. Pocos días después, López tuvo que trasladar su campamento más al norte, y Silvia y su madre se escondieron en los montes para salir después hacia el sur. Según las memorias de Silvia, marcharon otra vez unos 17 días, caminando día y noche, hasta dar con soldados aliados en San Pedro. El cuadro era espantoso: pueblos completamente abandonados en los que se arrastraba lentamente una población enflaquecida hasta el esqueleto, compuesta sólo de mujeres y niños. Un general brasileño recuerda:

A cada passo, nessas marchas tetricas dos ultimos tempos da guerra terrivel, encontramos nas voltas do caminho, na lama das estradas, nas margens dos riachos ou nas alpondras cobertas de musgo dos seus leitos marulhosos, refrescando os pés doridos nas aguas frias, na ouréla sombria da malha ou no meio do areial que abrasava, mulheres magras e macilentas, com os traços da beleza quase apagados, cobertas de andrajos, ás vezes de sêda, com arrecadas de oiro sinzelado incrustados de cysolithas nas orelhas pallidas[!], extendendo-nos supplicantes as mãos descarnadas cheias, não raro, de anneis com muitas voltas, implorando esmola dum punhado de farinha ou dum pedaço de carne para lhes matar a fome.

Mais alem, criancinhas esqueleticas sugando sem força os seios murchos e seccos das mais agonizantes. Diante meninos nús amarellos, barri-

gudos, com as costellinhas á mostra, olhando-nos espantados. Transidos de terror ou sorrindo-nos medrosos a nós, que perseguíamos nessas marchas de tormentos, seus pais, seus avós, e seus irmãos.<sup>31</sup>

### 2.3 *La posguerra*

Con el fin de la guerra los problemas no terminaron, ni para los adultos ni para los niños. De regreso a Asunción, muchas familias encontraron sus casas saqueadas u ocupadas por soldados aliados. Familias de la antigua élite tenían que dormir en los pasillos de sus casas o bajo las copas de los árboles. Las calles estaban llenas de mujeres sobrevivientes con criaturas famélicas en los brazos pidiendo limosna, madres que buscaban a sus niños extraviados durante la guerra y niños en busca de algún familiar que hubiera sobrevivido. La convivencia pública entre las paraguayas y los soldados tampoco era siempre pacífica y decente y, junto a la miseria y la brutalidad, los niños presenciaban violaciones por parte de los soldados de las fuerzas de ocupación. Los traumas de la guerra, la persecución política, la hambruna y el agotamiento eran tantos, que mucha gente padecía trastornos psíquicos y ni se acordaba de su pueblo de origen.<sup>32</sup> El país estaba en ruinas, tanto política como económicamente. Había perdido más de la mitad de la población, sobre todo sus hombres y jóvenes adultos, y los que sobrevivieron estaban en malas condiciones de salud física y mental. “Después de estar ya en Asunción empezó el vía crucis de nosotras mi madre y yo. Cuánto trabajo he dado yo para vivirle a mi Santa Madre”, escribió Silvia (Quevedo/Peña Villamil 1987: 21). Su salud era tan mala que su madre se separó otra vez de ella, mandándola a Buenos Aires a vivir con unos parientes, pero la jovencita no aguantaba el clima frío de esta región —o tal vez otra separación de su madre—. Volvió a Asunción y poco a poco se recuperó de las consecuencias de los años de malnutrición y fatiga, y superó los traumas mentales.

Muchos autores han deducido de esta situación de la posguerra, sobre todo del desequilibrio demográfico de los sexos, cambios profundos en las relaciones de género. La vida económicamente activa e independiente de las mujeres, así como la supuesta “holgazanería” de los hombres serían, entre otros, efectos de este desequilibrio poblacio-

31 Cerqueira (1910: 343s.). Cfr. también 331s. y Barroso (1928: 181-185).

32 Decoud (1925: 76-83 y 249-255); Potthast (1996: 297-311).

nal.<sup>33</sup> No obstante, estos autores ignoran que tales estructuras familiares y la división del trabajo agrícola entre los géneros tienen una tradición cultural muy larga y datan de mucho antes de la guerra.<sup>34</sup> Esta observación no significa que el predominio demográfico femenino y el hecho de que muchos jóvenes se hicieran adultos prematuramente y que niños de diez o doce años hayan peleado en una guerra cruel y presenciado violaciones de mujeres, tal vez incluso de sus madres, no haya influido en las relaciones de género, pero nos faltan datos para analizar esa posible influencia con más precisión y detalle.

### 3. A modo de conclusión

Hoy en día generalmente se ve a los niños soldados como las víctimas más sufridas, símbolo mismo de la perversión de las guerras. Llamam mucho más la atención de los medios de comunicación y del público mundial que aquellos niños que sufren las consecuencias directas e indirectas de la guerra. En un artículo reciente (Peterson/Read 2002) sobre la presencia de niños en las guerras centroamericanas de finales del siglo XX, los autores llaman la atención sobre esta lectura victimizadora de los niños, preguntando hasta qué punto éstos no tienen quizás una visión propia de las causas de la violencia y la guerra, y por ende no deberían ser considerados solamente como víctimas inocentes, sino también como actores conscientes en estas luchas. La representación de la infancia como una fase de la vida lejos de los problemas del mundo adulto, plena de alegría y dulzura, resulta ser una noción relativamente reciente y parcial, probablemente válida sólo para ciertas sociedades y clases. Los niños pobres llevan una vida cotidiana de privaciones y, no pocas veces, de agresiones y violencia. Además, la temprana inserción en el mundo del trabajo o en el cuidado de animales y hermanos menores les da cierto sentido de responsabilidad y pertenencia a una comunidad. Estas circunstancias, por supuesto, no pueden ni quieren ser ninguna justificación para las atrocidades cometidas contra la población civil y los menores en situaciones de guerra, pero la visión de los niños y jóvenes combatientes como meras víctimas, forzadas a participar en algo completamente ajeno, tampoco parece adecuada.

---

33 Raine (1956: 17); Rusch (1929: 14s.). Cfr. Potthast (1996: 309-318 y 330-338).

34 Véanse Potthast (1996; 1998; 2003a; 2003b).

¿Es posible que los niños soldados paraguayos hayan luchado en Acosta Ñu por patriotismo y convicción, como insinúan los comentarios de McMahon y de algunos historiadores posteriores? El hecho de que los niños y jóvenes participaban en todas las actividades, ya fueran civiles o militares, ha quedado patente. Lo que no es fácil de determinar es el grado de comprensión política que tenían los niños y jóvenes mismos. En las memorias de Silvia Cordal se ve que incluso entre niñas de la clase popular se hablaba de temas políticos como la supuesta conjura contra López. Silvia, con sus seis o siete años, pedía perdón para ella y su madre al presidente. Es decir: hasta los niños tenían alguna noción de la situación política.

Más difícil es la cuestión de los niños soldados. Por un lado, no tenían opción, ya que eran reclutados por la fuerza, pero por otro abundan los testimonios, no solamente de parte de ciertos nacionalistas paraguayos, sobre su valor en las batallas.<sup>35</sup> Tal vez algunos luchaban realmente con la idea de tener que defender su patria. Habían crecido en un clima de nacionalismo muy marcado por la propaganda de guerra y la censura política, y no conocían otro discurso. Si sus padres (o mejor dicho sus madres) eran de otra opinión, se cuidaban de hablar de eso incluso en el ámbito familiar. Además, en la última fase de la guerra, los jóvenes y niños varones ya no estaban con sus familias sino con sus compañeros y oficiales. Clases enteras de alumnos de 12 a 14 años habían pasado a formar batallones de infantería, comandados ahora por su antiguo maestro (Cardozo 1967-1982: XII, p. 297). En ese ambiente, la presión del grupo para destacarse por patriotismo y valentía seguramente era muy grande. Incluso los hijos de los “traidores” pedían pelear y matar por la patria (Decoud 1925: 193).

Reclutar niños y jóvenes adolescentes seguramente es un acto inhumano y un crimen que ni el mayor patriotismo o nacionalismo puede exculpar, pero para entender fenómenos como los que marcaron la Guerra del Paraguay hay que ver también que los niños que la vivieron habían crecido en este ambiente y muchos habían madurado precozmente. Tenían una visión formada durante los años de guerra y moldeada por la propaganda. Así no eran sólo víctimas de la guerra sino además víctimas de un discurso nacionalista que no es exclusi-

---

35 Cardozo (1967-1982: XII, p. 120); McMahon (1985a [1869]: 306); Cerqueira (1910: ca. p. 340).

vo del Paraguay ni del siglo XIX y XX, sino que persiste en la actualidad y sigue produciendo víctimas, tanto adultos como adolescentes y niños.

### Bibliografía

- Barroso, Gustavo (1928): *A guerra do López; cantos e episódios da campanha do Paraguai*. São Paulo: Companhia Editora Nacional.
- Cardozo, Efraim (1967-1982): *Hace 100 años. Crónicas de la Guerra de 1864-1870*. Asunción: Ediciones EMASA, 13 vols.
- (1987): *Paraguay independiente*. Asunción: Carlos Schaumann Editor.
- Centurión, Juan Crisostomo (1987): *Memorias o Reminiscencias históricas sobre la Guerra del Paraguay*. Asunción: El Lector, 4 vols. [Primera Edición: Editorial Guaranía, 1944-1945].
- Cerqueira, Dionisio de (1910): *Reminiscencias da campanha do Paraguay. 1865-1870*. Rio de Janeiro: F. Briguiet & Cia.
- Chiavenato, Julio José (1989): *Genocidio americano. La guerra del Paraguay*. Asunción: Carlos Schaumann Editor.
- Cuarterolo, Miguel Ángel (2000): *Soldados de la memoria. Imágenes y hombres de la Guerra del Paraguay*. Buenos Aires: Editorial Planeta Argentina.
- Davis, Arthur H. (ed.) (1985): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor.
- Decoud, Hector Francisco (1925): *Sobre los escombros de la guerra. Una década de la vida nacional, 1869-1880*. Asunción: Talleres nacionales de H. Kraus.
- Doratioto, Francisco (2002): *Maldita guerra. Nova historia da Guerra do Paraguai*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Forgues, M. L. (1874): "Le Paraguay. Fragments de journal et de correspondances, 1872-1873". En: *Le Tour du Monde: Nouveau Journal des Voyages*, 27, 701-703, pp. 369-416.
- González Torres, Dionisio (1968): *Aspectos sanitarios de la guerra contra la Triple Alianza*. Asunción: s.e.
- Masterman, George Frederick (1870): *Siete años de aventuras en el Paraguay*, Buenos Aires: Imprenta Americana.
- McMahon, Martin ([1869] 1985a): "Testimonio de McMahon ante el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso de los Estados Unidos". En: Davis, Arthur H. (ed.) (1985): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor, pp. 261-331.
- ([1869] 1985b): "El Paraguay y sus enemigos". En: Davis, Arthur H. (ed.): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor, pp. 335-360. [Publicación original en: *Harper's New Monthly Magazin*. New York, 1869].



- ([1870] 1985c): “La Guerra en el Paraguay. En: Davis, Arthur H. (ed.): *Martin T. McMahon. Diplomático en el estridor de las armas*. Asunción: Editora Litorcolor, pp. 363-431. [Publicación original en: *Harper’s New Monthly Magazin*. New York, 1870].
- Peterson, Anna L./Read, Kay A. (2002): “Victims, Heroes, Enemies: Children in Central American Wars”. En: Hecht, Tobias (ed.): *Minor Omissions. Children in Latin American History and Society*. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 242-250.
- Pothast, Barbara (1996): *¿“Paraíso de Mahoma” o “País de las mujeres”? El rol de la familia en la sociedad paraguaya del siglo XIX*. Asunción: Instituto Cultural Paraguayo Alemán.
- (1998): “Hogares dirigidos por mujeres e hijos naturales. Familia y estructuras domésticas en el Paraguay del siglo XIX”. En: Cicerchia, Ricardo (ed.): *Formas familiares, procesos históricos y cambio social en América Latina*. Quito: Ediciones Abya-Yala, pp. 131-148.
- (2001): “Residentas, destinadas y otras heroínas. El nacionalismo paraguayo y el rol de las mujeres en la guerra de la Triple Alianza”. En: Pothast, Barbara/Scarzanella, Eugenia (eds.): *Las mujeres y las naciones. Problemas de inclusión y exclusión*. Frankfurt/Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana, pp. 77-92.
- (2003a): “Amancebamiento y matrimonio en el Paraguay (siglo XIX)”. En: O’Phelan Godoy, Scarlett et al. (eds.): *Familia y vida cotidiana en América Latina, siglos XVIII-XX*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, pp. 355-378.
- (2003b): “Entre lo visible y lo pintoresco: Las mujeres paraguayas en la economía campesina (siglo XIX)”. En: *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 40, pp. 203-220.
- (en prensa): “Protagonists, Victims, and Heroes. Paraguayan Women during the Great War”. En: Kraay, Hendrik/Whigham, Thomas L. (eds.): *I die with my country: Perspectives on the Paraguayan War*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Quevedo, Roberto/Peña Villamil, Manuel (eds.) (1987): *Silvia*. Asunción: Criterio-Ediciones.
- Raine, Philipp (1956): *Paraguay*. New Brunswick: Scarecrow Press.
- Rivarola, Milda (ed.) (1988): *La polémica francesa sobre la Guerra Grande: Eliseo Reclus: La Guerra del Paraguay, Laurent-Cochelet: Correspondencia consular*. Asunción: Editorial Histórica.
- Rodríguez Alcalá, Guido (ed.) (1991): *Residentas, destinadas y traidoras*. Asunción: RP Ediciones-Criterio.
- (s.a.): “Temas del Revisionismo”. Manuscrito.
- Rusch, Johann Baptist (1929): *Die Paraguayer*. Rapperswil: H. Gasser & Sohn.
- Taunay, Visconde de (Escragnolle, Alfredo d’) (1926): *De Campo Grande a Aquidaban: Diário do Exército*. São Paulo: Melhoramentos, 2 vols.
- Thompson, George (1910-1911): *La guerra del Paraguay. Acompañada de un bosquejo histórico del país y con notas sobre la ingeniería militar de la guerra*. (Traducida por Diego Lewis y Angel Estrada.) Segunda edición, profusamente ilustrada y enriquecida con nuevas notas por José Arturo Scotto. Buenos Aires:

L. H. Rosso/Juan Palumbo, 2 vols. [Primera edición: Buenos Aires: Imprenta Americana, 1869].

Versen, Max von (1872): *Reisen in Amerika und der Südamerikanische Krieg*. Breslau: Max Mälzer's Hofbuchhandlung.

Washburn, Charles A. (1871): *The History of Paraguay. With Notes of Personal Observation and Reminiscences of Diplomacy and Difficulties*. Boston/Buenos Aires: Lee and Shepard, 2 vols.

**Carmen Ramos Escandón**

**Entre la ley y el cariño. Normatividad jurídica  
y disputas familiares sobre la patria potestad  
en México (1873-1896)**

El proceso de construcción de diferencias genéricas entre hombres y mujeres ha sido descrito como un proceso en el que los espacios de poder desigual se construyen a través de los discursos teóricos, normativos o prescriptivos. En especial el lenguaje y sobre todo la ley adquieren una fuerza específica en la normatividad de las instituciones y de las relaciones sociales. En este sentido, el Estado y la Iglesia son dos instituciones fuertemente implicadas en ese proceso de construcción de espacios de poder con tamaño diferente. Esos espacios diversos se modifican con relación a la edad y al género.

Este ensayo rastrea los cambios que la legislación liberal mexicana introdujo en la distribución del poder familiar entre las dos generaciones claves de la vida familiar, padres e hijos, a través de las modificaciones a la institución de la patria potestad. Para ello comparo en la primera parte del artículo las modificaciones que se llevaron a cabo en la legislación familiar liberal con relación a la sociedad colonial y más adelante ilustro la cuestión de las formas de impartición de justicia a través del análisis de casos específicos de disputas sobre patria potestad tomados del Archivo Histórico del Supremo Tribunal de Justicia de Guadalajara entre 1873 y 1896.

Si, de acuerdo con Michelle Perrot, el siglo XIX fue el siglo de oro de lo privado, también fue el momento en que sólo el conflicto familiar provocó la clara intervención del Estado en el espacio más privado de los espacios privados: el de la familia (Perrot 2001: 13). En efecto, la redistribución de los espacios del trabajo y la familia (Fraisse/Perrot 2000: 23), y la reglamentación de las relaciones familiares por parte del Estado fueron prioritarias para los Códigos Civiles que el Estado mexicano estableció y promulgó en el último tercio del siglo XIX,

cuando se consolidó el grupo liberal en el poder.<sup>1</sup> Procesos paralelos se llevaron a cabo en otros países latinoamericanos.<sup>2</sup>

En el caso mexicano, la forma de impartir la justicia y la resolución de conflictos familiares operó entre 1821 y 1870 de manera empírica de acuerdo a los mismos criterios por los que se había regido durante la administración colonial. En efecto, la falta de una estructura legal coherente y específica para normar los derechos y atribuciones de los varios miembros de la familia en las relaciones familiares, es decir de una legislación civil republicana, obligaba a los jueces a repetir prácticamente al pie de la letra las especificaciones legales de la Colonia. Por ello puede decirse que las relaciones de poder en la organización familiar no variaron sustancialmente con la primera organización republicana (1821-1862). Sin embargo, a mediados del siglo XIX, cuando la polémica entre el Estado emergente y la Iglesia Católica se agudizó hasta llegar a un conflicto armado, conocido en la historia mexicana como la Guerra de Reforma (1858-1861), volvió a retomarse la discusión sobre la forma de la organización familiar y se implementaron variantes en la legislación civil.

Fue en este momento cuando se dio claramente la confrontación entre ambas instituciones, Estado e Iglesia, por prevalecer hegemoníicamente el uno sobre la otra. El Estado reordenó la legislación civil y, al hacerlo, redefinió las relaciones de poder entre los diferentes miem-

---

1 El estudio clásico sobre el liberalismo mexicano es del Reyes Heróles (1957-1961). Una visión más actual se encuentra en Hale (1994) y Annino (2000).

2 Sobre la importancia del Estado en la formación de los esquemas de conductas de género en el siglo XIX latinoamericano se ha dicho que fue particularmente importante por permitir la injerencia paterna en la elección de pareja de los hijos (Dore 2000: 13-17). Similares conclusiones se han señalado en estudios específicos para diversos países latinoamericanos. En Costa Rica aparece una continuidad general con la Colonia y sólo se introdujeron pequeños cambios en la legislación matrimonial en el Código de 1841 (Rodríguez 2000: 103-104). En Perú existe una clara influencia de la legislación española en el Código Civil de 1852 (Hunefeldt 2000: 224). En Colombia, la influencia de Andrés Bello y del Código Civil chileno de 1855 ha sido subrayada como crucial para la legislación de este país, la cual a pesar de haber implementado medidas como el divorcio vincular y el matrimonio civil, no mejoró la situación de las mujeres casadas (Velásquez Toro 1995: 180; Dueñas Vargas 2001: 1, 6 y 13). En Brasil, fue en el Código Civil de 1916 donde se definió al varón como el jefe legal de la organización familiar (Besse 1996: 10). Como anoto yo aquí para el caso mexicano, en Perú se ha señalado la importancia del lento proceso de erosión del poder de la Iglesia (Espinoza 1999: 216).

bros de la familia. Puede decirse que fue el enfrentamiento entre Iglesia y Estado lo que provocó la reorganización familiar que se regimientó en el *Proyecto de Código Civil* preparado en 1861 por Justo Sierra O'Reilly por indicación específica del presidente Benito Juárez. Ese proyecto no se implementó, pero en 1870 se promulgó el primer *Código Civil del Distrito Federal y Territorio de Baja California*, siguiendo las pautas de Sierra.<sup>3</sup> La mayor parte de los estados, entre ellos Jalisco, adoptaron este mismo código, que fue aprobado por sus propias legislaturas sin modificación.<sup>4</sup> En 1884 se promulgó una versión renovada, que estuvo vigente hasta 1915.<sup>5</sup>

La injerencia estatal en la organización familiar denota lo que, a mi juicio, constituye un intento del Estado liberal por tomar el control y legitimar su poder frente a la sociedad civil. Se trata de un Estado emergente, en pleno proceso de organización, necesitado de legitimar sus derechos, celoso por establecer sus espacios de acción e implementación legal. Como contraparte del proceso debe señalarse que la Iglesia fue perdiendo, a lo largo de las luchas civiles de la primera parte del siglo, el espacio inmutable que el concordato y la estabilidad colonial le habían garantizado. No olvidemos que estamos frente al surgimiento de un Estado laico, necesitado de una nueva fuente de legitimación. La fuente de legitimidad de esa nueva legislación será la propia capacidad estatal para imponerla, la misma efectividad con que el Estado pueda aplicar la ley y hacerla obedecer.

---

3 *Código Civil del Distrito Federal y Territorio de Baja California*, México D.F., 1870 (citado en adelante como Código Civil de 1870). La comisión que lo redactó estuvo formada por Mariano Yáñez, José María Lafragua, Isidro A. Montiel, Rafael Dondé. La comisión del Congreso encargada de supervisar su redacción estuvo formada por José María Lozano, Guillermo Valle y Potasio P. Tagle. Estos diputados enviaron el Código al Ministro de Instrucción Pública José María Iglesias para que lo promulgase el 15 de enero de 1870. Muy cercano en su contenido al proyecto de Justo Sierra, el Código de 1870 es el documento legal más importante de la última parte del siglo XIX en México.

4 *Código Civil del Estado de Jalisco* (1875), Guadalajara: Tipografía de S. Banda (citado en adelante como Código de Jalisco de 1875). Este código fue promulgado el 19 de octubre de 1875 por el gobernador constitucional Jesús L. Camarena.

5 *Código Civil del Distrito y Territorio de Baja California*, México D.F., 1884 (citado en adelante como Código Civil de 1884). A diferencia del de 1870, este código no indica quiénes fueron sus redactores. Fue promulgado el 31 de marzo de 1884 por Joaquín Baranda, en su carácter de Ministro de Justicia, a petición del presidente Manuel González, quien ejerció la presidencia entre 1880 y 1884.

Es pues la ley, y en especial la ley civil, la que reglamenta las relaciones familiares, y por eso ella constituye un mirador privilegiado desde donde se pueden observar los dos procesos paralelos: la consolidación nacional del Estado y la forma de organización familiar nuclear con una sola línea de herencia. Se trata de una sociedad que, si bien con la abolición de los estamentos de las castas ha dejado ya de ser tradicional, no acaba tampoco de ser moderna, fluida e igualitaria.

Los criterios de jerarquización estamental de la sociedad tradicional aparecen en la legislación, que sin embargo admite ciertas modificaciones a las formas de relación social. En ese proceso de cambio y continuidad en las instituciones que revela dos proyectos sociales —el de la sociedad tradicional y el de la sociedad liberal moderna— la balanza es indecisa.

Si como establece Carole Pateman el contrato matrimonial es un contrato sexual en donde el poder contratante de uno de sus miembros, la mujer, es desigual con relación al del otro, el varón, la institución a que el matrimonio da origen, la familia, no es menos desigual en cuanto al reconocimiento de los derechos de sus miembros. Más aún, según Hobbes, en la sociedad civil el esposo tiene el dominio porque la mayoría de las repúblicas han sido erigidas por los padres y no por las madres de familia (Pateman 1988: 48).

Así pues, en el ordenamiento familiar del derecho civil prevalecen dos espacios de orientación jerárquica: el género y la edad. Ambos están, desde luego interrelacionados. La jerarquía familiar que obedece tanto a la diferencia genérica como a la de la edad se conjuga en la patria potestad. Se trata de los derechos de los padres (varones) sobre los hijos legítimos. Son pues los derechos del padre frente a los de la madre, para controlar la persona y la propiedad de los hijos.

### **1. La familia: terreno de la disputa**

La familia se convirtió así en el escenario de la batalla. Es a partir de la conceptualización de la familia, de sus funciones en la sociedad y de sus formas de organización interna, que podemos rastrear el proceso de lucha civil y de enfrentamiento ideológico de los grupos tradicionalmente catalogados en la historiografía mexicana como “conservadores”, apoyados por la Iglesia, y “liberales”, empeñados en la construcción de un Estado laico.

Aquí se intenta una perspectiva nueva: analizar la pugna Iglesia-Estado como una disputa por el control de la sociedad civil. Más aún, la diferencia de posición entre ambos grupos no es una diferencia de principios, sino una diferencia de grado. En ambos casos se trata de una injerencia en el ordenamiento y el funcionamiento del territorio que se supone es el más privado de los espacios privados: la familia. Es en la creciente injerencia estatal en los ordenamientos familiares donde se expande el poder de lo público (el Estado) frente a lo privado. La familia es, pues, el escenario donde la batalla público/privado se escenifica. La forma de organizar y establecer jerarquías en la familia resulta una pieza clave en el contexto político a pesar de que, en principio, la familia y su organización corresponden al ámbito de las relaciones privadas. Es el Estado el que establece el tono, los espacios, los alcances de las relaciones de la vida familiar. Se trata de una injerencia del poder estatal sobre la vida privada.

## 2. Legislar para controlar

En las modificaciones que el liberalismo introduce a la legislación colonial destaca, en lo que se refiere a la patria potestad, que en adelante ésta podría ser ejercida por la madre. Sin embargo, tal ejercicio estaba sometido a serias limitaciones que, de hecho, marginaron a las mujeres de su práctica.

La patria potestad es el derecho del padre a mantener y controlar a los hijos legítimos menores de edad, gerenciar sus propiedades, corregirlos y castigarlos; es una figura administrativa de la legislación civil que viene desde la Antigüedad, del derecho romano, pasa al derecho castellano, se implanta en América Latina durante la época colonial y se conserva aún en el derecho liberal republicano del siglo XIX. En un sentido amplio, puede definirse como la facultad que tiene el padre de ejercer autoridad sobre sus hijos legítimos (Escriche 1873: 1333).

La figura jurídica de la patria potestad aparece en el derecho español desde el *Fuero Juzgo*. Los ordenamientos de la patria potestad se conservaron durante toda la Edad Media, el Renacimiento y aún hasta el siglo XIX. Todavía en 1873, la legislación española establecía que la patria potestad es “la autoridad que las leyes dan al padre sobre la

persona y los bienes de sus hijos legítimos o legitimados, mas no sobre los naturales, incestuosos, adulterinos y demás”.<sup>6</sup>

Es en virtud de esta ley del padre que éste tiene la facultad de

[...] sujetar, corregir y castigar moderadamente a sus hijos, servirse de ellos, sin darles salario, pues cumple con mantenerlos y educarlos; implorar el auxilio de la autoridad pública para reducir a su poder al hijo que voluntario o forzado estuviese en poder de otro o anduviere vagando sin querer obedecerle y aun antiguamente tenía el derecho para venderlos o empeñarlos en casos de extrema necesidad (Escriche 1873: 1333).

La patria potestad es pues un privilegio exclusivo del padre, se trata de un derecho que el propio padre obtiene con la aceptación de la paternidad. La patria potestad es consustancial a la paternidad legítima. Sin embargo, mediante el reconocimiento y legitimación de los hijos no legítimos, el padre puede extender su derecho de patria potestad sobre ellos.

Si la patria potestad es una herencia directa del derecho romano, castellano y novo hispano, se conserva, sin embargo, en la legislación republicana a pesar de que en ella la jerarquización de los hijos de acuerdo a su origen no fue tan específica como en la Colonia, pues distinguía solamente entre hijos legítimos e ilegítimos. En la Colonia, en cambio, la legislación reconocía la existencia de varios tipos de hijos. Los de más alta jerarquía eran los hijos legítimos, producto de un matrimonio legítimo entre un hombre y una mujer. Existían además los hijos adulterinos, los de dañado ayuntamiento, los bastardos, producto de barraganía; los hijos nefarios, producto de incesto en línea directa; los hijos incestuosos, producto de incesto en línea transversal; los hijos sacrílegos, producto de unión con clérigos, y los hijos mancebres o hijos de prostitutas (Margadan 1991: 47).

En todos los casos el criterio para determinar el estatus del hijo, tanto en la Colonia como en la república liberal, dependía exclusivamente del padre, del reconocimiento del padre hacia el hijo, del tipo de apareamiento que el padre reconociera para aceptar la paternidad.

---

6 A diferencia de México, donde la reglamentación no es tan específica, la ley española, en la que la mexicana se inspira, establece cinco formas de constituir el ejercicio de la patria potestad: 1) por matrimonio, 2) por legitimación, 3) por juicio fenecido entre padre e hijo que litiguen y en el cual se declare la legitimidad de éste, 4) por delito del hijo contra el padre que le liberó de su poder, al cual debe restituirse en tal caso y 5) por adopción (Escriche 1876: 483).



Así pues, es el reconocimiento consciente por parte del padre de sus hijos legítimos o legitimados lo que le da acceso a la patria potestad.

A pesar de que es el padre la persona que ejerce la patria potestad, sin embargo, este derecho puede suspenderse en el caso de deportación, encarcelamiento o destierro, también por faltas morales, como el incesto —generalmente del padre hacia la hija—, o en caso de hijos varones, por el ascenso social de éstos que, al convertirse en consejeros o funcionarios públicos importantes, llegan a sobrepasar en jerarquía y autoridad a su padre, por lo que la patria potestad no tiene ya razón de ser. También se extingue la patria potestad cuando el padre abandona al hijo recién nacido (a las puertas de una iglesia, por ejemplo). Finalmente, el casamiento del hijo también pone fin a la patria potestad (Escriche 1876, vol. 3: 483).

### 3. Patria y poder: la ley del padre

Esta legislación de corte claramente patriarcalista, esta “ley del padre”, en donde el control sobre los hijos y sus propiedades regula múltiples aspectos de la relación padre e hijo/a se pone en evidencia en el proyecto de Código Civil, elaborado por Justo Sierra O’Reilly (1861).<sup>7</sup> De acuerdo con él, el padre tenía el ejercicio exclusivo de la patria potestad sobre los hijos legítimos menores de edad. Esto significa que el hijo no podía dejar voluntariamente la casa paterna sin permiso del padre.<sup>8</sup> En caso de disputa con los hijos, para corregir su conducta, el padre podía pedir la retención del hijo en establecimientos correccionales y era el único capacitado para suspenderla. Los costos de esa detención en las instituciones correspondientes corrían por cuenta del padre.<sup>9</sup> Paralelamente, el padre estaba obligado a la manutención y educación del hijo. Con más benevolencia, el Código de 1870 estipulaba que el padre debía educar al hijo convenientemente y corregirlo templada y mesuradamente, facultad que las autoridades ayudarían a ejercer “de manera prudente y moderada”.

---

7 Su título completo es *Proyecto de un Código Civil Mexicano formado por orden del Supremo Gobierno*. México D.F.: Imprenta de Vicente G. Torres (citado en adelante como Sierra 1861).

8 Sierra (1861), Cap. II, Art. 160. Similar provisión hacia el Código Civil de 1870, Libro I, Título VIII, Cap. 2, Art. 394.

9 Sierra (1861), Cap. II, Art. 162 y 164.

Los derechos de la patria potestad se limitaban únicamente cuando el padre había contraído matrimonio, o cuando el hijo ejercía algún oficio. En ese caso, el padre debía explicar al juez el porqué de su solicitud de aprehensión para el hijo.<sup>10</sup> Así pues, la persona del hijo y por supuesto de la hija estaba directamente bajo el control del padre, sobre todo porque una de las formas de cesar el ejercicio de la patria potestad era que los hijos ejercieran algún oficio y tuvieran un ingreso. Este no solía ser el caso de las mujeres, quienes en su mayoría no ejercían oficio ni trabajo asalariado alguno. De manera similar, los bienes del hijo, aunque fueran producto de su “trabajo o industria”, eran usufructuados por el padre mientras el hijo estuviera en poder o compañía de éste.<sup>11</sup> También se perdían los derechos de la patria potestad cuando el progenitor que la ejercía era condenado a “alguna pena que importe la pérdida de este derecho”.<sup>12</sup> También en caso de divorcio, el cónyuge culpable perdía la patria potestad.<sup>13</sup>

Sin embargo, la patria potestad era una institución temporal cuya vigencia cesaba ya sea por la muerte del padre o del hijo, o más comúnmente por la emancipación o la mayoría de edad del hijo o la hija.<sup>14</sup> El carácter coercitivo de la patria potestad afectaba también al padre, puesto que éste podía ser privado de su derecho a ejercerla si trataba a sus hijos con excesiva dureza o si, siendo viudo, les diere “preceptos, consejos o ejemplos corruptores”.<sup>15</sup> También podía darse el caso de que el padre fuese declarado judicialmente incapaz de ejercer la patria potestad, por condena judicial o bien por demencia.<sup>16</sup> De acuerdo con el Código de 1870, sin embargo, aun en ese caso el padre seguiría controlando el usufructo de los bienes “si por demencia han quedado suspensos del ejercicio de la patria potestad”.<sup>17</sup>

---

10 Sierra (1861), Cap. II, Art. 163.

11 Sierra (1861), Cap. II, Art. 167.

12 Código Civil de 1870, Libro I, Título VIII, Cap. III, p. 48.

13 Código Civil de 1870, Libro I, Título V, Cap. V, Art. 271, p. 35. Aunque los códigos usan la palabra “divorcio” se trata de lo que más propiamente se llama divorcio vincular, es decir que los cónyuges podían habitar separadamente pero no podían volver a contraer matrimonio.

14 Sierra (1861), Cap. III, Art. 177.

15 Sierra (1861), Cap. III, Art. 178.

16 Sierra (1861), Cap. III, Art. 179.

17 Código Civil de 1870, Libro I, Título VIII, Cap. III, Art. 419, p. 49.

Así, en el caso de que el padre perdiese la patria potestad o falleciese, la madre sucedería “al padre en la patria potestad con todos sus derechos y obligaciones”.<sup>18</sup> Este aspecto se subrayó en la época como una novedad que favorecía los derechos de las mujeres.

Sin embargo, aquí es importante señalar que esta valoración no resultaba exacta, puesto que el padre, antes de morir podía “nombrar a la madre en su testamento uno o más consultores, cuyo dictamen ha de oír ésta para todos los actos que el padre determine”.<sup>19</sup> El Código de 1870 hacía una provisión similar: tanto las madres como las abuelas encargadas de la patria potestad tenían la obligación de escuchar y obedecer los dictámenes de los consultores nombrados por el padre. El Código dice: “El padre podrá nombrar en su testamento a la madre y a las abuelas en su caso uno o más consultores, cuyo dictamen *han de oír* para los actos que aquel determine expresamente”.<sup>20</sup>

Así, el padre podía, prácticamente después de muerto, controlar las acciones y las decisiones de la mujer sobre los hijos, dado que ésta tenía la obligación de seguir las indicaciones del consultor o consultores nombrados por él. Casi resulta ocioso decir que esta disposición, cuyo carácter de discriminación genérica es evidente, estaba basada en la idea de que la mujer no podía tomar decisiones por sí misma. Así, en el caso de que sus decisiones entrasen en conflicto con las de los consultores, prevalecerían estas últimas sobre las de ella. Más aún, el control sobre uno de los aspectos más importantes de la patria potestad, el control de los bienes de los hijos, quedaba suspendido si la mujer volvía a casarse, puesto que para muchas mujeres la administración de los bienes de los hijos era la única forma de sobrevivencia cuando el marido no le había dejado bienes propios.

Estas limitaciones al derecho de la mujer de ejercer la patria potestad sobre sus propios hijos legítimos se sustentaban en el derecho español que, según uno de los comentaristas más famosos de la época, constituía un mejoramiento en los derechos femeninos! En efecto, Joaquín Escriche cita a García Goyena, uno de los más importantes comentaristas del derecho español, quien a fines del siglo XIX declaraba:

---

18 Sierra (1861), Cap. III, Art. 180.

19 Sierra (1861), Cap. III, Art. 181.

20 Código Civil de 1870, Libro I, Título VIII, Cap. III, Art. 420, p. 49. El énfasis es mío.

Haciendo gozar a la madre de los derechos concedidos al padre, el legislador establece un derecho igual, una igual indemnización, donde la naturaleza había establecido una igualdad de molestias, cuidados y afección, repara con esta equitativa disposición la injusticia de muchos siglos, hace en cierto modo, entrar a la madre por primera vez en la familia y restablece en los derechos imprescindibles que tenía por la naturaleza, derechos sagrados, despreciados con demasía por las legislaciones antiguas, reconocidos y acogidos por algunas de nuestras costumbres pero aun borrados de nuestros Códigos (Escriche 1876: 484).

Es decir que a fines del siglo, tanto en España como en México hay un cambio en la legislación sobre la patria potestad que puede incluir ahora a la madre en el caso de que el padre fallezca, pero con la salvedad de que el padre puede nombrar consultores a los que la mujer debe obedecer.

El Código Civil de 1870, introduciendo una variante en la forma de distribución de poder entre padres y madres, es decir una variante en el proceso de construcción de diferencia y desequilibrio genérico entre hombres y mujeres, hace una modificación a la forma de ejercicio de la patria potestad. Reafirmando el derecho del Estado a intervenir en las cuestiones familiares, pretende tomar una posición a favor de la mujer al defender el derecho de la madre al ejercicio de la patria potestad.

En efecto, la exposición que hace la comisión redactora del Código de 1870 establece que el mismo concede a la mujer, es decir a la madre, el derecho de la patria potestad. De acuerdo con los redactores del Código, el cristianismo había rehabilitado a la mujer al concederle más derechos, pero en lo que se refería a los derechos civiles “su condición fue casi igual a la en que la dejaron los tiempos de barbarie, pudiendo asegurarse que hasta los últimos siglos fue cuando realmente comenzó la rehabilitación de la mujer”.<sup>21</sup>

Esta justificación de la reivindicación de la mujer se sostiene además con el siguiente razonamiento que implica, una vez más, la limitación de la mujer a la vida privada o la domesticidad:

[...] al tratarse de la vida domestica la mujer tiene tanta o más inteligencia que el hombre, y como en fin, el cuidado de los hijos es tanto o más eficaz, cuanto más vivo es el sentimiento, no es posible ya hoy negar a una madre el ejercicio del más sagrado de los derechos. Mas como la

---

21 Código Civil de 1870, Parte Expositiva, Título Octavo: De la Patria Potestad, p. 22.

administración de los bienes puede exigir una instrucción superior, se autoriza al padre para que pueda nombrar uno o más consultores, cuyo dictamen haya de oír la madre.<sup>22</sup>

La contradicción que encierra esta disposición es evidente, pues por una parte otorga a la madre el ejercicio de la patria potestad, pero al mismo tiempo limita esta facultad a la obligación de la mujer de oír y seguir el consejo de los consultores. Tan obvia contradicción es patente inclusive para los propios redactores del Código, quienes aceptan los “peligros” que puede ocasionar el ejercicio de la patria potestad por parte de la mujer disculpando, además, la presumida ignorancia e incapacidad femenina en la naturaleza misma de la maternidad. Es decir, los redactores del Código suponen que la capacidad maternal de la mujer la limita para el ejercicio de funciones de tipo legal. En el fondo existe un profundo prejuicio negativo sobre las capacidades de la mujer para administrar los bienes de sus hijos, pero la incapacidad en la preparación de la mujer, se supone, puede suplirse con el amor maternal. Ellos lo expresan así:

Además, estos peligros son menores si se toma en cuenta el amor maternal que es el más acendrado y tal vez el único verdadero que hay en el mundo. Ese noble sentimiento hará que la mujer siga el buen consejo; y si alguna vez obra mal, casi nunca será intencionalmente, lo cual es otra garantía de acierto.<sup>23</sup>

Es decir que el amor maternal, suplirá la falta de capacidad de la mujer en la gerencia de los asuntos de sus hijos.

La comisión redactora del Código justifica el derecho de los abuelos y sobre todo de las abuelas en el mismo sentido de la fuerza del sentimiento materno, pero además introduce un elemento nuevo: el argumento de que debe incluirse a los abuelos en el ejercicio de la patria potestad para “no introducir en los negocios domésticos a personas extrañas, sino cuando no se puede evitar”.<sup>24</sup> Así, en el proceso discursivo de la construcción del espacio doméstico, éste se presenta como inviolable, privado, exclusivamente familiar. Sin embargo, el hecho mismo de la reglamentación por parte del Estado de las especificaciones para el ejercicio de la patria potestad demuestra una inje-

---

22 *Ibídem*, p. 23.

23 *Ibídem*, p. 23.

24 *Ibídem*, p. 23.

rencia estatal en la construcción de ese espacio doméstico así como en las formas de relación entre los individuos en el espacio familiar.

La mística de la autonomía familiar y el respeto a sus derechos que esgrime la parte expositiva del Código, cae por tierra en el análisis de la reglamentación de la gerencia de los bienes de los hijos bajo la patria potestad, fortificando aquí aún más la intervención estatal en los asuntos familiares. El Código de 1870 abolió la institución del consejo de familia declarando: “La comisión cree: que el consejo de familia no está en nuestras costumbres, y que no hace falta en el actual estado de nuestra sociedad. La reunión de los parientes suele ser causa de disturbios cuando no hay este respeto aristocrático a la jerarquía doméstica”.<sup>25</sup> No deja de ser paradójico que un ordenamiento social como el liberal, supuestamente basado en la autonomía personal y el respeto a los derechos individuales, esgrima, en cambio el “respeto aristocrático a la jerarquía doméstica”.

Sea como fuere, en los ordenamientos sobre la patria potestad de este nuevo código se insiste en la conveniencia de la intervención de los funcionarios públicos, frente a la participación familiar en los asuntos de sus conflictos. La comisión cree que con las fuertes restricciones que se han puesto a la administración de los bienes de los menores y con la intervención constante del juez y del Ministerio Público pueden obtenerse las mismas ventajas que se atribuyen al consejo de familia sin necesidad de aumentar el número de personas, que tal vez sean una rémora para muchos negocios.<sup>26</sup>

El aspecto que sin embargo parecería ser el de mayor trascendencia en cuanto a la patria potestad es el que se refiere a la forma de clasificación de los bienes que los hijos pueden tener y a la forma de su gerencia, de su transmisión. En este sentido, se establece la siguiente clasificación de los bienes: 1) bienes donados por el padre, 2) bienes donados por la madre o los abuelos (no se hace diferencia entre abuelos maternos y paternos), 3) bienes donados por parientes colaterales o extraños, 4) bienes debidos al don de la fortuna, y 5) bienes que el hijo adquiere por un trabajo honesto sea cual fuere. Las primeras cuatro clases de bienes serían administrados por el padre, aunque se reconoce la propiedad de los hijos sobre ellos. El quinto tipo de bienes, el

---

<sup>25</sup> *Ibidem*, p. 23.

<sup>26</sup> *Ibidem*, pp. 23-24.

del trabajo honrado del hijo, es administrado por el propio hijo, según el razonamiento de que: “Ya es capaz de administrar quien sabe adquirir con su trabajo”.<sup>27</sup>

Así pues, el control del padre sobre los bienes del hijo potestado depende de la decisión del padre, quien reconociendo la propiedad de los bienes por parte del hijo, tiene sin embargo, el derecho de administrarlos. En los bienes que proceden de donación del padre, la propiedad corresponde al hijo, pero la administración total al padre. En cambio en los bienes producto de donación de la madre, de parientes colaterales o “de la fortuna”, la propiedad y la mitad del usufructo son del hijo, la administración y la otra mitad del usufructo, del padre. Sin embargo, la ley misma preveía la posibilidad de una modificación de esta distribución, si el padre así lo deseaba, al establecer que “podrá sin embargo ceder al hijo la administración o la mitad del usufructo que le corresponde o una y otra”.<sup>28</sup> Lo que queda claro es que en todo caso es el padre quien controla los bienes del hijo, a pesar de ser éste el propietario. Se trata pues de una modificación a la definición de propiedad privada moderna. Al imponer al propietario un porcentaje de usufructo y el derecho de administración del padre, la ley está limitando de hecho el derecho de propiedad, puesto que ésta se define como la capacidad de enajenación y control sobre las posesiones. Los hijos bajo patria potestad sufren así limitaciones a sus derechos de propiedad similares a las que pesan sobre las mujeres casadas, quienes no podían disponer de sus bienes sin autorización del marido.

#### 4. Las mujeres y la patria potestad

El otorgamiento de la patria potestad a la madre ocurre sólo en ausencia o muerte del padre, provisión que en el Código Civil de 1870 se califica como novedad a favor de la mujer. En efecto, en caso del fallecimiento del padre, interdicción o ausencia, la patria potestad recaería, en orden jerárquico, sobre la madre, el abuelo paterno, el abuelo materno, la abuela paterna, la abuela materna.<sup>29</sup> Como se ve, se resalta en primer lugar la diferencia de género y después la de edad. La

---

27 *Ibíd.*, p. 25. En esta primera parte expositiva se justifica la disposición, pero su reglamentación aparece en el Libro I, Título VIII, Cap. II, Art. 401, p. 47.

28 Código Civil de 1870, Libro I, Título VIII, Cap. II, Art. 403, p. 47.

29 Código Civil de 1870, Título VIII, Cap. I, Art. 392.

patria potestad será ejercida prioritariamente por el padre y en segundo lugar recae en la madre, pero en el caso de la generación siguiente, la de los abuelos, prevalece la filiación masculina sobre la femenina, dándose prioridad al abuelo paterno sobre el materno, y a la abuela paterna sobre la materna.

Es de hacer notar también que además de que la jerarquización está hecha claramente a favor de la línea paterna, las mujeres, ya sean madres o abuelas, están sujetas a otra limitación que se basa, una vez más, en una diferencia genérica, puesto que los consultores no existen para el caso de los varones. En efecto, son las madres y las abuelas las que están obligadas a obedecer “a uno o más consultores” cuyo dictamen “han de oír”. De lo contrario, serían privadas de sus derechos, ya que el Código establece que: “La madre o abuela que dejare de oír el dictamen del consultor o consultores, podrá ser privada, en juicio contradictorio, con audiencia del Ministerio Público, de toda autoridad y derechos sobre sus hijos o nietos”.<sup>30</sup>

Las restricciones al ejercicio de la patria potestad por parte de las mujeres no se limitan a la obligación de obedecer a los consultores, sino que el estado mismo de la mujer, en cuanto viuda, fue tomado en cuenta como una limitación para el ejercicio de la patria potestad. Ante la pregunta de si la madre viuda tenía o no derecho a ejercer la patria potestad, la respuesta fue contradictoria.

## **5. Viudez femenina y patria potestad**

En caso de muerte del padre, la facultad de la patria potestad será ejercida por la viuda, a quien se le conceden ciertos derechos sobre sus hijos, pero estos derechos están rigurosamente limitados por los intereses y las decisiones del marido al respecto. En efecto, el marido, aún fallecido, tiene injerencia en el asunto, puesto que en su testamento “podrá nombrar a la madre uno o más consultores, cuyo dictamen haya de oír ésta para todos los actos que el padre determine”.<sup>31</sup> Así pues, el marido tiene la posibilidad de limitar los derechos de patria potestad de su viuda designando uno o varios consultores, varones, a quien ella tiene la obligación de escuchar y por supuesto de obedecer.

---

30 Código Civil de 1870, Título VIII, Cap. III, Art. 423, p. 49.

31 Sierra (1861), Título VI, Cap. I, Art. 181, p. 46.



En efecto, si la viuda no siguiese las recomendaciones de los consultores sería privada de sus derechos.

El artículo del proyecto de Justo Sierra es muy claro al respecto: “La madre que maliciosamente dejare de oír el dictamen del consultor o consultores, podrá ser privada de toda su autoridad y derechos sobre sus hijos, a instancia de aquellos”.<sup>32</sup> Esta disposición se conservó en forma muy parecida en el Código Civil de 1870 al establecerse: “Si la viuda no da aviso al juez o no observa las medidas dictadas por él, podrán los interesados negarle los alimentos, cuando tenga bienes”.<sup>33</sup> El Código de Jalisco de 1875 establece idéntica provisión.<sup>34</sup> Es decir que en caso de conflicto, los consultores pueden imponer su voluntad sobre la de la viuda, con lo cual existe la posibilidad, reconocida por la ley, de que ésta se vea privada de los derechos que pueda tener sobre la patria potestad y la propiedad de sus hijos.

El Código Civil de 1884 es aún más explícito a este respecto al declarar que:

madre o abuela que dejare de oír el dictamen del consultor o consultores, podrá ser privada, en juicio contradictorio, con audiencia del Ministerio Público, de toda su autoridad y derechos sobre sus hijos y nietos, a instancia de aquellos, pero el acto ejercido no se anulará por ese solo motivo.<sup>35</sup>

Así pues, la intervención estatal está claramente establecida en la persona del Ministerio Público. Es un funcionario designado por el Estado quien impone la limitación para la mujer del ejercicio de la patria potestad en caso de no oír ésta a los consultores designados por el marido. Marido, consultores y Ministerio Público, todos varones, deciden por la mujer.

También en cuanto a la voluntad de la viuda, el Código de 1870 es más específico que el proyecto de Sierra, al establecer que la viuda (madre o abuela) puede renunciar a su derecho a la patria potestad o a su ejercicio. En dicho caso, se proveerá un tutor al menor conforme a derecho. Así pues, si bien en los códigos se contempla el derecho de la viuda a renunciar a la patria potestad, los intereses de los consultores pueden prevalecer por encima de la voluntad personal de la viuda.

---

32 Sierra (1861), Título VII, Cap. 1, Art. 182, p. 46.

33 Código Civil de 1870, Libro IV, Título V, Cap. I, Art. 390, p. 341.

34 Código de Jalisco de 1875, Título V, Cap. I, Art. 390, p. 741.

35 Código Civil de 1884, Título VIII, Cap. II, Art. 393, p. 49.

Ahora bien, la autoridad de la viuda sobre la patria potestad no es definitiva, sino que está condicionada al estado de viudez mismo: la viuda que contraiga matrimonio, perderá, por esa sola razón, la patria potestad de sus hijos del primer matrimonio. Los tres códigos de la segunda mitad del siglo XIX mexicano coinciden a este respecto, pero con tonos diferentes. El proyecto de Sierra establece que: “La madre viuda que dé a luz un hijo ilegítimo pierde los derechos que le concede el artículo 180”,<sup>36</sup> es decir, de patria potestad. La misma especificación se expresa en el Código de 1870, aunque allí extendida a “la madre o abuela viuda”, es decir que la nueva maternidad cancela el derecho a la patria potestad. El Código de Jalisco de 1875 anula el derecho de la madre o la abuela a la patria potestad tanto por el nacimiento de un hijo ilegítimo como por segundas nupcias y advierte que “si no hubiere persona en quien recaiga, se proveerá a la tutela conforme a la ley”.<sup>37</sup> El Código de 1884 es igualmente severo, pues cancela el derecho a la patria potestad no sólo en virtud de una nueva maternidad ilegítima, sino incluso en el caso de un nuevo apareamiento de la viuda, pues establece que: “La madre o abuela que vive en mancebía o da a luz un hijo ilegítimo, pierde los derechos que le concede el artículo 366, es decir el derecho a la Patria Potestad”.<sup>38</sup>

Así pues, el derecho mismo a la patria potestad está fincado en el mantenimiento del estado de viudez, en la detención de la vida erótica y reproductiva de la mujer. Más aún, se trata no sólo de impedir el apareamiento no sancionado o la maternidad ilegítima, sino que el énfasis en el estado de viudez queda de manifiesto por el hecho de que aun el matrimonio lícito queda establecido como condición de pérdida de la patria potestad. Es decir que para poder tener control sobre sus propios hijos y sus bienes, las mujeres debían permanecer viudas.

En este sentido hay una clara diferencia entre el proyecto de Justo Sierra de 1861, y los Códigos de 1870, 1875 y 1884. El proyecto de Sierra establece que: “La que contrajese segundas nupcias conservará todos los derechos de la patria potestad, menos la administración de los bienes, a no ser que el consejo de familia se la defiera”.<sup>39</sup> En caso de que la viuda aceptara la continuación del ejercicio de la patria po-

---

36 Sierra (1861), Título VI, Art. 183, p. 46.

37 Código de Jalisco de 1875, Título VIII, Cap. III, Art. 426 y 427, p. 96.

38. Código Civil de 1884, Título VIII, Cap. II, Art. 399, p. 50.

39 Sierra (1861), Título VII, Cap. II, Art. 184, p. 46.

testad, debería hacerlo con la anuencia de su nuevo marido y éste sería corresponsable de la administración de los bienes de la patria potestad. En este mismo documento se establece que en caso de una segunda viudez, la mujer recobraría los derechos perdidos por haber contraído segundas nupcias.<sup>40</sup>

El Código de 1870 cambia este criterio radicalmente por lo que se refiere al papel de la viuda al establecer: “La madre o abuela que pasa a segundas nupcias, pierde la patria potestad”, y además añade que “la tutela en ninguna caso podrá recaer en el segundo marido”.<sup>41</sup> Lo mismo establece el Código de Jalisco.<sup>42</sup>

Finalmente, el Código de 1884 repite casi a la letra las especificaciones del Código de 1870 tanto en lo que se refiere a las segundas nupcias como a la prohibición de que el segundo marido ejerza la tutela.<sup>43</sup> Ambos estipulan, asimismo, que en el caso de una segunda viudez, la viuda recupera su derecho al ejercicio de la patria potestad.<sup>44</sup>

Así pues, las limitaciones al derecho materno a la patria potestad son manifiestas por el hecho de que la madre no puede ejercer la patria potestad de manera autónoma, ya que el marido, es decir, el padre

[...] podrá nombrar a la madre en su testamento uno o más consultores, cuyo dictamen habrá de oír ésta para todos los actos que el padre determine. No gozará de esta facultad el padre que, al tiempo de morir, no se hallare en el ejercicio de la patria potestad, salvo si fuere por causa de locura o de ausencia, ni valdrá el nombramiento hecho en testamento anterior a la pérdida o suspensión de la patria potestad.<sup>45</sup>

Igual provisión aparece en el Código de 1870 pues establece: “El padre podrá nombrar en su testamento, a la madre y a las abuelas en su caso, uno o más consultores, cuyo dictamen habrán de oír para los actos que aquel determine expresamente”.<sup>46</sup> Finalmente el Código de 1884 hace parecida provisión al establecer que la madre o abuela pier-

---

40 Ibidem.

41 Código Civil de 1870, Título VIII, Cap. III, Art. 427 y 428, p. 49.

42 Código de Jalisco de 1875, Título VIII, Cap. III, Art. 427 y 428, p. 96.

43 Código Civil de 1884, Título VIII, Cap. III, Art. 401 y 402, p. 50.

44 Código Civil de 1870, Libro I, Cap. III, Art. 429, p. 49; Código Civil de 1884, Libro VIII, Cap. III, Art. 402, p. 50.

45 Sierra (1861), Título VII, Art. 181, p. 46.

46 Código Civil de 1870, Libro I, Título VIII, Cap. III, Art. 420.

de la patria potestad en caso de 1) vivir en mancebía, 2) dar a luz a hijo ilegítimo, y 3) si contrae segundas nupcias.<sup>47</sup>

Como se ve, la patria potestad es un derecho eminentemente masculino que favorece la ley del padre en lo que se refiere a la manutención y educación de los hijos, así como al control y gerencia de las propiedades de éstos. La mujer tiene acceso a la patria potestad sólo en casos en que la ausencia del padre la obligue a aceptarla, pero las limitaciones para su ejercicio vienen de parte de los consultores, que son nombrados por el marido. En su carácter de madre, a la mujer le corresponde el mantenimiento, educación y control de los hijos, pero en cuanto viuda, para ejercer estas funciones, debe someterse a la autoridad del marido difunto, que mediante los consultores le impone su voluntad incluso más allá de la muerte.

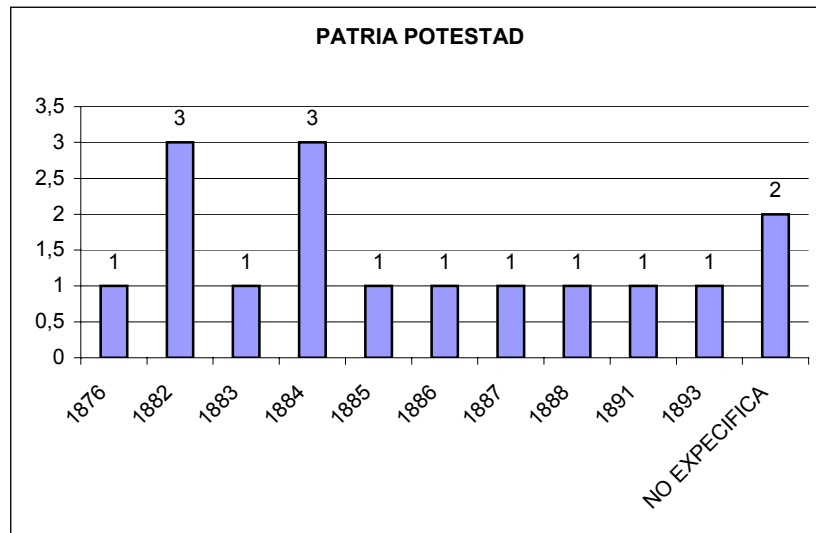
A pesar de estas limitaciones y problemas, algunas mujeres mexicanas del siglo XIX fueron hasta los tribunales civiles para pelear por el derecho al control de sus hijos. En el Archivo Histórico del Supremo Tribunal de Justicia de Guadalajara se conservan miles de expedientes en donde se registran pleitos familiares, enfrentamientos genéricos por divorcio, falta de cumplimiento de promesa matrimonial y violencia a las mujeres. Para este trabajo consulté específicamente los casos de pleitos por el control de los hijos, es decir de patria potestad.<sup>48</sup> De los más de 60 expedientes consultados, los casos de demanda por derechos de tutelas y patria potestad son aproximadamente el 6%, es decir una mínima parte. A este respecto se debe aclarar también que no hay certeza alguna de que todos los casos de dificultad sobre patria potestad hayan sido llevados hasta el tribunal, pero sin embargo destacan algunos en donde se muestra el enfrentamiento entre mujeres y maridos y, más excepcionalmente, también de mujeres con otras mujeres por el control de los hijos.

---

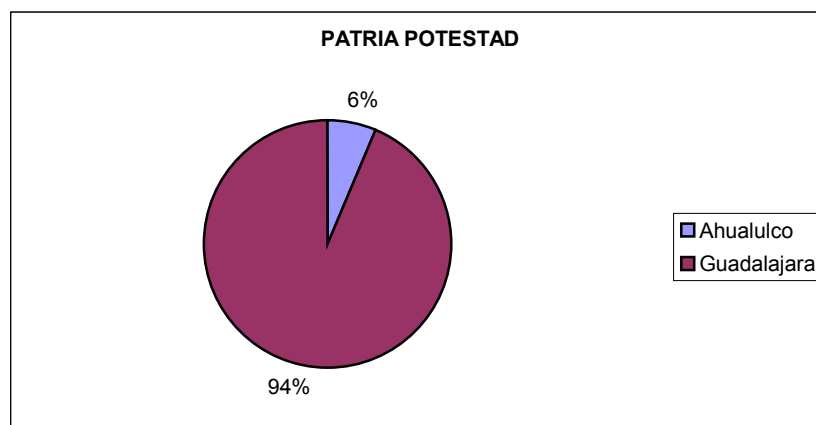
47 Código Civil de 1884, Título VIII, Art. 399 y 400, p. 50.

48 Los más de cuatro mil expedientes existentes en el Archivo Histórico del Supremo Tribunal de Justicia de Guadalajara (AHSTJG) no están ordenados cronológicamente, aunque en el expediente se señala la fecha del caso. Tampoco están clasificados ni temática ni regionalmente o en razón del tipo de conflicto. Todo ello impide elaborar una base estadística de los mismos.

**Archivo Histórico del Supremo Tribunal de Justicia, Ramo Criminal,  
1876-1893. Estadísticas de patria potestad por número de demandas**



**Archivo Histórico del Supremo Tribunal de Justicia, Ramo Criminal,  
1876-1893. Estadísticas de patria potestad por sitio de origen  
de las demandas**



## 6. Madre y suegra: dos poderes enfrentados

De los expedientes encontrados correspondientes al periodo analizado y relacionados a la patria potestad, escogí un caso específico que resulta particularmente ilustrativo por su complejidad argumental, por su duración y sobre todo porque plantea un problema poco común: el enfrentamiento entre dos mujeres. El caso ilustra una fragmentación en los intereses de género, pues las dos mujeres, pese a serlo, no coinciden en sus intereses familiares. Se explora así la compleja conflictividad familiar en razón del control de los hijos.

El caso de Francisca Gómez ilustra bien el enfrentamiento entre dos poderes femeninos: el maternal y el de la suegra apoyada por el hijo. El caso se inicia el 28 de noviembre de 1882 con la demanda de Francisca Gómez, madre de los niños María Concepción, de once años, y Salvador, de nueve años, ambos habidos en legítimo matrimonio con Miguel Gallardo, fallecido el 19 de noviembre del mismo año. En su demanda Francisca Gómez afirma:

Mis dos hijos referidos quedaron al fallecimiento de mi marido, en poder de la Sra. mi suegra doña Soledad Ojeda, quien se resiste a entregármelos, alegando para ello frívolos pretextos. Como nadie puede disputarme los derechos que tengo sobre mis hijos, una vez muerto su padre, y viendo que la Sra. Ojeda no quiere entregármelos, a pesar de las agencias que he hecho con aquel objeto, me ha colocado la negativa de aquella señora en el caso de ocurrir a la vía judicial, demandándola en toda forma, por la entrega de mis dos hijos que sin derecho alguno tiene en su poder, y al efecto, y cumpliendo con la ley reduzco mi demanda a los siguientes puntos. “La madre a falta de padre que muere sin haber testamento, es la misma persona con exclusión de cualquiera otra que tiene la tutela de sus hijos (Ley 9, Título 16, Parte 6)”.<sup>49</sup>

Así Francisca Gómez suponía que, de acuerdo a su derecho de madre, a la muerte del padre, ella tendría la tutela de sus hijos, aunque su marido los hubiese encomendado a la suegra. La enemistad entre suegra y nuera parece haber sido tan honda que Francisca pidió expresamente al juez que internase a sus hijos en el Hospicio Cabañas, pues temía que la suegra “oculte a mis hijos y aun les dé mal trato”. Francisca pidió también que fuese su suegra quien cubriese los gastos que el mantenimiento de los niños en el hospicio pudiera ocasionar. Argumentando que por ser pobre no podría costear los costos del juicio,

---

49 AHSPJG, Ramo Civil, Caja 5924, Año 1882, 37 fojas.

Francisca solicitó la declaratoria de pobreza para que se la considerase “pobre de solemnidad”. Para probar su afirmación Francisca ofreció testigos.

El administrador del Hospicio respondió el 20 de diciembre:

[...] como he tenido conocimiento de que tanto la mama como la abuela de los niños desean tener con ellos comunicación frecuente que la señora respecto de la otra quiere impedir la comunicación por no juzgarla conveniente, originándose así la falta del buen orden que debe existir en el establecimiento, suplico a Ud. [al juez] se sirva disponer el cambio del depósito para evitar que entre los niños del Hospicio se sepa el motivo que ha originado la separación de los niños de la compañía de la madre.<sup>50</sup>

A la demanda de Francisca Gómez respondió Soledad Ojeda con el argumento de que el título de su maternidad

[...] no es bastante para tenerlos en su poder, porque en vida de mi hijo Miguel, su esposo, le faltó a la fidelidad y es de costumbre relajadas. Así se le justificó ya en juicio que sobre la misma materia promovió en ese mismo juzgado contra mi referido hijo que causó ejecutoria, habiendo sido condenada hasta en los costos de él. Además, suponiendo que no hubiera sido así, de todos modos, la reclamación de el actor debe desecharse, porque mi referido hijo me nombró guardadora de aquellos niños, en el testamento que otorgó ante el escribano Ignacio F Figueroa y que protesto presentar.<sup>51</sup>

Al igual que su nuera Francisca, Soledad Ojeda también solicitó se le declarase pobre, arguyendo que no tenía para pagar los gastos del juicio.

Para principios del año siguiente, se llevó a cabo una junta conciliatoria entre las dos mujeres, la cual no resolvió nada pero inclinó a Francisca a renunciar a su derecho a visitar a sus hijos para evitar que éstos fuesen expulsados del hospicio. Sin embargo, si bien renunció a su derecho de visita, Francisca también pretendió impedir que su suegra visitara a los niños.

La suegra respondió diciendo que ya en los años de 1880 y 1881, es decir un par de años antes de que se iniciase el juicio, se había seguido otro juicio entre su hijo Miguel Gallardo y su nuera Francisca Gómez. Dicho juicio fue favorable al marido por lo que los niños quedaron en poder del hijo. La suegra Soledad Ojeda declaró también que, a pesar de que el juicio de 1880 y 1881 ya se había fallado, no se

---

50 Ibidem.

51 Ibidem.

encontraban los autos relativos, es decir la relación del juicio, y por lo mismo solicitaba más tiempo para exhibirlos. Paralelamente Soledad pidió que compareciese su nuera Francisca para que se le interrogase sobre su promoción del depósito de su hija Concepción Gallardo. Ese depósito quedó sin efecto por haberlo solicitado así su marido Miguel Gallardo. Según la suegra, en el juicio que contra su hijo Miguel Gallardo promovió su nuera para que le entregase a la niña Concepción Gallardo, hija de Miguel y Francisca, ésta había resultado ser la perdedora, a pesar de que el pleito fue patrocinado por los prominentes abogados José López Portillo y Rojas, José Villa Gordo, Mariano Coronado, Jerónimo Gutiérrez Moreno y otros.<sup>52</sup> Francisca respondió afirmativamente a las precisiones de su suegra excepto a la declaración de que la revocación del depósito de la niña fue promovida por su marido Miguel Gallardo.

Al juicio de 1882 se anexó la sentencia del juicio previo de 1881. Allí Francisca Gómez promovía la entrega de su hija por parte de su marido o la emancipación de la misma, con base a que la niña no recibía educación adecuada y que vivía con la madre de su marido, en donde vivían también otros hijos ilegítimos de éste. En ese juicio, la resolución favoreció al padre, a pesar de que su esposa Francisca había probado que Gallardo tenía una concubina con la cual había tenido dos hijos, que esa concubina tenía amistad con la madre de Gallardo, que a consecuencia de dicha amistad, los hijos ilegítimos de aquél pasaban algunos días juntos con los legítimos y que éstos andaban malamente vestidos. La madre temía que la niña fuese trasladada de la ciudad. Además la niña no asistía a la escuela. Finalmente argumentaba:

[...] yo no puedo hacer uso de los derechos que tengo como madre para exigir que mi hija vuelva a mi lado y recibiera la educación correspondiente mas ya que ni su padre ni yo podemos darle la educación que su sexo demanda deseo que se [¿integre?] en un establecimiento publico a expensas mías para cuyo fin tengo ya conseguido un lugar en el Colegio de Guadalupe de esta ciudad.<sup>53</sup>

---

52 Dado que el derecho mexicano provee de abogados de oficio, es decir designados por el propio Estado, no es sorprendente que entre los defensores de Francisca figurara José López Portillo y Rojas, más tarde gobernador del Estado de Jalisco, figura política prominente en ese momento y uno de los más interesantes escritores de literatura de la época.

53 AHSTJG, Ramo Civil, Caja 5888, Año 1880, 1 foja.



A pesar de tan sólidos argumentos esgrimidos por la madre, éstos no fueron suficientes en concepto de los jueces para privar a Gallardo de “la patria potestad que legítimamente ejerce sobre la niña Concepción”. No se concedió la emancipación porque “ninguno de los hechos expresados indica que el demandado haya apremiado física o moralmente a la niña referida para que se prostituya, ni aun podría suponerse tal hecho, atendida la corta edad de la misma niña [nueve años]”.<sup>54</sup> Más aún, aunque había dos testigos presentados por la madre que declararon que Gallardo había amenazado con crueles castigos a la niña Concepción, esta declaración fue desestimada por el juez sobre la base de que:

La ley requiere para permitir la emancipación, no simplemente que haya habido amenazas del padre para el hijo, sino que se demuestre que aquel castiga a este con demasiada crueldad. De donde resulta que aunque estimaran justificados los dos casos de amenazas de crueles castigos de Gallardo para con su hija, dando fuerza acumulativa a las declaraciones singulares de que se ha hecho mérito,<sup>55</sup> de ninguna manera sería esto bastante para decretar la emancipación.<sup>55</sup>

En lo único en que ambas mujeres estuvieron de acuerdo fue en invocar testigos que certificasen incapacidad para cubrir los gastos del juicio. Cada una llamó a dos varones que las conocían. Francisca Gómez presentó como testigos a dos comerciantes. Ambos apoyaron sus declaraciones y manifestaron no creer que ella contase con recursos suficientes para sufragar el costo del juicio.<sup>56</sup> Soledad Ojeda exhibió como testigos a un zapatero viudo, de treinta y cinco años, y a un sastre soltero de diecinueve. Todos los testigos afirmaron que las mujeres no eran ricas.

Los argumentos de la madre en defensa de sus derechos para recuperar a sus hijos incluyeron el hecho de que el padre había amenazado a la hija, y que no le proporcionaba ninguna clase de educación. Estos argumentos no fueron suficientes, pues los jueces estimaron que no había prueba de que el padre hubiese inclinado a la hija a la prostitución y sobre todo porque antes de morir había designado a su madre Soledad Ojeda como tutora de sus hijos. Por ello, la resolución del juicio favoreció a la abuela, y el argumento definitivo fue que ella

---

54 AHSTJG, Ramo Civil, Caja 5924, Año 1882, 37 fojas.

55 *Ibidem*.

56 *Ibidem*.

había sido nombrada como “tutriz y curadora” de los menores y, dado que los niños tenían tutor, la cuestión quedaba reducida, según las autoridades, a determinar el domicilio de los mismos menores o la persona con quién debían estar. Para la resolución, el juez argumentó que se atendió, en primer lugar, a lo ordenado por el testador, en este caso Miguel Gallardo, quien había designado a su madre como “tutriz” de sus hijos. Pues “por los términos en que está concebida la cláusula del testamento de Miguel Gallardo, se deduce que éste quiso que sus hijos vivieran con D. Soledad Ojeda, a quien aun facultó para designar el lugar en que aquellos debían permanecer”. Otra razón, quizás la más poderosa esgrimida en la resolución del juicio fue: “el segundo matrimonio de D. Francisca Gómez, y a lo que previenen las leyes que se ocupan de los efectos de las segundas nupcias de la madre, con relación a la tutela de los hijos y al derecho de retenerlos en su poder”.<sup>57</sup>

A pesar de esta resolución, con fecha 19 de abril de 1884, Doña Francisca Gómez apeló la sentencia del Juzgado Segundo de lo Civil declarándose, mayor de edad, “libre de matrimonio” y de esa vecindad. Es decir que para contrarrestar los efectos negativos que para ella tendría la resolución del juicio, declaró no estar casada. La documentación no permite establecer si se trataba de un matrimonio *de facto*, no legalizado o por qué motivo Francisca afirmó estar “libre de matrimonio”. En todo caso resulta claro que para Francisca era más fácil renunciar a un segundo matrimonio que a la tutela de sus hijos.

Soledad Ojeda respondió al juicio de apelación de su nuera apoyando sus derechos —una vez más— en la designación hecha por su hijo Miguel como “tutriz” de sus hijos y acusó a la nuera de infidelidad, defendiendo al mismo tiempo la honestidad de su difunto hijo y su derecho de “tutriz” concedido por él. Sin embargo, una vez más, el argumento central fue el del segundo matrimonio de la madre, aunque en su apelación se hubiese declarado “libre de matrimonio”. En efecto, el artículo 8 de la argumentación establecía que: “La madre pierde el derecho de que se trata cuando pasa a segundas nupcias, como lo ha hecho Dona Francisca Gómez, así como por igual motivo no puede

---

57 Ibidem.

ejercer la tutela legítima según lo previene la ley”.<sup>58</sup> También se condenó a Francisca a pagar los costos del juicio.

Así pues, el caso ilustra de manera perfecta el peso de la palabra del padre en la implementación y funcionamiento de la patria potestad. El derecho paterno al control de los hijos enfrenta en este caso a dos mujeres. La una, Francisca apoyada en su maternidad biológica y en los derechos que ésta le concede; la otra, la suegra Soledad, apoyada en la palabra del hijo, ya muerto, prevalece sobre la primera. Se trata pues de un caso en que la ley paterna prevalece sobre la materna. No olvidemos que Soledad es la abuela paterna y que, visto que su nuera contrajo nupcias una vez muerto su marido, este solo hecho cancela sus derechos legales basados en la maternidad biológica. El caso ilustra también la vieja práctica colonial de favorecer al padre sobre la madre. Ni la muerte de su marido pudo devolverle sus hijos a Francisca. La mujer siguió sujeta a la voluntad del marido aun cuando éste ya estaba muerto. Sobre la vida de los hijos, la palabra del padre muerto. Sobre la voluntad de la madre, el peso de la ley.

Se trata pues de un caso ilustrativo de lo que parece haber sido un proceso creciente en la época: la mayor injerencia del Estado en los conflictos familiares, la presencia de los funcionarios públicos substituyendo, con un carácter coercitivo, el viejo papel del sacerdote consejero en la Colonia. La racionalidad legal y la fuerza del Estado para implementarla substituyen a la religión como fuerza prevaleciente para normar la vida de los individuos y de sus hijos. Es el funcionario estatal y no el sacerdote quien tiene la última palabra en los enfrentamientos entre diferentes miembros de la familia. En efecto, ahora el Estado liberal se sirve del Ministerio Público y del juez, ambos funcionarios nombrados, no electos, para dirimir los conflictos familiares. La familia es el espacio privado de la vida personal, pero cuando ésta pierde los cauces de la regularidad impuesta por la costumbre, los espacios de poder de la misma están ahora reglamentados de acuerdo a los intereses de la organización estatal. El Estado liberal incluye la familia y el orden interno de la misma como su espacio de poder. Las mujeres y los jóvenes resultan sujetos a esta nueva ley del padre que el Estado representa.

---

58 AHSTJG, Ramo Civil, Caja 5942, Año 1883, 13 fojas.

### Bibliografía

- Annino, Antonio (2000): *Nuevas perspectivas para una vieja pregunta*. Torino: AHILA.
- Besse, Susan K. (1996): *Restructuring Patriarchy: The Modernization of Gender Inequality in Brazil 1914-1940*. Chapel Hill: The University of Northern Carolina Press.
- Dore, Elizabeth (2000): "One Step Forward, Two Steps Back: Gender and the State in the Long Nineteenth Century". En: Dore, Elizabeth/Molyneux, Maxine: *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*. Durham/London: Duke University Press, pp. 13-32.
- Dueñas Vargas, Guiomar (2001): "La ley del padre en la vida familiar. Colombia, siglo XIX". Ponencia presentada en el *XXIII Congreso de la Latin American Studies Association (LASA)*, Washington (09.09.2001).
- Escríche, Joaquín (1873): *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia*. Madrid: Agustín Rivera.
- (1876): *Diccionario razonado de legislación y jurisprudencia*. Madrid: Imprenta Eduardo Cuesta, 5 vols.
- Espinoza, Silvia Loli (1999): "Cien años de normas sobre las relaciones de pareja en el Perú: 1834-1934". En: Zegarra, Margarita (ed.): *Mujeres y género en la Historia del Perú*. Lima: CENDOC-Mujer, pp. 216-236.
- Fraisse, Geneviève/Perrot, Michelle (2000): "Introducción". En: Duby, Georges/Perrot, Michelle (eds.): *Historia de las mujeres*. Madrid: Taurus, vol. 4, pp. 21-27.
- Hale, Charles (1994): *La transformación del liberalismo en México*. México D.F.: Vuelta.
- Hunefeldt, Christine (2000): *Liberalism in the Bedroom. Quarreling Spouses in Nineteenth Century Lima*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Margadan, Guillermo (1991): "La familia en el derecho novohispano". En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar (ed.) *Familias novohispanas, siglos XVI al XIX*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 27-56.
- Mateos Alarcón, Manuel (1892): *Estudios sobre el Código Civil del Distrito Federal*. México D.F.: Imprenta y Encuadernación de Irineo Paz.
- Pateman, Carole (1988): *The sexual contract*. Stanford, Calif.: Stanford University Press.
- Perrot, Michelle (2001): "Introducción". En: Ariès, Philippe/Duby, Georges (eds.): *Historia de la vida privada, vol. 4: De la Revolución Francesa a la Primera Guerra Mundial*. Madrid: Taurus, pp. 11-16.
- Reyes Heróles, Jesús (1957-1961): *El Liberalismo en México*. México D.F.: UNAM/Editorial Cultura, 3 vols.
- Rodríguez, María Eugenia (2000): "Civilizing Domestic Life in the Central Valley of Costa Rica 1750-1850". En: Dore, Elizabeth/Molyneux, Maxine (eds.): *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*. Durham/London: Duke University Press, pp. 85-107.

- Sierra O'Reilly, Justo (1861): *Proyecto de un Código Civil Mexicano formado por orden del Supremo Gobierno*. México D.F.: Imprenta de Vicente G. Torres.
- Velásquez Toro, Magdala (1995): "Aspectos de la condición jurídica de las mujeres". En: Velásquez Toro, Magdala et al. (eds.): *Las mujeres en la historia de Colombia*. Santa Fe de Bogotá: Grupo Editorial Norma, Tomo I, pp. 173-182.
- Yáñez, Mariano/Lafragua, José María/Montiel, Isidro/Dondé, Rafael Duarte/Eguía Lis, Joaquín (1870): *Código Civil del Distrito Federal y Territorio de Baja California*. México D.F.: s.e.



Sandra Carreras

**“Hay que salvar en la cuna  
el porvenir de la patria en peligro...”  
Infancia y cuestión social en Argentina (1870-1920)**

Los debates del Congreso Pedagógico de 1882 y la sanción de la Ley N° 1420 de Educación Común en 1884 colocaron a los niños en el primer plano de la política argentina. La niñez fue volviéndose cada vez más objeto de control estatal y disciplinamiento social. En ese proceso, la escuela pública, situada precisamente en el ámbito de interacción entre la familia y el Estado, asumió una tarea clave en virtud del consenso que fue difundiendo acerca de su eficacia para garantizar el pasaje del pasado colonial y caudillesco hacia un horizonte de modernidad y progreso (Carli 2002: 38).

La ley de 1884 estipulaba que la escuela primaria tenía por único objeto favorecer y dirigir simultáneamente el desarrollo moral, intelectual y físico de “todo niño de seis a catorce años de edad” (art. 1). De acuerdo con el Código Civil entonces vigente, “menores” eran los individuos de ambos sexos que no hubiesen cumplido los veintidós años. El Código distinguía entre “menores impúberes”, es decir los que no habían alcanzado aún la edad de catorce años y “menores adultos”, los que tenían entre catorce y veintidós años.<sup>1</sup> Esto significa que la interferencia estatal que quedaba establecida a través de la obligatoriedad escolar reforzaba la diferenciación ya establecida dentro del grupo de los menores, pues se aplicaba exclusivamente al grupo de “menores impúberes” mayores de seis años. Por otra parte, la ley no hacía distinción de raza ni nacionalidad, fomentaba la coeducación de niñas y niños hasta los diez años de edad (art. 10) y establecía un currículo mínimo común para ambos sexos, al que se agregaban, en el caso de las mujeres, nociones de economía doméstica y labores, y para

---

1 Código Civil (1872), Libro Primero de las Personas, Sección Primera, Título IX, art. 1 y 2.

los varones, ejercicios militares sencillos y nociones de agricultura y ganadería en las áreas rurales (art. 6).

No corresponde aquí presentar una historia del sistema educativo argentino ni de analizar tampoco en detalle los efectos de la Ley de Educación. Llama sin embargo la atención que, en lugar tan prominente como el artículo 2 del capítulo primero, es decir, en la parte dedicada a definir los “principios generales sobre la enseñanza pública de las escuelas primarias”, no sólo se estableció que la instrucción primaria sería “obligatoria, gratuita, gradual”, sino que la misma debía darse “conforme a los preceptos de la higiene”. Para no dejar lugar a dudas, el artículo 13 de mismo capítulo estipulaba que en toda construcción de edificios escolares, en cuanto a su mobiliario y los útiles de enseñanza, debían consultarse “las prescripciones de la higiene”. Los legisladores de entonces instalaron así la higiene en el sitio donde un lector moderno esperaría encontrar la pedagogía, es decir, no meramente como un contenido de enseñanza entre otros, sino como su marco de referencia. ¿Cómo se explica esto?

### **1. Los niños en la mira de los higienistas**

La situación de la higiene pública era una cuestión que preocupaba a las autoridades argentinas desde hacía ya bastante tiempo. Hasta mediados del siglo XIX, los médicos diplomados eran escasos en las ciudades y brillaban por su ausencia en la campaña. Luego de la caída de Rosas (1852) se reabrió en Buenos Aires la Escuela de Medicina, que poco después adquirió la jerarquía de una facultad, impulsando la profesionalización del arte de curar. A partir de entonces, los médicos diplomados en las universidades nacionales pudieron ir asegurando su posición frente a sus competidores, a quienes comenzaron a tildar de ilegítimos, es decir, los médicos diplomados en el exterior, los adherentes a la medicina homeopática y los curanderos, probablemente mujeres en su gran mayoría (González Leandri 1999: 35-55).

La terrible experiencia de la fiebre amarilla, que azotó Buenos Aires entre 1870 y 1871 llevándose cerca de 20.000 víctimas, provocó que la cuestión de la higiene cobrara importancia en la esfera pública. En ese contexto se decidió en 1873 la creación de la Cátedra de Higiene como una área específica y la aplicación de importantes sumas provenientes de los recursos del Estado y de créditos externos a la



instalación del sistema de aguas corrientes y cloacas en la ciudad de Buenos Aires primero –tarea que en diferentes etapas y con varias interrupciones se extendió de fines de la década de 1860 hasta la primera década del siglo XX– y paulatinamente también en las demás ciudades del país (Lozano/Paitoví: 1925). En 1880 se creó el Departamento Nacional de Higiene y en 1883 la Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires, la cual tomó a su cargo organizar servicios de asistencia médica domiciliaria, asistencia hospitalaria y en asilos, asistencia en los consultorios de su casa central, y la asistencia de enfermos. En 1892 la institución adoptó el nombre de Administración Sanitaria y Asistencia Pública, y recibió mayores competencias encargándose de la administración de vacunas y de la inspección técnica de higiene.<sup>2</sup>

En el ámbito de estas instituciones desarrolló su actividad un grupo de funcionarios que elaboraron y llevaron a la práctica una serie de medidas, muchas de las cuales tuvieron a los niños entre sus principales destinatarios. Si bien los cargos directivos de estas entidades sufrieron cambios excesivamente frecuentes,<sup>3</sup> siempre estuvieron conducidas por médicos, varios de los cuales, dada la permeabilidad existente entre las distintas áreas de la administración pública de la época, pudieron ejercer influencia también en el sistema educativo.

El caso más notorio es el de Eduardo Wilde (1844-1913), quien fue designado médico de sanidad del puerto poco después de haber completado sus estudios y cumplió una labor destacada durante la epidemia de fiebre amarilla en Montserrat, una parroquia porteña densamente poblada. Durante la Guerra del Paraguay ejerció funciones de cirujano del ejército. En 1874 fue designado profesor de la Facultad de Ciencias Médicas. Paralelamente actuó como diputado en la legislatura de Buenos Aires. En dos oportunidades (1880 y 1898) fue designado presidente del Departamento Nacional de Higiene. Durante la presidencia de Julio A. Roca ocupó el Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública (1880-1885), cargo desde el cual propulsó justamente la sanción de la Ley N° 1420, entre otras. Como ministro del Interior

---

2 Sobre la creación y desempeño de la Asistencia Pública véanse Penna/Madero (1910: II, 131ss.) y González Leandri (1989).

3 Luego de largas décadas de esfuerzos por lograr la continuidad, Emilio Coni llegó a la siguiente constatación: “La Asistencia Pública [...] cuenta casi con tantos directores como años de existencia” (1918a: XIX).

(1886-1889) del gobierno de Miguel Juárez Celman siguió ocupándose de la higiene pública. En 1901 fue delegado argentino ante el Congreso Internacional Sanitario celebrado en La Habana.<sup>4</sup>

Pero también hubo especialistas que, precisamente sin abandonar su campo específico, tanto más se ocuparon de la cuestión infantil, como Emilio Coni (1854-1928), conocido como el “decano de los higienistas”. Siendo aún estudiante, Coni se había hecho cargo de la redacción de la *Revista Médico-Quirúrgica* y pronto se convirtió en el iniciador de la estadística sanitaria, para terminar dedicando su vida a la higiene pública: fue miembro de varias comisiones municipales, director de la Asistencia Pública y Administración Sanitaria de Buenos Aires, director de los trabajos de saneamiento de las ciudades de Mendoza y Córdoba, fundador de la Liga Argentina contra la Tuberculosis, propulsor de varias iniciativas de sanidad pública, autor de numerosas publicaciones y ponente en congresos científicos nacionales e internacionales (Coni 1918a; Guy 1989).

En la biografía de Coni la preocupación por la infancia ocupa un lugar especial. Ya en sus primeros trabajos destacaba la necesidad de dar orientación científica a la puericultura y, preocupado por lo que juzgaba una alta tasa de mortalidad infantil, propuso medidas para combatirla. Si bien las prédicas de Emilio Coni y otros higienistas no surtieron efectos inmediatos, el aumento de los niños abandonados en plena crisis política y económica de 1890 convenció a las autoridades de la ciudad de Buenos Aires de la necesidad de actuar. En ese año, un decreto municipal firmado Francisco P. Bollini creó una comisión especial compuesta por médicos y demógrafos<sup>5</sup> encargada de investigar la cuestión y proponer soluciones. Los considerandos del decreto, que pretendían fundamentar la necesidad de convocar esta comisión “investigadora”, no contenían sólo una declaración de principios sino también un programa de intervención, pues allí se afirmaba:

---

4 Además de sus publicaciones científicas y periodísticas, Eduardo Wilde escribió numerosas obras literarias, que gozan de reconocido prestigio. Para mayores detalles sobre su vida véase *Eduardo Wilde, 1844-1913*. Buenos Aires: Talleres Casa Jacobo Peuser (1914).

5 Como integrantes de la comisión fueron designados los doctores Manuel Podestá, Emilio Coni, José Penna, Antonio Piñero y Eugenio Ramírez, y luego se incorporaron Alberto Martínez y el director de la Oficina de Estadística Municipal, Francisco Súnico.

que uno de los más altos deberes de la autoridad municipal es contribuir dentro de su jurisdicción a que la asistencia y la protección de la infancia se organice en el municipio *de acuerdo con los principios de la ciencia moderna*; que es urgente que una ley bien meditada determine a qué autoridades corresponde asumir la tutela de la infancia abandonada en el municipio [...].<sup>6</sup>

Si bien el programa de trabajos presentado por Emilio Coni (1918a: 356-362) en la primera reunión de la comisión contenía dos apartados sobre la elaboración de las estadísticas correspondientes para determinar las causas y las dimensiones del abandono de los niños y de la mortalidad infantil, no por eso los resultados obtenidos eran muy confiables, como reconocía el informe del Dr. Martínez, quien se había hecho cargo de la Estadística Municipal en 1888.<sup>7</sup> Por otra parte, la mayor parte del plan de trabajo consistía ya en la enumeración de las medidas a adoptar, las cuales, como cabía esperar, reaparecieron resumidas en el encabezamiento del informe final publicado más de un año después. Entre ellas sobresalía el proyecto de creación del Patronato y Asistencia a la Infancia.

A ojos de los autores del proyecto, la institución debía asumir funciones muy amplias: ejercer su patronato sobre los niños pobres, enfermos, defectuosos, maltratados y moralmente abandonados; reglamentar y vigilar la lactancia de la clase pobre; investigar las condiciones de vida de los niños pobres; difundir nociones de higiene entre las familias; reglamentar el trabajo de la mujer en la industria para favorecer indirectamente a los niños; fomentar la creación de asilos de maternidad y de salas cunas; proteger la inspección higiénica y médica

---

6 Cit. según Coni (1918a: 354); el subrayado es mío. Es muy probable que el texto del decreto que designó a la comisión haya estado influenciado –si no incluso redactado– por el propio Coni, quien décadas más tarde declaró haber aceptado el cargo de director de la Administración Sanitaria y Asistencia Pública con la intención de implantar por esa vía la institución del Patronato de la Infancia (1918a: 362).

7 El informe es muy explícito al respecto: “[...] quise estudiar de cerca la influencia que en las defunciones infantiles produce la alimentación de los niños, lo mismo que el estado civil de los padres [...] Esta investigación no ha dado desgraciadamente, resultado, no sé si por imposibilidad de obtener el dato, ó por indiferencia de los empleados encargados de pedirlo. Me ocupé también de formar una estadística de la morbilidad hospitalaria, ya que no era posible confeccionar una de la privada ó particular; y también fracasó esta tentativa, por las grandes dificultades que presentaron los directores ó médicos de los hospitales, tanto oficiales como particulares” (Martínez 1892: 1s.).

de las escuelas públicas, favorecer la creación de dispensarios; reglamentar y ejercer la vigilancia sobre el trabajo de los niños; ejercer la tutela de los niños “maltratados” o en peligro “moral” (Intendencia Municipal 1892: VII-IX).

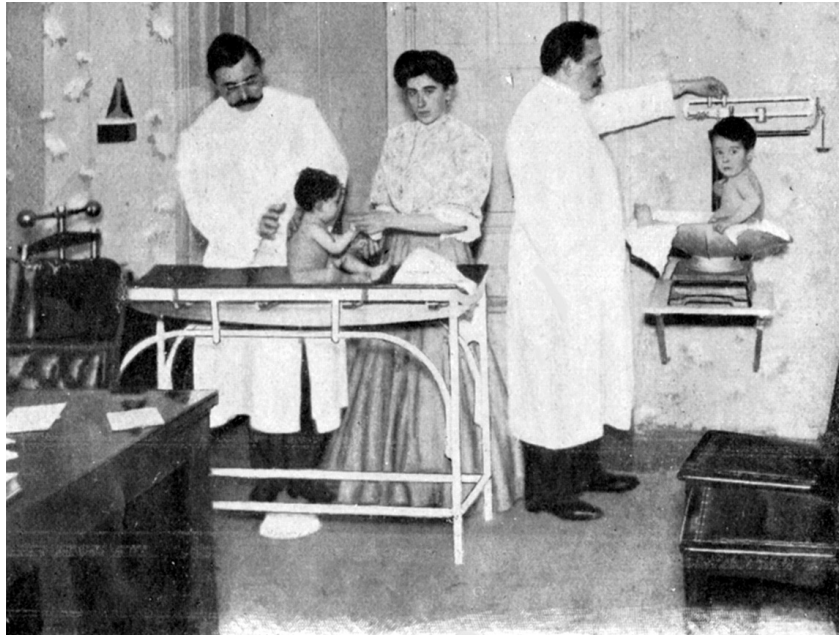
## **2. La disputa por la dirección de las instituciones de asistencia a la infancia: ¿hombres de ciencia *versus* matronas caritativas?**

En el mismo año de publicación del informe, el Patronato inició sus actividades, utilizando en parte para ello las instalaciones de la Asistencia Pública. Se abrió un dispensario para niños enfermos con consultorios externos, donde se suministraban medicamentos para niños pobres y se ponía a su disposición una sala de baños y una de gimnasia. Se organizó también un dispensario de lactantes, así como una oficina de nodrizas y un tambo modelo para la provisión de leche higiénicamente controlada. Se habilitó una exposición de higiene infantil, en la que se exhibían cunas y camas de distintos modelos, aparatos para medir el peso de los niños, biberones de diferentes formas, aparatos ortopédicos y de gimnasia, modelos de útiles y muebles escolares. Además se inició la publicación de la *Revista de Higiene Infantil*, con la intención de difundir preceptos higiénicos entre la población de manera amena (Coni 1918a: 366-371). En 1894 se instaló la primera sala-cuna para cuidar desde las 6:30 hasta las 19:00 horas a los hijos pequeños de las mujeres que debían salir de su hogar para trabajar (Meyer Arana 1911: vol. II, pp. 158-178).

El programa que había sido formulado en el informe de la comisión manifestaba la intención de los higienistas de colocar bajo su control las actividades de protección a la infancia y ampliar simultáneamente su capacidad de influencia. Pero pese a ello, en la redacción final del decreto de creación del Patronato, las autoridades municipales pusieron cuidado en subrayar que la tutela y protección de los niños abandonados no era una función exclusiva del poder público, sino que también correspondía a la filantropía y, por lo tanto, no podría ser eficaz sin la cooperación de la sociedad. Considerando que tampoco podía excluirse a la mujer de la “noble y elevada misión de amparar a los niños desvalidos”, el intendente municipal decretó que el presidente de la Comisión y director de la Asistencia Pública, Emilio Coni, solicitaría “el concurso de las señoras que, por su ilustración y posi-

ción social, est[uvieran] en condiciones de servir a los altos intereses de la institución [...]”<sup>8</sup>.

**Fig. 1: Consultorio del Dispensario de Lactantes**



*Fuente:* Penna/Madero (1910: I, p. 418).

De hecho, el Patronato no se constituyó como una institución realmente pública con un presupuesto estable. El notorio activismo de Emilio Coni, que en un principio ocupó la presidencia honoraria, no podía ocultar el hecho de que el Patronato no fue colocado bajo el control de expertos destacados por sus conocimientos científicos como él quería, sino de una comisión de caballeros provenientes de familias notables, quienes además contaban con la activa colaboración de las mujeres de su mismo grupo. Para los miembros de la Comisión Directiva:

la Sala-Cuna no podía existir sin el eficaz concurso de las damas. A la matrona argentina, tan acreedora al nombre de abnegada y caritativa, correspondía la tarea de organizarla, y de velar porque los niños encontra-

<sup>8</sup> Citado según Coni (1918a: 365s.).

ran en ellas segundas madres que los atendiesen con cariño y espíritus bondadosos [...].<sup>9</sup>

**Fig. 2: Esterilización y preparación de raciones en el Dispensario de Lactantes**



*Fuente:* Penna/Madero (1910: I, p. 425).

Esta forma de presencia femenina, organizada en una comisión auxiliar que se ocupaba sobre todo de la adquisición de fondos y de la atención de los niños pequeños pero no integraba la comisión directiva, era compatible con la concepción que ya había sido expresada en uno de los informes presentados a la Intendencia Municipal:

Numerosas son las sociedades de beneficencia servidas y atendidas por señoras distinguidas [...]. No producen todos los beneficios que legítimamente producirían por falta de organización regular, iniciativas propias y administración bien preparada e inteligente; pero no se puede pedir más á la mujer que abnegadamente lleva su concurso generoso de caridad

<sup>9</sup> Meyer Arana (1911: vol. II, p. 185). Sobre la administración del Patronato ver ibídem (vol. II, pp. 221-234) y Mead (1994: 131-134).

y perseverancia, en la tarea desinteresada de hacer el bien. Ellas no pueden estar preparadas en Buenos Aires, como lo están los hombres, para desempeñar bien las complicadas tareas de la administración a que se consagran de corazón y con verdaderos sacrificios, porque para ello se necesita algo más que se reduce á una mayor suma de instrucción. Hace falta, pues, que se organicen sociedades de beneficencia, con hombres instruidos y abnegados como directores [...] (Ramírez 1892: 163).

Sin embargo, la distribución jerárquica de los roles masculino y femenino que había adoptado el Patronato para su organización no era la única forma existente en las instituciones dedicadas al cuidado de la infancia en la Argentina. Muchas de ellas dependían directamente de la Sociedad de Beneficencia, la cual había sido fundada en 1823 como una sociedad de damas por decreto del gobernador de la Provincia de Buenos Aires con el objetivo explícito de encomendarle las tareas sustraídas a las órdenes religiosas a raíz de la reforma eclesiástica. De acuerdo con el decreto de creación, entre sus atribuciones figuraban explícitamente la dirección e inspección de la Casa de Expósitos, la Casa de Partos Públicos y Ocultos, el Hospital de Mujeres, el Colegio de Huérfanas y “de todo establecimiento público dirigido al bien de los individuos de este sexo”.<sup>10</sup>

En 1882 la Sociedad fue nacionalizada y se le encargó la administración de establecimientos asistenciales dependientes del gobierno nacional. Su presupuesto provenía en su mayor parte de fondos públicos adjudicados a través del Ministerio del Interior. Durante toda su existencia, que se prolongó hasta 1947, la Sociedad de Beneficencia estuvo integrada exclusivamente por mujeres provenientes de la elite porteña que trabajaban estrictamente *ad honorem*. Contrariamente a lo que sucedía con el Departamento Nacional de Higiene y la Asistencia Pública, ni el gobierno nacional ni el municipal tenían injerencia en su composición ni en la designación de sus autoridades.<sup>11</sup> Más aún, la Sociedad fue capaz de obtener en numerosas oportunidades subsidios especiales del poder ejecutivo nacional, así como de resistir todos los intentos de la Facultad de Medicina por apropiarse de la Sala de Obstetricia primero y luego de todo el Hospital Rivadavia para sus prácti-

---

10 Decreto de creación de la Sociedad de Beneficencia, cit. según *Album Histórico de la Sociedad de Beneficencia de la Capital (1823-1910)*, s.p.

11 Sobre la historia y la organización de la Sociedad de Beneficencia véase sobre todo Little (1980).

cas y cursos.<sup>12</sup> Las socias también supieron elaborar un discurso de género funcional a la salvaguarda de sus intereses, ofreciendo voluntariamente su labor administrativa como la mejor garantía de que los dineros de la nación serían prudentemente aplicados a su “piadoso destino”, en momentos en que la construcción de los nuevos hospitales municipales a cargo de la Asistencia Pública consumían fondos importantes (Mead 2000). A fines de la primera década del siglo XX los asilos y hospitales regentados por la Sociedad de Beneficencia sumaban 2.742 camas, una cifra similar al número controlado por los organismos municipales, y su presupuesto era aún ligeramente superior al de la Asistencia Pública (Penna/Madero 1910: II, p. 248; Veronelli 1975: 33-41).

Las damas de la Sociedad y los higienistas de la Administración Sanitaria nacional y municipal compartían la voluntad de proteger a la infancia, pero eso no implica que las relaciones que mantuvieron entre sí fueran siempre cordiales. En 1889 se produjo un fuerte conflicto por el control de la Casa de Expósitos, institución establecida ya en la época colonial para recoger a los niños huérfanos y abandonados, y que desde 1823 era administrada por la Sociedad de Beneficencia. En esa disputa, las damas de la Sociedad, encabezadas por su presidenta Isabel Hale de Pearson, solicitaron al gobierno que dejara sin efecto la aplicación del reglamento que los funcionarios higienistas pretendían imponerle y que estableciera claramente que la dirección y la administración de la Casa estaba bajo la absoluta responsabilidad de la Sociedad, afirmando que de lo contrario se retirarían completamente de las tareas que hasta entonces habían desempeñado. El presidente Carlos Pellegrini optó por acceder al reclamo de las damas, provocando con ello la renuncia del presidente del Departamento Nacional de Higiene, el doctor Udaondo, quien –al igual que Coni– había fracasado en sus gestiones ante el poder ejecutivo nacional por lograr la centralización de los hospitales y servicios asistenciales.<sup>13</sup>

El fin que tuvo el episodio indica que a ojos del presidente de la nación, la renuncia del funcionario médico que encabezaba el Departamento Nacional de Higiene tenía efectos menos perniciosos que los

---

12 Archivo General de la Nación (AGN), Sociedad de Beneficencia, Leg. 160: Hospital Rivadavia, Exp. 8918.

13 Para mayores detalles sobre el desarrollo del conflicto entre la Sociedad de Beneficencia y los funcionarios higienistas, véase Mead (1994: 94-117).



que hubiera podido acarrear el retiro de las damas. Eso se explica, en parte, porque contra todas las aseveraciones de los higienistas, las matronas de la Sociedad de Beneficencia habían dado sobradas pruebas de su solvencia administrativa durante décadas. Se explica también por el hecho de que, pese a estas disputas, en la sociedad argentina existía un amplio consenso acerca de la relación especial que unía a las mujeres con los niños, sobre todo con los más pequeños, independientemente de que aquéllas fueran madres biológicas o no.

No sorprende entonces que en las declaraciones del Primer Congreso Femenino Internacional, organizado por la Asociación de Universitarias Argentinas en mayo de 1910 en coincidencia con los festejos del Centenario, la sección de “Sociología” estuviera dedicada casi exclusivamente a la cuestión de los derechos y la protección de las mujeres y los niños. Si bien estas mujeres profesionales tenían una visión bastante diferente de la tradicional acerca de cómo debía llevarse a la práctica tal protección, avanzaban aún más allá que las matronas en cuanto al concepto de la maternidad como categoría aplicable al género femenino en su totalidad, pues declaraban que toda mujer era “la madre natural de todo niño” (Primer Congreso Femenino Internacional 1910: 17).

La preocupación por los niños desprotegidos no sólo era propia de las mujeres de la elite y de las profesionales, sino que era una de las tareas primordiales a las que se abocaban diferentes asociaciones caritativas –en su mayoría, aunque no exclusivamente, católicas–, en cuyas actividades se involucraba también un gran número de mujeres de las capas medias e incluso a los estratos superiores de las clases populares. Uno de los ejemplos más notables de este tipo de asociaciones es el caso de las Conferencias de Señoras de San Vicente de Paul, que ya en 1891 contaba con 7.800 socias. Entre 1889 y 1914 las conferencias brindaron socorro a más de 120.000 familias, incluidos sus niños. Interviniendo por medio de visitas y asistencia directa lograron que más de 9.000 niños fueran legitimados ante las autoridades y que unos 30.000 recibieran el bautismo o la primera comunión. En sus escuelas se educaron 77.900 alumnas durante el mismo periodo (Mead 1994: 142-151; Ciafardo 1990: 96-102).

Como se ve, la protección a la infancia convocaba la atención de una variada gama de instituciones, organizaciones y grupos de personas. Pero ¿significa eso que todos ellos se preocupaban por los niños

en el mismo sentido y se ocupaban de ellos de la misma forma? ¿Es acaso válido colocar en el mismo plano las acciones de las instituciones gubernamentales con las actividades de las organizaciones caritativas? ¿A qué respondían sus acciones y qué objetivos perseguían?

### **3. La realidad de la protección a la infancia entre la ciencia, la caridad y el control social**

Cuando la Intendencia Municipal convocó la comisión investigadora a la que hemos hecho referencia más arriba, tenía ya una idea prefigurada de los males que la comisión supuestamente se encargaría de estudiar. En efecto, el nombramiento de la comisión se fundamentaba en los siguientes términos:

Considerando que la mortalidad infantil en el municipio de la Capital es elevada; que uno de los factores de esta mortalidad es, indudablemente, el abandono de los niños recién nacidos; que la profilaxis del abandono es una de las cuestiones sociales más graves y que más interesa a la atención pública en todos los países civilizados; que existe, además, crecido número de niños abandonados por sus padres, expuestos a todas las seducciones del vicio y a caer fatalmente en la pendiente del crimen, siendo un deber de las autoridades sustraerlos a la influencia letal del medio que los pervierte; que el abandono de los recién nacidos aumenta considerablemente en el municipio; que es lógico suponer que este aumento crecerá con la escasez y dificultades propias de una crisis como la que atravesamos [...] (citado según Coni 1918a: 354).

Las principales soluciones propuestas para controlar la mortalidad infantil, el infanticidio y el aborto fueron controlar a las posibles madres delincuentes y brindar posibilidades a las mujeres de colocar a los recién nacidos como expósitos al cuidado de organizaciones caritativas. La posibilidad de hacerlo en forma anónima, que predominó hasta 1890, era una solución tendiente a no estimular el aborto preservando el honor de las mujeres. Pero ante el fuerte aumento de los abandonos como resultado de la grave crisis económica de ese año, la respuesta fue la eliminación del torno y el refuerzo del control sobre las madres, medidas que lejos de conducir al resultado deseado probablemente sólo lograron estimular el aumento de los abortos y los infanticidios (Ruggiero 1992: 372).

Todas estas estrategias dejaban completamente fuera de la mira la reluctancia de los hombres a hacerse cargo de la paternidad y reforzaban la importancia adjudicada a la maternidad. Al mismo tiempo, se

tendía a aumentar la intervención estatal en el ámbito de la reproducción. De acuerdo con la ley, las parteras formaban parte del sistema público de atención sanitaria, y se esperaba de ellas que actuaran como una verdadera policía ginecológica. El Estado les otorgaba una licencia, certificando así su idoneidad profesional, pero al mismo tiempo las obligaba a informar a la Asistencia Pública sobre todos los casos que trataran, incluyendo los nacimientos, los abortos y el estado y destino de todos los niños nacidos bajo su cuidado. Esto no era sólo una forma de fomentar la atención especializada de los partos y el desarrollo de esta profesión, sino también de incorporar a las parteras a la lucha contra “los crímenes maternos” empleándolas para controlar la situación de todas las mujeres embarazadas barrio por barrio.<sup>14</sup>

De acuerdo con los higienistas, la alta mortalidad infantil no resultaba sólo de la voluntad criminal de las madres, sino muy especialmente de su ignorancia. Para poner remedio a esto pusieron un gran empeño en la difusión de los preceptos de higiene y puericultura a través de conferencias y publicaciones destinadas a un público femenino amplio y, sobre todo, a través de los consejos distribuidos en los dispensarios de lactantes y de la incorporación de esos contenidos a la enseñanza escolar. Para combatir la alta mortalidad de niños menores de dos años causada por enfermedades gastro-intestinales, se colocó un énfasis muy especial en la cuestión del amamantamiento, que era presentado como una obligación de la madre y un derecho del niño, combinando argumentos científicos y morales:

Una madre debe criar siempre á su hijo; este es un deber que solamente podrá eludir cuando haya imposibilidad absoluta de llenarlo por enfermedad ó ausencia completa de la secreción láctea. Todas las leyes naturales y morales indican imperativa y racionalmente, que la mujer debe llenar esta función primordial para la vida del hijo. La religión católica no ha desconocido la grandeza obligatoria de este deber y lo ha consagrado en una de sus creaciones más sublimes, la de la Virgen María, amamantando á su hijo. Por otro lado, la ciencia con su positivismo científico demuestra por experiencias numerosas que la única leche que le conviene al niño en el primer tiempo de su vida es la que proviene de la madre; en caso contrario, las posibilidades de que sobreviva serán siempre muy difíciles (Agote 1901: 145s.).

---

14 Sobre el rol adjudicado a las parteras en la previsión y punición del infanticidio y el aborto cfr. Ruggiero (1992: 368-371).

Pese a todos los argumentos esgrimidos en pro del amamantamiento materno, no fue posible erradicar la práctica de contratar nodrizas.<sup>15</sup> En vistas de ello, las autoridades sanitarias colocaron a las mujeres empleadas en esta tarea bajo su vigilancia. Con el objetivo declarado de preservar la salud de los niños lactantes, el Patronato –apenas creado– estableció el servicio de inspección de nodrizas y fomentó la sanción de una legislación al respecto. El servicio de inspección, que luego fue anexado a la Administración Sanitaria, se proponía certificar el buen estado de salud de las candidatas a emplearse y, a la vez, vigilar el desarrollo de sus hijos, ya que para trabajar como nodrizas, las mujeres debían ir a vivir a la casa de los patrones y dejar a su propio hijo en manos de otra mujer (Penna/Madero 1910: 410-431). Sin embargo, la legislación sancionada en 1910 por el Concejo Deliberante de la ciudad de Buenos Aires establecía todos los controles conocidos con respecto al ama, pero no incluía varias de las restricciones que había querido imponer el autor del proyecto, el doctor Etchegaray, en el sentido de que no pudiera emplearse como ama ninguna mujer cuyo propio hijo fuera menor de tres meses. La ley tampoco prescribía la revisión médica del niño a criar, de modo que no se establecía ningún resguardo para evitar que las nodrizas pudieran ser contagiadas por un niño enfermo.<sup>16</sup>

Además de la lucha contra la mortalidad infantil, el programa de la Comisión convocada en 1890 incluía también la protección y asistencia directa a la infancia. En la mira de las autoridades estaban, en primer término, los niños abandonados y los niños pobres, cuyos padres no podían o no querían procurarles sustento a través de un trabajo considerado honrado. Como sugiere Karen Mead (1994: 126s.) los niños abandonados y los niños trabajadores, sobre todos los de la calle, representaban ante los ojos de los higienistas y de las autoridades en general, la manifestación de la destrucción del valor de la familia, y por tanto, su mera existencia significaba una amenaza al orden social, al menos a nivel simbólico.

---

15 Sobre la cuestión de la alimentación infantil y la práctica de la “lactancia mercenaria” véanse los capítulos correspondientes en Agote (1901) y Aráoz Alfaro (1922), además del estudio de Pagani/Alcaraz (1988).

16 Una evaluación de la normativa vigente en la primera década del siglo XX se halla en Zauchinger (1910).

Ya desde 1870 distintas fuentes habían comenzado a llamar la atención sobre la presencia de un gran número de niños en las calles de Buenos Aires, calificándolos alternativamente como trabajadores, pilluelos, vagos o delincuentes. Esta situación se explica por la escasez de espacios cerrados de vivienda y de trabajo. En los conventillos regía en general la prohibición de que los niños permanecieran en el patio durante el día, en tanto que el bajo desarrollo de la producción industrial hacía que el número de niños empleados en establecimientos fabriles fuera escaso en comparación con el registrado entonces en muchos de los países europeos. Las ocupaciones aptas para la participación de menores eran, en cambio, oficios callejeros como mensajeros, mendigos, lustrabotas y vendedores de billetes de lotería, diarios, etc.

Es por eso que gran parte de la vida de los niños pobres tenía lugar en la calle, estaba marcada por su temprana participación en el mundo del trabajo y en actividades que las autoridades definían como conductas transgresoras, cuando no lisa y llanamente como delictivas. Sus experiencias eran muy diferentes de las de los niños de la elite, cuya vida cotidiana estaba marcada por una educación en gran parte privada, encargada a institutrices en muchos casos extranjeras, y por su temprana preparación para asumir altas funciones sociales, y eran también bastante distantes de la cotidianeidad de los niños de los sectores medios, que se desarrollaba sobre todo en la escuela pública y en un contexto familiar más amplio pero hogareño (Ciafardo 1992: 11-47).

La comisión de higienistas que elaboró el proyecto de creación del Patronato de la Infancia, se preocupó especialmente por las condiciones de vida de los niños de los conventillos. De acuerdo con el informe del doctor Ramírez, su situación no sólo era muy difícil y precaria, sino que estaba rodeada de amenazas permanentes para su salud y su moral:

Los vicios, la falta de decencia de los vecinos, los de sus propios padres muchas veces, son los modelos que se ofrecen fáciles á la imitación infantil. La holgazanería, la falta de estímulos para la instrucción primaria, la falta de obligaciones de trabajo y distracciones honestas, los agrupa en los rincones de los grandes patios, en las calles apartadas ó en las plazas solitarias con propósitos perjudiciales y algunas veces desordenados, requieren la acción represiva de la policía de seguridad que los dispersa (Ramírez 1892: 175).

La comisión consideraba como niños maltratados no sólo a los que eran objeto de malos tratamientos físicos habituales o “excesivos” y a los que “a consecuencia de la negligencia culpable de los padres” estaban “privados de cuidados indispensables”, sino también a los empleados en oficios peligrosos y a los que “por hábito se entrega[ban] a la mendicidad, a la vagancia, al libertinaje”. En “peligro moral” se consideraba a los niños, cuyos padres vivían de la mendicidad o hubieran sido condenados por crímenes, robo o ultraje a las buenas costumbres (Intendencia Municipal 1892: IX). Uno de los informes insistía en que las autoridades municipales debían declarar los conventillos y las casas de inquilinato como establecimientos insalubres de primera clase y colocarlos bajo la vigilancia continua de los médicos-inspectores, los cuales se encargarían de visitar regularmente esas viviendas y llevar un registro general sobre los niños de los conventillos, especificando, entre otras cosas su edad, sexo, color, nacionalidad, época de destete, condición de la familia, etc. (Piñero/Podestá 1892: 277-281).

En la práctica, los niños desamparados y los delincuentes recibían un tratamiento similar, que consistía en separarlos de su medio y apartarlos de la calle, encerrándolos en asilos o instituciones correccionales según los casos. A ello se agregaba una instrucción en “artes y oficios” con el objetivo expreso de hacerlos “ciudadanos útiles”. En los casos en los cuales se consideraba que el peligro no era tan grave, la acción de las organizaciones caritativas y las instituciones sanitarias se orientaba a la vigilancia y el ejercicio de la tutela más o menos formalizada sobre los más diversos aspectos de la vida cotidiana de las familias pobres.

Muchos niños que se encontraban en las calles eran capturados por la policía y puestos a disposición de los defensores de menores. Cuando no se disponía de sitio suficiente para alojarlos, estos niños y adolescentes eran enviados a prisión, hubieran cometido delito o no (Guy 1994: 218-223).

La dimensión del problema puede intuirse considerando las cifras presentadas por la Sociedad de Beneficencia en su *Álbum* de 1910: hacia mediados de la década de 1880 la cantidad de niños ingresados por año a la Casa de Expósitos ascendía a 1.000 y continuó aumentando hasta llegar a casi 2.000 en 1909. Ese año, la Sociedad atendió en sus instalaciones a 3.300 niños huérfanos, para cuyo cuidado y ali-

mentación empleaba a más de 1.500 amas. La Sociedad no era la única institución que se ocupaba de los niños abandonados. Este esfuerzo era compartido por numerosas asociaciones caritativas, de las que han quedado escasos registros, de modo que no es posible calcular exactamente cuántos eran los afectados.<sup>17</sup>

**Fig. 3: Clase de dactilografía en el Asilo de Huérfanos**



*Fuente: Álbum Histórico de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1910.*

Dada la afluencia constante de niños abandonados, la Sociedad de Beneficencia se esforzaba por distribuirlos entre las familias que se mostraban dispuestas a hacerse cargo de ellos, con las cuales firmaba un contrato de colocación que tenía por objetivo regular las condiciones de esta adopción de hecho en un tiempo en el que la legislación vigente no incluía esta figura. En muchos casos, esas familias trataban a sus hijos adoptivos como sirvientes. Aquellos a quienes no se les

<sup>17</sup> Para un panorama de las organizaciones caritativas y sus actividades véase Coni (1918b).

encontraba un hogar sustituto permanecían en los asilos de la Sociedad.

El sistema de distribuir niños entre las familias pudientes no se aplicó sólo a los menores abandonados en las ciudades como resultado de la crisis económica, sino que ya había sido utilizado para dar destino a los indígenas de la Pampa y la Patagonia después de que las acciones militares llevadas a cabo entre 1878 y 1879 contra las tribus que habitaban esos territorios, dejaran como saldo 13.000 indígenas reducidos.<sup>18</sup> El gobierno nacional dispuso su distribución en otras regiones del país: los hombres fueron ubicados preferentemente en diferentes unidades del ejército o como trabajadores rurales, en tanto que las mujeres y los niños fueron enviados a las ciudades, sobre todo a Buenos Aires, donde fueron repartidos como sirvientes entre las familias de mayores recursos. En muchos casos, los niños eran separados por sexo y alejados de sus madres. Quienes apoyaban esta política, argumentaban que las mujeres “salvajes” no estaban en condiciones de darles a sus hijos las debidas enseñanzas morales y religiosas, y que para ellos era preferible el servicio doméstico entre cristianos que la vida que llevaban al lado de sus padres. Sin embargo, la prensa se hizo eco de fuertes protestas contra la separación de los niños más pequeños y las autoridades nacionales terminaron ordenando que los repartos se hicieran sin dividir a las familias. Dado que, una vez hecha la entrega, las autoridades se desentendían de la cuestión, es muy probable que quienes recibían a los indígenas no tuvieran inconvenientes para transferir luego a los niños a otras personas si así lo deseaban (Mases 2000).

#### **4. Las leyes de protección a la infancia**

La cuestión de los efectos del trabajo sobre la salud infantil (pre)ocupó también a los higienistas, quienes fueron decididos promotores de la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños. Como había expuesto claramente el doctor Penna en su informe a la Intendencia Municipal (1892), se trataba específicamente de “la protección indirecta a los niños a través de la protección a sus madres”. Esta perspectiva se apoyaba en una idea mucho más amplia: la de que el trabajo

---

18 Las acciones militares se prolongaron hasta 1885, de modo que la cifra total debe de haber sido mayor.



femenino asalariado fuera del hogar constituía un “desorden” que era preciso subsanar o, al menos, morigerar a través de la legislación. El rol reproductor de las mujeres se convirtió en el elemento legitimador fundamental de esos esfuerzos y la protección de las mujeres y la de los niños fueron tratadas entonces como si fueran una y la misma cosa.

Pese a tal consenso, la sanción de la legislación se demoró bastante. Fueron necesarias muchas iniciativas e informes antes de que la cuestión fuera considerada seriamente por el Congreso Nacional. La cuestión alcanzó más repercusión pública en la ciudad de Buenos Aires, probablemente porque era allí donde se empleaba a más niños en los talleres y las fábricas. Los niños trabajaban sobre todo en la producción de fósforos, cartón, textiles y vestido. En estas dos últimas ramas se empleaban sobre todo niñas. La edad habitual de incorporación al trabajo asalariado rondaba los diez años, momento en el cual los niños obreros abandonaban la escuela después de haber adquirido sólo conocimientos básicos. De acuerdo con los datos oficiales, los niños constituían la décima parte de los obreros ocupados en las fábricas y talleres de la capital. La mayoría trabajaba nueve o más horas diarias, durante las cuales estaban sometidos a malos tratos y diferentes peligros para su salud (Suriano 1990: 251-269).

En vista de los reclamos, el Intendente Municipal Adolfo Bullrich designó en 1901 a Gabriela de Laperrière de Coni inspectora *ad honorem* de los establecimientos industriales que ocupaban a mujeres y niños en esa ciudad.<sup>19</sup> Además de presentar numerosos informes y sugerencias, la inspectora redactó un “Proyecto de ley de protección del trabajo de la mujer y del niño en las fábricas”, que la Intendencia envió al Congreso.<sup>20</sup> Según este proyecto, se fijarían los catorce años cumplidos como edad mínima para ingresar a trabajar en fábricas,

---

19 Sobre la actuación de Gabriela de Laperrière de Coni ver Recalde (1988: I, 75ss.) y Guy (1989: 241-247).

20 El proyecto de Gabriela de Laperrière de Coni no fue el primero que se presentó sobre la cuestión. El Patronato de la Infancia había elevado al Senado un proyecto en 1892 y lo volvió a remitir en 1895 y en 1896. Ese mismo año ingresó otro proyecto a la Cámara de Diputados. En 1899 el secretario del Patronato presentó un nuevo proyecto a esa misma cámara. En 1902 la cámara alta aprobó un proyecto presentado por Miguel Cané y Lídoro Avellaneda, que caducó en la cámara baja por no haber sido considerado en el plazo estipulado (Recalde 1988: I, p. 80).

talleres, usinas o manufacturas. Las mujeres menores de dieciocho y los varones menores de dieciséis años no trabajarían más de seis horas por día. Mujeres y adolescentes gozarían de un día completo de descanso por semana, no podrían trabajar de noche ni ser empleados para realizar trabajos rudos, insalubres, peligrosos, que exigieran esfuerzos corporales o que pudieran comprometer su salud por el contacto con sustancias tóxicas. Igualmente se establecía que llegado el octavo mes de embarazo, las obreras deberían retirarse del trabajo y no podrían volver a él hasta pasadas seis semanas luego del parto. Se disponía la formación de cajas de seguro contra la enfermedad en los establecimientos que ocuparan a más de treinta mujeres, las cuales también financiarían la licencia obligatoria de las parturientas. Las fábricas que emplearan a más de cincuenta mujeres deberían disponer de por lo menos una habitación en perfecto estado de aseo para que las empleadas pudieran amamantar allí a sus hijos dentro de los horarios de trabajo hasta que éstos hubieran cumplido la edad de dos años. Los niños no podrían ser admitidos en las fábricas si no presentaban, además de la partida de nacimiento, un certificado de vacunación y revacunación. Finalmente, el art. 17 establecía que las mujeres y los niños no podrían ocuparse en trabajos que afectaran “la moral” (Laperrière de Coni 1902: pássim).

Si bien el proyecto presentado por Gabriela de Laperrière de Coni no prosperó inmediatamente, la cuestión siguió en el centro del debate y se convirtió en uno de los tópicos centrales que movilizaban conjuntamente los socialistas y los llamados liberales reformistas. El primer intento consistente de imponer una legislación que regulara las relaciones laborales surgió en el contexto de la gran huelga general de 1902. La primera respuesta del Estado ante el movimiento huelguista se redujo a las medidas represivas sancionadas en el marco de la Ley de Residencia, que facultaba al Poder Ejecutivo a expulsar a todo extranjero cuya conducta fuera considerada peligrosa para el orden público.

El “Proyecto de Ley Nacional del Trabajo” presentado entonces por el ministro Joaquín V. González como respuesta más abarcadora que la represión lisa y llana de la agitación obrera fue tratado en comisión pero no aprobado por la Cámara de Diputados. Entre los estudios utilizados por el ministro para la elaboración del proyecto, destaca el exhaustivo informe redactado por Juan Bialet Massé, el cual no deja

ninguna duda acerca de que el trabajo infantil no se reducía en modo alguno a la capital del país. Sus descripciones acerca del empleo de menores en los talleres y las fábricas de la ciudad de Rosario, por ejemplo, en nada se diferencian del cuadro conocido en la ciudad de Buenos Aires (1904: II, pp. 29-37). La participación de los menores de ambos sexos tanto en el trabajo urbano como en las tareas agrícolas es mencionada a lo largo de toda la exposición y justifican su ardiente alegato por la prohibición del trabajo de los menores de quince años, aceptando sólo condiciones de verdadero aprendizaje a partir de los doce (*ibídem*, II, pp. 355-367).

Pese a todos los argumentos, el proyecto de Joaquín V. González fracasó rotundamente en el Congreso. En 1905 se aprobó meramente la Ley 4.661 de descanso dominical –sin obligación de pago de jornal correspondiente–, cuyo ámbito de validez se restringió sin embargo al territorio de la Capital Federal y excluía expresamente el servicio doméstico.<sup>21</sup> La cuestión de la protección especial para las mujeres y los niños empleados como trabajadores industriales continuó pendiente por dos años más hasta que finalmente se aprobó la Ley 5.291, cuyo principal propulsor, aunque no el único, fue el diputado socialista Alfredo Palacios. El proyecto presentado por este legislador era muy similar al de Gabriela de Laperrière de Coni, pero la sanción de la ley sólo se logró al precio de importantes concesiones a los intereses de los industriales.

Fue así como se impuso la prohibición del trabajo nocturno para las mujeres y los niños, el descanso dominical, el resguardo de la moralidad y la salud de las mujeres, la prohibición de contratar personal femenino en las industrias peligrosas e insalubres, y se fijaron intervalos de tiempo durante los cuales las madres que habían retornado al trabajo podrían amantar a sus criaturas. Por otra parte, se permitió el trabajo de menores a partir de los diez años de edad –y no de los catorce como propugnaban los socialistas–, y se estableció para ellos una jornada de trabajo de ocho horas, en lugar de seis. Además, las mujeres que acababan de dar a luz podrían dejar de concurrir a su puesto de trabajo hasta 30 días después del parto, pero no se estableció ninguna compensación por la pérdida de ese salario. Muy importante

---

21 Con respecto al contexto de discusión de los proyectos de la legislación social véase sobre todo Panettieri (1984); Zimmermann (1995) y Suriano (2000).

fue el hecho de que la mayor parte de las disposiciones regían exclusivamente en el ámbito de la Capital Federal, dejando sin protección no sólo a los niños que vivían en la mayor parte del territorio nacional, sino también a los que trabajaban en las grandes fábricas instaladas en los alrededores de Buenos Aires.<sup>22</sup> Por último, la ley no incluía ninguna medida con respecto a la protección de las mujeres y los niños empleados en el servicio doméstico o que trabajaban a destajo en su propio domicilio.<sup>23</sup>

Si la ley de por sí dejaba ya tantos resquicios a la explotación, su implementación dejaría aún más. De acuerdo con los informes presentados por los inspectores del Departamento Nacional de Trabajo en 1910, en muchas de las fábricas visitadas se ocupaban mujeres y niños en establecimientos con malas condiciones higiénicas y con jornadas de una duración superior a la permitida, no se llevaban los registros de menores que la ley había dispuesto, trabajaban niños que no habían completado aún la escolaridad obligatoria y tanto obreros como patronos parecían desconocer completamente el contenido de las normas legales (Recalde 1988: II, pp. 132-135).

Finalmente, para dar una amplia respuesta a la cuestión de los niños abandonados se sancionó en 1919 la Ley del Patronato de Menores, conocida también como Ley Agote, en referencia a su iniciador. De ese modo, varias de las propuestas que los higienistas porteños habían formulado casi tres décadas antes se extendieron a todo el territorio nacional:

[...] se entenderá por abandono material o moral o peligro moral, la incitación de los padres, tutores o guardadores a la ejecución por el menor de actos perjudiciales a su salud física o moral; la mendicidad o la vagancia por parte del menor, su frecuentación a sitios inmorales o de juego o con ladrones o gente viciada o de mal vivir, o que no habiendo cumplido los 18 años de edad, vendan periódicos, publicaciones u objetos de cualquier naturaleza que fueren, en las calles o lugares públicos, o cuando en estos sitios ejerzan oficios lejos de la vigilancia de sus padres o guardadores, o cuando sean ocupados en oficios o empleos perjudiciales a la moral o la salud (art. 21).<sup>24</sup>

---

22 Ver “Ley sancionada por el Congreso” en Palacios (1912: 98-101) y “Decreto reglamentario de la Ley” en Palacios (1912: 102-111).

23 Al respecto se sancionó en 1918 una ley extremadamente difícil de imponer en la práctica (cfr. Panettieri 1984: 65-79).

24 Citado según Código Penal (1931: 73).

En esos casos, el Estado se arrogaba el derecho de intervenir el ejercicio de la patria potestad. La ley facultaba a los jueces a disponer “preventivamente” de los menores acusados o víctimas de delitos, en estado de abandono o peligro material y moral. Los niños en tal situación eran separados por mandato judicial de sus familias e internados para su “readaptación” en un establecimiento correccional o de beneficencia, según los casos (art. 14).<sup>25</sup>

La ley mantuvo excluidas a las mujeres de los tribunales de menores y no les asignó tampoco tareas exclusivas en cuanto al ejercicio del patronato de los menores sometidos a libertad vigilada, defraudando así especialmente las expectativas de las asociaciones feministas que venían bregando para que se reconociera a las mujeres un estatus de expertas en la solución del problema de la “infancia desvalida” y, sobre todo, para que se les asignara un papel institucional en el control de la aplicación de las leyes existentes. El concepto de “paternidad social” parecía triunfar así sobre el de “maternidad social” (Scarzane-lla 2002: 147-157).

## 5. Infancia y cuestión social

La implantación vacilante de las leyes de protección no fue suficiente para resolver la cuestión de la “infancia desvalida”. En ese contexto, las instituciones caritativas continuaron expandiéndose. Podría decirse incluso que las obras caritativas se retroalimentaban en la medida en que ellas mismas fomentaban la pobreza de sus supuestos beneficiados. En muchos de los asilos se instalaron diferentes talleres en los que trabajaban los niños y adultos allí alojados sin percibir salario, pues los ingresos estaban destinados a la manutención y/o ampliación del establecimiento en cuanto tal.

La activista socialista Carolina Muzilli criticaba esa situación a propósito de las colectas organizadas en el “Día de la niña obrera”:

Hermosas damas y elegantes niñas [...] invocan de los pasantes una “limosna” que ha de aliviar la situación de las obreras explotadas en los talleres de cuanto monasterio existe. [...] es tan mísero el salario de estas pobres mujeres que trabajan en los talleres —en donde hasta hoy día no ha podido penetrar la inspección oficial— que si no tienen algún “santo” especial que las proteja contra la explotación inicua a la que se las

---

25 Sobre las consecuencias de esta legislación y su evolución posterior véase Larrandart/Otano (1992).

somete, contra la jornada excesiva, contra los salarios de hambre [...] ahí están en cambio las damas que, en pago de la baratura con que fuera confeccionado el ajuar de alguna niña en vísperas matrimoniales, han ideado el día de la niña obrera. [...] estas pobres obreras, doblemente explotadas [...] antes que trabajar para sí, en cada minuto que pasa, apuntalan y enriquecen a las congregaciones, que en virtud de la exención de impuestos y en especial por las causas arriba mencionadas, establecen una competencia ruinosa en la industria y el comercio, competencia que escuda la ambición del patrono de rebajar constantemente el salario de sus obreras (Muzilli 1916: 10).

**Fig. 4: Niñas trabajando en la confección de ropas de señoras en el taller de la Casa de Huérfanas**

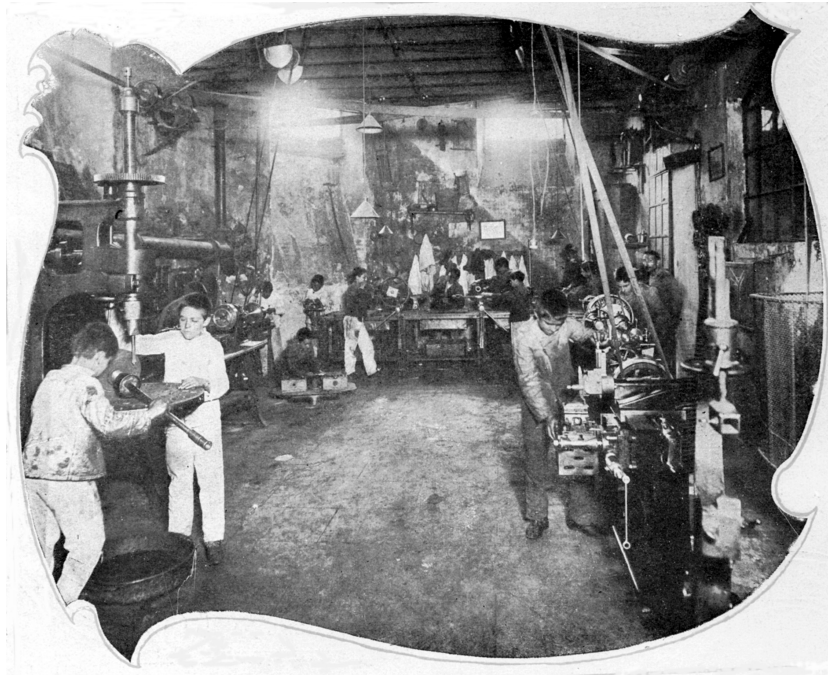


*Fuente: Álbum Histórico de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1910.*

La práctica benéfica implicaba una estrategia de poder de funcionamiento dual. Vista del lado de los sectores dominantes, se presentaba como una estrategia de dominación, integración y control social, en

tanto que vista desde el lado de los sectores medios y de las capas superiores de los sectores populares podría interpretarse como una estrategia de ascenso social, en la medida en que el hecho mismo de practicar la caridad permitía establecer una diferencia con quienes la recibían, cuya situación era tantas veces similar a lo que había sido la propia en el pasado, alimentando así la ilusión de progreso y pertenencia a un estatus social más alto (Ciafardo 1990: 86).

**Fig. 5:**  
**Niños trabajando en el taller de mecánica del Asilo de Huérfanos**



*Fuente: Álbum Histórico de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1910.*

La cuestión de la infancia fue sin duda un capítulo muy importante de la polémica entablada en torno a la “cuestión social”. Pero a diferencia de lo que sucedía con otros grupos que, como los trabajadores y las mujeres, estaban en condiciones de articular de diferentes modos sus propios objetivos y demandas, en los debates de la época, “los niños”

no aparecían como sujetos sociales sino sólo como objetos pasibles de ser funcionalizados por otros sectores que buscaban legitimarse en su nombre: las instituciones sanitarias, las organizaciones caritativas, los reformadores sociales, las asociaciones femeninas y las agrupaciones políticas.<sup>26</sup>

Por otra parte, resulta evidente que detrás de la preocupación por la salud de “niños y mujeres” se ocultaba una preocupación más general por la salud del cuerpo social. Como explicaba retrospectivamente Emilio Coni, la “marcada predilección por la infancia” que había caracterizado toda su carrera se debía a que siempre había pensado “que con la atención especial consagrada al niño desde su nacimiento hasta su adolescencia, por parte del médico, se lograría alcanzar una raza fuerte, sana y vigorosa” (1918a: 162).

Al prologar su manual titulado *La salud de mi hijo*, que se publicó casi dos décadas antes de la sanción de la ley de su autoría, Luis Agote había sido aún más claro:

En ningún momento de nuestra historia, la República ha necesitado tanto de hijos fuertes y sanos, capaces por el vigor armónico de su organismo, de vencer los efectos de una crisis, que no sólo es política y económica, sino también esencialmente social. [...] Es de estas ideas que ha nacido este libro, que respetuosamente dedico á las madres argentinas, en mi triple carácter de padre de familia, de médico y de ciudadano (1901: II-IV).

Lejos de apuntar al bienestar de los niños en sí, las iniciativas de protección a la infancia eran vistas por sus propios iniciadores como un acto de patriotismo destinado a corregir los efectos no buscados de la dinámica de la modernización: la difusión de enfermedades, la falta de educación y la deshumanización de las condiciones de trabajo que atentaban contra la capacidad de reproducción de las familias pobres, y por lo tanto de la fuerza de trabajo. Su fin último era asegurar el porvenir de la patria.

---

26 El Partido Comunista, por ejemplo, comenzó a editar en 1923 una publicación titulada *Compañerito* y a organizar agrupaciones infantiles para que desarrollaran actividades de propaganda. El número 4 de *Compañerito*, publicado al año siguiente, convocaba a los niños a no comprar la revista *Billiken*, que por entonces gozaba de gran popularidad entre el público infantil, como forma de apoyar a los obreros en la huelga que sostenían entonces frente a esa empresa. *Billiken*, por su parte, difundía entre sus pequeños lectores una ideología que colocaba a la caridad en el centro de las relaciones entre ricos y pobres negando la existencia del conflicto social y las luchas de clases. Sobre *Billiken* véase Brafman (s.a.).



## Bibliografía

- Agote, Luis (1901): *La salud de mi hijo*. Buenos Aires: Félix Lajoune.
- Álbum Histórico de la Sociedad de Beneficencia de la Capital, 1823-1910 (s.a.). Buenos Aires: Lit. Bianchi.
- Aráoz Alfaro, Gregorio (1922): *El libro de las madres. Manual práctico de higiene del niño con indicaciones sobre el embarazo, parto, y tratamiento de los accidentes*. Buenos Aires: Cabaut.
- Bialet Massé, Juan (1904): *Informe sobre el estado de las clases obreras en el Interior de la República. Presentado al Excmo. Sr. Ministro del Interior Dr. Joaquín V. González*. Buenos Aires: Imprenta y Casa Editora de Adolfo Grau, 3 vols.
- Brafman, Clara (s.a.): “El revés de la trama. Caridad y conflicto social en el cándido mundo de la infancia. *Billiken* 1919-1930”. En: <[http://www.unq.edu.ar/textos\\_escolares/ponencias2/27.txt](http://www.unq.edu.ar/textos_escolares/ponencias2/27.txt)> (27.08.02).
- Carli, Sandra (2002): *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Ciafardo, Eduardo (1990): *Caridad y control social. Las sociedades de beneficencia en la ciudad de Buenos Aires, 1880-1930*. Tesis de maestría. Buenos Aires: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).
- (1992): *Los niños en la ciudad de Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Coni, Emilio (1892) “Niños en la escuela y en la industria. – Niños maltratados ó en peligro moral”. En: Intendencia Municipal (1892): *Patronato y Asistencia de la Infancia en la Capital de la República. Trabajos de la Comisión Especial*. Buenos Aires: El Censor, 371-400.
- (1918a): *Memorias de un médico higienista. Contribución a la historia pública y social argentina (1867-1917)*. Buenos Aires: Talleres Gráficos A. Flaiban
- (1918b): *Higiene social. Asistencia y previsión social. Buenos Aires caritativo y previsor*. Buenos Aires: Emilio Spinelli.
- (1920a): *La higiene pública en Francia y Argentina*. Buenos Aires: Coni.
- (1920b): *Protección a la madre y al hijo. Puericultura práctica argentina*. Buenos Aires: Coni.
- Eduardo Wilde, 1844-1913 (1914). Buenos Aires: Talleres Casa Jacobo Peuser
- González Leandri, Ricardo (1989): “Médicos, damas y funcionarios. Acuerdos y tensiones en la creación de la Asistencia Pública de la ciudad de Buenos Aires”. En: Peset, José Luis (ed.): *Ciencia, vida y espacio en Iberoamérica*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 77-93.
- (1999). *Curar, persuadir, gobernar. La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Guy, Donna (1989): “Emilio and Gabriela Coni: Reformers, Public Health and Working Women”. En: Ewell, Judith/Beezley, William (eds.): *The Human Tradition in*

- Latin America. The Nineteenth Century*. Wilmington, Delaware: SR Books, pp. 233-248.
- (1994): “Niños abandonados en Buenos Aires (1880-1914) y el desarrollo del concepto de la madre”. En: Fletcher, Lea (ed.): *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Buenos Aires: Feminaria, pp. 217-226.
- (1995): *Sex and Danger in Buenos Aires. Prostitution, Family, and Nation in Argentina*. Lincoln/London: University of Nebraska Press.
- Intendencia Municipal (1892): *Patronato y Asistencia de la Infancia en la Capital de la República. Trabajos de la Comisión Especial*. Buenos Aires: El Censor.
- Kaminsky, Esther (1914): *Puericultura (protección a la primera infancia en la República Argentina)*. Tesis presentada para optar al título de doctor en medicina. Buenos Aires: “La Semana Médica”. Imprenta de obras de E. Spinelli.
- Laperrière de Coni, Gabriela de (1902): *Proyecto de Ley de Protección del Trabajo de la Mujer y el Niño en las Fábricas, presentado a la Intendencia Municipal*. Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.
- Larrandart, Lucila/Otano, Gabriela (1992): “Desarrollo de los tribunales de menores en Argentina: 1920/1983”. En: García Méndez, Emilio/Carranza, Elías (eds.): *Del revés al derecho. La condición jurídica de la infancia en América Latina. Bases para una reforma legislativa*. Buenos Aires: Galerna, pp. 21-112.
- Ley N° 1420 de Educación Común (8 de julio de 1884). En: <<http://www.bnm.me.gov.ar/giga1/normas/5421.pdf>> (10.03.2003).
- Little, Cynthia Jeffress (1980): *The Society of Beneficence in Buenos Aires, 1823-1900*. Phil. Dissertation. Temple University.
- Lobato, Mirta Zaida (2000a): “Lenguaje laboral y de género en el trabajo industrial. Primera mitad del siglo XX”. En: Gil Lozano, Fernanda/Pita, Valeria Silvina/Ini, María Gabriela: *Historia de las mujeres en la Argentina*. Tomo 2: Siglo XX. Buenos Aires: Aguilar, 95-115.
- (2000b): “Entre la protección y la exclusión: Discurso maternal y protección de la mujer obrera argentina, 1890-1934”. En: Suriano, Juan (ed.): *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 245-275.
- Lozano, Nicolás/Paitoví, Antonio (1925): *La higiene pública y las obras sanitarias argentinas*. Buenos Aires: Coni.
- Martínez, Alberto (1892): “Natalidad y mortalidad infantil”. En: Intendencia Municipal: *Patronato y Asistencia de la Infancia en la Capital de la República. Trabajos de la Comisión Especial*. Buenos Aires: El Censor, pp. 1-22.
- Mases, Enrique (2000): “Estado y cuestión indígena: Argentina 1878-1885”. En: Suriano, Juan (ed.): *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*. Buenos Aires: Editorial La Colmena, pp. 301-330.
- Mead, Karen (1994): *Oligarchs, Doctors and Nuns: Public Health and Beneficence in Buenos Aires, 1880-1914*. Phil. Diss. Santa Barbara: University of California.
- (2000): “‘La mujer argentina’ y la política de ricos y pobres al fin del siglo XIX”. En: Acha, Omar/Halperin, Paula (eds.): *Cuerpos, géneros e identidades. Estudios de historia de género en Argentina*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, pp. 29-59.

- Meyer Arana, Alberto (1911): *La caridad en Buenos Aires*. Barcelona: Sopena.
- Muzilli, Carolina (1916): *El trabajo femenino*. Monografía premiada con diploma y medalla de plata en la sección Economía Social en la Exposición de Gante, Bélgica, celebrada en 1913. Buenos Aires: Talleres Gráficos L. J. Rosso y Cía.
- Nievas, Rita (1961): "Breve historia de la protección al niño argentino". En: *El Monitor de la Educación Común* 71, 936, pp. 23-27.
- Pagani, Estela/Alcaraz, María Victoria (1988): *Las nodrizas en Buenos Aires. Un estudio histórico (1880-1940)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Palacios, Alfredo (1912): *Por las mujeres y los niños que trabajan*. Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores.
- Panettieri, José (1984): *Las primeras leyes obreras*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Penna, José (1892): "Protección indirecta de los niños por la protección de las madres". En: Intendencia Municipal: *Patronato y Asistencia de la Infancia en la Capital de la República. Trabajos de la Comisión Especial*. Buenos Aires: El Censor, pp. 225-266.
- Penna, José/Madero, Horacio (1910): *La Administración Sanitaria y Asistencia Pública de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Guillermo Kraft, 2 vols.
- Piñero, Antonio/Podestá, Manuel (1892): "Protección directa a los niños". En: Intendencia Municipal: *Patronato y Asistencia de la Infancia en la Capital de la República. Trabajos de la Comisión Especial*. Buenos Aires: El Censor, pp. 267-360.
- Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina: Votos del Congreso*, organizado por la Asociación "Universitarias Argentinas" (1910). Buenos Aires: Imp. Fallica y Escoffier.
- Ramírez, Eugenio (1892): "Medidas para prevenir la morbilidad y mortalidad infantiles". En: Intendencia Municipal: *Patronato y Asistencia de la Infancia en la Capital de la República. Trabajos de la Comisión Especial*. Buenos Aires: El Censor, pp. 153-224.
- Recalde, Héctor (1988): *La higiene y el trabajo (1870-1930)*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 2 vols.
- República Argentina (s.a.): *Código Civil de la República Argentina sancionado por el H. Congreso de la Nación el 25 de septiembre de 1869 y 7 de agosto de 1872*. Buenos Aires: Imprenta de Pablo Coni.
- (1931): *Código Penal de la República Argentina y Leyes Complementarias*. Buenos Aires: J. Lajoune & Cía – Editores.
- Ruggiero, Kristin (1992): "Honor, Maternity, and the Disciplining of Women: Infanticide in Late Nineteenth-Century Buenos Aires". En: *Hispanic American Historical Review* 72: 3, pp. 353-373.
- Scarzanella, Eugenia (2002): *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Suriano, Juan (1990): "Niños trabajadores. Una aproximación al trabajo infantil en la industria porteña de comienzos de siglo". En: Armus, Diego (ed.): *Mundo urbano*

- y cultura popular. Estudios de Historia Social Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, pp. 251-279.
- Suriano, Juan (ed.) (2000): *La cuestión social en Argentina. 1870-1943*. Buenos Aires: La Colmena.
- Veronelli, Juan Carlos (1975): *Medicina, gobierno y sociedad. Evolución de las instituciones de atención de la salud en Argentina*. Buenos Aires: El Coloquio.
- Zauchinger, Adela (1910): *La protección a la primera infancia*. Tesis presentada para optar al título de doctor en medicina. Buenos Aires: J. M. Monqaut.
- Zimmermann, Eduardo (1995): *Los liberales reformistas. La cuestión social en la Argentina 1890-1916*. Buenos Aires: Sudamericana.

Eugenia Rodríguez Sáenz

**¿Víctimas inocentes o codelincuentes?  
Crimen juvenil y abuso sexual en Costa Rica  
en los siglos XIX y XX\***

**1. Introducción**

Al igual que en el caso de la Inglaterra victoriana y de otros países latinoamericanos como Argentina, Chile, Uruguay y Brasil,<sup>1</sup> también en Costa Rica el Estado, los liberales y los eugenistas implementaron entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX una serie de políticas sociales, higienistas y salubristas imponiendo la doctrina de la “higienización social” y del rescate de la sociedad. Estas políticas tenían como propósito regular y sancionar las conductas morales y sexuales de los sectores populares, los cuales eran etiquetados por la clase media y alta como sectores peligrosos cuyas conductas y comportamientos atentaban contra el orden social y la estabilidad familiar.<sup>2</sup>

Como resultado de estas políticas se promulgaron los códigos civiles, penales y de policía, y toda una política de expansión del aparato burocrático de control social, en el cual los juristas, los médicos y la policía tuvieron un papel creciente en la persecución y sanción de los denominados “crímenes contra la moral”. Entre estos “delitos contra la moral” pueden citarse: prostitución, abuso sexual, abandono de

---

\* Este trabajo ha sido posible gracias al apoyo financiero de la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Costa Rica. La autora agradece el trabajo de recolección de la información realizada en diferentes etapas por sus asistentes Virginia Mora, Ana Paulina Malavassi y Grace Aguilar. Una primera versión parcial de este trabajo fue publicada en 1994 con el título de: “‘Tiyita bea lo que me han echo’. Estupro e incesto en Costa Rica (1800-1850)”. También agradecemos los comentarios de Mayra Campos y que nos haya facilitado una copia de su trabajo inédito.

1 Jackson (2000: 4-5); Lavrin (1995: 97-192); Besse (1996: 12-37, 89-109); Caulfield (2000: 17-144).

2 Molina (1991: 327-333); Rodríguez (2000b: 22-29; 2001b); Marín (2001: 139, 141).

los niños, alcoholismo, vagancia, escándalo público y enfermedades sexuales. En este contexto se creó un clima de pánico social y moral entre la población, particularmente la urbana josefina a fines del siglo XIX.<sup>3</sup>

El impacto de estas medidas de control social se puede apreciar en el crecimiento dramático a nivel nacional del reporte de las felonías entre 1890 y 1898, y de la sanción de los delitos contra la familia y la moral pública entre 1880 y 1941. Así, “mientras en 1890 fueron penadas 88 personas por cada diez mil habitantes, en 1898 dichas faltas llegaron a triplicarse contabilizando 261 ciudadanos condenados por cada diez mil habitantes [...], los delitos contra la familia y la moral pública pasaron del séptimo lugar en 1880 al segundo y tercero entre 1924 y 1941 respectivamente” (Marín 2001: 125, 144). Sin embargo, la configuración de los mecanismos de control social fue diferenciada a nivel regional y mucho más significativa en la provincia de San José, y su aplicación no fue categórica ni absoluta debido a la gran diversidad socio-cultural de los sectores populares y los mecanismos de resistencia y supervivencia desarrollados por éstos ante las políticas civilizadoras de la clase dominante (ibídem: 135).

Es en este marco donde debemos ubicar el tema de este artículo, cuyo objetivo central es analizar en forma introductoria y desde la perspectiva de género la “invención” y construcción histórico-social del crimen juvenil y del delincuente juvenil, y particularmente de la delincuencia juvenil femenina, a través de las denuncias de violación, estupro e incesto, que son algunas de las expresiones del abuso sexual.<sup>4</sup> El argumento principal de este estudio, que se inspira en parte en investigaciones sobre Inglaterra, Argentina, Chile, Uruguay y Brasil,<sup>5</sup> es que desde las últimas décadas del siglo XIX toma mayor fuerza y aceptación en Costa Rica la noción “romántica” de niñez (Barrantes et al. 1997), ante la cual emerge y se “inventa” en contraposición la noción de delincuencia juvenil. Además, se perfilan los modelos de

---

3 Rodríguez (2001b); Palmer (1996: 224-253; 1999: 99-119); Marín (2001: 34, 79-81, 101, 105, 107-114, 125, 128, 134).

4 Cabe aclarar que dentro del abuso sexual caben diversas formas, entre las cuales destacan, aparte de la violación, el estupro y el incesto, los abusos deshonestos y la prostitución y corrupción de menores.

5 Jackson (2000); Lavrin (1995: 97-124); Guy (2000: 33-71); Besse (1996: 89-109); Caulfield (2000: 17-144).

criminalidad juvenil masculina y femenina, centrados en la demarcación entre muchachos “ladrones” y muchachas “prostitutas” (Jackson 2000: 4-5). Por lo tanto, estos modelos determinarán el carácter diferenciado del tratamiento y del tipo de sanciones judiciales impuestas de acuerdo al género.

De acuerdo con los estudios que han abordado la problemática del abuso sexual en diversos países y a partir de la evidencia encontrada en los 1.440 casos de violación, estupro e incesto registrados en Costa Rica entre 1800 y 1950, se ha logrado determinar que las denuncias reportan que el 99% de las víctimas fueron mujeres.<sup>6</sup>

En Costa Rica, al igual que en la Inglaterra victoriana, puede argumentarse de acuerdo con Louise A. Jackson, que la abrumadora presencia femenina en las denuncias por abuso sexual podría deberse, en parte, a que desde la segunda mitad del siglo XIX emerge un énfasis en el

debate de la pureza social y de la preocupación por el rescate de las mujeres ‘caídas’ y las prostitutas jóvenes. El carácter de la mujer, a diferencia del de un hombre, era juzgado en relación con su reputación sexual [...] Las muchachas abusadas sexualmente, como grupo, constituían un problema social especialmente enfocado. Los niños y sus futuros eran raramente discutidos (Jackson 2000: 5).

El presente trabajo se basa en 1.440 juicios por estupro, incesto y violación ocurridos en los períodos de 1800-1850 y 1900-1950, que fue posible localizar en el Archivo Nacional de Costa Rica y el Archivo de la Curia Metropolitana (un total de 1.243 casos para el período de 1800-1939) y en las sentencias de casación o apelaciones finales a los juicios ordinarios (un total de 197 casos para el período de 1900-1950). Con respecto a la distribución de dichos casos es necesario señalar que para el período de 1800-1850 sólo se localizó un total de 13 denuncias. No obstante, el carácter cualitativo de la información nos permite reconstruir algunas tendencias, las cuales han sido confrontadas con los casos de períodos posteriores. Evidentemente, al igual que ocurre ahora, en la época bajo estudio había un sub-registro de dichas denuncias, el cual puede explicarse en parte porque las víctimas temían ser encontradas culpables y castigadas. Además, cuanto más se retrocede en el tiempo, más difícil es encontrar fuentes al res-

6 Arnot/Usborne (1999); Brownmiller (1993: 309-348); Jackson (2000: 4); Gordon (1988: 175-176, 204-249).

pecto.<sup>7</sup> De esta manera, pese a que hemos podido establecer algunas tendencias en términos cuantitativos, la verdadera riqueza de las fuentes en que nos basamos es principalmente cualitativa.

En la primera parte de este artículo contextualizaremos nuestro tema de estudio en el marco del proceso de conformación del sistema judicial civil y penal y del tránsito entre el modelo disciplinario y el modelo punitivo, y nos referiremos a los cambios en las nociones y sanciones del abuso sexual. Seguidamente, nos referiremos al proceso de “invención” de la delincuencia juvenil en contraposición a la noción “romántica” de niñez y al carácter diferenciado de la delincuencia juvenil femenina y masculina. Finalmente, y con base en las denuncias de abuso sexual femenino, abordaremos los diversos aspectos que influyen en la construcción e “invención” histórica de la delincuencia juvenil femenina, como: a) las nociones de niña y mujer, y de violación y estupro; b) las percepciones sobre las víctimas (víctima inocente, amenaza corruptora, mujer prostituta); y c) el tipo de sentencias aplicadas al agresor y a la víctima de abusos.

---

7 Johnson (1980: 137); Emsley (1996: 21-55); Jackson (2000: 25-26). Los 13 casos del período de 1800-1850 se refieren exclusivamente a las causas de estupro e incesto planteadas claramente ante los tribunales. No obstante, es muy probable que otros casos se encuentren escondidos en otro tipo de documentación, como las dispensas por afinidad y consanguinidad, las cuales registran revalidaciones de matrimonio por “amistades ilícitas” o “concubinatos adúlteros” entre parientes. Es significativo haber encontrado 13 casos de violación y estupro en Costa Rica entre 1800-1850, teniendo en cuenta que Carmen Castañeda encontró 55 casos para Guadalajara (México) entre 1790-1821, los cuales incluyen casos de “amistades ilícitas” y “concubinatos adúlteros”, y que Guadalajara era sin duda un lugar mucho más importante en términos socioeconómicos y demográficos que Costa Rica (Castañeda 1989: 24). Alan G. Johnson también ha señalado que históricamente ha sido difícil encontrar “documentación sistemática acerca de la violencia en contra de las mujeres [...]. Las estadísticas sobre violencia en contra de las jóvenes, por ejemplo, no están registradas, y si lo están, no son públicas” (Johnson 1980: 137).



## **2. Del modelo disciplinario al modelo punitivo: la reconceptualización del abuso sexual de pecado y falta a delito y crimen**

Se puede argumentar que durante el siglo XIX, y particularmente a partir del Código General de 1841,<sup>8</sup> se instauran en Costa Rica las bases del sistema judicial civil y penal y se da un proceso de transición del modelo disciplinario hacia el modelo punitivo.

El modelo disciplinario estuvo vigente desde la época colonial hasta 1841, y se caracterizó por conceptualizar al abuso sexual como pecado y falta, que debía ser sancionado mediante la aplicación de castigos ejemplarizantes por parte de la Iglesia y la comunidad, es decir, de amonestaciones morales, espirituales y públicas, acompañadas de castigos corporales, multas, el pago de una dote, el matrimonio con la víctima (cuando el agresor era soltero) y el exilio, o diversas combinaciones de estos castigos según fuera el caso.<sup>9</sup> Sin embargo, las sentencias también podían abarcar a las víctimas, quienes podían ser condenadas a reclusión en una “casa honorable”. A este respecto, con base en la evidencia de 9 de los 13 casos de estupro e incesto del período de 1800-1850 de los que se conoce la sentencia, se encontró que la tendencia predominante fueron los castigos con amonestación pública, matrimonio, multa, dote y exilio (55,6%).

Entre el Código General de 1841 y el Código Penal de 1880,<sup>10</sup> se produjo el tránsito hacia el modelo punitivo, en donde en contraste con el modelo disciplinario, el abuso sexual es conceptualizado como un delito o crimen, el cual debía ser sancionado con la cárcel, pena que podía estar acompañada por el pago de una multa –la cual podía funcionar como dote–, o una pensión alimenticia en caso de que existiera descendencia fruto de la relación. A este respecto, encontramos con base en una muestra de 100 casos (40 violaciones y 60 estupros) del período de 1900-1950 que la violación y el estupro eran sancionados principalmente con la cárcel (59%). Sin embargo, durante dicho

---

8 *Código General de Costa Rica (1841)*. Nueva York: Imprenta de Wynkoop, Hallenbeck y Thomas, 1858 (citado en adelante como Código General de 1841). Cfr. Jackson (2000); Foucault (1977); Cruz (1989); Palmer (1996); Rodríguez (2000b: 22-29); Marín (1994; 2001: 34-36, 61-62).

9 Gil (1994: 108); Rodríguez (1994; 2000b: 15-34); Marín (1994; 2001).

10 *Código Penal de la República de Costa Rica. Año de 1880*. San José: Tipografía Lehmann, 1914 (citado en adelante como Código Penal de 1880).

período, una proporción significativa de estas denuncias eran declaradas sobreesidas o prescritas (40%) “no resultando de lo actuado, mérito para proceder contra el indiciado”.<sup>11</sup>

### 3. Niñez romántica e invención de la delincuencia juvenil: “inocente” *versus* “delincuente” y “prostituta” *versus* “ladrón”

La expansión de las políticas sociales y de la doctrina de “higienización y salubrización social” promovida por los liberales y eugenistas de fines del siglo XIX se vio legitimada en gran medida a través de la emergencia y exaltación de la noción de “maternidad científica” y la reconceptualización de la noción de niñez, basada en el concepto romántico de la misma.<sup>12</sup> Esta noción “romántica” de la niñez suponía la inocencia innata de los niños y niñas desde que nacen (Jackson 2000: 5, 95). La creciente aceptación de estas nociones se vio en parte reflejada en el florecimiento del movimiento de beneficencia infantil y en una creciente persecución y sanción del abandono infantil a fines del siglo XIX.<sup>13</sup>

La construcción social e “invención” histórica de las nociones de “delincuente” y “delincuencia juvenil” surge precisamente como contraparte de la noción “romántica” de niñez y de niño “inocente”. El término de “delincuente juvenil” se refiere usualmente a los ofensores juveniles y a los niños provenientes de

las secciones más pobres de la sociedad, de la calle y semi-criminales, a quienes las clases medias encontraban imposibles de definir como “inocentes”. Aún si los niños nacían en un estado natural de inocencia, esta inocencia estaba claramente abierta a la corrupción: por sus iguales, padres o el ambiente (Jackson 2000: 95).

Por lo tanto, las y los delincuentes juveniles eran percibidos como “amenazas sociales”, por lo que debían ser reformados y reeducados en escuelas tipo reformatorios. No obstante, y como podremos apreciar más adelante, los modelos de delincuencia juvenil variaban de acuerdo al género, demarcándose entre la “muchacha prostituta” y el

11 Archivo Nacional de Costa Rica (ANCR), San José, Juzgado del Crimen, Exp. 7699, 3/3/1875, f. 7.

12 Rodríguez (2001b); Barrantes et al. (1997); Jackson (2000: 4-5); Lavrin (1995: 97-124); Besse (1996: 89-109).

13 Barrantes et al. (1997); Rodríguez (2001b: 231-238).

“muchacho ladrón”. De acuerdo con Louise A. Jackson, en el caso de la Inglaterra victoriana,

la delincuencia de los muchachos tendía a estar asociada con la actividad criminal del robo, mientras que la delincuencia de las muchachas estaba asociada con la precocidad sexual, vagar por las calles y vivir en “alrededores inmorales”. La reputación o la respetabilidad del hombre joven dependía de la honestidad y la veracidad con respecto al dinero. Para las muchachas, la reputación estaba basada en la respetabilidad sexual (Jackson 2000: 96).

Por lo tanto, “la asociación entre delincuencia, corrupción y conocimiento carnal tuvo un impacto significativo en el tratamiento de la niña víctima de abuso sexual” (ibídem: 6).

#### **4. Género e invención de la delincuencia juvenil femenina vistos a través de los casos de violación, estupro e incesto entre los períodos de 1800-1850 y 1900-1950**

##### *4.1 Tendencias*

En términos generales se puede afirmar que, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y en el marco de una creciente persecución de los “delitos contra la moral, el honor y la familia”, se da un incremento de las denuncias por abuso sexual. En este sentido destaca que dichas denuncias aumentaron a partir de la década de 1850, y particularmente en las décadas de 1880 y 1890, concentrando estas últimas el 50,6% del total de las demandas del período de 1800-1899. Posteriormente, las décadas de 1910 y 1920 concentran el 59,4% del total de las demandas del período de 1900-1950. Esta tendencia ascendente también ha sido encontrada en países como Inglaterra (Jackson 2000: 4-8, 18-24, 29-30) y en los casos de divorcio en Costa Rica del período de 1800-1950 (Rodríguez 2001a: 244). Además, el número de denuncias prácticamente se duplica entre las décadas de 1840 y 1850, y las de 1900 y 1910.

En consecuencia, al igual que Louise A. Jackson encontró para el caso inglés del siglo XIX y principios del siglo XX, se podría afirmar que, en el caso costarricense, una mayor denuncia y visibilización del abuso sexual a partir de la segunda mitad del siglo XIX fue producto de una mayor intervención del Estado liberal en la regulación de la moral sexual y doméstica y “de la coalición de intereses entre la pureza social de las sociedades y el florecimiento del movimiento de bene-

ficencia infantil, [...] la emergencia del concepto romántico de niñez y su creciente [aceptación] en las mentes del siglo XIX” (Jackson 2000: 4-5).

En cuanto a la ubicación geográfica de las demandas, del total de 210 casos correspondientes a los períodos de 1800-1850 y 1900-1950, la mayoría de las acusaciones (85,2%) fueron planteadas en el Valle Central (San José, Heredia, Alajuela y Cartago), principalmente en San José (43,8%). El resto de las denuncias correspondieron a las regiones periféricas, es decir, Guanacaste, Puntarenas y Limón (14,8%).

Con respecto a una ocupación u oficio que permita dilucidar el origen social de las partes involucradas en estas denuncias, la información es insuficiente sobre todo con relación al período de 1800-1850. No obstante, a pesar de esta limitación, parece claro que, en los 13 casos analizados, las familias de las ofendidas y los agresores eran de diverso origen social, principalmente campesino. Con respecto al período de 1900-1950 esta información si aparecía consignada la mayoría de las veces, y los acusados reportaron un origen social diverso a través de sus ocupaciones, entre las cuales destacan las de agricultor (42%), artesano (18%), jornalero (17%), otros (17%), comerciante (3%) y desconocido (3%).

En contraposición con algunas sociedades de la Europa Occidental preindustrial, en Costa Rica el estupro o violación era llevado a cabo por un individuo, en privado o a solas y en un entorno claramente familiar, no por una pandilla o banda de varones que abusaban de la víctima en forma bastante pública. De acuerdo con los datos aportados por los juicios, las víctimas eran niñas o jóvenes solteras que conocían a sus agresores, ya que éstos eran con frecuencia sus parientes, pretendientes o novios. En este sentido resalta que durante el período de 1800-1850 los agresores eran en su mayoría parientes de las víctimas (69,2%), debido en parte al mayor peso de los casos de incesto. Sin embargo, según la muestra de 100 casos de estupro y violación del período de 1900-1950, los más denunciados fueron los pretendientes o novios (59%).

Además, de acuerdo con la muestra total de 113 denuncias de los períodos de 1800-1850 y 1900-1950, los agresores se encontraban generalmente en una posición de autoridad con respecto a las víctimas: no sólo se trataba de varones cabezas de familia, sino de individuos cuya edad tendía a superar dos o tres veces la de las víctimas,

ya que un 66,4% de los acusados reportaron edades entre los 20 y los 40 años. En contraste, entre los 103 casos de los que conocemos la edad de las víctimas, la misma era igual o inferior a 19 años en un 78,8%, (26,6% tenían entre 12 y 15 años, y 42,5% entre 16 y 19 años).

Como ocurría en otras partes, en Costa Rica no era frecuente que la víctima planteara la denuncia, ya que en los 1.440 casos localizados para el período de 1800-1950 sólo encontramos 7 víctimas que lo hicieron (0,5%). Por otra parte, destaca que las declaraciones de las víctimas eran excepcionales durante el período de 1800-1850, pero que a partir del Código Penal de 1880 la parte ofendida debía declarar. No obstante, dada la naturaleza de este tipo de delitos y la frecuente intervención de un vocero masculino como representante de la víctima, no siempre queda claro en las declaraciones cómo se sentía y se expresaba la víctima acerca de la experiencia del abuso sexual.

#### *4.2 Víctimas, agresores y percepciones en el escenario judicial: el papel del honor y la reconceptualización de las nociones de violación y estupro*

En esta sección analizaremos el papel que tuvieron el honor y la reconceptualización de las nociones de violación y estupro en cuanto a cómo eran percibidas y juzgadas las víctimas de abuso sexual. Con respecto a la influencia que tuvo el honor puede señalarse que, de manera similar a otras sociedades de América Latina y de Europa Occidental, las denuncias se planteaban en un marco socio-cultural en donde era muy importante para las familias preservar su honor y posición social en un contexto que tenía un fuerte carácter corporativo. En consecuencia, hasta siglos recientes, la violación y el estupro u otras formas de abuso sexual eran consideradas “más como un agravio a la familia de la víctima en general, especialmente hacia el hombre cabeza de familia, padre o marido de la mujer, que como un crimen contra la mujer” (Lorente/Lorente 1999: 127).

En efecto, de acuerdo con nuestras investigaciones se ha encontrado que el honor era un factor clave en el proceso de elección de la pareja, ya que los novios, indiferentemente de su condición social, lo conceptuaban como vinculado con la virtud femenina y en términos más corporativos (familiares y comunales) que individuales.<sup>14</sup> El con-

---

14 Rodríguez (2000b: 87-89); Caulfield (2000: 34-42).

trol masculino sobre la sexualidad femenina (por parte de padres, esposos u otros parientes varones) era uno de los criterios básicos para reconocer y preservar el honor social, familiar y comunal. En tal contexto, la pérdida de la virginidad de una hija soltera suponía un deterioro del prestigio familiar y comunal, una desvalorización social para la familia misma. Como lo ha señalado Verena Martínez-Alier (1974), la integridad familiar era preservada mediante la protección de la integridad moral de sus mujeres, dado que (presumiblemente por razones biológicas) era por medio de las mujeres que los atributos familiares se transmitían de generación en generación (Martínez-Alier 1974: 118). Cualquier duda acerca de la integridad sexual de una mujer la hacía inelegible a los ojos de toda familia decente, razón por la cual su valor en el mercado matrimonial disminuía (Rodríguez 2000b: 88).

La reconceptualización de las nociones de estupro y violación entre la Colonia y el siglo XIX también tuvo un gran peso en cómo eran percibidas y juzgadas las víctimas de abuso sexual. A este respecto destaca, según la evidencia encontrada en los 13 casos de estupro e incesto del período de 1800-1850 y en otros estudios realizados para México (Castañeda 1989: 59, 76-77), la tendencia de que por lo general los términos “violación” o “violar” no fueron empleados por las autoridades, las víctimas, los agresores o los testigos ni en la acusación ni durante el proceso posterior. En su lugar se utilizaban los términos de “estupro” e “incesto”, “rapto con abuso”, “abuso deshonesto” y “raptor”, los cuales eran citados en el Código General de 1841.<sup>15</sup>

De acuerdo con el derecho canónico y la evidencia encontrada en los casos de la primera mitad del siglo XIX, el incesto era definido como la relación sexual entre hombres y mujeres que tenían algún parentesco por afinidad o consanguinidad. Sin embargo, como han señalado otros investigadores, el incesto también se encontraba implícito en el matrimonio entre parientes por afinidad o consanguinidad. Este tipo de relaciones incestuosas no era excepcional en la Costa Rica de los siglos XVIII y XIX, dado el carácter endogámico de las comunidades campesinas.<sup>16</sup> En contraste con el incesto, el estupro era conceptualizado como la relación sexual forzosa que un hombre ejerce

---

15 Parte II, Libro III, Tít. I, Arts. 552-558.

16 Morris (1992: 139-140); Rodríguez (2000b: 61-84).

contra una joven soltera y virgen, o viuda honrada con la cual no tiene ningún parentesco.<sup>17</sup>

Durante la segunda mitad del siglo XIX, y particularmente a partir del Código Penal de 1880, ocurre una reconceptualización legal del estupro y la violación. A este respecto, las investigaciones recientes han demostrado que la edad, la capacidad de consentir el acto sexual, la promesa matrimonial, la virginidad y la penetración con coito, tenían un papel fundamental a la hora de determinar cuándo se estaba ante un caso de estupro o violación. Esto suponía responder a la pregunta crucial de ¿en qué momento una niña se convertía en mujer? Para los juristas y los médicos, esta edad correspondía a los 12 años, debido a que entonces la mujer se encontraba apta para quedar embarazada y contaba con un juicio maduro para consentir el acto sexual.<sup>18</sup> También el uso de la fuerza era vital para determinar el tipo de estupro, si era simple o producto de la seducción o el engaño y podía implicar la desfloración de la víctima, o si era de tipo violento o calificado, o lo que actualmente se denomina violación (Reynoso 2001: 52-53).

De acuerdo con el Código Penal de 1880, la violación se producía cuando la víctima era menor de 12 años y era obligada al acceso carnal mediante la fuerza, por lo que al ser seducida no podía ser considerada responsable del hecho por su falta de madurez en la capacidad de consentimiento. El estupro se producía cuando una doncella o mujer honesta mayor de 12 años y menor de 20 años era obligada mediante la fuerza o promesa de matrimonio al acceso carnal. El incesto tenía lugar si la víctima era mayor de 20 años y era obligada mediante la

---

17 Aunque la palabra “violar” rara vez se empleaba durante los procesos judiciales, su definición sí se registra en el Diccionario de la Real Academia Española. Así, en las ediciones de 1780 y 1803, se define como “corromper por fuerza á alguna muger, especialmente doncella”. En la edición de 1852, “violar” se entiende como “gozar por fuerza á alguna muger, especialmente doncella”. Véanse: *Diccionario de la Lengua Castellana, Compuesto por la Real Academia Española, Reducido a un tomo para su más fácil uso* (Madrid, D. Joaquín Ibarra, Impresor de Cámara de S. M. y de la Real Academia, 1780); *Diccionario de la Lengua Castellana, Compuesto por la Real Academia Española, Reducido a un tomo para su más fácil uso*, 4a. ed. (Madrid, Viuda de Don Joaquín Ibarra, Impresora de la Real Academia, 1803); *Diccionario de la Lengua Castellana por la Academia Española*, 10a. ed. (Madrid, La Imprenta Nacional, 1852).

18 Código Penal de 1880, Arts. 382 y 384; Reynoso (2001: 77-79); Lorente/Lorente (1999: 160-171); Jackson (2000: 12-14, 16-17, 24-25).

fuerza o promesa de matrimonio al acceso carnal por un agresor al que la ligaba una relación de parentesco por afinidad o consanguinidad.<sup>19</sup>

No obstante, es importante mencionar que las edades se modificaron, por cuanto en el Código Penal de 1924 se determinaba que la violación se cometía contra una persona de uno u otro sexo menor de 15 años, con lo cual se avanzó en eliminar la distinción por sexo, pero en cuanto al estupro se mantuvo como aquel que era cometido contra una doncella mayor de 15 y menor de 21 años. En el Código Penal de 1941 se determinó nuevamente que la violación se cometía contra una persona menor de 12 años y el estupro contra una doncella mayor de 12 años y menor de 18 años.<sup>20</sup>

*4.3 Las sentencias de las niñas y muchachas abusadas:  
víctimas inocentes/amenazas corruptoras, víctimas convictas/  
codelincuentes*

Como se pudo apreciar anteriormente, en el establecimiento de las sentencias que determinaban la culpabilidad o inocencia de las víctimas de abuso sexual influían diversos aspectos contemplados en la legislación penal, entre éstos si la víctima 1) era menor o mayor de 12 y 15 años, con el fin de calificar el delito de violación o estupro; 2) si tenía capacidad o madurez para consentir o no al acto; 3) si se

<sup>19</sup> Código Penal de 1880, Arts. 382, 384, 385, 388, 391 y 392.

<sup>20</sup> En los códigos penales de 1924 y 1941 se mantienen las bases de tipificación de los delitos de violación, estupro e incesto. Sin embargo, se especifica más la tipificación del estupro al señalarse que: “será responsable de estupro, incurriendo en la pena de prisión en sus grados segundo a tercero: 1º El que tuviere acceso carnal con una doncella mayor de quince, pero menor de diez y ocho años. 2º El que tuviere acceso carnal con una doncella de diez y ocho o más años, que no haya alcanzado la edad de veintiuno, siempre que haya mediado promesa matrimonial o cualquier modo de seducción por engaño [...] Art. 303. Para los efectos del artículo anterior, se presumirá ser doncella toda mujer honesta, de buena fama y soltera, que no hubiere sido madre” (*Código Penal de la República de Costa Rica. Año de 1924*. San José: Imprenta María v. de Lines, 1924, citado en adelante como Código Penal de 1924). Es necesario aclarar que la edad para tipificar los delitos de violación y estupro varía en los códigos penales. En el Código Penal de 1924, la violación es perpetrada a menores de 15 años y el estupro a mayores de 15 años y menores de 21 (Tít. III, Arts. 300 y 302); mientras que en el Código Penal de 1941 la violación es perpetrada a menores de 12 años y el estupro a mayores de 12 años y menores de 18 (Tít. II, Arts. 216 y 219). Véase también *Código Penal de la República de Costa Rica de 1941*. San José: Imprenta Nacional, 1941 (citado en adelante como Código Penal de 1941), Arts. 216 y 219.



resistió o no al abuso; 4) si el agresor utilizó la fuerza, intimidación y el engaño; 5) si la víctima era de buena conducta y una doncella virgen; y 6) si un examen médico dictaminaba que había sido abusada recientemente y si en el abuso había mediado la penetración coital con la consecuente desfloración de la víctima.

No obstante, puede argumentarse que un factor que también tenía un peso decisivo para el establecimiento del veredicto era cómo eran percibidos el carácter y la reputación de la víctima y del acusado (Jackson 2000: 90-91). En este sentido, la evidencia encontrada en los casos estudiados revela que durante el proceso judicial y el establecimiento de la sentencia, tuvieron un gran peso la reputación moral y la percepción ambigua de la niña o muchacha como víctima inocente y amenaza corruptora (ibídem: 7).

En efecto, aunque el abuso sexual de un inocente era visto como uno de los peores y más brutales crímenes cometidos contra los niños y las niñas o la niñez, la víctima femenina real era vista en forma problemática, debido a que el acto del abuso sexual suponía la construcción de la niña como una víctima indefensa y a la vez corrompida en su inocencia. En consecuencia,

la niña abusada sexualmente era vista como una presencia contaminadora y un peligro particular para los otros niños. La construcción de la niñez en términos de la inocencia sexual dependía de la asociación de la adultez con el conocimiento y la experiencia. Las niñas que perdían su inocencia no podían ser consideradas 'niñas', y, en su lugar llegaban a ser desubicadas sociales que necesitaban un reentrenamiento y reforma en una institución especializada. En términos de la edad, el cuerpo y la apariencia eran aún niñas, pero en términos de mentalidad y moralidad, eran vistas como seres 'desnaturalizados', adultas prematuras, quienes no tenían y no tuvieron los beneficios de un desarrollo 'saludable' y 'normal' (ibídem: 6-7).

Sin embargo, al igual que en el caso de la Inglaterra de la época victoriana,<sup>21</sup> y con base en el análisis de la legislación, se puede afirmar que en el establecimiento de una sentencia, a mayor edad de la víctima, mayor era el peso de esta percepción ambigua entre niña víctima inocente/corruptora. Así, la víctima era considerada codelincuente, "cómplice" del abuso, con lo cual se llegaba a atenuar e invertir la responsabilidad del adulto. Esto se refleja particularmente en los casos en los cuales la reputación de la víctima era percibida como dudosa, o

---

21 Manhood (1990); Jackson (2000: 6, 91).

bien se sospechaba que ejercía la prostitución, por lo que las penas eran muy leves o inexistentes.<sup>22</sup> También en los casos de estupro se evidencia este desbalance en el establecimiento del castigo, ya que las penas de cárcel y multa para el agresor tendían a ser más elevadas en el delito de violación que en el delito de estupro. Por otra parte, los años de cárcel tendieron a aumentar de un código a otro: la pena de cárcel por violación pasó de 4 a 10 años como máximo; y por estupro de 2 a 5,3 años, pero se mantuvo en 4 años en el Código Penal de 1941.<sup>23</sup>

---

22 Esta tendencia se debe en parte a que las mujeres de “dudosa reputación” no se calificaban como “mujeres honestas”, que era la base para establecer una sanción. Para una mayor discusión sobre los mecanismos de control social e higiene dirigidos hacia las mujeres, particularmente las mujeres solas, concubinas, madres solteras y prostitutas en San José, Costa Rica, entre 1860-1949, véase: Marín (2001: 139-207). Para otras sociedades, véanse Walkowitz (1993: 369-398); Littlewood/Manhood (1991); Caulfield (2000: 79-144).

23 A este respecto los códigos determinaban que:

“Artículo 419. El que usare deshonestamente de **niña** que no haya cumplido la edad de **doce años**, sufrirá la pena de **uno a cuatro años de presidio**, o **multa** de dos a ochocientos pesos, sin perjuicio de la pena que mereciere por el daño causado. El que usare deshonestamente y violentamente de una **mujer mayor de doce años**, y menor de diez y siete, será castigado con **uno a dos años de reclusión**, o **multa** de uno a doscientos pesos.

Artículo 420. El que abusare del mismo modo de una mujer honesta, aunque sea mayor de diez y siete años, sufrirá la pena de reclusión o multa del artículo anterior. Si la violentada fuere **mujer pública**, conocida por tal, será **castigado el reo solamente con dos meses de arresto, o veinte pesos de multa**, por la violencia. El que sedujere a una mujer honesta mayor de edad de la pubertad, y menor de diez y siete años, y tubiere con ella cópula carnal, será desterrado por un año, o pagará cien pesos de multa” (Código General de 1841, Libro II, Tit. VII, Arts. 419 y 420).

“Artículo 382. La **violación** de una mujer será castigada con la pena de presidio interior menor en su grado máximo [3°, o sea **2,8 años a 4 años**] a presidio interior mayor en su grado medio [5°, o sea 6 años y 1 día a 8 años] [...] 3° Cuando sea menor de doce años cumplidos [...].

Artículo 384. El **estupro** de una doncella **mayor de doce años y menor de veinte**, interviniendo engaño, será castigado con presidio interior menor en cualquiera de sus grados [1°-3°, o sea de **2 meses 1 día a 4 años**]” (Código Penal de 1880, Libro I, Tit. VII, Arts. 382 y 384).

“Artículo 300. Se califica de **violación** el acceso carnal habido con persona de uno u otro sexo, cuando esta no hubiere llegado a la edad de **quince años**, o cuando se hallare privada de razón o de sentido, o cuando por enfermedad o cualquier impedimento suficiente fuere incapaz de resistencia o cuando para efectuar el concubito se haya usado de fuerza o de intimidación. La violación en

De esta manera, cuando se estaba ante una denuncia por violación en la cual el abuso había sido perpetrado contra niñas menores de 12 y de 15 años, el peso de esta noción ambigua de víctima inocente/co-rruptora pareció estar un poco más mitigado porque una niña de edad muy tierna o inferior a estas edades era por lo general impúber, por lo cual había mayores posibilidades de que la víctima fuera percibida en estado virgen, inocente sexualmente e íntegra moralmente. A este respecto es ilustrativa una apelación planteada en Alajuela en 1905 por un caso de violación contra una niña de tan sólo dos años y medio por un hombre de treinta años. Según el recuento de los hechos por los testigos, la madre de la niña y el agente de policía, todas las pruebas señalaban la culpabilidad del agresor, debido a que:

a) varios testigos vieron que aquel estuvo el día del hecho [...]; b) los niños [...], al salir de la casa vieron que el reo tomó a la niña, que se encontraba en el patio y se la llevó para el interior de la casa, que estaba solo en esos momentos; c) la madre de la niña al volver a la casa, de cierta di-

---

cualquiera de las indicadas formas se tendrá por consumada, desde que haya principio de ejecución.

Artículo 301. Al que incurriere en el delito de violación se le condenará a prisión en sus grados de cuarto a sexto [o sea 5,3 años y 1 día a 10 años] [...].

Artículo 302. Será responsable de estupro, incurriendo en la pena de prisión en sus grados segundo a tercero [o sea 2,1 años 1 día a 5.3 años]:

1°. El que tuviere acceso carnal con una doncella mayor de quince, pero menor de diez y ocho años.

2°. El que tuviere acceso carnal con una doncella de diez y ocho o más años, que no haya alcanzado la edad de veintiuno, siempre que haya mediado promesa matrimonial o cualquier modo de seducción o engaño” (Código Penal de 1924, Libro II, Tít. III, Arts. 300 y 302).

“Artículo 216. Comete **violación** y será reprimido con la pena de **cuatro a diez años** de prisión, el que tuviere acceso carnal con persona de uno u otro sexo en los casos siguientes:

1°. Cuando la víctima fuere **menor de doce años**.

2°. Cuando la persona ofendida se hallare privada de razón o de sentido, o cuando por enfermedad o cualquier otra causa, estuviere incapacitada para resistir.

3°. Cuando se usare la fuerza o intimidación [...].

Artículo 219. Comete **estupro** y será castigado con **prisión de uno a cuatro años**:

1°. El que tuviere acceso carnal con una doncella **mayor de doce años** y menor de quince.

2°. El que, mediante engaño grave o promesa de matrimonio, tuviere acceso carnal con una doncella mayor de quince años y menor de dieciocho.

Se presumirá doncella toda mujer honesta, de buena fama y soltera, que no hubiere sido madre” (Código Penal de 1941, Libro II, Tít. II, Arts. 216 y 219) Todos los énfasis son nuestros.

ligencia, encontró que el reo, –que huyó en seguida–, tenía a la niña “sentada sobre los regazos, llorando y derramando sangre”, ya completamente estuprada; y d) al Agente de Policía [...] le manifestó el reo, en el momento de ser capturado dentro de unos cafetales por donde huía, que “no se había ido porque no le habían dado tiempo, pero que hasta la cobija la tenía lista dentro de un bagazal”.<sup>24</sup>

Para los jueces, las actitudes evasivas y las justificaciones del acusado de no recordar el hecho alegando que estaba embriagado lo tendían a incriminar de “un delito tan atroz”, ya que

en vez de sostener su inculpabilidad con la entereza e indignación con que indudablemente habría procedido en caso de ser inocente de un delito tan atroz, se limita a manifestar que no recuerda ninguno de los hechos que aparecen bien probados, excusando su falta de memoria con la embriaguez a que dice se entregó el día del crimen.<sup>25</sup>

En contraste con los casos de violación, en las denuncias por estupro de niñas o muchachas mayores de 12 años y menores de 20 de acuerdo con el Código Penal de 1880,<sup>26</sup> estas percepciones de carácter ambiguo entre niña víctima inocente/corruptora tuvieron un mayor peso en el establecimiento de la sentencia y en que la víctima fuera considerada como “odelincuente”.<sup>27</sup> Estas percepciones se deben en parte a que estas víctimas por lo general no eran impúberes y a que por su edad se les asignaba una mayor responsabilidad sexual y sobre sus cuerpos, y también mayor madurez para acceder o no al acto. De ahí que había mayores posibilidades de que las víctimas no fueran percibidas como vírgenes, inocentes sexualmente e íntegras moralmente, sino más como sospechosas y odelincuentes de un delito del cual habían sido víctimas.

En consecuencia no extraña encontrar que, en contraste con los casos de violación, durante estos procesos judiciales las autoridades tendieron a enfatizar que la víctima de estupro debía probar sólidamente su condición de inocencia, de virginidad y de “mujer honesta” que había resistido al abuso, que había sido engañada, que había de-

---

24 Sentencias de Casación, 9/8/1905: 103.

25 Sentencias de Casación, 9/8/1905: 103.

26 Código Penal de 1880, Tit. VII, Arts. 382 y 384. Con respecto a los cambios en la edad para tipificar los delitos de violación y estupro en los códigos penales de 1924 y 1941, véase nota 20.

27 La utilización de este término de “odelincuente” ha sido sugerida por la Lic. Mayra Campos.

nunciado el hecho con prontitud, y que el examen médico demostrara una reciente desfloración con violencia y penetración coital. A este respecto es ilustrativa la denuncia planteada en Heredia en marzo de 1914 por la madre de una joven de 18 años por rapto y estupro cometido por el novio de 18 años, soltero y jornalero, ambos vecinos de Heredia. La ofendida llevaba relaciones amorosas con su novio por más de 10 meses y además éste le había ofrecido casarse y la

visitaba [en] la casa casi todas las noches, pero se retiró, [...] y cuando ella no lo veía, le escribía: que él la instó varias veces a que se fuera de la casa y que así se casaría con ella: que la noche del día anterior [...] se vio con [su novio], quien le manifestó que ya tenía la casa buscada para que se fuera con él, y en efecto, [a] ese lugar se fueron, [...] donde [su novio] tuvo acceso carnal con la declarante, siendo antes una doncella; y que esa misma noche fue detenida por la policía.<sup>28</sup>

El médico del pueblo dictaminó a la ofendida cuatro días después del hecho, asegurando que en el examen físico

no encontró contusiones ni señales que demuestren que haya tenido lucha con alguien; pero sí tenía el himen completamente desgarrado, siendo la fecha de su ruptura no menos de diez días, [...] queda en duda, por consiguiente, la doncellez de la ofendida.<sup>29</sup>

En consecuencia, basándose en este fuerte carácter moralista del dictamen médico, los jueces declararon sin lugar esta apelación al ponerse en duda que la ofendida fuera virgen antes de ser abusada y que hubiera mostrado resistencia al abuso. Los jueces argumentaron que en este caso,

para comprobar el cuerpo de los delitos de rapto y estupro es indispensable que conste por reconocimiento médico legal la doncellez de la ofendida en la fecha de la comisión de esos delitos, [...] [y el dictámen médico forense] se verificó el cuarto día después de la fecha.<sup>30</sup>

Por lo tanto, esta muchacha fue considerada codelincuente de un delito del cual había sido víctima, y destinada a sufrir durante su vida el deshonor y la revictimización de la sociedad. Con este tipo de sentencias, lo que se buscaba era la protección de “las buenas costumbres” y la buena honra de la familia, la cual en este caso las autoridades de-

---

28 Sentencias de Casación, Tomo I, 28/3/1914: 269.

29 Sentencias de Casación, Tomo I, 28/3/1914: 269.

30 Sentencias de Casación, Tomo I, 28/3/1914: 269.

terminaban que se había perdido por las actuaciones “deshonrosas” de la joven, no así del novio.

Aparte de la incidencia de estos aspectos que tendían a convertir a las víctimas en cómplices y a invertir o mitigar la responsabilidad del agresor, también se han encontrado sentencias en las cuales las sanciones abarcaban a las víctimas haciéndolas convictas, particularmente si eran mayores de 12 años y sospechosas de “no ser doncellas” y ejercer la prostitución. En este sentido, la legislación establecía que, con el fin de corregir su comportamiento, las niñas podían ser recluidas en una “casa honorable” bajo la vigilancia de mujeres respetables, una institución de beneficencia o reformatorio.

Las mujeres adultas cuya “reputación fuera considerada dudosa” podían ser condenadas a reclusión en un centro femenino o cárceles femeninas. Sin embargo, antes de la creación de los centros de reclusión femeninos, la tendencia fue a recluir a las mujeres en “casas honorables” o casas administradas por autoridades eclesiásticas. En efecto, durante el período de 1800 a 1860 las instituciones clericales tuvieron un papel muy importante en la regulación de la moral y las costumbres. Así, en 1836 el Estado declaró la creación del primer establecimiento para recluir a las mujeres “deshonestas o prostitutas”, el cual se ubicó en Cartago. Luego, la Casa Nacional de Reclusión de Mujeres fue la que tuvo mayor continuidad, entre 1873 y 1906, cuando se decretó su unificación con el Centro de Reclusión de “La Algodonera” dirigido por la Congregación del Buen Pastor (Marín 2001: 152-155). Los objetivos centrales de la reclusión de las mujeres en estos centros eran reformar, “educar y adiestrar tanto en lo moral como en lo laboral a las mujeres consideradas como descarriadas” (ibídem: 154).

Lamentablemente no disponemos de información acerca de las tendencias en la recepción de niñas y adolescentes en estas “casas honorables” o reformatorios. No obstante, el análisis de las denuncias nos permite apreciar cómo era el proceso que conducía a la condena de la víctima a “reclusión en una casa honorable”, particularmente cuando se trataba de jóvenes violadas o estupradas, mayores de 12 años y durante el período de 1800-1850.<sup>31</sup> Este tipo de castigo de

---

31 Es importante mencionar que aunque las autoridades podían contemplar la sanción de reclusión en una casa honorable, establecimiento de beneficencia o re-

reclusión se basaba en la creencia de que a estas niñas abusadas y corrompidas era necesario reformarlas y reentrenarlas moral y mentalmente en una casa o institución especializada, ya que eran consideradas seres desnaturalizados y adultas prematuras que no se habían beneficiado de un desarrollo normal y saludable (Jackson 2000: 7, 132-151).

En este sentido es ilustrativa una denuncia que planteó en San José en diciembre de 1830 una hija de 16 años contra su padre. La hija denunció que su padre la había abusado varias veces y durante varios años hasta que quedó embarazada. Ella mencionaba que la primera vez fue cuando estuvieron en la Candelaria (una zona alejada ubicada en Cartago),

cuando se fue con su padre a trabajar en un algodonal en la Candelaria y [...] desde la primera noche su padre abusó de ella. Al persistir tal atropellamiento se vino a decírselo a su madre, quien ha detenido otros intentos de [su padre] para abusar de ella, teniendo que irse a vivir con su tía.<sup>32</sup>

No obstante, en el juicio la madre no apoyó a su hija, argumentando que “su hija no le dijo nada del asunto al volver de la Candelaria y que empezó a sospechar desde que una noche encontró a su marido sentado en la orilla [sic: orilla] de la cama de su hija”.<sup>33</sup>

A pesar de esta declaración de la madre de la víctima, el tribunal de primera instancia condenó al padre a tres años de obras públicas y al pago de las costas del proceso (que ascendieron a 25 pesos 3 reales). Sin embargo, posteriormente, la Corte Suprema de Justicia modificó la sentencia, rebajándole el castigo al padre y extendiéndoselo a la hija, con lo cual las autoridades consideraron a la víctima como code-lincuente o “culpable del hecho”. El 13 de diciembre de 1831, los jueces afirmaron que tomando en consideración

---

formativo para las víctimas de violación, estupro e incesto, la evidencia encontrada parece sugerir que ésta se tendió a aplicar en forma creciente y desde la segunda mitad del siglo XIX en los casos en que una mujer u hombre cometía actos de sodomía, bestialidad, abusos deshonestos, corrupción y prostitución de menores, ya que la legislación contemplaba este tipo de castigos cuando se cometían estos delitos. Véanse: Código General de 1841, Libro II, Tít. VII, Arts. 421-422, 426-427; Código Penal de 1880, Libro I, Tít. VII, Arts. 386-389; Código Penal de 1924, Libro II, Tít. III, Arts. 313-319; Código Penal de 1941, Libro II, Tít. II, Arts. 228-234; Código de Policía de 1941, Libro I, Tít. III, Art. 51.

32 ANCR, Serie Jurídico, San José, Exp. 146, 1830, f. 2.

33 ANCR, Serie Jurídico, San José, Exp. 146, 1830, f. 2v.

la miseria e ignorancia del reo, [la Corte lo] condena [...] a un año de obras públicas y a [la víctima] a un año de reclusión, pues ésta también es culpable del hecho, ya que [...] los medios utilizados en el delito fueron los naturales.<sup>34</sup>

Por otra parte, en esta sentencia llama mucho la atención el hecho de que las autoridades atenuaran la gravedad del delito de abuso del padre contra su hija, en base al argumento de que “los medios utilizados en el delito fueron los naturales”. Este tipo de argumento revela que los jueces tenían total libertad para determinar cuándo un acto de abuso del “menor” podía ser considerado “contrario a la generación” (contrario a la “normalidad sexual”) (Campos 1999: 25). No obstante, pese a que en este caso mediaba la gravedad del abuso que un padre perpetró contra su hija, de un abuso incestuoso, el juez determinó por el contrario que el padre utilizó “los medios naturales”, con lo cual se justificaba el abuso y “uso” sexual de una menor por un adulto.

Una resolución de este tipo se sustentaba en parte en la fuerte influencia que tenía en las autoridades la noción patriarcal y adultocéntrica de que las niñas, niños y adolescentes eran “objeto de uso y propiedad de los adultos”,<sup>35</sup> con lo cual se tendía a legitimar la impunidad, desprotección y abuso por parte de las y los adultos. De esta manera,

el “niño o varón”, o “niña o mujer” pueden ser usados de modo “acorde” con la generación. [Así], [...] la niñez es concebida como un medio de satisfacción de los deseos de los adultos [...]. Los adultos están autorizados a usar a los niños, niñas y adolescentes conforme a lo aceptado por la generación [entendiéndose generación conforme a la “normalidad sexual”] (Campos 1999: 24-25).

Finalmente, es importante mencionar que la inversión de la responsabilidad del adulto hacia la víctima se patentiza en el hecho de que un abrumador 40% de la muestra de 100 casos de violación y estupro del período de 1900-1950 fueron sobreseídos, prescritos o absueltos. Esta tendencia fue más pronunciada particularmente en las denuncias de estupro, en las cuales 53,3% de los acusados fueron sobreseídos y

---

34 ANCR, Serie Jurídico, San José, Exp. 146, 1830, f. 3.

35 La visión del menor como “objeto de uso y propiedad” por parte del adulto, y por tanto del abuso del menor “utilizando medios naturales”, se encuentra claramente respaldada en el Art. 422 del Código General de 1841: “El que usare deshonestamente de niño o varón, o de niña o mujer por modos contrarios a la generación, o por vasos extraños, sufrirá la pena de cuatro a ocho años de presidio”.



absueltos, mientras que en las denuncias de violación sólo fueron sobreseídos y absueltos 22,5% de los acusados.

*4.4 Las sentencias a los agresores: culpabilidad/inocencia, poder/vulnerabilidad masculina ante la “malicia” femenina*

¿Cómo se defendían y eran sentenciados los acusados de estos delitos? En los casos analizados, los ofensores justificaron su conducta de diversas maneras. A veces afirmaban que las víctimas los habían provocado. Para los agresores también era muy importante afirmar que no habían forzado en manera alguna a la víctima con el fin de disminuir la gravedad del delito. Además, los que eran solteros tenían la ventaja adicional de que podían declarar que ellos le habían dado palabra de matrimonio a la ofendida. En ciertos casos encontramos defensas muy sorprendentes como aquellas en las que el ofensor argumentaba que no recordaba, o bien que se encontraba bajo los efectos de la embriaguez y que por eso había abusado de la víctima. A este respecto es ilustrativa la denuncia que mencionábamos anteriormente, planteada en diciembre de 1830, y en la cual una hija de 16 años denunciaba que su padre la había abusado varias veces, quedando embarazada. El padre explicó que

cuando fue a la Canderaria con su hija, solo había una cama por lo que ambos se acostaron en ella y que en sueño privado tarde de la noche, se persuadió o se soñó que estaba al lado de su mujer, en cullo sueño fue el estupro [y agregó que el hijo que esperaba su hija no era suyo].<sup>36</sup>

Por otra parte destaca que en las denuncias, particularmente por estupro, no bastaba la prueba del abuso mediante el examen médico, ya que también era fundamental demostrar que la víctima había sido engañada por cualquier medio, principalmente con la promesa matrimonial; de lo contrario, el acusado podía ser exonerado de culpa. Este fue por ejemplo el caso de una joven de 16 años de edad quien fue abusada por un hombre mayor, ambos vecinos de Alajuela. La apelación de este caso fue planteada por el padre de la víctima en abril de 1912 pero, a pesar de demostrarse el abuso a la menor, fue declarada sin lugar por los jueces con el argumento de que

---

36 ANCR, Serie Jurídico, San José, Exp. 146, 1830, f. 3.

para que exista el delito de estupro, [...] debe haber mediado engaño de parte del procesado; y esa circunstancia no ha sido comprobada, [...] pues en las probanzas a que ese respecto se registran en el expediente, si bien pueden demostrar la seducción llevada a cabo en perjuicio de la menor, no comprueban que aquella se efectuara mediante promesa matrimonial u otra semejante.<sup>37</sup>

Finalmente, en otras ocasiones, los agresores simplemente se declaraban inocentes. Aunque este tipo de argumento fue utilizado en algunos casos durante la primera mitad del siglo XIX, se empleó con más frecuencia durante el período de 1900-1950, cuando en el 62% del total de las denuncias los acusados se declararon inocentes. El incremento de esta tendencia se puede explicar en parte debido a las mismas características del proceso judicial, el cual requería que la parte demandada hiciera una declaración explícita de inocencia o culpabilidad. No obstante, debemos tener en cuenta que la aceptación de la culpabilidad por parte del ofensor, podría estar eventualmente motivada por la esperanza de obtener una sentencia más benigna.

En cuanto al tipo de sentencias aplicadas a los agresores, es necesario recordar que estamos en una etapa de transición entre el modelo disciplinario y el punitivo, y de pérdida de capacidad jurídica de los tribunales eclesiásticos frente a los civiles. En este sentido, encontramos que entre la Colonia y 1841, los tribunales eclesiásticos tuvieron mayor ingerencia en la resolución de este tipo de denuncias contra la moral y el honor (Rodríguez 2000b: 22-24), y se inclinaban por dictar sentencias más de corte disciplinario, es decir, disponiendo el matrimonio, la amonestación pública y el pago de una dote por parte del agresor, mientras que los tribunales civiles tendían a condenar en base a la legislación penal, la cual enfatizaba la sanción del delito con prisión, pago de multa y exilio o destierro.

Esta diferencia de énfasis en el carácter de las sentencias aplicadas por los tribunales eclesiásticos y civiles se puede apreciar en el caso de un hombre acusado en mayo de 1800 de abusar de una joven, por lo que se le impuso una condena que combinaba una amonestación pública con el pago de dinero. El obispo de Nicaragua señaló que el acusado era culpable del crimen de estupro “violando la virginidad a la [muchacha] [...], y en el delito de incesto, pues no ignorava que hera

---

37 Sentencias de Casación, Tomo I, 26/4/1912: 383.

sobrino de su muger”.<sup>38</sup> La cantidad que el ofensor tenía que pagar a la víctima (en el plazo de un año) fue fijada en 50 pesos por el vicario de Cartago, quien advirtió que tal suma le serviría de dote a la muchacha para tener más posibilidades de que otro aceptara casarse con ella. Por otra parte, en cuanto al tipo de amonestación pública a que debía ser sometido el agresor, el vicario dispuso, siguiendo instrucciones del obispo de León, que

en la parroquia de su vesindad [Heredia] en un día festivo haya de ponerse [el agresor] de rodillas con un hachon encendido todo el tiempo que durase el sacrificio [de la misa], y que fecho, confesara y comulgara el dicho [ofensor], con lo que se le tendra por avilitado para el uso matrimonial.<sup>39</sup>

Por otra parte, es necesario tomar en consideración que, aparte de que para la Iglesia y el Estado era muy importante el matrimonio y la estabilidad familiar, también para las familias lo era preservar su honor y posición social. Este tipo de sanciones se daban en un contexto que tenía un fuerte carácter corporativo y en el cual el honor era conceptualizado y vinculado con la virtud femenina, y visto en términos más corporativos (familiares y comunales) que individuales. Así, la pérdida de la virginidad de una hija soltera suponía un deterioro del prestigio familiar y comunal, una desvalorización social para la familia misma (Rodríguez 2000b: 87-88).

Es en este marco que debemos ubicar la sanción de la violación, el estupro y el incesto, los cuales “infringían los derechos de propiedad del hombre sobre una mujer” (Clark 1987: 7). Por lo tanto, para las familias afectadas era esencial que el daño ocasionado a sus “propiedades” y a su “honor” fuera resarcido de alguna forma, por ejemplo, mediante el pago de una cierta cantidad de dinero, que le serviría a la víctima como dote, o en caso de que fuera posible, obligando al agresor a casarse con la ofendida; disposiciones que se encontraban avaladas en los códigos penales.<sup>40</sup>

---

38 Archivo de la Curia Metropolitana (ACM), Heredia, Caja 38, 1800, f. 5.

39 ACM, Heredia, Caja 38, 1800, ff. 6 y 7.

40 Con respecto al pago de una multa o dote y al matrimonio del agresor con la víctima véanse: Código General de 1841, Libro II, Tit. VII, Arts. 419-420, 424-425; Código Penal de 1880, Libro I, Tit. VII, Arts. 391-392; Código Penal de 1924, Libro II, Tit. III, Art. 311; Código Penal de 1941, Libro II, Tit. II, Art. 225.

A este respecto es ilustrativa la denuncia planteada en octubre de 1800 contra un vecino de Heredia acusado de abusar a una joven bajo palabra de matrimonio, caso en el cual se probó el estupro pero no la promesa. El tribunal eclesiástico condenó al agresor “a casarse con [la víctima] o a dotarla con 50 pesos como una recompensa por el daño ocasionado en su honor”.<sup>41</sup> Desconocemos si posteriormente se efectuó el enlace, pero sin duda el monto de la multa era muy elevado, ya que en esa época el grueso de las familias campesinas tenían fortunas por debajo de los 200 pesos (Rodríguez 2000b: 41).

Por supuesto, el propósito de la Iglesia al imponer una multa tan alta era forzar al agresor al matrimonio; no obstante, en algunas sentencias de este tipo también se explicitaba lo que ocurría si la víctima se rehusaba al enlace. Este fue el caso de un joven que abusó de una muchacha en febrero de 1838, por lo que fue condenado a casarse con la ofendida a quien le había dado promesa de matrimonio y “restaurar” así en alguna medida el honor familiar y femenino. Pero “si la ofendida se niega a casarse con él, éste quedará libre y absuelto de toda responsabilidad”.<sup>42</sup> De esta forma, cuando la soltería del acusado lo permitía, la sentencia dictada presionaba tanto a éste como a la víctima y a su familia para que se efectuara el matrimonio, pero particularmente obligaba a la víctima a someterse aún más a una condición subyugante y discriminatoria.

Aunque no tenemos evidencia de que durante el período posterior se forzara al agresor a casarse con la víctima, lo que sí resulta importante destacar es que los códigos penales de 1880, 1924 y 1941 también mantuvieron la absolutoria del acusado en caso de que éste se casara con la víctima.<sup>43</sup> A este respecto es ilustrativa la apelación de una demanda de violación a una niña de 10 años de edad por un artesano soltero de 32 años, la cual fue planteada en Puntarenas en diciembre de 1910. La concubina del imputado, enterada de esta denuncia por la madre de la niña, trató de protegerlo aconsejándole a la madre que permitiera que la víctima se casara con él “para que el procesado se salvase de la acción penal; pero agregando que una vez

---

41 ACM, Heredia, Caja 38, 1800, f. 8.

42 ANCR, Serie Jurídico, Alajuela, Exp. 3537, 1838, f. 1.

43 Código Penal de 1880, Tít. VII, Art. 391; Código Penal de 1924, Tít. III, Art. 311; Código Penal de 1941, Tít. II, Art. 225.

casados, [...] se marcharían a Nicaragua, dejando burlada a la ofendida”.<sup>44</sup>

Finalmente, otra característica que destaca en las sentencias es que en un 30,8% de los casos del período de 1800-1850 no es posible saber el resultado final debido en parte a que entonces se estaba estructurando el sistema judicial con procedimientos y penas bien establecidas. Sin embargo, para el período de 1900-1950 una gran mayoría de los casos eran resueltos y sancionados con cárcel (59%), pero también una importante proporción del 40% de los acusados fueron sobreseídos y absueltos. El sobreseimiento y la absolución se explican porque una buena parte de las denuncias no eran aceptadas por falta de pruebas o bien porque la acción había sido planteada mucho tiempo después, por lo que no existía evidencia física del abuso sexual. Es decir que las sanciones se aplicaban en tanto se pudiera demostrar el resultado de la acción del abuso sexual con prueba de la penetración coital y que las lesiones provocadas por el abuso eran graves. Una tendencia similar se encontró en las demandas de divorcio civil de la primera mitad del siglo XX, en donde las causales de sevicia y malos tratos eran desestimadas o subvaloradas con frecuencia por falta de evidencia física del abuso (Rodríguez 2002).

### Bibliografía

- Arnot, Margaret L./Usborne, Cornelia (1999): “Why Gender and Crime? Aspects of an International Debate”. En: Arnot, Margaret L./Usborne, Cornelia (eds.): *Gender and Crime in Modern Europe*. London: UCL Press, pp. 1-43.
- Barrantes, Luis Oswaldo et al. (1997): “Liberalismo, políticas sociales y abandono infantil en Costa Rica (1890-1930)”. En: Rodríguez, Eugenia (ed.): *Entre silencios y voces. Género e historia en América Central (1750-1990)*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica, INAMU, pp. 79-112.
- Bashar, Nazife (1983): “Rape in England between 1550 and 1700”. En: The London Feminist History Group (ed.): *The Sexual Dynamics of History. Men's Power, Women's Resistance*. London: Pluto Press Limited, pp. 28-46.
- Besse, Susan (1996): *Restructuring Patriarchy. The Modernization of Gender Inequality in Brazil, 1914-1940*. Chapel Hill/London: The University of North Carolina Press.
- Brownmiller, Susan (1993): *Against Our Will. Men, Women and Rape*. New York: Ballantine Books Edition. [1ª edición: 1975].

---

44 Sentencias de Casación, Tomo I, 2/12/1910: 328.

- (1982): *A History of Women's Bodies*. New York: Basic Books.
- Burguière, André et al. (1982): *Familia y sexualidad en Nueva España. Memoria del Primer Simposio de Historia de las Mentalidades: "Familia, matrimonio y sexualidad en Nueva España"*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Campos, Mayra (1999): *La tolerancia en la normativa punitiva: abuso sexual infanto-juvenil (legislación y jurisprudencia: 1841-1941)*. San José: inédito.
- Castañeda, Carmen (1989): *Violación, estupro y sexualidad. Nueva Galicia 1790-1821*. Guadalajara: Editorial Hexágono.
- Caulfield, Sueann (2000): *In Defense of Honor. Sexual Morality, Modernity, and Nation in Early-Twentieth-Century Brazil*. Durham/London: Duke University Press.
- Cavallo, Sandra/Cerutti, Simona (1990): "Female Honor and the Social Control of Reproduction in Piedmont between 1600 and 1800". En: Muir, Eduard/Ruggiero, Guido (eds.): *Sex & Gender in Historical Perspective*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp. 73-109.
- Chambers, Sara C. (1999): *From Subjects to Citizens. Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru 1780-1854*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Clark, Anna (1987): *Women's Silence, Men's Violence in Early Modern England 1770-1845*. London: Pandora.
- Cruz, Fernando (1989): "El objetivo resocializador en los orígenes de la prisión. Primeros sistemas penitenciarios". En: *Revista Judicial*, 48, pp. 12-43.
- D'Cruze, Shani (1998): *Crimes of Outrage. Sex, Violence and Victorian Working Women*. London: UCL Press.
- Dowdeswell, Jane (1986): *Women on Rape*. New York: Thorsons Publishers Group.
- Emsley, Clive (1996): *Crime and Society in England 1750-1900*. Harlow: Longman.
- Findlay, Eileen J. (1999): *Imposing Decency. The Politics of Sexuality and Race in Puerto Rico, 1870-1920*. Durham/London: Duke University Press.
- Flandrin, Jean Louis (1984): *La Moral Sexual en Occidente*. Barcelona: Juan Granica Ediciones.
- Forster, Cindy (1999): "Violent and Violated Women: Justice and Gender in Rural Guatemala, 1936-1956". En: *Journal of Women's History*, 11, 3, pp. 55-77.
- Foucault, Michel (1977): *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*. Harmondsworth: Peregrine.
- Gil, José Daniel (1994): *Homicidio, asociación y conflicto en la provincia de Heredia. 1885-1915*. Tesis Doctoral en Historia. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona.
- Gordon, Linda (1988): *Heroes of their Own Lives. The Politics and History of Family Violence*. New York: Viking.
- Guy, Donna (1990): "Prostitution and Female Criminality in Buenos Aires, 1875-1937". En: Johnson, Lyman L. (ed.): *The Problem of Order in Changing Societies. Essays on Crime and Policing in Argentina and Uruguay, 1750-1940*. Albuquerque: The University of New Mexico Press, pp. 89-115.

- (2000): *White Slavery and Mothers Alive and Dead. The Troubled Meeting of Sex, Gender, Public Health, and Progress in Latin America*. Lincoln/London: University of Nebraska Press.
- Guy, Donna/Balderston, Daniel (eds.) (1997): *Sex and Sexuality in Latin America*. New York/London: New York University Press.
- Hunefelt, Christine (2000): *Liberalism in the Bedroom. Quarreling Spouses in Nineteenth-Century Lima*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Jackson, Louise A. (2000): *Child Sexual Abuse in Victorian England*. London/New York: Routledge.
- Johnson, Alan G. (1980): "On the Prevalence of Rape in the United States". En: *Signs*, 6, 1, pp. 136-146.
- Jones, Joanne (2000): "'She resisted with all her might': Sexual Violence Against Women in Late Nineteenth-Century Manchester and the Local Press". En: D' Cruze, Shani (ed.): *Everyday Violence in Britain, 1850-1950. Gender and Class*. Essex: Pearson Education Limited, pp. 104-118.
- King, Peter (1996): "Punishing Assault: The Transformation of Attitudes in the English Courts". En: *Journal of Interdisciplinary History*, 27, 1, pp. 43-74.
- Lavrin, Asunción (1991): *Sexualidad y matrimonio en la América Hispánica siglos XVI-XVIII*. México D.F.: Editorial Grijalbo.
- (1995): *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay, 1890-1940*. Lincoln/London: University of Nebraska Press.
- Littlewood, Barbara/Manhood, Linda (1991): "Prostitutes, Magdalenes and Waynard Girls: Dangerous Sexualities of Working Class Women in Victorian Scotland". En: *Gender & History*, 3, 2, pp. 160-173.
- Lorente, Miguel/Lorente, José Antonio (1999): *Agresión a la mujer: maltrato, violación y acoso*. Granada: Editorial Comares.
- Manhood, Linda (1990): *The Magdalenes. The Prostitution in the Nineteenth Century London*. London: Routledge.
- Marín, Juan José (1993): *Entre la disciplina y la respetabilidad. La prostitución en la ciudad de San José: 1939-1949*. Tesis de Licenciatura en Historia. San José: Universidad de Costa Rica.
- (1994): "Prostitución y pecado en la bella y próspera ciudad de San José (1850-1930)". En: Molina, Iván/Palmer, Steven (eds.): *El paso del cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José: Editorial Porvenir, pp. 47-80.
- (2001): *Civilizando a Costa Rica: la configuración de un sistema de control de las costumbres y la moral en la provincia de San José, 1860-1949*. Tesis de Doctorado en Historia. Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Martínez-Alier, Verena (1974): *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba. A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society*. London: Cambridge University Press.
- McCreery, David (1986): "Una vida de miseria y vergüenza: prostitución femenina en la ciudad de Guatemala, 1880-1920". En: *Mesoamérica*, 7, 11, pp. 35-60.

- Migden Socolow, Susan (1990): "Women and Crime: Buenos Aires, 1757-97". En: Johnson, Lyman L. (ed.): *The Problem of Order in Changing Societies. Essays on Crime and Policing in Argentina and Uruguay, 1750-1940*. Albuquerque: The University of New Mexico Press, pp. 1-18.
- Molina Jiménez, Iván (1991): *Costa Rica (1800-1850). El legado colonial y la génesis del capitalismo*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica.
- Morris, Polly (1992): "Incest or Survival Strategy? Plebeian Marriage within the Prohibited Degrees in Somerset, 1730-1835". En: Fout, John C. (ed.): *Forbidden History. The State, Society, and the Regulation of Sexuality in Modern Europe*. Chicago: Chicago University Press, pp. 139-169.
- Palmer, Steven (1996): "Confinement, Policing and the Emergence of Social Policy in Costa Rica, 1880-1935". En: Salvatore, Ricardo D./Aguirre, Carlos (eds.): *The Birth of the Penitentiary in Latin America. Essays on Criminology, Prison Reform, and Social Control, 1830-1940*. Austin: University of Texas Press, pp. 224-253.
- (1999): "Adiós *Laissez-faire*: La política social en Costa Rica, 1880-1940". En: *Revista de Historia de América*, 124, pp. 99-117.
- Pérez-Brignoli, Héctor (1981): "Deux siècles d'illégitimité au Costa Rica. 1770-1974". En: Dupâquier, Jacques (ed.): *Marriage and Remarriage in Populations of the Past*. London: Academic Press, pp. 481-493.
- Reynoso, Roberto (2001): *Delitos sexuales*. México D.F.: Editorial Porrúa.
- Rodríguez, Eugenia (1994): "'Tiyita bea lo que me han echo'. Estupro e incesto en Costa Rica (1800-1850)". En: Molina, Iván/Palmer, Steven (eds.): *El Paso del Cometa. Estado, política social y culturas populares en Costa Rica (1800-1950)*. San José: Editorial Porvenir, pp.19-45.
- (2000a): "Civilizing Domestic Life in the Central Valley of Costa Rica (1750-1850)". En: Dore, Elizabeth/ Molyneux, Maxine (eds.): *Hidden Histories of Gender and the State in Latin America*. Durham/London: Duke University Press, pp. 85-107.
- (2000b): *Hijas, novias y esposas. Familia, matrimonio y violencia doméstica en el Valle Central de Costa Rica (1750-1850)*. Heredia: EUNA, Plumsock Mesoamerican Studies.
- (2001a): "Reformando y secularizando el matrimonio. Divorcio y violencia doméstica en Costa Rica (1800-1950)". En: Gonzalbo, Pilar (ed.): *Familias iberoamericanas. Historia, identidad y conflicto*. México D.F.: El Colegio de México, pp. 231-275.
- (2001b): "Construyendo la identidad nacional. Redefiniendo la familia y las relaciones de género en Costa Rica (1890-1950)". En: Viales, Ronny (ed.): *Memoria del IV Simposio Panamericano de Historia*. México D.F.: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 211-255.
- (2002): "Lesión, contravención y delito. A propósito de la legislación y la regulación de la violencia de pareja en Costa Rica (1800-2000)". En: *Revista Parlamentaria*, 10, 1, pp. 205-235.



- Rossiaud, Jacques (1978): "Prostitution, Youth, and Society in the Towns of South-eastern France in the Fifteenth Century". En: Forster, Robert/Ranum, Orest (eds.): *Deviants and the Abandoned in French Society. Selections from the Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, pp. 1-46.
- Sanday, Peggy Reeves (1981): "The Socio-Cultural Context of Rape: A Cross-Cultural Study". En: *The Journal of Social Issues*, 37, 4, pp. 5-27.
- Tomaselli, Silvana/Porter, Roy (1986): *Rape*. New York: Basil Blackwell.
- Walkowitz, Judith (1992): *City of Dreadful Delight. Narratives of Sexual Danger in Late Victorian London*. London: Virago Press.
- (1993): "Dangerous Sexualities". En: Fraisse, Geneviève/Perrot, Michelle (eds.): *A History of Women in the West. IV. Emerging Feminism from Revolution to World War*. Cambridge/London: The Belknap Press of Harvard University Press, pp. 369-398.
- Weeks, Jeffrey (1981): *Sex, Politics and Society. The Regulation of Sexuality since 1800*. New York: Longman.



Eugenia Scarzanella

## **La infancia latinoamericana y la Sociedad de las Naciones: derechos, salud y bienestar**

En Ginebra, en la primera asamblea de la Sociedad de las Naciones (SN), el 18 de diciembre de 1920, se decidió que la nueva organización internacional se ocupara de la causa humanitaria de los niños afectados por la guerra.<sup>1</sup> En 1925 el secretario se hizo cargo de las tareas que hasta ese momento había desempeñado la Association Internationale pour la Protection de l'Enfance (AIPE), la cual había surgido por iniciativa del gobierno belga en 1921. A propuesta del delegado chileno Valdés-Mandeville, la asamblea votó, haciéndola propia, la Declaración de Ginebra, el primer documento internacional sobre los derechos de los niños redactado por la organización creada por Eglantyne Jebb, la Union Internationale des Secours aux Enfants (UISE) (o Save the Children).<sup>2</sup> En el mismo año de 1925 la SN creó una Commission Consultative de la Traite des Femmes et de la Protection de l'Enfance dividida al año siguiente en dos comités paralelos: Comité de la Traite des Femmes et des Enfants y Comité pour la Protection de l'Enfance (CPE).

También se ocupaban de la infancia otros comités y organizaciones de la misma Sociedad instituidos para afrontar cuestiones sanitarias, laborales y de cooperación cultural. Especialmente el Comité de Hygiène (CHSN) de la Organisation d'Hygiène de la Société des Na-

---

1 Una versión preliminar de este trabajo fue publicada en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, 14 (2003) 2.

2 La Declaración de Ginebra constaba de cinco puntos: 1. El niño debe ser puesto en condiciones de realizar normalmente su desarrollo físico y espiritual. 2. El niño que tiene hambre debe ser alimentado, el niño enfermo debe ser asistido; el niño retrasado en su educación debe ser alentado a proseguirla; el niño desviado de la buena senda debe ser vuelto a ella; el huérfano y el abandonado deben ser recogidos y socorridos. 3. El niño debe ser el primero en recibir socorros en toda ocasión de calamidad pública. 4. El niño debe ser puesto en condiciones de ganar la subsistencia y ser protegido contra toda clase de explotación. 5. El niño debe ser educado inculcándole el sentimiento del deber que tiene de poner sus mejores cualidades al servicio de sus hermanos.

tions (OHSN) se adjudicó el tema apremiante de la mortalidad infantil.<sup>3</sup>

El intento de coordinar las actividades existentes, públicas y privadas, de tutela de la infancia colocándolas bajo la égida de una organización única fue el fruto de las preocupaciones generadas por las graves consecuencias demográficas de la guerra y del interés de las naciones en tutelar su “capital humano”. La SN trató de conferir un auténtico carácter internacional a su acción en el campo de la protección de la infancia, invitando a colaborar en sus trabajos a representantes de países no europeos y fomentando investigaciones y misiones científicas de sus expertos en Asia y América Latina.

Por lo que se refiere a esta región, la SN podía contar con una tradición ya consolidada de estudios e iniciativas en este campo. Desde fines del siglo XIX los expertos latinoamericanos habían estudiado en universidades e instituciones médicas europeas, participado en los primeros congresos sobre la protección de la infancia y se habían adherido a las asociaciones internacionales antes mencionadas.

En 1916 y 1919 se habían celebrado dos Congresos Americanos del Niño en Buenos Aires y Montevideo respectivamente, en los que habían participado feministas, reformadores sociales y médicos. Países como Argentina y Uruguay habían creado además consultorios para lactantes, divisiones de maternidad en los hospitales, institutos de asistencia para niños abandonados, etc. (Coni 1921). En un primer tiempo, los gobiernos y los estudiosos latinoamericanos habían tenido como principal fuente de inspiración Europa. Luego, a partir de la primera década del siglo XX, también se habían inspirado en la experiencia de los Estados Unidos (Lenroot 1939). Este país había creado en 1912 una institución pública modelo, el Children's Bureau (USCB), y podía brindar su colaboración a los países sudamericanos en el sector de la sanidad materno-infantil a través del Pan American Sanitary Bureau (PASB).<sup>4</sup>

Aun sin adherir al pacto constitutivo de la SN, los Estados Unidos dieron a conocer a los otros países su modelo de tutela de la infancia e influyeron significativamente en la agenda de trabajos del Comité

---

3 La OHSN estaba formada por un Consejo, un Comité de Higiene y un Secretariado (David 2000: 301-302).

4 Kish Sklar (1993); Birn (2002). En realidad, el PASB no se ocupó de la salud materno-infantil como hubieran querido los países latinoamericanos.

pour la Protection de l'Enfance (CPE) a través de la American Red Cross (ARC), la Rockefeller Foundation (RF)<sup>5</sup> y la participación de representantes y expertos de la USCB en los órganos técnicos de la Sociedad.

Para los Estados Unidos, tal como para las potencias europeas, la filantropía y la cooperación en el campo social podían constituir un componente importante de la actividad diplomática y uno de los instrumentos a través de los cuales establecer relaciones preferenciales (y de influencia) con otros Estados.

Para los países de América Latina, intentar ser autónomos con respecto a los Estados Unidos significaba mantenerse relacionados con Europa. Miraban tanto a Washington como a Ginebra, tratando de sacar las mayores ventajas posibles de la competencia entre el internacionalismo y el panamericanismo en cuestiones humanitarias.<sup>6</sup>

El CPE no dedicó una atención específica a los problemas de los niños latinoamericanos, aunque la delegada uruguaya Paulina Luisi, única representante latinoamericana entre 1926 y 1933, a menudo se empeñó en proponer un punto de vista regional.<sup>7</sup>

El CHSN, en cambio, contó desde 1927 con la presencia en su seno de dos importantes estudiosos y dirigentes sanitarios latinoamericanos: el doctor Carlos Chagas, que en Brasil había llevado adelante importantes estudios sobre las enfermedades tropicales y la lepra, y el doctor Gregorio Aráoz Alfaro, eminente pediatra argentino y director del Consejo Nacional de Higiene de su país. Además, el director médico del CHSN, el polaco Ludwik Witold Rajchman, se comprometió personalmente en el desarrollo de la colaboración científica con las instituciones sanitarias latinoamericanas y en la creación de centros de estudio en ultramar bajo la égida de la SN, compitiendo con el PASB. A raíz de una propuesta de Aráoz Alfaro, Rajchman también proyectó constituir un Instituto Internacional de Puericultura de la SN, con sede

5 Ya durante la guerra ambas organizaciones habían introducido en Europa y particularmente en Francia el modelo estadounidense de tutela de la salud materno-infantil (Klaus 1993: 260-263).

6 La filantropía estadounidense servía para equilibrar los sentimientos adversos a los Estados Unidos de algunos sectores de la opinión pública latinoamericana (Abel 1995: 374).

7 Paulina Luisi, primera médica de Uruguay, fundó en 1916 el Consejo Nacional de Mujeres Uruguayas (Lavrín 1995: 216-219).

en Buenos Aires. Sin embargo, por razones financieras y organizativas esta institución no llegó a crearse.

En el segundo Congreso Americano del Niño (1919), otro médico pionero de la salud y tutela de la infancia en América Latina, el uruguayo Luis Morquio, había propuesto crear a nivel regional un organismo semejante al futuro CPE de la SN. Este proyecto sí se concretó, pero sólo en 1927 con la creación del Instituto Interamericano de Protección de la Infancia (IUPI).<sup>8</sup> La inauguración de este instituto, con sede en Montevideo, coincidió con la primera conferencia de la SN en Sudamérica, que fue organizada en la capital uruguaya por el CHSN y cuyo tema fue la mortalidad infantil.

A partir de ese momento, entre la SN y el IUPI, que se integró como asesor en el CPE, se desarrolló una efectiva colaboración. Al mismo tiempo, el IUPI mantuvo un estrecho contacto con la Unión Panamericana, a través de los Congresos Panamericanos del Niño, que se celebraron a continuación de los dos primeros en los años 1922, 1924, 1927, 1930, 1935 y 1942 (Guy 1998; Guy s.a.).

Después de la Segunda Guerra Mundial, el IUPI pasó a ser parte integrante de la Organización de los Estados Americanos, pero entre 1927 y 1939 había actuado como puente entre el continente americano, incluidos los Estados Unidos, y las instituciones de Ginebra.

Entre 1926 y 1933 había muchos temas en discusión en Ginebra: desde la puericultura hasta el derecho, pasando por la educación y la asistencia social. Sobre todo fueron las condiciones de la Europa de entreguerras las que dictaron las prioridades al elegir qué problemas poner en el orden del día. Mortalidad infantil y desnutrición habían llegado a ser, por ejemplo, por la hecatombe bélica, un problema urgente en los países europeos, mientras que los problemas jurídicos, como la obligación de asistencia y repatriación de menores, eran consecuencia de los desplazamientos internos de población que se producían al mismo tiempo. También el problema de la tutela de las madres trabajadoras, de los subsidios familiares y del desempleo juvenil reflejaban la realidad de un mundo urbano e industrializado atravesado después de 1929 por los efectos de la crisis. Por último, la preocupa-

---

<sup>8</sup> Se adherieron al IUPI Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Cuba, Ecuador, Estados Unidos, Perú, Uruguay y Venezuela. Gregorio Aráoz Alfaro y Luis Morquio fueron nombrados presidente y director del Instituto respectivamente.

ción por el papel del Estado no sólo en el campo de la educación, sino también en el de la salud, de la organización del tiempo libre y del deporte eran fruto del desarrollo del bienestar en Europa, tanto en los estados liberales como en los totalitarios.

Naturalmente, estas cuestiones no eran ajenas a América Latina, pero allí solían asumir un valor diferente. Se puede plantear la hipótesis de que el tinte eurocéntrico, las dificultades financieras y organizativas de la Sociedad y, por último, la escasa presencia de delegados de países de América Latina dificultaron el surgimiento de una discusión profunda y de estudios importantes sobre la infancia latinoamericana en el seno de la SN. Se puede suponer que una institución de dimensión regional como el IUPI, por el contrario, podía desarrollar mejor un trabajo de documentación e investigación específico en el subcontinente. En las páginas que siguen intento verificar estas hipótesis.

### **1. El CPE: derechos y bienestar infantil**

Entre 1926 y 1936, además del representante del IUPI, había un solo delegado latinoamericano en el CPE, la doctora Paulina Luisi de Uruguay. En 1934 el número de representantes de los Estados aumentó de 10 a 15 y de esta manera ingresó un delegado de Chile. Por último, con la creación en 1937 de la Commission Consultative des Questions Sociales (CQS), que también se hizo cargo de las tareas del anterior CPE, fueron nombrados otros dos representantes latinoamericanos, uno de Argentina y uno de México.

Para comprender la escasa presencia de los Estados latinoamericanos en el CPE hay que remontarse a la cuestión más general de su participación en la política ginebrina. A pesar de la entusiasta adhesión inicial a la Sociedad, surgieron algunos problemas. El hecho de que los Estados Unidos no ratificaran el tratado empujó a algunos países (en particular a los de Centroamérica) a distanciarse de Ginebra. Se criticó que en el artículo 21 del Pacto, se reconocía la validez de la Doctrina Monroe, y Argentina puso en tela de juicio las normas que según su opinión violaban el principio de igualdad entre los Estados participantes. Pero ya fuera como miembros iniciales, como invitados o con adhesiones posteriores (la más tardía fue la de México en 1931), todos los países latinoamericanos entraron en la Sociedad.

Pero hacia fines de los años veinte ya se había desvanecido el entusiasmo inicial. A partir de ese momento, el panamericanismo propuesto por Washington como alternativa al multilateralismo de la Liga comenzó a hacer brecha en los países del continente, de modo que se sucedieron los retiros, y en vísperas de la Segunda Guerra Mundial sólo seguían siendo miembros diez países: Argentina, Bolivia, Colombia, Cuba, República Dominicana, Ecuador, Haití, México, Panamá y Uruguay.

Pero volvamos a los trabajos del CPE. Los asuntos de los que habría debido ocuparse el CPE eran muchos: desde la salud de la primera infancia hasta el trabajo, los subsidios familiares, el cine, el tiempo libre, la educación biológica, la niñez abandonada y delincuente, el alcoholismo, la educación, etc. Enseguida surgieron dudas sobre la oportunidad de un radio de acción tan vasto. Emergieron conflictos de competencia con otros organismos de la SN, por ejemplo en cuanto al tema de la recreación o los subsidios familiares, que eran ya objeto de estudio por parte del Bureau International du Travail (BIT).<sup>9</sup> Hubo incluso resistencias por parte de algunos Estados poco dispuestos a someter a acuerdos internacionales cuestiones en las que entraban en juego no sólo la homogeneidad técnica de las distintas legislaciones, sino valores culturales y diferentes concepciones del papel de la familia frente a la autoridad del Estado. En 1933 se empezó a estudiar una reorganización de la comisión asesora para que fuera más representativa (con el ingreso de nuevos países) y para transformarla en centro de acción, estudio y documentación.

En 1937, por último, el CPE fue englobado en la nueva Commission Consultative des Questions Sociales (CQS). Los miembros pasaron de 15 (Estados Unidos, Reino Unido, Canadá, Chile, España, Francia, India, Italia, Japón, Polonia, Bélgica, Dinamarca, Rumania, Turquía y Uruguay) a 21, y la participación en la Comisión se reservó sólo a los representantes gubernamentales eliminando los llamados asesores, representantes de organizaciones no gubernamentales, como el IIPi.

---

9 También existían superposiciones con las competencias del CHSN (alcoholismo y ceguera), de la Commission Pénitenciaire Internationale (tribunales de menores) y el Institut International de Cinematographie Educative (los niños y el cine).



Tras todos estos cambios y reconsideraciones había distintos modos de concebir el papel de la SN en este campo: por un lado, estaban los gobiernos que, como el británico, inicialmente habían querido relegar el tema de la infancia a un segundo plano en las relaciones internacionales; por el otro, había expertos que presionaban para ampliar las temáticas del CPE desplazando el énfasis del análisis jurídico al estudio de los problemas sociales. Entre los expertos cupo un papel significativo a las mujeres, en particular, a las estadounidenses Grace Abbott y Julia Lathrop, respaldadas por la secretaria del CPE Rachel Crowdy (Miller 1992: 171-175), la inglesa Eleanor Rathbone y la uruguaya Paulina Luisi.<sup>10</sup>

El balance de la actividad del CPE indica que, pese a las ambiciones iniciales, actuó principalmente para discutir y documentar cuestiones (preferentemente de orden jurídico) relacionadas con los niños “marginales” (abandonados, ilegítimos, delincuentes). De esta manera se siguió en la misma dirección que habían dado al asunto las organizaciones no gubernamentales de fines del siglo XIX y principios del siguiente. Sin embargo, temas nuevos como los subsidios familiares y la nutrición, abrieron nuevos espacios a la intervención social y a la ideología del “whole child”, que provenía de la USCB y de sus representantes en el Comité (Miller 1995: 164-165).

¿Cuál fue el aporte de los delegados latinoamericanos al debate desarrollado en el Comité? ¿Cuáles de los temas tratados por el CPE resultaron de particular importancia para América Latina?

Por lo que se refiere a la primera cuestión, un papel destacado lo desempeñó la delegada uruguaya, Paulina Luisi. Era médica y feminista, y se mostró muy activa y polémica también en los trabajos del comité paralelo sobre la trata de blancas (Scarzanella 2000). En 1925 la delegada uruguaya propuso que la comisión asesora reuniese informaciones acerca de la legislación existente en distintos países sobre la edad del consentimiento al matrimonio. La cuestión tenía a su parecer doble importancia. Un límite de edad demasiado bajo impedía aplicar penas severas a los que se manchaban del delito de la trata (la edad del matrimonio servía de hecho como base para fijar el límite de irrespon-

---

10 Las Comisiones Consultivas sobre Cuestiones Sociales fueron las únicas en el ámbito de la SN que tuvieron una representación femenina igual a la masculina. Se trató además de una representación con competencias en el campo de las políticas de bienestar, en tanto que los hombres eran en su mayoría diplomáticos.

sabilidad de la víctima en tales delitos). En segundo lugar, los matrimonios precoces significaban embarazos precoces con graves riesgos para las madres y los hijos.

Gracias al apoyo de las asociaciones femeninas, Luisi consiguió que se enviara un cuestionario a los gobiernos, pero no que las legislaciones de los distintos países fueran unificadas (por otra parte, era fuerte la oposición de países como India y China a discutir cuestiones que se consideraban estrechamente relacionadas con valores culturales y que hacían alarde a este propósito de una abierta hostilidad hacia un supuesto imperialismo cultural de Occidente). Sin embargo, algunos países modificaron su legislación y entre éstos estaba justamente Uruguay, que en 1934 levantó el límite del consentimiento de los 12 a los 16 años (Luisi 1948: 211-215).

Otro tema que Luisi puso en el tapete era el de la así llamada educación biológica. Quería que el CPE estudiara la cuestión y recomendara a los gobiernos que la introdujeran en las escuelas. Pero la estrecha relación que muchos gobiernos establecían entre educación sexual y difusión de métodos de control de la natalidad condujo inevitablemente a que el CPE quitara casi inmediatamente el tema de su programa de trabajo y destinara la suma que la American Association for Social Hygiene había ofrecido para el estudio de la cuestión a un tema menos controvertido: el de los sistemas de protección de los menores en “peligro moral” o delincuentes.

La edad del consentimiento y la educación biológica eran temas de la agenda feminista de Luisi, pero al mismo tiempo también tenían una valencia específica para los países latinoamericanos, donde eran frecuentes los matrimonios precoces, corriente la trata de mujeres y altísimas la natalidad y la ilegitimidad. Luisi insistió muchas veces en el punto de vista “latinoamericano” también en otros campos. Por ejemplo, trató de que se ampliara la representación de los países de inmigración en el Comité que debía estudiar los dos proyectos de convención elaborados por el CPE acerca de la asistencia a los menores extranjeros y la ejecución de las sentencias sobre las obligaciones de alimentación en el extranjero, sosteniendo que de lo contrario existía el riesgo de que la cuestión se convirtiese en “asunto de un solo continente”.<sup>11</sup>

---

11 CPE, 7a sesión, 14-20 abril de 1931. Cfr. *CPE Papers*, C.297.M.139.1931.

Los datos reunidos por el CPE, como centro de documentación, ponen en evidencia la imagen de una América Latina contradictoria: atrasada en algunos sectores y avanzada en otros. En el plano jurídico, este fenómeno queda bien ilustrado por una reseña de leyes sobre los niños ilegítimos y sobre los tribunales y los códigos de los menores.

La cuestión de la situación legal del niño ilegítimo fue examinada a partir de 1927 en varias sesiones del CPE y dio origen a diversas investigaciones sobre las medidas existentes en distintos países, publicadas en un volumen en 1938.<sup>12</sup> Por lo que se refiere a los menores delincuentes, disponemos de un estudio de la SN de 1934.<sup>13</sup>

Los países de América Latina basaban su legislación en el Código de Napoleón, que prohibía la investigación de la paternidad y restringía los derechos hereditarios de los hijos naturales. La tasa de ilegitimidad era mucho más alta que en Europa: 30% de todos los nacimientos en Argentina, Costa Rica, Uruguay, hasta 40% en Chile, hasta 50% en Cuba, 60% en Guatemala, Salvador y Venezuela (mientras que en Francia e Italia oscilaba entre el 5 y el 10%).

Puesto que los datos estadísticos indicaban que entre los niños ilegítimos la mortalidad era más alta, las recomendaciones de la SN para mejorar la protección jurídica de éstos se vinculaban directamente con la simultánea batalla contra la mortalidad infantil. Pero resultó difícil hacer mella en una praxis jurídica que tutelaba exclusivamente a los hijos nacidos en el seno del matrimonio.

Si sobre el asunto de los ilegítimos prevaleció la tradición jurídica europea, acerca de la cuestión de los menores delincuentes se hizo sentir, por el contrario, la influencia de Estado Unidos. Este país, que desde 1899 había creado tribunales de menores, constituyó, de hecho, la fuente de inspiración para casi todas las legislaciones adoptadas en este sector en América Latina a partir de los años veinte. La idea que acogieron los estudiosos y políticos sudamericanos era que los intereses del menor debían prevalecer sobre los de los padres, y que el Esta-

---

12 League of Nations, Advisory Committee on Social Questions: *Study on the Legal Position of the Illegitimate Child*, C.70.M.24., 1939, IV (Series LoN Publications, IV Social Questions, 1939, IV, 6).

13 League of Nations, Child Welfare Committee: *Institution for Erring and Delinquent Minors*, C.1.M.1, 1934, IV (Series LoN Publications, IV social, 1934, IV, 1).

do debía garantizar la tutela de dichos intereses.<sup>14</sup> Los países que entre las dos guerras crearon instituciones específicas (no sólo tribunales, sino también centros de detención y reeducación) para menores delincuentes fueron: Argentina en 1919, Colombia en 1920, Perú en 1924, México en 1926, Brasil en 1926 y Chile en 1929.

América Latina fue además un área en que se experimentó la definición de un estatuto del niño a través de la promulgación de códigos *ad hoc*: el primero fue el Código del Niño de Uruguay (1934). En este campo, el estímulo vino de los Congresos Panamericanos del Niño, que se celebraron a partir de los años treinta. También Brasil y Perú reordenaron y armonizaron la legislación sobre menores. Además de promulgar tales códigos, algunos países incorporaron en sus constituciones artículos sobre las obligaciones del Estado para con la infancia (Bolivia, Brasil, Cuba, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Uruguay). Por último, algunos países adoptaron leyes de seguro social y liberalizaron el sistema de adopción (por ejemplo, Uruguay).

En ningún país fue fácil centralizar los servicios de protección a la infancia. A diferencia de la USCB norteamericana, que al nacer no tuvo que competir con burocracias sanitarias preexistentes (Klaus 1993: 209), en América Latina la situación era más complicada. Los diversos ministerios entre los que se distribuían las competencias sobre la infancia (en primer término los de educación, a los que se fueron añadiendo durante los años veinte los de salud, trabajo y bienestar social), obstaculizaban la constitución de departamentos autónomos.

La batalla conducida por algunos médicos aislados, como el argentino Gregorio Aráoz Alfaro o el uruguayo Luis Morquio, para coordinar y racionalizar las actividades públicas y privadas para la infancia, tuvo éxito sólo a fines de los años treinta. El primer país en crear un Consejo del Niño fue Uruguay (1934), que paralelamente creó un Ministerio de Protección a la Infancia. Entre 1936 y 1940 siguieron su ejemplo Argentina, Venezuela, Bolivia, Costa Rica, Chile y Brasil.<sup>15</sup> Pero los nuevos organismos estatales, vieron la luz gene-

---

14 Los tribunales de menores habían sido objeto de congresos internacionales en París en 1911, en Bruselas en 1913 y nuevamente en Bruselas en 1921.

15 En 1936 Argentina creó una Dirección de Maternidad e Infancia. La siguieron Venezuela (Dirección Nacional de Puericultura), Bolivia (Patronato Nacional de Menores), México (Departamento de Asistencia Social Infantil), Costa Rica (Sección Maternidad de la Secretaría de Salubridad Pública y Protección Social)

ralmente en el cuadro de una ideología conservadora y corporativa, muy lejos de los ideales liberales y reformistas de los primeros propugnadores de la responsabilidad del Estado hacia las nuevas generaciones. En diversos países comenzaron a celebrarse el Día de la Madre y el del Niño o la Semana del Niño, y se instituyeron concursos y premios para el “niño sano”: en la liturgia de la nación las madres y los niños fueron elevados a nuevos símbolos de la patria.

El CPE no trató, salvo marginalmente, el tema de la eugenesia. Entre las dos guerras, la ciencia de Galton asumió, en cambio, una creciente importancia en el debate sobre la salud y la higiene popular, y marcó de manera diversa las políticas demográficas de muchos países. Diferente fue la actitud de la Unión Panamericana, que creó una Oficina Panamericana de Eugenesia y Homicultura, y convocó Conferencias Panamericanas sobre la cuestión,<sup>16</sup> en las que se examinaron también los aspectos de la eugenesia “negativa” (esterilización) además de los de la eugenesia “positiva” (como la higiene materno-infantil). Estos últimos aspectos asoman en los estudios de la SN y del IUPI sobre la mortalidad infantil. Pero tanto en Ginebra como en Montevideo se evitó discutir tanto de esterilización como de selección racial. Entre 1935 y 1937 Guatemala, Ecuador y Argentina introdujeron en su legislación el examen prenupcial como medida eugenética, pero por suerte ningún país siguió el ejemplo de los Estados Unidos en materia de esterilización.

## **2. El Comité d’Hygiène de la Sociedad de las Naciones y el estudio sobre la mortalidad infantil**

El Comité d’Hygiène de la SN había comenzado a estudiar las causas de la mortalidad infantil en base a una resolución adoptada por la Asamblea Permanente en septiembre de 1925. En primer lugar se convocó una pequeña conferencia de especialistas en septiembre de 1926, que recomendó estudios internacionales comparativos en algu-

---

en 1937, Paraguay en 1939 (Departamento de Defensa del Niño), Chile en 1940-1942 (Dirección General de Protección a la Infancia y Adolescencia) y Brasil en 1940 (Departamento Nacional de Criança). También en Nicaragua y Cuba existían comisiones protectoras y patronatos. Para un panorama de las instituciones dedicadas a la tutela de la maternidad y la infancia existentes en 1938 ver Oficina Sanitaria Panamericana (1939: 895-899).

16 En 1927 (La Habana), en 1935 (Buenos Aires) y en 1938 (Bogotá).

nos países europeos (Alemania, Austria, Gran Bretaña, Francia, Noruega, Países Bajos). A pedido de los miembros latinoamericanos, el CHSN decidió extender el estudio también a algunos países de América Latina (Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Paraguay y Uruguay).<sup>17</sup>

Dado el problema de las pérdidas demográficas debidas a la Gran Guerra, la cuestión principal para los países europeos era identificar los factores hereditarios y sociales de la mortalidad infantil (miseria y *surménage* de las madres, falta de asistencia en el momento del parto y a los recién nacidos). También en América Latina una de las primeras preocupaciones de los médicos higienistas era la mortalidad infantil, y en los Estados Unidos la USCB ya había dedicado al problema sus primeros estudios. Existía, por tanto, un amplio consenso entre los principales expertos del continente sobre la absoluta prioridad de someter la materia a un estudio científico comparativo.

La *Conférence des Experts Hygienistes en Matière de Protection de la Première Enfance*, que se inauguró en Montevideo en 1927, era la primera conferencia de la SN en América Latina y servía, por lo tanto, también para promover la organización del otro lado del océano y mostrar su utilidad a países todavía inseguros y escépticos con respecto a su adhesión. El gobierno de Uruguay dio mucha importancia a la reunión, la cual contó con la presencia de los dos máximos dirigentes de la OHSN: el presidente, el danés Thorval Madsen, y el director médico, el polaco Ludwik Witold Rajchman. Los oficios de anfitrión estuvieron a cargo del doctor Luis Morquio, experto en medicina infantil. Mientras se celebraba la conferencia (7 a 11 de junio) se inauguró el Instituto Interamericano de Protección a la Infancia (9 de junio). En Montevideo se estableció que el estudio sobre la mortalidad infantil se llevaría a cabo al año siguiente en cuatro países: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay. Se identificaron para cada país los distritos urbanos y rurales donde se recogerían las informaciones, selección que se realizó “on account of the particular ethnical character of the inhabitants and the sanitary and medical organization and the condi-

---

17 “Conferencia sobre mortalidad infantil, patrocinada por el Comité de Higiene de la Sociedad de las Naciones”. En: *Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia* (citado en adelante como BIIAPI), 1, 1 (julio de 1927: 116-121).

tions in the provinces chosen".<sup>18</sup> Se decidió, en cambio, aplazar el estudio previsto en otros dos países: los representantes de Bolivia, el doctor León Velazco Blanco, y de Paraguay, el profesor Andrés Gubetich, consideraron que para sus países era demasiado difícil recoger datos estadísticos de buena fuente.<sup>19</sup>

Como lógica evolución del encuentro de Montevideo se proyectó crear un Centro para la Puericultura con sede en Buenos Aires (la idea era del médico argentino Aráoz Alfaro y contaba con apoyo de su gobierno). Este centro debía constituir una escuela internacional, auspiciada por la SN, para combatir la mortalidad infantil entre la población rural e inmigratoria. Debía formar personal médico y sanitario, y organizar centros rurales en las distintas provincias que estarían abiertos a los médicos de todos los países latinoamericanos. Sin embargo, ya al año siguiente el proyecto fue aplazado y nunca llegó a concretarse por falta de recursos.<sup>20</sup>

Además de la participación en el Congreso sobre la Mortalidad Infantil y de los contactos con las autoridades sanitarias de los distintos países, el viaje de Madsen y Rajchman se combinaba también con el tour del primer profesor de intercambio puesto a disposición por la SN para dar conferencias en América Latina. Se trataba del profesor Tadasu Saiki de Tokio, experto en nutrición. También este tema se vinculaba con la lucha contra la mortalidad infantil, porque la desnutrición (de madres y niños) se consideraba uno de los principales factores de mortalidad.

---

18 League of Nations: *Health Organisation. Report on the Meeting of Health Experts on Infant Welfare on the Technical Mission in Argentine, Brazil and Uruguay*, A. 49, 1927, III (Publications of LoN, III Health, 1927, II, 8).

19 En Paraguay se desarrollaba una campaña sanitaria de la Rockefeller Foundation, que actuaba también en el campo de la infancia.

20 Cfr. League of Nations: *Results of the Mission carried on in Certain Latin-American Countries by the President of the Health Committee*, Publications of the LoN, III, Health 1927, III, 9. Véanse los documentos sobre el asunto en League of Nations Archives (citado en adelante como LoN-Archives), Registry Files, 1919-1927, section 12B, box 997, document 60077 y 1927-1933, box 6004, document 2468. Durante la misión de Madsen y Rajchman se proyectaron además del centro de puericultura también un estudio sobre la lepra (propuesto por el brasileño Chagas) en Brasil, la creación de un centro de la lepra y una escuela superior de higiene pública ("advanced public health training"), también en Brasil. La única iniciativa que la SN consiguió llevar a cabo fue el Centro de la Lepra de Río.

Al regresar de su viaje por América Latina, donde había hecho muchos contactos y encaminado muchos proyectos de colaboración, Madsen escribió al secretario general de la SN Drummond que la elección del tema de la mortalidad infantil como primer “constructive effort” en América Latina se había revelado justa, porque representaba un problema real para las administraciones sanitarias y para la opinión pública de esos países. Sin embargo, para que la colaboración técnica se hiciese realidad hacía falta, según Madsen, que la SN se mostrara capaz de “efficient and business-like activity” y naturalmente esto exigía un mayor esfuerzo financiero.<sup>21</sup> Tras la conferencia, el CHSN envió al doctor Otto Olsen a América Latina para colaborar en la preparación del estudio (1927-1928).<sup>22</sup>

En 1930 (13 a 15 de julio) tuvo lugar en Lima una segunda *Conférence des Experts Hygienistes en Matière de Protection de la Première Enfance*, donde se presentaron los resultados de los estudios llevados a cabo en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay.<sup>23</sup> Aráoz Alfaro trazó un cuadro de la situación argentina. Hay que recordar que Argentina era un país que estaba experimentando una caída de la tasa de fertilidad. Eso contribuía a alimentar entre las clases dirigentes temores a una inminente disminución demográfica. Más que en otros países, el tema de la decadencia y la degeneración, difundido en Europa y sobre todo en Francia, estaba presente en la opinión pública argentina. La investigación tenía el mérito de no limitarse a estudiar las áreas habitadas por inmigrantes de origen europeo, sino que consideraba también zonas habitadas por población indígena o mestiza como la provincia de Tucumán. La ciudad de Buenos Aires había visto una rápida reducción de la mortalidad infantil, que había pasado de

---

21 Madsen relató que durante su viaje hizo propaganda por la universalidad de la SN, expresó el deseo de que Brasil, que se había alejado en 1926, volviera a integrarse y que Argentina comenzara a participar activamente en los trabajos de Ginebra. Pese a cierta incomodidad del gobierno brasileño y a la nula publicidad que se dio a la visita de los dos representantes de la OHSN, la propuesta de colaboración técnica terminó siendo bien acogida. Cfr. LoN-Archives, Registry Files, 1919-1927, section 12B Health, “Mission by Dr. Madsen and Dr. Rajchman in Latin America”, 1927, box 997, document 61852.

22 LoN-Archives, Registry Files, 1919-1927, section 12B Health, box 998, document 62772.

23 Los resultados fueron publicados en BIIAPI, 4, 3 (enero de 1931). La conferencia tuvo lugar al concluir el VI Congreso Panamericano del Niño.



170 por cada mil nacimientos en 1890 a 74 en 1928. La provincia de Tucumán, en cambio, mostraba tasas de 230 a 260 por mil. Las diferencias, tanto entre los distritos urbanos y los rurales de ambas provincias, como entre las distintas provincias, se imputaban a diferencias económicas, sociales y climáticas (el clima cálido y las enfermedades a él debidas, como el paludismo, se consideraban responsables de las muertes de los recién nacidos). Buenos Aires era la capital sudamericana con la tasa de mortalidad más baja, pero el objetivo de Alfaro era llevarla a los niveles de grandes ciudades como Washington o de países enteros como Nueva Zelanda (Aráoz Alfaro 1928: 387).

Esto podía realizarse a través de una campaña sanitaria y en particular, a través de la “instrucción popular higiénica” sobre todo de las madres, cuya ignorancia (aún más que la falta de asistencia y de la pobreza) era, según Aráoz Alfaro, responsable de la enfermedad y de la muerte de los niños. Este juicio drástico, además de reflejar prejuicios de género y de clase, encomendaba a médicos y medidas sanitarias el papel principal en la solución de problemas que, como la mortalidad infantil, tenían sus raíces en la realidad social y económica.

En Chile la situación era aún más dramática; en dos de los departamentos estudiados la mortalidad se estimaba en 274 y 267 por mil. Una de las causas era la mala alimentación de la población. En Brasil los datos de ocho distritos mostraban una tasa de mortalidad de un mínimo de 96 a un máximo de 201. Por último, en Uruguay los datos de 11 distritos examinados oscilaban entre 50 y un máximo de 151.<sup>24</sup>

El informe general de los doctores Robert Debré y Otto Olsen<sup>25</sup> llamaba la atención sobre algunas cuestiones. Un primer punto importante, que explicaba que el resultado comparativo del estudio se limitara a señalar para cada país cifras absolutas de muertos menores de un año y de los nacidos muertos, era que los datos estadísticos no eran muy de fiar. Faltaban datos recientes sobre el censo de la población, no había un registro regular de nacimientos y muertes de los pequeños (sepulturas clandestinas), las causas de muerte no se indicaban clara-

24 Si a comienzos de siglo Uruguay podía enorgullecerse de una de las tasas de mortalidad más bajas del mundo, en las décadas sucesivas y hasta 1940 no hubo mejoras ulteriores (Birn/Pollero/Cabella 2003).

25 Robert Debré era profesor de la Universidad de París, experto en problemas de protección de la infancia. Otto Olsen era un médico alemán, miembro de la OHSN.

mente –en cuanto a la Argentina, Aráoz Alfaro echaba por una vez la culpa no a la incultura del pueblo sino a la de sus colegas a quienes acusaba de escasa atención e incapacidad–.

Se señalaban las diferencias entre Europa y América Latina. En esta región, el número de los ilegítimos era más alto; en algunos distritos representaba la mitad de los casos estudiados. Sin embargo, esto no permitía establecer un nexo causal entre ilegitimidad y mortalidad. El fenómeno, de hecho, tenía características diferentes en el nuevo continente en comparación con el viejo: la ilegitimidad era fruto de la costumbre y contraer uniones matrimoniales sin registro religioso o civil no comportaba, por lo tanto, abandonar a los pequeños. No obstante, peor que en Europa era la desnutrición de la población, que se añadía a condiciones de vivienda e higiénicas precarias. Poco difundido, en cambio, era el *surménage* de las madres, su empleo en el trabajo industrial, que las volvía “inhábiles” para la maternidad.

Debré y Olsen no olvidaron referirse a las costumbres y tradiciones locales que ponían en peligro la vida de los recién nacidos: a las parteras y curanderos se les atribuía un papel nefasto. En cambio, los médicos apreciaban (y aconsejaban siempre) la costumbre corriente entre las clases populares: el amamantamiento.

¿Qué se recomendaba a los países comprendidos en el estudio? Centralizar todas las iniciativas existentes destinadas a tutelar la salud infantil, dentro de lo posible a través de un ministerio apropiado o de una dirección sanitaria con servicios especializados en el campo materno-infantil. En los distritos industriales se proponía suministrar a las madres trabajadoras subsidios y asistencia sanitaria. Hacía falta mejorar la educación popular, sobre todo por obra de asistentes sociales. Por último, se indicaban las estructuras sanitarias que había que crear o potenciar (hospitales, centros de higiene infantil, control de la calidad de la leche) y se insistía en la necesidad de mejorar las estadísticas demográficas.

En el Congreso de Lima se decidió que el siguiente estudio se llevaría a cabo en Perú, donde el problema se juzgaba muy grave.

Cabe observar que el CHSN se ocupó casi exclusivamente del problema de la mortalidad infantil y no de la mortalidad materna (embarazo, parto, puerperio), confirmando que la cuestión de la salud materno-infantil se planteaba en función del niño en cuanto “patrimo-

nio de la nación”.<sup>26</sup> Además, el tema de la mortalidad materna introducía dos cuestiones espinosas y por eso silenciadas: la del aborto y la de la infección puerperal, que remitía a la eficiencia y la higiene de los servicios médicos dado que estaba más difundida en la ciudad que en el campo, donde no se recurría al hospital para el parto. Además, si la mortalidad infantil mostraba una tendencia a la merma y esto podía deberse a la eficacia de las campañas sanitarias y de educación, no podía decirse lo mismo de la mortalidad materna, que durante los primeros treinta años del siglo XX se mantuvo alta.<sup>27</sup>

Por lo que se refiere al seguro de maternidad, sólo tres países adoptaron un sistema simultáneo de seguro de maternidad y de enfermedad: Chile (1924), Perú (1936/37) y Venezuela (1940). Otros dos países, por el contrario, habían adoptado un seguro de maternidad obligatorio independiente: Cuba (1934) y Argentina (1936) (Aladár Métall 1941: 545-563).

Tras la conferencia de Lima el CHSN no continuó, como estaba previsto, su estudio en otros países. En 1939, cuando ya la actividad de las organizaciones ginebrinas estaba paralizada, el IUPI ofreció a Bolivia y Paraguay realizar con expertos propios un estudio sobre la mortalidad infantil y preparar un plan de protección para la madre y el niño, como continuación del estudio de la SN de 1928.<sup>28</sup> Estos países no sólo estaban entre los que tenían las más altas tasas de mortalidad, sino que acababan de salir de una guerra (la del Chaco) y la urgencia de estudios y medidas contra el fenómeno recordaba las preocupaciones demográficas de Europa tras la Primera Guerra Mundial.

El IUPI envió su misión a Paraguay en 1940, mientras una vez más Bolivia no consiguió concretar su proyecto. Aráoz Alfaro aprovechó la ocasión para subrayar la solidaridad americana en un momento en el que “los viejos pueblos dirimen, en la sangre y en el fuego, contiendas de vida y poderío” (Aráoz Alfaro 1940: 193-196).

El proceso de progresivo desentendimiento de Europa así como de las instituciones ginebrinas y el hecho de que el IUPI asumiera simultáneamente funciones que antes ejercían esas mismas instituciones

26 Un único artículo sobre el tema de la mortalidad materna aparece por ejemplo en BIIAPI (Roust 1940).

27 Loudon (1992: 5-28). La situación mejoró solamente con la introducción de las sulfamidas primero (en 1937) y la penicilina después (a partir de 1944).

28 “Reunión del Consejo”, en BIIAPI, 13, 1 (julio de 1939).

terminó por trastocar totalmente los roles cuando el Instituto comenzó a preparar planes para acoger en Sudamérica a niños europeos evacuados de los países en conflicto, experiencia que ya en parte se había realizado durante la Guerra Civil Española (Fournié 1941: 417-442).

### 3. El CHSN y el estudio sobre la alimentación popular en Chile

Los doctores Debré y Olsen habían sugerido a Chile que bajara la altísima tasa de mortalidad infantil apuntando a centralizar los servicios materno-infantiles y a establecer un plan para mejorar las condiciones nutricionales de la población. Como se ha dicho antes, la presencia del profesor Saiki en Chile con ocasión de la misión del CHSN en 1927 había impulsado el estudio de la cuestión nutricional en este país. En 1935 dos técnicos de la SN fueron invitados a realizar un estudio. Uno era el italiano Carlo Dragoni.<sup>29</sup> El subsecretario de la Liga, el diplomático italiano Giacomo Paulucci di Calboli, había insistido ante su gobierno para que Italia propusiera expertos propios y estuviera presente en todas las iniciativas sanitarias en Sudamérica, área en la que Roma tenía intereses culturales y económicos y que no quería ver exclusivamente en manos de franceses e ingleses.<sup>30</sup>

Otro experto enviado a Chile fue el francés Etienne Burnet del Instituto Pasteur.<sup>31</sup> Este último había llegado a ser de hecho un órgano de la SN (Moulin 1995: 245) y representaba un “desafío” europeo a la acción filantrópica de la americana Rockefeller Foundation (RF) en América Latina. En Chile, la competencia al panamericanismo sanitario tenía un significado particular habida cuenta de que el país había confiado a un experto de la RF, el doctor Long, la reforma de sus ser-

---

29 Carlo Dragoni había sido secretario general del Istituto Internazionale di Agricoltura, con sede en Roma, que colaboraba con la SN en cuestiones de nutrición. Con anterioridad había llevado adelante un estudio sobre la agricultura en China por cuenta de la SN.

30 Se hacía cargo de estas exigencias el Dr. Lutrario, experto italiano en el CHSN, quien escribía en mayo de 1928 a Rajchman sobre el interés italiano sobre todo en el estudio de la lepra y en la creación de un Instituto de Puericultura en Argentina. Cfr. LoN-Archives, Registry Files, box 6004.

31 Como funcionario de la OHSN, visitó desde 1926 varios países latinoamericanos en misiones que tenían que ver no sólo con la nutrición sino también con la malaria y la lepra.

vicios sanitarios a mediados de los años veinte.<sup>32</sup> Al regresar de una misión efectuada por cuenta del CHSN en 1934 en Santiago para concordar el estudio sobre la nutrición,<sup>33</sup> el doctor Frank G. Boudreau<sup>34</sup> había referido a Rajchman, quien seguramente no se entusiasmó, que era necesario apoyarse en Long para favorecer los contactos entre los gobiernos locales y la organización ginebrina. Chile le había parecido a Boudreau un país pobre con “a strong attachment” a la SN.<sup>35</sup>

Dragoni y Burnet llegaron en 1935 y, gracias al trabajo del doctor Luis Calvo Mackenna (ponente sobre la mortalidad infantil en Lima y representante chileno en el CHSN), a los estudios ya existentes y al interés atribuido al problema por el gobierno de Alessandri, su trabajo se llevó a cabo rápidamente. Colaboraron con ellos los médicos de provincia, fruto de las reformas introducidas por Long y formados en la Universidad Johns Hopkins. Las visitadoras diplomadas en la Escuela de Servicio Social y dirigidas por la señora Leo de Bray, junto con las enfermeras de la Dirección General de Sanidad, bajo la dirección de la doctora Luisa Pfau, fueron a visitar a las familias y rellenaron los cuestionarios en las provincias de Iquique, Antofagasta, La Serena, Valparaíso, Concepción, Valdivia, Puerto Montt y Magallanes.<sup>36</sup>

El estudio resultó particularmente interesante en la medida en que no se limitó a las informaciones sobre la alimentación, sino que abarcó

---

32 En 1932 Long redactó un proyecto de ley sanitaria para Uruguay, que creaba un Consejo de Salud Pública. Cfr. BIIAPI, 6, 2 (octubre 1932: 168-169).

33 La misión comprendía también la participación en la IX Conferencia Sanitaria Panamericana y en la II Conferencia Panamericana de Eugenesia y Homicultura en Buenos Aires. Cfr. LoN-Archives, Registry Files, 1933-1942, section A, box R 6114.

34 Médico norteamericano, asistente de Rajchman.

35 Sin embargo, Boudreau no consideraba factible la propuesta chilena de crear en Sudamérica una sección de la OHSN, concebida como escuela de higiene, entre otras cosas para no provocar fricciones con el Pan American Sanitary Bureau. Cfr. LoN-Archives, Registry Files 1928-1939, section 8A, box R 5924, (“Proposal for the establishment in South America of a Branch of Health Organization of the League”).

36 Cfr. LoN-Archives, Registry Files, 1933-1946, section 8A, box R 6084. Chile había sido el primer país que creó una escuela de servicio social según el modelo de la de Bruselas en 1925.

los gastos de vivienda, luz y combustible, brindando un cuadro completo de las condiciones de vida de las clases populares chilenas.<sup>37</sup>

Por lo que se refiere a la alimentación de los niños hasta los dos años: el 40% tomaba el pecho, pero frecuentemente la alimentación a leche –escasa en madres subalimentadas– se completaba con sopas y puré. Las “Gotas de Leche” suplían sólo en parte las carencias alimenticias de los pequeños.

El gobierno chileno creó en 1937 un Consejo de la Alimentación en el ámbito del Ministerio de Salud y de Previsión Social, y el ministro Eduardo Cruz Coke volvió a pedir ayuda a los técnicos de la SN.<sup>38</sup> También a mediados de los años treinta entró en funciones en la Argentina un Instituto Nacional de Nutrición. En Ginebra un comité mixto (CHSN y BIT) elaboró en 1937 un informe sobre la alimentación, que definía estándares dietéticos referidos particularmente a mujeres embarazadas y a lactantes (Weindling 1995: 143-145). En 1939 tuvo lugar en Buenos Aires la III Conferencia Internacional de Alimentación, auspiciada por la SN, en la que se presentaron estudios sobre varios países. Todas estas iniciativas se colocaban en el cuadro de un interés más vasto de la OHSN por los problemas de la medicina social, que se fue desarrollando a partir de fines de los años veinte.

#### **4. El IPI y el estudio sobre el niño indígena americano**

El IPI había nacido para estudiar los problemas de los niños americanos, diferentes en muchos aspectos de los de los niños europeos. En América, por ejemplo, la mortalidad infantil, la ilegitimidad, el analfabetismo, el abandono y la delincuencia presentaban tasas más altas. Un punto de vista americano se hacía necesario, según el doctor, Emilio Fournié,<sup>39</sup> porque “razones de carácter étnico, social, educacional, situación geográfica, etc., dan a nuestros problemas una modalidad

---

37 En los años siguientes el CHSN se ocuparía del tema de la higiene rural y de las viviendas, no sólo en Chile sino también en México. Cfr. intervención de Olsen en la X Conferencia Sanitaria Panamericana.

38 LoN-Archives, Registry Files 1933-1939, box R6084: 11 de junio de 1937, carta de Cruz Coke a Rajchman.

39 Director de la biblioteca del IPI y organizador de la investigación sobre el niño indígena americano.

especial, que requiere estudio distinto al del ambiente europeo”.<sup>40</sup> Con la única excepción de los Estados Unidos, los países americanos esperaban todavía “la eclosión de una raza propia, que estamos recién plasmando con elementos étnicos muy distintos”. Por eso, el problema del niño debía “americanizarse”. De esta conciencia nacía el esfuerzo por realizar estudios “sobre cuestiones de interés general americano”.

Entre 1930 y 1942 el IUPI analizó una serie de problemas, tanto de naturaleza jurídica como sanitaria. Los resultados fueron publicados en la revista del Instituto, el *Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia* (BIIAPI). Se trataba de aspectos de la tutela de la infancia examinados también en Ginebra: la educación física, la higiene escolar, el raquitismo, las instituciones para menores delincuentes. Por lo que se refiere al tema de la salud de los niños en edad escolar, América Latina se veía atrasada con respecto a Europa. A fines de los años veinte, Argentina, que se enorgullecía de una tradición más larga en el campo de la instrucción pública, era el único país que disponía de un servicio médico escolar, mientras el interés de los gobiernos por el deporte juvenil se manifestaba sólo en el México revolucionario y en los regímenes autoritarios de Ibáñez en Chile, Leguía en Perú y Busch en Bolivia.<sup>41</sup> Sin embargo, la situación americana era mucho mejor al menos en un aspecto de la salud infantil: el clima, la vida al aire libre, la alimentación más natural (en el campo), hacían que el fenómeno del raquitismo estuviera poco difundido.<sup>42</sup>

Pero no sólo había que evaluar y juzgar diferencias con Europa, existían también fenómenos peculiares de América que se debían encarar sin el respaldo de la ciencia y de la experiencia europeas. América tenía un “problema indígena”. En 1933 el IUPI lanzó un estudio sobre el niño indígena americano. Pero la idea nacía una vez más de una sugerencia europea y precisamente de la iniciativa de una asociación, la Union Internationale des Secours aux Enfants (UISE o Save the Children), a cuya dirección había sido llamado en 1930 precisamente el doctor Morquio.

40 Véase el informe de Emilio Fournié en la VII Conferencia Internacional Americana en BIIAPI, 7, 3 (enero 1934: 232).

41 Para el estudio de la educación física véase BIIAPI, 4, 1 (julio de 1930) y para el estudio del cuerpo médico escolar BIIAPI, 3, 1 (julio 1929).

42 “Encuesta sobre raquitismo”, en BIIAPI, 9, 3 (enero de 1936: 243-281).

Un departamento de la UISE, la Oficina Eglantyne Jebb de Ginebra, se ocupaba de niños de “razas no europeas” y había organizado en 1931 un congreso sobre los niños africanos (*Conférence Internationale pour l'Enfance Africaine*, 22 a 25 de junio de 1931).<sup>43</sup>

La UISE pidió al doctor Morquio que realizara un estudio sobre la situación de los niños indígenas americanos a través del IAPI. Aun siendo consciente de las dificultades, Morquio aceptó porque consideraba que el momento era particularmente propicio. Muchos gobiernos americanos y numerosos estudiosos se preocupaban efectivamente por la “redención” del indio, que Morquio juzgaba “infeliz, indolente y frío como la desolación de sus páramos, que lleva en su tristeza la huella profunda de su explotación secular”.<sup>44</sup>

Antes de que se publicara la investigación habían aparecido pocos estudios sobre los niños indígenas en el *Boletín* del IAPI. En 1930 un artículo de un médico peruano subrayaba como positivas las diferencias de los pequeños peruanos con los niños de otros países (Galván 1930: 242-269). Tanto los indígenas como los mestizos y los negros tenían a su juicio una armonía física perfecta: tarea del Estado era favorecer el “desarrollo racial del país”. Pero este orgullo no parece haber sido compartido por los dirigentes del IAPI que prepararon el estudio en 1933.

Al introducir los resultados de la “Encuesta sobre el niño indígena americano”,<sup>45</sup> Emilio Fournié manifiesta de hecho una cierta incomodidad. Invita a no generalizar las respuestas a los cuestionarios y a no caer en el grave error de creer

1, que en todos los países americanos hay indios; 2, que todos los indios tengan iguales costumbres, el mismo medio de vida, el mismo grado de civilización; 3, que de lo informado más adelante pueda llegarse a la conclusión de que el estado general de América es de abandono, atraso o barbarie.<sup>46</sup>

43 “Conférence Internationale pour l'Enfance Africaine”, en BIIAPI, 4, 4 (abril de 1931: 811-813); “Encuesta sobre el niño indígena americano”, en BIIAPI, 8, 2 (octubre de 1934).

44 “Union Internationale de Secours aux Enfants”, BIIAPI, 7, 2 (octubre de 1933: 212). Aquí Morquio hace suyas las palabras de un médico de Ecuador, el doctor A. J. Bastidas.

45 BIIAPI, 8, 2 (octubre de 1934: 113-156).

46 BIIAPI, 8, 2 (octubre de 1934: 114-115). La síntesis de los resultados del estudio hecho por Emilio Fournié y las informaciones provenientes de Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Cuba, Chile, Ecuador, Estados Unidos, Guatemala, Hon-



Fournié lamenta la ignorancia de la realidad indígena en Europa y en la misma América y teme el estereotipo de los indios como “salvajes vestidos con plumas”. Fournié es pesimista:

en general, el indio es apático, perezoso, sombrío, inconstante, o bien degenerado por el abuso de coca y el alcohol [...], aun cuando se reconoce que tienen condiciones superiores para triunfar, como veremos más adelante al considerar, en particular, sus aptitudes para el estudio y el trabajo.

El cuestionario del IPI, enviado a varios expertos en América del Norte y del Sur, refleja una ambivalencia con respecto a los indios. Pide que se distingan a los indios civilizados de los que no lo son, y esto suscita perplejidad y abiertas contestaciones por parte de algunos entrevistados. La única indígena llamada a responder a las preguntas del IPI, la princesa Atalioa, hija de un jefe indio chippewa, docente en un colegio para indios de los Estados Unidos, lo dice claramente: “I do not like the words ‘civilized’ and ‘uncivilized’ [...] It is taking too much for granted to suppose that the white man’s ways or so-called standards are the scales on which all values should be weighed”. Y sigue: “The Indian was civilized, had hundreds of years of art, religion and culture behind him, when the white man arrived”.<sup>47</sup> En cambio, el comisionado de la Office of Indian Affairs, John Collier, nota sobriamente: “We do not, of course, attempt to make any distinction between Indians in this country who are ‘civilized’ and ‘uncivilized’”, y ante el pedido de poner en lista los métodos para atraer a los indios a la “vida civilizada”, se preocupa de aclarar que “we are particularly anxious that certain groups, still possessed of their own culture, shall not lose it in their contact with white life”. De la cultura india aprecia sobre todo la “corporate life” y considera a México un ejemplo porque ha sabido conservarla y valorizarla.<sup>48</sup>

También los expertos latinoamericanos están perplejos ante la distinción entre civilizados e incivilizados: mexicanos y colombianos proponen interpretarla como distinción entre quien habla español y

---

duras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Puerto Rico y República Dominicana están publicadas en BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934). Fournié recuerda que tuvo la oportunidad de leer en un documento estadounidense que las escuelas rurales en Uruguay son para los indios, pero según Fournié en el país ya no había indios “desde hace un siglo”.

47 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 202).

48 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 203).

quien no, otros pasan por alto la cuestión o se explayan sobre la cultura precolombina y su riqueza, rechazando implícitamente la contraposición entre civilización y barbarie.<sup>49</sup> A la pregunta 13 del cuestionario acerca de la aptitud de los niños indígenas para aprender, casi todos replican positivamente subrayando que no se puede dar fe a estereotipos racistas. Para Perú se afirma claramente: “no somos partidarios de la teoría que sostiene la existencia de razas inferiores, sobre las cuales poco influye la cultura”.<sup>50</sup>

Civilizado o no, ¿quién es el indio y cómo se registra en los censos su participación en la población total? El estudio revela una desoladora ausencia de información estadística. Sintomático es el caso de Ecuador: Emilio Uzcategui (ex Director General de Educación) confiesa que “desgraciadamente, los datos científicamente recogidos en el Ecuador acerca del indio, que constituye el mayor número de los habitantes del país, son demasiado escasos”.<sup>51</sup> Aún más problemático es recoger datos sobre la población infantil y sobre sus tasas de mortalidad. No sólo no existe el registro civil en muchos lugares, sino que frecuentemente los recién nacidos son sepultados secretamente. No existen médicos que certifiquen las causas de muerte. Para Perú, el doctor A. Merino Reyna, director del Servicio Médico Escolar, afirma que aproximadamente en el 30% de las localidades de la República faltan registros bien elaborados. El juez de menores Fernando Quevedo pone de manifiesto que los datos sobre nacimiento y muerte se refieren sólo a las ciudades con más de 2.000 habitantes y por eso excluyen a los indios.<sup>52</sup>

Ante la falta de registros precisos, ciertos expertos de los países que tradicionalmente se reputan “blancos”, como Argentina, pueden tranquilamente afirmar que el problema indígena no les concierne. Pero los dos conocidos estudiosos Gregorio Aráoz Alfaro y Carlos de Arenaza son desmentidos por una desconocida señorita Rosa B. Crux

---

49 El experto de Bolivia (Corsino Rodríguez) consideraba bárbaros sólo a los de la selva (BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 169)). El profesor Gustavo Rubio Orbe de Quito hablaba refiriéndose a los indígenas de la sierra de un “hibridismo de civilización y cultura”, y añadía: “Se podrían llamar incivilizadas las [parcialidades] orientales, de la que ya noté el desconocimiento casi absoluto” (ibídem: 193).

50 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 248).

51 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 191).

52 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 266).

Arenas de la provincia de Jujuy que se ocupa de los indios del norte (colaborando con el doctor Mazza), quien explica una de las razones de que los niños indios desaparezcan del escenario argentino cuando escribe que ellos viven al margen de la ley. Al niño indio

no se le exige que asista a la escuela, no se le inscribe en el Registro Civil, cuando nace, ni cuando muere se tiene en cuenta su defunción, carece de nombre y apellido castellano; ni se enrolan los hombres, tampoco votan.<sup>53</sup>

Pero la tendencia a subestimar la presencia de un componente autóctono es extendida, e incluso de Paraguay se afirma que “hay pocos indígenas y esos pocos viven en las profundidades de las selvas del Paraná y en el Chaco”.<sup>54</sup>

La heterogeneidad y multiplicidad de los sujetos llamados a responder al cuestionario del IAPI atestigua la ausencia de organismos estatales centrales destinados a ocuparse y a coordinar todo lo relativo tanto a la infancia como a los indios. Sólo los Estados Unidos y Brasil tienen un organismo *ad hoc* para los indios. Estudiosos, maestros, funcionarios escolares, misioneros aportan informaciones desordenadas, aproximativas, parciales, imposibles de organizar sistemáticamente e inutilizables para comparaciones entre los países.

El único campo en el que, al menos en algunos países, existe un órgano central que, si no tiene un plan, por lo menos coordina iniciativas, es el de la escuela. México es el único que brinda la imagen de un país activo en el campo de la educación de los indios: en el momento del estudio acaba de emprender reformas, ha abolido la Casa del Estudiante Indígena (existente en la capital desde 1925) y creado once centros de educación indígena repartidos en varios estados. Estos centros, las escuelas y misiones rurales debían ofrecer no sólo a niños y jóvenes sino a toda la comunidad, como centros de “educación colectiva”, una educación esencialmente práctica, destinada al trabajo de la tierra.<sup>55</sup>

También las respuestas de los expertos peruanos evidencian la centralidad de la cuestión económica que se superpone a la educativa:

53 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 162).

54 BIIAPI 8, 2 (octubre de 1934: 239).

55 También la “castellanización” se consideraba un objetivo central para convertir a México en un país unificado lingüísticamente. En América del Sur no existía nada similar, salvo la escuela de Warisata en Bolivia.

se habla de la necesidad de quebrar el gamonalismo y asignar tierras a colonos indígenas, aprovechando quizás el “régimen agrícola incaico”, fortalecido por el “cooperativismo moderno”. Pero el problema del niño indígena también en este caso es englobado en el problema general del indio. El trabajo infantil, por ejemplo, se evoca solamente en una pregunta sobre la “aptitud para trabajar”, pregunta que desconcierta a algunos entrevistados (“su trabajo debe ser escolar” precisa Corsino Rodríguez, vocal del Consejo Nacional de Educación de Bolivia). Y, sin embargo, éste podía ser un punto en el que se debía profundizar, revelador de la condición peculiar de la infancia indígena. En efecto, todos los informadores están de acuerdo en afirmar que allí donde existen leyes sobre la protección del trabajo infantil, éstas no se aplican a los indígenas y ningún código de menores (salvo el que se proyecta en 1933 en Perú) se preocupa por incluir normas que tutelen a los miembros más pequeños de la familia indígena (Bambarén 1936: 175-181).

La falta de datos estadísticos y la pluralidad y contradicción entre las informaciones no permiten sacar del estudio un balance sobre las condiciones sanitarias de la infancia indígena. El amamantamiento materno prolongado, que reduce la mortalidad infantil, emerge junto a la ausencia de sífilis como único factor positivo dentro de un cuadro sustancialmente negativo: desnutrición, higiene y asistencia médica escasas. A veces los informadores atribuyen a los mismos indios las causas de su triste condición: hablan de ellos refiriéndose a su especial recelo ante los médicos y a un deletéreo apego a prácticas tradicionales y a vicios como la coca y el alcohol. A veces, en cambio, aun sin que se les pida, incluyen en sus respuestas referencias a ritos y creencias indígenas sobre la muerte (G. Rubio Orbe de Quito) y sobre el nacimiento (F. Ferrer Beymnón de México refiere de ceremonias aztecas). Convocados por primera vez a estudiar un tema “americano”, muchos de los entrevistados se muestran incómodos y sus juicios oscilan entre orgullo y prejuicio hacia una diversidad étnica que los aleja fatalmente del espejo de la realidad europea.

## 5. Conclusiones

El CPE, a pesar del empeño de Paulina Luisi, no tiene en cuenta –salvo al margen– los problemas de los niños de América Latina, pero al

mismo tiempo reúne una vasta documentación sobre la legislación protectora en varios países del área. Esa documentación permite afirmar que, con los Códigos del Niño, América Latina se colocó a la vanguardia respecto de los países europeos, si no a nivel sustancial, por lo menos a nivel normativo.

Durante los años treinta se asistió a un proceso de centralización de las iniciativas de protección de la infancia, con la creación de ministerios o departamentos *ad hoc*. Algunos países introdujeron medidas de seguridad social y el interés por el deporte y la nutrición fue alentado por el nacionalismo. El concepto de servicio social se difundió y nacieron nuevas competencias profesionales, como visitadoras sociales y enfermeras especializadas.

Las reformas legislativas se revelaron como las más fáciles de realizar, dado que no requerían grandes gastos. Mucho más difícil fue crear una red eficaz de asistencia social y servicio sanitario para la infancia que fuera más allá de una simple reorganización burocrática de oficinas, departamentos y ministerios. De todas formas se llegó a definir una agenda que en la posguerra serviría de punto de referencia para todas las políticas de bienestar infantil.

El CHSN, a diferencia del CPE, afrontó con investigaciones específicas los problemas de la infancia sudamericana. Sin embargo, la credibilidad de estudios como el que se llevó a cabo sobre la mortalidad infantil se vio sumamente afectada por la diferente disponibilidad y calidad de las estadísticas latinoamericanas, comparadas con las europeas, y por la limitación numérica y la escasa profesionalidad del cuerpo médico local. Mejores resultados se obtuvieron en el caso de la alimentación en Chile, donde los expertos enviados por la SN encontraron la asistencia de un equipo bien organizado de médicos y visitadoras sociales. Esta estructura de apoyo era el fruto de la reestructuración de la sanidad pública realizada en los años inmediatamente anteriores a la investigación gracias a una misión norteamericana. La SN estaba demasiado lejos y contaba con medios demasiado escasos como para incidir efectivamente tanto a nivel de la investigación científica como de la organización de la salud pública en la realidad de los países latinoamericanos.

Por otra parte, el IUPI, organización regional con relaciones de colaboración tanto con Ginebra como con Washington, reunió en calidad de centro de estudios una amplia documentación y llevó adelante mu-

chas investigaciones de campo. Se ocupó sobre todo de temas que habían sido planteados a nivel internacional, tratando de verificar a nivel local cuánto incidían la mortalidad infantil, el raquitismo y la desnutrición, la asistencia materno-infantil, la medicina escolar, etc. En un único caso trató de seguir una pista original de indagación, fomentando una investigación sobre la infancia indígena. Sin embargo, los resultados fueron bastante desalentadores. Más allá de las dificultades para recoger datos coherentes a partir de fuentes heterogéneas y poco creíbles, el IUPI reveló que sus expertos debían hacer frente a un obstáculo más grave: reivindicaban la especificidad americana de sus estudios pero por cultura e identidad se sentían en el fondo europeos y les costaba liberarse de prejuicios raciales cuando era cuestión de adentrarse en la realidad de sus países. La investigación sobre los niños indígenas revelaba que la modernidad de América Latina era ilusoria: pese a las instituciones modelo creadas para lactantes o niños abandonados y a los niveles alcanzados en cuanto al control de la mortalidad infantil en ciudades como Montevideo y Buenos Aires, el atraso dominaba en el continente.

Montevideo, en el fondo no era una “Ginebra americana”. Los médicos y los estudiosos de la infancia latinoamericana seguramente eran miembros de una misma comunidad científica en igualdad de condiciones respecto a sus colegas europeos, pero la realidad con la que debían medirse era dramáticamente diferente y los relegaba irremediablemente a la periferia.

Tras la guerra, las Naciones Unidas retomaron el trabajo desarrollado por la SN y el IUPI con la creación de UNICEF en 1946, que nació gracias al trabajo de Rajchman, ex director del CHSN, por un lado, y de Katharine F. Lenroot, vicepresidenta de IUPI, por otro. Ambos crearon la nueva agencia internacional para los niños basándose en la experiencia que habían acumulado sus respectivas organizaciones en los años anteriores (Black 1986: 30-35).<sup>56</sup>

---

<sup>56</sup> Rajchman no obtuvo la dirección del WHO por su inclinación política hacia la izquierda, cosa que los Estados Unidos no apreciaban, y por lo tanto se conformó con la gestión del bienestar infantil. En 1948 el IUPI redactó un Código Sanitario del Niño.

## Bibliografía

- Abel, Christopher (1995): "External Philanthropy and Domestic Change in Colombian Health Care: the Role of the Rockefeller Foundation, ca.1920-1950". En: *Hispanic American Historical Review*, 75, 3, pp. 339-376.
- Aladár Métall, Rudolf (1941): "L'Assurance-maternité en Amérique Latine". En: *Boletín del Instituto Internacional Americano de Protección a la Infancia (BII-API)*, 14, 4, pp. 545-563.
- Aráoz Alfaro, Gregorio (1928): "La mortalidad infantil y la protección de la primera infancia en la República Argentina". En: *BII-API*, 1, 4, pp. 383-420.
- (1940): "La colaboración con el Paraguay". En: *BII-API*, 14, 2, pp.193-196.
- Bambarén, Carlos A. (1936): "Bases fundamentales del Código del Niño". En: *BII-API*, 10, 2, pp. 175-181.
- Birn, Anne-Emanuelle (2002): "'No More Surprising Than a Broken Pitcher'? Maternal and Child Health in the Early Years of the Pan American Sanitary Bureau". En: *Canadian Bulletin of Medical History*, 19, 1, pp.17-46.
- Birn, Anne-Emanuelle/Pollero, Raquel/Cabella, Wanda (2003): "No se debe llorar sobre leche derramada: El pensamiento epidemiológico y la mortalidad infantil en Uruguay, 1900-1940". En: *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y del Caribe*, 14, 1, pp. 35-66.
- Black, Maggie (1986): *The Children and the Nations. The Story of Unicef*. New York: Unicef.
- Coni, Emilio R. (1921): *Estado actual de la protección maternal y puericultura en América*. Buenos Aires: Imprenta Rodríguez Giles.
- David, Paul (2000): *L'esprit de Genève: Histoire de la Société des Nations. Vingt ans d'efforts pour la paix*. Genève: Editions Sklatine.
- Fournié, Emilio (1941): "América socorre a los niños europeos". En: *BII-API*, 14, 3, pp. 417-442.
- Galván, Luis E. (1930): "Estudio científico del niño peruano". En: *BII-API*, 4, 2, pp. 242-269.
- Guy, Donna J. (1998): "The Pan American Child Congresses, 1916-1942: Pan Americanism. Child Reform and the Welfare State". En: *Journal of Family History*, 23, 3, pp. 272-291.
- (s.a.): "The Pan American Child Congresses, 1916-1963. Katherine Lenroot, Transnational Feminism and Panamericanism", ponencia no publicada [agradezco a la autora haberme permitido utilizarla].
- Kish Sklar, Kathryn (1993): "The Historical Foundations of Women's Power in the Creation of American Welfare State, 1830-1930". En: Koven, Seth/Michel, Sonya (eds.): *Mothers of a New World. Maternalist Politics and the Origins of Welfare States*. New York/London: Routledge, pp. 43-93.
- Klaus, Alisa (1993): *Every Child a Lion. The Origins of Maternal and Infant Health Policy in the United States and France, 1890-1920*. Ithaca/London: Cornell University Press.

- Lavrin, Asunción (1995): *Women, Feminism and Social Change in Argentina, Chile and Uruguay 1890-1940*. Lincoln/London: University of Nebraska Press.
- Lenroot, Katharine F. (1939): "Resources for Interamerican Child Welfare Work". En: *BIIAPI*, 13, 2, pp. 229-243.
- Loudon, Irvine (1992): "Some International Features of Maternal Mortality 1880-1950". En: Fildes, Valerie/Marks, Lara/Marland, Hilary (eds.): *Women and Children First. International Maternal and Infant Welfare 1870-1945*. London/New York: Routledge, pp. 5-28.
- Luisi, Paulina (1948): *Otra voz clamando en el desierto (Proxenetismo y reglamentación)*, vol. 1. Montevideo: sin editorial.
- Miller, Carol Ann (1992): *Lobbying the League: Women's International Organizations and the League of Nations*. Thesis (D.Phil.). Oxford:
- (1995): "The Social Section and Advisory Committee on Social Questions of the League of Nations". En: Weindling, Paul (ed.): *International Health Organisations and Movements, 1918-1939*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 154-177.
- Moulin, Anne Marie (1995): "The Pasteur Institut between the two World Wars. The Transformation of the International Sanitary Order". En: Weindling, Paul (ed.): *International Health Organisations and Movements, 1918-1939*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 244-265.
- Oficina Sanitaria Panamericana (1939): *Actas de la Décima Conferencia Sanitaria Panamericana*. Santa Fe de Bogotá (Publicación 136).
- Roust, Carlos (1940): "Mortalidad materna en la República Argentina". En: *BIIAPI*, 13, 3, pp. 544-561.
- Scarzanella, Eugenia (2000): "Feminismo y diplomacia. Paulina Luisi, María Cristina Giustiniani Bandini y la Comisión de la Sociedad de las Naciones contra la Trata de Mujeres y Niños". En: *La Aljaba. Revista de Estudios de la Mujer*, 5, 1, pp. 11-32.
- Weindling, Paul (1995): "Social medicine at the League of Nations Health Organisation and the International Labour Office compared". En: Weindling, Paul (ed.): *International Health Organisations and Movements, 1918-1939*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 134-153.



Silke Hensel

## **Los jóvenes mexicano-americanos como “problema social” a mediados del siglo XX**

Durante los años cuarenta del siglo XX los jóvenes mexicano-americanos parecían ser un problema social grave en los Estados Unidos. Mientras la sociedad dominante los percibía como pandilleros que no iban a asumir papeles sociales responsables por carecer de valores anglo-americanos, los adultos inmigrantes de origen mexicano veían con preocupación a sus hijos nacidos en los Estados Unidos precisamente por su cambio hacia la cultura norteamericana. En el discurso hegemónico, los jóvenes mexicano-americanos fueron homogeneizados en un solo estereotipo: supuestamente les faltaba una afiliación clara en la cultura y una orientación en la vida social, y por eso tenían caracteres inestables e inclinación a la criminalidad.

Esta perspectiva unidimensional resultó en una reacción igualmente restringida. Las demandas de cambio se refirieron exclusivamente al carácter de la juventud sin considerar la necesidad de una práctica social diferente. Así, los jóvenes de origen mexicano fueron transformados en objeto de las ciencias sociales, acciones políticas y organizaciones juveniles. En 1943, con los llamados *zoot-suit-riots* de Los Angeles, el tema de los jóvenes mexicano-americanos como problema social mereció atención nacional e incluso internacional. Según el discurso, en la juventud mexicano-americana confluían dos problemáticas graves. Primero, constituían un grupo entre dos culturas, es decir que ya no pertenecían a la cultura mexicana de sus padres pero tampoco eran americanos y, por eso, les faltaba el fundamento para actuar de manera aceptable. En segundo lugar, representaban un grupo peligroso por la fase de la vida en la cual se encontraban. La rebelión de los *zoot-suiters* o pachucos, como se llamaron en español, parecía confirmar esta percepción. A pesar de esta interpretación, el hecho, más que un acto de resistencia, fue un acto de violencia xenófoba por parte de los anglo-americanos contra los jóvenes mexicano-americanos.

Los eventos ocurridos en Los Angeles en 1943 son mencionados frecuentemente en la historiografía sobre la discriminación que padecían los inmigrantes mexicanos y sus descendientes en los Estados Unidos.<sup>1</sup> Según esta perspectiva, la violencia fue causada por el racismo de los anglo-americanos y se inscribe en una narración de las relaciones entre la población de origen mexicano y la sociedad dominante que Alex Saragoza llamó “them-versus-us-story” (Saragoza 1990: 8). En otros estudios más recientes, las críticas hechas por Saragoza y otros a la visión hermética de ambos grupos han tenido efecto, pues ellos muestran la diversidad y también las diferencias que existían dentro del grupo de los mexicano-americanos. Así, por ejemplo, se hicieron varios estudios sobre las diferencias de clase y se mostró que no todos los inmigrantes procedentes de México y sus descendientes eran trabajadores, sino que hacia los años treinta del siglo XX surgió una pequeña clase media (García, M. 1989; García, R. 1991). Además se investigó el conflicto entre los mexicano-americanos ya más o menos establecidos en los Estados Unidos y los inmigrantes recién llegados (Gutiérrez 1995). Con el interés creciente en la historia de la mujer, también las experiencias de las mexicanas y mexicano-americanas recibieron la atención de las historiadoras.<sup>2</sup> Todos estos estudios muestran que la homogeneidad de la población de origen mexicano es una simplificación.

Otra diferencia –la de las generaciones– no ha sido estudiada con la misma frecuencia. Pocas veces los estudios están enfocados en los niños y los jóvenes.<sup>3</sup> No obstante, desde el enfoque de la aculturación o inclusión, algunos autores se preocupan por niños y jóvenes como miembros de la segunda generación de inmigrantes. George Sánchez, por ejemplo, explora la estrategia de un grupo político formado por estudiantes que buscaron y propagaron un camino de integración mediante la educación (1993: 255-264). Pero esta visión de los jóvenes miembros del Mexican American Movement no es muy diferente de la perspectiva de la clase media mexicano-americana en general. En su estudio sobre Los Angeles, Douglas Monroy menciona también conflictos entre padres mexicanos y sus hijos mexicano-americanos a

---

1 McWilliams (1968); Mazón (1984); Sánchez (1993); Escobar (1999).

2 Ruiz (1987); Deutsch (1987); Ruiz (1998).

3 Excepciones son Muñoz (1989) y Ruiz (1998).

causa de las diferencias culturales existentes entre ellos (1999: 165-207). Él las interpreta como parte del proceso de aculturación que habría tenido un mayor impacto en la generación joven. De ese modo, Monroy, al igual que Sánchez y Ruiz, ve los conflictos entre las generaciones en el marco general de la aculturación y la oposición entre mexicanos y anglo-americanos.

No hay duda de que esta temática es muy importante. Sin embargo, implica una reducción de la diferenciación a una sola causa. También la edad o la generación, entre otros, tienen esta función, y la asumen en formas variadas según la situación histórica. Por un lado, los mexicano-americanos sufrieron discriminaciones a causa de su origen, por otro, fronteras sociales basadas en su edad les diferenciaban no sólo de los adultos anglo-americanos sino también de los mexicano-americanos. En el discurso surgió un tipo social del joven mexicano-americano con carácter específico por su estado en el ciclo de la vida y su orientación cultural. Este proceso se desarrolló en los años cuarenta del siglo XX y parece anticipar la preocupación de la sociedad estadounidense respecto a la juventud en general, que tuvo su auge en la década siguiente (Passerini 1997: 418).

Esto significa que un estudio de la construcción de la juventud en los Estados Unidos debe considerar la diferenciación cultural de la sociedad. Con tal enfoque, la periodización de la historia de la juventud probablemente debería cambiarse. Además, la conexión de cultura y edad en la visión de la juventud mexicano-americano como grupo separado fue un paso importante en la noción de la juventud en general como un sector de la sociedad con deficiencias culturales. Eso subraya la necesidad de integrar la historia de las minorías en la historia general de una sociedad.

A continuación me propongo integrar ambas perspectivas en el análisis del discurso que se desarrolló a mediados del siglo pasado sobre los jóvenes mexicano-americanos, en el cual confluyeron tanto los debates sobre los inmigrantes y las minorías como nuevas significaciones asignadas a la fase de la vida de la juventud. Es decir que existían dos razones por las cuales se les prestaba tanta atención a los jóvenes mexicano-americanos. La percepción de los mismos como un problema social resultaba primero del concepto de cultura vigente en aquel entonces, y segundo de la noción de la juventud como fase peligrosa de la vida. Pero si el discurso dominante enfatizó las diferencias

de la población de origen mexicano con respecto a la cultura estadounidense, se pueden encontrar también algunas posiciones compartidas por los adultos anglo-americanos y los mexicano-americanos. Los adultos mexicano-americanos también consideraban que sus hijos se encontraban entre dos culturas y temían la delincuencia juvenil. Incluso sus propuestas de cambio fueron semejantes a las de los anglo-americanos. Estas similitudes subrayan el poder del discurso hegemónico y muestran que se había producido una hibridización de la cultura aunque ésta no fuera registrada por los actores contemporáneos. Sin embargo, en algunos puntos, los mexicano-americanos sustentaron posiciones diferentes a las de los anglo-americanos. Mientras éstos no dudaban del valor y sobre todo de la superioridad del *American way of life*, los mexicano-americanos defendían la cultura mexicana. Pero también veían que no se podía alcanzar la inclusión social en los Estados Unidos sin que hubiera cambios en el propio grupo. No obstante, las intervenciones de los mexicano-americanos activos en la política y las organizaciones sociales revelan una lucha por el control de la juventud de origen mexicano. Para mejor entendimiento del discurso, voy a explorar primero el contexto social de la población mexicano-americana a mediados del siglo XX.

## **1. La población de origen mexicano en el sudoeste de los Estados Unidos**

### *1.1 El desarrollo demográfico*

La región que hoy constituye el sudoeste de los Estados Unidos no fue incorporada hasta 1848 con el fin de la guerra entre este país y su vecino al sur. En aquel entonces vivían allí aproximadamente 75.000 mexicanos, además de indígenas e inmigrantes anglo-americanos. En la segunda mitad del siglo XIX, la población creció sobre todo a causa de la inmigración europea y, en menor grado, por la llegada de mexicanos y asiáticos. La migración mexicana hacia el norte alcanzó números mayores en las primeras décadas del siglo XX. Por eso, el período de 1900-1930 es conocido como la *Great Migration* para los mexicanos (Gonzales 1999). Simultáneamente decreció la inmigración masiva europea después de que nuevas leyes introdujeran cuotas para impedir sobre todo la llegada de migrantes del sur y del este de Europa (Higham 1971: 234-263). Mientras que la migración proveniente

de las Américas alcanzaba el 4,1% de la inmigración total entre 1901 y 1910, creció al 19,9% en la década siguiente y subió a 36,9% entre 1921 y 1930 (Easterlin 1980: 480). Los mexicanos constituyeron la mayor parte de los migrantes latinoamericanos. Su concentración en el suroeste aumentó su visibilidad en esta región. La mayoría de los mexicanos migraron a Texas y California, donde trabajaban en la agricultura, la minera y la construcción de ferrocarriles (Montejano 1987; Weber 1994). A causa de la crisis económica de 1929, no sólo fueron menos mexicanos a los Estados Unidos, sino que muchos regresaron a su país de origen. El gobierno estadounidense implantó un programa de repatriación. La inmigración mexicana no volvió a aumentar hasta la década siguiente, cuando México y los Estados Unidos firmaron un tratado en 1942 sobre el envío de braceros mexicanos. Las cifras siguientes revelan el desarrollo de la inmigración mexicana:

**Cuadro 1: La inmigración mexicana hacia los Estados Unidos, 1910-1960<sup>4</sup>**

<b>Año</b>	<b>Mexicanos viviendo en EE.UU.</b>	<b>Década</b>	<b>Inmigrantes mexicanos</b>
1910	222.000	1901-1910	49.642
1920	486.000	1911-1920	219.004
1930	617.000	1921-1930	459.287
1940	377.000	1931-1940	22.319
1950	454.000	1941-1950	60.589
1960	576.000	1951-1960	299.811

*Fuente:* González Baker et al. (1998: 87-88).

El censo nacional de 1930 puso de manifiesto cambios importantes en la estructura de la población de origen mexicano. Por primera vez vivían en el país más personas con pasaporte estadounidense que mexicano. Este porcentaje siguió subiendo a pesar de las repatriaciones de mexicanos realizadas a partir de 1930. Además, si antes había prevalecido la población rural, la mitad de mexicanos y mexicano-americanos vivía ahora en áreas urbanas. Finalmente, se mostró una

<sup>4</sup> Aquí sólo se cuentan los migrantes con papeles. El número de los que cruzaron la frontera sin papeles subió especialmente a partir de 1917, cuando se introdujo un impuesto de inmigración, y en 1924, cuando se añadió una cuota para un visado.

tendencia nueva en la distribución regional: el papel de California crecía en tanto que Texas perdía continuamente importancia como centro de la población de origen mexicano. Este desarrollo se muestra en el cuadro siguiente:

**Cuadro 2: La población de origen mexicano en los Estados Unidos y su distribución regional, 1910-1960<sup>5</sup>**

<b>Año</b>	<b>Población de origen mexicano en total</b>	<b>Porcentaje viviendo en Texas</b>	<b>Porcentaje viviendo en California</b>
1910	382.000	56,3	15,2
1920	730.000	51,8	18,2
1930	1.222.400	41,5	31,1
1940	1.076.600	42,3	35,6
1950	1.342.600	43,5	36,0
1960	2.298.600	35,1	43,2

*Fuente:* Boswell (1979: 66).

Las repatriaciones que se hicieron en los primeros años de la década de 1930 no sólo resultaron en la un menor número de mexicanos viviendo en los Estados Unidos, sino que también contribuyeron a un cambio estructural en la población. Dado que regresaron a México sobre todo hombres solteros, aumentó la proporción de personas viviendo en familia, y subió la de niños y jóvenes (Sánchez 1993: 228).

El aumento de la población urbana siguió con cierto retraso la tendencia general en los Estados Unidos. Desde el último cuarto del siglo XIX se intensificó la industrialización y con ella también la urbanización. En el suroeste, tal desarrollo se mostró de manera muy marcada en Los Angeles: la ciudad alcanzó el rango de una de las mayores urbes del país y atrajo a cada vez más mexicanos y mexicano-americanos que buscaban trabajo en la industria o el sector de servicios. La población de origen mexicano no sólo creció en cifras absolutas sino que también aumentó su proporción entre la población total:

---

5 Hay que tener cuidado con los datos sobre minorías registrados en los censos. Generalmente por varias razones no son contados todos los miembros de las minorías. Además, las categorías variaron muchas veces. Para una crítica general a los censos véase Beale (1958).

**Cuadro 3: La población de Los Angeles, 1900-1950**

<b>Año</b>	<b>1. Población en total</b>	<b>2. Mexicanos</b>	<b>3. Mexicano- americanos</b>	<b>Porcentaje de la suma de 2 y 3 en relación a 1</b>
1900	170.298	1.613	—*	0,95
1910	504.131	11.793	—	2,30
1920	576.673	29.757	—	5,20
1930	1.238.048	53.684	97.116**	12,20
1940	1.504.277	36.840	—	2,50
1950	1.970.358	71.620	—	3,60

\* No hay datos.

\*\* Con la creación de una categoría propia llamada *Mexican race* se hizo posible diferenciar entre mexicanos (personas con pasaporte mexicano), y mexicano-americanos (personas nacidas en los Estados Unidos con uno de sus padres o los dos nacidos en México). En 1940 se cambiaron de nuevo las categorías en el censo.

Fuente: Griswold del Castillo (1984: 95).

En 1942 el número de mexicanos subió considerablemente cuando llegaron los primeros 100.000 braceros. El 73% de ellos trabajaba en California y muchos en Los Angeles (Romo 1983: 165). El aumento de la población de origen mexicano en Los Angeles y la relativa importancia de los jóvenes —en 1940 se contaron 36.000 niños y jóvenes de 6 a 17 años (Bogardus 1943: 57)— explica en parte por qué la juventud mexicano-americana recibió tanta atención en esta década.

### *1.2 La situación social de la población de origen mexicano*

Durante las primeras décadas del siglo XX, el discurso hegemónico no distinguió entre mexicanos y mexicano-americanos, sino que los integró en un solo grupo racial. La división de la humanidad en razas había cobrado importancia durante el siglo XIX y a principios del siglo siguiente estaba en su apogeo en los Estados Unidos. La raza aparecía como una categoría que podía explicar casi todo y se usaba para expresar diferencias variadas. Así, las nacionalidades fueron equiparadas frecuentemente con razas. En el suroeste, los mexicanos formaban una de las razas percibidas, lo cual se manifestó incluso en la invención de una categoría nueva en el censo de 1930: la de una *Mexican race* (Hensel 2004: 155-157). En la jerarquía social, ésta se

encontraba por debajo de los blancos pero por encima de los negros, lo que tuvo repercusiones importantes para el estatus y la situación social de la población de origen mexicano. Aparte de la clase y la economía, la categorización como una raza implicó discriminaciones graves y una segregación que se podía notar en muchos aspectos de la vida.

La población rural padecía la mayor exclusión y segregación. No vivía en los mismos pueblos que los anglo-americanos sino en las llamadas colonias, poblaciones con habitantes exclusivamente de origen mexicano. Además, los mexicanos muchas veces trabajaban con toda la familia en el campo y fueron organizados allí en grupos de igual origen. Muchos de los trabajadores no encontraron trabajo fijo y tuvieron que desplazarse siguiendo el ciclo rural. Estos trabajadores temporarios padecieron el peor aislamiento. Llevaban a sus familias consigo y de vez en cuando viajaban con otras familias, pero no vivían en una comunidad con instituciones y una mayor cohesión social. La migración continua implicó que los niños no recibieran una educación adecuada en la escuela. En las áreas rurales, la segregación de los mexicanos fue casi completa. Además de la vivienda y el trabajo, también las posibilidades de pasar el tiempo libre se desarrollaban en espacios diferentes a los de los blancos. Cines, teatros, restaurantes, piscinas etc. patrocinaban a grupos especiales o aceptaban mexicanos sólo en ciertos días o lugares. También existían clubes culturales y organizaciones sociales exclusivas para blancos o mexicanos. La segregación se imponía incluso para los niños. Donde había suficiente cantidad de ellos se establecieron escuelas mexicanas (González 1990). Pero mientras la segregación de escuelas para los afro-americanos fue sancionada por la Corte Suprema en 1954, no existía una formalización semejante con respecto a la segregación de mexicanos.

En las ciudades también había un grado alto de segregación. Los mexicanos vivían en ciertas áreas restringidas, los llamados "barrios" (Camarillo 1979). En Los Angeles, el este de la ciudad se transformó en el barrio mexicano (Romo 1983). Pero la segregación no era allí tan completa como en el campo. Los trabajadores de la industria y del sector de servicios eran contratados más a nivel individual. Aunque los mexicanos y los mexicano-americanos ocupaban también allí los peores puestos, tenían contactos con miembros de otros grupos étnicos con más frecuencia. Además, en las ciudades surgió una pequeña clase



media entre los mexicano-americanos cuyos integrantes tenían más contactos con blancos, aunque su clase no evitó que sufrieran discriminaciones. La segregación en las escuelas era menos marcada que en el campo. Una comparación realizada al final de los años treinta entre las escuelas del distrito rural de Orange County, directamente en el sur de Los Angeles, y la escuelas de la misma ciudad mostró que en las del área rural la segregación alcanzaba casi el 100%, mientras que en Los Angeles se encontraron escuelas con un alumnado mixto en un porcentaje de 70, 50 o sólo 30% de alumnos de origen mexicanos entre otros (Monroy 1999: 198-199).

El cambio demográfico que en la cuarta década del siglo XX se produjo en la población de origen mexicano a causa de la creciente urbanización y el mayor contacto con otros grupos étnicos en las ciudades llevó consigo un potencial de conflictos. En el campo, los blancos veían en su mayoría a los mexicanos como un grupo obediente y sumiso. Muchos de los que fueron interrogados por Paul S. Taylor durante sus investigaciones respecto a la situación de los mexicanos en el suroeste, respondieron que éstos conocían su lugar, con lo cual querían expresar su opinión de que la población de origen mexicano trabajaba para los blancos pero no interfería en su vida.<sup>6</sup> En la ciudad, las fronteras sociales no se podían sostener con la misma claridad. Esta situación trajo consigo la pérdida de seguridad por parte de los blancos en cuanto a su posición en el orden social y, con ello, una mayor atención de su parte a la población de origen mexicano.

Durante la Segunda Guerra Mundial, la existencia de una población creciente de mexicano-americanos en las ciudades con un porcentaje relativamente alto de jóvenes, y una segregación menos marcada —que no necesariamente fue expresión de un racismo decreciente sino más bien de que la vida en la ciudad no podía controlarse de igual manera que en poblaciones pequeñas— confluyeron con las tendencias mencionadas respecto al discurso sobre el orden social. Por un lado, los inmigrantes de segunda generación parecían encontrarse en una situación llena de conflictos y de peligros, y, por otro lado, la juventud era vista como una fase de la vida caracterizada por la falta de un carácter ya formado. Según la percepción pública, la juventud mexi-

---

6 Véase Paul S. Taylor *Papers*, Bancroft Library, University of California, Berkeley, cartón 10 y 11.

cano-americana representaba un grupo en el que confluían ambas problemáticas. En la opinión de la mayoría de la gente, esto vino a ser confirmado por la llamada rebelión de los pachucos.

## **2. Los pachucos: ¿un peligro para el orden social?**

A mediados del siglo XX, el discurso sobre la juventud mexicano-americana se concentró en el *zoot-suiter*, que supuestamente representaba al joven de origen mexicano en general. En este discurso se manifestaron dos tendencias que tuvieron un papel importante en la percepción del orden social.

### *2.1 El discurso sobre los inmigrantes de la segunda generación*

Desde la segunda década del siglo XX, algunos antropólogos empezaron a negar la importancia de la biología para diferenciar a la humanidad en razas y subrayaron a su vez la importancia de la cultura para explicar la diversidad humana (Gossett 1997: 409-430). Si bien este concepto abrió el camino hacia una percepción más dinámica del cambio social, especialmente en países con mucha inmigración, en las décadas siguientes, la noción de las culturas adquirió algunas similitudes con el concepto de las razas. Según se creía, los grupos humanos variaban a causa de su cultura, y ésta se construyó como un sistema holístico y cerrado. Según esta percepción, el cambio cultural sólo era posible a través de largos períodos, es decir, el proceso de aculturación de los inmigrantes llevaría varias generaciones e implicaba graves problemas para los inmigrantes y especialmente para sus descendientes. Como la cultura era percibida como un sistema que abarcaba todos los aspectos de la vida, el cambio cultural también tenía que incluir todos los valores y la forma de vida (Welz 1994). Con respecto a los descendientes de los inmigrantes, esta concepción significaba que tenían que dejar primero la cultura de sus padres pero que no podían integrarse inmediatamente a la cultura nueva del país de inmigración. Por eso, algunas generaciones se encontraban en una situación insegura y sin identidad definida.

Además, se consideraba que la asimilación era tanto más difícil cuanto mayor fuera la distancia entre las dos culturas. Aquí resurgió otra vez un elemento del antiguo discurso sobre las razas y la diversidad biológica. Si supuestamente existía entre las razas una distancia

variable, que dependía de su grado de civilización, ahora se inventó una jerarquía de culturas también sobre la misma base. Eso implicaba que un grupo inmigrante proveniente de una cultura considerada menos civilizada tenía que recorrer el proceso civilizador de la humanidad, que se representaba en escaleras que ascendían desde las culturas primitivas hasta la más civilizada. En los Estados Unidos, la cultura mexicana figuraba en un lugar bastante bajo en comparación con la cultura estadounidense. Por eso, la asimilación o aculturación<sup>7</sup> parecía aún más difícil para estos inmigrantes del sur.

## 2.2 *El discurso sobre la juventud*

La segunda tendencia que contribuyó al discurso sobre la juventud mexicano-americana se refiere a la juventud misma. A principios del siglo XX, la fase entre la infancia y la vida adulta adquirió un sentido nuevo: la adolescencia pasó a ser considerada como un período especial en la vida humana (Kett 1977). Bajo este término no se hacía simplemente referencia a algunos años en el ciclo de la vida, sino que la adolescencia implicaba la noción de una forma de vida social distinta (Herrmann 1987: 136-137). De acuerdo con el discurso, la juventud era una fase especial en la vida humana en la cual el individuo atravesaba un período de la evolución humana que equivalía al paso del salvajismo a la civilización. Por eso, la adolescencia era vista como una etapa llena de conflictos porque a los jóvenes todavía les faltaba carácter y estabilidad. La preocupación llegó hasta tal punto que ya se detectaba delincuencia en comportamientos no-conformes pero que sin embargo estaban lejos de lo que hoy en día se considera una conducta criminal. Así por ejemplo, el uso de un lenguaje vulgar figuraba bajo el lema de delincuencia (Passerini 1997: 430).

La preocupación por la adolescencia que se extendió en los Estados Unidos a mediados del siglo XX debe ser vista en relación con varios cambios sociales. A raíz de la industrialización y la urbanización crecientes había disminuido el trabajo infantil y el proceso de transición del niño al adulto se hizo más largo. La asistencia a la es-

---

7 Ambos términos fueron usados casi como sinónimos en el discurso contemporáneo. Hasta hoy en día no se cuenta con una definición no controvertida. Generalmente se puede constatar que “aculturación” es un término preferido en la antropología, mientras “asimilación” se usa con más frecuencia en las ciencias sociales.

cuela se extendió, y cada vez más niños y jóvenes ingresaron en las instituciones educativas para quedarse en ellas por más tiempo. La escuela contribuía así a la institucionalización de un periodo entre la infancia y la adultez. Además se fundaron cada vez más clubes y organizaciones donde los jóvenes pasaban más tiempo con sus pares. Esto significó que los padres tenían menos control, aunque los jóvenes no ganaban autonomía en comparación con la situación anterior, sólo que el control se extendió ahora a los agentes estatales (ibídem: 421). Este desarrollo general también se manifestó en el caso de la población mexicano-americana, aunque con cierto retraso temporal. Además, la proporción de estos niños que no sólo asistían a la escuela sino que además continuaban su formación en una *highschool* y en el *college* era mucho menor en comparación con la de la población blanca.

En la interferencia de estos dos discursos se encontraban los hijos de inmigrantes, es decir la llamada segunda generación (Gleason 1992: 163). Estos jóvenes parecían estar especialmente expuestos al riesgo de tomar mal rumbo en su vida a causa de su edad y su situación cultural. Mientras se veía a los inmigrantes de la primera generación como personas que continuaban viviendo dentro de su cultura de origen sin cambio alguno en el nuevo país, se creía que sus niños se encontraban en un conflicto casi sin salida porque se movían en un ámbito cultural en la casa y en otro en la calle. La asimilación aparecía como un proceso largo y duro que no necesariamente sería completado con éxito.<sup>8</sup> En los años cuarenta, estos miedos se intensificaron aún más. Por un lado, creció la xenofobia durante la guerra. Por otro, la situación supuestamente empeoró porque en ese periodo las mujeres trabajaban y no podían velar por sus niños mientras los padres combatían por la democracia en Europa. Así, la situación familiar parecía encontrarse en peligro a causa de las circunstancias especiales de la guerra. El miedo a una juventud incontrolada e incontrolable y a los inmigrantes no asimilables jugó un papel importante en lo que pasó en Los Angeles en 1942 y 1943.

---

8 Véase el concepto del “race relations cycle” del sociólogo Robert Park, que fue uno de los fundadores de la Escuela de Chicago. Park detectó cinco estadios en las relaciones entre los inmigrantes y la sociedad receptora. Según él, el proceso no necesariamente culminaba con la asimilación. Véase Park/Burgess (1921).

### 2.3 *Los pachucos y la juventud mexicano-americana*

En agosto de 1942 se encontró en un lugar llamado *Sleepy Lagoon* el cadáver de un joven mexicano-americano. La policía supuso una lucha entre pandillas juveniles y encarceló a algunos miembros mexicano-americanos bajo la sospecha de homicidio. Se inició entonces un proceso en el cual curiosamente se discutió la cuestión de si la juventud mexicano-americana en general tenía que ser considerada delincuente. Varias personas fueron citadas ante el juez en función de expertos sobre el tema. Las declaraciones muestran que la argumentación racial todavía tenía influencia. El representante de la policía de Los Angeles expuso que los mexicanos eran crueles y no tenían respeto por la vida humana. Como “prueba” citó los sacrificios humanos de los aztecas casi quinientos años atrás.<sup>9</sup>

Pero su posición no era compartida por todos los expertos. Sobre todo en círculos liberales empezó a prevalecer la opinión de que la causa de la situación social de las minorías no se encontraba en la biología sino en conflictos sociales y culturales. El énfasis de las declaraciones de Carey McWilliams y Guy T. Nunn, ambos citados como expertos en el proceso, se centraron en lo cultural. McWilliams habló en su función de director de la Division of Immigration and Housing del gobierno de California. Dando una negativa rotunda al concepto de razas biológicas, McWilliams se refirió a investigaciones nuevas de las ciencias humanas y mencionó explícitamente los trabajos de la antropóloga Ruth Benedict. En un libro muy leído en los años cuarenta (Benedict 1940), esta autora argumentaba que las diferencias sociales no se podían atribuir a diferencias genéticas. Basándose en esta corriente científica McWilliams subrayó que los jóvenes de origen mexicano tenían problemas por causas culturales. Según su punto de vista, los inmigrantes de la segunda generación se encontraban entre dos culturas. Por un lado, estaban los padres mexicanos con su cultura mexicana, y por otro, la sociedad estadounidense que tenía una

---

9 Edward Duran Ayres, Foreign Relations Bureau, Los Angeles Police Department, testigo ante Los Angeles County Grand Jury, en *Sleepy Lagoon Defense Committee*, Collection 107, University of California at Los Angeles, box 4, folder 10.

cultura completamente diferente. En el mismo sentido argumentó también Guy T. Nunn, representante de la War Manpower Commission.<sup>10</sup>

El primer fallo mostró que el tribunal se inclinó por la percepción de que los mexicano-americanos en general debían ser considerados delincuentes, ya que, no obstante la falta de pruebas, condenó a los acusados por homicidio, quienes sólo fueron absueltos en una revisión.<sup>11</sup>

El discurso sobre los problemas de la juventud mexicano-americana también dominó el debate sobre las causas de los *zoot-suit-riots* que estallaron en Los Angeles en junio de 1943. Hay dos versiones sobre el origen de estos acontecimientos tumultuosos. Una, hoy aceptada por los especialistas, ve a los miembros de una subcultura mexicano-americana que se llamaban *zoot-suiters* en inglés o pachucos en español como víctimas de un asalto de soldados de la marina, es decir que los *zoot-suit-riots* fueron una violenta erupción de racismo. La otra versión, que dominó la percepción contemporánea, culpaba a los pachucos. Así, el alcalde de Los Angeles, Fletcher Bowron, acusó a los pachucos de causar alborotos y violencia. De manera semejante juzgó un gran jurado del municipio de Los Angeles en su investigación (Escobar 1999: 249-252). Otra vez, los adolescentes mexicano-americanos fueron descritos como delincuentes a causa de conflictos culturales.

Este paso de interpretación fue también incorporado en análisis científicos. El sociólogo Norman Humphrey presentó un análisis de la juventud de origen mexicano (1945), en el que postulaba que sólo aquellos jóvenes que habían nacido en México mostraban un desarrollo normal por su fuerte conexión con la cultura mexicana. Estos adolescentes aceptaban la autoridad de sus padres, buscaban trabajo en una profesión artesanal y aspiraban a mejorar su situación de vida. Pero todo eso funcionaba al costo de su falta de asimilación en los Estados Unidos. Otros niños que eran expuestos a ambas culturas perdían la orientación social. No se sentían mexicanos ni pertenecían completamente a la sociedad del país de inmigración. El resultado de esta situación se describía como desorganización social con los sínto-

---

10 Carey McWilliams y Guy T. Nunn como testigos ante Los Angeles County Grand Jury, en *Sleepy Lagoon Defense Committee*, box 4, folder 10.

11 Escobar (1999: 281-284); Gutiérrez (1995: 121-132).

mas siguientes: los varones no se comportaban como hombres sino que aceptaban dinero de mujeres mayores de edad, se asociaban con otros en pandillas y se convertían en criminales. Como se ve, aunque Humphrey no aplicó el concepto de razas, la integración de los inmigrantes mexicanos le parecía casi imposible.

No obstante esta argumentación determinista, políticos, científicos, trabajadores sociales y organizaciones privadas caritativas buscaron caminos para mejorar la situación. Muchos estuvieron influidos por la idea de *social engineering*, es decir, tenían un concepto mecánico del cambio social, según el cual se podía inducir un cambio por medio de la enseñanza de un comportamiento diferente (Graebner 1987). Esto se manifestó también en la reacción a los disturbios. Después de reconocer la causa de la violencia en la juventud mexicana, la solución parecía ser asistir a estos jóvenes y sobre todo controlarlos e influir en sus actividades. En la ciudad se formaron varias asociaciones con el fin de llevar a cabo programas sociales para la juventud de origen mexicano. A finales del año 1943 ya existían por lo menos 23 grupos de ese tipo.<sup>12</sup> Organizaciones como la Young Men’s Christian Association (YMCA) y los Boy Scouts empezaron a preocuparse por la juventud mexicano-americana y tomaron medidas para integrar a estos adolescentes, aun cuando su participación en las actividades se realizó en grupos segregados.<sup>13</sup> La ciudad misma empezó a ocuparse de los adolescentes de origen mexicano. El County Board of Supervisors creó el Citizens’ Committee on Latin-American Youth y finalmente, después de las rebeliones, el gobierno de California organizó el Governor’s Committee on Latin-American Youth.<sup>14</sup>

Además, otros grupos ya existentes empezaron a focalizar sus actividades en los adolescentes mexicanos. Así, el Coordinating Council de Belvedere, una parte de Los Angeles, formó un Minority Committee después de los *zoot-suit-riots*. El comité adoptó la interpretación cultural del problema de los pachucos y pidió que, aparte de los padres, también las escuelas, la policía y las cortes tomaran medidas para controlar a los adolescentes. Según esta organización privada se debían tender redes paternas y públicas para vigilar las actividades

12 Escobar (1999: 258). Véase Manuel Ruiz Collection, Special Collections, Green Library, Stanford University, box 4, folder 6, 12 y 13.

13 Manuel Ruiz Collection, box 3, folder 7 y box 5, folder 13.

14 Manuel Ruiz Collection, box 2, folder 15.

de los jóvenes sin dejar tiempos fuera de control. Además, los adolescentes debían aprender las normas de la sociedad estadounidense en general y especialmente debían aprender a trabajar.<sup>15</sup>

#### *2.4 La perspectiva mexicano-americana*

Muchos mexicano-americanos compartieron el miedo a una juventud incontrolable. Sobre todo los miembros de la clase media articularon preocupaciones de ese tipo. También veían la adolescencia como una fase conflictiva y percibían la diferencia cultural como fuente de graves problemas. Sin embargo, los mexicano-americanos también criticaron la generalización de que todos los jóvenes de origen mexicano eran delincuentes.

Al igual que las agencias estatales y las asociaciones civiles de anglo-americanos, los propios mexicano-americanos empezaron también a prestar atención a los jóvenes y formaron organizaciones juveniles. Así se fundó por ejemplo el Coordinating Council of Latin American Youth (1941). El consejo pidió más lugares de recreo y campos deportivos. Se esperaba que los juegos y el deporte podrían aliviar los efectos de la urbanización en los jóvenes y mejorar su carácter.

En general, los fines perseguidos por los mexicano-americanos y los métodos para lograrlos no se distinguieron profundamente de los planteados en el ámbito anglo-americano. La orientación semejante derivaba de la procedencia social de los activistas mexicano-americanos y de su particular posición en la sociedad estadounidense. Como parte de una minoría, sufrían la discriminación, pero como miembros de la clase media, pertenecían a un grupo privilegiado dentro de la minoría. Su posición respecto a la juventud se debió entonces tanto a su etnicidad como a su estatus de clase.

Pero mientras las asociaciones mexicano-americanas compartieron con los anglo-americanos el ideal de una juventud conforme y de buen comportamiento, a la vez se manifestaron en contra de una americanización de los jóvenes. El Coordinating Council of Latin American Youth pidió que los grupos mexicanos fueran integrados en los programas de trabajo juvenil con la siguiente argumentación:

---

15 The Belvedere Coordinating Council, Minority Group Committee, 1943-1944, en *Sleepy Lagoon Defence Committee Collection*, box 4, folder 7.



The Coordinating Council, to be effective in its sphere of collaboration with all groups, can no more indulge in a program of Americanization than it can Mexicanization or Cubanization. It cannot support the hypothesis that the American way of living is a solution to the juvenile delinquency problem any more than it could submit that the Mexican way of living would constitute such a solution.<sup>16</sup>

Esta equiparación de las culturas estadounidense y mexicana fue algo nuevo en el discurso de los mexicano-americanos. Aquí se expresaba un cambio en su auto-percepción. En los años cuarenta del siglo XX, los mexicano-americanos empezaron a oponerse a la discriminación permanente con una conciencia nueva de su identidad y subrayaron el valor de la cultura mexicana que querían conservar.<sup>17</sup> De ahí derivaba también la idea de que los mexicano-americanos tenían que preocuparse de sus “propios” jóvenes, y que no podían ceder el control y la formación de los adolescentes al Estado y las organizaciones de anglo-americanas.

Finalmente, el trabajo social dirigido a los adolescentes llevó a la formación de grupos juveniles autónomos. Así por ejemplo, jóvenes estudiantes formaron en 1942 el Mexican American Movement, que nació de un grupo fundado por la YMCA, exponiendo sus motivos de la manera siguiente:

Through their own experience, many Mexican parents are not well enough equipped to offer the type of stimulation which our youth need. For these and other reasons both parents and youth must be offered the assistance of trained leadership which will further their progress towards social adjustment.<sup>18</sup>

Con estas palabras los mexicano-americanos reivindicaron que querían determinar su propio desarrollo y nombrar sus propios líderes. Es decir que se manifestó un cambio en la actitud de los mexicano-americanos. En vez de aspirar a la realización del *melting-pot*, enfatizaban sus derechos como grupo étnico. Además, se aprecia el surgimiento de una nueva generación de activistas que se veían mejor pre-

---

16 *Statement of purpose*, Manuel Ruiz Collection, box 2, folder 11.

17 Hasta entonces, sobre todo los miembros de la clase media aspiraban a ser aceptados como blancos sin diferencia alguna con los anglo-americanos (Hensel 2004: 85-16).

18 *Mexican American Movement: Its Scope, Origin, and Personnel*, Manuel Ruiz Collection, box 16, folder 8.

parados para contribuir a soluciones sociales respecto de la situación de la población de origen mexicano. De cierta manera, estos jóvenes contrarrestaron la posición de los adultos, asumieron responsabilidad en las organizaciones y postularon su mayor habilidad para encarar los problemas de la población mexicano-americana. Además, se opusieron a la imagen de una juventud desorganizada. En los años siguientes, el activismo civil de los adolescentes creció y muchos grupos lograron independizarse del control de las agencias estatales y civiles.

### **3. A modo de conclusión**

En suma se puede constatar que la invención de la juventud mexicano-americana como un grupo homogéneo caracterizado por pandillas y delincuencia significó una estigmatización. Según este discurso, la culpa de los problemas sociales la tenían los jóvenes y, por lo tanto, debían ser controlados para que se comportasen conforme a las normas establecidas y aceptasen la posición social que les era asignada. Además, las familias de inmigrantes fueron descritas como disfuncionales. Ya que éstas no podían ejercer su papel de disciplinar a los jóvenes, el Estado y las asociaciones civiles buscaron caminos para llenar ese vacío.

En estos puntos, las posiciones de los anglo-americanos y las de los mexicano-americanos no se diferenciaban mucho. No coincidían, sin embargo, en cuanto a la posición adecuada para los mexicano-americanos ni en la evaluación de las dos culturas. Mientras los anglo-americanos colocaban a los inmigrantes y sus descendientes en una posición social baja de trabajadores, los mexicano-americanos querían que se pusiera fin a las discriminaciones y aspiraban al asenso social del grupo. Si los anglo-americanos estimaron implícitamente que la disfunción de las familias era consecuencia de una cultura mexicana deficitaria, esta afirmación gratuita no fue aceptada por los mexicano-americanos, quienes no quisieron aceptar el control de la juventud de origen mexicano por parte de los anglo-americanos y reclamaron el ejercicio de ese rol para sí mismos.

Pero ni los adultos, ni las organizaciones ni el Estado pudieron controlar el proceso. Junto con los cambios sociales y la extensión del trabajo juvenil de las agencias estatales y civiles, se manifestaron efectos no intencionales de la acción de los actores adultos, ya que los

jóvenes empezaron a formar organizaciones propias. Queda aún por investigar si estas asociaciones fueron precursoras del movimiento chicano de los años sesenta del siglo XX.

### Bibliografía

- Beale, Calvin L. (1958): “Census Problems of Racial Enumeration”. En: Thompson, Edgar T./Hughes, Everett C. (eds.): *Race: Individual and Collective Behavior*. Glencoe: The Free Press, pp. 537-540.
- Benedict, Ruth (1940): *Race, Science, and Politics*. New York: Viking Press.
- Bogardus, Emory (1943): “Gangs of Mexican American Youth”. En: *Sociology and Social Research*, 28, pp. 55-66.
- Boswell, Thomas (1979): “The Growth and Proportional Distribution of the Mexican Stock Population in the United States, 1910-1970”. En: *Mississippi Geographer*, 7, pp. 57-76.
- Camarillo, Albert (1979): *Chicanos in a Changing Society: From Mexican Pueblos to American Barrios in Santa Barbara and Southern California, 1848-1930*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- Deutsch, Sarah (1987): *No Separate Refuge: Culture, Class, and Gender on an Anglo-Hispanic Frontier in the American Southwest, 1880-1940*. New York: Oxford University Press.
- Easterlin, Richard A. (1980): “Immigration: Economic and Social Characteristics”. En: Thernstrom, Stephan (ed.): *Harvard Encyclopedia of American Ethnic Groups*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press, pp. 476-486.
- Escobar, Edward J. (1999): *Race, Police, and the Making of a Political Identity: Mexican Americans and the Los Angeles Police Department, 1900-1945*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- García, Mario T. (1989): *Mexican Americans: Leadership, Ideology, and Identity, 1930-1960*. New Haven/London: Yale University Press.
- García, Richard A. (1991): *The Rise of Mexican American Middle Class: San Antonio 1929-1941*. College Station: Texas A&M Press.
- Gleason, Philip (1992): *Speaking of Diversity: Language and Ethnicity in Twentieth-Century America*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- Gonzales, Manuel G. (1999): *Mexicanos: A History of Mexicans in the United States*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- González, Gilbert (1990): *Chicano Education in the Era of Segregation*. Philadelphia: The Balch Institute Press.
- González Baker, Susan et al. (1998): “U.S. Immigration Policies and Trends: The Growing Importance of Migration from Mexico”. En: Suárez-Orozco, Marcelo M. (ed.): *Crossings: Mexican Immigration in Interdisciplinary Perspectives*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 79-105.
- Gossett, Thomas (1997): *Race: The History of an Idea in America*. New York/Oxford: Oxford University Press.

- Graebner, William (1987): *The Engineering of Consent. Democracy and Authority in Twentieth-Century America*. Madison: University of Wisconsin Press.
- Griswold del Castillo, Richard (1984): *La Familia: Chicano Families in the Urban Southwest, 1848 to the Present*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Gutiérrez, David G. (1995): *Walls and Mirrors: Mexican Americans, Mexican Immigrants, and the Politics of Ethnicity*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Hensel, Silke (2004): *Leben auf der Grenze. Diskursive Aus- und Abgrenzungen von Mexican Americans und Puertoricanern in den USA*. Frankfurt/Main: Vervuert/Madrid: Iberoamericana.
- Herrmann, Ulrich (1987): "Jugend in der Sozialgeschichte". En: Schieder, Wolfgang/Sellin, Volker (eds.): *Sozialgeschichte in Deutschland IV*. Göttingen: Vandenhoeck & Ruprecht, pp. 133-155.
- Higham, John (1971): *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*. 2a ed., New York: Atheneum.
- Humphrey, Norman (1945): "Stereotype and the Social Types of Mexican-American Youth". En: *Journal of Social Psychology*, 22, pp. 69-78.
- Kett, Joseph F. (1977): *Rites of Passage: Adolescence in America 1790 to the Present*. New York: Basic Books.
- Mazón, Mauricio (1984): *The Zoot-Suit Riots: The Psychology of Symbolic Annihilation*. Austin: University of Texas Press.
- McWilliams, Carey (1968): *North from Mexico. The Spanish-Speaking People of the United States*. New York: Greenwood Press.
- Monroy, Douglas (1999): *Rebirth: Mexican Los Angeles from the Great Migration to the Great Depression*. Berkeley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Montejano, David (1987): *Anglos and Mexicans in the Making of Texas, 1836-1986*. Austin: University of Texas Press.
- Muñoz, Carlos Jr. (1989): *Youth, Identity, and Power: The Chicano Movement*. London: Verso.
- Park, Robert E./Burgess, Ernest W. (1921): *Introduction to the Science of Sociology*. Chicago: University of Chicago Press.
- Passerini, Luisa (1997): "Jugend als Metapher für gesellschaftliche Veränderung". En: Levi, Giovanni/Schmitt, Jean-Claude (eds.): *Geschichte der Jugend 2*. Frankfurt/Main: S. Fischer Verlag, pp. 375-459.
- Romo, Ricardo (1983): *East Los Angeles: History of a Barrio*. Austin: University of Texas Press.
- Ruiz, Vicki L. (1987): *Cannery Women – Cannery Lives: Mexican Women, Unionization, and the California Food Processing Industry, 1930-1950*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- (1998): "The Flapper and the Chaperone: Cultural Constructions of Identity and Heterosexual Politics among Adolescent Mexican American Women, 1920-1950". En: Inness, Sherrie A. (ed.): *Delinquents and Debutantes: Twentieth-Cen-*

- tury American Girl's Culture*. New York/London: New York University Press, pp. 199-226.
- Sánchez, George J. (1993): *Becoming Mexican American: Ethnicity, Culture, and Identity in Chicano Los Angeles, 1900-1945*. New York/Oxford: Oxford University Press.
- Saragoza, Alex M. (1990): “Recent Chicano Historiography”. En: *Aztlán*, 19, 1, pp. 1-77.
- Weber, Devra (1994): *Dark Sweat, White Gold: California Farm Workers, Cotton, and the New Deal*. Berkeley: University of California Press.
- Welz, Gisela (1994): “Die soziale Organisation kultureller Differenz. Zur Kritik des Ethnosbegriffs in der anglo-amerikanischen Kulturanthropologie”. En: Berding, Helmut (ed.): *Nationales Bewußtsein und kollektive Identität. Studien zur Entwicklung des kollektiven Bewußtseins in der Neuzeit 2*, Frankfurt/Main: Suhrkamp, pp. 66-81.



Estela Schindel

**El sesgo generacional del terrorismo de Estado:  
niños y jóvenes bajo la dictadura argentina  
(1976-1983)**

El proyecto impulsado por la dictadura que rigió en Argentina entre 1976 y 1983 fue uno de remodelación y transformación social a largo plazo. El nombre que el régimen se dio a sí mismo, “Proceso de Reorganización Nacional”, cifraba ese afán fundacional y redentor que se arrogó, junto con el poder, la Junta Militar que tomó el gobierno el 24 de marzo de 1976. Sus ideólogos se habían propuesto poner fin al ciclo pendular de gobiernos civiles y militares que caracterizaba a la política argentina y, sobre todo, eliminar la creciente movilización política que impulsaban principalmente ciertos sectores juveniles, impartiendo un castigo definitivo y ejemplar. Esta vez, decidieron, el escarmiento debía dar resultados duraderos y ejercer sus efectos por varias décadas. Es preciso tener presente ese objetivo a la hora de explorar uno de los aspectos más notorios del terrorismo de Estado desplegado en esos años: un sesgo generacional que tiene a niños y jóvenes como destinatarios principales.

En los años previos al golpe militar de 1976 la juventud se había convertido en Argentina en un sector dinámico y altamente movilizado. La década del sesenta había sido testigo de la radicalización ideológica de varios sectores y de la emergencia cultural y política de la juventud como sujeto activo. Convertidos en actores sociales visibles, radicalizados en sus ideas políticas y, en algunos casos, dispuestos a imponer sus afanes revolucionarios con las armas, los jóvenes eran vistos con creciente desconfianza por el *establishment* político y militar. El mismo Juan Perón, que no mucho antes había incentivado y avalado esa radicalización juvenil refiriéndose a la “juventud maravillosa”, anticipó su caída en desgracia cuando, ante una Plaza de Mayo colmada, insultó a esos mismos jóvenes calificándolos de “imberbes”

y “estúpidos”.<sup>1</sup> La juventud que había logrado convertirse en actor decisivo de la política argentina se convertiría en el blanco principal del objetivo “reorganizador” del régimen. La consecuencia más evidente de esa política se manifiesta en las cifras de desaparecidos desagregadas por edad: el 32% de las desapariciones denunciadas corresponden a jóvenes de entre 21 y 25 años, mientras que el 70% tenía entre 21 y 35 años al desaparecer (CONADEP 1984: 294).

Tanto la baja edad promedio de los desaparecidos como el robo de hijos de desaparecidos para ser dados ilegalmente en adopción, así como el ensañamiento persecutorio hacia los jóvenes que signó la vida cotidiana en dictadura pueden comprenderse como manifestaciones de esa voluntad militar de transformar el país que consideró a niños y jóvenes como materia prima para la consumación de su proyecto. La apropiación ilegal de hijos de desaparecidos y de bebés nacidos en cautiverio fue la más aberrante pero no la única forma en que el régimen militar argentino colocó a niños y jóvenes en el centro de su política represiva. Esos niños dados en adopción ilegalmente, la mayoría de los cuales sigue viviendo en la ignorancia de su identidad hasta hoy, encarnan la culminación de una política terrorista de Estado que también secuestró, torturó y asesinó a niños y adolescentes, y que en la vida cotidiana se tradujo en una extrema desconfianza hacia los jóvenes y en la censura de sus canales espontáneos de expresión. Los adolescentes fueron reprimidos en sus prácticas culturales, silenciados y desvalorizados intelectualmente en las políticas educativas e ignorados en los medios de comunicación, donde se registró una notable ausencia de marcas y símbolos propios de la cultura juvenil.

A continuación se expondrá el contexto del proyecto dictatorial que dio marco a esa persecución y las formas que adoptó la represión directa a niños y adolescentes. Luego se verá cómo los ámbitos cotidianos de la escuela y la familia acompañaron y, en ocasiones, reprodujeron esa política opresiva hacia la infancia y también el modo en que fueron aprovechados los espacios alternativos de expresión y resistencia. Tras considerar el impacto producido por la guerra de las Malvinas, hacia el fin de la dictadura, se hará referencia a la búsqueda

---

1 El episodio tuvo lugar durante el acto realizado el 1º de mayo de 1974 y significó, además de la ruptura de Perón con la organización guerrillera Montoneros, la agudización de los conflictos entre la izquierda y la derecha peronistas y el aumento de la persecución de jóvenes militantes e intelectuales.



de los niños desaparecidos por parte de las Abuelas de Plaza de Mayo y a las secuelas dejadas por los crímenes de la dictadura, que afectan no sólo a quienes fueron víctimas directas sino a la sociedad argentina toda.

### 1. Miedo por varias generaciones

El régimen, que se denominó a sí mismo “Proceso de Reorganización Nacional”, intentó realizar la reconversión social y política del país a largo plazo, “desapareciendo” a una generación y modelando a las siguientes de acuerdo a su ideología. La política criminal de Estado dirigida a la infancia y la juventud debe entenderse como parte de ese proyecto que se concebía fundacional y cuyos efectos debían perdurar en el futuro. Poco antes del golpe de Estado de marzo de 1976 un oficial de la Armada afirmó ante un periodista: “si matamos a todos, habrá miedo por varias generaciones”.<sup>2</sup> La propia figura de la desaparición –sin anclaje físico por la falta de tumba, pero también sin inscripción histórica por la ausencia de registro e información fehaciente de la muerte– condena a las víctimas y sus familiares a un sufrimiento suspendido en la historia, sin resolución temporal. Como un castigo lanzado a futuro que se infiltraría en el imaginario colectivo, el régimen se propuso implementar una política cuyos efectos habrían de sucederlo largamente.<sup>3</sup>

El terrorismo de Estado que se instauró en Argentina entre 1976 y 1983 presenta las características que Zygmunt Bauman (1989) atribuye a los asesinatos masivos modernos. A diferencia de las masacres premodernas, según este autor, éstos no están movidos por impulsos o emociones sino que responden a un proyecto racional que se concibe como creador. En esta concepción, la remoción de lo que se considera dañino está inspirada por un principio positivo, ordenador: se mata

2 El episodio fue narrado por el periodista Jacobo Timerman, quien le preguntó a su interlocutor a qué se refería con “todos”. El marino respondió: “Todos... unos 20.000. Y además sus familiares. Hay que borrarlos a ellos y a quienes puedan llegar a acordarse de sus nombres... No quedará vestigio ni testimonio” (Timerman 1981: 51).

3 Los jefes militares confiaban que el futuro culminaría y redimiría sus acciones. El presidente Videla, ante las primeras denuncias de desapariciones, arguyó: “Esto forma parte de la historia y ésta juzgará, en su momento, estos hechos. El presente no puede explicarlos”. (En *La Opinión*, 13.12.1977). Ver Schindel (2000).

con un fin.<sup>4</sup> Esta práctica, que para Bauman se asemeja a una “jardinería” social, es explicada por Michel Foucault (1977) en términos de una “biopolítica”, es decir, el ejercicio de un poder que no sólo imparte la muerte sino que también toma a su cargo la vida. Sobre el fondo de la biopolítica se confunde dar muerte con administrar la vida, hacer morir con hacer vivir; la muerte convive con la gestión de la vida, así como en los principales centros clandestinos de detención argentinos convivían las salas de tortura con precarias “maternidades” para atender a las embarazadas que serían asesinadas luego de parir.

El principio de la “jardinería” social, como el de la biopolítica, se reconoce en las prácticas de los militares argentinos que tomaban a la población como materia y objeto de su voluntad de “reorganizar”. Los represores esperaban con especial interés el nacimiento de bebés de prisioneros de piel blanca y rubios. Según los testimonios, una mujer fue arrojada viva de un avión hacia el final de su embarazo porque para los represores “era fea, y tenían miedo de que el bebé también iba a ser feo”.<sup>5</sup> Una abuela que buscaba a su nieta desaparecida, en cambio, escuchó de un policía la recomendación de no buscarla más porque “la beba es demasiado linda” y por lo tanto no la iba a recuperar (Arditti 1999: 112), y otro testigo refirió haber visto cómo los verdugos se llevaban a un chico de 10 años mientras le decían “te matamos ahora así no crecés” (Verbitsky 1985: 62). Al modo de una eutanasia a escala social, como una voluntad de extirpar lo indeseable y dar forma a lo existente, el poder militar gestionaba la vida mientras imponía la muerte.

La apropiación sistemática de los recién nacidos o niños pequeños para separarlos de sus familias no fue exclusividad de la última dicta-

---

4 El general Videla, que fue presidente de la Argentina durante los años más duros de la represión, lo expresó antes del golpe de Estado con las siguientes palabras: “Si es preciso en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país”. Declaraciones efectuadas en la XI Conferencia de Ejércitos Americanos realizada en Montevideo (*Clarín*, 24.10.1975, citado en Almirón 1999: 99). Años más tarde, demostró la misma convicción de haber “matado por la vida” al afirmar: “No reconocemos culpas bajo ninguna circunstancia, porque si hubo necesidad de matar, nunca fue por matar en sí, sino porque uno tenía necesidad de matar para defender ciertos valores” (*The Times*, 02.06.1980, citado en Mignone 1991: 69).

5 “La elección de las embarazadas” (*Página/12*, 01.07.1995; citado en Taylor 1997: 84).

dura argentina sino una práctica presente en otros momentos de la historia y ejercida por poderes que fundamentaron su acción en proyectos que suponían una intervención biopolítica sobre la sociedad. Como antecedente local puede mencionarse el exterminio de la población aborígen argentina, que incluyó entre sus métodos la separación de los hijos de las madres para entregarlos a otras familias, no en adopción sino como criados (Kordon/Edelman 1994: 82). Igual que ése, otros casos de alejamiento forzado de niños pequeños de sus familias, como el perpetrado por los nazis con 200.000 chicos de Europa del Este y los realizados en Australia y Estados Unidos con descendientes de aborígenes también tuvieron lugar en el marco de proyectos biopolíticos, que se proponían asimilar o destruir lo que consideraban dañino para la supervivencia y futuro de la nación (Arditti 1999: 125-128). En ese contexto, los bebés o niños pequeños eran vistos como instrumentos de una causa superior y tratados como materia biológica a modelar.

## 2. Un infierno con niños

“¿A partir de qué edad se puede empezar a torturar a un niño?” La pregunta parece fruto de una imaginación diabólica, pero fue efectivamente formulada en un centro clandestino de detención de la dictadura argentina. Una sobreviviente escuchó a un torturador hacerle la consulta a un médico y la mencionó durante su testimonio en el juicio a las juntas militares. La respuesta que le siguió –“a partir de 25 kilos el cuerpo resiste el paso de electricidad”– alude, al igual que la pregunta, no a un supuesto límite o condicionante ético sino a un aspecto puramente técnico, instrumental.<sup>6</sup> En el universo del terrorismo de Estado creado por los militares no hubo referentes éticos, como lo demuestra el maltrato padecido allí por niños y adolescentes. En un texto leído en 1983 Julio Cortázar invocaba la *Divina Comedia* de Dante para concluir que “en su atroz infierno no hay ni un solo niño; pero el de los militares argentinos responsables de las desapariciones está lleno de pequeñas sombras, de siluetas cada vez más semejantes

---

6 La expresión proviene de la novela *Dos veces junio* (2002) de Martín Kohan, quien remite el testimonio al *Diario del Juicio*. Ver <<http://www.segundapoesia.com.ar/entrevistas/kohan.html>> (20.05.2004).

al humo y a las lágrimas”.<sup>7</sup> El escritor señalaba así el desconcierto producido por la percepción de que se carece efectivamente de parámetros en la cultura occidental con los cuales medir tal horror.

Los niños fueron víctimas directas e indirectas del plan criminal implementado por un régimen que, mientras exaltaba públicamente los valores de la “familia”, hizo de la destrucción de lazos familiares un eje central de su práctica represiva. El asalto nocturno y violento de los escuadrones paramilitares en las viviendas particulares que dio inicio a la mayoría de las desapariciones es la manifestación gráfica de esa irrupción del poder militar en el seno de los hogares. El 62% de los secuestros que dieron lugar a las desapariciones denunciadas tuvo lugar en el domicilio de las víctimas (CONADEP 1984: 29). Era habitual por lo tanto que los niños fueran testigos de la captura de sus padres, acompañada casi siempre de torturas o maltratos.<sup>8</sup> Luego del procedimiento, según el informe *Nunca Más*, los niños eran dejados librados a su suerte o entregados a vecinos, llevados a institutos de menores que los entregaban a sus familiares o los cedían en adopción, secuestrados para ser adoptados ilegalmente por algún represor ocultando su verdadera identidad o conducidos también al centro de detención clandestino, donde incluso eran obligados a presenciar las torturas a que eran sometidos sus padres o eran ellos mismos torturados ante éstos.<sup>9</sup> Muchos de estos niños continúan “desaparecidos” y los que fueron dados en adopción ilegal siguen viviendo hasta la actualidad en la ignorancia de su origen.

---

7 Texto leído por Julio Cortázar en noviembre de 1983 ante una comisión de las Naciones Unidas, en Nueva York, cit. en Blaustein/Zubieta (1998: 524).

8 Matilde Herrera (1988) ha reunido relatos de niños que estaban presentes cuando secuestraron y/o torturaron a sus padres. Otros testimonios de hijos de padres secuestrados o asesinados se leen en Gelman/La Madrid (1997).

9 Los testimonios reunidos por la CONADEP ofrecen abundante evidencia de esto. Un niño de seis años, por ejemplo, presenció la captura de sus padres, secuestrados junto a su hermana y prima, durante la cual fue también maltratado. A cargo de la abuela, el niño pasó los siguientes años en silencio y mirando largamente la ventana a la espera de sus padres hasta que, años después, falleció por un “paro cardíaco”. Una niña de cinco años fue secuestrada junto a su madre y otra mujer con niños pequeños y mantenida en cautiverio varios días durante los cuales fue obligada a presenciar las sesiones de tortura de su padre. Pocos días después de ser llevada al hogar de sus abuelos, la niña tomó un arma que encontró en la casa y se suicidó (CONADEP 1984: 318-320). Hubo detenidas obligadas a presenciar la tortura de sus hijos y aún el maltrato de bebés (ibídem: 267).

El plan de apropiación y sustracción de la identidad de estos niños fue concebido y perpetrado por los militares, quienes contaron además con la complicidad de las organizaciones civiles de custodia de menores y la mayor parte de los jueces. El robo sistemático de niños no afectó sólo a los hijos hallados en los procedimientos sino que comenzaba ya durante la gestación. Las mujeres embarazadas constituyeron el 3% del total de desapariciones denunciadas. Muchas de ellas fueron mantenidas en cautiverio hasta dar a luz y asesinadas luego del parto. Los bebés separados de sus madres eran llevados con rumbo desconocido sin que sus parientes fueran informados sobre su destino, e inscriptos en el Registro Civil con una falsa identidad. Un abundante cuerpo testimonial ha descrito las “maternidades clandestinas” que funcionaron en los principales centros clandestinos de detención de la dictadura, la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) y Campo de Mayo. En ellos, las embarazadas podían contar con algún cuidado o beneficio con el que no contaban sus compañeros de martirio, pero los testimonios indican que también ellas fueron torturadas y violadas, y que se aplicó así un castigo por anticipado a la generación por nacer.<sup>10</sup>

La organización Abuelas de Plaza de Mayo ha documentado la desaparición de al menos 88 niños y 136 mujeres embarazadas; pero la estimación del número real de chicos desaparecidos asciende a cerca de 500 (Arditti 1999: 50). Varios jefes militares, entre ellos el ex presidente Videla, fueron condenados en 1998 por los delitos de apropiación sistemática de menores y sustracción de identidad, pues se demostró que estos episodios no fueron casos aislados ni respondieron a iniciativas individuales sino que fueron parte de un plan premeditado e integral. Sin embargo, y pese a que fueron juzgados y sentenciados por esos crímenes, los militares no han reconocido públicamente la existencia de ese plan y continúan ocultando la información que per-

---

10 Una sobreviviente testimonió haber sido torturada con picana eléctrica, golpeada y violada sistemáticamente mientras tenía un embarazo de seis meses, lo cual la dejó con graves secuelas físicas y psíquicas, obsesionada por el recuerdo de sus propios tormentos y alaridos, y los de sus compañeros. Al tiempo fue liberada y nació su hijo, quien como resultado de la tortura a su madre acusaba un desequilibrio neurovegetativo (“hipoacusia bilateral”). Los médicos diagnosticaron que el niño padecía “secuelas de guerra” y que la patología era resultado de los *shocks* eléctricos recibidos por su madre durante la gestación (CONADEP 1984: 318). Testimonios similares se leen en *ibidem* (155; 317-319) y en Arditti (1999: 22-24).

mitiría a los niños robados recuperar su identidad. La fundamentación de la sustracción sistemática de niños fue musitada en dictadura en forma reservada, como cuando un militar reveló al abogado Emilio Mignone que uno de los problemas que enfrentaban era “cómo hacer para que los hijos de los desaparecidos no crecieran en el ‘odio a los militares’” (ibídem: 50) o admitida impunemente por los integrantes más fanatizados del régimen como el ex-general Camps, quien “fundamentó que los hijos de los desaparecidos no podían volver a sus familias de origen porque [éstas] no eran capaces de transmitir a estos chicos los valores de nuestra cultura, que eran, según él, los valores que determinaba la dictadura militar” (Kordon/Edelman 1994: 79).

Mientras muchos niños y adolescentes fueron perseguidos y castigados por el hecho de ser hijos de alguien, por hallarse en el lugar del secuestro o como extorsión hacia sus padres, otros fueron considerados ellos mismos blanco de la represión, como los 250 adolescentes desaparecidos de entre 13 y 18 años de edad. Según habría admitido un coronel ante un grupo de padres, se llevaban a los jóvenes de “colegios subversivos [para] cambiarles las ideas” (Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 56). Los colegios secundarios fueron objeto de operativos represivos específicos y se produjeron desapariciones colectivas de estudiantes –que a menudo contaron con la complicidad activa de sus autoridades– como en los conocidos casos del Colegio Nacional de Buenos Aires y la Escuela Carlos Pellegrini.<sup>11</sup> El caso más recordado es el que tuvo lugar el 16 de septiembre de 1976, cuando un grupo de adolescentes de entre 16 y 18 años desapareció en La Plata. Luego de un periodo de cautiverio y torturas, la mayoría de ellos fueron asesinados. El hecho, conocido como “La Noche de los Lápices”, dio lugar a un libro traducido a varios idiomas y a una película que en Argentina vieron tres millones de personas y se convirtió en símbolo de la atrocidad del terrorismo de Estado que se ensañó con un grupo de adolescentes.<sup>12</sup>

---

11 Documentados respectivamente en Garaño/Petrot (2002) y en la película *Flores de Septiembre* (2002).

12 Desde entonces, el 16 de septiembre es recordado cada año como el “Día de la lucha de los estudiantes secundarios”. Este caso, sin embargo, también es ejemplo del modo en que la memoria colectiva opera en forma selectiva, priorizando algunos aspectos de la historia y relegando otros. Durante mucho tiempo su historia pública se basaba sólo en el relato de Pablo Díaz, a quien se creía único sobreviviente, y vinculaba la detención a la campaña de los jóvenes por el “boleto

Los niños y jóvenes que sufrieron en carne propia el asesinato y/o la tortura fueron la culminación de la política represiva, cuyos efectos atemorizantes estaban destinados a extenderse al conjunto de la población. Para el resto de los estudiantes, el régimen autoritario dispuso de un sistema educativo regresivo y disciplinador que, como su contracara “blanda”, continuaba y complementaba la política terrorista estatal.

### 3. El largo brazo del autoritarismo: la escuela en dictadura

Los testimonios de los crímenes de la dictadura argentina incitan a pensar esos hechos como una excepción absoluta: una instancia límite alejada de la cotidianeidad. Como ha señalado Pilar Calveiro (1998) en su análisis del sistema represivo clandestino, sin embargo, los centros de detención ilegales y la sociedad no pueden pensarse como entidades aisladas sino que hay correspondencias entre el aislamiento, silencio e inmovilidad a que eran sometidos los prisioneros y la ignorancia, compartimentación y sumisión que padeció la población toda. Entre las cámaras de tortura que actuaban como caja de resonancia amplificando el terror y el conjunto de la sociedad había fronteras porosas y aunque ambos mundos permanecían separados uno del otro, es posible hallar vasos comunicantes, modos de intuir uno en el otro. Así como hubo niños llevados a los centros clandestinos de detención, entonces, algo del régimen represivo se infiltró en un sistema escolar que ponía un énfasis puramente formal en aspectos disciplinarios y burocráticos, vaciaba sus contenidos, premiaba la obsecuencia y castigaba el afecto. Postular esta correspondencia no implica en modo alguno relativizar el carácter criminal del terrorismo de Estado ni equivale a afirmar que “todo es lo mismo”. Se trata en cambio de interrogar por las posibles continuidades entre la represión directa de niños y adolescentes y la alienación y persecución de que éstos fueron objeto en calles, plazas y escuelas.

---

estudiantil”. En 1998 otra sobreviviente, Emilce Moller, dio una versión diferente de los hechos, según la cual hubo más secuestrados y más sobrevivientes y sus capturas no tuvieron relación con el boleto estudiantil sino con la militancia en la Unión de Estudiantes Secundarios, una organización vinculada a Montoneros, la guerrilla peronista de izquierda. Ese testimonio hizo más compleja la interpretación del pasado puesto que sustituyó la tendencia a la “inocentización” o “angeli- zación” de las víctimas por una que obliga a reconocer el activismo político, en ocasiones armado, de muchas de ellas. Ver *Página/12*, 15.09.1998.

Sobre estas últimas, los estudios disponibles acerca de la educación durante el régimen militar ofrecen diagnósticos coincidentes: una ideología retrógrada y autoritaria aunada a la burocratización extrema de las actividades y al vaciamiento curricular provocaron en pocos años un notable deterioro de la educación pública que perjudicó especialmente a la escuela media (Braslavsky 1986; Filmus 1988).

Según Cecilia Braslavsky (1986) la política educativa de la dictadura culminó un proceso de deterioro selectivo de la acción escolar iniciado hacia 1960 y orientado a menoscabar el dominio de ciertos elementos cognoscitivos y la capacidad crítica. Esta tendencia al deterioro de la calidad de la enseñanza por vía del retroceso o estancamiento se asentó en la ritualización autoritaria de la vida escolar, una práctica orientada a hacer “como si” se aprendiera mientras se cumplía una serie de ritos normativos. Se trataba de escuelas por las cuales los alumnos “podían pasar... sin aprender a leer o escribir, pero no sin aprender a formar fila, respetar la autoridad, hacer silencio” (Filmus 1988: 23).

El modelo educativo de los militares estaba orientado a “restaurar” la “autoridad y el orden”, para lo cual se implementó un sistema burocrático y de control destinado también a los maestros, convertidos ellos mismos en objeto de observación y persecución ideológica. Programas escolares censurados se complementaban con documentos del Ministerio de Educación llamando a reconocer y denunciar la “subversión en el ámbito educativo”. Esas disposiciones censuraban, por ejemplo, las orientaciones laicistas, las lecturas con finales abiertos, la “fantasía ilimitada”, la alusión a la pobreza y la mirada pesimista puesto que “el pesimismo es subversivo”; las matemáticas modernas fueron suprimidas de la enseñanza por “subversivas” y se prohibió el libro *El Principito*, de Antoine de Saint Exupéry (Gociol/Invernizzi 2002: 101-129).

La mediocridad en los contenidos fue acompañada de gestiones educativas caracterizadas por el estímulo al uso de sanciones, lo que dio lugar a un aumento en el número de alumnos expulsados (Vergara 1997: 164). La extrema burocratización quitaba tiempo al personal docente para la satisfacción de las demandas de los alumnos y la prohibición de desarrollar una “familiaridad excesiva” en la escuela, para lo cual los estudiantes debían guardar “absoluto silencio”, impregnaba el clima cotidiano en las aulas. Las autoridades instaban a



cantar el himno nacional “con unción”, reglamentaban cada detalle de la vestimenta y el aspecto de los estudiantes y les prohibían efectuar presentaciones o solicitudes colectivas (Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 54).

En cuanto a los contenidos transmitidos, se trataba de un universo cerrado, altamente fragmentado y esquematizado, descontextuado de la historia y la sociedad. Según Daniel Filmus (1988) las políticas autoritarias operaban tanto en el orden expresivo (las formas de disciplina y organización institucional) como en el orden instrumental (que atañe a los contenidos curriculares y los modos de transmitirlos). En el primero, a partir de la imposición coercitiva de un orden altamente jerarquizado, la excesiva normativización y el disciplinamiento autoritario; en el segundo, legitimando esa disciplina y organización jerárquica no tanto en relación a los contenidos que se transmitieron como a aquellos que se dejaron de transmitir. La política educativa de la dictadura produjo un vaciamiento de saberes socialmente válidos del ámbito educativo, programa que queda explícito en un currículum impuesto en 1981 que limitaba el acceso a la lengua en primer grado, cuyo primer cuatrimestre sólo se usaba en “tareas de aprestamiento”, mientras en el segundo se aprendían sólo trece letras, con lo cual los niños completaban su alfabetización recién en tercer grado y quienes desertaban antes por razones sociales o económicas no la alcanzaban nunca (Filmus 1988: 19).

La menor exigencia, justificada como un modo de evitar la desertación, estaba destinada a retrasar el acceso de los alumnos a saberes más elaborados y someter su adquisición al juego del mercado. Pero el vaciamiento de contenidos no fue homogéneo sino heterogéneo y segmentado, reproduciendo la existencia de circuitos educativos de calidad diferenciada de tal modo que el Estado intervino activamente en la generación de condiciones desiguales de aprendizaje, desfavoreciendo a través de las mismas a quienes también se encontraban en inferioridad de condiciones para acceder a los saberes fuera del sistema educativo (Filmus 1988: 20-23). El resultado de las políticas educativas de la dictadura, por lo tanto, puede evaluarse más por lo que se impidió aprender en las escuelas que por lo que éstas efectivamente enseñaron.

Fuera de la escuela, los consumos culturales para niños que habían conseguido eludir la censura reproducían las restricciones del curricu-

lum escolar, como las visiones de la historia descontextualizadas y acríticas, acordes a un programa de modernización conservadora. Un análisis del contenido de la revista infantil *Billiken* entre 1976 y 1978 muestra cómo en esas páginas –al igual que en las aulas– se anulaban los contenidos vinculados a la historia contemporánea y los conflictos sociales: la “historia” se detenía en el siglo XIX, bajo “actualidad” se presentaban sólo innovaciones científicas o tecnológicas y el rubro “ciencias sociales” se limita a la geografía (Guitelman 2003). La revista reproducía y justificaba los principios de autoridad y jerarquía así como el no cuestionamiento de las órdenes de los padres, los maestros y los mayores en general. El de *Billiken*, sin embargo, era un discurso engañoso puesto que pretendía hacer creer a los niños que cuando llegasen a grandes serían finalmente autónomos, pero su objetivo real era contribuir a afianzar subjetividades sumisas y acríticas destinadas a perdurar hasta la adultez.

La persecución y censura en el ámbito educativo se combinó con iniciativas destinadas a crear consensos y afinidades con el régimen por parte de alumnos y estudiantes. El momento negativo de la represión debía complementarse con la creación de efectos de poder positivos y con el ejercicio de estrategias “productivas”, funcionales al proyecto oficial de modelación de la vida.<sup>13</sup> Así se promovieron eventos y concursos con temas militares y títulos como “El niño y el Ejército” o “La autoridad auténtica y responsable” (Vergara 1997), los colegios secundarios participaron en una campaña destinada a que los jóvenes viajaran a las zonas limítrofes del país llamada “Argentinos, Marchemos a las Fronteras”. Ésta fue inaugurada el 16 de noviembre de 1979 con un acto en un gran estadio de fútbol que fue de concurrencia obligatoria para alumnos de decenas de escuelas secundarias y se dirigía, según los propios jefes militares, a los “líderes del año 2000” (Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 52). En eventos como ése los estudiantes eran tratados con adulonería y paternalismo: no como sujetos sino

---

13 Por “positividad” del poder Michel Foucault entiende el modo en que éste despliega sus “funciones de incitación, de reforzamiento, de control, de vigilancia, de aumento y organización de las fuerzas que somete: un poder destinado a producir fuerzas, a hacerlas crecer y ordenarlas más que a obstaculizarlas, doblegarlas o destruirlas” (Foucault 1977: 165).

como material para un proyecto; no como fines en sí mismos sino como instrumentos para el futuro.<sup>14</sup>

Los estudiantes secundarios se situaban justamente en la mira de la política oficial, la cual establecía diferencias entre los jóvenes: aquellos que habían pasado por experiencias políticas intensas previas a 1973 se consideraban “irrecuperables” y debían ser combatidos. Al mismo tiempo y pensando a largo plazo, se desarrolló una estrategia orientada al “relevo” de esa generación, que tenía por destinatarios principales a los estudiantes secundarios. Quienes cursaban la escuela media en dictadura ya no compartían las aulas con quienes habían sido estudiantes en los períodos previos de agitación política y nacían a la vida social en una época sombría. Considerados aún vírgenes de inclinaciones políticas y debidamente aislados de las experiencias radicalizadas de sus hermanos mayores, eran los destinatarios de las arengas adulatorias en tiempo futuro, donde se los valoraba por su juventud no en virtud de su presente sino en tanto portadores de un “mañana de grandeza” (Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 68). Sin embargo, la persistencia de espacios mínimos de expresión autónoma, del que fueron parte experiencias de fútbol intercolegial, periodismo estudiantil (en 1981 había 35 publicaciones de este tipo en colegios estatales de la Capital Federal), las campañas por el boleto estudiantil y finalmente la reorganización del movimiento de estudiantes, permitió un breve margen de libertad y demostró que el proyecto de “ganar para sí” a los estudiantes secundarios no había triunfado, o no lo había hecho totalmente.

#### **4. La familia: ¿refugio o represión?**

En las investigaciones que se ocupan de la familia y la vida cotidiana en dictadura se encuentran dos tendencias que, a primera vista, parecen contradictorias. Por un lado, se lee que las relaciones familiares, al igual que otros ámbitos micro de la vida social, reprodujeron las tendencias autoritarias y despóticas que regían a nivel macro en la Argen-

---

14 Según una publicación de la Gendarmería “los colegios secundarios son los instrumentos idóneos para materializar la empresa [...] porque están en inmejorables condiciones para seleccionar para esta Marcha a los jóvenes cuyas cualidades permiten identificarlos como futuros líderes [...] porque la escuela argentina es uno de los pilares esenciales para la conformación del Ser Nacional” (citado en Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 52).

tina; por otro, hay quienes afirman que el ámbito familiar ofreció un espacio de refugio, exilio interior y aún de resistencia ante el cercenamiento de la vida pública.

La primera consideración está presente sobre todo en los trabajos pioneros de Guillermo O'Donnell (1983) sobre lo que llamó el autoritarismo "capilar" desplegado en los contextos micro de la vida social –las "texturas celulares del cotidiano"– donde detectó tendencias análogas a las que tenían lugar a escala macro en la Argentina. Aunque transcurrió en planos menos resonantes que el terrorismo de Estado, este intento de penetrar capilarmente en la sociedad para implantar en todos los contextos los principios de orden y autoridad, reprodujo los efectos de la represión en los ámbitos cotidianos. Según O'Donnell, los "kapos" y los "mini despotismos" se multiplicaron en los lugares de trabajo, la escuela, la familia y la calle, como consecuencia de lo cual no sólo se vivía bajo un régimen despótico, sino que la sociedad toda se comportaba en forma autoritaria y represiva. Los padres eran estimulados a vigilar a sus hijos, supervisar sus lecturas y controlar sus amistades, reproduciendo en pequeña escala el disciplinamiento y control ejercido por el poder militar.<sup>15</sup> El grado de legitimidad que había alcanzado el orden autoritario en la población, sin embargo, también procedía de la gran cantidad de padres y alumnos que reclamaban pautas de comportamiento disciplinario en la escuela y solicitaban "volver al pelo corto, al uniforme e incluso volver a llevar la policía a la escuela" (Filmus 1988: 25).

Esta caracterización de la familia como un ámbito donde se reproducen a escala menor los autoritarismos del poder parece en principio antitética al énfasis puesto por otros autores en el rol de la familia

---

15 La revista *Para Ti* luego de un atentado terrorista cometido por una joven de escuela secundaria conminaba: "¿Qué les están haciendo a nuestros hijos? [...] Las madres tienen un papel fundamental que desempeñar. En este tiempo criminal que nos toca vivir [...] uno de los objetivos claves del enemigo es su hijo, la mente de su hijo. Y son ustedes, las madres, con más fuerza y efectividad que nadie, las que podrán desbaratar esa estrategia si dedican más tiempo que nunca al cuidado de sus hijos" (cit. en Blaustein/Zubieta 1998: 130). Simétricamente, *Billiken* estimulaba a los niños a observar el cumplimiento de las obligaciones de sus padres, cuando explicaba el sentido y el deber de pagar impuestos y recomendaba: "Cuando esta noche converses con papá sobre las cosas del día [...] contale qué leíste en este aviso y preguntale qué opina" (*Billiken*, 19.09.1978, cit. en Guitelman 2003: 87).

como un ámbito de refugio, vinculado a la persistencia de espacios clandestinos de resistencia cultural y a lo que se denominó el “exilio interior”. Éste se expresó con frecuencia en el seno de los hogares, donde algunas familias conseguían preservar puertas adentro un gran margen de autonomía (Novaro/Palermo 2003). La militarización durante la dictadura le habría dado un significado completamente nuevo al hogar, donde ahora tenían lugar reuniones políticas, grupos de estudio, recitales de música o talleres de poesía (Filc 1997). Durante la década de 1980 la familia habría recobrado un rol protagónico en el proceso formativo de los jóvenes, que contribuyó a preservar cierto grado de conciencia social y determinadas herencias culturales ante el avance autoritario y oscurantista en los ámbitos públicos, fortaleciendo la cooperación sobre el conflicto intergeneracional (Braslavsky 1986).

Lo que en un primer momento podría parecer contradictorio es, sin embargo, la doble manifestación de una misma tendencia a la privatización de la vida, donde por un lado los ámbitos familiares albergaban las actividades que ya no podían realizarse en público o ante desconocidos por temor a delaciones, y al mismo tiempo los padres actuaban como “vigilantes” de sus hijos no sólo en respuesta a las campañas oficiales sino como parte del mecanismo de introyección de la vigilancia que padecieron todos los ciudadanos.<sup>16</sup> Refugio y cárcel a la vez, la familia habría adoptado ambos papeles como parte de la privatización de los asuntos públicos que se produjo durante la dictadura. La protección y el control pudieron haberse confundido y mezclado en ese proceso que, como señala Judith Filc (1997), dio lugar a la reconfiguración de los espacios público y privado en Argentina entre 1976 y 1983. Si los vínculos familiares fueron los únicos autorizados por el régimen militar, éstos se volvieron en su contra cuando en nombre de esos mismos lazos las organizaciones de familiares de desaparecidos se constituyeron en la principal resistencia activa a él. A partir de esa experiencia, por otra parte, esos actores pudieron disputar los signifi-

---

16 Guillermo O'Donnell cree que el “pathos autoritario” que encontró “ecos importantes” en la población se debió en parte a que “muchos padres sintieron que ‘retomando el mando’ para garantizar la despolitización de sus hijos los salvarían del destino de tantos otros jóvenes”, lo cual explica las observaciones hechas por psicólogos acerca de la acentuación de los rasgos “más represivos e infantilizantes de muchas familias” (O'Donnell 1983: 6).

cados establecidos de “familia” y proponer sentidos alternativos de la misma basados en vínculos horizontales y solidarios y no en jerarquías prestablecidas, llevando la idea de parentesco más allá de su definición biológica (Filc 1997).

Cuando las autoridades militares hablaban de “familia”, en cambio, apuntaban a la biologización de los vínculos sociales y la esencia-lización y naturalización del ordenamiento jerárquico de la sociedad. El discurso del régimen se refería reiteradamente a la “gran familia argentina” asimilando la nación toda a una familia ahistórica y despolitizando así sus conflictos (ibídem). El país, como las demás familias, estaba llamado a ser disciplinado por el “padre”, encarnado en el poder militar. Diana Taylor (1997) también interpreta la relación de los militares con la población como la de un padre autoritario con su hijo, siendo la madre la figura femenina abstracta e idealizada de la “Patria”. Mientras en los centros de tortura los niños podían ser atormentados como adultos, los mayores eran llevados intencionalmente a un estado de “infantilización”. Según Frank Graziano los efectos regresivos de la tortura y del miedo produjeron en parte de los ciudadanos un virtual estado de minoridad, una suerte de “infancia política” en busca de figuras de autoridad.<sup>17</sup> La Junta Militar asumió para sí el rol de adulto y relegó a la población toda a una niñez perpetua, donde los adultos fueron cercenados en su autonomía y la sociedad toda devino, según un recordado artículo de María Elena Walsh, un “país jardín de infantes”. Esta escritora se refirió, aún en dictadura, a la censura, represión y chatura cultural afirmando que “hace tiempo que somos como niños y no podemos decir lo que pensamos o imaginamos”

---

17 “The poetics of punishment within the detention centers themselves more dramatically illustrated the creation of a ‘political infancy’ archetype that the military myth required. Prisoners wet their beds and defecated in their pants. They were entitled to do nothing. They were not to speak unless spoken to. And when they were spoken to, in torture interrogation, they were reduced, in the image of infants, to a state anterior to language (prelinguistic screams) and to begs and whimpers before they were allowed to respond with a few ‘mature’ words that were continually punished until the victims retreated to a childlike submission [...] They were denied an upright posture, as though, like babies, they were incapable of it” (Graziano 1992: 117).

mientras “el ubicuo y diligente censor transforma uno de los más lúcidos centros culturales del mundo en un Jardín-de-Infantes”.<sup>18</sup>

### 5. Culturas juveniles: recrear un “nosotros”

Varios miles de jóvenes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado, pero además los jóvenes como sector social o grupo etario “desaparecieron” de la escena pública y de los medios de comunicación. Guillermo O'Donnell describió cómo la publicidad oficial reproducía “una escena típica, que tal vez destile mejor que ninguna otra la autoimagen preferida de ese despotismo” y que consiste en:

una familia ideal compuesta por un hombre perfectamente vestido [...] volviendo a su casa después del trabajo, cansado, pero feliz, recibido tiernamente por su esposa, no menos feliz de haberse quedado en casa, limpiando, atendiendo a los niños y cocinando. Otro personaje de esa escena es algún anciano/a, abuelito/a, buenísimo y reverenciado, portador de la imagen de un pasado más antiguo que el reciente, y en el cual esa deliciosa familia entronca su sentido de continuidad. Y, hacia abajo, absolutamente ningún joven –imagen subversiva cuidadosamente eliminada. Sólo niños de corta edad, sonrientes, limpiños y, por supuesto, totalmente obedientes (O'Donnell 1983: 7).

El autor agrega que esta imagen estereotipada y reiterada en los mensajes militares no respondía sólo a instrucciones del gobierno sino también a expectativas de la población.<sup>19</sup> Los publicitarios decían haber recibido de los propios empresarios el pedido de reproducir “esa escena social y psicológicamente regresiva” puesto que según sus investigaciones de mercado “era la situación que más ayudaba a vender sus productos” (ibídem).

El proyecto del régimen apuntó a suprimir los ámbitos comunitarios y de identificación colectiva, desmantelando las redes sociales de solidaridad. Los jóvenes vieron desintegrarse o diluirse todos aquellos

18 “Desventuras en el País-Jardín-de-Infantes”, por María Elena Walsh, en *Clarín*, 16.08.1979; fragmentos reproducidos en Dussel/Finocchio/Gojman (1997: 47-50).

19 La misma ausencia se detecta en *Billiken*, donde las imágenes familiares presentan a niños blancos, limpios, bien vestidos y alimentados; hombres adultos de pelo corto –nunca barba– y mujeres sonrientes vestidas con discreción pero los abuelos son apenas mencionados y los adolescentes no existen. No hay referencias a hermanos, primos o amigos mayores que estudien en el secundario o la universidad y la palabra adolescente no aparece (Guitelman 2003).

colectivos que los representaban como las juventudes políticas, estructuras sindicales y centros de estudiantes, tan activas y visibles antes del golpe de Estado. Una generalizada suspicacia hacia lo joven ponía en circulación mensajes contradictorios que tanto demonizaban a la juventud por su extrema politización como la condenaban por su supuesta apatía e indiferencia. Acudir a recitales o usar el pelo largo se convertían en motivo habitual de detención policial y el sólo hecho de ser joven implicaba “andar en algo raro” (Chapp 1990). Sin marcos identitarios propios, con los productos de la cultura juvenil silenciados y reprimidos e interpelados por el discurso oficial sólo para recordarles sus deberes, los jóvenes se encontraban ante un vacío de referentes.

En ese contexto, se consolidaron ámbitos alternativos de participación y expresión, donde los jóvenes hallaron códigos de identificación alternativos. Ciertos espacios que ofrecían a la vez un sentimiento de pertenencia colectiva y una relativa protección permitieron un cierto margen de libertad, como los ámbitos comunitarios o religiosos que durante la dictadura funcionaron al modo de refugios solidarios. Las peregrinaciones a Luján, por ejemplo, eran pobladas en gran medida por estudiantes secundarios que concurrían más en busca de la sensación de esfuerzo y búsqueda compartida que por convicción religiosa, así como por la posibilidad de tomar parte en una acción pública inmune a la represión. También habían aumentado los grupos juveniles de las parroquias y las comunidades judías, e incluso la práctica de artes marciales, que ofrecía una fuente de valores “auténticos” y una cosmovisión alternativa a la dominante. En los colegios secundarios, por otra parte, se mantuvo durante casi toda la dictadura un cierto nivel de resistencia por parte de las organizaciones políticas, que incluyó un recital al que acudieron 2.000 personas, volantes, pintadas y campañas por la restitución de los centros de estudiantes (Berguier/Hecker/Schiffrin 1986: 65-98).

Muchas de estas prácticas de reconocimiento mutuo y resistencia se aglutinaron en torno a la cultura rock. La subcultura que se había formado en torno al llamado “rock nacional” o “música progresiva” desde finales de la década del sesenta era en verdad un movimiento diferente y aún refractario al del compromiso político. Aunque ambas opciones implicaban formas de rebeldía y ruptura con la sociedad y los valores establecidos, entre los seguidores de una y otra había mu-



tua desconfianza. Para los jóvenes politizados, la opción por el hippismo no era más que un amaneramiento escapista y burgués; quienes se inclinaban por la contracultura del rock y las búsquedas estéticas o místicas asociadas a él, creían que la militancia política reproducía el autoritarismo imperante: mientras una opción prefería el ámbito urbano y no descartaba la lucha armada, la otra soñaba con una utopía rural, comunitaria y pacifista.

La ferocidad de la represión estatal y paraestatal, sin embargo, obligó a unos y otros a replegarse hacia ámbitos protegidos de expresión (Vila 1989). En ese marco, la cultura asociada al rock ofreció un espacio de libertad relativa donde se desarrolló una subcultura de resistencia: recitales, revistas, códigos del lenguaje y del vestir permitían la creación de nuevos territorios y la circulación de discursos alternativos al disciplinamiento represivo del régimen. La relativa vitalidad del rock durante los años por lo demás oscuros de la dictadura puede entenderse a partir de ese vacío generado por el cierre de los canales de participación y la imposibilidad de la acción colectiva. En ese marco, el movimiento rock ofrecía, más allá de la música, una vía para el reconocimiento y la solidaridad mutua, en un proceso de construcción de una identidad colectiva, y a la vez un canal de expresión y oposición al régimen a través de la construcción de valores, modelos de conducta y símbolos novedosos (Jelin 1989).

En torno al rock surgían canales alternativos de consumo y espacios donde afianzar algún tipo de identidad colectiva: un “nosotros”.<sup>20</sup> A su calor se desarrollaron prácticas como escuchar música en grupo en casas particulares, combinando la protección del espacio privado con un elemento colectivo y de reconocimiento generacional. El hecho de que en los años 1976 y 1977 haya sido proporcionalmente mayor la cantidad de recitales que de discos vendidos indicaría que la afición por el rock respondía a una necesidad más social que estética (Vila 1989). Decenas de revistas editadas a lo largo de 16 años con tiradas de hasta 25.000 ejemplares y alrededor de 4.000 revistas *underground*

---

20 Según el testimonio de un joven, “vos mirabas a la gente en los recitales y te parecía que todo el mundo era lindo! Porque vos veías a la gente que te miraba como... como mira a un ser humano, ¿viste? Con algo en los ojos, y afuera miraban todos vacíos, ¿viste? Entonces tenías dos realidades totalmente diferentes” (citado en Vila 1989: 87). Pablo Vila destaca que el testimonio no opone “nosotros” y “ellos” sino “afuera” y “adentro”.

son expresiones de la importancia de ese movimiento como manifestación social. En el *Expreso Imaginario*, que llegó a tirar 15.000 ejemplares, era opinión unánime que la sección más importante era el correo de lectores, ámbito fundamental de afianzamiento del “nosotros” (Vila 1989: 83).

De ese modo, aunque se trataba de un movimiento cultural que no tenía ni pretendía tener incidencia en el plano político, el rock llegó a tener una fuerte presencia contestataria y generar espacios antagónicos y opositores al régimen militar. El oasis social que brindaron durante los primeros años de dictadura los conciertos de rock se interrumpió a partir de un discurso del almirante Massera, uno de los jefes de la Junta Militar, en el que asociaba “rock” con “subversión”.<sup>21</sup> En adelante se produjeron episodios de represión y detenciones generalizadas durante o a la salida de los recitales y resultó difícil encontrar salas dispuestas a albergarlos, quedando el rock en una posición aún más marginal. Asociado con un comportamiento antisocial y con la insinuación del tráfico de drogas, vedado totalmente de la radio y la televisión, prohibidos los grandes recitales y con la industria discográfica vigilada y censurada, el rock persistió en los márgenes mientras la censura estimulaba la inspiración de los textos, que se poblaron de “desplazamientos metafóricos” y recursos poéticos imaginativos que enriquecieron con bellísimas letras la canción rock.<sup>22</sup>

## 6. De la discoteca a la guerra

Con la organización del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978, el régimen vio una oportunidad de crear consenso, o su ilusión, y poner en escena la imagen de una sociedad supuestamente pacificada. Los jefes militares y la prensa presentaron el “Mundial” como la clausura simbólica de la etapa de conflictos y violencia. Los jóvenes rockeros, “subversivos” o sospechosos se retiraron de la escena para dar paso a

---

21 El discurso fue pronunciado en la Universidad del Salvador el 26 de noviembre de 1976. Massera se refirió por ejemplo al “joven sospechoso” y a la “sociedad secreta que celebra sus ritos: la ropa, la música, la droga” (Vila 1989: 86).

22 El primer disco del grupo Serú Girán, de 1976, consta en su mayoría de canciones con textos cuyas palabras, como el nombre del grupo, no significan nada; un modo oblicuo de decirlo todo. Otras piezas de ese grupo (“Canción de Alicia en el país”, “Encuentro con el diablo”, “Paranoia y soledad”) abundan en metáforas y alusiones cifradas a la represión.

la juventud gimnasta y saludable que se exhibió en las estructuradas rutinas atléticas de la fiesta de inauguración y se consagró con el triunfo en el evento deportivo de la selección nacional.<sup>23</sup>

Para estos “nuevos jóvenes” el mercado del entretenimiento disponía de una serie de productos culturales masivos e internacionalizados. Ese mismo año, la llegada al país de la película *Fiebre de sábado por la noche* fue anunciada exaltadamente en la prensa como “el gran suceso del cine norteamericano” y como expresión de un nuevo fenómeno: el auge de las discotecas, una “alucinación de millares de jóvenes que esperan la hora del baile” y es protagonizada por “una nueva generación que corre pocos riesgos, que se gradúa en las facultades, busca un trabajo, y una vez por semana, el sábado a la noche, simplemente explota”.<sup>24</sup> Así, la represión de los jóvenes militantes, el vaciamiento de la educación y la persecución de la cultura juvenil fueron seguidos por la oferta de un modelo de consumo cultural estandarizado y de carácter superficial. La juventud acotaba ahora su fervor en tiempo (el fin de semana) y espacio (la discoteca). El auge de la moda “disco” y las formas de socialización asociadas a ella entre los jóvenes proponen el consumo pasivo donde antes hubo creación de valores identificatorios propios y reemplazaba el compromiso por el esparcimiento.<sup>25</sup> El resultado: “una nueva manera de mirar las cosas, tal vez un mundo un poco más superficial: ir a bailar por el sólo hecho de bailar. Toda una cultura *light* para un cuerpo reprimido”.<sup>26</sup>

23 El Mundial de Fútbol tuvo lugar en Argentina entre el 1° y el 25 de junio de 1978 pese a las campañas internacionales que llamaban a boicotearlo en protesta por las violaciones a los derechos humanos en el país.

24 Esta corriente, continúa el texto, se remonta a la década del cincuenta, “la auténtica edad de oro de los ‘sábados por la noche’”, saltando la etapa intermedia de “la lógica recesión de los años sesenta [...], una época en la que muchos, la inmensa mayoría, vivía otras preocupaciones”. El articulista borra así bruscamente los movimientos contraculturales del '68, las revueltas estudiantiles que tuvieron lugar en la década del sesenta en casi todo el mundo, la resistencia a la guerra de Vietnam y el hippismo. Traducido de una fuente norteamericana, el texto indicaría que no sólo en Argentina se intentaba hacer desaparecer una memoria generacional (*Clarín*, suplemento *Espectáculos*, 20.06.1978).

25 Pablo Vila escribe que “la discoteca reemplaza al recital, el baile al canto, el inglés al castellano, la incomunicación a la comunicación. La sensación que embarga a los participantes del movimiento es que el rock nacional se muere. Los partícipes del movimiento quedan atrapados en un clima de orfandad” (Vila 1989: 91).

26 Alejandro Pont Lezica, *disc-jockey*, citado en Gilbert/Vitagliano (1998: 157).

Los conciertos de rock, que pese a la competencia desigual con la “música envasada” no habían perdido totalmente su audiencia, comenzaron a recuperar su caudal de público a partir de 1980 y llegaron a convocar anualmente, entre 1980 y 1983, más de medio millón de jóvenes (Vila 1989: 83). A medida que resurgían, los recitales ofrecían un ámbito donde, como en los estadios de fútbol, el antimilitarismo creciente podía expresarse colectivamente en los cánticos de las tribunas (“El que no salta/es un militar” y “Se va a acabar/se va a acabar/la dictadura militar”). Sin embargo, fue sólo a raíz de la desventura bélica del Atlántico Sur que el rock nacional recibió un paradójico respaldo oficial.

Cuando en 1982 la guerra por las islas Malvinas enfrentó a los militares argentinos con Gran Bretaña, una sorpresiva ola de nacionalismo cultural y solidaridad latinoamericana, sumada a la prohibición de emitir por radio música cantada en inglés, prodigó un inesperado aval al antes perseguido y marginado rock nacional. Sus canciones poblabon la programación radial y sus festivales alcanzaron difusión masiva y protección oficial. Súbitamente rehabilitados, los jóvenes que hasta entonces eran objeto de suspicacia y represión fueron invocados como valerosos soldados que debían estar dispuestos a dar la vida por la Patria, “como si fuera necesaria la guerra para asignar a los jóvenes un lugar ‘positivo’” y como si acaso “sólo se les otorgara dicho lugar en función de proyectos adultos” (Chapp 1990: 52). Ante un sistema que parecía tenerlos en cuenta sólo para usarlos o masacrarlos, fue nuevamente el lenguaje del rock el que expresó con mayor autenticidad el desconcierto de los sectores juveniles.<sup>27</sup> El músico Raúl Porchetto dedicó la letra de varias canciones a esta interpelación oportunista de los jóvenes, enviados súbitamente a una guerra absurda,

con la cabeza rapada  
la juventud pisoteada  
este hermanito a casa volvió  
Nadie que le explique claro  
por qué pasó lo pasado  
este hermanito a casa volvió

---

27 “El movimiento de rock nacional, no habiendo apoyado al gobierno en su aventura bélica, y representando, como principal movimiento juvenil, a los verdaderos perjudicados por la guerra: los cientos de jóvenes muertos o mutilados, sí asumió la crítica frontal al gobierno militar” (Vila 1989: 106).

¿Y dónde están los que gritaban  
la juventud se la pasa en la pavana?  
("Este hermanito" en Porchetto 1982);

convocados demagógicamente a interesarse en política y votar,

Para guerra o elecciones  
pibe no nos abandones  
che pibe, vení votá.  
("Che pibe" en Porchetto 1982);

usados en definitiva, como objeto en un juego dominado por otros:

Todo lo que hagás, pibe, no es bueno  
hoy ser joven no tiene perdón  
sos la pelotita de este juego  
un metegol.  
("Metegol" en Porchetto 1980).

La derrota militar en la guerra por las islas Malvinas, que precipitó la decadencia del régimen dictatorial y el llamado a elecciones, fue el último exponente de esa consideración de los jóvenes como recurso disponible y barato que tanto puede ser ignorado o castigado como repentinamente convocado y adulado según la necesidad. Más del 50% de los soldados enviados a luchar en el invierno austral mal pertrechados y entrenados, abusados en ocasiones por sus superiores y obligados a sostener una guerra destinada a fracasar, eran civiles conscriptos de 18 y 19 años.<sup>28</sup> Cientos de ellos murieron en la guerra, sin llegar a ver la súbita rehabilitación pública de los jóvenes y el descongelamiento político que siguió al episodio bélico.

## 7. Lenguajes y secuelas

Los efectos de la represión de los jóvenes y el maltrato de niños por el régimen militar afectaron no sólo a quienes fueron víctimas directas de la violencia estatal sino a todos aquellos que crecieron bajo la dictadura. Investigaciones acerca de la juventud argentina durante la transición democrática atribuyen un cambio fundamental en la misma

---

28 Novaro y Palermo calculan en 1.200 el número de bajas entre muertos y heridos y consideran que la presencia en las islas de los jóvenes soldados conscriptos carecía de justificación desde el punto de vista militar. "Muchos de ellos –escriben– casi todos, murieron [...] simplemente porque la maquinaria de poder estatal y consenso social los había puesto allí" (Novaro/Palermo 2003: 451).

a los efectos de la violencia y en particular del terrorismo de Estado. Según Cecilia Braslavsky (1986), el incremento de la violencia en espacios públicos como calles, plazas y estadios de fútbol entre 1976 y 1983, vinculado con el modelo autoritario padecido, es uno de los desarrollos que más repercutió sobre la subjetividad juvenil de la generación post-dictadura. María Ester Chapp (1990) percibe que las secuelas del régimen autoritario subsistieron en los jóvenes en actitudes de desconfianza, escepticismo e intolerancia. Como demostrando la fuerza con que necesariamente regresa aquello que es reprimido, el “pesimismo” prohibido en los libros de lectura del régimen se manifestó como uno de los signos representativos de quienes eran jóvenes a fines de los ochenta. Los chicos crecidos en dictadura criticaban la experiencia represiva pero también percibían el presente como amenazante; a diferencia de sus hermanos mayores politizados, descreían del futuro, centraban sus aspiraciones en el ámbito privado, y expresaban sus preocupaciones sobre el futuro sólo en clave individual. La sensación de haber sido usados por los partidos políticos y la constatación de que muchos jóvenes militantes habían sido desprotegidos por sus dirigentes durante la represión también dejó huellas profundas en los jóvenes que crecieron en dictadura (Vila 1989: 140).

Síntomas de la violencia padecida se observaron además en la aparición de jergas juveniles pobladas de imágenes de muerte y persecución. Si bien el empleo de un lenguaje propio diferenciado es habitual en los jóvenes, su proliferación durante la dictadura puede interpretarse como una reacción de resistencia o una actitud defensiva por parte de jóvenes que habían padecido la hostilidad del mundo adulto. Esa jerga abundaba en imágenes de violencia y de tortura asociadas a los crímenes de los militares y ponía en circulación en la vida cotidiana palabras como “secuestro”, “matar”, “marcar” y “pegar” (Chapp 1990). Los jóvenes reproducían el lenguaje de la violencia política también en términos como “copar”, que en el discurso adolescente se utilizaba para designar algo muy placentero y satisfactorio, mientras el discurso político militar la usaba para designar la entrada violenta a lugares de vivienda o trabajo (como copamientos de fábricas o de facultades). El ejemplo más evidente de esta extraño argot juvenil fue la expresión “matar mil”, surgida y extendida hacia el final de la dictadura, cargada de connotaciones positivas para calificar un hecho muy agradable. Otra frase del léxico juvenil surgido en esos años,

“no tengo resto”, aplicada a “no tener dinero”, habría sido el modo desplazado de afirmar que “hay treinta mil desaparecidos de los cuales supuestamente nadie puede devolver tan siquiera los restos” o sea que “treinta millones de Argentinos no tenemos restos” (Palomo 1987: 132). Otras expresiones presentes en el habla cotidiana argentina desde esos años como “cortar el rostro” (rechazar), “no existir” (ser de lo peor) o “brutal”, como adjetivo exclamativo de signo positivo, serían también recordatorios involuntarios y subterráneos del terror que siguieron reproduciendo sus efectos en la generación posterior.

Si las secuelas de la represión y el oscurantismo afectaron en forma más o menos oblicua e indirecta al conjunto de la juventud, en quienes fueron sus víctimas directas durante la infancia los daños resultaron más profundos y las posibilidades de cura inciertas. Para tratar a los niños que habían sido directamente afectados por el terrorismo de Estado, los equipos de psicólogos vinculados a los organismos de derechos humanos debieron desarrollar herramientas teóricas y recursos terapéuticos novedosos puesto que las situaciones clínicas presentaban desafíos inéditos. Entre estos se encuentra la singularidad de la figura de la desaparición que, a diferencia de la muerte, se sustrae a los modelos y ciclos de duelo conocidos, dificultando su elaboración. También el sufrimiento impartido a niños de corta edad por el terrorismo de Estado obligó a los profesionales de salud mental a reflexionar acerca de terrenos poco conocidos hasta entonces. Esos niños que han sufrido la represión sin mediaciones encarnan la “memoria infantil” de la represión en Argentina; en ellos los profesionales encuentran una relación manifiesta entre el desarrollo evolutivo o su deterioro y el sufrimiento psíquico padecido, o su interrupción.<sup>29</sup> Ob-

---

29 Valga como ejemplo el caso de una niña cuyos padres fueron detenidos cuando ella tenía 10 meses y quedó sola hasta que su llanto llamó la atención de los vecinos. Fue cuidada por distintas personas hasta que se la entregaron a su madre en la cárcel, cuatro meses después de la separación: el desarrollo de la niña se había fijado en ese momento, como si siguiera teniendo diez meses, tanto en su aspecto físico como en su conducta. En el contacto con la madre (aún en prisión) pudo recuperarse y al cabo de un mes caminaba y hablaba. Fue separada nuevamente de su madre y al reencontrarse con sus padres a los tres años otra vez su lenguaje se había reducido al del momento de la separación; el encuentro, nuevamente, aceleró el desarrollo. Otro caso fue el de un chico separado de sus padres a los dos años cuyos trastornos de motricidad desaparecieron cuando se reencontró con sus abuelos (Bermann 1994: 20-21).

servan también cierta homogeneidad en las secuelas en función de la edad en que ocurrieron los hechos; mientras en bebés y niños pequeños parecen predominar los síntomas de tipo orgánico, expresados en el cuerpo, en niños mayores aparecen estructurados en niveles psíquicos más hondos y se expresan por ejemplo en fobias (Bermann 1994). Las manifestaciones sintomáticas, además, varían según las características familiares y la historia personal previa y posterior de los niños, la intervención exitosa por parte de los padres o algún adulto sustituto, así como el grado de represión sufrida.<sup>30</sup> Según el psicoanalista Fernando Ulloa en los niños que fueron testigos presenciales directos de la violencia, “su comportamiento está tan atrozmente marcado, que parecería transformarlos en actores permanentes, más o menos explícitos, del horror al que asistieron”; la elaboración del duelo, sin embargo, es favorecida cuando se ha podido desarrollar una actividad orgánica, solidaria y militante con otros afectados (1987: 14-15).

En lo que todos los terapeutas que trataron a niños afectados por la represión coinciden es en considerar que esos pacientes no son sino el emergente de un conflicto social. Según sus evaluaciones, “los cientos de historias clínicas [...] muestran claramente que nos hallamos ante una situación de excepción desde el punto de vista de la psicología social [en la que] el familiar directo afectado no es más que la expresión exacerbada de un síntoma que cubre al conjunto de los argentinos”, y esos pacientes son “portadores y portavoces de la renegación social” (Juan J. Fariña y Victoria Martínez en Martínez 1987: 30 y 87). Observan también que “la falta de respuesta del cuerpo social agrava los efectos de la situación traumática” y que la impunidad de los represores “cronifican y agravan los efectos traumáticos en los afectados directos” mientras que “en la sociedad en su conjunto mantiene vigente el fantasma de la repetición del terror” (ibídem: 174-148). Según escribe Fernando Ulloa, las terapias pueden ayudar, pero

---

30 “Cuando la represión cae directamente sobre el niño y sus padres, los efectos son devastadores” escribe Silvia Bermann refiriéndose a niños que vivieron en carne propia el peligro de muerte, como un niño de cinco años a quien amenazaron con matar llevando una pistola a la sien para forzar al padre durante el interrogatorio. El niño quedó con múltiples síntomas de pánico, insomnio y agorafobia. En estos casos “no hay olvido posible. Donde no hay recuerdo el síntoma se encarga de abrirle el camino” (Bermann 1994: 24); Fernando Ulloa añade que “cuanto más pequeños [los niños], cuantas menos palabras tenían en el momento de los hechos, más tienden a actuarlos” (Ulloa 1987: 14).



si estos niños, a través de cuyo comportamiento sintomático persiste la memoria incómoda del pasado horroroso del que fueron víctimas, no encuentran un cuerpo social que haya hecho verdad y justicia con los agentes y los sistemas que cometieron los crímenes, tendrán muy mermadas sus posibilidades de zafarse de ser memoria sintomática y de acceder a una real elaboración. Como si la amenaza de una cristalización de la violencia sintomática los condenara a ser exhumación viviente de la tragedia de sus mayores. Esto no sólo acontecerá en su generación sino, tal lo enseña la experiencia europea, en las generaciones que les continúan (Ulloa 1987: 15).

Las experiencias clínicas demuestran que las terapias deben articular lo histórico y social con lo subjetivo pero también que las respuestas últimas del tratamiento dependerán de las respuestas que construya la sociedad entera para explicarse lo sucedido, en definitiva, que los afectados por un mal social sólo pueden curarse si la sociedad “se cura” a sí misma.

### **8. Los únicos desaparecidos vivos**

La organización de las abuelas de niños desaparecidos, como la de Madres de la Plaza de Mayo, tuvo un origen espontáneo durante la dictadura a partir de sus encuentros en las reparticiones oficiales adonde acudían infructuosamente en busca de información sobre sus hijos o nietos.<sup>31</sup> A medida que iban conociéndose y escuchando las respectivas historias, las madres de desaparecidos comprendían que sus casos no eran únicos sino que la desaparición era un fenómeno colectivo y que, si había una solución, ésta sería colectiva. Las madres que además tenían nietos secuestrados, o cuyas hijas o nueras estaban embarazadas en el momento de desaparecer, fueron tomando conciencia de que los secuestros de bebés no eran casos aislados sino resultado de una política generalizada y sistemática. Consideraron también que su acción tenía un objetivo específico diferente del de las madres de desaparecidos y se aglutinaron en torno a él, primero bajo el nombre Abuelas Argentinas con Nietitos Desaparecidos, luego como Abuelas de Plaza de Mayo.

Tras acudir a juzgados de menores y a autoridades militares, policiales y eclesiásticas sin encontrar respuesta, las Abuelas de Plaza de Mayo buscaron ayuda internacional. A partir de 1978 comenzaron a

31 Ver Abuelas de Plaza de Mayo (1995 y 1999), Arditti (1999) y Herrera/Tenenbaum (2001).

recibir apoyo del exterior y desde 1979 a trabajar junto a la organización brasilera CLAMOR. Ya entonces se habían dado cuenta de que sería imposible recuperar a los nietos a través de información proporcionada por los militares responsables de los secuestros o por los apropiadores de los niños, y que la justicia y los políticos eran renuentes o incapaces de ayudar. De ese modo fueron organizándose para compartir la información disponible y seguir las pistas que pudieran llevarlas a encontrar a sus nietos. El primer caso de una nieta localizada tuvo lugar aún en dictadura y enfrentó a las Abuelas con un problema en el que no habían pensado: cómo demostrar la filiación de la niña. La nieta, Paula Logares, fue restituida a su familia biológica pero el desafío, comprendieron, se repetiría con cada hallazgo. De ese modo, y en su esfuerzo por encontrar, restituir y cuidar afectivamente a los niños apropiados, las Abuelas de Plaza de Mayo impulsaron un movimiento social de bases cada vez más amplias y favorecieron innovaciones científicas al menos en tres campos: genético, psicológico y jurídico.

En el área genética sus iniciativas tuvieron un origen casi casual cuando una integrante del grupo leyó y recortó un artículo de prensa sobre modos novedosos de identificar familiares a través de información genética. Con ese recorte en el bolsillo, y a lo largo de sus viajes, las Abuelas de Plaza de Mayo contactaron a científicos del exterior que les permitieran demostrar la filiación de niños cuyos padres no estuvieran con vida empleando patrones genéticos de otros familiares (abuelas, tíos, hermanos cuando los hay). Un equipo internacional formado por científicos argentinos, norteamericanos y franceses desarrolló modos de probar el parentesco con niveles de más del 99% de probabilidad gracias a un cálculo que, en homenaje a ellas, se denomina “índice de abuelidad”.

En el caso de los psicólogos que rodean la actividad de Abuelas de Plaza de Mayo, sus escritos revelan las dificultades ya mencionadas de, por un lado, tratar casos para los cuales resultan insuficientes las herramientas teóricas disponibles y, por otro lado, atender a pacientes que no poseen patologías individuales sino que son portadores de una tragedia social. A estos desafíos se les sumaron los múltiples derivados de los procesos de localización, identificación y eventualmente restitución de estos niños a sus familias biológicas. Los psicólogos consideran que los niños tomados por los militares como “botín de

guerra” y criados en la mentira viven en condición de “esclavitud” y que aquellos que han recuperado su identidad y su historia realizan evoluciones positivas en su personalidad y su perspectiva existencial (Abuelas de Plaza de Mayo 1995: 39). La prolongación de la situación de apropiación en que aún se encuentran cientos de niños, en cambio, representa un alto riesgo psíquico individual, familiar y social puesto que el tiempo agudiza su gravedad, más aún teniendo en cuenta que muchos de ellos viven con ex-represores (ibídem: 93). La actividad de estos profesionales debe confrontarse con aspectos problemáticos de la psicología, como las fronteras entre biología y cultura, herencia genética y crianza, que atañen a zonas oscuras de la vida psíquica. El conocimiento disponible, por otra parte, se va acumulando con la práctica y debe ajustarse al paso del tiempo que eleva cada vez más la edad de los jóvenes encontrados.<sup>32</sup>

Las Abuelas de Plaza de Mayo han introducido también modificaciones jurídicas en el plano internacional destinadas a hacer más seguras las adopciones, beneficiando así a numerosos niños víctimas de apropiaciones ilegales más allá del caso argentino. Han logrado que la Convención de los Derechos del Niño de las Naciones Unidas limite la adopción internacional –cuya legislación borrosa favorece el tráfico de niños– y establezca el derecho del niño a conocer y mantener, si lo desea, su identidad original (Arditti 1999: cap. VII). De ese modo, afirma el jurista Eugenio Zaffaroni, han hecho una contribución fundamental para situar al niño como titular de derechos tras una larga tradición que consideraba al niño como un ser inferior que había que tutelar. El “discurso perverso de la tutela”, según Zaffaroni, cosificaba al niño tratándolo como “niño objeto, el niño no persona, el niño no ciudadano, el niño no titular de derechos” y las iniciativas de Abuelas de Plaza de Mayo favorecieron en cambio la “re-personalización del niño dentro del plano jurídico” (Abuelas de Plaza de Mayo 1995: 43).

El trabajo de esa organización se ha asociado al de organismos públicos como el Banco Nacional de Datos Genéticos y la Comisión

---

32 En el caso de los mellizos Reggiardo-Tolosa, que tuvo una desmedida y contraproducente exposición mediática, Andrea Rodríguez (1996) desliza la pregunta de si el asesoramiento que recibió el juez por parte de los psicólogos fue adecuado o acaso contribuyó involuntariamente al “fracaso” del proceso de restitución por recomendar procedimientos adecuados a niños pequeños para los mellizos ya adolescentes.

Nacional por la Identidad (CONADI), que garantizan el aval estatal a su tarea y facilitan, al menos en teoría, la búsqueda de sus nietos. No obstante, mientras los militares responsables de esos crímenes continúan sin brindar la información precisa y mientras el Estado carezca de la voluntad o la capacidad de disponer de ella, las Abuelas de Plaza de Mayo se encuentran limitadas en las averiguaciones sobre el destino de sus nietos. Conscientes de que el paso del tiempo juega en contra, han impulsado diversas campañas dirigidas a la opinión pública destinadas a concientizar sobre el problema y, especialmente, a motivar a los jóvenes en edad de haber sido expropiados y que tengan dudas sobre su identidad para que acudan voluntariamente a la CONADI y se realicen el test genético que permita probar su filiación.<sup>33</sup>

La primera de estas iniciativas, “Teatro X la identidad”, se realizó en varias ciudades del país, dio origen a otras actividades como “Rock X la identidad”, “Deporte X la identidad” y “Arte y cultura X la identidad” y fue acompañada por intensas campañas publicitarias, viajes a las provincias, exposiciones artísticas y el estreno comercial del film documental *Botín de guerra* de David Blaustein (1999). Todas ellas son un ejemplo, entre muchos, de cómo ante la ausencia o falencia del Estado para asumir su rol, en este caso en la protección de los niños, la sociedad civil se hace cargo de ese vacío impulsando acciones tendientes a su reparación.

Los hijos de desaparecidos, que hoy son adultos jóvenes, han comenzado a confrontarse con su historia individual o colectivamente y se han reunido en una organización. La agrupación H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio) surgió en 1995 y en pocos años dio lugar a la creación de filiales en varias ciudades de Argentina y de otros países, aunque también a escisiones debidas a divergencias internas. Su experiencia al reunirse demuestra, como en el caso de sus abuelas, la potencialidad que poseen los propios afectados por el terrorismo de Estado de definirse a sí mismos como sujetos políticos, saliendo del lugar de víctima pasiva que les adjudicó la historia y transformando el sufrimiento en marca positiva de identidad. Los testimonios de hijos de desaparecidos no ocultan el

---

33 El último de los nietos identificados, el número 75, se presentó espontáneamente tras dudar largamente de su identidad. Su nombre es Horacio Pietragalla Corti y tenía al hacerlo 27 años. Ver la *Publicación de las Abuelas de Plaza de Mayo por la identidad, la memoria y la justicia*, Año IV, N° 20, mayo 2003.

dolor de haber crecido sin padres y, aun cuando rescatan el compromiso e idealismo que animó a la generación de sus progenitores, algunos cuestionan con amargura que su decisión de entregarse a la política haya estado por encima de la opción por el cuidado de la familia y de los hijos.<sup>34</sup> La constitución y actividad de los hijos de desaparecidos, aunque no exenta de conflictos y disidencias, es por sí misma una desmentida activa al propósito del almirante Massera de borrar “todo vestigio” de los caídos por varias generaciones. Su existencia demuestra que las personas tienen la capacidad de sobreponerse a su circunstancia y a su historia; pero para eso, antes, deben conocerla. Los cientos de jóvenes argentinos que están entrando en la adultez sin conocer su verdadera identidad son también el síntoma de una sociedad traumatizada que acaso aún no terminó de encontrarse a sí misma tras la experiencia devastadora del terror estatal.

### Bibliografía

- Abuelas de Plaza de Mayo (ed.) (1995): *Filiación, identidad, restitución. 15 años de lucha de Abuelas de Plaza de Mayo*. Buenos Aires: El Bloque editorial.
- (1999): *Juventud e identidad. 20 años de lucha*. Buenos Aires: Espacio editorial.
- Almirón, Fernando (1999): *Campo santo. Los asesinatos del Ejército en Campo de Mayo. Testimonios del ex-sargento Víctor Ibañez*. Buenos Aires: Editorial 21.
- Arditti, Rita (1999): *Searching for life. The Grandmothers of the Plaza de Mayo and the Disappeared Children of Argentina*. Berkeley: University of California Press.
- Bauman, Zygmunt (1989): *Modernity and the Holocaust*. Cambridge: Polity Press.
- Berguier, Rubén/Hecker, Eduardo/Schiffrin, Ariel (1986): *Estudiantes secundarios: sociedad y política*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Bermann, Sylvia (1994): “Sociedad, psicología y tortura en América Latina”. En: AA.VV.: *Efectos psicosociales de la represión política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Córdoba: Goethe Institut, pp. 11-29.
- Blaustein, Eduardo/Zubietta, Martín (1998): *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso*. Buenos Aires: Colihue.
- Braslavsky, Cecilia (1986): *La juventud argentina: informe de situación*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Calveiro, Pilar (1998): *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- Chapp, María Ester (1990): *Juventud y familia en una sociedad en crisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

---

34 Ver los testimonios reunidos en Gelman/La Madrid (1997).

- CONADEP – Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (1984): *Informe Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.
- Dussel, Inés/Finocchio, Silvia/Gojman, Silvia (1997): *Haciendo memoria en el país de Nunca Más*. Buenos Aires: Eudeba.
- Filc, Judith (1997): *Entre el parentesco y la política. Familia y dictadura, 1976-1983*. Buenos Aires: Biblos.
- Filmus, Daniel (1988): “Democratización de la educación: proceso y perspectivas”. En: Filmus, Daniel/Frigerio, Graciela (1988): *Educación, autoritarismo y democracia*. (Cuadernos FLACSO) Buenos Aires: Miño y Dávila Editores, pp. 9-31.
- Foucault, Michel (1977): *La voluntad de saber. Historia de la sexualidad I*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Garaño, Santiago/Petro, Werner (2002): *La otra juvenilia: militancia y represión en el Colegio Nacional de Buenos Aires*. Buenos Aires: Biblos.
- Gelman, Juan/La Madrid, Mara (1997): *Ni el flaco perdón de Dios. Hijos de desaparecidos*. Buenos Aires: Planeta.
- Gilbert, Abel/Vitagliano, Miguel (1998): *El terror y la gloria. La vida, el fútbol y la política en la Argentina del Mundial 78*. Buenos Aires: Norma.
- Gociol, Judith/Invernizzi, Hernán (2002): *Un golpe a los libros. Represión a la cultura durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Eudeba.
- Graziano, Frank (1992): *Divine Violence. Spectacle, Psychosexuality & Radical Christianity in the Argentine “Dirty War”*. Boulder/San Francisco/Oxford: Westview Press.
- Guitelman, Paula (2003): *Subjetividad infantil e imaginario técnico durante el “Proceso”*. Análisis de un caso. Tesina de licenciatura en Ciencias de la Comunicación (Mimeo). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Herrera, Matilde (1988): *Anche tu hai pianto. La violenza sui bambini nell’Argentina del general*. Roma: Edizioni Associate. [Orig.: *Vos también lloraste* (1986). Buenos Aires: Libros de Tierra Firme].
- Herrera, Matilde/Tenenbaum, Ernesto (2001): *Identidad, despojo y restitución*. Buenos Aires: Abuelas de Plaza de Mayo.
- Jelin, Elizabeth (1984): *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires: Estudios Cedes.
- Jelin, Elizabeth (ed.) (1989): *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Kordon, Diana/Edelman, Lucila (1994): “Conferencia sobre consecuencias psicosociales de la represión política y la impunidad”. En: AA.VV. (1994): *Efectos psicosociales de la represión política. Sus secuelas en Alemania, Argentina y Uruguay*. Córdoba: Goethe-Institut, pp. 77-87.
- Martínez, Victoria (ed.) (1987): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires: Paidós.
- Mignone, Emilio F. (1991): *Derechos humanos y sociedad. El caso argentino*. Buenos Aires: CELS/Ediciones del Pensamiento Nacional.
- Novaro, Marcos/Palermo, Vicente (2003): *La dictadura militar 1976/1983. Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.

- O'Donnell, Guillermo (1983): "Democracia en Argentina: micro y macro". Working Paper #2. The Helen Kellog Institute for International Studies, University of Notre Dame.
- Palomo, Vilma (1987): "¿Usted sabe qué está haciendo su hijo en este momento?" En: Martínez, Victoria (ed.): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires: Paidós, pp. 127-132.
- Porchetto, Raúl (1980): *Metegol*. Buenos Aires.
- (1982): *Che pibe, vení votá*. Buenos Aires.
- Puiggrós, Adriana (ed.) (1997): *Dictaduras y utopías en la historia reciente de la educación argentina (1955-1983)*. Buenos Aires: Galerna.
- Rodríguez, Andrea (1996): *Nacidos en la sombra. La historia secreta de los mellizos Reggiardo Tolosa y el subcomisario Miara*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Schindel, Estela (2000): "El crimen en el tiempo". En: *Artefacto. Pensamientos sobre la técnica*. N° 3. Buenos Aires: Eudeba, pp. 22-27.
- Seoane, María/Ruiz Nuñez, Héctor (1986): *La noche de los lápices*. Buenos Aires: Contrapunto. (Publicado en alemán como *Die Nacht der Bleistifte* (1989). Stuttgart: Schmetterling Verlag).
- Taylor, Diana (1997): *Disappearing Acts. Spectacles of Gender and Nationalism in Argentina's Dirty War*. Durham/London: Duke University Press.
- Tedesco, Juan Carlos (1987): "Elementos para una sociología del currículum escolar en Argentina". En: Tedesco, Juan Carlos/Braslavsky, Cecilia/Carciofi, Ricardo: *El proyecto educativo autoritario: Argentina 1976-1982*. Buenos Aires: Miño y Dávila Editores.
- Timermann, Jacobo (1981): *Preso sin nombre, celda sin número*. Caracas: Editorial Ateneo de Caracas.
- Ulloa, Fernando (1987): "Prólogo". En: Martínez, Victoria (ed.): *Terrorismo de Estado. Efectos psicológicos en los niños*. Buenos Aires: Paidós, pp. 13-15.
- Verbitsky, Horacio (1985): *Rodolfo Walsh y la prensa clandestina. 1976-1978*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca.
- Vergara, María (1997): *Silence, Order, Obedience and Discipline. The educational discourse of the Argentinean Military Regime (1976-1983)*. Lund: Lund University Press.
- Vila, Pablo (1989): "Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil". En: Jelin, Elizabeth (ed.): *Los nuevos movimientos sociales*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, pp. 83-148.





Alejandra Torres

**Visibilizar, acompañar, crear lazos en  
el libro fotográfico  
*El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México***

Las fotografías del libro *El niño. Niños de la calle, Ciudad de México*<sup>1</sup> son devastadoras, inquietantes. En tanto espectadora, una foto entre todas golpea mi atención. Se trata de la que da origen a la dedicatoria del fotógrafo Kent Klich, cuyo pie de foto indica: “Mimí, el Niño y Kiko, el perro, en la calle de Miramontes” (Klich/Poniatowska 1999: 48-49).



---

1 El libro fue editado en 1999. Contiene las fotografías de Kent Klich, una “Declaración” suya (165) y los textos de Elena Poniatowska “Niños de la calle” (148-151) y “Epílogo” (159-161).

Aquí vemos en un primer plano a Mimí, pero de ella sólo reconocemos el brazo extendido fuera de foco que muestra una moneda en su mano; nuestra mirada se concentra en el segundo plano, en la imagen de Kiko, el perro y el niño. Unas mantas envuelven al niño y hacen de colchón, el niño duerme al igual que el perro, ambos recostados sobre la vereda y a un mismo nivel, son la imagen misma del abandono y la intemperie.

En la megalópolis, el trabajo de Klich ha sido paciente, constante, demoledor. Las imágenes que ha tomado golpean al espectador; nos chocan, como la realidad chocante en la que Klich se ha sumergido. La mirada atenta, pero también extranjera, ve allí donde los mexicanos, habituados al paisaje urbano, no ven. El fotógrafo registra a los niños y las niñas en las calles pero también en espacios cerrados. Adentro, Klich se concentra en objetos desechados: ropa y muñecos viejos, basura; también en ritos y prácticas, como por ejemplo el altar que le arman los niños al Shaggi, quien murió de sida. En el metro, el fotógrafo capta miradas de hombres y de mujeres, y en medio de ellos, las de los niños. La fuerza de las fotografías está dada por el uso de la luz. Hay contrastes entre negros y blancos pasando por una infinidad de matices del gris. Las fotografías se apoyan en el dominio técnico y en una concepción estética para “hablarnos” del abandono, la desprotección, la fragilidad, la intemperie. Así, a cielo descubierto, transcurren las historias de estos niños: el Toño, el Morro, el Navaja, el Monito, de las pandillas del Metro Taxqueña, del Metro Moctezuma, de la Terminal del Sur.

Kent Klich también escribe un texto, una “Declaración” en la que resume la dedicatoria del libro:

Mimí quedó embarazada en la cárcel, dio a luz en un hospital y días después abandonó la clínica cargando en los brazos a su hijo recién nacido. Los niños más pequeños le daban comida y le ayudaban a cuidar al hijito. Nunca le pusieron nombre. La pandilla lo llamaba El Niño, el nombre más sencillo que se les ocurrió. Este libro está dedicado a El Niño y a todos los demás niños que he conocido en la calle (1999: 165).

En el texto, el fotógrafo relata las historias de algunos niños, como la de Gustavo o la de algunos miembros de las tantas pandillas que ha encontrado en la ciudad. Conoce los desenlaces de las vidas de los protagonistas:

Juan Junior ayudó hasta las últimas al Shaggi, quien padecía del SIDA. El Güero y el Flaco abandonaron la calle [...] se metieron en la escuela [...] El Chiquilín vivía en la calle porque su padrastro le pegaba. Cuando encarcelaron a su padrastro, volvió con su mamá (ibídem: 165).

El fotógrafo viaja a México una y otra vez durante diez años, registra los rostros, las situaciones, la ciudad habitada por los niños. La escritora mexicana Elena Poniatowska acompaña a Kent Klich, recorre con él las calles y escribe la crónica que aparece en el libro, donde relata la demanda de los fotografiados cuando se encuentran con el fotógrafo: “exigen su foto, a veces ni se reconocen, han pasado diez años. Se presumen el uno al otro. Ríen. ‘Mira como era yo’” (1999a: 148). El fotógrafo los inscribió en la historia, los niños ven sus rostros, apelan a sus pares, “mírame”, así existían en el mundo, así eran.

Nuestra interpretación de la fotografía parte de la premisa de que la foto es un signo indexical, no es sólo una imagen semejante a “lo real” sino una huella, una emanación química del objeto que ha sido captado por el dispositivo óptico. La fotografía inscribe a los sujetos sociales. Es por eso que mediante la inscripción tecnológica, no sólo se puede comprobar la existencia de algo o alguien, el “eso ha sido” bartheano (Barthes 1990), sino que la huella es algo contingente que “punza”, hiera al espectador cuando contempla una foto. La fotografía entendida como huella funciona como memoria técnica, prolonga el pasado y lo trae hasta el presente. Por lo tanto se constituye en el mejor medio para mantener viva la memoria individual y social.

Fotógrafo y escritora de esta obra son conscientes del importante trabajo que realizan. Dar visibilidad a los niños, hacer mirar, es una exigencia moral, un imperativo ético. A través de sus miradas, de una serie de mediatizaciones, los espectadores/lectores de cada fotografía nos enfrentamos con la existencia, con el “eso ha sido”, quizá con la muerte misma de estos seres indefensos, nos “agarramos” a ciertos detalles, imágenes que nos interpelan y que nos hieren.

A continuación nos centraremos en el libro fotográfico de Klich y Poniatowska para ver cómo escriben/inscriben a los niños que viven en los márgenes de lo social. En este sentido, los niños y niñas rechazados por sus madres, expulsados de sus familias y del cuerpo social

se constituyen en cuerpos abyectos, despreciados, que pululan en la ciudad de México.<sup>2</sup>

En primer lugar, abordaremos el trabajo de Kent Klich, para luego detenernos en el texto escrito por Elena Poniatowska.<sup>3</sup>

### 1. Las fotografías de Kent Klich

Kent Klich<sup>4</sup> pertenece a una nueva generación de fotógrafos suecos en la que también se incluye a Anders Petersen y Tuija Lindström, entre otros. Para la fotógrafa mexicana Graciela Iturbide, el trabajo del maestro de la fotografía Christer Strömholm fue determinante para el mundo nórdico y también en la formación de esta nueva generación.<sup>5</sup> La poética de Strömholm es abismarse en el mundo de sus fotografiados, mirar lo considerado más bajo en la sociedad. Su trabajo se caracteriza por la sencillez y la sensibilidad. Fundamentalmente, Strömholm se ha interesado por las vidas sufridas de sus modelos: prostitutas, transexuales, ancianos, niños, así como también por objetos y desechos. Este fotógrafo, a la vez, ha tenido una relación muy estrecha con el mundo de la fotografía mexicana.

---

2 Judith Butler retoma de Julia Kristeva el concepto de “abyecto”. Para Judith Butler, lo “abyecto”, no es sólo un lugar inhabitable, sino también cuerpos cuyas vidas no se consideran como tal.

3 La crónica de Poniatowska, que lleva por título “Niños de la calle” (citado en adelante como Poniatowska 1999a) y el “Epílogo” (citado en adelante como 1999b), ambos en inglés y en español, forman un bloque textual, son complementarios.

4 Kent Klich nació en Suecia en 1952. Estudió Psicología en la Universidad de Gotemburgo, más tarde comenzó su carrera como fotógrafo. En 1998 se unió a Magnum Photos.

5 Christer Strömholm (Estocolmo 1918-2002) fundó y dirigió la Escuela de Fotografía de Estocolmo, cargo que ocupó durante doce años. En ella se han formado numerosos fotógrafos, muchos de ellos se destacan actualmente en la fotografía escandinava. En la década de los cincuenta se integró al grupo Fotoform, y en 1956 comenzó a realizar reportajes a marginados. A propósito de la retrospectiva que se realizó en Malmö, sobre las obras de Strömholm, Pepe Viñoles (2002) relata: “Cuando su escuela en Estocolmo tenía vacaciones, muchas veces Strömholm se dirigía a París. Fue allí donde se compenetró de la cotidianeidad de artistas de varietés y transexuales de la Place Blanche, fascinado por estas vidas convive con ellos en donde habitan, hoteles y pensiones de segunda categoría, para descubrirlos en una provocativa y muy conocida serie documental, realizada en un período de largos años”. Véase también Flores (s.a.).

Klich, representante de esta nueva generación de fotógrafos suecos, también se compromete con las vidas de sus fotografiados. En 1989 publica *The Book of Beth*, luego de acompañar a esta adicta y prostituta y escribir junto con ella su biografía. Luego registra a los niños y niñas de la calle de México, donde la mirada del fotógrafo se afina, se sensibiliza y penetra en el dolor humano. En 2002 registra a los niños con sida de Rumania en *Children of Ceausescu*.

El material fotográfico que presenta Klich en *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México* es un trabajo de largo alcance, al que dedicó varios años. Este modo de trabajo le permitió compenetrarse en la vida de los niños fotografiados.

La llegada a México en 1986 fue para Klich un shock. Así lo relata:

Acabo de llegar al centro urbano más grande que el mundo jamás haya conocido [...] en las calles me encuentro con muchos niños, casi todos entre los 5 y los 15 años. La mayoría tiene algún tipo de familia, pero han sido obligados a salir a la calle a buscarse alguna forma de sustento para sí mismos y el hogar [...] Los niños de la calle no son el problema; las familias en crisis sí lo son.<sup>6</sup>

El shock que le produce al fotógrafo la megalópolis lo dispone a registrar las vidas de los pequeños habitantes de la ciudad. La realidad lo interpela, el fotógrafo se compromete con las historias de los niños:

Conocí a Gustavo en 1986. Era un muchachito de siete años que vivía en uno de los hogares para niños [...] Lo que más deseaba en la vida era volver a su casa, con su padre y sus hermanos. Viajé con él hasta Taxco. Cuando llegamos a la casa de su familia, abrió la puerta su hermana. Lo rechazó en el acto, mandándonos a regresar [...] ¿Cómo consolar a un muchachito que ha sido excluido por su familia? (1999: 165).

Klich registra y acompaña. Crea lazos con los niños, los escucha, los sigue, profundiza. Después de acompañar al pequeño Gustavo a su casa y ver como el niño era rechazado, las preguntas lo atraviesan:

¿Cómo explicar que no hay espacio para él en la casa de sus padres y sus hermanos? [...] A mí me resultaba incomprensible cómo podía surgir tal situación. ¿Cuáles son las circunstancias sociales y económicas que llevan a algunos padres a dejar a cuidar a sus hijos? (ibídem: 165).

---

6 “Los niños de la calle en la ciudad de México”. En: <<http://www.zonezero.com/exposiciones/fotografos/klich/default2.html>> (05.04.04).

Klich convive con las pandillas de niños, conoce los hogares para niños. Los niños lo acogen: “algunos con recelo, pero me aceptaron. Otros niños se hicieron amigos míos” (ibídem: 165). Y lo respetan: “Su cámara no la tocan jamás” atestigua Elena Poniatowska (1999a: 148).

El fotógrafo sueco, recorre las calles de México, las marcas aparecen en los “pies de foto” (ibídem: 167): calle Cerro de Zacayuca, Río Lerma, Sor Juana Inés de la Cruz, plaza Garibaldi. Klich se entrega al paisaje y descubre huecos, agujeros, túneles, pasadizos, espacios que sirven de hogar a los niños de la calle. Las imágenes son profundas, ascéticas. En su recorrido, el fotógrafo inscribe a los niños de la calle en movimiento: trabajando, peleándose, durmiendo, arrastrándose sobre la vereda, inhalando, hundiendo los dedos en cocaína. Algunos niños, al descubrir la mirada de la cámara, se tapan la cara. También, el fotógrafo los registra tendidos sobre la vereda mientras los transeúntes pasan.

Todas estas fotografías en movimiento, todos estos instantes, como en una película, dan cuenta del movimiento de la ciudad, del paisaje urbano. Desde el punto de vista de un análisis intermedial podría decirse que entre la representación de la niñez abandonada en la película *Los olvidados* del cineasta español Luis Buñuel<sup>7</sup> y las fotografías de Klich, en el pasaje de un medio a otro, los problemas de los niños de la calle se han complejizado.

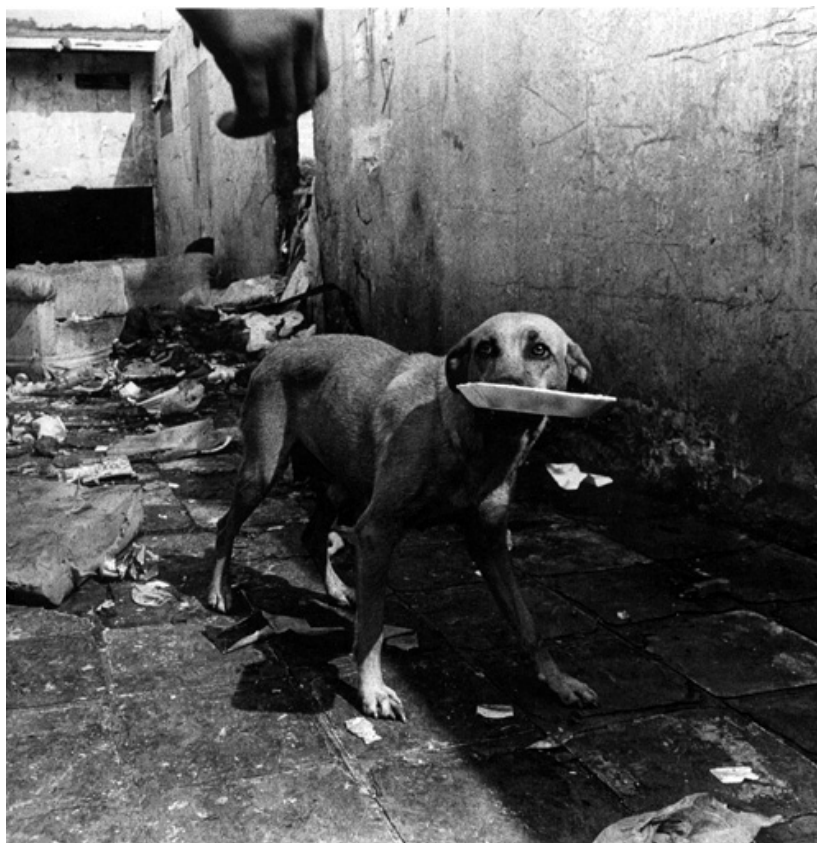
Cada fotografía nos enfrenta a las cicatrices, la droga, el sida. En una de las fotos de *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México* se recorta la figura de un perro sobre la megalópolis mexicana. Ciudad de perros, niños-perros rechazados y abandonados a su suerte. También en el final de *Los olvidados*, el cineasta sobreimprime a la escena de la muerte de Jaibo, el niño huérfano, un perro. En el momento de su muerte vemos a Jaibo tendido en el suelo, mientras un perro avanza

---

7 Nos interesa el trabajo del cineasta español Luis Buñuel en el film *Los olvidados* (1951) porque encontramos puntos de contacto con el material fotográfico de Klich. Buñuel comienza una tradición de películas que tratan sobre la infancia pobre y abandonada en Latinoamérica. Sobre el tema, el cineasta declara: “Durante los tres años que estuve sin trabajar (1947-1949) pude recorrer de un extremo a otro la ciudad de México, y la miseria de muchos de sus habitantes me impresionó. Decidí centrar *Los olvidados* sobre la vida de los niños abandonados; para documentarme, consulté pacientemente los archivos de un reformatorio” (citado en Sánchez Vidal 1984: 119).

hacia la cámara y una voz interior repite: “Atención Jaibo, el perro sarnoso... No, no. Caigo en un agujero negro. Estoy solo. Solo”. En su trabajo fotográfico, Klich retoma la imagen del perro para representar la niñez abandonada. Tanto en el film de Buñuel como en las fotografías de Klich, los niños están solos como perros.

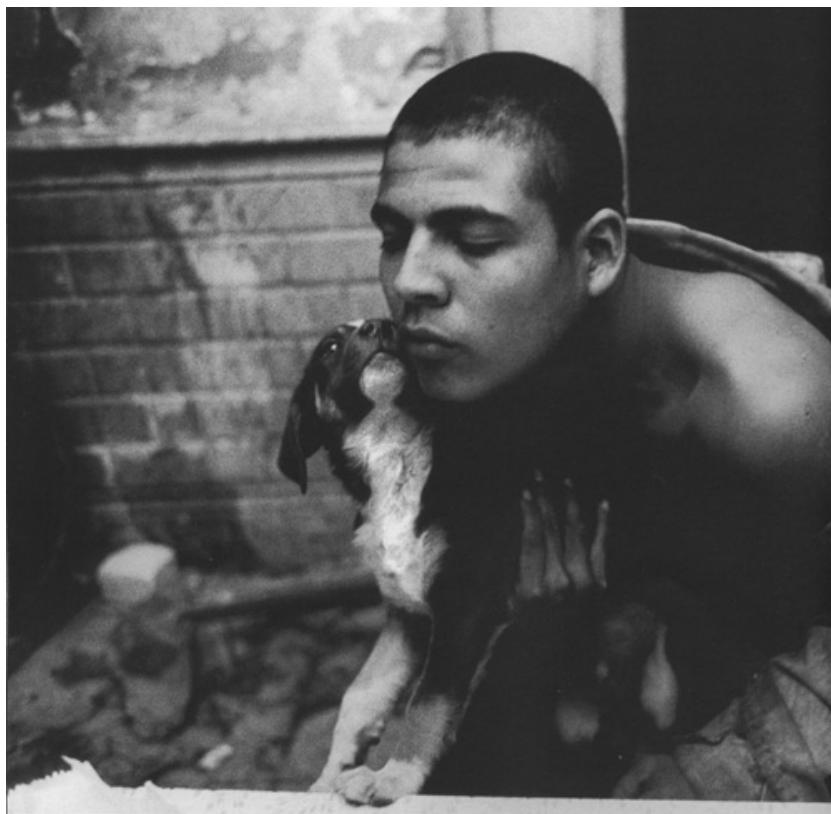
El fotógrafo sueco registra abrazos de niños entre ellos, de niños que se abrazan a los perros y que se confunden metamorfoseándose. El contacto humaniza a los niños. El fotógrafo se detiene en sus cuerpos, en algunas miradas, pero también en la mirada de algunos perros. Nos detenemos en tres fotografías. En la foto “Calle Río Lerma” (ibídem: 120-122), la cámara capta los ojos del perro con nitidez, el perro mira con recelo a un hombre que parece querer quitarle el plato de comida que el animal ha conseguido.



En otra de las fotografías, “El Karateca y Kiko” (ibídem: 74-75), el niño y el perro se confunden en un abrazo. Luego, una sugestiva foto de “El Navaja en la Casona” (ibídem: 108). En esta foto sensual vemos al Navaja, con el hombro descubierto, su mano agarra fuertemente al pequeño animal, su cara roza el hocico del perro que se entrega amorosamente al contacto con el niño.







Para Roland Barthes, en el cine, el referente fotográfico no se agarra al espectador, se escapa, se esconde. En la imagen fija, la huella, el espectro, están allí, y “punzan” al espectador que la contempla. La inmovilización del tiempo que se produce en el acto fotográfico permite a quien mira una foto reflexionar, encontrarse a solas una infinidad de veces con el espectro del fotografiado, por eso la fotografía puede ser parte de un ritual. En este sentido, puede estar en un álbum o sobre la mesa de luz o en una billetera: “La fotografía es violenta no porque muestre violencias, sino porque cada vez llena a la fuerza la vista” (Barthes 1990: 159). Al enrostrarnos la miseria, la orfandad, el límite de lo humano, las fotografías de Klich ejercen una doble violencia en quien las contempla.

## 2. La crónica de una escritora

Elena Poniatowska<sup>8</sup> relata de este modo el trabajo que realizó junto al fotógrafo sueco:

Kent Klich vino a México durante diez años y vio a los niños crecer en la calle, de suerte, que éstos siempre le andan pidiendo retratos suyos de cuando eran chiquitos. Anduvimos muchos meses en la calle y considero que este es uno de los trabajos más importantes que he hecho.<sup>9</sup>

En este importante trabajo, la cronista deambula por la ciudad y se detiene en Garibaldi para observar que allí “tampoco hay gran movimiento [...]”. Desde el terremoto de 1985, la vida nocturna se ha ido para abajo. Nadie viene a contratar a los mariachis” (1999a: 148). También registra que nadie ve a los niños, “la policía los mira sin mirarlos” porque “son parte del paisaje”, son “invisibles” (ibídem: 148). Los niños de la calle pululan por el paisaje urbano de día y de noche, donde la cronista los ve “bajo las marquesinas de las grandes tiendas en las que duermen envueltos en periódicos” (ibídem: 150).

En su recorrido, la escritora se detiene frente a la estación de Buenavista, donde está la DICO, una mueblería abandonada y habitada por los niños de la calle. Allí lo primero que le llama la atención es el perro Patotas. Este animal es el guardián de la casa: “Lame su vientre, luego se tira con toda su importancia a cuestras [...] No sale a la avenida ni anda entre los coches” (ibídem: 149). Los perros se van incorporando al relato. En la calle de Violeta, aparece también el Pulgas, compañero de la pandilla, quien “traqueteado por su vida de perros,

8 Elena Poniatowska nació en París en 1933. Periodista y escritora, su vasta producción que se inicia en 1954 ha recibido numerosos premios. Su novela más famosa es *Hasta no verte Jesús mío* (1969). Allí siguiendo los pasos de Oscar Lewis, registra la voz de una mujer “anónima”, Josefina Bórquez, soldadera de la Revolución Mexicana. La vida de esta mujer se populariza y llega a todos los sectores sociales, como Jesusa Palancares, a través de la escritura de Poniatowska. A partir de este texto, asistimos en su escritura a una gama abierta de posibilidades textuales: mezclas, cruces, géneros menores, crónica, hibridaciones. La experiencia lograda por la escritora con *Hasta no verte Jesús mío* (1969) se profundiza y amplía en *La noche de Tlatelolco* (1971). Se trata de dos obras claves de la literatura mexicana de finales de los sesenta, engarzadas a los proyectos de Mariano Azuela, Juan Rulfo y Vicente Leñero, quienes pueden definirse como letrados solidarios, si recuperamos el concepto de Hugo Achúgar (1992) pensado para quienes se colocan como cronistas de la alteridad, intérpretes de ella mediante la escritura.

9 Entrevista inédita que le realicé a la escritora en El Escorial, Madrid, en 2001.

arrastra una pata, pero eso no le impide correr cuando viene la tira” (ibídem: 150). Los perros callejeros pululan, al igual que los niños por la ciudad. La mirada de Poniatowska, como la de Klich, se detiene en los perros de la calle.

No es un dato menor que este texto se inserte en un libro fotográfico, dado que la escritora se ha interesado permanentemente por el mundo de la imagen, por la fotografía. El interés de Poniatowska por este medio se concreta en la labor que ha realizado con algunos/as fotógrafos/as como Klich o Mariana Yampolsky, y se extiende a los numerosos prólogos, memorias y presentaciones de libros de fotografías que ha escrito.<sup>10</sup> Pero también ella misma ha sacado fotos. El siguiente fragmento da cuenta de su trabajo fotográfico:

Para mí fotografiar era llevar una constancia del trabajo realizado pero también empecé a fotografiar a muchos niños de la calle, niños jugando en parques públicos, niños a la hora del recreo, etcétera. Esto me llevó a acompañar casi cuarenta años después al fotógrafo sueco Kent Klich en sus jornadas de fotografías para el libro *El Niño* sobre niños de la calle.<sup>11</sup>

Poniatowska no sólo ha sacado fotografías y ha acompañado a otros fotógrafos y fotógrafas sino que cruza fotografías en sus textos.<sup>12</sup>

En *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México* la disposición de los textos escritos por Poniatowska y los “pies de fotos”, privilegian totalmente el material presentado por Klich. El lector está obligado a mirar.<sup>13</sup> Para la fotógrafa Sara Facio,

10 Destacamos algunas de estas publicaciones: *México sin retoques* (1987, Fotos de Héctor García, México D.F.: UNAM); *Compañeras de México, mujeres fotografiando mujeres* (1990, Fotografías de Mariana Yampolsky et al., Riverside: University of California); *Manuel Álvarez Bravo: el artista, su obra, su tiempo* (1991, México D. F.: Banco Nacional de México); *Frida Kahlo, la cámara seducida* (1992, México D.F.: La vaca independiente); *Mazahua* (1993, México D.F.: Instituto Mexiquense de Cultura); *Cárcel de los sueños* (1997, Fotografías de Vida Yovanovich, México D.F.: Casa de Imágenes), *Guerrero viejo* (1997, Fotografías de Richard Payne, Houston, Texas: Anchorage Press).

11 Entrevista realizada en El Escorial, 2001.

12 Enumeramos algunos de ellos: *Tinísima* ([1992] 1993), *Las soldaderas* (1999d), *Las siete cabritas* (2000), y también las crónicas urbanas más importantes: *La noche de Tlatelolco* ([1971] 1973), *Fuerte es el silencio* ([1980] 1982) y *Nada, nadie: las voces del temblor* (1988). En cada trabajo, el material fotográfico cumple una función textual.

13 En relación con las características del libro fotográfico me remito a Sara Facio (2002: 211-214). El formato del libro de Klich (35cm x 25cm) se corresponde a los editados en el campo del arte y la fotografía.

el texto que acompaña a las fotografías parte, en general, de una elección editorial, debida a las necesidades del mercado. El escritor es más conocido o respetado que el fotógrafo. En algunas ocasiones, el texto elegido recorre un camino paralelo al de las imágenes, con las que no se encuentra jamás (2002: 212).

En este caso, lejos de las necesidades del mercado, fotógrafo y escritora trabajan juntos. Poniatowska ha acompañado al fotógrafo y el texto da cuenta del recorrido.

Si bien los nombres de los niños que apunta la escritora y los que escribe Klich difieren, esto no significa que lo textual y lo fotográfico recorran caminos paralelos. En los textos, los cambios de nombres dan cuenta de las cifras. Según las instituciones que la escritora consulta: “treinta mil niños callejeros duermen en la ciudad de México, en la llamada área metropolitana y cada día aumentan” (1999b: 160). Es decir, son los nombres que da la escritora, los que da el fotógrafo y tantos miles anónimos.<sup>14</sup>

El trabajo de Poniatowska se concentra en el abandono, la soledad, el desamparo. Fundamentalmente, la escritora no sólo ve a los niños como sujetos históricos y con derechos propios, sino que los visibiliza en la sociedad y les da voz.

El testimonio oral, la focalización sobre las acciones de los pequeños protagonistas urbanos hace de este trabajo un texto imprescindible para acercarnos al entramado social mexicano actual desde una perspectiva que aún no está explorada: el testimonio de los niños y niñas de la calle. Si hace cien años se consideraba a los niños como “menores” y por lo tanto necesitados de protección y educación, como señala Barbara Potthast, ahora “se los empieza a ver como personas independientes, con necesidades y derechos propios” (2002: 72). Los enfoques actuales sobre la niñez han cambiado. Asunción Lavrín alienta a las investigadores/as a considerar este tema digno de estudio para enriquecer el conocimiento de la sociedad mexicana e hispanoamericana (1994: 41-69). En este sentido, consideramos que la crónica de

---

14 Entre las organizaciones que ayudan a los niños de la calle en México D.F. a las que se le agradece la colaboración figuran Hogares Providencia, Fundación Casa Alianza y Pro Niños de la calle.

Poniatowska abre un nuevo horizonte de representación de la ciudad y de sus habitantes.<sup>15</sup>

En los textos que escribe Poniatowska se traza un recorrido posible de la megalópolis mexicana para dar cuenta de las condiciones en las que viven los niños y las niñas de la calle que padecen la exclusión de sus familias y del sistema social. También se da cuenta de las expectativas de vida, la escolarización, la diferencia de género y sus problemas: “Ser pobre y ser niño hoy en América Latina constituye una doble desgracia; ser pobre y ser niña una triple desventura” (1999b: 161). La cronista se detiene en el trabajo que realizan los niños: “‘Trabajar’ significa lavar carros y camiones, hacer mandados, cargar refrescos. Odian ser cargadores porque acaban con una lesión en la espalda o arrollados por un carro” (1999a: 148). Repara en el consumo de drogas, en el problema del sida y de la muerte indigna y silenciosa<sup>16</sup> que muchos tienen: “Cada mes muere un niño de la calle [...] muere de sobredosis, cruzando la avenida [...] muere en situación de violencia” (1999b: 161). En el “Epílogo” aparecen los testimonios del padre Chinchachoma, director de los Hogares Providencia y de Manuel Capellín, director de Casa Alianza, a la vez que se aborda el lugar de las instituciones en el contexto de estos problemas sociales.

En “Niños de la calle”, la posición de enunciación de la escritora pasa de ser testigo de los acontecimientos (“Entre ellos se empujan, se dan de codazos, órale cabrón”), de reportera que da lugar a los testimonios (“¿por qué te fuiste de tu casa? [...] ¿te gusta vivir acá?”), a ser cronista-protagonista. Su voz tiene un lugar textual: “Me llaman ‘abuelita’, a Kent todo el tiempo le reclaman algo, le dicen ‘pinche gringo’, ‘pinche maricón sueco’, Kent no se inmuta, juega con ellos, todo lo toma a broma” (1999a: 148). La mayoría de las veces se inserta como comentario de autor, afirma, da su opinión: “Aquí todo es crudo. La realidad, la comida, los ojos, nada ha sido elaborado, todo se lo avientan a la cara, los apodos agresivos, la risa despiadada, el despojo, la burla hiriente, la cicatriz que no cierra” (ibídem: 149). En el texto se dan otras variantes discursivas que están ligadas a la mira-

15 Cabe mencionar aquí que en el mismo año de 1999 se publica también *Vidas callejeras: pasos sin rumbo* de Antolina Ortiz, libro que trata la problemática de la niñez en México, con prólogo de Elena Poniatowska.

16 En el libro se intercala una lista incompleta de los niños de la calle muertos entre 1992 y 1998 que fue proporcionada por Casa Alianza (70-71).

da, a la observación y a las voces de los niños y adultos de la calle. Para Anadeli Bencomo, la escritora recupera las voces de los marginados a partir de un nuevo estilo de enunciación, en el que “reconocemos una conciencia cultural democrática que se traduce en sus crónicas tanto temática como formalmente” (2002: 80).<sup>17</sup>

El testimonio de Martín es el eje de la crónica de Poniatowska. La voz de este pequeño abre el espacio textual, la cronista reportera pregunta: “¿Por qué te fuiste de tu casa?”. Martín responde: “Me regañaban mucho y me pegaban”. Así lo describe:

Está ido, tiene trece años pero parece de siete. Chaparro y enclenque sus brazos son dos palillos, sus pantalones le doblan el tamaño, su bragueta abierta. Trae su mona en la mano. El efecto del thinner es inmediato. La pupila dilatada, los ojos enrojecidos, las encías y los labios también, sus movimientos se han hecho muy lentos. Se ríe y juega con sus brazos; los vuelve alas de avioncito, pero ese avión retardado no va a llegar a ninguna parte. Sus alas lo lastran. Ya no puede platicar. Hay que esperar (1999a: 148).

La cronista de los marginados sociales espera paciente a que Martín hable con sus compañeros de aventuras: el Huatusi, el Coño, el Trompas, el Ninja, el Indio, el Pato, el Kiko. Mientras espera a que se peleen, se empujen, se droguen (“todos llevan su mona a la nariz y aspiran”, *ibidem*: 148), la escritora observa. La mirada se focaliza sobre Coño, que se ha puesto el thinner sobre la manga de su suéter rojo.<sup>18</sup> Este niño no tiene dientes, pero ese es un rasgo que tendrán casi todos los niños debido a la descalcificación que les provoca la droga. Sólo una niña que está en el grupo dice que ha perdido los dientes porque su mamá le pegó. La voz de Chavela aparece en el texto para relatar su caso:

[Me pegó] Porque la mordí. Me enojé mucho porque nunca me daba permiso de nada. Pues ahora sí voy y que me levanto. Ya iba yo saliendo

17 En un trabajo sobre la discursividad de la crónica, Araceli Bencomo sostiene que la escritura de Poniatowska “podría considerarse –según Bajtín– como género secundario o complejo que conforma una red de realidades textuales que se distinguen de los hechos exteriores al texto. La discursividad de las crónicas instaura un orden textual que revela nuevas relaciones entre los géneros primarios que incorpora como material narrativo” (2002: 80).

18 En el prólogo a *Vidas callejeras: pasos sin rumbo*, la escritora afirma: “Para alejarse de su realidad, la mayoría (aproximadamente el 95%) recurre a las drogas. Es fácil verlos con la ‘mona’ (estopa con thinner o PVC) o resoplado una bolsa de ‘chemo’ (resistol)” (1999c: 15).

cuando me jaló de los pelos. Que le agarro la mano y que se la muerdo y que me rompe los dientes. Los de enfrente. Cuatro. Más rápido me salí (1999a: 148).

Mientras Chavela habla, el Daisy inhala. La cronista atenta a todos los movimientos y las palabras, relata sus impresiones: “se ríen cuando tienen fuerza para reírse pero sus ojos no ríen jamás” (ibídem: 148); su mirada se detuvo en la mirada de los niños, en los ojos.

El texto vuelve a focalizarse en la voz de Martín, quien es el único de la pandilla que no tiene apodo. Para la escritora eso ocurre porque es el más pequeño. Fascinada por el relato de este niño, la cronista afirma: “Su frescura es un gran chorro de agua. Nadie dice lo que él dice ni cómo él lo dice” (ibídem: 148). Martín confía en la reportera y habla sin que ésta le pregunte: “Una señora me quiere adoptar pero no me gustaría” (ibídem: 148). A pesar de todo lo que le ofrecen: cama, colchón, sábanas, ropa, juguetes, zapatos, hasta botas, Martín no quiere ir ni con ésta ni con ninguna otra que le ofrezca cuidados porque teme que tendría que pagarlos con ir a la escuela. La cronista anota: “La escuela es el coco de los niños [...] nada quieren saber ni de techos ni de paredes [...] el vicio del niño de la calle es la calle misma” (ibídem: 148s.). Espacio abierto, libre, la casa de los niños es la ciudad toda.

Otra de las voces de los niños es la de Ulises, quien relata cómo salió de su casa y se habituó a su vida callejera:

El camionero me dejó en la glorieta de Insurgentes Norte: “Ahí te las arreglás mi cuate”. Allí me quedé parado unas cinco horas. Vino uno más grande y me dijo: “Vámonos para Buenavista a ver cómo está”. Me fui con él. Se llamaba El Bizco. Ya se murió. Lo mataron. Él fue el que me llevó a conocer todo por aquí, él fue el que no dejó que me agandallaran (ibídem: 149).

El testimonio de Ulises también se concentra en las condiciones de vida de los niños en una casa abandonada: “en esa casa no había luz ni agua, solamente una vela y un sillón y unos se acostaban por allí y otros por allá. Había un baño pero no podíamos hacer del excusado por el miedo” (ibídem: 149). El miedo del que habla Ulises tiene que ver con las versiones de los otros niños sobre una mujer, “una chava”, que había dado a luz en esa casa, había matado al recién nacido y después lo había tirado por el excusado. Por eso, los demás, ya no usaban el baño. Poco a poco, y después de haber sido introducido el tema por

Ulises, el texto se concentra en la DICO, donde conviven cuatro generaciones de seres de la calle, allí hay abuelas y madres jóvenes con sus niños. Entonces, asistimos a una demarcación de los espacios. Hay un “afuera”, la avenida Insurgentes Norte, la calle y su movimiento, automóviles, ómnibus y miles de ciudadanos que pasan, y un “adentro”, en el que la cronista describe el lugar y las condiciones en las que viven estos seres humanos.

En ese espacio inhabitable pero habitado por los sujetos abyectos, los niños y niñas de la calle, la cronista resalta que allí adentro todo huele a humedad, los perros son parte del lugar —“Hay un perro casi por persona porque cuando los perros tienen cachorritos los dejan vivir, cagar, rascarse al sol” (ibídem: 150)—, la habitación más grande es “alucinante” porque en el suelo hay trapos que nadie junta, ropa vieja amontonada, cobijas sucias. Este espacio cerrado, abyecto en sí mismo, es para la cronista, un infierno. Nadie puede imaginarse “el horror que se vive aquí”, a tal punto que afirma que debería inscribirse sobre la puerta las palabras de Dante: “El que entre aquí que pierda toda esperanza” (ibídem: 150). Los niños/as inhalan el cemento de las paredes, el de los techos que destrozados por la lluvia caen sobre el suelo.

El texto se detiene en la zonas oscuras de la sexualidad. Muchos de los niños se han prostituido, “han sido abordados en la calle por algún ‘viejo’ y ‘dar las nalgas’ a cambio de dinero es muy frecuente” (ibídem: 151), las prostitutas rechazan a los niños de la calle, las niñas pequeñas repiten siempre la historia: “la violó su padrastro y su madre no sólo no la defendió sino que se alió al hombre y a ella la golpeó. La niña sigue en la calle el patrón familiar” (ibídem: 151). Las niñas son menos numerosas que los niños y eso ocurre porque, en opinión de la cronista, el peso de la religión aún hoy en México “doblega a las mujeres”. La niña de la calle cuando llega al metro, es captada por el líder, su rol es dar a luz, amamantar, repartir las bolsas para inhalar, lavar la ropa de los niños de la pandilla.

Los niños de la calle buscan el contacto, el calor de otros cuerpos, se buscan entre ellos o buscan a los perros. En una enumeración se nombra a cada perro y así se los personifica: “El niño que ha tenido relaciones sexuales con la Diana o con La Loba, con Napoleón o con el Chivo, Pulgas o Patotas [...]” (ibídem: 151). El contacto humaniza a los niños, también los perros se humanizan.



Para la cronista, los envases que los niños usan para drogarse son fundamentales en sus vidas porque se convierten en extensiones de ellos mismos, representan

el agujero del otro, cualquier orificio en su cuerpo en el que él pueda meterle algo de sí mismo, algo de su carne o de su linfa, de su sangre o de su mucosa, una membrana allá adentro, un latido de su pulso acelerado, su euforia, su peso, la irritación de su piel, todo lo que es él, su mal aliento, su mugre, sus pelos, la sensación de pertenecer y de que algo lo acepta, algo que puede ser suyo (ibídem: 151).

Los niños/as padecen la exclusión, se saben fuera del sistema social y buscan apropiarse de cuerpos, de objetos, de envases.

La crónica “Niños de la calle” se cierra con la voz de Martín, a quien se lo nombra con un diminutivo cariñoso, “Martincito”. El niño llega al Hogar Providencia del padre Chinchachoma, y en la noche de la ciudad le pide a uno de sus guías que lo persigne “—Percíname por favor...”, el niño se santigua. Para cerrar el relato, Poniatowska recurre a la intertextualidad, se persigna, se hace cruces, e interpela al lector para que resignifique los ritos de una tradición, la católica:

Por la señal de la Santa Cruz,  
De nuestros enemigos  
Libranos señor Dios Nuestro.  
En el nombre del Padre, del Hijo  
Y del Espíritu Santo,  
Amén (ibídem: 151).

En el “Epílogo”, asistimos a las voces del padre Chinchachoma y de Manuel Capellín, el director de Casa Alianza. En el testimonio de Capellín se recoge un diagnóstico de la situación y se resume el problema social:

el primer gran tema de los niños de la calle es el de la droga y el segundo es el de la sexualidad. México es uno de los países con la más alta mortalidad por SIDA en América Latina. La prostitución infantil va aparejada con la sexualidad (1999b: 160).

Los testimonios relatan experiencias, como la del pequeño Eugenio, un niño que no sabe leer, contada por el padre Alejandro García Durán, Chinchachoma. Aparecen cifras, estadísticas: “Cada vez es mayor el número de niñas [...] las edades de los niños de la calle han bajado [...] ahora el promedio es de once años” (ibídem: 160). También en el texto se resalta que en los hogares para niños hay muchos ciudadanos de buena voluntad, guías, consejeros. Los testimonios denuncian: “El

conductor que atropella a un niño de la calle, jamás es atrapado. Nunca ha habido una investigación de delito alguno cometido contra un niño de la calle” (ibídem: 161). Los niños y niñas no tienen quien reclame por ellos.

En el final de este apartado se retoma la pregunta que atraviesa la crónica “Niños de la calle”: “No sabe dónde va a dormir. ¿Cuál casa? La de su mamá. ¿Cuál mamá? Quién sabe. ¿Todo el mundo tiene mamá?” (1999a: 148). La figura materna está muy afirmada en los niños de la calle, siempre piensan que volverán a ver a su madre.

Jesusa Palancares, la protagonista de la novela *Hasta no verte Jesús mío*, en tanto agente social lleva adelante una tarea solitaria. Cuando ve niños o perros abandonados en la ciudad los recoge. Poniatowska, quien construye con Jesusa un lazo social, la rescata por su entrega desinteresada.<sup>19</sup> Si la idea de maternidad está ligada al cuidado del otro, Jesusa, cuida, cobija y se construye como una respuesta posible dado que en tanto agente social, amplía las fronteras de su hogar, de su casa. Para la escritora, Jesusa es

una gente que si veía que los niños necesitaban una madre, ella los recogía [...] se los llevaba con ella. Los niños duraban con ella un año, dos, un mes, dos. Le robaban. Recogía también perros. Los perros también se iban: “Mi vida fue recoger niños y niños y perros y perros y todos se iban y me dejaban más sola de lo que estoy”, ella aceptó esa vida y fue de una generosidad extraordinaria (1985: 159).

Los más desvalidos, los niños y los perros, son su debilidad.

En “Niños de la calle” se relata que varias mujeres van a visitar a los niños a los hogares. Muchas quieren llevarlos a su casa, tomarlos como de su propiedad. Para conseguirlo, les prometen cosas materiales y escolarización.<sup>20</sup> Jesusa, en cambio, no toma a los niños de la calle como propiedad, sino como personas autónomas. No les ofrece nada. Su única posesión es su tiempo, su existencia y la entrega en el cuidado de niños ajenos. Jesusa los ve, los recoge y los acompaña.

19 No nos detendremos en este trabajo en profundizar el lazo social que establece Poniatowska con Jesusa a pesar de las diferencias de clase.

20 En la voz de Martín sabemos que son varias las mujeres que quieren adoptar a los niños: “Una señora me quiere adoptar pero no me gustaría [...] porque me quiere llevar a su casa [...] dice que voy a tener cama, colchón, sábanas, ropa, juguetes, zapatos, hasta botas y así varias cosas me dice, pero que vaya yo [...]. Otra también me está diciendo que me vaya a su casa. Hay otra que se está con nosotros [...] y también quiere que me vaya” (1999a: 148).

Niños y perros conviven con ella, y también la dejan. Jesusa, ni siquiera quiere que los niños la llamen mamá. En *Hasta no verte Jesús mío* se relata el vínculo que tenía con Perico, un niño de la calle:

A mí directamente no me decía mamá porque nunca lo dejé. *Soy tu madre porque te estoy criando pero yo no te nací, ya lo sabes...* Que lo criaron a uno, pues muchas gracias, muy agradecido, pero que no tomen el lugar que no les corresponde. Mi madrastra tampoco me dijo que la llamara mamá nunca, yo le decía señora Evarista. Que fue una madre para mí no lo niego porque si ella no me hubiera enseñado, pues ¿qué sería de mí? (1991b: 482).

Jesusa le enseña a Perico, crea un lazo, un vínculo con él, lo acompaña día tras día en el estudio, entrega su tiempo para que el niño se escolarice: “Me sentaba frente a él aunque no entendiera nada, lo ponía a hacer tarea. Todos los días del año, hasta en las vacaciones tenía que repasar los libros” (ibídem: 490). Jesusa se empeña con el niño “conmigo frijoles no le faltan. Tiene las tripas llenas; fruta, yo le compro, dinero, le doy, no mucho, un diez para que los muchachos no lo vean sin un centavo... yo represento a su madre y soy de la obligación” (ibídem: 492). Jesusa representa, hace de madre, cumple un rol. Perico, la abandona, se va. Lejos de las formas de socialización en donde se da a cambio de recibir, Jesusa no conoce trueques, contratos, pactos. No mercantiliza su afecto. No exige recompensa. Incluso sabe que su entrega será traicionada. Jesusa derrocha lo único que posee.

En la crónica asistimos al problema que se presenta para las instituciones recoger a los niños, dado que para quitarles liendres, piojos, costras, los someten a ritos que éstos no pueden aguantar y muchos se enferman cuando los bañan con agua fría. Los pequeños cuerpos abyectos, limpios y enfermos, tienen crisis de abstinencia por falta de droga y entonces agreden a los educadores, reformadores, protectores.

Los niños de la calle se encuentran expulsados de la sociedad, y por eso quieren, al menos, poner sus reglas, así lo relata una voz anónima:

Yo si quisiera ir a un albergue pero que me dejaran salir temprano y regresar en la noche a dormir, nomás a eso, a dormir. Pero eso los del albergue no quieren entenderlo. ¿La escuela? No. Yo no me quiero aprender los días de la semana. ¿De qué me sirve saber que es lunes? (Poniatowska 1999a: 151).

Los niños son una amenaza para la estructura social, ni hogares con reglas ni escuela. En “Niños de la calle”, la cronista afirma que para

estos niños no hay salvación, no hay solución posible. A pesar de las instituciones que intentan contribuir, cobijar y proteger, para Poniatowska lo que falta es “una respuesta” (ibídem: 150), dado que el origen de esta situación irreversible “es la extrema pobreza [...] y las drogas y la delincuencia su manera de sobrevivir” (ibídem: 148). La calle es el único espacio posible para estos sujetos sociales, para estos cuerpos abyectos. Allí, pueden vivir con sus propias reglas.

### Bibliografía

- Achúgar, Hugo (1992): “Historias paralelas/Historias ejemplares: la historia y la voz del otro”. *Revista de Crítica literaria latinoamericana*, XVIII, 36, pp. 49-71.
- Barthes, Roland (1990): *La cámara lúcida*. Barcelona: Paidós.
- Bencomo, Anadeli (2002): *Voces y voceros de la megalópolis. La crónica periodística literaria en México*. Madrid: Iberoamericana.
- Berger, John (1989): *Modos de ver*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Butler, Judith (1993): *Bodies that matter*. New York/London: Routledge.
- Dubois, Philippe (1990): *El acto fotográfico*. Barcelona: Paidós [1ª edición 1986].
- Facio, Sara (2002): *Leyendo fotos*. Buenos Aires: La Azotea.
- Flores Mauricio (s.a.): “Curiosidad y provocación de un fotógrafo sueco: Christer Strömholm”. En: <<http://www.cnca.gob.mx/cnca/nuevo/diarias/250399/nueveseg.html>> (14.04.04).
- Klich, Kent (1999): “Declaración”. En: Klich, Kent/Poniatowska, Elena: *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México*. Syracuse: Syracuse University Press, p. 165.
- (s.a.): “Los niños de la calle en la ciudad de México”. En: <<http://www.zonezero.com/exposiciones/fotografos/klich/default2.html>> (05.04.04).
- Klich, Kent/Poniatowska, Elena (1999): *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México*. Syracuse: Syracuse University Press.
- Kristeva, Julia (1980): *Pouvoirs de l'horreur. Essai sur l'abjection*. Paris: Seuil.
- Lavrin, Asunción (1994): “La niñez en México e Hispanoamérica. Rutas de exploración”. En: Gonzalbo Aizpuru, Pilar/Rabell, Cecilia (eds.): *La familia en el mundo iberoamericano*. México: UNAM, pp. 41-69.
- Paech, Joachim (1998): “Intermedialität. Mediales Differenzial und transformative Figuren”. En: Helbig, Jörg (ed.): *Intermedialität. Theorie und Praxis eines interdisziplinären Forschungsgebietes*. Berlin: Schmidt, pp. 14-30.
- Poniatowska, Elena ([1971] 1973): *La noche de Tlatelolco: testimonios de historia oral*. México: Era.
- ([1980] 1982): *Fuerte es el silencio*. México D.F.: Era.

- (1985): “Testimonios de una escritora: Elena Poniatowska en micrófono”. En: González, Patricia/Ortega, Eliana (eds.): *La sartén por el mango*. Puerto Rico: Ed. El Huracán, pp. 155-163.
- (1988): *Nada, nadie: las voces del temblor*. México D.F.: Era.
- (1991a): *Manuel Álvarez Bravo: el artista, su obra, su tiempo*. México: Banco Nacional de México.
- (1991b): *Hasta no verte Jesús mío*. Cuba: Edición Casa de las Américas. [1° edición 1969].
- ([1992] 1993): *Tinísima*. México D.F.: Era.
- (1995): *Todo México. Tomo II*. México: Diana. [1° edición 1993].
- (1999a): “Niños de la calle”. En: Klich, Kent/Poniatowska, Elena: *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México*. Syracuse: Syracuse University Press, pp. 148-151.
- (1999b): “Epílogo”. En: Klich, Kent/Poniatowska, Elena: *El Niño. Niños de la calle, Ciudad de México*. Syracuse: Syracuse University Press, pp. 159-161.
- (1999c): “Prólogo: ¿En qué puedo ayudar?”. En: Ortiz, Antolina: *Vidas callejeras: pasos sin rumbo*. México: Promexa, pp. 11-22.
- (1999d): *Las soldaderas*. México D.F.: Era (Conaculta/INAH).
- (2000): *Las siete cabritas*. México D.F.: Era.
- Potthast, Barbara (2002): “Presentación al Dossier: Infancia y juventud en América Latina. Siglos XIX-XX”. En: *Iberoamericana*, II, 8, pp. 71-75.
- Sánchez Vidal, Agustín (1984): *Luis Buñuel (obra cinematográfica)*. Madrid: Ediciones J. C.
- Sánchez Vigil, Juan Miguel (2002): *Diccionario Espasa de Fotografía*. Madrid: Espasa.
- Viñoles, Pepe (2002): “El ‘Vamos a ver qué pasa’ de Christer Strömholm”. En: <<http://www.liberacion.press.se/anteriores/021213/sueca/stromholm.htm>> (05.04.04).



Horst Nitschack

***Cidade de Deus* de Paulo Lins y  
*La virgen de los sicarios* de Fernando Vallejo:  
el adolescente como sujeto absoluto**

Desde la Ilustración y el surgimiento de la novela de formación (*Bildungsroman*), los textos ficcionales con protagonistas adolescentes han ocupado un lugar importante en la literatura europea y americana.<sup>1</sup> Esta preferencia no se debe solamente al interés en el proceso de formación del ser humano adolescente —masculino, por supuesto— sino también al hecho de que su biografía permite escenificar y transformar en experiencias subjetivas los antagonismos bajo los cuales se interpretan nuestras contradicciones sociales. En los discursos filosóficos, sociológicos y éticos, estas contradicciones se presentan como conflictos entre normas éticas y prácticas sociales, entre el deseo y la ley, entre la libertad y la necesidad. Esta incompatibilidad entre la realización individual de la felicidad y el código moral, o también la imposibilidad de conciliar la utopía con la realidad se reflejan en las biografías ficticias de los adolescentes y en sus destinos subjetivos. Así, el adolescente se convierte en un sujeto ficcional en el cual la sociedad reflexiona sobre sí misma, sobre sus prácticas, sus esperanzas y sus límites. A su subjetividad se atribuye una sensibilidad especial, pero también una gran intransigencia y una manera enérgica de reaccionar ante los desafíos de los procesos de modernización. Una literatura que se distingue por una pretensión mimética y, en el más amplio sentido, por un ‘compromiso’ ético mostrará predilección por protagonistas adolescentes.

---

1 Desde Anton Reiser (K. Ph. Moritz) y Wilhelm Meister (J. W. v. Goethe), pasando por Frédéric (Flaubert, *Éducation Sentimentale*) y Julien Sorel (Stendhal, *Le Rouge et le Noir*) hasta David Copperfield (Dickens), Törless (Musil), Holden (Salinger, *The catcher in the rye*), Ernesto (J. M. Arguedas, *Los ríos profundos*), Martín (Sábato, *Sobre héroes y tumbas*) y Alberto (Vargas Llosa, *La ciudad y los perros*). Ver: Nitschack (1995; 1996).

No obstante, la función literaria del adolescente se puede indagar también desde otra perspectiva: el protagonista adolescente no se convierte solamente en una figura literaria destacada en su función de representante de una realidad social, sino también en una figura literaria en la cual el amor y la violencia, el deseo y el sufrimiento, la muerte y la creatividad encuentran sus manifestaciones más extremas y dramáticas. Sería entonces por esta razón que este adolescente se convierte en una figura con tanta presencia en la literatura. La prueba se encuentra en relatos míticos (Ícaro, Phaeton, Edipo, etc.), en cuentos populares y sus sagaces héroes adolescentes y, más recientemente, como consecuencia del proceso de secularización, también en la novela, si interpretamos el “efecto de real” (Barthes 1968) no como representación de la realidad sino, ante todo, como legitimación de narrar.

Cualquiera que sea la posición que tomemos frente al adolescente literario, ya sea como representante de antagonismos sociales o como representante de las contradicciones fundamentales de la condición humana, siempre se confirma su función excepcional en la historia literaria.

Las épicas fundacionales lo demuestran: sus héroes son con frecuencia adolescentes, o por lo menos la época de su adolescencia juega un rol decisivo en esta narración épica (Sigfrido en *Los Nibelungos*, Perceval, Rolando). Las ‘literaturas fundacionales’ latinoamericanas repiten y confirman esta tendencia cuando pensamos en *Martín Rivas* de Blest Gana, en el Efraín de *María* de Jorge Isaacs, en *O Guarani* de José de Alencar, o también, ya en el siglo XX, en *Don Segundo Sombra* de Güiraldes.<sup>2</sup> La segunda mitad de este siglo retoma esta tradición, sin embargo, con una modificación importante: los adolescentes se convierten en representantes, cuyas biografías están íntimamente relacionadas con las experiencias extremas de violencia civil y política, de pobreza y migración, o dicho de una manera más general, de exclusión social y aislamiento dentro de la sociedad latinoamericana. O bien, si optamos por otra perspectiva y rechazamos el carácter mi-

---

2 Véase el capítulo “Re-Writing National Origins and Nation (Re-)Building: Positivism and Childhood in Manuel de J. Galván and Federico Gamboa” en Browning (2001). La introducción de este libro ofrece también un panorama sobre el significado de la niñez en la literatura latinoamericana y hace referencia a una bibliografía importante. Quisiera mencionar especialmente la obra editada por Hawes/Hiner (1991).



mético de la literatura, sería por estos adolescentes que el público literario estaría confrontado con experiencias humanas extremas situadas en su propio ambiente.

Tal afirmación encuentra su apoyo en textos tempranos de la década del cincuenta, en los cuales los adolescentes aparecen en medio de escenarios de violencia social, como por ejemplo “Los gallinazos sin plumas” de Julio Ramón Ribeyro ([1955] 1989) o *No una sino muchas muertes* de Enrique Congrains ([1957] 1988). En ambos textos, los basureros de Lima se convierten en un escenario infernal. El primer texto cuenta un acto de venganza sadista de dos niños hacia su abuelo y el segundo relaciones violentas y eróticas entre adolescentes.<sup>3</sup> Sin embargo, estas narraciones se originan en una Lima en la cual las transformaciones urbanas de la modernidad todavía eran incipientes y no representativas para esta realidad. Es solamente en las últimas décadas del siglo XX que se produjo en América Latina el crecimiento desmedido de la miseria y de la violencia, marcando grandes espacios de la vida urbana y convirtiéndose en una experiencia cotidiana.

Con las dos narraciones mencionadas aparece ya un juego de motivos que puede registrar un primer éxito mundial con *La ciudad y los perros* ([1959] 1963) de Mario Vargas Llosa: adolescentes, violencia y espacio urbano. En Brasil, el primero que se dedica a esta combinación de motivos es João Antônio con sus cuentos (a partir de 1963); en México, José Agustín con *De Perfil* (1966), y en Colombia, Andrés Caicedo con *¡Que viva la música!* ([1977] 2001). Estos textos no relacionan las experiencias y prácticas sociales de adolescentes o adultos jóvenes solamente con agresión y violencia, sino que demuestran que de ahí surgen también nuevas prácticas y manifestaciones culturales. Es decir: estas ficcionalizaciones rechazan las dos opciones más comunes para interpretar los actos de rebeldía de los adolescentes, ya sea como actos de delincuentes sin sentido y responsabilidad social, o como reacciones a su situación de víctimas en las incontroladas transformaciones sociales. En estos textos literarios, por el contrario, se nota el esfuerzo por otorgar al adolescente, a pesar de todo, el estatus de sujeto. *Capitães de Areia* de Jorge Amado (1937) es ciertamente uno de los prototipos de esta prosa. Ahí ya nos encontramos con esta estrategia narrativa que es también significativa para los textos de las

---

3 Véase Nitschack (1992).

grandes ciudades de los últimos años con protagonistas adolescentes: la gran ciudad y sus protagonistas (familias –destruidas–, escuelas, internados, cárceles, policía), se ponen en escena como un espacio de amenaza extrema. Se trata de un espacio sin moral, de violencia y agresión al que los adolescentes están expuestos pero en donde ellos crean –con fantasía y astucia, con energía creativa y criminal, con agresión y solidaridad– un mundo alternativo. Así se producen las condiciones para una contracultura que, en el caso de Jorge Amado, se inscribió en el gran movimiento político del socialismo. Tal ideologización política de la insurrección juvenil, colocada en un proceso de desarrollo histórico mundial, es hoy en día difícilmente imaginable.<sup>4</sup> Sin embargo, hay una ideologización paralela que sigue siendo válida: tanto en el caso de Jorge Amado como en otros de hoy en día son autores del mundo de los adultos quienes hacen del adolescente el guardián de la rebeldía y de la contracultura. Son ellos los que le adjudican al adolescente el potencial de sublevarse, aunque a veces de manera desesperada, contra la dependencia del consumo, la subyugación ante un proceso de trabajo alienante y las diversas manifestaciones de la violencia social; en otras palabras, son autores adultos quienes hacen del adolescente un sujeto heroico en contextos de violencia urbanos que son incontrolables e incomprensibles para él y a los que tiene que transformar de manera que le permitan definirse como sujeto.<sup>5</sup>

En las siguientes páginas quisiera indagar, en dos novelas muy distintas aunque comparables debido a su tematización de la violencia, el ‘rendimiento’ del discurso literario que estiliza al adolescente como sujeto heroico y hace de la gran ciudad su lugar de acción. Ambos textos encontraron una recepción por parte de un público nacional e internacional y fueron transformados en guiones para películas de divulgación internacional.<sup>6</sup> En ellas el adolescente, a pesar de sus de-

---

4 La internacionalización, o mejor dicho, la globalización del mundo adolescente se realiza ante todo en el mundo musical y en el espacio virtual de los internautas. Una nueva politización se percibe en la lucha a favor de los derechos humanos.

5 *La virgen de los sicarios* de F. Vallejo podría ser leída como una reflexión irónica sobre esta funcionalización del adolescente por los adultos, en este caso por el protagonista de la novela. Es una interpretación que no está discutida en este artículo.

6 *La virgen de los sicarios* (2000), dirigida por Barbet Schroeder y *Cidade de Deus* (2002) de Fernando Meirelles. El primer filme brasileño reconocido internacio-

pendencias y carencias, vuelve a ser un actor, ya sea en casos extremos como ladrón, violador o asesino. Me refiero a la novela colombiana *La virgen de los sicarios* (1994), de Fernando Vallejo y a la novela brasileña *Cidade de Deus* (1997), de Paulo Lins. Ante la interrogante ¿cómo caracteriza el discurso literario al adolescente frente a las experiencias extremas a las cuales lo expone la modernidad de las grandes ciudades?, se da la siguiente respuesta, que es al mismo tiempo la tesis de este trabajo: como sujeto absoluto. Esta es la única manera que permite al adolescente afirmarse en este mundo de extrema hostilidad sin caer en el rol de la víctima o de una subordinación humillante.

Paralelamente, sin embargo, este artículo analizará también en qué medida la heroización del adolescente y de sus acciones se logra por medio de una estetización problemática de la violencia, o en otras palabras: ¿consigue el texto poner en escena la violencia de las ciudades que culmina aquí en actos violentos de los adolescentes no sólo como evento o *performance* literaria, sino como contribución a una denuncia de esta violencia eludiendo, de esta manera, el peligro de venerar contextos de violencia reales a través de su literalización?

Las similitudes de las dos novelas permiten resaltar sus diferencias a través del procedimiento de la comparación. Ellas muestran dos actitudes literarias muy distintas pero complementarias en relación a la violencia y a los adolescentes que se convierten en actores en tal ambiente social. En cada caso, los jóvenes protagonistas se mueven en un mundo urbano de delincuencia y violencia, es decir en un “estado de emergencia” que se ha convertido para ellos en su realidad cotidiana. Ambos textos comienzan con el recuerdo de un mundo idílico no urbano, que fue destruido por el proceso de modernización y que cada vez se identifica con los movimientos migratorios del campo hacia la ciudad. Sin embargo, tanto la posición del narrador, la narración misma y los motivos de las personas que actúan, así como la relación texto-lector, son básicamente distintas.

---

nalmente en el que un personaje adolescente se convierte en un sujeto heroico fue *Pixote* (1981), dirigido por Hector Babenco.

### 1. *La virgen de los sicarios: exterminar la violencia con violencia*

El narrador de *La virgen de los sicarios*, Fernando, un intelectual envejecido, cuenta su propia historia: primero su pasión por el joven Alexis y, después de su asesinato, una pasión similar por el asesino de éste, el joven Wílmor, hasta que este último también es víctima de las luchas entre pandillas urbanas. Ambos son originalmente ‘sicarios’, asesinos pagados por la mafia de drogas de Medellín que, a cambio de dinero, han llevado a cabo cada asesinato que se les ha encargado. Con la muerte del gran traficante de drogas<sup>7</sup>, estos ‘sicarios’ pierden su ‘relación de servicio’ estable y trabajan de ahí en adelante sin coordinación alguna, cada uno por su propia cuenta y tras sus propios intereses: “Sin trabajo fijo, se dispersaron por la ciudad y se pusieron a secuestrar, a atracar, a robar. Y sicario que trabaja solo por su cuenta y riesgo ya no es sicario: es libre empresa, la iniciativa privada” (Vallejo 2001: 48).

Por su amistad con el narrador y protagonista Fernando, Alexis asesinará con la misma ligereza e irreflexión con la que antes había matado por dinero. Ahora lo hace, sin embargo, para satisfacer la extrema sensibilidad e idiosincrasia de su amante quien es un esteta y místico refinado y para quien no hay nada más desdeñable que la falta de cultura y la tosquedad, el comportamiento ruidoso, la falta de educación y cortesía, es decir, Fernando detesta a todos aquellos que no respetan sus sensibilidades, que son todos los que viven en la pobreza.

El narrador trata de convencer al lector por todos los medios de la legitimidad de su pretensión: para él, incluso la acción más radical está justificada cuando combate la trasgresión de las reglas de decencia y castiga el incumplimiento de la ley.<sup>8</sup> Según él son los hambrientos en demasía, los que han migrado del campo a la ciudad, de la barbarie a la civilización e infectado ésta con aquélla quienes con su conducta pisotean su imagen de una vida cultivada.<sup>9</sup> La primera víctima

7 Ciertamente se hace referencia a Pablo Escobar.

8 Él nos recuerda con ello la reflexión de Carl Schmidt: “Schlimm sind freilich die Vernichter, die sich damit rechtfertigen, dass man die Vernichter vernichten müsse” (cit. en Taubes 1987: 7). (“Horribles son los aniquiladores que se justifican con el argumento de que se debe aniquilar a los aniquiladores”).

9 “Los fundadores [de las comunas de las montañas alrededor de Medellín, H. N.], ya se sabe, eran campesinos: gentecita humilde que traía del campo sus costumbres, como rezar el rosario, beber aguardiente, robarle al vecino y matarse por

es el punk del departamento vecino que enerva a Fernando con el volumen desconsiderado de su música. Cuando lo ven en la calle caminando delante de ellos, Alexis lo rebasa, se voltea –para que el otro sepa quién es su asesino– y lo mata de un tiro en la cabeza (ibídem: 36).

Tres soldados que quieren controlarlos durante una caminata encuentran el mismo destino que el punk (ibídem: 52). Lo mismo ocurrirá con un transeúnte adolescente con el que chocan por error, y quien les exige groseramente que se fijen por dónde caminan: un tiro en la boca lo hace callar (ibídem: 57). Sigue una serie de escenas similares: al taxista que se niega a bajar el volumen de su música y que incluso lo sube, lo obligan a detener el coche; ellos se bajan y en el momento en que el taxista arranca de nuevo, Alexis lo mata de un tiro en la cabeza. El taxi, sin control, se estrella contra un poste y explota: “mas no sin antes llevarse en su carrera loca hacia el otro toldo a una señora embarazada y con dos niñitos, la cual ya no tuvo más, truncándose así la que prometía ser una larga carrera de maternidad” (ibídem: 68).<sup>10</sup> El hecho es comentado por el narrador con estas palabras:

¡Qué espléndida explosión! Las llamas abasaron al vehículo malhechor pero Alexis y yo tuvimos tiempo de acercarnos a ver cómo ardía el muñeco. De lo más bien, como dicen aquí con este idioma tan expresivo. “¡Que una soda para apagarlo!” pedía a gritos un transeúnte imbécil. “Y de dónde vamos a sacar una soda, hombre. ¿Acaso somos James Bond que lleva todo lo que necesita encima? Déjelo que se acabe de quemar para que ya no sufra”. Treinta y cinco mil taxis había en Medellín; quedaban treinta y cuatro mil novecientos noventa y nueve (ibídem: 68).

Alexis, el joven sicario que fascinaba a Fernando por su belleza perfecta, se vuelve el órgano de ejecución de su amante, quien interpreta todos los cambios sociales y culturales de la ciudad como un atentado contra sus propios derechos. Ambos se mueven en un aquí y ahora

---

chichiguas con el prójimo en peleas a machete. ¿Qué podía nacer de semejante esplendor humano? Más. Y más y más y más. Y matándose por chichiguas siguieron: después del machete a cuchillo y después de cuchillo a bala, y en bala están hoy cuando escribo” (Vallejo 2001: 40).

- 10 Para la filmación de esta novela es válido lo mismo que para *Cidade de Deus*: las escenas de violencia están suavizadas, inscritas en una moral tradicional y parecen corresponder a un cierto sentido de justicia. En esta escena, por ejemplo, es el taxista quien se vuelve agresivo y ataca a los dos con un machete. El disparo hacia él resulta así como un acto de autodefensa. Es obvio que la mujer embarazada con los dos niños no se convierten en víctimas inocentes.

absoluto, sin pasado o futuro, en una amoralidad absoluta, tomando así una posición que les permite sobrepasar la moral hipócrita de la sociedad, su falta de futuro y su negación del pasado. Con esta actitud, alimentan la ilusión de actuar como sujetos en un mundo de perversión.

Al mismo tiempo no puede dejar de verse que el autor pone a prueba al lector con su empeño de ganar su simpatía hacia el actuar radical de sus personajes. Si el lector sigue la interpretación que atribuye la culpa del desecho social y la falta de cualquier tipo de valores a la invasión de los más pobres, a su miseria y proliferación, entonces llega a una figura argumentativa protofacista en la que la crítica a la modernidad y la insistencia en la responsabilidad de cada uno por su destino social van de la mano. Sólo cuando la ironía se entiende como la estrategia narrativa conductora de la novela y las insinuaciones críticas y repetitivas a los derechos humanos se leen como señales irónicas se le puede conceder al texto una dimensión ética.<sup>11</sup> De esta manera, el texto utiliza también una potencialidad a la que sólo puede aproximarse el discurso literario: su literacidad le permite llevar a escena la perversidad del acto de violencia y hasta cierto punto exhibir una *performance* literaria de su perversidad sin moralizar y sin referirse a discursos sociológicos o políticos como confirmación. Convertirse en un sujeto radical y completamente amoral es la única forma que se ofrece al actor adolescente para afirmarse como sujeto bajo las condiciones en las cuales la institucionalidad total falla y la solidaridad colectiva (de cualquier tipo) está destruida. O, argumentando de otra manera: bajo relaciones sociales en las cuales el sujeto adolescente experimenta cualquier diferencia como amenaza más que como un potencial social productivo o creativo, él intentará eliminar esta diferencia por todos los medios posibles, imponiéndose así como sujeto absoluto.

---

11 “Aquí no hay inocentes, todos son culpables. Que la ignorancia, que la miseria, que hay que tratar de entender... Nada hay que entender. Si todo tiene explicación, todo tiene justificación y así acabamos alcahuetando el delito. ¿Y los derechos humanos? ¡Qué ‘derechos humanos’ ni qué carajos! Esas son alcahueterías, libertinaje, celestinaje. A ver, razonemos: si aquí abajo no hay culpables, ¿entonces qué, los delitos se cometieron solos? Como los delitos no se cometen solos y aquí abajo no hay culpables, entonces el culpable será el de Allá arriba, el Irresponsable que les dio el libre albedrío a estos criminales” (Vallejo 2001: 143).

La decisión de los protagonistas de actuar como sujetos que se mueven totalmente en el aquí y ahora<sup>12</sup> y que se justifican por su sentido estético derivando de ahí su goce será conducida *ad absurdum* por la propia narración, tanto en la constelación Fernando-Alexis, como también en la de Fernando-Wilmar. El texto parece confirmar una reflexión de Th. W. Adorno: no puede existir lo verdadero en lo radicalmente falso; cuando más, lo verdadero podría estar presente en ello sólo indirectamente como la desesperación sobre su ausencia. Así, el amor de Fernando hacia el joven sicario, hacia este asesino múltiple con cuerpo de ángel, es el intento de crear un mundo alternativo a la realidad, cuyo potencial violento sobrepasa todo lo imaginable. Desde el principio, sin embargo, este mundo alternativo está estigmatizado por el fracaso. La idea y el deseo de que se pueda escapar al mal común está trágicamente contaminada por éste mismo. Sólo la ironía permite un distanciamiento que, sin embargo, no tiene la capacidad de indicar el lugar desde el cual ella está formulando su crítica.

A través de su rechazo de un juicio moral de los actos violentos, la novela comparte con el lector la fascinación peligrosa por la violencia que llena la vida de estos jóvenes y a través de la cual ellos se liberan a sí mismos, de manera astuta, del rol de víctimas, para convertirse en actores. La ausencia total de un orden o ley de cualquier tipo a través de los cuales podrían ser instituidos como sujetos les deja sólo la salida de designarse a sí mismos como sujetos absolutos.

## **2. *Cidade de Deus* – El círculo vicioso de la violencia**

La constelación entre el intelectual mayor y los sicarios adolescentes en *La virgen de los sicarios* es significativa en el sentido de que el envejecido Fernando articula sus deseos idiosincráticos pero le falta la fuerza y la energía de realizarlos. Quien actúa y quien los convierte en acciones son los adolescentes que están dispuestos al radicalismo absurdo de combatir la violencia con más violencia. Pero al mismo tiempo son ellos los que se entregan a una relación amorosa sin condiciones. *Cidade de Deus*, por su parte, es una novela sobre la disposi-

---

12 En una alusión simbólica, el primer encuentro de Fernando y Alexis tiene lugar en un cuarto cuyas paredes están completamente decoradas con relojes “detenidos todos a distintas horas burlándose de la eternidad” (Vallejo 2001: 13), es decir, en un lugar fuera del tiempo.

ción a la violencia y sobre su aumento desde una violencia individual y colectiva motivada por las circunstancias sociales hasta una violencia con una dinámica propia que se autoreproduce, y ante la cual sucumben todas las relaciones sociales.

También en esta novela se confirmará que son los jóvenes/adolescentes los que finalmente se entregan de la manera más radical a la violencia. Ella aparece como el camino más prometedor y directo de alcanzar un reconocimiento tanto en su ámbito social cotidiano como en la sociedad en general (por la publicación de sus crímenes en la prensa). Así, en ambas novelas, la disposición a la violencia está motivada ante todo por el deseo de encontrar reconocimiento: Alexis en *La virgen de los sicarios* busca el reconocimiento de Fernando, y en *Cidade de Deus* los adolescentes buscan el reconocimiento del entorno social al que han sido arrojados. Se repite la situación elemental: la destrucción de todas las instituciones sociales que podrían garantizar los derechos de los jóvenes, desde la familia, pasando por la escuela, hasta los poderes estatales, sobre todo la policía y el poder jurídico. Ello provoca un desprecio profundo de las leyes y de cualquier tipo de orden de valores representado por el Estado, con la consecuencia de que los adolescentes se encuentran abandonados a sí mismos de una manera verdaderamente existencial.

Ciertamente, el horizonte de la posibilidad de una vida distinta no está nunca completamente truncado o perdido. El sueño de Sandro Cenoura es típico de los sueños de todos: “trabalhar duro um ano; compraria um sítio no interior para criar galinha, faria uma piscina, construiria um banheiro com sauna” (Lins 1997: 479). Pero en esta novela nadie consigue realizar ese sueño. Paradójicamente, el único que se acerca a él es el travestí Ari, quien al final, como Soninha, goza de un ‘matrimonio normal’ en la clase media.

La novela está dividida en tres partes nombradas según tres criminales: “A historia de Cabeleira”, “A historia de Bené” y “A historia de Zé Pequeno”. Ellos representan respectivamente una escala de violencia nueva y cada vez más intensa, y por consecuencia un empeoramiento de las condiciones en las cuales crecen los jóvenes.

Cabeleira es el criminal ‘clásico’, cuyos crímenes están directamente motivados por la desigualdad social, y quien además, al estilo de Robin Hood, deja participar a los habitantes de la favela de los logros de sus asaltos. Tal es el caso, al principio de la novela, del atra-



co al camión que vende tanques de gas: el conductor es forzado a entregar el dinero, pero no se le asesina y, finalmente, se invita a los vecinos a abastecerse gratuitamente con tanques de gas. Al mismo tiempo se narran en esta primera parte numerosos actos individuales de violencia bárbara: el marido engañado, que despedaza vivo a su bebé y se lo envía a su mujer en una caja de cartón (ibídem: 79-83), o el migrante del Ceará, quien entierra en vida a su mujer junto con su amante (ibídem: 136). Lo bárbaro, pero también la desesperación de estos actos, tiene su origen en la destrucción de la relación elemental de pareja, el último lazo social que garantiza una cierta seguridad en estas circunstancias de relaciones sociales destruidas. La infidelidad de la pareja no significa solamente la pérdida del placer sexual, sino ante todo la pérdida de la única institución en la cual estos hombres marginados encuentran la confirmación de su masculinidad. Si se deshace este último lazo social, se caen todas las barreras y se da rienda suelta a sentimientos de venganza y revancha. Los episodios de la novela muestran cómo en una situación tal, que además está marcada por la ausencia de la policía –la institución que tendría que imponer la ley–, el individuo está dispuesto a renunciar a cualquier autocontrol y a entregarse al deseo de agresión sin limitaciones.

La segunda parte de la novela (ibídem: 203-285) está constituida por la historia de Bené: éste, junto con Dadinho –que más tarde se llamará Pequeno y a quien está dedicada la tercera parte de la novela–, ha crecido en el ambiente que el lector ha conocido al inicio. Estos adolescentes han tenido de modelo a criminales como Cabeleira y han vivido escenas atroces como las mencionadas anteriormente. Ahora forman sus propias pandillas para ganarse un lugar en un mundo en el que todos luchan contra todos. Bené y Dadinho abandonaron muy pronto el único intento de ganarse la vida de forma honrada como betuneros cuando descubrieron que asaltar a los clientes era mucho más lucrativo que limpiarles las botas (ibídem: 188).

Si en la primera parte el negocio de la droga es aún un negocio insignificante con el que la vieja Bá se gana el sustento, la segunda parte comienza con el traspaso del negocio a manos de los marginales. Los adolescentes de la primera parte del libro, entre ellos Bené y Dadinho, se han convertido en jóvenes adultos –Dadinho celebra su decimoctavo cumpleaños (ibídem: 207)– que viven de robos y asaltos. Sin embargo tienen que darse cuenta de que este tipo de delincuencia rinde

mucho menos que el tráfico de drogas, que se vuelve un negocio cada vez más lucrativo. Bajo el nombre de Pequeno, Dadinho se convierte en el traficante de drogas más influyente de *Cidade de Deus* y ejerce así su poder. Únicamente su amistad con el más bondadoso Bené impide que este terror se vuelva totalmente desmesurado. Tras la muerte de Bené al final de la segunda parte, en la tercera parte Pequeno sucumbe por completo a su obsesión de poder y a sus sádicas prácticas asesinas y de violación. Todo culmina en una guerra de bandas comparable a una guerra civil que aterroriza a toda la favela y ante la cual la policía queda en gran medida impotente. El motivo de la guerra es la enemistad frontal entre Pequeno y Mané Galinha, cuya novia es una de las víctimas de Pequeno, motivo por el cual él se convierte en un vengador fanático.

Así, la novela cuenta la historia de una violencia que se radicaliza cada vez más, y en la cual la mayoría de los adolescentes de la favela, incluso los niños se ven involucrados tan pronto son capaces de manejar un revólver. Al comienzo actúan por obligación, como cuando Pequeno le exige a Marcelinho Baião, de 10 años de edad, que busque al fugitivo y herido Chinelo Virado para que lo mate (ibídem: 216). Al final, sin embargo, los niños matan voluntariamente por su disposición a identificarse con sus modelos: Cebion, de 13 años, matará a su hermano de 10 años porque supuestamente pertenece a la banda enemiga (ibídem: 530).

La dimensión ficcional de la novela está tapada por un realismo consecuente. Todas las técnicas narrativas contribuyen al “efecto de real” y a la simulación de autenticidad. Con excepción del corto prólogo que está escrito a manera de alocución al lector, el narrador desaparece tras los acontecimientos que en cierta forma se narran por sí mismos y que aparentemente no tienen en ningún momento al lector en la mira: es como si los sucesos encontraran por sí solos su lenguaje, como si existiese una identidad entre lenguaje y acontecimiento. No encontramos ninguna reflexión sobre quién narra, sobre cuáles son las condiciones de este narrar o sobre cómo reaccionará el lector a lo narrado. Esto le otorga al texto un alto grado de inmediatez y fingida autenticidad. Tampoco hay distancia entre narración y suceso, el lector se ve directamente situado dentro de la intrincada red de la trama. Este efecto realista se ve incrementado por un gran número de diálogos y por la perspectiva narrativa, que se muestra tan familiarizada

con los pensamientos, los planes y motivos de los personajes como los personajes mismos, o que permanecen tan inexplicables y oscuros para el lector como para los propios protagonistas.

Todos los personajes son introducidos a escena por el narrador sin ninguna explicación para el lector. Nunca se puede predecir si algún personaje se convertirá en figura protagónica, si desaparecerá de la trama al cabo de pocas páginas o si reaparecerá después de un prolongado lapso de tiempo bajo muy diferentes circunstancias y condiciones. De este modo, el texto se presenta como una duplicación mimética de lo impredecible y casual del desarrollo de los acontecimientos en la favela misma, donde tampoco hay estructuras firmes ni instituciones confiables. Tampoco encontramos personajes con el carácter totalizador como los conocemos de las novelas realistas clásicas (descritas por Lukács en sus estudios sobre el realismo francés). Todos, y ante todo los adolescentes, son actores en un mundo sin reglas, en un sistema en el que la lógica de causa y efecto parece anulada, un mundo en el que únicamente impera la ley de que quien sobrevive será reconocido como el más fuerte y sobre él recaerá el poder. La vida de las figuras está reducida a un estado elemental, en el cual la condición básica para el reconocimiento por el otro es la supervivencia, por los medios y bajo las condiciones que sean. Quién sobrevivirá, sin embargo, es impredecible.

En este mundo de ausencia del poder estatal y de sus leyes, el adolescente se ve ante la disyuntiva de subordinarse y caer en la dependencia, o asumir el papel de sujeto absoluto. En esto, los protagonistas adolescentes de *La virgen de los sicarios* y de *Cidade de Deus* se parecen mucho. Sus motivos, sin embargo, son fundamentalmente distintos: En *La virgen de los sicarios*, los actos de violencia cometidos por Alexis están motivados por el radicalismo estético de Fernando; los dos se mueven libremente en la ciudad, dispuestos a eliminar a cualquiera que no acate sus valores y no cumpla con sus expectativas, a cualquiera que ante sus ojos represente una amenaza a su estilo de vida, el cual les parece el único justificable. Los actores de *Cidade de Deus* ya no conocen concepto de valores alguno, ni principios éticos. El objetivo de matar y violar es adquirir dinero y ejercer terror, y así erigir y consolidar su poder en un mundo en el que la ley y el derecho

se han vuelto absolutamente impotentes.<sup>13</sup> Consecuentemente, el tráfico de drogas es más importante que su consumo. Es el medio más eficiente para ganar el dinero que les permite fortalecer sus posiciones de poder a través del terror (la compra de armas) o acciones populares (invitación a fiestas, distribución de regalos).

La fuerza socialmente integradora que ejerce el dinero sobre todos los que lo usan con el fin de aumentar su capital queda, en el caso de estos jóvenes, sin efecto por la razón de que, a pesar de las riquezas y del poder acumulado, no se comprometen en negocios o actividades financieras o comerciales que traspasen los límites de la favela. El mundo de la metrópolis, con sus negocios legales, les es inaccesible. Favela y ciudad están descritas como dos sectores y dos sistemas sociales estrictamente separados e incompatibles. En la novela, las únicas formas de interacción entre ellos son las relaciones marcadas por la violencia, una violencia en la mayoría de los casos completamente arbitraria. Todos los demás intercambios comerciales y económicos a través de los cuales estos dos mundos se encuentran en dependencia recíproca se pasan por alto porque, desde la perspectiva de los adolescentes que aspiran a una vida independiente, ellos no tienen ninguna importancia. Su deseo de realizarse como sujetos absolutos no se cumpliría sometiéndose a cualquier tipo de relación contractual. Siendo excluidos de los derechos de ciudadanía y de la posibilidad de integrarse en el mercado, la transgresión de cualquier sistema de orden oficial les parece el camino más prometedor para lograr su fin.

Las fuerzas sociales, económicas y culturales que producen y garantizan los lazos sociales en la sociedad civil capitalista quedan en gran medida anuladas o por lo menos no están tematizadas en la novela. Ciertamente, el mundo de consumo no deja de ser tentador del todo, las imágenes de una vida feliz transmitidas por los medios, sobre todo la televisión, no son desconocidas, pero pertenecen a otro mundo al cual el acceso está bloqueado. Esta es la razón de una transformación radical: el deseo que el mundo de consumo intenta provocar para participar en él, se transforma en su desprecio absoluto. Por ello parece consecuente que los representantes del mundo de los negocios y del con-

---

13 Este mundo no está privado de derechos y leyes, sino que el derecho y la ley han sido corrompidos y han perdido su poder. Es decir, la ley en sí todavía existe, así como la posibilidad de cuestionarla y transgredirla permanentemente.

sumo se conviertan –para los actores del contra-mundo de la favela– en puros objetos de sus ansias de poder, en la misma medida en que ellos se sienten negados por aquel mundo. Excluidos del mercado de trabajo asegurado, de los negocios legales y del consumo, reaccionan también con un acto de exclusión que se explica fácilmente: si el sujeto no encuentra reconocimiento por el otro y su reacción no contribuye a confirmar la conciencia de sí mismo, entonces este otro tampoco es reconocido como tal, ni siquiera como enemigo<sup>14</sup>, sino que se convierte en la pura materia prima que sirve para satisfacer las propias necesidades. O tal vez otra interpretación sería aún más adecuada: si el otro no contribuye a la construcción de la propia identidad, sino que por el contrario la pone permanentemente en cuestión, la decepción por la negación del reconocimiento se convierte en agresión. Así se explican tanto la falta de sentimientos y de compasión frente a los crímenes más crueles y a sus víctimas cuanto la disposición a la violencia y la brutalidad.

Retomando la comparación entre *La virgen de los sicarios* y *Cidade de Deus*, se puede constatar que estas novelas no sólo se diferencian por la relación de los protagonistas adolescentes con la ciudad y con el mundo de las leyes oficiales (los unos como sus –terribles– representantes, los otros como los que están excluidos de ella), sino que también se distinguen fundamentalmente en su descripción de la génesis de la violencia. Fernando, en *La virgen de los sicarios*, se aferra a la existencia de la ley, y hace matar en su nombre. Para él, los autores de la violencia son responsables de sus actos, sin embargo no sólo los autores de la violencia sino todos los que, según su juicio, descuidan los modales civilizados son responsables y por ello pueden ser llamados a rendir cuentas.

La novela de Paulo Lins pone en escena cómo se produce la violencia en sectores excluidos de la comunidad de producción, de consumo y de instituciones confiables, es decir en sectores donde las reglas sociales y la ley no tienen vigencia. Esta violencia arrastra con inclemencia creciente a todos (o casi todos) en un remolino del cual

---

14 Este enemigo sería en primer lugar la ley, pero también el Estado y sus representantes, es decir, los jueces, la policía y las cárceles. Estas instituciones son, sin embargo, más corruptas y cuestionables que los órdenes sociales fragmentarios que se han desarrollado en la favela (relaciones familiares, amistades, pandillas de jóvenes).

casí no hay manera de escapar. Hay pocas figuras en la novela que resisten como Busca Pé.<sup>15</sup> Sin embargo, éstas son insignificantes para la trama de la narración, son apenas una discreta indicación de que la favela no está exclusivamente dominada por la violencia, sino que también existe una vida cotidiana no criminalizada que la novela en general pasa por alto.

Este discurso literario que se concentra con su estilo hiperbólico en las atrocidades y emplea lo monstruoso para resaltar una ‘verdad’ que los discursos objetivos y científicos velan, tiene como objetivo subrayar las condiciones del sujeto individual: su destino, sea de víctima, sea de sobreviviente, no depende de su propia voluntad ni de sus decisiones, ni de su actuar. Se anularon todas las lógicas sociales de castigo y recompensa, las lógicas abstractas que nos demuestran las estadísticas, según las cuales tanto por ciento son delincuentes, tanto desempleados, tanto adictos, etc., no tienen relevancia si el sujeto está amenazado por todo ello continuamente y si depende sólo de la suerte el que escape y sobreviva o, por el contrario, sucumba. Lo absurdo consiste en la paradoja de que, en circunstancias donde para los sujetos adolescentes su propio destino es completamente imprevisible porque no obedece a ninguna lógica que puedan comprender, ellos se encuentran expuestos a una libertad absoluta sin compromiso con ninguna ética ni ley, la condición para autodefinirse como sujetos absolutos.

### 3. El sujeto absoluto como agente de la violencia

Ni en *La virgen de los sicarios* ni en *Cidade de Deus* la disposición radical de los personajes –ante todo de los adolescentes– a la violencia es interpretada por ellos como arbitraria. La violencia siempre busca

---

15 En la novela él juega un rol muy secundario en comparación con la película. Al final de la novela, Busca Pé no obtiene este rol clave que la película le adjudica. “Busca-Pé, depois de militar vários anos no Conselho de Moradores, casou e mudou, conseguiu se estabelecer como fotógrafo, mas volta e meia retornava à favela para visitar a mãe e rever os amigos” (Lins 1997: 544). Él es la figura alternativa de lo bueno que no cae en el vicio de la violencia y del crimen, no obstante es una figura poco importante en la novela que no toma influencia en los sucesos como sujeto absoluto. Aquí, el film toma una posición moralizante que la novela refuta completamente.

legitimarse como un ejercicio de justicia.<sup>16</sup> No se trata de que la idea de la justicia esté ausente, lo que falta es la ley que la defina y las instituciones que la garanticen.<sup>17</sup> Así, el adolescente se declara asimismo legislador, juez y órgano de ejecución al mismo tiempo, y se instala de esta manera como sujeto absoluto.

Con la desaparición de los lazos sociales no existe ningún espacio de diálogo para negociar opiniones o posiciones divergentes, lo que tiene como consecuencia que el reconocimiento del sujeto absoluto por el otro tiene que ser total y exige la sumisión total de este otro. Si alguien se atreve a refutar este reconocimiento, se encuentra completamente excluido y tratado como objeto.<sup>18</sup> Debido a la ausencia de instituciones que regulen y controlen las relaciones sociales en las favelas, el surgimiento de cualquier otro sujeto que aspire a imponerse como sujeto absoluto significa una amenaza total, convirtiéndose en una cuestión de vida o muerte que se resuelve solamente con la aniquilación de uno de los contrayentes.

En su estilo hiperbólico y en sus puestas en escena de actos de violencia de manera provocadora, ambos textos desobedecen la racionalidad de los discursos científicos (antropológicos o sociológicos) o morales sobre la violencia urbana y la implicación de los adolescentes en ella. Sus representaciones realistas enfocan casi exclusivamente a los actores de extrema violencia omitiendo los grupos sociales menos espectaculares y su integración económica y social en la vida urbana. Al mismo tiempo, sin embargo, no hay duda de que la lógica de estas novelas revela, desde posiciones opuestas, lo absurdo de los actos

---

16 Este “sujeto absoluto” es justamente lo contrario del “hombre del campo” (*Mann vom Lande*) kafkaiano en la parábola *Ante la Ley*. Él no acepta que nadie se entrometa entre él y la ley, y no tolera que ésta le sea inalcanzable pretendiendo ser él mismo dicha ley.

17 Por lo menos así lo entiende el narrador de *La virgen de los sicarios* cuando formula para el lector la pregunta retórica que ya presume su acuerdo: “¿Cómo puede matar uno o hacerse matar por unos tenis? Preguntará usted que es extranjero. Mon cher ami, no es por los tenis: es por un principio de Justicia en el que todos creemos. Aquel a quien se los van a robar cree que es injusto que se los quiten puesto que él los pagó; y aquel que se los va a robar cree que es más injusto no tenerlos” (Vallejo 2001: 83).

18 Esto lo evidencian las escenas en la cárcel: las aplicaciones sádicas de violencia a la que están expuestos los presos en forma de abusos corporales, sobre todo sexuales, y en las cuales se exige su sumisión incondicional tienen ante todo la función de consolidar las estructuras jerárquicas de poder.

ejecutados por los protagonistas que se convierten en sujetos absolutos: ni la actitud de Fernando que autoriza a Alexis, su “ángel vengativo de la muerte”, a asesinar todo lo que él considera “vida sin valor” porque no cumple con sus obligaciones sociales, ni, como en *Cidade de Deus*, una violencia que aprovecha la ausencia de cualquier tipo de controles internos (morales) o externos (sociales) para imponer el derecho del más fuerte como el único válido pueden ofrecer alguna solución o alguna salida a este remolino fatal de violencia. Al revés, ambas actitudes son caminos sin salida que producen un círculo vicioso que lleva solamente a la destrucción y a la muerte.

Si en otros textos las contradicciones planteadas permiten vislumbrar una salida, en este caso no se percibe nada semejante. Aquí, las contradicciones sociales, como están descritas y como están experimentadas por sus protagonistas, no dan lugar a esperanza alguna. Su dialéctica es absolutamente negativa.<sup>19</sup> Por ningún lado se distinguen diferencias que prometan un potencial de creación de sentido que dé lugar a la esperanza de salir de esta fatalidad. La fuerza de la razón, herencia que nos ofrece el pensamiento occidental, permanece desamparada en tal mundo. Solamente el propio acto de narrar podría ser tomado como esperanza de una superación de lo que se presenta sin remedio: todavía son narrables los sucesos, todavía no ha enmudecido el narrador y tampoco se le ha quitado el lenguaje. Narrar esta ‘realidad’ sin tener que legitimar lo narrado, narrarla porque existe para el narrador, lo que le da derecho de exigir al lector que se confronte con ella —aun cuando éste contemple tal narrativa como inmoral, antiestética o escandalosa— y retar al lector provocándolo a buscar su ‘narrativa’, la que le parezca adecuada para narrar esta ‘realidad’: es en esto en lo que, creo, radica el valor ético de estos textos.

Pero, como constatamos al inicio, estos textos se pueden leer también desde la perspectiva contraria, no como reproducción mimética de la realidad social, sino como puesta en escena de una potencialidad, sin embargo de una potencialidad que se puede pensar o inventar des-

---

19 Tal vez sea también por ello que nos conviene renunciar a pensar la sociedad como una totalidad que se renueva por sus contradicciones dialécticas: está dialéctica se revela como completamente negativa. Solamente si renunciamos a interpretar la favela el actuar de Fernando como representativo de toda la sociedad en el sentido lukacsiano y si los pensamos como algo singular y casual, como un elemento dentro de un sistema altamente complejo, no perderemos la esperanza.



de nuestra realidad y que le es por ello inmanente, a pesar de que está velada y reprimida porque nos perturba demasiado y pone en cuestión nuestra tranquilidad. Estos textos presentarían entonces algo en el espacio literario a cuya percepción preferimos renunciar. Serían una puesta en escena de lo reprimido, a lo cual le darían la imagen y el lenguaje, siguiendo la frase famosa de Paul Klee: el arte no reproduce lo visible, sino que hace visible.

Cualquiera que sea la lectura por la cual nos decidamos frente a estos textos, ellos hacen inevitable admitir que nadie, frente a esta realidad, puede ser inocente, y que es válido sostener la paradoja: hay que narrar, aun cuando lo narrado sea siempre “falso”.<sup>20</sup> Si esta argumentación es sostenible, entonces quiere decir también que los niños y los adolescentes son, frente a todo, testigos de que nada ni nadie escapa al contexto de la violencia por voluntad propia. Quien se salva, es debido a la suerte y a la casualidad y no a los méritos propios. Lo trágico es que quien reacciona a esta fatalidad de manera consciente, buscando afirmarse como sujeto, tiene que pactar con la violencia.

Como era de sospechar, este discurso ficcional no ofrece ninguna ‘solución’ en su actitud frente a la violencia. Comparte el destino de todos los discursos ficcionales, lo cual constituye por un lado su debilidad de influenciar sobre la ‘realidad’ y, por el otro, su potencial de descubrir los límites y absurdos de los discursos morales o científicos, exactamente porque no tiene que sentirse obligado a proponer una salida o solución. Exige solamente un espacio libre en el cual se pueda narrar ‘sin responsabilidad’, sin la necesidad de inventar historias edificantes o divertidas, sino historias que se comprometan a contar lo que todos sospechamos que acontece o por lo menos que podría acontecer, aun cuando nos neguemos a saberlo.

La lectura aquí propuesta resalta la dimensión literaria de estos textos que tienen un estatus muy distinto al de los discursos científicos. En las dos novelas, el discurso literario es compatible con el científico en cuanto a su descripción del nacimiento de la violencia como consecuencia de la urbanización acelerada y descontrolada, y retoma también el saber común de que son los niños los más expuestos y los

---

20 Sin embargo no “falso” en el sentido de la “verdad de la mentira”, como lo formula Vargas Llosa en su poética de novela. Aquí, como en cualquier “estado de emergencia”, la verdad está radicalmente ausente (cf. Agamben 2002).

más sometidos a la violencia, lo que provoca una reacción vehemente cuando se convierten en adolescentes y tienen acceso al poder. Sin embargo, el discurso literario se aleja del científico cuando narra historias en las cuales estos adolescentes buscan liberarse de su papel de víctimas y luchan por obtener reconocimiento por los medios que les son accesibles. Esta situación, en la cual toda integración social, cualquier sumisión a la ley o cualquier aceptación de reglas morales significan una derrota (ya que es la sociedad, la ley y la moral de los otros lo que se impone a los jóvenes en estas novelas), deja al adolescente una única salida: la de imponerse a sí mismo como sujeto absoluto, como un sujeto que pretende definir la ley y la moral por su propio arbitrio. No se trata, por supuesto, de una propuesta de ‘solución’ —es tan evidente el fracaso en ambos casos— sino más bien de narraciones sobre la desesperación y la imposibilidad absurda de los adolescentes de definirse como sujetos bajo las condiciones de extrema violencia urbana.

### Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2002): *Homo sacer. Die souveräne Macht und das nackte Leben*. Suhrkamp: Frankfurt/Main.
- Agustín, José (1966): *De Perfil*. México D.F.: Joaquín Mortiz.
- Antonio, João (1963): *Malagueta, Perus e Bacanaço*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.
- Amado, Jorge (1937): *Capitães da Areia*. Rio de Janeiro: Ed. Librería José Olímpio.
- Barthes, Roland (1968): “L’effet du réel”. En: *Communications*, 11, pp. 84-89.
- Browning, Richard L. (2001): *Childhood and the Nation in Latin American Literature Allende, Reinaldo Arenas, Bosch, Bryce Echenique, Julio Cortázar, Manuel Galván, Federico Gamboa, S. Ocampo, Peri Rossi, Salarrué*. New York: Peter Lang.
- Caicedo, Andrés ([1977] 2001): *¡Que viva la música!* Bogotá: Editorial Norma.
- Congrains, Enrique ([1957] 1988): *No una sino muchas muertes*. Lima: Peisa.
- Hawes, Joseph M./Hiner, Ray (eds.) (1991): *Children in Historical and Comparative Perspective: An International Handbook and Research Guide*. New York: Greenwood Press.
- Lins, Paulo (1997): *Cidade de Deus*. São Paulo: Companhia das Letras.
- Nitschack, Horst (1992): “Literatura urbana – Lima”. En: Daus, Roland (ed.): *Großstadtliteratur. Ein internationales Colloquium über lateinamerikanische, afrikanische und asiatische Metropolen*. Frankfurt/Main: Vervuert, pp. 139-151.

- (1995): “Der Adoleszent als literarische Konstruktion”. En: Czesla, Wolfgang/ Engehardt, Michael von (eds.): *Vergleichende Literaturbetrachtungen. 11 Beiträge zu Lateinamerika und dem deutschsprachigen Europa*. München: Judicium, pp. 173-195.
- (1996): “El héroe adolescente en las literaturas alemanas y latinoamericanas”. En: Rall, Dieter/Rall, Marlene (eds.): *Letras comunicantes. Estudios de Literatura Comparada*. México: UNAM, pp. 117-150. (Traducción de Nitschack 1995).
- Ribeyro, Julio Ramón ([1955] 1989): “Los gallinazos sin plumas”. En: Ribeyro, Julio Ramón: *Silvio en el Rosedal*. Barcelona: Tusquets.
- Salazar J. Alonso ([1990] 2002): *No nacimos pa’ semilla. La cultura de las bandas juveniles en Medellín*. Bogotá: Planeta.
- Scheper-Hughes, Nancy (1992): *Death without weeping. The violence of Everyday Life in Brazil*. Berkley/Los Angeles/London: University of California Press.
- Taubes, Jacob (1987): *Ad Carl Schmitt. Gegenstrebige Fügung*. Berlin: Merve.
- Vallejo, Fernando ([1994] 2001): *La virgen de los sicarios*. S.L.: Suma de letras.
- Vargas Llosa ([1959] 1963): *La ciudad y los perros*. Barcelona: Ed. Seix Barral.



Peter Peetz

## Las “maras”: el pandillismo juvenil en Honduras, El Salvador y Guatemala

“El deseo de destruir tiene que surgir si no se satisface el deseo de crear.”

Erich Fromm

### 1. Introducción

En América Latina el tema de la niñez y la juventud está adquiriendo una importancia cada vez mayor. Una de las razones son los cambios demográficos ocasionados por un crecimiento poblacional que se ha mantenido en un nivel comparativamente elevado durante cinco décadas a partir de 1940 y sólo recientemente ha entrado en una fase más moderada (Wöhlcke 2000: 30; Sangmeister 2003). Por un lado, el crecimiento poblacional pone en entredicho el desarrollo socioeconómico de la región porque resulta difícil lograr un crecimiento económico que supere considerablemente el crecimiento de la población.<sup>1</sup> Por otro lado, el aumento de la población en décadas pasadas ha provocado un fuerte efecto en la pirámide poblacional de edad. Actualmente casi un tercio (31,5%) de los habitantes de América Latina tiene menos de 15 años, mientras que en los países industrializados (OECD) esta cifra ronda el 20%. En Honduras, El Salvador y Guatemala los datos son aún más extremos con 41,2%, 35,4% y 43,3% respectivamente (CEPAL 2002a). Si bien el porcentaje de la población joven ha

---

1 En muchos de los países más pobres de la región, varios de ellos situados en el istmo centroamericano, la población creció a un ritmo más rápido que la economía. En Honduras, por ejemplo, la población creció un 3% en promedio anual entre 1980 y 2000 mientras que la economía sólo creció un 2,7%. El aumento del PIB del 2,5% en el año 2002 fue considerado un éxito de la política económica del gobierno. Sin embargo, no llegó a elevar el PIB *per capita* (y mucho menos el nivel del desarrollo humano), porque el crecimiento poblacional del 2,6% (y el hecho de que las mayores tasas de partos por mujer se registran entre los sectores más pobres de la sociedad) lo rebasó y lo “devoró”. Cfr. UNDP (2003) y <[http://www.dbla.de/03\\_economic\\_research/02\\_lateinamerika\\_datenbank/01\\_lateinamerika\\_datenbank.html](http://www.dbla.de/03_economic_research/02_lateinamerika_datenbank/01_lateinamerika_datenbank.html)> (16.8.2004).

disminuido levemente en las últimas dos décadas, el número de jóvenes ha aumentado en cifras absolutas.

Este desarrollo poblacional obviamente tiene consecuencias graves para el sistema social y educacional de estos países. El aumento de la población joven (en cifras absolutas) produce una demanda creciente de los recursos económicos a destinarse a estas políticas. Pero desde finales de los años ochenta, la tendencia de los gobiernos ha sido más bien la de estabilizar o bien reducir los gastos sociales como parte de los ajustes estructurales realizados en el marco del modelo de desarrollo neoliberal.<sup>2</sup> Y el prometido auge económico, si es que lo hubo, no bastó para que una mayor oferta de trabajo para padres y jóvenes redujera significativamente la necesidad de desempeño social y educativo del Estado. Los niveles educativos y las condiciones de vida de la mayoría de los niños y jóvenes no mejoraron. En cuanto al “capital humano”, la brecha entre el mundo industrializado y las sociedades latinoamericanas (y en especial las de Centroamérica, con excepción de Costa Rica) se profundizó, ensombreciendo las perspectivas profesionales y socioeconómicas de los jóvenes en América Latina.

Como era de esperar, la precaria situación socioeconómica de la generación joven ha tenido fuertes implicaciones en el comportamiento social de sus integrantes, lo cual a su vez cambió el panorama sociocultural de la organización social de los países. Miles de jóvenes desintegrados socio y económicamente en toda América Latina encontraron su propia salida a la exclusión y marginalización social: la delincuencia juvenil.

La película *Cidade de Deus*, dirigida por Fernando Meirelles (2002), contribuyó a llamar la atención en todo el mundo sobre las condiciones de vida de los adolescentes en las favelas brasileñas. La cinta puso especial énfasis en la violencia que viven estos jóvenes y en su indiferencia categórica con respecto a las normas del Estado. A diferencia de Brasil, otras regiones de América Latina no cuentan con los recursos económicos, intelectuales y culturales para tener una industria cinematográfica que pueda competir (aunque sea esporádicamente) con la de países industrializados. Pero esto no quiere decir que

---

2 En el caso de Honduras, por ejemplo, la combinación de la demanda creciente con políticas de austeridad ha conducido a una disminución del gasto social *per capita* de US\$ 60 en 1990/91 a US\$ 57 en 1998/99 (CEPAL 2002b: 269).

en otros países latinoamericanos la situación de la juventud sea mejor o que no se hayan desarrollado formas de comportamiento juvenil (anti-)social muy específicas y dignas de analizar.

En Centroamérica –y con especial gravedad en Honduras, El Salvador y Guatemala– las pandillas juveniles o “maras” constituyen una forma de organización social de jóvenes indisolublemente asociada a la delincuencia y la violencia. Las maras han alcanzado tal poder y tantos militantes, y han ocasionado semejante daño a la población y a los Estados, que hoy en día toda acción política o social dirigida a la población joven es valorada según las consecuencias que pueda tener con respecto a las pandillas juveniles. No se puede hablar de niñez y juventud en Centroamérica sin hablar de la delincuencia juvenil y de las maras.

Este tipo de maras es relativamente reciente en América Central. Sus orígenes se remontan a los años ochenta, pero fue a mediados de los noventa cuando las maras se convirtieron en una forma masiva de organización social y las sociedades afectadas empezaron a percibirlas como un problema de seguridad grave. Se calcula que en los países centroamericanos entre 70 y 500 mil niños, adolescentes y adultos jóvenes forman parte de pandillas juveniles. Las estimaciones cuantitativas son muy divergentes (ver tabla). Lo que no se cuestiona es que los países más afectados son El Salvador, Honduras y Guatemala. En Nicaragua el problema todavía es incipiente pero con tendencia a incrementarse.<sup>3</sup>

---

3 Un estudio de la CEPAL acerca de la marginalización de jóvenes en Centroamérica ofrece una explicación razonable del hecho de que Nicaragua se vea (todavía) menos afectada por las maras que Honduras, El Salvador y Guatemala: “En este contexto, un país como Nicaragua, que padeció la guerra interna pero no tuvo un flujo migratorio tan importante a los Estados Unidos como el de El Salvador o México, tampoco tiene un problema desmesurado con las pandillas juveniles, limitadas en parte por el peso de las características rurales del país y la incidencia y severidad de la pobreza” (CEPAL 2001: 23).

**Tabla: Estimaciones sobre el número de personas pertenecientes a maras**

	Not. Aliadas <sup>1</sup>	El Nuevo Diario <sup>2</sup>	Inforpress <sup>3</sup>	S. Ramírez <sup>4</sup>
<b>Centroamérica</b>	—	70.000	80.000-500.000	—
<b>Guatemala</b>	100.000	14.000	—	200.000
<b>El Salvador</b>	35.000	10.500	—	35.000
<b>Honduras</b>	80.000	36.000	—	100.000
<b>Nicaragua</b>	—	4.500	—	—
<b>Costa Rica</b>	—	2.600	—	—
<b>Panamá</b>	—	1.385	—	—
<b>Belice</b>	—	100	—	—

<sup>1</sup> Ayala (2003).

<sup>2</sup> *El Nuevo Diario* (Managua) (12.12.2003).

<sup>3</sup> *Inforpress Centroamericana* n° 1544 (23.01.2004).

<sup>4</sup> Ramírez (2003).

La edad de la mayoría de estos jóvenes oscila entre 12 y 30 años, pero se ha comprobado también la participación de algunos niños de 9 y hasta de 7 años. Mientras que en Nicaragua varias maras independientes –muchas de ellas con un marco de acción limitado a un solo barrio marginal– han logrado preservar su existencia, en El Salvador, Honduras y Guatemala casi todas las pandillas pertenecen a una de las dos grandes redes internacionales: la “Mara Salvatrucha” (“MS”) y la “Mara Dieciocho” (la “18”). En Guatemala<sup>4</sup>, Honduras y El Salvador pero en medida creciente también en Nicaragua y México, las pandillas juveniles son mucho más que un problema de importancia secundaria –como las *street gangs* en Estados Unidos–. En Centroamérica se trata más bien de un tema central del debate político actual.

Este artículo enfoca primero la génesis y las estructuras de las pandillas juveniles en el triángulo norte de América Central tratando los orígenes de las pandillas juveniles y su evolución. Se analizan también las jerarquías que existen en el interior de un grupo y qué tipo de organización rige entre los grupos que conforman la red transnacional de la mara. Luego se analizan las características socioculturales

<sup>4</sup> En Guatemala el fenómeno del pandillismo se concentra sobre todo en la capital, donde ha generado problemas masivos de seguridad, y en menor medida en otras tres o cuatro ciudades grandes.



de las pandillas haciendo hincapié en su expresividad estético-comunicacional. Más adelante apartamos la vista de los jóvenes para dirigir la mirada a las medidas adoptadas por diferentes actores con el objetivo de contrarrestar el pandillismo. Se examinan las reacciones de las instituciones gubernamentales, no-gubernamentales y externas: ¿cuál fue la respuesta de los tres poderes del Estado y qué resultados se han logrado hasta ahora?, ¿qué tipo de actividades han llevado a cabo las ONGs, las Iglesias y la cooperación externa frente al problema y qué papel podrían o deberían jugar? Al evaluar los efectos del pandillismo para las sociedades centroamericanas se pondrá énfasis en una categorización del conflicto: en consideración del gran número de pandilleros armados y de las medidas cada vez más represivas del Estado se plantea la hipótesis de que existe una nueva forma de conflicto armado que se asemeja en ciertos aspectos a una guerra civil. En busca de las causas sociales y psico-sociales del fenómeno se analizan, para concluir, las funciones que tiene la mara para sus integrantes, relacionándolas con la situación y la posición de los jóvenes en la sociedad centroamericana.

## **2. Causas, orígenes e historia de las maras**

Las guerras civiles desatadas en Centroamérica en los años ochenta y principios de los noventa son el punto de partida para explorar los orígenes las maras. El fenómeno se puede considerar con cierta razón como una consecuencia tardía de esos conflictos armados. Durante los enfrentamientos sangrientos entre la guerrilla y el Estado en El Salvador, Guatemala y Nicaragua miles de centroamericanos emigraron a los Estados Unidos para huir de la violencia política y la decadencia económica y social en sus países.

En metrópolis como Los Angeles y Nueva York la gran mayoría de ellos tuvo que asentarse en los barrios o guetos latinos en donde los inmigrantes hispanos por largas generaciones habían intentado realizar el “sueño americano”.<sup>5</sup> Cuando se agudizó el desempleo y se recortaron los programas sociales destinados a los sectores desfavorecidos de la sociedad durante el gobierno de Ronald Reagan, muchos centroamericanos y sus hijos, al igual que los integrantes de otras comunida-

---

5 Para un análisis muy comprimido de la historia y la situación actual de los migrantes latinoamericanos en Estados Unidos ver Hoffmann (2003).

des inmigrantes, se vieron despojados de sus perspectivas de un futuro mejor. Entonces, para un gran número de jóvenes y adolescentes, la violencia de las *street gangs*, el comercio y el consumo de drogas y la delincuencia en general sirvieron como válvula de escape de su difícil situación social. Los centroamericanos y sus descendientes no se limitaron a incorporarse a las pandillas dominadas por blancos y afroamericanos, sino que comenzaron a formar estructuras propias.

La denominación que adoptaron estas pandillas integradas y lideradas mayoritariamente por centroamericanos (y entre ellos especialmente por salvadoreños)<sup>6</sup> fue “mara”. Con esta expresión, las pandillas hacen referencia implícita a otros tipos de asociación juvenil pre-existentes a ellas, especialmente a las maras estudiantiles. Desde los años cincuenta en los países centroamericanos se formaron grupos de estudiantes (sobre todo colegiales) con la finalidad de contribuir al “honor” y al prestigio de su institución escolar o universitaria apoyándola, por ejemplo, en eventos deportivos de una manera que recuerda al *hooliganism* europeo.<sup>7</sup>

Sobre el origen etimológico de la palabra “mara” existen varias teorías. Según la versión más conocida y más aceptada entre los mismos mareros, “mara” es una forma abreviada de “marabunta”, una especie de hormiga oriunda de la selva amazónica que invade en masa un área y devora toda la flora y fauna que allí se encuentre.<sup>8</sup> No obs-

---

6 La inmigración salvadoreña sobre todo a Los Angeles, el foco más importante del pandillismo latino en Estados Unidos, superó la de las otras naciones centroamericanas. Por la intensidad del conflicto armado y por la densidad poblacional que intensificó la presión social, la emigración de El Salvador fue más fuerte que la de los demás países, y por una tradición establecida de inmigración, los salvadoreños de esa época también favorecieron Los Angeles como destino. Según Jorge Gilbert “en 1983 [...] el número de salvadoreños en los Estados Unidos ascendía a casi 500.000; de éstos, entre 200.000 y 300.000 se habían radicado en Los Angeles, convirtiéndola así en la segunda ‘ciudad salvadoreña’ más grande del mundo” (2000: 16).

7 Las maras estudiantiles siguen existiendo como forma paralela a las maras callejeras o barriales que son el objeto de análisis en este artículo. Aunque se constata también cierto nivel de violencia en las maras estudiantiles –riñas e intimidaciones entre grupos rivales han llegado en pocos casos al extremo de muertes violentas– no son comparables en este aspecto con maras como la “MS” y la “18” para las cuales el asesinato de supuestos enemigos es una práctica sistematizada y casi cotidiana.

8 Esta explicación etimológica aparece en un especial sobre las maras publicado por Serapio Umanzor en el periódico hondureño *La Prensa* (30.10.2000). Tam-

tante su dudosa etimología, la palabra “mara” se utiliza hoy en día como sinónimo de “pandilla juvenil” en el lenguaje coloquial, periodístico y científico de Centroamérica, y hasta en los textos de los códigos penales salvadoreño y hondureño (leyes “anti-mara”).

La “Mara 18” –el nombre hace referencia a la calle 18 del barrio Rampart en Los Angeles– se originó como una pandilla de integrantes con ascendencia étnica heterogénea, predominantemente afro- e hispanoamericana. Al parecer, a los pocos años de existencia, pasó a ser dominada por cabecillas mexicanos. La “Mara Salvatrucha”, en cambio, fue en sus comienzos un grupo de militancia exclusivamente salvadoreña. Sin embargo, más tarde la “MS” también aceptó hispanos de origen no salvadoreño como nuevos militantes. El término “salvatrucha” era usado durante los años ochenta por los demás inmigrantes latinoamericanos para referirse en forma despectiva a los salvadoreños.<sup>9</sup> La “MS” se asocia frecuentemente con el número 13. Según la mitología pandillera, la rama centroamericana de la “MS” descende de un subgrupo de la “MS” de Los Angeles que se llamaba “MS 13” y que rivalizaba con un subgrupo de San Francisco que se identificaba con el número 14. Además, el número 13 es un símbolo importante en el satanismo, y los rituales satánicos son una práctica común entre los mareros de la “MS” según relatos de (ex)pandilleros y según lo indican ciertas mutilaciones realizadas a las víctimas, que parecen haber sido asesinadas como sacrificios humanos. Mientras tanto, la “Mara 18” se (auto)asocia más con la fe en Dios y Jesucristo, lo cual se refleja por ejemplo en algunas expresiones gráficas como tatuajes y graffitis.<sup>10</sup>

---

bién se menciona en un artículo del ex-vicepresidente de Nicaragua Sergio Ramírez (2003). Liebel ofrece otra versión. Según él la palabra fue utilizada por primera vez por la policía guatemalteca en 1988 durante disturbios contra los aumentos de las tarifas de transporte urbano en Ciudad de Guatemala. “Marabunta” era el título de una película brasileña de aquella época. En las revueltas participaron pandillas juveniles que después adoptaron esa palabra (2003: 290).

9 El rechazo a los inmigrantes salvadoreños por las otras comunidades latinas en Estados Unidos fue expresión de un temor difundido entre éstas de tener que compartir los pocos recursos disponibles para inmigrantes con los miles de nuevos vecinos provenientes de El Salvador.

10 Esa diferencia “religiosa” entre las dos grandes maras podría ser una razón del mayor número de actos de especial crueldad (tortura, mutilaciones, etc.) registrados en El Salvador en comparación con Honduras. En El Salvador la “MS” es aparentemente más fuerte que la “18”. Según una página web, un 70% de

Con el final de las guerras civiles en Centroamérica<sup>11</sup> se inició en cierto grado una re-migración desde Estados Unidos hacia los países del istmo, lo que provocó la expansión masiva del pandillismo en las ciudades de El Salvador, Honduras y Guatemala. Muy pocos de los pandilleros de ascendencia centroamericana que regresaron a su país (o al país de sus padres) lo hicieron voluntariamente. Fue más bien la reorientación de las políticas estadounidenses de lucha contra la delincuencia la que provocó la “exportación” a gran escala del fenómeno de las maras hacia América Central. En 1996 el Congreso norteamericano aprobó una ley que facilitaba la expulsión de delincuentes extranjeros a sus países de origen. Desde entonces, unas 500.000 personas con penas de por lo menos un año de cárcel fueron deportadas a 160 naciones del mundo. El 80% de los deportados venían de (y fueron deportados a) siete países caribeños y latinoamericanos: Jamaica, Honduras, El Salvador, Colombia, México, Guatemala y República Dominicana.<sup>12</sup> Ya desde antes de 1996 existían en Centroamérica estructuras básicas de las maras organizadas por mareros deportados (en forma individual) en los años previos o que viajaban o habían re-migrado antes. Sin embargo, sólo con el inicio de las deportaciones masivas el pandillismo juvenil empezó a extenderse y a intensificarse hasta llegar a ser un problema de gran escala en las zonas urbanas de El Salvador, Honduras y Guatemala y a convertirse en el tema central de la seguridad ciudadana en los tres países.

Hoy en día la re-migración forzada o voluntaria de pandilleros desde Estados Unidos sólo representa una fuente muy pequeña del crecimiento de las maras, ya que el reclutamiento de mareros en las ciudades centroamericanas ha sido masivo y la afluencia de personas sin historia migratoria supera con gran margen a la de los migrantes. Los deportados no fueron más que la célula germinativa que dio inicio a un problema que hoy ya no se percibe como “importado”, o para ser exacto “re-importado”. La continuación de las deportaciones, eso sí, dificulta aún más los esfuerzos de los gobiernos y otros actores para

---

los pandilleros en El Salvador pertenece a la “MS” y un 20% a la “18” (<<http://www.terra.es/personal/pandilleros/ms13.htm>>, 14.04.2004). En Honduras, en cambio, parece que la “18” prevalece (ACJ/Save the Children 2002: 171).

11 En 1990 en Nicaragua, 1992 en El Salvador y 1996 en Guatemala.

12 Los datos referentes a las deportaciones provienen de Randall (2003).

contrarrestar el problema.<sup>13</sup> Los deportados llegan sin tener perspectiva alguna de integrarse en el mercado laboral. Sus redes sociales y familiares están destruidas por los movimientos migratorios y la única red social a la que pertenecen en “su” país es la mara. Además, los demás miembros los admiran por su experiencia en Estados Unidos y por eso les es fácil adquirir una posición privilegiada dentro del grupo. En la medida en que su interés en perpetuar la existencia de su mara es más fuerte que el de otros miembros, más difícil se vuelve la tarea de resocializarlos.

Los deportados fueron la semilla que cayó en tierra muy fértil en Centroamérica. La razón de ser del fenómeno de las maras no son las deportaciones. Las causas de la formación y sobre todo del crecimiento explosivo de las pandillas en Honduras, El Salvador y Guatemala se hallan en la realidad social, económica y cultural de estos países –y no en la política migratoria de los Estados Unidos–. El desempleo juvenil sólo es aliviado por cierta oferta de actividades informales.<sup>14</sup> Éstas no llegan a satisfacer las necesidades socioeconómicas de muchos jóvenes y no son adecuadas para sus posibilidades creativas e intelectuales. Así se genera la falta de perspectivas socioeconómicas y de autorrealización. A esto se suma la anomia social que existe en tantas comunidades urbanas de Centroamérica, es decir, la falta de oportunidades de integración social para los jóvenes. La mara como grupo solidario ofrece la posibilidad de adquirir prestigio social (dentro del grupo) y recursos económicos. La pobreza, el desempleo juvenil, la falta de perspectivas, las insuficiencias de la educación formal y no formal, en resumen, la desintegración social y económica de los jóvenes, constituyen las razones profundas de la delincuencia y la violencia juveniles así como del surgimiento y expansión de las maras.

---

13 Según Richard Randall (2003), los Estados Unidos siguen deportando delincuentes “at a rate of one every seven minutes”.

14 Honduras, por ejemplo, tiene una tasa de desempleo juvenil de 10% según estadísticas de la OIT (<<http://www.oit.org.pe/gpe/pagina.php?objetivo=23#1>>, 24.04.2004). En los países pobres las estadísticas de desempleo (también de adultos) son poco confiables. La gran mayoría de los jóvenes desempleados nunca estuvieron integrados en el mercado laboral y, por lo tanto, no son registrados como desempleados. Una estimación realista del desempleo juvenil (que incluya a las personas activas en el sector informal) superaría sin duda el 50% en las zonas urbanas.

### **3. Honra, territorio, drogas y violencia: “la vida loca” de los mareros**

Con la expresión “vida loca” los jóvenes pandilleros se refieren a lo extraordinario de su vida en la mara. La honra, el territorio, las drogas y la violencia juegan un papel central en el vivir cotidiano de un marero, y en la mayoría de los casos definen el porqué, el cómo y el cuándo de su muerte.

En las maras existe un código de honor muy propio y rígido. Cumplir con él es un imperativo absoluto, el incumplimiento puede ser motivo de duras sanciones, incluida la muerte por parte de los demás miembros del grupo. La norma máxima es la solidaridad con la mara, por consiguiente la traición es el “delito” más severamente castigado. El nombre y el prestigio del grupo tienen que estar siempre por encima de intereses o necesidades personales. Quien pierde la vida luchando por la pandilla es recordado por los compañeros sobrevivientes como una especie de mártir. El sistema de valores de las maras tiene rasgos totalitarios y fascistoides: lo colectivo es idolatrado de manera casi religiosa, el individuo no tiene importancia (a no ser como parte de lo colectivo) y debe matar y morir incondicionalmente por el bien del grupo. En este aspecto se puede constatar cierto paralelismo entre las maras centroamericanas y las mafias italianas e ítalo-americanas. La combinación de conceptos de honra y moral provenientes de una cultura romano-católica con formas ilícitas de reproducción económica en los dos casos produce un sistema ético de grupo que al observador puede parecerle contradictorio: la solidaridad (de grupo) absoluta que exige al individuo poner en peligro su vida por el bien de lo colectivo contrasta con la inmoralidad que, para nosotros, es inherente a los actos de delincuencia, violencia y crueldad cometidos por pandillas juveniles y mafias. Pero en la lógica de estas organizaciones no existe tal contradicción, sino más bien una conexión causal recíproca entre el código moral interno y la negación de normas regulativas para con el mundo exterior: para mantener y proteger el orden interno hay que luchar sin piedad contra los “enemigos” externos, y la solidaridad incondicional hacia adentro es imprescindible para minimizar los riesgos que produce la violencia hacia afuera.

En el contexto de honra y prestigio de la mara, el territorio es una categoría de suma importancia. Para preservar su prestigio, un grupo

tiene que ejercer un control total sobre “su” territorio, sobre el barrio en que “rifa”<sup>15</sup>. Si los militantes de otra mara invaden ese espacio corren un riesgo muy alto de perder la vida, al igual que otras personas que por equivocación sean consideradas como mareros enemigos. La lucha por la integridad territorial debe ser analizada a la luz de los orígenes del pandillismo centroamericano. La historia de las emigraciones y re-migraciones (forzadas o voluntarias) así como el carácter transnacional de la red social de la mara convierte la importancia del territorio en una “re-territorialización”. Habiendo huido de las guerras civiles y de la pobreza, discriminados después como inmigrantes, expulsados y deportados finalmente, una vez en El Salvador, Honduras y Guatemala, los primeros pandilleros quedaron huérfanos entre dos naciones y dos culturas. Con violencia se conquistaron un “espacio” en sentido figurado (espacio como posición en la sociedad globalizada) y en sentido muy concreto (espacio como territorio topográfico).

Además de la importancia de las categorías honra y territorio, la “vida loca” de la mara se caracteriza por el consumo de drogas. En las maras se toma una gran variedad de sustancias psicoactivas, incluyendo alcohol, marihuana, estupefacientes sintéticos, cocaína y crack. Antes del surgimiento de estas pandillas juveniles en Honduras, El Salvador y Guatemala, Latinoamérica se consideraba sobre todo una región de producción y de comercio de drogas (dejando de lado a los miles de niños que inhalan pegamento en las calles de Bogotá y de tantas otras metrópolis). Con las maras centroamericanas existe por primera vez una subregión en la que el consumo de estupefacientes ilícitos se convierte en un problema masivo para la sociedad y el Estado. La amenaza que representan las pandillas no consiste en su mera existencia, sino en la delincuencia y la violencia que ejercen, y en este contexto el factor droga juega un papel central. El motivo de gran parte de los delitos contra la propiedad no es la necesidad de conseguir recursos de subsistencia. Contra lo que sugiere una imagen errónea que persiste en el exterior de Centroamérica, hay sólo un número muy reducido de pandilleros que entraron a la mara por necesidad económica inmediata, por ejemplo por ser o haber sido “niños de la calle”. De hecho, lo más común es que el marero viva en la casa de sus padres o de otros familiares y que no tenga necesidad de delinquir para

---

15 “Rifar” en el lenguaje de las pandillas juveniles significa mandar o controlar.

asegurar su subsistencia. La mayoría de los delitos contra la propiedad se cometen más bien para obtener recursos para adquirirlas drogas.<sup>16</sup> También en lo que se refiere al grado de violencia y crueldad de los delitos contra la integridad física de personas los estupefacientes son a menudo un factor decisivo. Según numerosas entrevistas con mareros y ex-mareros<sup>17</sup> muchas de las bestialidades más horribles<sup>18</sup> se cometen bajo la influencia de estas sustancias. Incontables casos de asesinatos, violaciones múltiples y torturas se atribuyen al consumo de drogas. La combinación de violencia extrema y sustancias psicoactivas parece provocar en muchos victimarios una especie de delirio homicida.

La cuestión de la delincuencia y la violencia, inseparablemente ligada —como hemos visto— al tema de las drogas, merece un análisis más detallado porque en los medios de comunicación masiva de los países afectados la delincuencia se presenta a menudo como el rasgo más característico del pandillismo. Pero la delincuencia no es lo que motiva a los pandilleros a formar maras. La razón de ser de estas uniones son, más bien, la solidaridad de grupo y las ventajas de ser miembro de una organización poderosa que combina características de la familia, el Estado y de otros tipos de asociaciones como, por ejemplo, las congregaciones religiosas, las logias de masones o las corporaciones estudiantiles alemanas. No obstante, las actividades más notorias de las maras son los atracos, los robos, los chantajes, el narcotráfico, el tráfico de armas y otros delitos, hasta los asesinatos contratados. Por lo tanto, los ciudadanos y los gobiernos perciben las maras en primer lugar como asociaciones para delinquir, lo cual se ha reflejado recientemente en la aprobación de leyes “anti-maras” en Honduras y El Salvador.

Los medios de comunicación en Honduras, El Salvador y Guatemala contienen diariamente noticias sobre asaltos, chantajes, asesinatos, violaciones y otros delitos supuestamente perpetrados por los

16 En español no existe un término equivalente al concepto alemán de *Beschaffungskriminalität*, el cual abarca la gran mayoría de los delitos cometidos por los mareros. La traducción más aproximada sería: criminalidad dirigida a la obtención de los medios para la compra de estupefacientes.

17 Ver por ejemplo el especial de Serapio Umanzor sobre el pandillismo juvenil publicado en *La Prensa* (Honduras, 30.10.2000).

18 Por ejemplo, los periódicos de El Salvador y en menor pero creciente medida los de Honduras reportan casos de desmembramientos.



mareros. En El Salvador, alrededor del 50% del total de los actos criminales registrados es atribuido a ellos. Se calcula que las pandillas cometen un 45% de los asesinatos en El Salvador y Honduras, y un 20% en el caso de Guatemala.<sup>19</sup> Además, se han encontrado indicios de que las pandillas juveniles colaboran con el crimen organizado en varios sectores de la economía ilegal, especialmente en el tráfico de drogas y armas.

La “MS” y la “18” se han repartido entre sí la gran mayoría de los barrios marginales de ciudades como San Salvador, San Pedro Sula, Tegucigalpa y Ciudad de Guatemala. De noche, los mareros tienen esos barrios completamente bajo su control y los otros habitantes evitan salir a la calle. Aun de día, las personas ajenas al barrio corren un alto riesgo de ser asaltadas o de ser despojadas de su dinero y bienes de valor de cualquier otra manera. Una forma muy común de conseguir recursos económicos es el “pedir dinero” a los transeúntes: quien se niega a pagar o no paga lo que los mareros consideren suficiente pone su vida en peligro.

Sin embargo, gran parte de las víctimas mortales se registran entre los mismos jóvenes pandilleros. Según Ramón Romero, asesor presidencial de seguridad ciudadana en Honduras, la militancia en una pandilla juvenil se limita en promedio a unos tres años, pues son pocos los que logran sobrevivir más tiempo. La ONG Casa Alianza reporta 2.089 víctimas mortales de menos de 23 años entre enero de 1998 y noviembre de 2003 sólo para Honduras.<sup>20</sup>

Las dos maras rivales “MS” y “18” están enfrentadas en una guerra sangrienta. En pleitos internos, ajustes de cuentas y actos de venganza contra “traidores” mueren cientos de personas por año. Además, hay muchas víctimas “por accidente” o por “daño colateral”. Las pandillas matan a familiares y amigos de sus “enemigos”, a miembros de las fuerzas de seguridad públicas y privadas que quieran intervenir y a transeúntes casuales que simplemente tienen la mala suerte de estar en el momento equivocado en lugar equivocado.

---

19 Los porcentajes fueron publicados por el periódico guatemalteco *Prensa Libre* (10.12.2003) y están basados en datos oficiales de las respectivas instituciones policiales.

20 Ver <<http://www.casa-alianza.org/ES/noticias/lmn/noticia801>> (26.04.2004).

#### 4. La estructura interna de las maras

Como hemos visto, el principio de la territorialidad es de suma importancia para la (auto-)definición de una mara. Las estructuras internas reflejan en gran medida ese principio. La entidad básica y la red social más inmediata con la que se identifica un pandillero es la “clika” (palabra aparentemente relacionada con el término *clique* que existe en francés, alemán e inglés). El radio de acción de una clika es el barrio. Para un marero la lucha por la mara es equivalente a la lucha por “su barrio”. La clika está formada por entre 10 y 20 militantes y tiene un nombre propio. “Los Santana Locos”, “The Most Locos”<sup>21</sup> o “Los Pou Pou” son ejemplos de klikas de la “18” en Honduras. La estructura interna de una clika es jerárquica y se basa en una especie de sistema meritocrático: cuanto más contribuye un miembro al prestigio y al poder de su clika o de su mara en general, tanto más asciende en la jerarquía de su grupo. Un criterio importante para valorar el desempeño de un marero es el número de personas que ha matado.

Las klikas forman una red a nivel urbano, nacional e internacional, siempre divididas en los dos macro-redes “Mara Salvatrucha” y “Mara 18”. En todos estos niveles hay líderes ampliamente reconocidos, quienes alcanzaron posiciones de poder *de facto* sin que existieran jerarquías formales. Las personas que han llegado a ser cabecillas dentro de una clika o a niveles superiores han demostrado su dedicación a la mara ya sea por méritos (número de víctimas, etc.) o bien porque han logrado acumular recursos como dinero, armas o drogas. Ellos constituyen los puntos nodales de la red. Son ellos quienes coordinan acciones comunes y organizan la cooperación entre las klikas.<sup>22</sup> Las prerrogativas de los líderes consisten sobre todo en el poder de “manejar esas agrupaciones como sus feudos” (*La Prensa*, 07.08.2003). Ellos deciden sobre los castigos impuestos a los miembros de su grupo y sobre la distribución de los recursos adquiridos en acciones criminales. También se les atribuyen privilegios en cuanto a relaciones sexuales con mujeres pandilleras.

---

21 Con la palabra “locos” se hace referencia a la “vida loca”.

22 Un ejemplo de esa colaboración entre las entidades básicas se manifiesta cuando una clika está en peligro inmediato en su barrio, por ejemplo por los operativos de la policía. Con la ayuda de otras klikas, los amenazados se pueden esconder o defender fácilmente.

Según varios estudios, el porcentaje de participación femenina en las maras ronda el 20%.<sup>23</sup> El término con el que se designa a las mujeres que integran las maras es “haina” o “jaina”.<sup>24</sup> La función que tienen las pandilleras dentro del grupo varía. Algunas parecen desempeñar más o menos las mismas actividades que sus compañeros masculinos y tienen la posibilidad de subir en la jerarquía pandillera e incluso de liderar una clika. Una marera detenida en el año 2002 por la policía hondureña, conocida a nivel nacional como La Diabla, había sido objeto de las investigaciones policiales por ser cabecilla de una clika especialmente temida y por haber cometido personalmente varios asesinatos. Pero en la mayoría de los casos parece que las “hainas” tienen un estatus inferior y que sus actividades se limitan a actos delictivos secundarios como transportar drogas, esconder armas u hospedar a los mareros que han tenido que huir de sus barrios (*La Prensa*, 07.08.2003). Igual que en el resto de la sociedad latinoamericana las relaciones entre los géneros no son equitativas y favorecen al hombre, sin perjuicio de que excepcionalmente una mujer pueda llegar a una posición de poder. Y, también en concordancia con la realidad de la sociedad en general, hay una clara tendencia a ver a las mareras como objetos sexuales, al menos en la fase de iniciación a la mara.<sup>25</sup>

Para el reclutamiento de nuevos militantes las maras recurren a una mezcla de persuasión y coerción. Los jóvenes más expuestos a estos intentos son los “simpatizantes”.<sup>26</sup> No son integrantes de la mara pero están en esporádico o continuo contacto con ella. Por relaciones amistosas, económicas o simplemente por vivir en el mismo vecindario conocen a algunos integrantes de la mara y de vez en cuando efec-

---

23 Ver por ejemplo ACJ/Save the Children (2002: 63) y IUDOP (1997: 697).

24 El autor no ha podido esclarecer la etimología ni el significado exacto de la palabra.

25 La práctica de iniciación para las mujeres en las maras varía según la fuente consultada, lo que podría ser resultado de diferencias existentes entre la “MS” y la “18”, o entre distintas clikas. El denominador común, sin embargo, es que las muchachas pueden escoger entre un sufrimiento físico no sexualizado, como por ejemplo golpes por parte de los demás miembros del grupo, y una opción físicamente menos dolorosa que consiste en una explotación y humillación sexual, concretamente en tener relaciones sexuales con el líder y otros dos mareros (según *La Prensa*, 07.08.2003), o bien con todos los integrantes masculinos de la clika (según Serapio Umanzor en *La Prensa*, 30.10.2000).

26 La palabra “simpatizantes” se usa mucho en los medios de comunicación haciendo claramente alusión a los “simpatizantes” de grupos terroristas.

túan pequeños servicios para ella, como transportar droga o esconder un arma. La mara paga por estos servicios con dinero o droga. Con el tiempo, la relación entre el simpatizante y los mareros se vuelve más estrecha. Los pandilleros pueden dejarlo participar en algunas actividades y lo invitan con drogas. Al mismo tiempo empiezan a persuadirlo hablándole de las ventajas de la vida en la mara. Además, en muchos casos los pandilleros presionan con chantajes o con amenazas directas hasta que finalmente el simpatizante se decide a dar el paso y se convierte en marero mediante una ceremonia de iniciación.<sup>27</sup>

Una vez que se ha ingresado a la mara ya casi no hay forma de salir de ella. En varios estudios se comprobó que buena parte de los pandilleros quisiera abandonar el pandillismo y empezar una vida “normal”.<sup>28</sup> Pero la presión que ejerce el grupo en forma más o menos sutil (desde la amenaza de perder la solidaridad de los amigos hasta la de ser asesinado) suele ser mucho más fuerte que este deseo. La única forma de dejar atrás la vida activa de la mara es lo que se llama en el lenguaje pandillero “calmarse”. Un marero tiene la opción de “calmarse” si su tiempo de militancia se considera largo, tiene ya una familia o ha llegado a cierta estabilidad económica. Entonces, aunque “formalmente” no deja de ser parte de la mara, ya no tiene que participar en las actividades de la pandilla (por lo menos no en las que son delictivas o peligrosas) y así poco a poco se aleja de ella.

Muchos aspectos de la “vida loca” y de la organización interna de las maras se reflejan en una cultura muy propia del pandillismo centroamericano. Los orígenes transnacionales de la “18” y la “MS”, el código de honor y la estructura jerárquica que rige en ellas así como el papel que juegan las drogas y la violencia marcaron profundamente las expresiones culturales con las que se identifican los mareros. En el siguiente capítulo se analizan los signos de identidad más importantes considerando sus principales funciones.

---

27 Como rito de iniciación un aspirante masculino a la “MS” o a la “18” tiene que aguantar los golpes de los demás miembros de su futura clika por 13 ó 18 segundos respectivamente.

28 Ver por ejemplo IUDOP (1997: 707).

### 5. La dimensión estético-simbólica del mundo de las maras

Los integrantes de las pandillas juveniles expresan su identidad cultural por una serie de medios. Entre ellos se destacan los tatuajes, los graffitis, la forma de vestir y un *slang* muy fuerte combinado con un lenguaje de señas. El resto de la sociedad percibe los signos verbales y no verbales, visuales y acústicos que utilizan los mareros como propios del pandillismo, pero generalmente no llega a entender su significado concreto. Para los pandilleros este sistema tiene (entre otras) una función comunicativa, ya que sirve para intercambiar informaciones. Las personas ajenas a las maras no comprenden la información transmitida. Lo único que un signo marero comunica al receptor externo es la parte amenazante o provocadora del mensaje, que podría ser traducida por “Yo soy marero y como tal represento un peligro para ti”. Ahora bien, un *outfit* que choca con lo “normal” y un lenguaje que marca las diferencias con la esfera de los adultos no son nada extraordinario en las culturas juveniles de cualquier parte del mundo. Pero en las maras han surgido formas refinadas y radicalizadas al máximo de estos esquemas de comportamiento. Se podría decir que un pandillero hondureño, salvadoreño o guatemalteco le comunica permanentemente una amenaza de muerte a cualquier receptor no perteneciente a su mara.

Uno de los medios de expresión no verbales son los tatuajes. Cada pandilla tiene su propio sistema de motivos concretos y abstractos aplicados a la piel, y en cada clika ese sistema se diferencia y se interpreta de otra manera. Muy pocos tatuajes tienen una función puramente decorativa. La gran mayoría tiene un significado bien definido y fácilmente descifrable para los integrantes del mismo grupo. Casi todos los tatuajes indican a los otros mareros la organización a la que pertenece su portador. Muchos contienen información autobiográfica (una lágrima por cada compañero de clika muerto, por ejemplo). El marero lleva su vida dibujada en la superficie de su cuerpo visiblemente expuesta a los ojos de quien entienda la simbología. En la piel de muchos de estos jóvenes se puede “leer” cuántas personas han matado. Se tatúan los brazos, las manos, el pecho, la espalda y hasta partes de la cara.

José Luis Rocha (2003) analiza la función y el significado de los tatuajes de los mareros en el Reparto Schick, un barrio marginal de

Managua. Rocha explica que la marca que un propietario le tatuaba a sus esclavos en la antigua Roma se llamaba *stigma*. El pandillero intenta provocar a la sociedad mediante la auto-estigmatización. Los tatuajes informarán toda su vida sobre su (baja) procedencia social y lo identifican como una especie de paria en la sociedad, mientras que dentro de su grupo los dibujos en la piel son fuente de prestigio y respeto. El significado negativo del estigma se tergiversa y el cutis se convierte en el símbolo de estatus más importante del marero. Rocha le encuentra además un aspecto homoerótico al acto de tatuarse, pues se trata del único momento en que dos mareros pueden tener un contacto físico intenso y prolongado.

Al igual que los tatuajes, muchos nombres de clika y seudónimos personales son estigmas invertidos en sentido positivo y su función es provocar miedo o respeto. La Diabla, El Puerco, El Chatarra, Cara Cortada y Mano Negra son ejemplos de sobrenombres utilizados por los mareros. Contra lo que podría pensarse, los “nombres de guerra” no tienen una función pragmática, como por ejemplo despistar a la policía. Las fuerzas de seguridad por lo general tienen fichados a los pandilleros por sus seudónimos (se han dado casos en que la policía arrestó a un marero por un delito que había cometido otro del mismo apodo). Un pandillero se siente tan orgulloso de sus tatuajes como de su nuevo nombre, aunque no lo haya escogido él, pues generalmente es la clika la que le asigna el seudónimo cuando lo admite en la mara, convirtiendo el rito de iniciación en una especie de bautizo. De modo similar a lo que sucede en muchas órdenes religiosas<sup>29</sup>, en el momento de integrarse a la comunidad el marero adquiere una nueva identidad. Este cambio radical se refleja simbólicamente en el nuevo nombre.

Otro aspecto de la nueva identidad definida por el grupo es la forma de vestir y el corte de pelo. Los pantalones anchos recuerdan a las *street gangs* de Estados Unidos y las camisetas estilo baloncesto contribuyen a la visibilidad de los tatuajes por no tener mangas. En lo que se refiere al corte de cabello, los pandilleros se asemejan a los “cabezas rapadas” europeos. Aunque esa similitud seguramente no es intencional, la misma no es sólo superficial. Igual que los *skin heads*, los miembros de la “MS” y la “18” se afeitan la cabeza para provocar

---

29 La cara de un monje con risa irónica o con mirada diabólica es motivo de muchos tatuajes.

rompiendo los esquemas de lo “normal” en la sociedad y creando así una marca de distinción y, al mismo tiempo, de unidad entre sí.

Una forma de expresión visual también muy importante son los graffitis. Su función no se limita a lo artístico-estético y simbólico, ya que cada dibujo sirve además para marcar el territorio de una mara. Un graffiti indica la presencia de una pandilla específica a las otras maras, a la población que habita en el barrio y a otros actores, como las fuerzas de seguridad. Como motivos, los pandilleros eligen por lo general letras o palabras escritas con una caligrafía específica de su mara. Puede ser el nombre de la mara o de la clika. También pueden ser otras palabras (por ejemplo “vida loca”), dibujos o símbolos relacionados con la vida marera (payasos<sup>30</sup>, monjes, los números 13 ó 18, etc.).

Aunque los tatuajes y los graffitis tienen una función comunicativa, el medio de comunicación más importante es el lenguaje. Los mareros han desarrollado una forma de hablar muy particular que se podría categorizar como un *slang* muy fuerte con ciertas características de lenguaje secreto. La jerga marera se basa en el castellano hablado en Centroamérica. Pero contiene tantas palabras y expresiones propias que a una persona ajena se le hace casi imposible entender una conversación entre pandilleros. Una parte del vocabulario marero está constituido por palabras en inglés, lo que se explica por los orígenes (re)migratorios del pandillismo centroamericano. En muchos casos, esas palabras han sido castellanizadas fonética y gramaticalmente. Un ejemplo es el término “jomie” o “homie” con el cual un marero se refiere a los demás integrantes de su mara (o en general a sus amigos, lo que casi siempre es lo mismo).<sup>31</sup> Se trata de la forma centroamericana del término “homeboy” que se usa en las *street gangs* de Estados Unidos.<sup>32</sup> Otros términos difícilmente entendibles para terceros son palabras existentes en castellano que los mareros utilizan con un signi-

30 Un payaso con sonrisa malévola simboliza la “vida loca”.

31 Con el mismo significado se usa la palabra “vato” que no proviene del inglés. Una de las maras pequeñas que ha logrado defender su existencia e independencia contra la “MS” y la “18” y que parece contar con una militancia significativa en Nicaragua y Guatemala se autodenomina “Vatos Locos”. Aparte de “jomie/homie” y “vatos” se utiliza “broder” (“broderes” en plural) del inglés *brother*.

32 Considerando la importancia del territorio y de la solidaridad (que se asemeja a la solidaridad en la familia) resulta sintomática la alusión que hacen “jomie/homie” y “homeboy” a la palabra *home*.

ficado modificado o completamente diferente al del lenguaje estándar. La frase “aquí rifa la 18”, por ejemplo, se podría traducir como “este barrio es controlado por la Mara 18” o “en este barrio manda la Mara 18”. Es decir, el verbo “rifa” que en lenguaje estándar es sinónimo de hacer un sorteo y que en el *slang* de muchos países significa también pelear, ha adquirido en la jerga marera el significado de mandar en/dominar/controlar un barrio o un territorio.

Adicionalmente los pandilleros usan un lenguaje por señas, formando símbolos con los dedos de las dos manos. De esa manera pueden dar a entender a qué mara pertenecen y expresar una serie de otros mensajes que son, por lo general, indescifrables para personas ajenas al pandillismo.

El último medio de comunicación utilizado por las maras que queremos mencionar es la Internet. En páginas web aparentemente publicadas en servidores estadounidenses, la “MS” y la “18” presentan su propia imagen. Recientemente se inhabilitó el sitio de la “MS” (<<http://www.salvatrucha13.com>>). Las páginas de la “18” (<<http://www.xv3gang.com>>) siguen funcionando (a mediados de abril de 2004) dando una buena oportunidad para conocer la estética propia del pandillismo. La presentación de la “18” contiene (y la de la “MS” contenía) fotos de mareros con sus respectivos tatuajes y vestimentas. También hay fotos de graffitis y de pandilleros mostrando el lenguaje por señas. Las páginas contienen además elementos gráficos, como números, letras y palabras diseñados en la típica estética pandillera. En el sitio de la “18” se presentan incluso poemas escritos por mareros. Los integrantes de la mara tienen acceso a *chat rooms* y *message boards* con una clave. Además, es probable que existan otras páginas secretas que no se pueden encontrar tan fácilmente por una simple búsqueda con el robot *Google* y que no se exponen con tanta imprudencia a la inhabilitación por parte de las instituciones.

La importancia de los símbolos y las expresiones culturales así como las estructuras internas de las maras las asemejan a otros tipos de asociaciones o comunidades masculinas. Al igual que un miembro de una orden religiosa, el pandillero declara su pertenencia al grupo con un cambio de nombre y de apariencia física (el uso de seudónimos y la uniformidad de la vestimenta, el corte de cabello, etc.), se integra en una estructura jerárquica que no se legitima democráticamente, se hace miembro de la mara para toda la vida (con las excepciones arriba



mencionadas). Otra forma de asociación masculina con la que puede compararse el pandillismo son las corporaciones estudiantiles tradicionales de Alemania: el tatuaje correspondería al tajo en el rostro<sup>33</sup> pues ambos consisten en hacerse aplicar, aguantando el dolor, una marca visible en la piel. El consumo (a veces ritualizado) de drogas es otro paralelo: drogas ilícitas en el caso de las maras y alcohol en el de las corporaciones. En los dos aspectos que conectan el pandillismo con las asociaciones tradicionales de estudiantes –tatuaje/tajo y drogas ilícitas/alcohol– está implicado cierto grado de autodestrucción física.

## 6. La reacción del Estado: “Operación Libertad”, “Plan Mano Dura” y “Plan Escoba”

En los tres países más afectados –El Salvador, Honduras y Guatemala– los gobiernos han empezado en los últimos años a emprender en forma masiva acciones para contrarrestar el pandillismo.

### 6.1 Honduras

El primer político que logró ganar elecciones con una campaña electoral centrada en el tema de la lucha anti-mara y la seguridad pública en general fue Ricardo Maduro, presidente de Honduras desde enero de 2002.<sup>34</sup> En el traspaso del mando anunció una política de “cero tolerancia” contra cualquier tipo de delincuencia. Al día siguiente comenzaron a circular patrullas mixtas de policías y militares por las calles de las ciudades. En los barrios marginales se hicieron operativos con gran despliegue de las fuerzas de seguridad. Estos operativos se parecen a una toma por asalto: policías y militares “invaden” un barrio con armas pesadas, vehículos blindados y helicópteros y revisan casa por casa en busca de mareros y delincuentes en general. El criterio para diferenciar a los pandilleros de los no pandilleros no podría ser más simple: quien está tatuado es considerado marero y es detenido. La práctica de los controles viales es similar. El ejército y la policía paran

---

33 Además, la práctica de hacerse tajos en la cara puede interpretarse como un rito en el cual el iniciado tiene que pasar por una especie de combate fingido, igual que en los rituales de iniciación de las maras.

34 Lo que sin duda restó credibilidad a la prioridad otorgada a la seguridad por Maduro fue que un hijo suyo había sido secuestrado y asesinado algunos años atrás. El lema principal de la campaña fue “Maduro – futuro seguro”. Acerca de las elecciones ver Minkner-Bünjer (2001).

coches y autobuses particulares en las grandes avenidas que conectan el centro de una ciudad con un barrio marginal. Todo pasajero de sexo masculino tiene que bajar del vehículo y quitarse la camisa para mostrar si tiene o no tatuajes.

El gobierno de Maduro ha llevado a cabo estas y algunas otras medidas represivas desde que llegó al poder, pero a partir de agosto de 2003 las intensificó subsumiéndolas bajo el lema “Operación Libertad”. Como segundo pilar de su estrategia antidelictiva, aunque dotado con un presupuesto mucho más pequeño, el ejecutivo hondureño inició el programa “Comunidad Más Segura”. En ese marco se financian micro-proyectos, como por ejemplo la instalación de alumbrado público o la adquisición de un teléfono móvil por barrio para poder llamar a la policía en caso de emergencia. A pesar de estos intentos de prevención focalizada en las víctimas potenciales, el enfoque principal de las políticas de seguridad ciudadana y antimaras que realiza el gobierno hondureño está en la represión.

Que las otras fuerzas políticas en el país no rechazan de todo ese enfoque se comprobó cuando el parlamento aprobó por unanimidad la “ley anti-mara”.<sup>35</sup> Todos los partidos representados en el Congreso Nacional, incluyendo los dos pequeños partidos de izquierda, Unificación Democrática (UD) y Partido Innovación y Unidad-Socialdemocracia (PINU-SD), votaron a favor de hacer más severa la ley. El 18 de agosto de 2003 la ley modificada entró en vigencia elevando, entre otros cambios, drásticamente las penas por crear, liderar y ser miembro de asociaciones ilícitas (incluyendo las maras). Ser cabecilla o fundador de una pandilla se castiga ahora con nueve a doce años de cárcel, antes eran tres a seis años. Para los miembros llanos, las penas corresponden a un tercio de las previstas para fundadores y líderes.

El éxito inmediato de las acciones emprendidas por el Estado hondureño parece significativo, por lo menos si uno confía en las estadísticas oficiales de delincuencia. El presidente Maduro reclama que el

---

35 Con la Ley N° 117-2003, aprobada el 7 de agosto de 2003, se modificó el artículo 332 del Código Penal de Honduras. Véase el texto actual del Código Penal en <<http://www.congreso.gob.hn/pdf/codigopenal.pdf>> (03.08.2004). La “Ley para la Prevención, Rehabilitación y Reinserción Social de personas Integrantes de Pandillas o Maras” (N° 141-2001) del año 2001, que crea el Programa Nacional de Prevención, Rehabilitación y Reinserción Social, sigue vigente. Su texto ha sido publicado en ACJ/Save the Children (2002: 325-342).

número de homicidios ha bajado en un 57% (*Inforpress Centroamericana* N° 1544, 23.1.2004) desde la entrada en vigencia de la ley y el inicio casi simultáneo de la “Operación Libertad”. Ya en noviembre de 2003 el asesor presidencial en materias de seguridad ciudadana, Ramón Romero, hablaba de unos 700 líderes de pandillas detenidos y del consiguiente debilitamiento de las estructuras internas de las maras.<sup>36</sup> Sin embargo, sería prematuro pretender evaluar hoy las políticas de “cero tolerancia” en Honduras porque sus resultados a largo plazo son difíciles de pronosticar. En los barrios marginales el reservorio de jóvenes pasibles de ser reclutados por las maras es casi ilimitado. Durante el mandato de Ricardo Maduro no se han podido eliminar ni atenuar las causas sociales y psicosociales del problema.

Según revelan las encuestas, gran parte de la población hondureña está de acuerdo con las políticas gubernamentales y las decisiones del poder legislativo contra las maras.<sup>37</sup> El hecho de que ninguno de los partidos políticos representados en el Congreso Nacional se arriesgara a votar en contra de la modificación de la “ley antimara” es un indicio más del consentimiento de la opinión pública al enfoque represivo del gobierno de Maduro —por lo menos refleja la percepción que tienen los diputados de la opinión pública—.

## 6.2 El Salvador

El presidente de El Salvador Francisco Flores empezó a recurrir a un discurso de seguridad interna y de lucha anti-mara en el último año de su mandato.<sup>38</sup> El 22 de julio de 2003 anunció su “Plan Mano Dura”, un programa de medidas represivas dirigidas a contrarrestar el problema de las maras. Los dos componentes centrales del plan siguen la “receta” aplicada por Ricardo Maduro en Honduras: por un lado acciones masivas de la policía y del ejército (operativos, controles etc.)

---

36 Entrevista con el autor (Tegucigalpa, 20.11.2003).

37 Ver por ejemplo las encuestas “Pulso de la Nación”, publicadas en el diario *El Herald* el 2 de febrero de 2004. Según ellas, el 69,3% de los entrevistados tiene la percepción de que la situación de seguridad ha mejorado durante la gestión de Maduro y el 91,2% está a favor de la “ley antimara”. Ver <[http://www.elheraldo.hn/pulso\\_nacion/p7pulso.jpg](http://www.elheraldo.hn/pulso_nacion/p7pulso.jpg)> (15.04.2004).

38 Sin duda, Flores escogió estratégicamente ese momento con miras a las elecciones en marzo de 2004. Su razonamiento parece haber dado los frutos esperados, ya que el candidato de su partido ARENA (Alianza Republicana Nacionalista), Antonio Saca, ganó las elecciones con un margen bastante grande.

con el fin primordial de detener el máximo número posible de pandilleros, por otro lado la introducción de una nueva “ley antimara”.

La Ley Anti Maras<sup>39</sup> no contiene penas tan severas como las que fueron introducidas en Honduras pero en otros aspectos va mucho más allá que la legislación hondureña, pues da a los jueces la facultad de tratar penalmente como a adultos a menores a partir de los doce años de edad. Además permite y recomienda la instalación de tribunales especiales para acelerar la condena de pandilleros y prohíbe varias formas de reunión en la vía pública.

Como era de esperar, Flores no pudo conseguir un consenso amplio para la aprobación de la ley en el parlamento. A diferencia de lo sucedido en Honduras, donde la cultura (política) es mucho menos confrontativa, en El Salvador los ex-revolucionarios del partido de oposición, Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) y el partido gobernante de la derecha conservadora, ARENA, polarizan allí la escena política. La ley se aprobó el 12 de noviembre de 2003 con los votos de ARENA y el Partido de Conciliación Nacional (PCN). Las otras bancadas de la Asamblea Legislativa votaron en contra.

Una gran variedad de otros actores políticos y sociales compartía los argumentos de la oposición parlamentaria liderada por el FMLN. Organizaciones nacionales e internacionales de derechos humanos y de derechos infantiles, asociaciones de abogados, expertos en derecho y ciencias sociales así como una amplia gama de organizaciones de la sociedad civil expresaron su rechazo a la nueva ley. La crítica se puede resumir en tres argumentos centrales: 1) Tratar a menores de edad como a adultos en materia penal es incompatible con la constitución y los tratados internacionales suscritos por El Salvador. 2) Las restricciones a la libertad de reunión limitan significativamente los derechos civiles. 3) La ley dispone, además, que una persona puede ser detenida hasta 72 horas sin orden judicial y sin dar aviso a sus familiares. A ojos de los críticos de la ley esto recuerda a las desapariciones forzadas de opositores en los años ochenta.

Lo que produjo grandes dificultades al gobierno fue el hecho de que entre los que rechazaron la ley se encontraba gran parte de los

---

39 “Ley Anti Maras” es el título oficial. El texto de la ley se publicó en las páginas web de la Asamblea Legislativa: <<http://www.asamblea.gob.sv/>> (15.04.2004).

jueces del país. La Corte Suprema se negó a instalar los tribunales especiales antimaras. De unos 8.500 presuntos mareros detenidos por las fuerzas de seguridad en el marco del “Plan Mano Dura” hasta finales de enero de 2004 sólo 425 quedaron presos (*El Herald*, 31.01.2004). Los demás tuvieron que ser puestos en libertad después de las 72 horas, ya que los jueces no emitieron orden de detención sino en los casos en que tenían pruebas o indicios fuertes de un delito concreto. Con esa práctica, que justificaron alegando la inconstitucionalidad de la Ley Anti Maras, se opusieron a la nueva norma que define la sola pertenencia a una mara como punible y la tenencia de tatuajes como un indicio de ser pandillero. Obviamente, la actitud de los jueces puso en entredicho la eficacia del “Plan Mano Dura” y de la nueva ley. Por ende, provocó ataques verbales de inusual agudeza del presidente Flores y de otros representantes del gobierno dirigidas al poder judicial.

A pesar del boicot de las instancias judiciales, el ejecutivo intentó destacar el éxito de sus políticas de seguridad ante de la opinión pública. Según el jefe de la policía, Ricardo Menesses, en los primeros 150 días de implementación del plan, las estadísticas policiales registraron una reducción de homicidios del 22%.<sup>40</sup> Como en Honduras, una gran mayoría de la población está a favor de las políticas gubernamentales contra el pandillismo y la delincuencia en general. En una encuesta de octubre del 2003 un 88% de los entrevistados expresó su consentimiento al “Plan Mano Dura”.<sup>41</sup> Considerando la victoria electoral de Antonio Saca (ARENA) en las elecciones del 21 de marzo de 2004 parece que el “populismo punitivo”<sup>42</sup> de Carlos Flores y ARENA resultó ser una estrategia eficiente para asegurar votos.

### 6.3 Guatemala

Igual que en El Salvador, en Guatemala las políticas antimara se convirtieron en tema de campaña electoral en el año 2003. Sin embargo el problema no llegó a tener la importancia central que tenía en los otros

---

40 Citado en un especial retrospectivo sobre el año 2003 del periódico *La Prensa Gráfica*: <<http://www.laprensagrafica.com/especiales/2003/sucesos/nacion/nacion1.asp>> (12.03.2004).

41 Ver la encuesta publicada y analizada en “Seminario-Taller Centroamericano” (s.a.: 9).

42 Ver “La campaña electoral de ARENA: populismo punitivo” (2003).

países del triángulo norte centroamericano. El entonces presidente Alfonso Portillo, del Frente Republicano Guatemalteco (FRG), a quien el 14 de enero de 2004 le sucedió Óscar Berger de Gran Alianza Nacional (GAN), ordenó la puesta en marcha del “Plan Escoba” a finales de agosto de 2003. Parecido al “Plan Mano Dura” de El Salvador y a la “Operación Libertad” de Honduras, el plan de combate al pandillismo y a la delincuencia en Guatemala consistió en operativos masivos de la policía y del ejército dirigidos a la detención de los mareros. Varios partidos políticos elaboraron también propuestas de modificaciones en materia penal. Los diputados del Partido de Avanzada Nacional (PAN), un partido de oposición de centro-derecha, exigieron una reforma al código penal para ampliar la definición de lo que es una “asociación ilícita” adaptándola a la maras y, en general, para hacer la ley más severa. La iniciativa legislativa del PAN se originó cuando las estadísticas demostraban que la mayoría de los detenidos en el marco del “Plan Escoba” tenía que ser puesto en libertad por falta de pruebas (*Inforpress Centroamericana* N° 1527, 05.09.2003). Otra iniciativa para enmendar la legislación fue presentada por la Alianza Nueva Nación (ANN), un conglomerado de partidos opositores de izquierda que quería reforzar los elementos preventivos y de resocialización contenidos en la ley.

Pero el inicio de la fase preelectoral impidió que el parlamento tratara extensamente la temática y aprobara una de las enmiendas a la ley. En ese momento otros asuntos se imponían como tema de las campañas electorales, sobre todo la violencia política y la posibilidad de que el ex-dictador y violador de derechos humanos Efraín Ríos Montt (FRG) ganara las elecciones (Oettler 2004). Otro factor que explica el peso relativamente menor del problema de las maras en las elecciones guatemaltecas es independiente de la coyuntura política: Guatemala es un país mucho más rural e indígena que Honduras y sobre todo que El Salvador, en tanto que el pandillismo es un fenómeno esencialmente urbano. La mayoría de la población y del electorado, que vive en el campo y se define étnica y culturalmente como indígena, no se ve afectada por la problemática de las maras. Sus preocupaciones fundamentales se concentran en otros temas. Es decir, aunque puede ser que el número de mareros en Guatemala sobrepase el total de Honduras y El Salvador en conjunto (ver estimaciones de Sergio Ramírez en la tabla), sólo una parte relativamente pequeña de los gua-

temaltecos, particularmente la población de Ciudad de Guatemala y de otras tres o cuatro ciudades grandes, percibe el pandillismo como una amenaza seria a su seguridad personal.

Con la victoria del candidato presidencial conservador Óscar Berger en las elecciones del 28 de diciembre de 2003 se vislumbra una política de continuismo en materia de seguridad interna o bien la intensificación de medidas represivas en contra de las maras. Ya se ha anunciado un nuevo intento de enmendar la legislación con un enfoque restrictivo (*Prensa Libre*, 17.01.2004). Las propuestas alternativas de la ANN tienen tan pocas probabilidades de ser aprobadas en la nueva legislatura como en la anterior.

Resumiendo el análisis de las políticas estatales frente al problema de las maras hay que constatar que, en los tres países, el Estado recurre casi exclusivamente a medidas represivas para contrarrestar el pandillismo. Las acciones de la policía y del ejército que apuntan a la detención masiva de mareros se combinan –si las circunstancias y la distribución de fuerzas en el poder legislativo lo permiten– con modificaciones a la legislación penal diseñadas para asegurar la encarcelación duradera de los pandilleros. El consenso a favor de la política represiva que parece existir entre las sociedades y los gobiernos centroamericanos ha impulsado una cooperación intensa en esa materia. En enero de 2004 los presidentes de Guatemala, El Salvador, Honduras y Nicaragua firmaron un convenio comprometiéndose a elaborar mecanismos para reforzar la cooperación en la lucha antimara, particularmente en la persecución de pandilleros más allá de las fronteras nacionales.

Sin embargo, en lo que se refiere al discurso político los gobiernos no rechazan medidas de rehabilitación y prevención. Al contrario: sea en Guatemala, Honduras o El Salvador, muchos representantes del Estado expresan frecuentemente que consideran urgente la necesidad de programas efectivos de reeducación y reintegración juveniles. Pero como no hay experiencias positivas en esa área, su disposición a inversiones masivas para este tipo de trabajo es mínima. En Honduras, por ejemplo, el asesor presidencial Ramón Romero calificó como “fracaso total” a los centros reeducativos del Instituto Hondureño de la Niñez y la Familia (CIHNFA).<sup>43</sup> Según él, los centros han sido “escue-

---

43 Entrevista con el autor (Tegucigalpa, 20.11.2003).

las de mareros” en vez de ser un lugar de resocialización. Mientras que el éxito de este tipo de programas sea dudoso y al mismo tiempo gran parte de la población, afectada duramente por la violencia, reclame soluciones efectivas e inmediatas no es extraño que los gobiernos recurran a la represión aunque de esta manera no se resuelva el problema fundamental.

El problema fundamental ni siquiera se resolvería con programas masivos y bien diseñados de reeducación o resocialización. Reintegrar a los jóvenes delincuentes en la sociedad no impide que las maras sigan reclutando nuevos militantes. Una verdadera prevención tendría que eliminar o al menos mitigar en forma significativa las causas socioeconómicas y psicosociales del fenómeno: la desintegración social, el desempleo juvenil, los trastornos psicológicos criminógenos que en muchos casos radican en la descomposición de las familias, lo cual a su vez se relaciona con factores socioeconómicos y sociales.<sup>44</sup> Aun suponiendo que los gobiernos centroamericanos tienen la seria intención de luchar contra esos problemas, sería totalmente ilusorio creer que pueden solucionarlos por sí solos. La pobreza urbana afecta a una población demasiado grande y la falta de confianza interpersonal es demasiado profunda en los barrios marcados por la anomia social. Por eso, en la siguiente parte de este artículo se va a hacer hincapié en la reacción de los actores no gubernamentales y la cooperación externa con respecto al fenómeno de las maras.

## **7. Las reacciones de los actores no gubernamentales y de la cooperación al desarrollo**

Según las estadísticas de Casa Alianza, organización internacional no gubernamental que lucha por los derechos de niños y jóvenes, de los 551 homicidios cometidos contra jóvenes en Honduras en el año 2002 un 9% fue cometido por desconocidos que actuaban desde un “carro de la muerte”.<sup>45</sup> Aunque a la fecha no se tienen pruebas concretas, se

---

44 Al respecto véanse los resultados de diferentes investigaciones sobre la delincuencia juvenil provenientes de diferentes disciplinas relacionadas con la materia (ciencias sociales, psicología, criminología, derecho etc.) resumidos en Moser (1987).

45 Véase <<http://www.casa-alianza.org/ES/human-rights/violations/honduras/2002/perpetrador.phtml>> (24.04.2004).



supone que los “escuadrones de la muerte”<sup>46</sup> son culpables de estos asesinatos y además de buena parte de las muertes violentas perpetradas por desconocidos (63% del total de homicidios contra jóvenes). Altos funcionarios de los gobiernos han confirmado la existencia de tales asociaciones clandestinas, que probablemente son financiadas por empresarios. Pero el interés del poder ejecutivo en llevar a cabo investigaciones para identificar a los autores materiales e intelectuales de los crímenes parece ser limitado. En ninguno de los países se han efectuado detenciones ni ha habido éxitos significativos en las investigaciones sobre las ejecuciones extrajudiciales de jóvenes.<sup>47</sup> En vista de los resultados insatisfactorios de las pesquisas se supone que ciertos integrantes de las fuerzas de seguridad estatales están involucrados en las muertes sumarias. En ese contexto se destacó el caso de María Luisa Borjas, ex-subcomisionada de asuntos internos de la policía hondureña, quien en septiembre de 2002 tuvo la valentía de declarar públicamente que tenía conocimiento de unos veinte casos en los que agentes de la policía habían participado en ejecuciones extrajudiciales. Dos meses después, el ministro de seguridad, Óscar Álvarez, suspendió a la subcomisionada del cargo por “reiteradas faltas graves cometidas dentro del servicio” (*La Tribuna*, 01.12.2002).

Los “escuadrones de la muerte” se pueden calificar como la forma más negativa de desempeño de los actores no gubernamentales, o bien

---

46 La expresión “escuadrones de la muerte” se usa mucho en ese contexto, particularmente en los medios de comunicación de los países afectados. El uso del término, sin embargo, es problemático porque no permite diferenciar entre los grupos clandestinos que matan a presuntos pandilleros por motivos de “limpieza social” y los grupos paraestatales que existían en las décadas del setenta y ochenta con el fin de aniquilar a presuntos activistas de la oposición política. Hablar de “escuadrones de la muerte” en el caso de los jóvenes asesinados implica, en cierto sentido, afirmar que las instancias gubernamentales están involucradas en los hechos o, por lo menos, que los toleran tácitamente.

47 Con la misma ineficiencia se han realizado hasta ahora las investigaciones sobre la masacre ocurrida en la cárcel “Granja Penal El Porvenir” cerca de la ciudad La Ceiba en la costa caribe de Honduras el 5 de abril de 2003. De los 69 muertos, 66 eran presos, la mayoría jóvenes pandilleros y los restantes eran dos mujeres y un niño que estaban de visita en el penal. Las cuatro comisiones independientes que investigaron los hechos señalaron que las muertes no se produjeron como consecuencia de un motín carcelero —como hicieron creer las autoridades inmediatamente después de los acontecimientos—, sino que el personal del penal fue responsable de la matanza. No obstante, ninguno de los guardias ha sido detenido ni mucho menos se ha enjuiciado a los responsables de rango más alto.

paraestatales en vista del presunto involucramiento de agentes estatales.<sup>48</sup> Contrastando con esto existe, sin embargo, una serie de intentos muy positivos de la sociedad civil, particularmente de las organizaciones no gubernamentales (ONGs) y las Iglesias.

Escogimos dos ONGs de gran importancia como ejemplos:

- La ONG Casa Alianza se financia principalmente por donaciones reunidas en los Estados Unidos y en Europa. Algunos programas se realizan también con apoyo de la cooperación al desarrollo de diferentes países. En Guatemala y Honduras, Casa Alianza puede ser calificada como el actor no gubernamental central en la materia y su liderazgo es indiscutible. Una línea de trabajo está dirigida a la concientización de actores políticos y sociales sobre las numerosas muertes violentas de niños y jóvenes. En este marco un instrumento clave de la ONG consiste en elaborar, analizar y dar a conocer material estadístico y difundirlo por diferentes medios, incluso su propia página de internet (<<http://www.casa-alianza.org>>). Este trabajo de monitoreo crítico ha provocado particularmente en Guatemala amenazas de muerte y procesos judiciales en contra del personal de Casa Alianza, en especial en contra de su representante para Centroamérica, Bruce Harris. En su otra rama de actividades, la organización mantiene centros de protección para niños y jóvenes (en forma de albergues abiertos) y ofrece programas de trabajo social a los miembros, miembros potenciales y ex-miembros de maras.
- En cuanto a los programas de apoyo para salir de las maras y para la resocialización se ha ganado mucho reconocimiento el grupo de autoayuda Homies Unidos (<<http://www.homiesunidos.org>>), que opera en El Salvador y Estados Unidos. Algunos ex-mareros han formado esa organización para ofrecer su ayuda a otros pandilleros que quieran abandonar la “vida loca”. Como ex-mareros, los miembros de Homies Unidos tienen la ventaja de poder acceder a los pandilleros activos con empatía. Sus contactos con el mundo del pandillismo les abren también puertas que están cerradas para otros asistentes sociales. Sus actividades han sido bastante exito-

---

48 Otras reacciones negativas de la población son la privatización del espacio público en *Gated Communities* y casos de autojusticia.

sas no sólo en cuanto a su capacidad de convencer a los mareros de dejar atrás el pandillismo y empezar una vida nueva sino también en cuanto a la protección de los “convertidos” de posibles actos de venganza por parte de otros miembros de su clika.

De suma importancia para el trabajo de rehabilitación y en especial de prevención son las Iglesias. La Iglesia católica pero también muchas Iglesias protestantes-evangélicas, que aglutinan a una proporción considerable y creciente de la población centroamericana, mantienen centros de resocialización. Ahí se les da una oportunidad real a los jóvenes que renunciaron al pandillismo para que puedan salir del círculo vicioso de violencia, drogas y cárcel. Ahora bien, el activismo eclesiástico no se basa en intenciones puramente altruistas, sino que también influyen motivaciones de tipo proselitista. La resocialización va casi siempre a la par de la evangelización de los muchachos “rescatados” del pandillismo. Dadas las tendencias fundamentalistas de algunas de las Iglesias es dudoso que su trabajo en los centros de reintegración tenga sólo efectos beneficiosos para los jóvenes y para la sociedad. Pero, considerando el totalitarismo de las estructuras y lo trascendental de la “ideología” en la mara, parece que precisamente el carácter fundamentalista y radical del mensaje religioso es lo que atrae a los pandilleros.<sup>49</sup> Con referencia a su función preventiva hay que tener en cuenta que, aparte de las pandillas, las Iglesias representan prácticamente la única oportunidad de integración social para muchos centroamericanos.

La cooperación externa al desarrollo no se ha ocupado aún de la temática del pandillismo sino muy esporádica o indirectamente. Algunos países donantes han apoyado el enfoque represivo de los gobiernos centroamericanos con recursos financieros o materiales. Sirva como ejemplo la donación a la policía de San Pedro Sula en Honduras de 20 carros equipados para patrullajes por parte del gobierno taiwanés a finales de 2003 (*El Tiempo*, 21.12.2003).<sup>50</sup> La mayoría de los

---

49 Vázquez (s.a.) analiza en un artículo los paralelos entre las maras y las Iglesias pentecostales. Los dos tipos de organizaciones son redes sociales transnacionales, cuentan con considerables recursos económicos y de poder y exigen una entrega total e incondicional de sus miembros.

50 Los taiwaneses obviamente no escogieron por casualidad la ciudad norteña como destino de su ayuda. En San Pedro Sula y sus alrededores se concentra gran parte de la industria maquiladora de Honduras y el capital proveniente de la República

países donantes y de sus instituciones de cooperación prefiere formas menos directas y más enfocadas a resultados sostenibles. Hasta el momento, la cooperación oficial no ha iniciado proyectos grandes explícitamente dirigidos a la prevención del pandillismo o a la rehabilitación de (ex-)mareros. Pero algunos países brindan apoyo financiero a proyectos de ONGs (nacionales o internacionales) que trabajan en la materia. Entre las organizaciones no gubernamentales de cooperación hay varias que desde hace muchos años se dedican al trabajo con niños y jóvenes. Algunas lo hacen exclusivamente, como la ONG internacional Save the Children (<<http://www.savethechildren.org>>). Estas organizaciones definen su labor cada vez más como prevención anti-mara y la enfocan en ese sentido, considerando por ejemplo si una zona es o no afectada por el pandillismo en el momento de escoger los lugares para la realización de los programas. Una serie de organizaciones gubernamentales, como la Cooperación Técnica Alemana (*Deutsche Gesellschaft für Technische Zusammenarbeit*, GTZ),<sup>51</sup> tienen líneas de trabajo en el sector de educación, y muchos de los proyectos en ese marco también se podrían interpretar como prevención anti-mara: mejorar la educación para reducir el número de jóvenes dispuestos a integrarse en una pandilla.

Pero en vista de la magnitud del problema, la cooperación externa debería focalizar mucho más esa temática. Se necesitan grandes programas dirigidos específicamente a la prevención del pandillismo y a la reintegración social de los (ex-)mareros. Los gobiernos de la subregión prefieren medidas represivas y cortoplacistas porque se sienten obligados a presentar resultados inmediatos a una población (y a un electorado) que exige soluciones rápidas. En cambio, la cooperación externa no está sujeta a estas presiones. Por eso le cabe cierta responsabilidad de iniciar amplias actividades cuyos efectos se producirían a mediano o largo plazo y serían más sostenibles. Es necesario intensifi-

---

China juega un papel importante en la maquila. La donación, para así decirlo, aumenta la seguridad de la población de San Pedro y al mismo contribuye a proteger las inversiones taiwanesas.

- 51 La GTZ trabaja en el tema de la integración social de jóvenes con su proyecto PROJOVEN en Guatemala. Véase al respecto Heidrun Gilde (s.a.). Hace varios años las fundaciones políticas alemanas comenzaron a ocuparse de la temática de las políticas juveniles, por ejemplo la Fundación Friedrich Ebert (Friedrich-Ebert-Stiftung, FES) en forma de su apoyo al Foro Nacional de Juventud (FNJ) en Honduras.

car el trabajo preventivo con niños y jóvenes, realizar más programas de generación de empleo juvenil y encarar la temática de resocialización de los jóvenes delincuentes. Si consideramos las luchas sangrientas entre las maras y entre éstas y los Estados como una nueva forma de conflicto armado, los países donantes tendrían que intervenir al respecto también en el marco de sus estrategias de resolución y prevención de conflictos.

#### **8. Las maras y sus consecuencias para el desarrollo y la paz en Centroamérica**

Honduras, El Salvador y Guatemala están entre los países más pobres de Latinoamérica. Indiscutiblemente el fenómeno de las maras tiene efectos negativos en cuanto a sus perspectivas de desarrollo. La vida social en los barrios marginales de las ciudades grandes se paraliza si los vecinos temen por sus vidas cada vez que salen de sus casas. Eso perjudica la participación socio-política y el desarrollo comunitario en el barrio. Las noticias sobre asesinatos, robos y asaltos contribuyen a la reputación internacional negativa de estos países como inseguros y caóticos. Tan mala fama puede tener consecuencias desastrosas en una subregión que pone grandes esperanzas en el turismo y sobre todo en inversiones extranjeras como factores importantes de su modelo de desarrollo. Las reacciones represivas de los gobiernos y las medidas legales e ilegales de los grupos no gubernamentales y de la población para combatir el pandillismo o para protegerse de él (*Gated Communities*, escuadrones de la muerte, justicia por propia mano) han llevado a una (re)militarización del Estado y de la sociedad. Lo poco que han avanzado Honduras, El Salvador y Guatemala en los últimos años en cuanto a una democratización política y social se ve puesto en peligro por estas tendencias.

El desarrollo socioeconómico de los países centroamericanos ha sido influenciado y fuertemente retrasado por un sinnúmero de guerras y conflictos armados desde su independencia de España. La región no se ha recuperado aún del todo de las guerras civiles de los años ochenta y principios de los noventa. Las maras se podrían interpretar como actores en un nuevo tipo de conflicto armado en Centroamérica. La situación en que se encuentran El Salvador, Honduras y en menor medida Guatemala se parece bastante a una situación de guerra si con-

sideramos las siguientes características del conflicto entre la “MS”, la “18”, el Estado y los grupos clandestinos que llevan a cabo ejecuciones extralegales de jóvenes:

- El total de muertes violentas llega casi al nivel de los tiempos de guerra civil; en El Salvador lo sobrepasa. Buena parte de estos homicidios está relacionada con las maras y la lucha antimara.
- En cuanto al número de combatientes (entre mareros, fuerzas de seguridad oficiales y privadas y escuadrones de la muerte), el conflicto es comparable a los conflictos armados “tradicionales”.
- Un actor del conflicto es el Estado,<sup>52</sup> el cual emplea a las fuerzas armadas (no sólo a la policía) en el combate.
- Una categoría central en el conflicto es el territorio.

No obstante, el término “guerra civil” no es del todo adecuado para referirse al problema de las maras. El uso de esa expresión encubriría las diferencias con los conflictos armados de las dos décadas pasadas en Centroamérica y, con la situación actual en Colombia, por ejemplo. Los motivos de los actores, las causas y los orígenes de los conflictos y las formas de combate son demasiado distintos para ser subsumidos en la misma categoría. Las pandillas son un fenómeno difícil de categorizar. Se ubican en una zona gris entre la guerra y la paz, una paz marcada por la delincuencia.<sup>53</sup> Las maras son más que asociaciones ilícitas con fines económicos, ya que cuestiones de honra e identificación juegan un papel central. De hecho se asemejan en ese aspecto a actores armados de tipo político-ideológico. Pero no se pueden equiparar a los grupos guerrilleros porque la “MS” y la “18” no tienen la intención de tomar el poder en el Estado ni mucho menos quieren cambiar el sistema socio-político. Sin embargo, no es ninguna exageración definir a las maras como actores de un nuevo tipo de conflicto armado que tiene algunos rasgos propios de las situaciones de guerra.

---

52 Según varias definiciones, uno de los criterios utilizados para determinar la existencia de una “guerra” es la participación activa de por lo menos un Estado como actor en el conflicto. Véase por ejemplo: <[http://www.sozialwiss.uni-hamburg.de/publish/Ipw/Akuf/kriege\\_aktuell.htm#Def](http://www.sozialwiss.uni-hamburg.de/publish/Ipw/Akuf/kriege_aktuell.htm#Def)> (24.04.2004).

53 Con referencia a las “zonas grises entre paz y guerra” y en cuanto a la “globalización de sombra” o “globalización oscura” en la que se inscribirían las maras como redes criminales transnacionales, ver Kurtenbach/Lock (2003).

### 9. Reflexiones finales: las maras como forma de integración social entre la familia y el Estado

La identificación del pandillero con su mara es absoluta e incluye matar y morir por ella. En los párrafos sobre la dimensión estético-simbólica del pandillismo centroamericano hemos analizado los signos culturales más importantes que facilitan esa identificación. Pero el hecho de que un pandillero arriesgue continuamente su propia vida por su grupo indica que tiene que haber una razón más profunda que explique lo atractivo de las maras para los jóvenes. Esa atracción reside en las funciones que tiene la pandilla en la vida del marero. Las maras llenan el vacío que dejaron las familias, la sociedad y el Estado en cuanto a solidaridad, integración social y oportunidades de autorrealización.

Una mara es una red social transnacional que funciona bien, cuyos miembros forman una comunidad jerárquica de apoyo mutuo y en la que la solidaridad de grupo es incondicional. En lugares y situaciones fuera del alcance de la propia clika los “homies” de otros barrios, ciudades o países brindan su ayuda. El muchacho marginalizado y desamparado ante la pobreza y la falta de perspectivas se convierte en parte de una organización poderosa. Equipado con armas y drogas puede llegar a sentirse casi omnipotente.

Para muchos mareros la pandilla también tiene la función de sustituir a la familia. Un indicio de eso es la relación etimológica entre “homie” y *home*. Según varios estudios buena parte de los pandilleros son hijos de madres solteras.<sup>54</sup> La falta de un padre no es *per se* la causa de que un joven se integre en una mara. Está demás decir que una mujer que cría sola a sus niños puede inculcarles los mismos valores que un hombre. La razón es más bien la precaria situación socioeconómica de los hogares liderados por mujeres. La madre tiene que conseguir los recursos económicos necesarios para la subsistencia de su familia. En muchos casos, esas circunstancias no le permiten brindar a sus hijos la atención y el afecto que requieren, ni mucho menos el dinero necesario para asegurarles una buena educación y suficientes oportunidades de autorrealización. Los jóvenes provenientes de familias con jefe de hogar masculino son atraídos por las maras sobre todo

---

54 Véase por ejemplo ACJ/Save the Children (2002).

si existen síntomas de desintegración familiar, como el alcoholismo o la violencia intrafamiliar.

Las pandillas juveniles cumplen para sus militantes funciones que generalmente se consideran propias del Estado pero que éste no cumple o cumple de manera muy insatisfactoria en los países del triángulo norte de Centroamérica. El monopolio de la violencia por parte del Estado es violado a diario por las maras (y también por los escuadrones de la muerte). Es más, en los barrios controlados por las pandillas, éstas ejercen un poder que podría considerarse como el ejercicio de un cierto monopolio de violencia. La importancia que tiene para ellas la categoría territorio recuerda el significado que tienen para el Estado nacional el territorio nacional y la inviolabilidad de las fronteras. Países como Guatemala, El Salvador y Honduras, con estadísticas de pobreza de entre 60% y 80%, no llegan a proporcionar a sus ciudadanos condiciones socioeconómicas que les aseguren una vida digna ni les ofrezcan oportunidades de ascenso social. Las maras, en cambio, sí representan para sus miembros una posibilidad real de acceder a bienes de consumo, incluso a bienes que se pueden considerar “de lujo”. También les facilitan oportunidades de reconocimiento y prestigio social. Aunque las maras tampoco puedan garantizar que todos sus integrantes podrán dejar atrás la pobreza y la miseria para siempre, ofrecen por lo menos una posibilidad de escapar y olvidar la situación mediante el uso de drogas aunque sea en forma temporal. No es asombroso que un joven se pueda identificar mejor con una poderosa red transnacional que con un Estado insignificante a nivel internacional y débil en cuanto a asuntos interiores. La corrupción y la ineficiencia como características del Estado contrastan con la honra y la solidaridad como fines supremos del pandillismo. Las maras han desarrollado expresiones culturales sumamente atractivas para los jóvenes y un sistema de símbolos marcado por la emocionalidad y la trascendencia. El simbolismo del Estado (himno nacional, bandera y también instituciones representativas como el presidente o el parlamento) se basa en una racionalidad y en una tradición apenas comprensibles para los jóvenes.

El Estado no logra que sus ciudadanos se identifiquen con él, más bien es causa —o parte de la causa— de que miles de ellos emigren cada año en busca de una vida más digna en otras partes del mundo. Parece irónico que precisamente esa emigración masiva haya jugado un papel



clave en el origen de las pandillas juveniles que hoy en día ponen en cuestión el Estado como forma de integración social. Las maras se pueden considerar como organizaciones sociales paralelas y en algunos aspectos competidoras del Estado.

En el contexto de niñez y juventud en América Latina, el tema de la delincuencia juvenil se ha vuelto central. Por razones históricas, culturales y sociales, entre los jóvenes marginalizados del triángulo norte de Centroamérica se han formado organizaciones muy particulares, las maras, que se distinguen de otros grupos de jóvenes delincuentes en muchos aspectos, sobre todo en cuanto a su estructura interna y signos culturales de identificación. Pero las causas que motivan a tantos muchachos a convertirse en criminales son las mismas en todo el subcontinente: la desintegración social y económica y la falta de oportunidades de ascenso social y autorrealización individual. Para contrarrestar el problema, tanto en Centroamérica como en las demás partes de América Latina, no se carece de leyes restrictivas ni de otras formas de represión. Lo que urge son políticas juveniles a gran escala impulsadas por los gobiernos, la sociedad civil y la cooperación externa que estén dirigidas sobre todo a crear oportunidades de integración socioeconómica para los millones de jóvenes pertenecientes a los sectores marginalizados de la población. Ahora bien, hay que ser consciente de que ningún esfuerzo de política juvenil resultará satisfactorio mientras las políticas económicas y sociales conducidas por los actores internos y externos no logren reducir significativamente la pobreza y la exclusión social en América Latina.

### Páginas web

- Casa Alianza: <<http://www.casa-alianza.org>>  
 Dresdner Bank Lateinamerika: <<http://www.dbla.de>>  
 Homies Unidos: <<http://www.homiesunidos.org>>  
 IberoDigital – El archivo digital de prensa del Instituto de Estudios Iberoamericanos (Hamburgo): <<http://www.rrz.uni-hamburg.de/IK/IberoDigital/>>  
 “Mara Salvatrucha”: <<http://www.salvatrucha13.com>> (inhabilitado)  
 “Mara 18”: <<http://www.xv3gang.com>>  
 Save the Children: <<http://www.savethechildren.org>>  
 United Nations Population Fund Honduras (UNFPA): <<http://www.unfpa.un.hn>>

### Bibliografía

- ACJ (Asociación Cristiana de Jóvenes)/Save the children (2002): *Las maras en Honduras: Investigación sobre pandillas y violencia juvenil, consulta nacional, propuesta de programa nacional de atención, ley especial*. Tegucigalpa: ACJ.
- Ayala, Edgardo (2003): “Guerra contra pandillas”. En: *Noticias Aliadas* (13.10.2003) = <[http://www.elcorreo.eu.org/esp/article.php3?id\\_article=2314](http://www.elcorreo.eu.org/esp/article.php3?id_article=2314)> (19.04.2004).
- CEPAL (Comisión Económica para América Latina y el Caribe) (2001): *Marginados en México, El Salvador, Nicaragua y Panamá*. En: <<http://www.ilo.org/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/not/libro266/libro266.pdf>> (27.04.2004).
- (2002a): *Anuario Estadístico 2001 de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- (2002b): *Panorama social de América Latina 2001-2002*. Santiago de Chile: Naciones Unidas.
- Chacón, Ricardo (1999): *Salud y juventud, salud para la juventud. Por un mejor futuro, participación y salud integral*. En: <[http://www2.ops.org.sv/adolec/tc/estrategia\\_comunicacion\\_nov99.htm](http://www2.ops.org.sv/adolec/tc/estrategia_comunicacion_nov99.htm)> (27.04.2004).
- Friedrich-Ebert-Stiftung et al. (2003): *¿Son las y los jóvenes actores o víctimas de la violencia? Memoria*. Tegucigalpa: Friedrich-Ebert-Stiftung.
- Frühling, Hugo/Tulchin, Joseph S./Golding, Heather A. (eds.) (2003): *Crime and Violence in Latin America. Citizen Security, Democracy and the State*. Washington, D.C./Baltimore/London: Woodrow Wilson Center Press/The Johns Hopkins University Press.
- Gilbert, Jorge (2000): “Comunidades hispanas en los Estados Unidos: algunos antecedentes socio-políticos e históricos”. En: <<http://www.consuladoschile.org/latinos.pdf>> (05.04.2004).
- Gilde, Heidrun (s.a.): “Guatemala: Asesoramiento en política juvenil – innovador y orientado hacia las necesidades. Experiencias del proyecto juvenil PROJOVEN”. En: <<http://www.cinterfor.org.uy/public/spanish/region/ampro/cinterfor/temas/youth/doc/not/libro228/libro228.pdf>> (24.04.2004).

- Hoffmann, Bert (2003): "Die Lateinamerikanisierung der USA. 38,8 Millionen Latinos in den USA: Kurze Erkundung einer neuen Macht". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 12-03, pp. 115-122.
- IUDOP (Instituto Universitario de Opinión Pública) (1997): "Solidaridad y violencia. Los jóvenes pandilleros en el gran San Salvador". En: *Estudios Centroamericanos* (ECA), N° 585/586, pp. 695-710.
- Kurtenbach, Sabine/Lock, Peter (2003) (eds.): *Kriege als (Über)Lebenswelten: Schattenglobalisierung, Kriegsökonomien und Inseln der Zivilität*. Bonn: Dietz.
- "La campaña electoral de ARENA: populismo punitivo" (2003). En: *Estudios Centroamericanos* (ECA), N° 657/658. En: <[http://www.uca.edu.sv/publica/ued/eca-proceso/ecas\\_anter/eca657.html](http://www.uca.edu.sv/publica/ued/eca-proceso/ecas_anter/eca657.html)> (24.04.2004).
- Liebel, Manfred (2003): "Jugendbanden und Strassencliquen in Zentralamerika – oder: Die schwierige Suche nach Gerechtigkeit in einer gewalttätigen Gesellschaft". En: Merckens, Hans/Zinnercker, Jürgen (eds.): *Jahrbuch Jugendforschung 2003*. Opladen: Leske + Budrich, pp. 283-310.
- Minkner-Bünjer, Mechthild (2001): "Honduras nach den Wahlen: Chancen für mehr Demokratie in Sicht?". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 23-01, pp. 249-260.
- Moser, Tilmann (1987): *Jugendkriminalität und Gesellschaftsstruktur*. Frankfurt/Main: Suhrkamp.
- Oettler, Anika (2004): "Guatemala: Demokratie auf dem Nährboden der Gewalt. Zu den Perspektiven des Friedensprozesses unter der neuen Regierung Berger". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 03-04, pp. 25-36.
- Peetz, Peter (2004): "Zentralamerikas Jugendbanden. 'Maras' in Honduras, El Salvador und Guatemala". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 05-04, pp. 49-64.
- Ramírez, Sergio (2003): "Pesadilla Compartida". En: *El Tiempo* (Honduras), 26.09.2003, <<http://www.tiempo.hn/edicante/2003/sept/sept26/Editor~1/editoria.htm>> (26.09.2004).
- Randall, Richard (2003): "500.000 criminal deportees from America wreaking havoc. An AP Investigation". En: <<http://www.azcentral.com/arizonarepublic/news/articles/1026exports26.html>> (05.04.2004).
- Rocha, José Luis (2003): "Tatuajes de pandilleros: estigma, identidad y arte". En: *Envío*, n° 258, pp. 42-50.
- Sangmeister, Hartmut (2002): "Zur Situation der Kinder in Lateinamerika". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 19-02, pp. 193-204.
- (2003): "Lateinamerikas Bevölkerung altert. Das Bevölkerungswachstum hat sich verlangsamt, die Lebenserwartung steigt". En: *Brennpunkt Lateinamerika*, N° 17-03, pp. 167-178.
- "Seminario-Taller Centroamericano sobre Iniciativas gubernamentales para la represión de pandillas Informe de El Salvador" (s.a.). En: <<http://www.redlamyc.web.com.uy/Documentos/Correos%20enviados/Informe%20EI%20Salvador.doc>> (19.04.2004).
- UNDP (United Nations Development Programme) (2003): *Human Development Report 2003. Millennium Development Goals: a compact among nations to end human poverty*. New York: UNDP.

- Vásquez, Manuel A. (s.a.): "Saving souls transnationally: Pentecostalism and Gangs in El Salvador and the United States". En: <<http://livedtheology.org/pdfs/MVasquez.pdf>> (26.04.2004).
- Wöhlcke, Manfred (2000): "Das Bevölkerungswachstum in Lateinamerika – Konsequenzen für Entwicklung, Stabilität und Umwelt". En: Bodemer, Klaus et al. (eds.): *Lateinamerika Jahrbuch 2000*. Frankfurt/Main: Vervuert, pp. 30-49.

Ruth Stanley

## **Los niños ante la ley: juventud y justicia penal en América Latina**

### **1. Los derechos humanos en la política internacional**

Desde la perspectiva del siglo XXI resulta difícil recordar el hecho de que, hasta la segunda mitad del siglo pasado, los derechos humanos casi no fueron tema de la política internacional. Los Estados, y no los individuos, constituyen el sujeto clásico del derecho internacional, y una construcción estricta del concepto de la soberanía estatal no permite siquiera un tímido *droit de regard*, el derecho a mirar cómo un Estado trata a sus propios ciudadanos. Las experiencias de los años treinta y, sobre todo, la política inhumana del régimen nazi, cambiaron esa actitud de no-interferencia absoluta: la Carta de las Naciones Unidas establece la protección de los derechos humanos como una de las metas de la nueva organización. Sin embargo, la Carta no especifica cuáles son los derechos a proteger. Un paso importante en el camino hacia la creación de un régimen internacional de protección de los derechos humanos fue la aprobación, en diciembre de 1948, de la Declaración Universal de los Derechos Humanos por la Asamblea General de las Naciones Unidas. Ese documento fundacional enumera los derechos humanos cuya protección representa un estándar común, entre los que se incluyen no sólo los derechos civiles y políticos, sino también derechos económicos, sociales y culturales, y hasta el germen de los llamados “derechos de la tercera generación”, o sea, derechos que se reclaman ante la comunidad mundial de Estados.

La Declaración Universal fue concebida sólo como un paso previo a la aprobación de un instrumento legal que otorgaría a todos los derechos allí nombrados el carácter de obligación legal de los Estados parte. Como es harto sabido, y debido en parte a la competencia ideológica de la Guerra Fría pero también a los recelos más profundos de los Estados con respecto a cualquier restricción de la soberanía, el segundo paso no se dio hasta el año 1966. La concepción opuesta de los derechos humanos entre el mundo occidental por un lado y

la Unión Soviética y sus aliados por otro, se reflejó en la aprobación de dos textos distintos: el Pacto Internacional sobre los Derechos Civiles y Políticos, y el Pacto Internacional sobre los Derechos Económicos, Sociales y Culturales. Pese a que, de ese modo, fue posible adscribirse a un régimen de protección *à la carte*, tuvieron que pasar otros diez años más hasta que entraron en vigor los dos tratados después de que cada uno fuera ratificado por el número mínimo de 35 Estados.

Desde este comienzo tímido, el régimen internacional de derechos humanos se ha desarrollado de una forma impresionante y hoy día constituye un tema central de la política internacional. En las décadas que siguieron a la entrada en vigor de los dos grandes pactos, otros tratados han protegido también derechos o grupos específicos, como la Convención contra la Tortura, la Convención para Eliminar toda Forma de Discriminación contra la Mujer y la Convención sobre los Derechos del Niño. Algunos de esos instrumentos prevén, en protocolos adicionales, el derecho individual de petición, con lo cual las personas cuyas derechos han sido violados pueden dirigirse a las Naciones Unidas en contra de sus propios gobiernos. Al mismo tiempo, y también desde un comienzo tibio, la Comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas ha desarrollado una serie de instrumentos para monitorear la protección de los derechos humanos. Sin embargo, la actividad tanto de las Naciones Unidas como de organismos regionales en esta área no significa necesariamente un mejoramiento en la situación de los individuos cuyos derechos se quieren proteger.

Este artículo se propone analizar en qué medida la Convención sobre los Derechos del Niño ha mejorado su situación real, otorgándoles de hecho el carácter de sujetos de la ley. El análisis demuestra la escasa efectividad de la Convención en cuanto a los derechos de los niños más desprotegidos, y se pregunta por qué ésta no ha podido modificar sustancialmente la situación de los jóvenes vulnerables. Eso nos remite a la cuestión más amplia de los mecanismos a través de los cuales los tratados internacionales sobre derechos humanos deberían provocar un impacto significativo dentro de los Estados.

## **2. Los niños como sujetos de la ley**

Los esfuerzos a nivel internacional tendientes a alcanzar un sistema internacional de protección de los derechos del niño tienen una larga historia. La comunidad internacional se ocupó ya de los derechos del niño en los años veinte del siglo pasado con la Declaración de los Derechos del Niño del año 1924 (Declaración de Ginebra), aprobada por la Liga de Naciones en una época en la que los derechos humanos eran considerados un asunto interno de los Estados. En los años posteriores a la Declaración de Ginebra, la responsabilidad especial de los Estados con respecto a los niños fue constatada reiteradamente, por ejemplo en la Declaración Universal de los Derechos del Hombre de 1948, en la Declaración sobre los Derechos del Niño de 1959, en el Pacto Internacional sobre los Derechos Civiles y Políticos así como en el Pacto Internacional sobre los Derechos Económicos, Sociales y Culturales (ambos aprobados por la Asamblea General de la ONU en 1966) y las Reglas de Beijing para la administración de la justicia de menores (Naciones Unidas 1985). En 1989, la Asamblea General aprobó la Convención sobre los Derechos del Niño (CIDN) convirtiéndolos en sujetos del derecho internacional. Después de haber sido ratificada por veinte Estados, esa convención entró en vigor nueve meses después. En comparación con los diez años que tuvieron que transcurrir entre la aprobación (1966) y la entrada en vigencia (1976) de los dos grandes acuerdos sobre derechos humanos o –para tomar como ejemplo un caso más reciente– los dos años y medio entre la aprobación y la entrada en vigor de la Convención contra la Tortura (1984/1987), la forma expeditiva de la CIDN parece evidenciar un grado inusualmente alto de consenso entre los Estados acerca de la necesidad de proteger los derechos de los más vulnerables.

La Convención sobre los Derechos del Niño reconoce que “la dignidad intrínseca y [...] los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana” tienen vigencia también respecto a los niños, pero estipula también que “la infancia tiene derecho a cuidados y asistencia especiales” (CIDN, Preámbulo). Así, según la Convención, los niños son tanto sujetos de derecho como también objetos de cuidado y asistencia. Para los efectos de la Convención, “niño” es “todo ser humano menor de dieciocho años de edad, salvo que, en virtud de la ley que le sea aplicable, haya alcanzado antes la mayoría

de edad” (CIDN, Art. 1). Los derechos del niño consagrados en la Convención reflejan, por un lado, los estándares internacionales en la protección de los derechos civiles, económicos, sociales y culturales —es decir que extiende al niño los derechos de que gozan las personas adultas—. En ese sentido, la CIDN representa un paso significativo, ya que rompe con la división entre derechos civiles y políticos por un lado y derechos económicos, sociales y culturales por otro, y por primera vez desde la Declaración Universal de los Derechos Humanos de 1948, reúne a todas esas categorías de derechos en un solo instrumento.<sup>1</sup> Por otro lado, se reconocen en la Convención derechos que reflejan la situación y las necesidades específicas de los niños: el derecho a la familia, el derecho a un tratamiento especial por la justicia penal, la protección de los niños en conflictos armados, etc. La Convención sobre los Derechos del Niño fue ratificada por todos los Estados del mundo excepto uno: los Estados Unidos de América. De este modo, la CIDN constituye el tratado internacional de derechos humanos que cuenta con el mayor grado de adhesión (Schellinski 1998: 140), poniendo así de relieve que la protección de los derechos del niño se ha convertido en una norma vigente en casi todo el mundo.

En muchos países de América Latina, la ratificación de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño se efectuó en el marco de la transición a la democracia. La discusión sobre las formas de entender y tratar a la infancia encarada tradicionalmente desde una perspectiva asistencialista y tutelar ha cedido lugar a una visión en términos de ciudadanía y derechos, que refleja y forma parte del discurso más amplio sobre los derechos de ciudadanía en la democracia (Beloff 1997). Así, la doctrina acerca de la “situación irregular”, producto de una concepción de los jóvenes como objeto de tutela y represión, ha sido sustituida por la de protección integral, que considera a niños y jóvenes como sujetos plenos de derecho.

Este trabajo no intenta examinar la medida en que todos y cada uno de los derechos establecidos en la Convención están o no efectivamente garantizados, aspecto que exigiría mucho más espacio que el disponible. En su lugar, el análisis se centra en el tratamiento dado a los niños y los jóvenes por la justicia penal. Este enfoque nos parece válido debido a que en esa esfera se ven afectados los derechos políti-

---

1    García Méndez (2001); Méndez (2001: 264).



cos y civiles más fundamentales de las personas, como el derecho a la vida, el derecho a no ser maltratado ni torturado, el derecho a un juicio justo etc., así como el derecho del niño a gozar de una protección especial por su vulnerabilidad a pesar de su carácter de sujeto de la ley. Como se verá más adelante, ni el carácter de sujeto de la ley ni la protección especial están garantizados en la triste realidad de los niños y jóvenes que se encuentran involucrados en el sistema penal del Estado; ellos se convierten antes que nadie en las víctimas de una represión brutal y arbitraria. Los jóvenes víctimas de la represión del sistema penal provienen –al igual que las demás víctimas– de los estratos más desprotegidos de la sociedad. Así, aunque no se van a tratar aquí explícitamente los derechos sociales y económicos y su escasa o nula incidencia en la realidad, su falta manifiesta forma la base de la violación de los derechos civiles y de protección. Así, en el tratamiento impuesto por el sistema penal a los niños y jóvenes se expresan y concentran de manera drástica los efectos de la ciudadanía de baja intensidad (O'Donnell 1997). La evidencia empírica se refiere a la Argentina, Brasil y Venezuela. La concentración en un número reducido de países persigue tanto el objetivo de presentar datos suficientemente pormenorizados que faciliten un análisis serio como asimismo mostrar que los fenómenos descritos no son propios de un solo país, sino que representan una pauta típica del tratamiento que los sistemas penales de América Latina dan a los niños.

### **3. Los derechos del niño frente al sistema penal según la Convención**

La CIDN concibe al niño/adolescente como sujeto de derechos y obligaciones; como tal, éste debe gozar de las mismas garantías que los adultos; por su condición de joven, debe gozar además de otras garantías que le corresponden por su edad. Por eso, la Convención plantea un nuevo modelo de justicia penal especial para niños y jóvenes. Más específicamente, estipula en su artículo 37:

- a) Ningún niño sea sometido a torturas ni a otros tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes. No se impondrá la pena capital ni la de prisión perpetua sin posibilidad de excarcelación por delitos cometidos por menores de 18 años de edad;
- b) Ningún niño sea privado de su libertad ilegal o arbitrariamente. La detención, el encarcelamiento o la prisión de un niño se llevará a

cabo de conformidad con la ley y se utilizará tan sólo como medida de último recurso y durante el período más breve que proceda;

- c) Todo niño privado de libertad sea tratado con la humanidad y el respeto que merece la dignidad inherente a la persona humana, y de manera que se tengan en cuenta las necesidades de las personas de su edad. En particular, todo niño privado de libertad estará separado de los adultos [...];
- d) Todo niño privado de su libertad tendrá derecho a un pronto acceso a la asistencia jurídica y otra asistencia adecuada, así como derecho a impugnar la legalidad de la privación de su libertad ante un tribunal u otra autoridad competente, independiente e imparcial y a una pronta decisión sobre dicha acción (CIDN, Art. 37).

En el artículo 40 de la CIDN se reconoce el derecho de todo niño de quien se alegue que ha infringido leyes penales o a quien se acuse o declare culpable de haberlas infringido a ser tratado de manera acorde con el fomento de su sentido de la dignidad y el valor, que fortalezca el respeto del niño por los derechos humanos y las libertades fundamentales de terceros, y en la que se tengan en cuenta la edad del niño y la importancia de promover su reintegración y de que éste asuma una función constructiva en la sociedad. Con este fin, se garantizan a los niños, como estándar mínimo, las garantías procesales inherentes al Estado de derecho, como la presunción de inocencia, el derecho del niño a ser informado de los cargos que pesan contra él; asistencia jurídica (u otra apropiada) en la preparación de su defensa; que la causa se dirima sin demora por una autoridad u órgano judicial competente, independiente e imparcial; el derecho a negarse a testimoniar o auto-incriminarse; el derecho a interrogar o hacer que se interroge a testigos de cargo, y la doble instancia. Así, se le garantiza al niño los derechos de cualquier imputado por la justicia penal. Pero además el artículo 40 le reconoce al niño la necesidad de una protección especial:

- 3. Los Estados Partes tomarán todas las medidas apropiadas para promover el establecimiento de leyes, procedimientos, autoridades e instituciones específicos para los niños de quienes se alegue que han infringido las leyes penales o a quienes se acuse o declare culpables de haber infringido esas leyes, y en particular:
  - a) El establecimiento de una edad mínima antes de la cual se presumirá que los niños no tienen capacidad para infringir las leyes penales;
  - b) Siempre que sea apropiado y deseable, la adopción de medidas para tratar a esos niños sin recurrir a procedimientos judiciales,

en el entendimiento de que se respetarán plenamente los derechos humanos y las garantías legales.

4. Se dispondrá de diversas medidas, tales como el cuidado, las órdenes de orientación y supervisión, el asesoramiento, la libertad vigilada, la colocación en hogares de guarda, los programas de enseñanza y formación profesional, así como otras posibilidades alternativas a la internación en instituciones, para asegurar que los niños sean tratados de manera apropiada para su bienestar y que guarde proporción tanto con sus circunstancias como con la infracción (CIDN, Art. 40).

La Convención Internacional sobre los Derechos del Niño acaba entonces con el viejo sistema tutelar cuyos características eran:

- la falta de respeto por las garantías del derecho penal;
- confundir cuestiones penales con cuestiones sociales, tratando como problemas de la justicia penal la situación de niños y adolescentes pobres;
- la negación del carácter de ciudadanos de los niños;
- una concepción de los menores como objeto de protección;
- la criminalización de las conductas de supervivencia de los jóvenes pertenecientes a los sectores sociales de menores recursos;
- la centralización de discrecionalidad en el juez, que ejerce la patria potestad como control estatal en lugar del familiar, mezclando funciones jurisdiccionales con funciones de control y asistencia social.

El paradigma proteccionista o tutelar, basado en la doctrina de la “situación irregular”, consideró a los niños y adolescentes como inmaduros, atribuyéndoles incapacidad para actuar así como incapacidad cognitiva. La supuesta incapacidad del menor fue la razón para convertirlo en objeto de protección, excluyéndolo del sistema penal y, por lo tanto, negándole las garantías sustantivas y procesales. En cambio, la CIDN parte del niño y adolescente como sujeto de derechos y obligaciones; como tales, los niños gozan de las mismas garantías que los adultos, además de algunas que les corresponden por su condición de niños. Por eso, la CIDN plantea un modelo de justicia penal especial para niños y adolescentes, y estipula que se les aplicarán medidas sólo cuando incurran en la comisión de un delito y no por la situación de riesgo en que se encuentren. La nueva doctrina de la protección integral refuerza la posición legal de los niños al mismo tiempo que limita

la intervención de la justicia; les asegura el principio de igualdad ante la ley y les concede las mismas garantías que a los adultos; vincula la privación de libertad y la institucionalización únicamente a la comisión de delitos, y considera a los niños como personas capaces jurídicamente. Sus estipulaciones ponen fin al paradigma proteccionista que sirvió para criminalizar la pobreza, legitimando el tratamiento discriminatorio otorgado a los niños perjudicados en el aspecto social.

#### **4. La no adecuación de la legislación nacional: los casos de Argentina y Venezuela**

A pesar de que la CIDN entró en vigencia hace más de una década, muchos países de la región todavía no han adecuado su legislación a los principios de la Convención. Así, los viejos códigos de menores basados en la ideología tutelar siguen vigentes. Tal es el caso de la Argentina, pese a que ciertos tratados internacionales sobre derechos humanos tienen jerarquía constitucional (Constitución de la República Argentina, Art. 75, inciso 22), entre ellos la Convención sobre los Derechos del Niño.<sup>2</sup> Sin embargo, y a pesar de que se han presentado diversos intentos de reforma legislativa en los últimos años, el tratamiento de los niños y adolescentes continúa siendo regulado por la ley de patronato de menores (Ley Agote), dictada en 1919, lo cual significa que bajo el pretendido ejercicio de un rol tutelar, el Estado ha actuado y sigue actuando con gran discrecionalidad sobre los jóvenes. El régimen vigente se caracteriza por dejar a los jóvenes en una situación de indefensión, por lo cual pueden quedar internados y privados de su libertad en institutos de corrección sin juicio y sin derecho de defensa. Los niños privados de libertad son en su gran mayoría, como los presos en general, gente perteneciente a los estratos más bajos de la sociedad, de modo que la tutela estatal resulta, de hecho, en una criminalización de la pobreza. Por falta de sitios en instituciones de menores, muchos niños privados de libertad sin juicio están internados en las comisarias policiales, donde son sometidos a malos tratos y torturas (Giarone 2000). En los últimos años, el discurso de la “mano dura” contra la criminalidad ha ido acompañado por un incremento de los casos de tortura por parte de la policía (Verbitsky 2001). Tras varias

---

2 Beloff (1997); Bidart Campos (1997).

denuncias de maltratos y torturas de niños alojados en comisarias, la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires denunció reiteradamente en los años 2000 y 2001 la irregularidad del alojamiento de niños en comisarias, los procedimientos degradantes, la tortura y el hacinamiento.<sup>3</sup> Según las denuncias, la tortura también es una práctica común en los institutos asistenciales (Verbitsky 2000).

La ideología tutelar de “proteger del riesgo moral y físico a los menores” (en las palabras del entonces comisario general de la Policía de la Provincia de Buenos Aires, Ramón Verón), se expresó claramente en la orden de la Policía de la Provincia de Buenos Aires del 6 de agosto de 2001 indicando “amplios operativos con el fin de poner a disposición de la justicia de menores a los niños y jóvenes que se encuentran desprotegidos en la vía pública y/o pidiendo limosna, acción que ya se ha tornado sistemática y pone en riesgo la integridad de los menores” (*Clarín*, 01.09.2001); según la orden, los operativos “deberán implementarse en forma continua y en caso de que menores sean reincidentes deberán ponerse a disposición de la justicia tantas veces como sea necesario” (Alarcón 2001a). Tras una ola de denuncias, la polémica orden fue suspendida un mes más tarde (Alarcón 2001b). La doctrina tutelar que prevé la detención de los niños –supuestamente para su propia protección– puede coexistir con una actitud punitiva que rechaza abiertamente los principios de la CIDN. Así, de acuerdo con una cita, un jefe policial del conurbano bonaerense se habría expresado con estas palabras: “Un menor debe cumplir una pena como un mayor [...] Su familia tiene que sufrir por ese hijo preso y el chico tiene que sufrir al estar preso. Si no, no les cuesta salir a robar y a matar. Es todo gratis y así no puede ser” (*Clarín*, 30.04.2002).<sup>4</sup> Las palabras del comisario contradicen no sólo la Convención sobre los Derechos del Niño, sino también la Constitución Argentina, que dispone en su artículo 18 que “las cárceles de la Nación serán [...] para seguridad y no para castigo de los reos detenidos en ellas”, pero concuerdan con una actitud que ve a los jóvenes pobres como delincuen-

---

3 *Clarín* (31.05.2001); *Clarín* (31.08.2001).

4 En el sistema tutelar que rige en la Argentina, en la delincuencia de los adolescentes ya no es “todo gratis”, pues un joven de 16 a 18 años no es impune si comete un homicidio o un robo, sino que es sometido a juicio penal por un juez de menores pero con mecanismos que le proveen menos garantías que a un adulto.

tes peligrosos y los culpabiliza de ser responsables de un creciente número de crímenes violentos.

La actitud punitiva se expresa también en la demanda por reducir a 14 años la edad máxima de inimputabilidad, apoyada tanto por la policía como por amplios sectores de la población: según una encuesta publicada por el diario *La Nación* (17.06.2002), siete de cada diez personas consultadas están de acuerdo en que se debe bajar de 16 a 14 años el límite de edad para responsabilizar penalmente a menores que cometen delitos. Al analizar los resultados del sondeo, se concluye que los ciudadanos de clase alta y media alta, aquellos que se encuentran dentro de la franja entre 30 y 54 años, los que cuentan con estudios secundarios completos y las amas de casa, encabezan el apoyo al endurecimiento de la ley contra los jóvenes que delinquen, mientras que entre los estudiantes, los jubilados y los ciudadanos de clase media baja y baja, se ubican los mayores niveles de resistencia a esta reforma, que ya tiene expresión parlamentaria en el proyecto de ley redactado por el ministro de Justicia y Derechos Humanos, Jorge Vannossi, el cual fue enviado al Congreso en abril de 2002. El proyecto de bajar la edad de responsabilidad penal sin adecuar la legislación nacional a la Convención sobre los Derechos del Niño dejará a los jóvenes infractores de la ley —o sospechosos de serlo— en una situación de indefensión, atribuyéndoles la imputabilidad penal sin garantizarles los derechos de un adulto.

Tampoco en Venezuela la legislación nacional ha sido adecuada a las estipulaciones de la Convención sobre los Derechos del Niño, a pesar de que el gobierno venezolano tuvo un papel importante en la preparación de la CIDN y la ratificó ya el 13 de septiembre de 1990. La Ley Tutelar de Menores venezolana fue promulgada el 27 de noviembre de 1980, con anterioridad a la Convención y refleja claramente el paradigma tutelar superado en la CIDN. Así, en el sistema legal venezolano, el menor no puede ser considerado como sujeto del derecho penal, y si un menor de dieciocho años comete un delito debe ser remitido al procedimiento especial que prevé la Ley Tutelar de Menores. Así, el “menor infractor” no goza de los derechos y garantías procesales vigentes para las personas adultas; más bien se “somete al arbitrio subjetivo de un juez, facultado para decidir de manera semi-omnipotente, sobre su destino inmediato y futuro, a través de la aplicación de un procedimiento unicompreensivo” (Morales et al. 1998:

88). Entre otras deficiencias, la Ley Tutelar de Menores permite que se celebren audiencias en las que sólo estén presentes el juez y el procesado, privando así al niño de la representación y la defensa de un abogado. También permite que las autoridades mantengan detenido a un menor durante un período ilimitado y discrecional, que con frecuencia dura hasta tres meses (Amnistía Internacional 1997: 4). La corrupción policial es un factor que contribuye al número de chicos detenidos: la puesta en libertad de un niño detenido puede costar hasta US\$ 300 (ibídem: 4).

Los datos disponibles sobre los niños y adolescentes venezolanos privados de libertad revelan que provienen de los estratos socioeconómicos más bajos de la sociedad, que no tienen el nivel escolar correspondiente a su edad y que suelen provenir de familias incompletas donde uno de los progenitores está ausente (por lo general el padre, del que en muchos casos no se sabe nada) (Morales et al. 1998: 108, pássim). En lugar de ofrecerles perspectivas de reintegración social a través de programas de educación y asistencia social, la reclusión sirve para subrayar su carácter de excluidos de la sociedad. Según Amnistía Internacional, es frecuente que los jóvenes permanezcan detenidos junto con los adultos en las comisarías de policía, debido a la falta de espacio en los centros de detención para menores mantenidos por el Instituto Nacional del Menor. Tampoco los centros de reclusión para niños ofrecen un tratamiento satisfactorio: malos tratos, palizas y torturas son comunes y Amnistía Internacional encontró a “decenas de niños de incluso 12 años que llegaban a vivir hasta dos meses en condiciones degradantes que incluían la ausencia de agua, de higiene y de comida adecuada, así como la imposibilidad de obtener acceso a atención médica o jurídica” (Amnistía Internacional 1997: 5).

##### **5. Legislación adecuada como letra muerta: el caso de Brasil**

La falta de adecuación de la legislación nacional a la Convención sobre los Derechos del Niño puede ser vista como un obstáculo a la aplicación de la nueva doctrina de protección integral de los niños. Indica, de todas formas, cierta indiferencia frente al problema del tratamiento de niños y adolescentes por el sistema penal. Pero creer, en el caso contrario, que la adecuación de la legislación interna, como ha sucedido en el Brasil con el Estatuto del Niño y el Adolescente, ya de por

sí garantiza los derechos del niño, sería caer en una trampa. En la práctica, y a pesar de la correspondencia entre las disposiciones internacionales y la legislación nacional, los niños pobres brasileños que se encuentran involucrados en el sistema penal no parecen gozar de una mejor protección de sus derechos que los niños de otros países de América Latina donde esta adecuación todavía no se ha realizado.

El Estatuto del Niño y del Adolescente (Estatuto da Criança e do Adolescente, ECA), Ley 8.069, aprobada el 13 de julio de 1990, ajusta la legislación brasileña sobre niños a las normas internacionales. Su premisa básica es que los adolescentes están en una etapa de desarrollo personal y que los que infringen la ley merecen una atención especial a fin de reintegrarlos en la sociedad, como está previsto en la CIDN (Art. 37). Ya la Constitución Federal de Brasil anticipó la Convención sobre los Derechos del Niño al enunciar la doctrina de protección integral en lugar del paradigma tutelar (Art. 227). De acuerdo con las premisas básicas del paradigma de protección integral, la privación de la libertad es concebida como el último recurso hacia el niño infractor, y debe ser acompañada por medidas educativas.

Una investigación cuantitativa (Volpi/Costa Saraiva 1998) sobre los adolescentes privados de libertad revela una realidad muy distinta. En la misma se destacan algunos elementos centrales. En primer lugar, se nota un aumento tanto en el número absoluto de niños y adolescentes privados de libertad como también una tasa creciente de jóvenes en esas condiciones (ibídem: 42). En el marco de un estudio cuantitativo no existe la posibilidad de averiguar a ciencia cierta las razones por las cuales los jueces de menores aplican la privación de libertad con frecuencia creciente. Los autores hacen referencia a varias explicaciones posibles, entre ellas fallas en las medidas alternativas a la privación de libertad y la presión ejercida por los medios de comunicación y las elites socioeconómicas a favor de la aplicación de medidas más severas. Cabe destacar que de las infracciones cometidas por jóvenes y que resultan en la privación de su libertad, los datos del año 1995 revelan que el 78% de las infracciones eran delitos contra la propiedad y el 22% delitos contra las personas (homicidio, lesiones, etc.), mientras que en 1997, un 76% de los delitos que resultaron en privación de libertad eran delitos contra la propiedad y un 24% crímenes contra las personas. El leve aumento en el porcentaje de crímenes contra las personas no guarda relación con el número creciente de jóvenes priva-



dos de libertad, que aumentó en un 100% en el mismo período (ibídem: 43, 71).

En cuanto a las medidas socioeducativas que reciben los jóvenes privados de libertad, al menos el 29% de los internados no recibe educación alguna y el 21% de las unidades de reclusión de adolescentes no poseen una escuela con reconocimiento formal (ibídem: 55, 59). Cabe recordar que según el artículo 40 (1) de la Convención sobre los Derechos del Niño, el joven infractor tiene derecho a ser tratado teniendo en cuenta “la importancia de promover la reintegración del niño y de que éste asuma una función constructiva en la sociedad”. La reinserción social del niño infractor depende en gran medida de su capacidad de incorporarse en el mercado de trabajo para garantizar su propia supervivencia al abandonar la institución. La falta de ofertas educativas con capacidad de aportarle al niño alternativas de convivencia social coherentes con las normas establecidas, cuestiona el carácter de la privación de libertad como medida socio-educativa (ibídem: 58, *pássim*).

Finalmente, cabe mencionar que los niños privados de libertad provienen, en su enorme mayoría, de los estratos socioeconómicos más bajos. Las limitaciones de un estudio cuantitativo no permiten a los autores averiguar si este hecho se debe a una más alta proclividad de los jóvenes pobres a delinquir o a la naturaleza clasista de la justicia en Brasil. Los autores del estudio relatan un caso que indica que los más privilegiados pueden beneficiarse de una actitud mucho más tolerante, incluso en relación con crímenes muy graves:

El caso conocido de adolescentes de Brasilia que asesinaron a un indio, quemándolo con alcohol cuando dormía en una parada de autobús en el centro de la ciudad, es ejemplar para ilustrar este contexto sombrío de la justicia. El adolescente, privado de libertad por la Justicia de la Infancia y la Juventud, tuvo su sentencia corregida por el Tribunal de Justicia, siendo puesto en libertad no por sus méritos, sino como resultado de las presiones internas del sistema, por ser uno de los involucrados el hijo de un magistrado (ibídem: 76).

Por otra parte, el carácter clasista de la justicia en América Latina ha sido documentado por otros estudios (Méndez/O'Donnell/Pinheiro 1999).

Los datos cuantitativos del estudio de Volpi y Costa Saraiva indican que la situación de los jóvenes privados de libertad en Brasil está lejos de corresponder con las estipulaciones de la Convención sobre

los Derechos del Niño y del propio Estatuto del Niño y Adolescente. La realidad de las unidades de reclusión de jóvenes también fue descrita y analizada en una investigación llevada a cabo por Amnistía Internacional sobre los centros de reclusión de menores en San Pablo (Amnistía Internacional 2000). Según los datos de Volpi y Costa Saraiva, de todos los niños privados de libertad en el país, San Pablo representa un porcentaje muy significativo: más de la mitad de todos los niños sentenciados del país y casi la tercera parte de los niños internados provisionalmente están recluidos en centros de detención del estado de San Pablo (Volpi/Costa Saraiva 1998: 39-41). Por otra parte, otras investigaciones anteriores ofrecen un panorama general de las violaciones de los derechos humanos que sufren los reclusos, tanto adultos como menores de edad, en todo Brasil (Amnistía Internacional 1999; Human Rights Watch 1994). Además de ofrecer una descripción más pormenorizada de la realidad cotidiana de los centros de detención que complementa el estudio cuantitativo sobre el país entero, el informe de Amnistía Internacional, a diferencia del estudio de Volpi y Costa Saraiva, no se basa en datos suministrados por los propios centros de reclusión, sino en observaciones personales y entrevistas tanto con los jóvenes recluidos como con el personal de los centros.

En el estado de San Pablo, la Ley 185 de 1973 y el decreto 8.777 de 1976 delegaron en la Fundación Estatal para el Bienestar del Menor (Fundação do Bem-Estar do Menor, FEBEM) la responsabilidad de planificar y aplicar los programas de detención de delincuentes menores de edad. La Secretaría de Asistencia y Desarrollo Social (Secretaria de Asistencia e Desenvolvimento Social) es responsable de supervisar a la FEBEM. Amnistía Internacional describe “una cultura de torturas, malos tratos y castigos arbitrarios” en los centros de reclusión, atribuible a la falta de formación y apoyo adecuados para el personal de la FEBEM y a su déficit crónico de personal:

[...] los castigos son arbitrarios, y a menudo están concebidos para humillar. Los castigos colectivos son muy frecuentes: si un muchacho infringe una regla, se castiga a muchos [...] Algunos de los castigos que se aplican son [...] permanecer cara a la pared con las manos en la nuca por períodos que pueden llegar a un día; permanecer apoyado con la frente contra un muro, las manos a la espalda y los pies separados un metro, en ocasiones durante varias horas (este castigo provoca un gran malestar, mareos y, en algunos casos, desvanecimientos); dar vueltas al patio arras-

trándose sobre las nalgas y dar vueltas en círculos con una mano en el suelo. Los adolescentes son golpeados con frecuencia, a menudo por la noche. Algunos monitores tienen barras de hierro y palos almacenados para este fin. Tras las palizas, los obligan a ducharse con agua fría para disimular los hematomas. Ha habido adolescentes castigados por “infracciones” como hablar entre sí durante periodos de silencio (por ejemplo en el transcurso y después de las comidas y después de apagarse las luces) y moverse mientras ven la televisión (deben permanecer sentados sobre sus manos en absoluto silencio viendo el mismo canal de televisión durante horas). También es habitual que los guardias los humillen con insultos relativos a su condición de marginales o a sus madres (Amnistía Internacional 2000: 5).

Las condiciones de hacinamiento, resultado como se ha visto arriba de una creciente tendencia a privar a los jóvenes de su libertad en lugar de aplicar otras medidas, agudizan los problemas en los centros de reclusión; en julio de 1999 el centro de Tatuapé, diseñado para 800 reclusos, albergaba a 1.460, mientras que el centro de Inmigrantes albergaba a 1.648 jóvenes en un complejo con capacidad para 364. El hacinamiento llegaba a tales extremos que

[...] en los dormitorios, de 2 por 3 metros, dormían hasta 25 menores [...] los muchachos que no cabían en los dormitorios dormían sentados en los pasillos o incluso en los cuartos de baño [...] A los reclusos no se les ofrecía ninguna actividad excepto ver la televisión y jugar al fútbol. Ambas se realizaban por turnos. Debido a la dificultad de controlar a grupos tan grandes, los que no estuvieran participando en una de estas actividades debían permanecer sentados en todo momento (ibídem: 7).

Al menos en parte, los malos tratos y la falta de actividades para los jóvenes detenidos es resultado del déficit crónico de personal: 10 ó 15 monitores deben vigilar a 350 detenidos. En abierta contradicción con lo que estipula tanto la CIDN como el Estatuto de Niños y Adolescentes, es común la reclusión de adolescentes en cárceles para adultos así como en nuevos centros de reclusión tipo cárceles de máxima seguridad (ibídem: 7, 17).

## **6. Los niños y la pena de muerte**

En cuanto a la pena de muerte, la CIDN estipula que: “No se impondrá la pena capital [...] por delitos cometidos por menores de 18 años de edad” (CIDN, Art. 37a). Este artículo de la Convención no hace más que repetir el artículo 6 (5) del Pacto Internacional sobre los Derechos Políticos y Civiles del año 1966. Por lo tanto, reproduce una

normativa ya establecida de la protección de los derechos humanos de los jóvenes. Sin embargo, la práctica de las fuerzas de seguridad de muchos países, incluyendo los tres aquí tratados, permite inferir que, de hecho, jóvenes pobres son víctimas de ejecuciones extra-judiciales. Las circunstancias en las que mueren chicos y adolescentes a manos de la policía están bien documentadas y permiten extraer la conclusión de que el uso injustificado del arma de fuego por parte de la policía no configura una excepción, sino un *modus operandi*. Así son frecuentes los casos en que los policías participantes colocan un arma en la mano de la persona asesinada para hacer más plausible la afirmación de que habrían actuado en defensa propia; asimismo se falsifican autopsias tendientes a encubrir el hecho de que la víctima fue asesinada por la espalda; también es común que se destruyan pruebas que incriminarían a los policías implicados y que testigos o parientes de las víctimas que persiguen el esclarecimiento del caso sean amenazados por la policía.<sup>5</sup> El desprecio por la vida en operaciones policiales tipo comando en barrios marginales, la impunidad casi total que goza la policía gracias a un sistema judicial que suele encubrir los abusos cometidos y la tolerancia de las elites hacia el uso de la fuerza letal por parte de la policía, sugieren una política de limpieza social a fin de exterminar a supuestos elementos peligrosos. La práctica de ejecuciones sumarias no afecta sólo a los niños, pero también los afecta. Según un estudio sobre civiles muertos por la policía del municipio de Río de Janeiro entre enero de 1993 y julio de 1995, la mayoría de las víctimas de la violencia policial eran jóvenes; los grupos de 20-24 y 15-19 años fueron los más afectados (Cano 1997: 60). Una investigación sobre el uso de la fuerza letal en el Gran Buenos Aires muestra un resultado similar: la mayoría de los civiles muertos correspondía a las edades de 19-24 y 13-18 años (CELS 2001: 124). Más notorio aún es el caso de los escuadrones de la muerte en Brasil que asesinaron a chicos de la calle —un fenómeno que según algunos indicios empieza a aparecer también en la Argentina (Alarcón 2001c)—. La violencia policial viene acompañada por una preocupación mediática por la criminalidad así como por un discurso que identifica a los jóvenes pobres como delincuentes violentos y que exige a la policía una “guerra frontal contra la criminalidad” (Stanley 2002).

---

5 Chevigny (1995); Amnistía Internacional (1997); Cano (1997).

## **7. Conclusión: determinantes de las violaciones de los derechos de los niños**

El análisis comparativo de las violaciones de los derechos del niño en tres países de América Latina sugiere que algunas variables que podrían parecer influyentes, no tienen, sin embargo, un gran impacto sobre el grado de conformidad con los derechos consagrados internacionalmente. Como se ha visto, los tres Estados han ratificado la Convención sobre los Derechos del Niño. Dos de ellos –Argentina y Brasil– han recuperado el sistema político democrático después de un período o períodos prolongados de gobierno autocrático, marcados por violaciones sistemáticas de los derechos humanos, mientras que otro –Venezuela– muestra una larga trayectoria democrática. Dos de ellos –Argentina y Venezuela– no han adecuado su legislación nacional a las previsiones de la CIDN, sino que tienen vigente todavía una legislación que refleja la ideología tutelar y el paradigma, superado en el ámbito internacional, de la situación irregular de los niños. En cambio, el Estatuto del Niño y el Adolescente brasileño representa una adecuación ejemplar a la Convención sobre los Derechos del Niño. Por el carácter subterráneo de los abusos aquí documentados, que desde luego no se encuentran registrados en ninguna estadística estatal, no resulta posible cuantificar los abusos de los derechos del niño y, por lo tanto, no se puede averiguar con certeza cuál de los tres países resulta más o menos violador de los derechos del niño. No obstante lo dicho, es posible afirmar categóricamente que las violaciones de los derechos del niño representan en cada uno de los tres Estados una práctica sistemática y habitual que viene acompañada por un discurso legitimador del uso de la violencia hacia los niños desprotegidos. Por lo tanto, tenemos que cuestionar cualquier enfoque explicativo que nos remita a la herencia autoritaria o que coloque el énfasis en la falta de legislación nacional adecuada.

La sistemática violación de los derechos consagrados en la Convención sobre los Derechos del Niño genera la pregunta acerca de la efectividad de los tratados internacionales como instrumentos protectores de los derechos humanos. Para algunos autores, la falta de sanciones en caso de violaciones graves de los derechos humanos representa una de las fallas decisivas del sistema de protección internacional de los derechos humanos (Farer/Gaer 1993). Sin duda, los

esfuerzos en el marco de la ONU han contribuido más al establecimiento de estándares (*standard setting*) y al monitoreo (*monitoring*) que a la implementación de los derechos humanos (Alston 1992; Donnelly 1998).

Desde un enfoque distinto, Risse/Sikkink (1999) hacen hincapié no tanto en la falta de sanciones, sino en la auto-imagen de los Estados. Según su interpretación, la comunidad de los Estados conforma una sociedad internacional, la cual se define y se constituye a través de valores y normas, y cuyos miembros, los Estados individuales, se adaptan a esas normas por un proceso de socialización. El respeto por los derechos humanos se convierte, según ese modelo, en un elemento constituyente de la pertenencia a la sociedad internacional. En una serie de estudios de caso (Risse/Ropp/Sikkink 1999) se intenta demostrar que los organismos de derechos humanos, sus aliados a nivel internacional y los Estados liberales, pueden presionar a los Estados violadores de dichos derechos para que cambien su comportamiento y lleven a cabo una internalización de las normas internacionales a nivel estatal. Los autores de este modelo, que lo conciben como aporte al enfoque constructivista en la disciplina de las relaciones internacionales, proponen que el fortalecimiento de los derechos humanos sea entendido como un proceso que atraviesa cinco etapas distintas: represión; negación de las violaciones y/o negación del interés legítimo de la comunidad internacional por intervenir en los asuntos internos; concesiones tácticas hacia la coalición pro-derechos humanos (grupos opositores y de derechos humanos en el país violador así como en el extranjero –la “red transnacional”– en coalición con los Estados liberales); anclaje normativo –el reconocimiento, al menos formal, de los derechos humanos (ratificación de los tratados internacionales de derechos humanos más importantes)–; y, como paso final, un comportamiento conforme a las reglas, o sea, que el Estado previamente violador de los derechos humanos llegue a incorporar su protección no sólo en su legislación sino también en la práctica institucional así como en sus discursos. Cuando se alcanza este último estadio, la idea de los derechos humanos como elemento definitorio de la identidad del Estado está internalizada.

El enfoque de Risse y Sikkink tiene el gran mérito de diferenciarse de algunos análisis ingenuos que a la hora de explicar las violaciones sistemáticas de los derechos humanos ponen el énfasis casi exclusi-

vamente en la falta de sanciones penales internacionales, construyendo así una supuesta, pero errónea, analogía con el derecho penal estatal –errónea porque el comportamiento de los ciudadanos conforme con la ley penal no se debe en general al temor a las penas sino a la internalización de las normas éticas por ella consagradas–. Como ha observado Steinert (1998) en otro contexto, el sistema penal es un instrumento torpe y si tuviéramos que depender de él para garantizar la convivencia respetuosa de la ciudadanía, difícilmente habría sociedades más o menos liberales, tolerantes y pacíficas. El enfoque de Risse y Sikkink reconoce este aspecto: de la internalización de normas éticas se deriva la idea y la práctica de los derechos humanos como elemento fundamental que garantiza su implementación. Sin embargo, su modelo no resulta del todo convincente. Algunos aspectos problemáticos quedan al descubierto a la hora de analizar la no-aplicación de la Convención sobre los Derechos del Niño en América Latina.

En primer lugar, cabe cuestionar la supuesta comunidad pro-derechos humanos de los Estados liberales (básicamente, el mundo de la OCDE), ya que el concebir este grupo en su conjunto como defensor y abogado de los derechos humanos ignora tanto las deficiencias notables de ese grupo en cuanto a la defensa de los derechos humanos como las diferencias importantes entre sus miembros en cuanto a los derechos merecedores de protección y los mecanismos para lograrlo –basta recordar las posiciones opuestas de la mayoría de los países del mundo por un lado y Estados Unidos por otro lado frente a la Corte Internacional Penal, o la proscripción de la pena de muerte por los países miembros de la Unión Europea y la actitud tan distinta de Estados Unidos–. En este sentido, es menester recordar que éste es el único país del mundo que no ha firmado ni ratificado la Convención sobre los Derechos del Niño. Así, la imaginada comunidad de los países liberales como impulsores de un cuerpo consensuado de derechos humanos dista mucho de la realidad. En segundo lugar, los Estados liberales se muestran mucho más comprometidos con aquellos que son víctimas de una persecución política que con las víctimas más o menos anónimas de la exclusión social, aún cuando se trate de violaciones a los derechos fundamentales.

Como ya hemos mencionado, la Convención sobre los Derechos del Niño goza de un grado de adhesión por parte de los Estados que es mucho mayor que el de cualquier otro tratado internacional sobre de-

rechos humanos. Además, la Convención se basa en esfuerzos internacionales para defender los derechos del niño que se remontan hasta los años veinte del siglo pasado. Mucho más que cualquier otro tratado internacional sobre derechos humanos, la Convención sobre los Derechos del Niño parece representar un consenso enormemente amplio de la sociedad de los Estados. De ahí que, según el modelo de Risse y Sikkink, se podría esperar una reacción inequívoca de los Estados frente a violaciones masivas de los derechos del niño. Sin embargo, ese no es el caso. Y no se puede explicar la no internalización de las normas de la CIDN como resultado de una falta de seguimiento por parte de los organismos de derechos humanos, tal como sostiene el modelo de Risse y Sikkink, ya que no faltan ni la labor de seguimiento y documentación por parte de grupos locales ni la difusión a nivel mundial por parte de los organismos de derechos humanos de mayor peso en el ámbito internacional, como lo son Amnistía Internacional y Human Rights Watch. El “anclaje normativo” de los derechos del niño no representa necesariamente un paso previo a la internalización de los derechos humanos, tal como se predica en el modelo de la socialización. Los tres casos aquí presentados revelan claramente que el anclaje normativo –en este caso, la ratificación de la Convención sobre los Derechos del Niño– puede ir acompañado tanto de prácticas violadoras de los derechos humanos de los niños como de discursos sobre la peligrosidad de los jóvenes y la delincuencia juvenil que pretenden justificar la violación de “derechos inalienables” (CIDN, Preámbulo).

Las víctimas jóvenes de los abusos del aparato coercitivo del Estado son niños y niñas pobres. Como sus pares adultos, están excluidos de la sociedad por su marginación socioeconómica, exclusión que se refuerza con las prácticas abusivas del Estado y la violación de sus derechos civiles más fundamentales (Stanley 2001). En el contexto de exclusión social producido por el mercado de trabajo en el marco de políticas económicas que acentúan las desigualdades sociales, las políticas de seguridad y las penas que impone el Estado adoptan también un marcado perfil de exclusión: no se trata ya de la integración en la sociedad a través de medidas reeducativas, sino de fijar límites con el objetivo de proteger al resto de la sociedad frente a los excluidos, a los otros. Ya que se ha abandonado la integración como objetivo, se refuerza la prevención, sea usando técnicas de vigilancia y control, o a través de medidas represivas contra grupos que *a priori* se consideran



peligrosos, entre ellos, los jóvenes pobres. La institución de la pena tiene una función legitimadora específica:

la pena incorpora el elemento de justificación del Estado e incluso su obligación de excluir a los portadores de determinadas cualidades. La exclusión a través del crimen y el castigo poseen la característica singular de que son merecidas y, por ende, moralmente justificadas (Steinert 1998: 416).

El discurso acerca del crecimiento amenazante de la criminalidad implica también una polarización –comparable a la propaganda de guerra– entre el “nosotros” y el “ellos”, y consolida así la idea de un conjunto homogéneo, el “nosotros” al que todos los no excluidos pertenecemos, valor inestimable en una sociedad fragmentada (ibidem: 416). Un elemento notable en la construcción discursiva del “otro peligroso” lo constituye la conformidad con las prácticas violentas del aparato coercitivo que manifiestan los pobres, es decir los propios grupos que son blanco predilecto de esa violencia. Pinheiro interpreta ese fenómeno como el intento de demostrar la propia pertenencia a la comunidad por medio del apoyo a las medidas de exclusión (Pinheiro 1997).<sup>6</sup>

El carácter discriminatorio del sistema penal no representa, desde luego, una característica específica de los países latinoamericanos.<sup>7</sup> Sin embargo, dos aspectos relacionados entre sí conducen, en muchos países de América Latina así como en otras nuevas democracias, a la agudización de las prácticas discriminatorias. Primero, por la debilidad del Estado de derecho, la distancia siempre existente entre la ley y la realidad, entre lo previsto y lo practicado, parece mayor grande que en las democracias establecidas. En segundo lugar, la profunda desigualdad social favorece la persistencia de comportamientos autoritarios y violentos. Como observa O'Donnell, haciéndose eco de Rousseau, a los privilegiados les resulta extremadamente difícil reconocer a “los otros” como sujetos autónomos (O'Donnell 1999: 323). Así, contra la letra y el espíritu de las constituciones democráticas, contra las previsiones de la CIDN, y en el caso de Brasil contra las previsiones del propio Estatuto de Niños y Adolescentes, el trato dado a los chicos pobres por el aparato coercitivo es percibido no como una crisis aguda

---

6 Véase también Caldeira (1996).

7 Para un análisis acertado de la discriminación sistemática del sistema penal de los Estados Unidos véase Cole (1999).

de derechos humanos, sino como un problema de seguridad pública. En el contexto de una creciente desigualdad socioeconómica y la marginación de sectores cada vez más amplios, los niños pobres son los chivos expiatorios del sistema excluyente. En lugar de un fortalecimiento del Estado de derecho se da un proceso de exclusión y represión con métodos violentos e ilegales, configurándose lo que Wacquant llama el Estado penal (Wacquant 1999). Mientras no haya mejoras sustanciales en la protección y fortalecimiento de los derechos económicos y sociales –derechos que también están consagrados en la Convención sobre los Derechos del Niño– no cabe esperar cambios sustanciales en el tratamiento otorgado a los niños.

¿Significa esa evaluación sobria acerca de la efectividad de la CIDN que el esfuerzo para proteger los derechos humanos a través de tratados internacionales no sirve? Tal sería la conclusión sostenida por la escuela “realista” de la teoría de las relaciones internacionales, y significaría que todos los avances realizados desde 1945 en cuanto a la codificación al nivel internacional de los derechos humanos a los que nos hemos referido brevemente arriba ha sido un ejercicio inútil. Preferimos terminar este análisis, sin embargo, con una perspectiva a largo plazo que permita entender que, si bien la CIDN todavía no ha logrado mejoras significativas en la situación de los niños, sí puede ser vista como un instrumento capaz de tener un impacto positivo.

Como se ha mencionado, el espíritu y la orientación de la Convención representa un cambio paradigmático. Según Méndez, este aspecto diferencia la CIDN de todos los demás instrumentos internacionales de derechos humanos, ya que, en general, los tratados sobre derechos humanos reflejan un consenso sobre ideas y valores que no necesariamente prevalecen en todo el mundo, pero que sí son aceptados y probados en ciertos países o regiones. En cambio, la CIDN puede ser descrita como un modelo “ideal” –no en el sentido de un modelo utópico, no realizable, sino en el sentido de la construcción social de una visión específica de la niñez y la juventud que no puede apoyarse en un modelo existente como paradigma–.<sup>8</sup> Vista de esa manera, la CIDN

---

8 En este sentido, cabe advertir que los países desarrollados que se suelen entender como los defensores y pioneros de los derechos humanos tienen grandes dificultades para ajustar su legislación y su práctica a la CIDN y hasta para admitir que tal ajuste es necesario. Como ejemplos de ello, véase para el Reino Unido Franklin (2002) y para la República Federal de Alemania Bethke (1996).

representa un esfuerzo por utilizar el derecho internacional para guiar y formar el desarrollo de la política en cada país, no la codificación de un nivel de protección ya establecido (Méndez 2001). De ahí que podamos concluir que la CIDN, como todo tratado de derechos humanos pero más aún que aquellos que codifican lo ya practicado, debe ser entendida no como un garante de los derechos de los niños, sino sólo como un punto de partida. En este sentido, el modelo de Risse y Sikkink que apunta a los procesos de socialización nos remite también a la posibilidad de utilizar las normas internacionales para concienciar a las sociedades, pues hace falta educar a las administraciones públicas, a los tribunales nacionales y a los propios jóvenes así como impulsar el desarrollo de un discurso que refleje los valores de la CIDN para convertirla en un instrumento eficaz de protección. Y también hace falta un esfuerzo para garantizar los derechos sociales y económicos de los jóvenes que también gozan de protección según la CIDN, ya que, como hemos visto, la violación de los derechos más básicos —el derecho a la vida, la protección de la integridad física— afecta a los chicos más pobres y no es sino una expresión más de su exclusión.

### Bibliografía

- Alarcón, Cristian (2001a): "Si hay miseria, que no se note". En: *Página/12*, 31.08.2001.
- (2001b): "A mí la orden me sorprendió". En: *Página/12*, 01.09.2001.
- (2001c): "Informe especial: El asesinato de chicos rateros por el que investigan a un grupo de policías bonaerenses". En: *Página/12*, 06.05.2001.
- Alston, Philip (1992): "Critical Appraisal of the UN Human Rights Regime". En: Alston, Philip (ed.): *The United Nations and Human Rights. A Critical Appraisal*. Oxford: Clarendon Press, pp. 1-21.
- Amnistía Internacional (1997): *Venezuela – The silent cry: gross human rights violations against children*. London: Amnesty International (AMR 53/013/1997).
- (1999): *Brasil: 'Aquí nadie duerme tranquilo'. Violaciones de derechos humanos contra presos*. London: Amnesty International (AMR 19/09/99/s).
- (2000): *Brasil: Vidas perdidas. Centros de reclusión de menores de la FEBEM en São Paulo*. London: Amnesty International (AMR 19/14/00/s).
- Beloff, Mary A. (1997): "La aplicación directa de la Convención Internacional sobre los Derechos del Niño en el ámbito interno". En: Abregú, Martín/Courtis, Christian (eds.): *La Aplicación de los Tratados sobre Derechos Humanos por los Tribunales Locales*. Buenos Aires: CELS, pp. 623-635.

- Bethke, Ralph (1996): *Das Übereinkommen der Vereinten Nationen über die Rechte des Kindes und seine Umsetzung in der Bundesrepublik Deutschland*. München: Utz.
- Bidart Campos, Germán J. (1997): "El artículo 75, inciso 22, de la Constitución Nacional". En: Abregú, Martín/Courtis, Christian (eds.): *La Aplicación de los Tratados sobre Derechos Humanos por los Tribunales Locales*. Buenos Aires: CELS, pp. 77-88.
- Caldeira, Teresa P. R. (1996): "Crime and Individual Rights: Reframing the Question of Violence in Latin America". En: Jelin, Elizabeth/Hershberg, Eric (eds.): *Constructing Democracy. Human Rights, Citizenship and Society in Latin America*. Boulder/Oxford: Westview, pp. 197-211.
- Cano, Ignacio (1997): *Letalidade da Ação Policial no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: ISER.
- Centro de Articulação de Populações Marginalizadas (1999): *Direitos Humanos x Violência Policial*. Rio de Janeiro: CEAP/Fundação Centro de Defesa dos Direitos Humanos Bento Rubião/CDDH-Proyecto Legal/IBISS, MNDH.
- CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales) (2001): *Informe sobre la situación de los Derechos Humanos en Argentina*. Buenos Aires: CELS (Catálogos, Siglo Veintiuno).
- Chevigny, Paul (1995): *Edge of the Knife. Police Violence in the Americas*. New York: The New Press.
- Cole, David (1999): *No Equal Justice. Race and Class in the American Criminal Justice System*. New York: The New Press.
- Coordinadora contra la Represión Policial e Institucional (2001): *Archivo de Casos 1983-2001*. Buenos Aires: MS.
- Donnelly, Jack (1998): *International Human Rights*. Boulder/Oxford: Westview.
- Farer, Tom/Gaer, Felice (1993): "The UN and Human Rights: At the End of the Beginning". En: Roberts, Adam/Kingsbury, Benedict (eds.): *United Nations, Divided World. The UN's Roles in International Relations*. Oxford: Clarendon, pp. 240-296.
- Franklin, Bob (ed.) (2002): *The New Handbook of Children's Rights. Comparative Policy and Practice*. London/New York: Routledge.
- García Méndez, Emilio (2001): "From Minors to Citizens: Social Policies for Children within the Context of the Integral Protection Doctrine". En: Bartell, Ernest J./O'Donnell, Alejandro (eds.): *The Child in Latin America. Health, Development, and Rights*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, pp. 251-261.
- Giarone, Daniel (2000): "Torturas a menores: el huevo de la serpiente". En: *En marcha*, 16 (octubre), pp. 22-23.
- Human Rights Watch (1994): *Final Justice. Police and Death Squad Homicides of Adolescents in Brazil*. New York: Human Rights Watch.
- Méndez, Juan E. (2001): "Comments on 'From Minors to Citizens'". En: Bartell, Ernest J./O'Donnell, Alejandro (eds.): *The Child in Latin America. Health, Development, and Rights*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, pp. 263-272.

- Méndez, Juan E./O'Donnell, Guillermo/Pinheiro, Paulo Sérgio (1999): *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*. Notre Dame: University of Notre Dame Press.
- Morales, Nelson et al. (1998): *Justicia Penal Juvenil y Derechos Humanos en Venezuela*. Mérida: Producciones Karol C.A.
- Naciones Unidas (1985): *Reglas mínimas de las Naciones Unidas para la administración de la justicia de menores* ["Reglas de Beijing"], adoptadas por la Asamblea General en su resolución 40/33, de 28 de noviembre de 1985.
- (1989): *Convención sobre los Derechos del Niño*, adoptada por la Asamblea General de la ONU en su resolución 44/25, de 20 de noviembre de 1989.
- O'Donnell, Guillermo (1997): "Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva latinoamericana con referencias a países poscomunistas". En: O'Donnell, Guillermo: *Contrapuntos, Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Buenos Aires: Paidós, pp. 259-285.
- (1999): "Polyarchies and the (Un)Rule of Law in Latin America: A Partial Conclusion". En: Méndez, Juan E./O'Donnell, Guillermo/Pinheiro, Paulo Sérgio (eds.): *The (Un)Rule of Law and the Underprivileged in Latin America*. Notre Dame: University of Notre Dame Press, pp. 303-337.
- Pinheiro, Paulo Sérgio (1997): "Popular Responses to State-Sponsored Violence in Brazil". En: Chalmers, Douglas et al. (eds.): *The New Politics of Inequality in Latin America. Rethinking Participation and Representation*. Oxford: Oxford University Press, pp. 261-280.
- Risse, Thomas/Ropp, Stephen C./Sikkink, Kathryn (eds.) (1999): *The Power of Human Rights. International Norms and Domestic Change*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Risse, Thomas/Sikkink, Kathryn (1999): "The Socialization of International Human Rights Norms into Domestic Practices: Introduction". En: Risse, Thomas/Ropp, Stephen C./Sikkink, Kathryn (eds.): *The Power of Human Rights. International Norms and Domestic Change*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 1-38.
- Schellinski, Kristina (1998): "Ausbeutung von Kindern – Herausforderung an das gesamte VN-System". En: Baum, Gerhart/Riedel, Else/Schaefer, Michael (eds.): *Menschenrechtsschutz in der Praxis der Vereinten Nationen*. Baden-Baden: Nomos, pp. 139-154.
- Stanley, Ruth (2001): "Violencia policial en el Gran Buenos Aires: ¿Necesita el neoliberalismo una policía brava?". En: Bodemer, Klaus/Kurtenbach, Sabine/Meschkat, Klaus (eds.): *Violencia y Regulación de Conflictos en América Latina*. Caracas: Asociación Alemana de Investigación sobre América Latina/Fundación Heinrich Böll/Editorial Nueva Sociedad, pp. 237-253.
- (2002): "How Deviant is Deviance? 'Cop Culture', Mainstream Culture and Abuse of Police Power in Buenos Aires". En: Maior, George Cristian/Watts, Larry (eds.): *Globalization of Civil Military Relations: Democratization, Reform and Security*. Bucarest: Enciclopedica Publishing House, pp. 432-456.
- Steinert, Heinz (1998): "Ideology with Human Victims: The Institution of 'Crime and Punishment' between Social Control and Social Exclusion: Historical and Theoretical Issues". En: Ruggiero, Vincenzo/South, Nigel/Taylor, Ian (eds.): *The New*

*European Criminology. Crime and Social Order in Europe*. London/New York: Routledge, pp. 405-424.

Verbitsky, Horacio (2000): "Una sórdida rutina". En: *Página/12*, 23.04.2000.

— (2001): "Picana y mano dura". En: *Página/12*, 12.08.2001.

Volpi, Mario/Costa Saraiva, João Batista (1998): *Os Adolescentes e a Lei*. San José: Programa Sistema Penal y Derechos Humanos—ILANUD/Comisión Europea.

Wacquant, Loic (1999): *Les prisons de la misère*. Paris: Seuil.

## Autoras y autores

**Sandra Carreras** se doctoró en la Universidad de Maguncia y es investigadora del Instituto Ibero-Americano de Berlín. Se ha especializado en la historia social y política de Argentina y Uruguay en los siglos XIX y XX, y en la historia de los contactos culturales entre Argentina y Alemania. Publicó recientemente *Preussen und Lateinamerika im Spannungsfeld von Kommerz, Macht und Kultur* (en coedición con Günther Maihold, 2004); “La reforma educativa de José Pedro Varela: ¿Una política de fomento a la mujer en el Uruguay de 1877?”, en *Mujeres y naciones en América Latina. Problemas de inclusión y exclusión* (ed. por Barbara Potthast y Eugenia Scarzanella, 2001); y “Salud y poder en las metrópolis del Río de la Plata (1870-1930)”, en *Los buenos, los malos y los feos. Poder y resistencia en América Latina* (ed. por Nikolaus Böttcher, Isabel Galaor y Bernd Hausberger, 2005).

**Silke Hensel** se doctoró en Historia por la Universidad de Hamburgo y es profesora de esa especialidad en la Universidad de Münster. Su área de trabajo es la historia social de América Latina y los Estados Unidos en los siglos XIX y XX. Ha realizado diferentes investigaciones sobre las temáticas de migración, racismo y etnicidad. Entre sus publicaciones destacan *Die Entstehung des Föderalismus in Mexiko. Die politische Elite in Oaxaca zwischen Stadt, Region und Staat, 1776-1835* (1997); y *Leben auf der Grenze. Diskursive Aus- und Abgrenzungen von Mexican Americans und Puertoricanern in den USA* (2004).

**Horst Nitschack** completó estudios de Literatura Alemana y Literaturas Románicas, doctorándose en la Universidad de Friburgo. Actualmente es profesor asociado del Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chile. Sus temas de investigación son la fundación de las literaturas nacionales, las literaturas urbanas, las dictaduras militares y el proceso de transición en Brasil, Argentina y Chile. Es autor de “Modernización e identidad en la ensayística chilena al final

del siglo XX”, en *Memoria, duelo y narración. Chile después de Pinochet: literatura, cine, sociedad* (ed. por Roland Spiller, 2004); “Entre el poema épico y la novela: La fundación de la literatura brasileña”, en *Ficciones y silencios fundacionales. Literaturas y culturas poscoloniales en América Latina (siglo XIX)* (ed. por Friedhelm Schmidt-Welle, 2003); y “Die Rezeption Madame de Staëls in Spanien und Hispanoamerika”, en *Madame de Staël und die Internationalität der europäischen Romantik* (ed. por Udo Schöning y Frank Seemann, 2003).

**Peter Peetz** completó estudios de Ciencias Políticas y trabaja como consultor independiente para el Instituto de Estudios Iberoamericanos de Hamburgo; la organización InWent (Desarrollo y Capacitación Profesional Internacional) y el Ministerio Federal de Cooperación Económica y Desarrollo de Alemania. Sus áreas de especialización son Centroamérica y los países andinos. Sus trabajos se refieren a la temática de la democracia y el desarrollo, y a las nuevas formas y los nuevos actores de la violencia en Latinoamérica. Es autor de *Neopopulismus in Lateinamerika. Die Politik von Alberto Fujimori (Peru) und Hugo Chávez (Venezuela) im Vergleich* (2001); “Zentralamerikas Jugendbanden: ‘Maras’ in Honduras, El Salvador und Guatemala” (*Brennpunkt Lateinamerika* N° 5-4, 2004); y “Der Wahlsieg von Enrique Bolaños in Nikaragua: Continuismo statt Rückkehr zur Revolution” (*Brennpunkt Lateinamerika* N° 21-01, 2001).

**Ivette Pérez Vega** se doctoró en Derecho y Filosofía y Letras. Trabaja en el Centro de Investigaciones Históricas y es catedrática del Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico. Se ha especializado en derecho e historia de América. Entre sus publicaciones destacan: *El cielo y la tierra en sus manos: Los grandes propietarios de Ponce, 1816-1830* (1985); “El efecto económico, social y político de la inmigración de Venezuela en el sur de Puerto Rico, 1810-1830” (*Revista de Indias* N° 181, 1987); y “La presencia de canarios en el sur de Puerto Rico, siglo XIX” en *Actas del X Congreso Internacional de Historia Canaria Americana* (ed. por Manuel Morales Padrón, 1994).



**Barbara Potthast** es doctora en Historia y catedrática del Instituto de Historia Ibérica y Latinoamericana de la Universidad de Colonia, Alemania. Se ha especializado en historia de género y de la familia, historia del Paraguay e historia de la Mosquitia. Ha publicado: “*¿Paraíso de Mahoma*” o “*País de las Mujeres*”? *El rol de la mujer y la familia en la sociedad paraguaya durante el siglo XIX* (1996); *Von Müttern und Machos. Eine Geschichte der Frauen in Lateinamerika* (2003); y *Las mujeres y las naciones. Problemas de inclusión y exclusión* (en coedición con Eugenia Scarzanella, 2001).

**Carmen Ramos Escandón** es doctora en Historia Latinoamericana por la Universidad del Estado de Nueva York, Stony Brook. Actualmente desempeña funciones como profesora-investigadora del Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) de México. Su área de especialización es la historia de la mujer y las relaciones de género en México y Latinoamérica durante el siglo XIX. Es autora de los libros *Género e Historia* (1992); *El género en perspectiva* (1993); e *Industrialización, género y trabajo femenino en el sector textil* (2004).

**Eugenia Rodríguez Sáenz** se doctoró en Historia en la Universidad de Indiana, Bloomington. Es catedrática de la Escuela de Historia de la Universidad de Costa Rica y ha recibido becas de investigación del Consejo de Investigación de Ciencia Social, la Fundación Guggenheim, la Fundación Fullbrighth y CLACSO. Se ha especializado en historia de la familia y las relaciones de género de la época colonial al siglo XX, con énfasis en Costa Rica y Centroamérica. Es autora de más de cincuenta artículos y varios libros, los más recientes: *Hijas, novias y esposas. Familia, matrimonio y violencia doméstica en el Valle Central de Costa Rica (1750-1850)* (2000); *Divorcio y violencia de pareja en Costa Rica (1800-1950)* (2005); y *Abuso sexual y prostitución infantil y juvenil en Costa Rica durante los siglos XIX y XX* (como editora 2005).

**Eugenia Roldán Vera** es doctora en Historia de la Ciencia por la Universidad de Cambridge, Gran Bretaña, y actualmente realiza una estancia post-doctoral en la Universidad Humboldt de Berlín. Se especializa en historia de la educación y del libro, y ha investigado los

procesos de transmisión del conocimiento. Ha publicado *The British Book Trade and Spanish American Independence: Education and Knowledge Transmission in Transcontinental Perspective* (2003); y *Nation-Building and the Dynamics of 'Import'. The Reception of the Early Liberal Project in Education, Politics, and Knowledge in Post-Colonial Latin America* (en coedición con Marcelo Caruso, 2005).

**Eugenia Scarzanella** es doctora en Ciencias Políticas y profesora asociada de Historia e Instituciones de América Latina en la Facultad de Ciencia Política de la Universidad de Bolonia. Sus áreas de especialización son la historia argentina y los estudios migratorios y de género. Ha publicado *Italiani d'Argentina. Storie di contadini, industriali e missionari italiani in Argentina* (1983); *Mujeres y Naciones en América Latina. Problemas de inclusión y exclusión* (en coedición con Barbara Potthast, 2001); y *Ni gringos ni indios. Inmigración, criminalidad y racismo en Argentina, 1890-1940* (2002).

**Estela Schindel** es doctora en Sociología por la Universidad Libre de Berlín, donde trabaja como docente. Se ha especializado en los temas de derechos humanos y dictadura en el Cono Sur, aspectos urbanos de la memoria colectiva y la “globalización” de los discursos sobre la memoria y el holocausto en perspectiva latinoamericana. Ha publicado “Verschwunden, aber nicht vergessen: Die Konstruktion der Erinnerung an die *Desaparecidos*”, en *Argentinien Heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*, (ed. por Klaus Bodemer, Andrea Pagni y Peter Waldmann). Actualmente prepara la edición de su tesis doctoral titulada *Desaparición y sociedad. Una lectura de la prensa gráfica argentina, 1975-1978*.

**Ruth Stanley** se doctoró en la Universidad Libre de Berlín y es docente del Instituto de Ciencias Políticas de la misma universidad. Se ha especializado en los temas de derechos humanos, policía, democracia y Estado de derecho, política internacional, paz y conflictos. Ha editado *Gewalt und Konflikt in einer globalisierten Welt* (2001), y entre sus artículos destacan “Modes of transition versus electoral dynamics: democratic control of the military in Argentina and Chile” (*Journal of Third World Studies* N° 2, 2001); y “Controlling the Po-

lice: A Case Study on Horizontal and Social Accountability” (*Bulletin of Latin American Research*, próxima aparición).

**María Alejandra Torres** es doctora en Letras por la Universidad de Oviedo y actualmente trabaja como profesora invitada en la Universidad de Gotinga. Se especializa en literatura argentina y latinoamericana, estudios de género e intermedialidad. Es autora de “Teresa de la Parra: la construcción de una genealogía”, en *Fábulas del género* (ed. por Nora Domínguez y Carmen Perilli, 1998); “La constitución de una literatura nacional en las *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma”, en *Pasajes-Passages-Passagen. Homenaje a C. Wentzlaff-Eggebert* (2004); y “El impacto fotográfico en la escritura de José Martí, Rubén Darío y Horacio Quiroga”, en *Congreso Nacional y Latinoamericano de Historia de la Fotografía*, Buenos Aires (en prensa).

A pesar de extensas investigaciones no les ha sido posible a las editoras averiguar los propietarios o herederos de todas las ilustraciones. A los interesados que puedan hacer valer sus derechos se les ruega ponerse en contacto con la editorial.